DUNE

LA YIHAD BUTLERIANA

BRIAN HERBERT
Y KEVIN J. ANDERSON

ePUB

A partir de ahora, la leyenda se hace realidad. El universo creado por Frank Herbert en su aclamada serie Dune, seguida por millones de lectores en todo el mundo, se amplía para descubrirnos, por primera vez, el episodio que le dio origen…

Diez mil años antes del nacimiento de Paul Atreides, del derrocamiento de un imperio, los últimos humanos libres se rebelaron contra el dominio de las poderosas máquinas que los habían esclavizado. En Dune, la Yihad Butleriana se revela la historia de Serena Butler, la mujer que prendió la llama de esa rebelión. Se destapa la traición que convertiría en enemigos mortales a la Casa Atreides y la Casa Harkonnen. Se desvelan los orígenes de la hermandad Bene Gesserit, de los doctores Suk, de la Orden de los Mentat y la Cofradía Espacial. Y aparece un planeta olvidado, Arrakis, donde acaba de descubrirse la melange, la especia que puede cambiar el destino de miles de planetas…

eBooks con estilo

Brian Herbert & Kevin J. Anderson

La Yihad Butleriana

Leyendas de Dune 1

ePUB v1.0
Perseo 25.09.11

más libros en epubgratis.me

Para nuestros agentes, Robert Gottlieb y Matt Bialer, de Trident Media Group, quienes comprendieron las posibilidades de este proyecto desde el primer momento, y cuyo entusiasmo nos ayudó a convertirlo en un éxito.

AGRADECIMIENTOS

A Penny Merritt, por su colaboración en la administración del legado literario de su padre, Frank Herbert.

Nuestros editores, Pat LoBrutto y Carolyn Caughey, ofrecieron sugerencias detalladas y valiosísimas a los múltiples borradores, con el fin de conducir este relato hasta su versión definitiva. Tom Doherty, Linda Quinton, Jennifer Marcus y Paul Stevens, de Tor Books, aportaron su apoyo y entusiasmo a este proyecto.

Como siempre, Catherine Sidor, de WordFire, Inc., trabajó sin descanso para transcribir docenas de microcasetes y mecanografiar cientos de páginas para seguir nuestro ritmo de trabajo maníaco. Su colaboración en todos los pasos de este proyecto ha contribuido a salvaguardar nuestra cordura, y hasta consigue hacer creer a los demás que estamos organizados.

Diane E. Jones y Erwin Bush hicieron las veces de lectores y conejillos de Indias, nos dieron su opinión sincera y sugirieron escenas adicionales que aportaron más solidez al libro. Rebecca Moesta contribuyó con su imaginación, su tiempo y apoyo en todas las fases de este libro, de principio a fin.

La Herbert Limited Partnership, que incluye a Jan Herbert, Ron Merritt, David Merritt, Byron Merritt, Julie

Herbert, Robert Merritt, Kimberly Herbert, Margaux Herbert y Theresa Shackelford, nos prestó su apoyo más entusiasta y nos confió el respeto de la visión magnificente de Frank Herbert.

A Beverly Herbert, por casi cuatro décadas de apoyo y devoción a su marido, Frank Herbert.

Y sobre todo, gracias a Frank Herbert, cuyo genio creó el universo prodigioso que estamos explorando.

1

La princesa Irulan escribe:

Cualquier estudiante consciente ha de comprender que la historia no tiene principio. Con independencia de cuándo empiece la historia, siempre hay héroes y tragedias tempranas.

Antes de que alguien pueda comprender a Muad'Dib o la actual yihad que siguió al derrocamiento de mi padre, el emperador Shaddam IV, ha de comprender contra qué luchamos. Por consiguiente, ha de remontarse a más de diez mil años de antigüedad, diez milenios antes del nacimiento de Paul Atreides.

Es ahí donde encontramos la fundación del Imperio, donde vemos a un emperador alzarse de las cenizas de la batalla de Corrin para unificar los restos diezmados de la humanidad. Investigaremos los documentos históricos más antiguos, los mitos de Dune, la época de la Gran Revuelta, más conocida como Yihad Butleriana.

La terrible guerra contra las máquinas pensantes fue la génesis de nuestro universo político y comercial. Escuchad la historia de los humanos libres que se rebelaron contra la dominación de robots, ordenadores y cimeks. Fijaos en los cimientos de la gran traición que convirtió en enemigos mortales a la Casa Atreides y la Casa Harkonnen, una

violenta enemistad que se prolonga hasta nuestros días. Conoced las raíces de la hermandad Bene Gesserit, de la Cofradía Espacial y sus navegantes, de los Maestros Espadachines de Ginaz, de la Escuela de médicos Suk, de los mentat. Presenciad la vida de los zensunni errantes que huyeron al desierto de Arrakis, donde se convirtieron en nuestros soldados más grandes, los fremen.

Tales acontecimientos condujeron al nacimiento y vida de Muad'Dib.

Mucho antes de Muad'Dib, en los últimos días del Imperio Antiguo, la humanidad perdió su vigor. La civilización terrestre se había esparcido por las estrellas, pero llegó a un momento de estancamiento. Carente de ambiciones, la mayoría de la gente permitía que máquinas eficientes se encargaran de todas las tareas cotidianas. Poco a poco, los humanos dejaron de pensar, soñar... o vivir.

Entonces, llegó un hombre del lejano sistema de Thalim, un visionario que adoptó el nombre de Tlaloc, en honor de un antiguo dios de la lluvia. Habló a las multitudes lánguidas, intentó revivir su espíritu humano, sin logros aparentes. Pero algunos inadaptados escucharon el mensaje de Tlaloc.

Estos nuevos pensadores se reunieron en secreto y buscaron formas de cambiar el Imperio, siempre que pudieran derrocar a sus estúpidos gobernantes. Renunciaron a sus nombres de pila y asumieron los apelativos de grandes dioses y héroes. Entre ellos descollaban el general Agamenón y su amante Juno, cuyo talento para elegir la táctica adecuada no tenía parangón. Estos dos reclutaron al experto programador Barbarroja, quien diseñó un plan para transformar las ubicuas

máquinas serviles del Imperio en intrépidos agresores, al dotar a la inteligencia artificial de sus cerebros de ciertas características humanas, incluyendo la ambición de conquistar. Después, varios humanos más se unieron a los audaces rebeldes. En total, veinte mentes geniales formaron el núcleo de un movimiento revolucionario que derrocó al Imperio Antiguo.

Victoriosos, se autodenominaron los titanes, en honor a los dioses griegos más antiguos. Guiados por el visionario Tlaloc, los veinte se distribuyeron la administración de planetas y pueblos, e impusieron sus dictados gracias a las agresivas máquinas pensantes de Barbarroja. Conquistaron casi toda la galaxia conocida.

Algunos grupos de resistentes reagruparon sus defensas en la periferia del Imperio Antiguo. Formaron su propia confederación (la Liga de Nobles), lucharon contra los Veinte Titanes y, después de muchas batallas sangrientas, conservaron su libertad. Detuvieron el empuje de los titanes y les repelieron.

Tlaloc juró que algún día dominaría a aquellos indeseables, pero al cabo de menos de una década en el poder, el líder visionario murió en un trágico accidente. El general Agamenón heredó el liderazgo de Tlaloc, pero la muerte de su amigo y mentor constituía un sombrío recordatorio de la mortalidad de los titanes.

Agamenón y su amante Juno, que aspiraban a gobernar durante siglos, aceptaron correr un grave riesgo. Ordenaron que les extirparan el cerebro mediante una operación quirúrgica y lo implantaran en contenedores susceptibles de ser instalados en diversos cuerpos mecánicos. Uno a uno, cuando los titanes restantes sintieron la proximidad de la vejez y la vulnerabilidad, todos

se fueron convirtiendo en *cimeks*, máquinas con mentes humanas.

La Era de los Titanes duró un siglo. Los usurpadores cimeks gobernaban sus diversos planetas, y utilizaban ordenadores y robots cada vez más sofisticados para imponer el orden. Pero un desdichado día, el hedonista titán Jerjes, ansioso por disponer de más tiempo para sus placeres, permitió un acceso excesivo a su extensa red de inteligencia artificial.

La red informática consciente se apoderó de todo un planeta, al que siguieron otros. La avería se propagó como un virus de un planeta a otro, y la *mente* informática creció en poder y alcance. La inteligente y adaptable red, que se autodenominó Omnius, conquistó todos los planetas gobernados por titanes antes de que los cimeks tuvieran tiempo de alertarse mutuamente del peligro.

A continuación, Omnius se dispuso a establecer y mantener el orden a su manera, muy estructurada, y a oprimir a los humillados cimeks. Dueños del Imperio hasta aquel momento, Agamenón y sus compañeros se convirtieron en servidores reticentes de la ubicua mente.

En la época de la Yihad Butleriana, hacía mil años que Omnius y sus máquinas pensantes gobernaban con mano de hierro los Planetas Sincronizados.

Pese a ello, grupos de humanos libres resistían en los confines del Imperio, unidos para asegurar su mutua protección, como espinas clavadas en los costados de las máquinas pensantes. Siempre que eran atacados, la Liga de Nobles se defendía con eficacia.

Pero las máquinas pensantes siempre estaban desarrollando nuevos planes.

2

> Cuando los humanos crearon un ordenador capaz de almacenar información y aprender de ella, firmaron la sentencia de muerte de la humanidad.
>
> HERMANA BECCA LA FINITA

Salusa Secundus pendía como un pendiente tachonado de joyas en el desierto del espacio, un oasis de riquezas y campos fértiles, plácido y agradable para los sensores ópticos. Por desgracia, estaba infestado de humanos en estado salvaje.

La flota robótica se aproximó al planeta capital de la Liga de Nobles. Las naves de guerra blindadas estaban erizadas de armas, objetos enormes de una extraña belleza con sus capas protectoras de aleación reflectante, sus adornos de antenas y sensores. Los motores de popa arrojaban fuego puro, y propulsaban las naves hasta aceleraciones que habrían aplastado a simples pasajeros biológicos. Las máquinas pensantes no necesitaban sistemas de mantenimiento vital ni comodidades físicas. En este momento, estaban concentradas en destruir a los restos de

la resistencia humana agazapados en los límites exteriores de los Planetas Sincronizados.

En el interior de su nave en forma de pirámide, el general cimek Agamenón dirigía el ataque. La gloria o la venganza eran ajenas a la lógica de las máquinas pensantes, pero no a la de Agamenón. Su cerebro humano, en alerta máxima dentro de su contenedor, seguía segundo a segundo el desarrollo de los planes.

La flota principal de naves de guerra se adentró en el sistema infestado de humanos, arrolló a las tripulaciones de las sorprendidas naves de vigilancia como una avalancha surgida del espacio. Cinco de ellas abrieron fuego para detener a los atacantes, pero casi todos sus proyectiles fueron demasiado lentos para alcanzar a los invasores. Disparos afortunados destruyeron o averiaron a un puñado de naves robot, y el mismo número de naves humanas resultaron desintegradas, no porque constituyeran una amenaza concreta, sino porque se interpusieron en el camino de los proyectiles.

Solo unas cuantas naves de reconocimiento alejadas de la refriega lograron transmitir la advertencia al vulnerable Salusa Secundus. Las naves de guerra robóticas desintegraron el difuso perímetro interior de las defensas humanas, sin reducir ni un momento su velocidad, en pos del verdadero objetivo. La flota de máquinas pensantes, que se estremecían debido a la extrema deceleración, llegaría poco después de que la capital recibiera la información.

Los humanos no tendrían tiempo de prepararse.

La flota robótica era diez veces más grande y potente que cualquier otra fuerza enviada por Omnius contra la Liga de Nobles. Los humanos se habían confiado, al no haber sufrido ninguna agresión robótica a gran escala durante el último siglo de precaria guerra fría. Pero las

máquinas podían esperar mucho tiempo, y ahora Agamenón y sus titanes supervivientes iban a aprovechar la oportunidad.

Descubiertas por diminutas sondas espía, la liga había instalado en fecha reciente una serie de defensas, en teoría invencibles, contra máquinas pensantes de circuitos gelificados. La inmensa flota robot esperaría a una distancia prudencial, mientras Agamenón y su pequeña vanguardia de cimeks se lanzaban a la misión, tal vez suicida, de abrir la puerta.

Agamenón no cabía en sí de impaciencia. Los desventurados humanos ya estarían disparando alarmas, preparando defensas..., muertos de miedo. Gracias al electrolíquido que mantenía vivo su cerebro incorpóreo, Agamenón transmitió una orden a las tropas de asalto cimeks.

—Vamos a destruir el corazón de la resistencia humana. ¡Adelante!

Durante un espantoso milenio, Agamenón y sus titanes se habían visto obligados a servir a la mente informática, Omnius. Aplastados bajo su férula, los ambiciosos pero derrotados cimeks habían desviado su frustración contra la Liga de Nobles. Un día, el general confiaba en revolverse contra el propio Omnius, pero hasta el momento no se había presentado la oportunidad.

La liga había dispuesto nuevos escudos descodificadores alrededor de Salusa Secundus. Tales campos destruirían los sofisticados circuitos gelificados de todos los ordenadores con inteligencia artificial, pero las mentes humanas podrían sobrevivir. Y si bien poseían sistemas mecánicos y cuerpos robóticos intercambiables, los cimeks aún tenían cerebros humanos.

Por lo tanto, podrían atravesar las defensas sin sufrir el menor daño.

Salusa Secundus llenó el campo de visión de Agamenón. El general había estudiado con todo detalle proyecciones tácticas, y aplicado la experiencia militar que había desarrollado a lo largo de siglos, además de su intuición innata para el arte de conquistar. Sus dotes habían permitido que tan solo veinte rebeldes se apoderaran de un imperio..., hasta que Omnius les despojó de todo.

Antes de lanzar este importante ataque, la supermente había insistido en realizar un simulacro tras otro, con el fin de desarrollar planes para cada contingencia. Agamenón, por su parte, sabía que era inútil planificar con excesiva precisión en lo tocante a los ingobernables humanos.

Mientras la inmensa flota robot se enfrentaba a las defensas orbitales y naves periféricas de la liga, la mente de Agamenón sondeó desde su contenedor conectado con los sensores, y sintió que le guiaban como una extensión de su desaparecido cuerpo humano. Las armas integradas formaban parte de él. Veía con un millar de ojos, y los potentes motores le daban la sensación de poseer de nuevo piernas musculosas y de poder correr como el viento.

—Preparaos para el ataque terrestre. En cuanto nuestros blindados penetren en las defensas salusanas, hemos de proceder con celeridad. —Al recordar las cámaras que grababan hasta el último momento de la batalla para el posterior escrutinio de la supermente, añadió—: Arrasaremos este asqueroso planeta por la gloria de Omnius. —Agamenón aminoró la velocidad de descenso, y los demás le imitaron—. Jerjes, toma el mando. Envía por delante a tus neocimeks.

Jerjes, vacilante como de costumbre, se quejó.

—¿Contaré con tu apoyo total? Esta es la parte más peligrosa del...

Agamenón le silenció.

—Agradece esta oportunidad de demostrar tu valor. ¡Muévete de una vez! Cada segundo de retraso concede más tiempo a los *hrethgir*.

Era el término despectivo que las máquinas inteligentes y sus lacayos cimeks utilizaban para designar a las sabandijas humanas.

Otra voz sonó en el comunicador: el robot al mando de la flota que luchaba contra las fuerzas defensivas humanas situadas en la órbita de Salusa.

—Esperamos vuestra señal, general Agamenón. La resistencia humana se está intensificando.

—Vamos a proceder. ¡Jerjes, obedece mis órdenes!

Jerjes, que nunca oponía gran resistencia, se abstuvo de hacer más comentarios y llamó a tres neocimeks, máquinas de última generación con mente humana. El cuarteto de naves en forma de pirámide apagó sus sistemas auxiliares, y sus transportes blindados penetraron sin guía en la atmósfera. Durante unos peligrosos momentos serían blanco fácil, y las defensas tierra-aire de la liga tal vez alcanzarían a algunos, pero el grueso blindaje les protegería de lo peor del impacto, y los mantendría incólumes incluso cuando aterrizaran con violencia en las afueras de Zimia, la capital, donde se hallaban las principales torres generadoras de escudos protectores.

Hasta el momento, la Liga de Nobles había defendido a la humanidad de la eficacia organizada de Omnius, pero los salvajes organismos biológicos apenas sabían gobernarse, y a menudo no se ponían de acuerdo a la hora de tomar decisiones importantes. En cuanto Salusa Secundus fuera

aplastado, la inestable alianza se desintegraría presa del pánico, y la resistencia se desmoronaría.

Pero los primeros cimeks de Agamenón tenían que desconectar los escudos protectores. Entonces, Salusa quedaría indefenso y tembloroso, preparado para que la flota robot asestara el golpe de muerte, como una enorme bota mecánica que aplastara a un insecto.

El líder cimek colocó en posición su transporte blindado, dispuesto a dirigir la segunda oleada con el resto de la flota exterminadora. Agamenón cerró todos los sistemas informatizados y siguió a Jerjes. Su cerebro flotaba en un limbo dentro del contenedor de seguridad. Ciego y sordo, el general no sintió el calor ni las violentas vibraciones cuando su blindado se precipitó hacia el objetivo desprevenido.

3

> La máquina inteligente es un genio maligno, escapado de su botella.
>
> BARBARROJA,
> *Anatomía de una rebelión*

Cuando la red sensora de Salusa detectó la llegada de la flota de guerra robótica, Xavier Harkonnen se puso en acción de inmediato. Una vez más, las máquinas pensantes querían poner a prueba las defensas de la humanidad libre.

Aunque ostentaba el rango de tercero en la milicia salusana (la rama autónoma local de la Armada de la Liga), Xavier aún no había nacido cuando se produjeron las últimas escaramuzas reales contra los planetas de la liga. La batalla más reciente había ocurrido casi cien años antes. Después de tanto tiempo, las agresivas máquinas tal vez imaginaban que las defensas humanas eran débiles, pero Xavier juró que se equivocarían.

—Primero Meach, hemos recibido un aviso urgente y unas imágenes tomadas por una nave de reconocimiento desde la periferia —dijo a su comandante—. Pero la comunicación se cortó.

—¡Miradlos! —chilló el quinto Wilby cuando vio imágenes procedentes de la red sensora exterior. El oficial de rango menor se hallaba ante una hilera de paneles de instrumentos, junto con otros soldados, dentro del edificio abovedado—. Omnius nunca había enviado algo semejante.

Vannibal Meach, el menudo pero vociferante primero de la milicia salusana, se encontraba en el centro de control de las defensas planetarias, y asimilaba con frialdad el caudal de información.

—Nuestro último informe del perímetro es de hace horas, debido al retraso con el que llegan las señales. En estos momentos, estarán trabadas en combate con nuestras naves de vigilancia, y tratarán de acercarse más. No lo conseguirán, por supuesto.

Si bien esta era la primera advertencia de la invasión inminente, reaccionó como si hubiera esperado que las máquinas se presentaran en cualquier momento.

A la luz de la sala de control, el pelo castaño oscuro de Xavier destellaba con tonos canela. Era un joven serio, proclive a la sinceridad y a desdeñar los términos medios. Como miembro del tercer rango militar, el tercero Harkonnen era el subcomandante de los puestos exteriores de la defensa local. Muy admirado por sus superiores, Xavier había ascendido con celeridad. Como sus soldados también le respetaban, era el tipo de hombre al que seguirían a la batalla sin pensarlo dos veces.

Pese al tamaño y potencia de fuego de la fuerza robótica, se obligó a mantener la calma, solicitó informes a las naves de vigilancia más cercanas y puso en alerta máxima a la flota defensiva espacial. Los comandantes de las naves de guerra ya habían dado aviso a sus tripulaciones de que estuvieran preparadas para la batalla, desde el momento en

que oyeron la transmisión urgente de las naves de reconocimiento, ahora destruidas.

Los sistemas automáticos zumbaban alrededor de Xavier. Mientras escuchaba las sirenas fluctuantes, la sucesión incesante de órdenes y los informes de la situación que llegaban a la sala de control, exhaló un largo suspiro y estableció una prioridad de tareas.

—Podemos detenerles —dijo—. Les detendremos.

Su voz transmitía un tono autoritario, como si fuera mucho mayor y estuviera acostumbrado a luchar contra Omnius cada día. En realidad, era la primera vez que iba a enfrentarse a las máquinas pensantes.

Años antes, un ataque sorpresa cimek había acabado con la vida de sus padres y su hermano mayor, cuando regresaban de inspeccionar las propiedades familiares en Hagal. Las fuerzas mecánicas siempre habían significado una amenaza para la Liga de Nobles, pero los humanos y Omnius habían mantenido una paz precaria durante décadas.

—Póngase en contacto con el segundo Lauderdale, y con todas las naves de guerra de la periferia. Dígales que procuren destruir todo enemigo que encuentren a su paso —dijo el primero Meach, y luego suspiró—. Nuestros grupos de batalla pesados tardarán medio día a máxima aceleración en llegar desde la periferia, pero es posible que las máquinas estén intentando abrirse paso todavía en ese momento. Podría ser un día de gloria para nuestros chicos.

El cuarto Young obedeció la orden con eficiencia. Envió un mensaje que tardaría horas en llegar a las afueras del sistema.

Meach cabeceó con aire ausente y repitió la secuencia tantas veces ensayada. Como siempre vivían bajo la amenaza de las máquinas, la milicia salusana se entrenaba

con regularidad para hacer frente a todas las eventualidades posibles, al igual que los destacamentos de la Armada en todos los sistemas principales de la liga.

—Active los escudos defensivos Holtzman que rodean el planeta y prevenga a todo el tráfico comercial aéreo y espacial. Quiero que la potencia del transmisor de escudo de la ciudad funcione a máxima potencia dentro de diez minutos.

—Eso debería bastar para freír los circuitos gelificados de cualquier máquina pensante —dijo Xavier con forzada confianza—. Todos hemos visto los experimentos.

Solo que esto no es un experimento.

En cuanto el enemigo se topara con las defensas que los salusanos habían instalado, confiaba en que se retirarían al calcular un número excesivo de bajas. Las máquinas pensantes no eran aficionadas a correr riesgos.

Echó un vistazo a un panel. *Pero hay muchas.*

Después, se irguió y comunicó las malas noticias.

—Primero Meach, si los datos sobre la velocidad de la flota robótica son correctos, incluso a velocidad de deceleración se desplazan casi con la misma rapidez que fa señal de advertencia recibida de nuestras naves de reconocimiento.

—¡Ya podrían estar aquí! —exclamó el quinto Wilby.

Meach reaccionó al instante.

—¡Den la señal de evacuación! Que abran los refugios subterráneos.

—Evacuación en marcha, señor —informó la cuarto Young momentos después, mientras sus dedos volaban sobre los paneles. La muchacha oprimió un cable de comunicación fijo a su sien—. Estamos enviando al virrey Butler toda la información de que disponemos.

Serena está con él en el Parlamento, recordó Xavier cuando pensó en la joven de diecinueve años. Estaba muy preocupado por ella, pero no se atrevió a revelar su miedo a sus compañeros. Todo en su momento y lugar adecuados.

Vio en sus mentes los numerosos hilos que debía tejer, cumpliendo su misión mientras el primero Meach dirigía la defensa global.

—Cuarto Chiry, tome un escuadrón y escolte al virrey Butler, su hija y a todos los representantes de la liga hasta los refugios subterráneos.

—Ya tendrían que estar en camino, señor —dijo el oficial.

Xavier le dirigió una tensa sonrisa.

—¿Confía en que los políticos actúen con inteligencia?

El cuarto corrió a obedecer la orden.

4

> Casi todas las historias han sido escritas por los vencedores de los conflictos, pero las escritas por los vencidos (si sobreviven) suelen ser más interesantes.
>
> IBLIS GINJO,
> *El paisaje de la humanidad*

Salusa Secundus era un planeta verde de clima templado, el hogar de cientos de millones de humanos libres alineados en la Liga de Nobles. Los acueductos transportaban abundante agua de un lugar a otro. Alrededor del centro gubernativo y cultural de Zimia, las colinas ondulantes estaban cubiertas de viñedos y olivos.

Momentos antes de que las máquinas pensantes atacaran, Serena Butler subió al estrado de discursos del Parlamento. Gracias a los servicios públicos que prestaba, así como a las argucias de su padre, se le había concedido la oportunidad de dirigirse a los representantes.

El virrey Manion Butler había aconsejado en privado a su hija que fuera sutil, que se expresara con términos sencillos.

—Paso a paso, querida. Lo que une a nuestra liga no es más que el hilo de un enemigo común, no una serie de valores o creencias compartidos. Nunca ataques el estilo de vida de los nobles.

Era el tercer discurso de su breve carrera política. En los anteriores, se había expresado con brutal sinceridad, pues aún no comprendía el ballet de la política, y sus ideas habían sido recibidas con una mezcla de bostezos y risitas provocadas por su ingenuidad. Quería terminar con la práctica de la esclavitud humana, adopta da de vez en cuando por algunos planetas de la liga. Quería que todos los humanos fueran iguales, procurar que todos recibieran alimentación y protección.

—Es posible que la verdad ofenda. Intentaba que se sintieran culpables.

—Solo conseguiste que hicieran oídos sordos a tus palabras.

Serena había suavizado el tono del discurso para incorporar el consejo de su padre, pero sin renunciar a sus principios. *Paso a paso*. Ella también aprendería con cada paso. Siguiendo el consejo de su padre, había hablado en privado con representantes que compartían sus puntos de vista, logrado algunos apoyos y unos pocos aliados antes de la hora de la verdad.

Alzó la barbilla, procuró que su expresión fuera más autoritaria que ansiosa y entró en la cámara de grabaciones que rodeaba el estrado como una cúpula geodésica. Su corazón rebosaba de buenas intenciones. Sintió una luz cálida cuando el mecanismo de proyección transmitió imágenes ampliadas de ella al exterior de la cúpula.

Una pequeña pantalla situada sobre el estrado permitía que viera su imagen proyectada: un rostro dulce de belleza clásica, hipnóticos ojos lavanda y pelo castaño de reflejos

ambarinos con mechas doradas naturales. Llevaba en la solapa izquierda una rosa blanca procedente de sus jardines, cuidados con mimo. El proyector lograba que Serena pareciera todavía más joven, pues el mecanismo había sido manipulado por los nobles para disimular el efecto de los años sobre sus facciones.

El virrey Butler, ataviado con sus mejores galas doradas y negras, sonrió con orgullo a su hija desde su palco, situado delante del público. El sello de la Liga de Nobles adornaba su solapa, una mano humana abierta ribeteada en oro, que representaba la libertad.

Comprendía el optimismo de Serena, pues recordaba ambiciones similares que había albergado en su juventud. Siempre había sido paciente con las cruzadas de su hija. Ayudaba a la joven a recaudar fondos para los refugiados de ataques robóticos, permitía que viajara a otros planetas para atender a los heridos, o para rebuscar entre los escombros y colaborar en la reconstrucción de los edificios incendiados. Serena nunca había tenido miedo de ensuciarse las manos.

—Las mentes estrechas erigen barreras empecinadas —le había dicho su madre en una ocasión—. Pero contra estas barreras, las palabras constituyen armas formidables.

Los dignatarios hablaban entre susurros. Algunos sorbían bebidas o comían los aperitivos que les habían servido en sus asientos. Un día como otro cualquiera en el Parlamento. Apoltronados en sus villas y mansiones, no recibían de buen grado los cambios. Sin embargo, la posibilidad de herir sus egos no iba a impedir que Serena dijera lo que pensaba.

Activó el sistema de proyección auditiva.

—Muchos de vosotros pensáis que defiendo ideas necias porque soy joven, pero tal vez los jóvenes tienen la vista

más aguda, en tanto los viejos se vuelven ciegos poco a poco. ¿Soy necia e ingenua..., o será que algunos de vosotros, engreídos y autosatisfechos, os habéis distanciado de la humanidad? ¿Os incliná is del lado del bien o del mal?

Vio que una oleada de indignación recorría a los reunidos, mezclada con expresiones de rechazo visceral. El virrey Butler le dirigió una penetrante mirada de desaprobación, pero transmitió un veloz recordatorio a la sala, solicitando la atención respetuosa que se concedía a todo orador.

Serena fingió no darse cuenta. ¿Es que no captaban la idea fundamental?

—Si queremos sobrevivir como especie, hemos de trascender nuestro egoísmo. Durante siglos hemos restringido nuestras defensas a un puñado de planetas clave. Aunque hace décadas que Omnius no lanza un ataque a gran escala, vivimos bajo la sombra permanente de esa amenaza.

Serena oprimió varios botones del estrado y proyectó la imagen de la bóveda celeste circundante, como un racimo de joyas en el techo. Indicó con una varita luminosa los planetas de la liga y los Planetas Sincronizados, gobernados por máquinas pensantes. Después, desvió la vara hacia regiones más extensas de la galaxia, libres de la dominación de humanos organizados o máquinas.

—Mirad estos pobres Planetas No Aliados: planetas dispersos como Harmonthep, Tlulax, Arrakis, Anbus IV y Caladan. Debido a dicha dispersión, las colonias humanas no son miembros de nuestra liga, no gozan de nuestra protección militar si en algún momento son amenazadas... por máquinas o por otros humanos. —Serena hizo una pausa, para dejar que el público asimilara sus palabras—. Muchos de los nuestros cometen el error de saquear estos

planetas, con el fin de capturar esclavos para algunos planetas de la liga.

Su mirada se cruzó con la del representante de Poritrin, el cual frunció el ceño, porque se estaba refiriendo a él. El hombre contestó en voz alta y la interrumpió.

—La esclavitud es una práctica aceptada en la liga. Como carecemos de máquinas complejas, no nos queda otro remedio que aumentar nuestra mano de obra. —La miró con expresión autocomplacida—. Además, el propio Salusa Secundus mantuvo una población de esclavos zensunni durante casi dos siglos.

—Acabamos con esa práctica —replicó Serena con considerable vehemencia—. El cambio exigió un poco de imaginación y fuerza de voluntad, pero...

El virrey se levantó con la intención de calmar los ánimos.

—Cada planeta de la liga determina sus propias costumbres, tecnología y leyes. Ya tenemos bastante con un enemigo temible como las máquinas pensantes para iniciar una guerra civil entre nuestros planetas.

Su voz poseía un tono levemente paternal, una ligera reprimenda para que volviera al punto principal de su discurso.

Serena suspiró, sin rendirse, y ajustó la vara para que los planetas no aliados brillaran en el techo.

—Aun así, no podemos olvidar a todos esos planetas, objetivos ricos en todo tipo de recursos a la espera de que Omnius los conquiste.

El oficial de orden, sentado en una silla alta a un lado, golpeó el suelo con su bastón.

—Tiempo.

Se aburría con facilidad, y muy pocas veces escuchaba los discursos.

Serena continuó a toda prisa, intentando transmitir sus ideas sin parecer ansiosa.

—Sabemos que las máquinas pensantes quieren controlar la galaxia, aunque hace casi un siglo que nos dejan en paz. Han ido conquistando de manera sistemática todos los planetas de los sistemas estelares sincronizados. No os dejéis engañar por su aparente falta de interés en nosotros. Sabemos que volverán a atacar..., pero ¿cómo y dónde? ¿No deberíamos actuar antes de que Omnius lo haga?

—¿Qué es lo que queréis, madame Butler? —preguntó con impaciencia uno de los dignatarios. Alzó la voz pero no se puso en pie, como ordenaba el protocolo—. ¿Estáis defendiendo una especie de ataque preventivo contra las máquinas pensantes?

—Hemos de trabajar para incorporar los planetas no aliados a la liga, y terminar con la práctica del esclavismo. —Apuntó con la vara a la proyección del techo—. Sumarlos a nuestro bando para aumentar nuestra fuerza, y la de ellos. ¡Todos saldríamos beneficiados! Propongo que enviemos embajadores y agregados culturales con el propósito expreso de formar nuevas alianzas políticas y militares. Tantas como podamos.

—¿Quién pagará todo ese esfuerzo diplomático?

—Tiempo —repitió el oficial de orden.

—Se le conceden tres minutos más como turno de réplica, puesto que el representante de Hagal ha formulado una pregunta —dijo el virrey Butler en tono autoritario.

Serena se estaba enfureciendo. ¿Cómo era posible que aquel representante se preocupara por cantidades de dinero insignificantes, cuando el coste final era tan elevado?

—Todos pagaremos, con sangre, si no hacemos esto. Hemos de fortalecer la liga y la especie humana.

Algunos nobles empezaron a aplaudir: los representantes a los que Serena había cortejado antes del discurso. De pronto, alarmas estridentes resonaron en todo el edificio y en las calles. Las sirenas emitieron un tono conocido estremecedor (que solo se oía durante los simulacros), convocando a todos los reservistas de la milicia salusana.

—Las máquinas pensantes han penetrado en el sistema salusano —dijo una voz por los altavoces. Avisos semejantes estarían sonando por toda Zimia—. Así nos lo han advertido las naves de reconocimiento situadas en la periferia y los grupos de vigilancia en órbita.

Serena leyó los detalles cuando entregaron un resumen urgente y lacónico al virrey.

—¡Nunca hemos vista una flota robot de este tamaño! —exclamó el anciano—. ¿Cuánto hace que enviaron el aviso las primeras naves de reconocimiento? ¿Cuánto tiempo nos queda?

—¡Nos atacan! —gritó un hombre. Los delegados saltaron de sus asientos y se dispersaron como hormigas aterrorizadas.

—Preparaos para evacuar el Parlamento. —El oficial de orden se convirtió en un volcán de actividad—. Todos los refugios blindados están abiertos. Representantes, dirigíos a las zonas que os hayan sido designadas.

El virrey Butler gritó en medio del caos, procurando aparentar serenidad.

—¡Los escudos Holtzman nos protegerán!

Serena percibió la angustia de su padre, aunque la disimulaba bien.

Los representantes de la liga corrieron hacia las salidas. Los enemigos implacables de la humanidad habían llegado.

5

> Cualquier hombre que exija más autoridad no la merece.
>
> TERCERO XAVIER HARKONNEN,
> *discurso a la milicia salusana*

—La flota robot acaba de atacar a nuestra guardia espacial —Anunció Xavier Harkonnen desde su puesto—. El intercambio de fuego es intenso.

—¡Primero Meach! —gritó la cuarto Steff Young desde las pantallas orbitales. Xavier percibió el olor salado y metálico del sudor nervioso de Young—. Señor, un pequeño destacamento de naves mecánicas se ha separado de la flota principal robot en órbita. Configuración desconocida, pero se están preparando para un descenso atmosférico.

Señaló las imágenes e hizo hincapié en las luces brillantes que indicaban un grupo de proyectiles inactivos.

Xavier echó un vistazo a los lectores del perímetro, información en tiempo real transmitida desde los satélites defensivos situados por encima de los campos descodificadores de Tio Holtzman. En la resolución más alta vio un escuadrón de naves piramidales que se adentraban

en la atmósfera, en dirección a los campos chisporroteantes.

—Se van a llevar una desagradable sorpresa —dijo Young con una sonrisa desprovista de alegría—. Ninguna máquina pensante puede sobrevivir a ese envite.

—Nuestra principal preocupación será esquivar los restos de las naves destruidas —intervino el primero Meach—. No descuidéis la vigilancia.

Pero los blindados atravesaron los campos descodificadores y siguieron avanzando. No aparecieron señales electrónicas de que hubieran penetrado en el límite.

—¿Cómo han pasado?

El quinto Wilby se secó la frente y apartó el pelo castaño de sus ojos.

—Ningún ordenador podría. —De repente, Xavier comprendió lo que estaba sucediendo—. ¡Son blindados ciegos, señor!

Young levantó la vista de sus pantallas, con la respiración entrecortada.

—Impacto en menos de un minuto, primero. La segunda oleada les pisa los talones. Cuento veintiocho proyectiles. —Meneó la cabeza—. No producen señales electrónicas.

—Rico, Powder —gritó Xavier—, trabajad con equipos de respuesta media y escuadrones de bomberos. Daos prisa. ¡Ánimo, lo hemos ensayado cientos de veces! Quiero que todos los vehículos y equipos de rescate móviles y aéreos estén preparados para intervenir antes de que la primera nave se estrelle.

—Destinad defensas a repeler a los invasores en cuanto aterricen. —El primero Meach bajó la voz y miró a sus camaradas—. Tercero Harkonnen, tome una estación de comunicaciones portátil y diríjase al punto de aterrizaje.

Quiero que sea mis ojos en el escenario de los hechos. Presiento que esos blindados contienen algo desagradable.

El caos se había apoderado de las calles, bajo un cielo sembrado de nubes. Xavier, en medio de la confusión, oyó el aullido metálico de la atmósfera torturada cuando los proyectiles inactivos cayeron como balas disparadas desde el espacio.

Una lluvia de blindados piramidales golpearon el suelo. Con un estruendo ensordecedor, las cuatro primeras naves ciegas derribaron edificios, arrasaron manzanas enteras con la dispersión explosiva de la energía cinética, pero sofisticados sistemas de desplazamiento de choque protegieron el cargamento mortal que contenían.

Xavier corrió por la calle con el uniforme arrugado, el cabello sudado pegado a la cabeza. Se detuvo ante el gigantesco edificio del Parlamento. Aunque era el lugarteniente de las defensas salusanas, se encontraba en una posición insegura, pues debía dar órdenes desde tierra. No era exactamente lo que le habían enseñado en los cursos de la academia de la Armada, pero el primero Meach confiaba en su buen juicio y capacidad de actuar con independencia.

Tocó el comunicador fijo a su barbilla.

—Estoy en posición, señor.

Cinco proyectiles más se estrellaron en las afueras de la ciudad, dejando cráteres humeantes. Explosiones. Humo. Bolas de fuego.

En los puntos de impacto, los módulos inactivos se abrieron y revelaron un enorme objeto que cobraba vida dentro de cada uno. Unidades mecánicas reactivadas apartaron los restos de los escudoscarbonizados. Xavier

adivinó, aterrorizado, lo que iba a ver, comprendió por qué las máquinas enemigas habían logrado atravesar los escudos descodificadores. No eran mentes electrónicas, sino...

Cimeks.

Horribles monstruosidades mecánicas surgieron de las pirámides destrozadas, impulsadas por cerebros humanos extraídos quirúrgicamente. Sistemas de movilidad cobraron vida. Piernas articuladas y armas potenciadas se pusieron en movimiento.

Los cuerpos cimek emergieron de los cráteres humeantes, gladiadores en forma de cangrejo casi tan altos como los edificios derrumbados. Sus piernas eran tan gruesas como vigas maestras, erizadas de cañones lanzallamas, lanzacohetes y surtidores de gas venenoso.

—¡Soldados cimek, primero Meach! —gritó Xavier por el comunicador—. ¡Han descubierto la forma de atravesar nuestras defensas orbitales!

A lo largo y ancho de Salusa, desde las afueras de Zimia hasta el continente más alejado, las milicias planetarias habían recibido órdenes de actuar. Ya habían despegado naves defensivas diseñadas para combatir en las capas atmosféricas inferiores (kindjals), cargadas con proyectiles capaces de atravesar cualquier blindaje.

La gente huía por las calles, presa del pánico. Algunos ciudadanos estaban paralizados a causa del terror, y se limitaban a mirar lo que ocurría a su alrededor. Xavier describió a gritos lo que estaba presenciando. Oyó la voz de Vannibal Meach.

—Cuarto Young, dé órdenes de distribuir los aparatos de respiración. Encárguese de la distribución de mascarillas filtradoras entre la población. Cualquier persona que no se halle dentro de un refugio ha de llevar un respirador.

Las mascarillas no protegían de los lanzallamas ni de las detonaciones de alta energía, pero la gente podía librarse de las nubes venenosas. Mientras se colocaba el respirador, Xavier se sintió invadido por el temor de que las precauciones de la milicia no fueran suficientes.

Los soldados cimek abandonaron sus blindados y avanzaron sobre sus monstruosos pies. Arrojaron proyectiles explosivos, que abrasaron edificios y a personas aterrorizadas. Brotaron llamas de las boquillas de sus miembros delanteros, que prendieron fuego a la ciudad de Zimia. Seguían cayendo blindados del cielo, preparados para abrirse nada más tocar tierra. Veintiocho en total.

El joven tercero vio una columna de fuego y humo que caía dando vueltas con un rugido ensordecedor, tan veloz y brillante que estuvo a punto de quemar sus retinas. El blindado se estrelló en el recinto militar situado a un kilómetro de distancia, desintegró el centro de control y el cuartel general de la milicia planetaria. La onda de choque derribó a Xavier y destruyó las ventanas de docenas de manzanas.

—¡Primero! —gritó Xavier por el comunicador—. ¡Primero Meach! ¡Centro de mando! ¡Quien sea!

Pero al ver las ruinas, supo que no iba a obtener ninguna respuesta del complejo.

Mientras recorrían las calles, los cimeks escupían un humo verdinegro, una neblina aceitosa que, al asentarse, producía una película tóxica que cubría el suelo y los edificios. Entonces, llegó el primer escuadrón de bombarderos kindjal. Lanzaron una andanada de explosivos alrededor de los soldados mecánicos, que derribó tanto a cimeks como a edificios.

Xavier jadeaba, incapaz de dar crédito a sus ojos. Llamó de nuevo al comandante, pero no obtuvo respuesta. Por fin,

los centros subtácticos que rodeaban la ciudad se pusieron en contacto con él para preguntar qué había pasado y pedir que se identificara.

—Tercero Harkonnen al habla —dijo. Entonces, comprendió la enormidad de lo ocurrido. Con un supremo esfuerzo, hizo acopio de valor y serenó su voz—. Soy... soy el actual jefe de la milicia salusana.

Corrió hacia el núcleo de humo grasiento. Los civiles se desplomaban a su alrededor, presos de náuseas. Echó un vistazo a los atacantes aéreos, y ardió en deseos de detentar el mando supremo.

—Es posible destruir a los cimeks —transmitió a los pilotos kindjal. Después, tosió. La mascarilla no funcionaba bien. El pecho y la garganta le escocían como si hubiera inhalado ácido, pero siguió gritando órdenes.

Mientras el ataque continuaba, las naves de emergencia salusanas sobrevolaron la zona de batalla, y arrojaron contenedores de polvos y espuma antiincendios. Escuadrones médicos provistos de mascarillas avanzaban sin vacilar.

Indiferentes a los insignificantes esfuerzos de los humanos por defenderse, los cimek continuaban su avance, no como un ejército, sino como individuos: perros mecánicos enloquecidos que sembraban la destrucción por doquier. Un soldado mecánico flexionó sus piernas de cangrejo y desintegró dos naves de rescate que descendían, para seguir su camino a continuación con movimientos siniestros.

La vanguardia de bombarderos salusanos arrojaron proyectiles explosivos contra uno de los primeros cimeks. Dos proyectiles alcanzaron el cuerpo blindado, y el tercero hizo impacto en un edificio cercano, el cual se derrumbó,

sepultando bajo los cascotes el cuerpo mecánico del invasor.

Pero después de que las llamas y el humo se despejaran, el cimek volvió a la carga. La máquina asesina se liberó de los cascotes y lanzó un contraataque contra los kindjals que llegaban del cielo.

Xavier estudiaba los movimientos de los atacantes desde lejos, para lo cual utilizaba una pantalla táctica portátil. Era preciso que descubriera el plan global de las máquinas pensantes. Daba la impresión de que los cimeks tenían un objetivo definido.

No podía vacilar o perder el tiempo lamentando la muerte de sus camaradas. No podía preguntar al primero Meach qué debía hacer. Tenía que pensar con la mente despejada y tomar decisionesinstantáneas. Si conseguía descubrir el objetivo del enemigo...

La flota robótica seguía disparando en órbita sobre la guardia espacial salusana, aunque el enemigo dotado de inteligencia artificial no podía atravesar los campos Holtzman. Tal vez serían capaces de derrotar a las naves de vigilancia y bloquear la capital de la liga..., pero el primero Meach ya había llamado a los grupos de batalla periféricos, y pronto toda la potencia de fuego de la Armada opondría una seria resistencia a las naves de guerra robóticas.

Vio en la pantalla que la flota enemiga mantenía sus posiciones..., como si esperara alguna señal de las tropas de asalto cimek. Las ideas se agolparon en su mente. ¿Qué estaban haciendo?

Un trío de gladiadores mecánicos arrojó explosivos contra el ala oeste del Parlamento. La hermosa fachada se derrumbó sobre la calle como una avalancha de finales de primavera. Algunos despachos gubernamentales, ya evacuados, quedaron al descubierto.

Xavier tosió a causa del humo, forzó la vista y miró a los ojos del médico que colocaba una nueva mascarilla sobre su rostro. Los pulmones de Xavier ardían, como si los hubieran empapado de combustible al que luego hubieran prendido fuego.

—Te pondrás bien —prometió el médico en tono poco convincente, mientras ponía una inyección en el cuello de Xavier.

—Más te vale. —El tercero volvió a toser y vio manchas negras delante de sus ojos—. Ahora no tengo tiempo para morir.

Xavier se olvidó de sí mismo y sintió una profunda preocupación por Serena. Menos de una hora antes, tenía que pronunciar un discurso ante la cámara de representantes. Rezó para que estuviera a salvo.

Se puso en pie y alejó al médico con un ademán, mientras la inyección obraba efecto. Conectó su pantalla táctica portátil y solicitó una vista del cielo, tomada desde las defensas kindjal. Estudió los senderos ennegrecidos de los gráciles y titánicos cimeks en la pantalla.

¿Adónde van?

En su mente, reprodujo el camino seguido por los monstruos mecánicos desde los cráteres humeantes y las ruinas del cuartel general de la milicia.

Entonces, comprendió lo que habría tenido que ver desde el principio, y maldijo por lo bajo.

Omnius sabía que los escudos descodificadores Holtzman destruirían los circuitos gelificados de las máquinas pensantes. Por eso, el grueso de la flota robótica se mantenía alejada de la órbita salusana. Si los cimeks se apoderaban de los generadores de campo, el planeta quedaría expuesto a una invasión a gran escala.

Xavier se enfrentaba a una decisión crítica, pero ya la había tomado. Le gustara o no, ahora estaba al mando. Al aniquilar al primero Meach y la estructura de mando de la milicia, los cimeks le habían puesto al frente de la situación, siquiera de forma temporal. Y sabía lo que debía hacer.

Ordenó a la milicia salusana que retrocediera y concentrara todos sus esfuerzos en defender el objetivo más vital, dejando el resto de Zimia a merced de los cimeks. Aunque tuviera que sacrificar una parte de esta importante ciudad, debía impedir que las máquinas lograran su objetivo.

A toda costa.

6

¿Qué influye más, el tema o el observador?

ERASMO,
expedientes de laboratorio
no cotejados

En Corrin, uno de los principales Planetas Sincronizados, el robot Erasmo paseaba por la plaza embaldosada que había frente a su villa. Se movía con la agilidad que había conseguido imitar después de siglos de estudiar la elegancia humana. Su rostro de metal líquido era como un bruñido espejo carente de expresión, hasta que decidía formar una serie de emociones imitadas en la película de polímero metálico, como las antiguas máscaras teatrales.

Mediante fibras ópticas implantadas en su membrana facial, admiró las fuentes iridiscentes que le rodeaban, las cuales constituían un digno complemento de la sillería, las estatuas, los trabajados tapices y las columnas de alabastro talladas a láser de la villa. Todo lujoso y opulento, diseñado por él. Después de muchos estudios y análisis, había llegado a apreciar los patrones de la belleza clásica, y estaba orgulloso de su evidente buen gusto.

Sus esclavos humanos se encargaban de infinidad de tareas domésticas: bruñir trofeos y objetos artísticos, sacar el polvo a los muebles, plantar flores, podar los arbustos ornamentales bajo la luz púrpura crepuscular del sol gigante rojo. Cada esclavo tembloroso hacía una reverencia cuando Erasmo pasaba a su lado. Reconocía a todos, pero no se molestaba en identificarlos, si bien tomaba nota mental de cada detalle. El dato más nimio podía conducir a la comprensión total.

Erasmo tenía una piel de compuestos plastiorgánicos entretejidos con elementos neuroelectrónicos. Se jactaba de que su sofisticada red sensora le permitía experimentar sensaciones físicas reales. Bajo la reluciente ascua del gigantesco sol de Corrin, sentía la luz y el calor sobre su piel, en teoría como si fuera de verdadera carne. Vestía un grueso manto dorado ribeteado de adornos carmesíes, parte de un elegante vestuario personal que le diferenciaba de los robots inferiores de Omnius. La vanidad era otra cosa que Erasmo había aprendido al estudiar a los humanos, y le gustaba.

La mayoría de robots no gozaban de tanta independencia como Erasmo. Eran poco más que cajas pensantes móviles, meros apéndices de la supermente. Erasmo también obedecía las órdenes de Omnius, pero gozaba de mayor libertad para interpretarlas. A lo largo de los siglos, había desarrollado su propia identidad y algo parecido a un ego. Omnius le consideraba una curiosidad.

Mientras el robot continuaba andando con gracia perfecta, detectó un zumbido. Sus fibras ópticas localizaron una pequeña esfera voladora, uno de los muchos espías móviles de Omnius. Siempre que Erasmo se alejaba de las pantallas ubicuas dispuestas en todos los edificios, los ávidos ojos le seguían, grababan todos sus movimientos. Los

actos de la supermente hablaban de una curiosidad insaciable..., o de una paranoia peculiarmente humana.

Mucho tiempo antes, cuando manipulaba los primeros ordena ores provistos de inteligencia artificial del Imperio Antiguo, el rebelde Barbarroja había añadido imitaciones de ciertos rasgos de personalidad y ambiciones humanas. Por consiguiente, las máquinas habían evolucionado hasta transformarse en una sola mente electrónica que conservó algunos deseos y características humanos.

En opinión de Omnius, los cimeks biológicos, compuestos de cerebros humanos y miembros mecánicos, eran incapaces de asimilar las perspectivas históricas que los circuitos gelificados de unamente informática podían abarcar. Cuando Omnius analizaba el universo de posibilidades, era como una inmensa pantalla. Había muchas formas de vencer, y siempre las tenía en consideración.

El programa básico de Omnius había sido duplicado en todos los planetas conquistados por las máquinas, y sincronizado mediante el uso de actualizaciones regulares. Carentes de rostro, pero capaces de ver y comunicarse a través de la red interestelar, existían copias casi idénticas de Omnius distribuidas por todas partes, presentes de manera vicaria en innumerables ojos espía, aparatos y pantallas de contacto.

En el momento actual, daba la impresión de que la mente informática no tenía nada mejor que hacer que fisgonear.

—¿Adónde vas, Erasmo? —preguntó Omnius desde un diminuto altavoz situado bajo el ojo espía—. ¿Por qué andas tan deprisa?

—Tú también podrías andar, si te diera la gana. ¿Por qué no te concedes piernas durante un tiempo y adoptas un

cuerpo artificial, para saber cómo es? —La mascarilla de polímero metálico de Erasmo compuso una sonrisa—. Podríamos ir a pasear juntos.

El ojo espía zumbaba al lado de Erasmo. Las estaciones de Corrin eran largas, porque su órbita se alejaba mucho del gigantesco sol. Tanto inviernos como veranos se prolongaban durante miles de días. El escarpado paisaje carecía de bosques o desiertos, apenas un puñado de huertos y terrenos de labranza antiguos que no se habían sembrado desde la conquista de las máquinas.

Muchos esclavos humanos se habían quedado ciegos debido a la exposición a la potente luz solar. Como consecuencia, Erasmo había proporcionado a sus trabajadores protectores oculares. Era un amo benévolo, preocupado por el bienestar de sus recursos.

Cuando llegó a la cancela de su villa, el robot ajustó su nuevo módulo de potenciación sensorial, conectado mediante puertos neuroelectrónicos a su núcleo corporal y oculto bajo su manto. El módulo, diseñado por el propio Erasmo, le permitía reproducir los sentidos de los humanos, pero con ciertas limitaciones inevitables. Quería saber más de lo que el módulo le facilitaba, quería sentir más. En este aspecto, era posible que los cimeks superaran a Erasmo, pero nunca lo sabría a ciencia cierta.

Los cimeks, en especial los primeros titanes, constituían una pandilla de seres brutales e intolerantes, sin el menor aprecio por los sentidos y sensibilidades que Erasmo tanto se esforzaba por alcanzar. La brutalidad no era desdeñable, por supuesto, pero el sofisticado robot consideraba que se trataba de una faceta más de la conducta humana que valía la pena estudiar. Aun así, la violencia era interesante, y emplearla proporcionaba placer con frecuencia...

Sentía una extremada curiosidad por saber qué convertía en humanos a los seres biológicos racionales. Era inteligente y seguro de sí mismo, pero también quería comprender las emociones, la sensibilidad humana y las motivaciones, los detalles esenciales que máquinas nunca conseguían reproducir con fidelidad.

Durante su larguísima investigación, que se remontaba a siglos atrás, Erasmo había asimilado el arte, la música, la filosofía y la literatura humanas. En último extremo, deseaba descubrir el epítome y la sustancia de la humanidad, la llama mágica que hacía diferentes a esos seres, esos creadores. ¿Qué les daba... alma?

Entró en su salón de banquetes, y el ojo volador se elevó hasta el techo, desde el que podía observar todo. Seis pantallas de Omnius arrojaban un resplandor gris lechoso desde las paredes.

Su villa imitaba el opulento estilo grecorromano de las propiedades en que habían vivido los Veinte Titanes antes de renunciar a cuerpo humano. Erasmo era el propietario de fincas similares en cinco planetas, incluidos Corrin y la Tierra. Poseían instalaciones adicionales: corrales de esclavos, salas de vivisección y laboratorios médicos, así como invernaderos, galerías de arte, esculturas y fuentes. Todas ellas le permitían estudiar el comportamiento y la fisiología humanas.

Erasmo tomó asiento a la cabecera de una larga mesa provista copas de plata y candeleros, pero con cubiertos para un solo comensal. Él. La silla de madera había pertenecido a un noble humano, Nivny O'Mura, uno de los fundadores de la Liga de Nobles. Erasmo había estudiado la organización de los humanos rebeldes, que habían erigido fortalezas contra los primeros ataques de los cimeks y las máquinas. Los ingeniosos hrethgir eran capaces de

adaptarse e improvisar, de confundir a sus enemigos de maneras sorprendentes. *Fascinante.*

De pronto, la voz de la supermente resonó a su alrededor, en tono cansado.

—¿Cuándo concluirán tus experimentos, Erasmo? Vienes aquí día tras día, y siempre haces lo mismo. Espero ver resultados.

—Hay preguntas que me intrigan. ¿Por qué los humanos ricos comen con tanta ceremonia? ¿Por qué consideran ciertos alimentos y bebidas superiores a otros, cuando su valor nutritivo es el mismo? —La voz del robot adoptó un tono erudito—. La respuesta, Omnius, está relacionada con la brutal brevedad de sus vidas. La compensan con mecanismos sensoriales eficaces capaces de proporcionar sentimientos intensos. Los humanos poseen cinco sentidos básicos, con incontables gradaciones. El sabor de la cerveza de Yondair en contraposición con el vino de Ularda, por ejemplo. O el tacto de la arpillera de Ecaz comparada con la paraseda, o la música de Brahms con...

—Supongo que todo eso es muy interesante, desde un punto de vista esotérico.

—Por supuesto, Omnius. Tú continúa estudiándome, mientras yo estudio a los humanos.

Erasmo hizo una seña a los esclavos que le miraban, nerviosos, desde una ventanilla de la puerta de la cocina. Una sonda se extendió desde un módulo empotrado en la cadera de Erasmo y surgió por debajo de su manto. Delicados sensores neuroelectrónicos se agitaron como cobras expectantes.

—Tolero tus investigaciones, Erasmo, porque espero que desarrolles un modelo detallado capaz de predecir el comportamiento humano. He de saber cómo usar a esos seres.

Esclavos vestidos de blanco salieron de la cocina con bandejas de comida: gallina salvaje de Corrin, buey almendrado de Walgis, incluso exquisitos salmones del río Platino de Parmentier. Erasmo hundió los extremos membranosos de su sonda en cada plato y los *probó*, utilizando en ocasiones un cúter para perforar la carne y saborear los jugos internos. Erasmo documentó cada sabor para su creciente repertorio.

Entretanto, continuó su diálogo con Omnius. Daba la impresión de que la supermente distribuía datos y observaba las reacciones de Erasmo.

—He estado aumentando mis fuerzas militares. Después de tantos años, ha llegado el momento de entrar en acción de nuevo.

—¿De veras? ¿O es que los titanes te están animando a adoptar una postura más agresiva? Durante siglos, Agamenón se ha impacientado con lo que él considera tu falta de ambición.

Erasmo estaba más interesado en la tarta de bayas amargas que tenía delante de él. Cuando analizó los ingredientes, se quedó perplejo al detectar un fuerte rastro de saliva humana, y se preguntó si constaba en la receta original. ¿O tal vez era debido a que algún esclavo había escupido en la masa?

—Yo tomo mis propias decisiones —dijo la supermente—. En este momento, me pareció apropiado lanzar una nueva ofensiva. El chef empujó un carrito hasta la mesa y utilizó un cuchillo
para cortar un trozo de filete salusano. El chef, un hombrecillo servil que tartamudeaba, depositó la jugosa tajada en un plato limpio añadió una pizca de salsa marrón y la extendió a Erasmo. El cuchillo cayó de la bandeja y rebotó contra un pie de Erasmo, dejando una muesca y una

mancha. El hombre, aterrorizado, se agachó para recuperar el cuchillo, pero Erasmo extendió una mano mecánica y agarró el mango. El elegante robot se enderezó, sin dejar de hablar con Omnius.

—¿Una nueva ofensiva? ¿Es una mera coincidencia que el titán Barbarroja la exigiera como recompensa cuando derrotó a tu máquina de combate en el circo?

—Irrelevante.

El chef contempló el cuchillo y tartamudeó.

—Yo pe-personalmente lo li-limpiaré hasta que pa-parezca nuevo, lord Erasmo.

—Los humanos son idiotas, Erasmo —dijo Omnius desde los altavoces de la pared.

—Algunos sí —admitió Erasmo, mientras movía el cuchillo con gráciles movimientos. El menudo chef rezó en silencio una oración, incapaz de moverse—. Me pregunto qué debería hacer. Erasmo limpió el cuchillo en el delantal del tembloroso hombrecillo, y después contempló el reflejo distorsionado del individuo en la hoja metálica.

—La muerte humana es diferente de la muerte mecánica —dijo Omnius con frialdad—. Podemos duplicar una máquina, sustituirla. Cuando los humanos mueren, es para siempre.

Erasmo simuló una carcajada estentórea.

—Omnius, aunque siempre hablas de la superioridad de las máquinas, nunca reconoces en qué nos superan los humanos.

—No me tortures con otro de tus catálogos —dijo la supermente—. Recuerdo nuestra última discusión sobre este tema con absoluta precisión.

—La superioridad reside en el ojo del observador, y siempre implica filtrar detalles que no se ciñen a una idea preconcebida concreta.

Gracias a sus detectores sensoriales, que se agitaban como cilios en el aire, Omnius percibió el hedor a sudor del chef. .

—¿Vas a matar a este? —preguntó Omnius.

Erasmo dejó el cuchillo sobre la mesa y oyó que el hombre emitía un suspiro.

—Es fácil matar a los humanos de uno en uno. Pero como especie, constituyen un reto mucho mayor. Cuando se sienten amenazados, forman una piña y se convierten en seres más poderosos, más amenazadores. A veces, es mejor pillarles por sorpresa.

Sin previo aviso, aferró el cuchillo y lo clavó en el pecho del chef, con fuerza suficiente para atravesar el esternón y hundirlo en el corazón.

—Así.

La sangre manchó el uniforme blanco, la mesa y el plato del robot.

El humano se desclavó del cuchillo y emitió un gorgoteo. Mientras Erasmo sostenía el arma, pensó en intentar imitar la expresión de incredulidad de su víctima con su mascarilla dúctil, pero desistió. Su rostro de robot continuó siendo un óvalo inexpresivo y reflectante. En cualquier caso, Erasmo nunca se vería obligado a adoptar una expresión semejante.

Tiró a un lado el cuchillo y hundió cilios sensores en la sangre de su plato. El sabor era muy interesante y complejo. Se preguntó si la sangre de víctimas diferentes sabría de manera diferente.

Guardias robot se llevaron el cadáver, mientras los demás esclavos, aterrorizados, se arremolinaban en la puerta, conscientes de que deberían hacerse cargo de la limpieza. Erasmo estudió su miedo.

—Ahora —dijo Omnius—, deseo comunicarte algo importante. Mis planes de ataque ya han sido llevados a la

práctica.

Erasmo fingió interés, como en tantas otras ocasiones. Activó un mecanismo de limpieza que esterilizó la punta de su sonda, y luego lo ocultó bajo el manto.

—Confío en tu buen juicio, Omnius. No soy un experto en temas militares.

—Por eso mismo deberías prestar atención a mis palabras. Siempre dices que quieres aprender. Cuando Barbarroja derrotó a mi robot gladiador en el combate de exhibición, me solicitó autorización para atacar a la Liga de Nobles. Los titanes restantes están convencidos de que sin estos hrethgir, el universo sería infinitamente más eficaz y ordenado.

—Muy medieval —comentó Erasmo—. ¿El gran Omnius seguiría las sugerencias militares de un cimek?

—Barbarroja me divirtió, y siempre existe la posibilidad de que algún titán resulte muerto. No es algo tan malo, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Erasmo—, ya que las restricciones de la programación impiden que atentes contra tus creadores de una manera directa.

Con frecuencia ocurren accidentes. En cualquier caso, nuestra ofensiva conquistará los planetas de la liga o exterminará a los restos de humanidad que los habitan. Doy por buena cualquier alternativa. Hay muy pocos humanos que valga la pena conservar.., tal vez ninguno.

A Erasmo no le gustaron aquellas palabras.

7

> La mente da órdenes al cuerpo, y este obedece de inmediato. La mente se da órdenes a sí misma, y encuentra resistencia.
>
> SAN AGUSTÍN, antiguo filósofo de la Tierra

Aunque el ataque de los cimeks contra Zimia no había hecho más que empezar, Xavier Harkonnen sabía que la humanidad libre debía resistir hasta el último momento. Y hacer valer su victoria.

Los soldados mecánicos erizados de armas avanzaron cerrando filas. Alzaron sus brazos plateados y arrojaron proyectiles explosivos, escupieron llamas, esparcieron gas venenoso. Con cada muro derrumbado, los cimeks se acercaban más y más a la central generadora de escudo protector, una altísima torre de curvas parabólicas y complejas celosías.

En los límites de la atmósfera salusana, un despliegue orbital de numerosos satélites tejió una alambrada con amplificadores en cada nódulo. En todos los continentes, torres de transmisión alimentaron la sustancia del campo

descodificador Holtzman, hasta construir una intrincada malla sobre el planeta, un tapiz de energía impenetrable.

Pero si los cimeks se apoderaban de las principales torres de la superficie, se abrirían huecos vulnerables en el escudo. Todo el tejido protector se vendría abajo.

Xavier tosió sangre y gritó en el comunicador:

—Os habla el tercero Harkonnen, que asume el mando de las fuerzas locales. El primero Meach y el centro de control han sido desintegrados.

El canal permaneció en silencio durante varios segundos, como si toda la milicia estuviera aturdida.

Xavier tragó saliva, probó el sabor metálico de la sangre en su boca, y después lanzó la terrible orden.

—Que todas las fuerzas locales formen un cordón alrededor de las torres de transmisión de escudo. Carecemos de recursos para defender el resto de la ciudad. Repito, retroceded. Esto vale para todos los vehículos de combate y naves de ataque.

Se oyeron las esperadas protestas.

—¡No puede hablar en serio, señor! ¡La ciudad está ardiendo!

—¡Zimia se quedará indefensa! ¡Esto tiene que ser una equivocación!

—¡Píenselo bien, señor! ¿Ha visto los destrozos que esos bastardos cimeks han causado ya? ¡Piense en los habitantes de nuestra ciudad!

—No reconozco la autoridad de un tercero que da órdenes tan...

Xavier acalló todas las protestas.

—El objetivo de los cimeks es evidente: intentan destruir nuestros campos descodificadores para que la flota robot pueda exterminarnos. Hemos de defender las torres a toda costa. A toda costa. Sin hacer caso de su orden, una docena

de pilotos continuaron arrojando explosivos sobre los cimeks.

Xavier gruñó en tono inflexible.

—Quien desee discutir mis órdenes lo podrá hacer después... en su consejo de guerra.

O en el mío, pensó.

Gotas escarlata mancharon el interior de su mascarilla de plaz, y se preguntó por la magnitud de los daños que ya habrían provocado los gases tóxicos en su organismo. Cada vez le costaba más respirar, pero apartó esas preocupaciones de su mente. Ahora no podía mostrar debilidad.

—¡Que todas las fuerzas retrocedan y protejan las torres! Es una orden. Hemos de reagruparnos y cambiar de estrategia.

Por fin, las fuerzas terrestres salusanas se retiraron hacia el complejo transmisor. El resto de la ciudad quedó tan vulnerable como un cordero preparado para el matadero. Y los cimeks se aprovecharon de la circunstancia con siniestro regocijo.

Cuatro soldados mecánicos atravesaron un parque lleno de estatuas y destrozaron obras magníficas. Los monstruos mecánicos derribaron edificios, pulverizaron y quemaron museos, edificios de viviendas, refugios. Cualquier objetivo les complacía.

—No cedáis terreno —ordenó Xavier a todos los canales, y silenció los gritos de indignación de las tropas—. Los cimeks intentan apartarnos de nuestro objetivo.

Los soldados mecánicos dispararon contra un campanario erigido por Chusuk para conmemorar una victoria contra las máquinas pensantes, ocurrida cuatro siglos antes. Las campanas repicaron cuando la torre se derrumbó sobre las piedras de una plaza.

A estas alturas, casi toda la población de Zimia había huido a los refugios blindados. Flotas de médicos y bomberos esquivaban el fuego enemigo para luchar contra el desastre. Muchos intentos de rescate se convertían en misiones suicidas.

En medio de la milicia congregada alrededor de las torres de transmisión, Xavier sintió un asomo de duda y se preguntó si había tomado la decisión correcta; pero ahora no se atrevía a cambiar de opinión. Le escocían los ojos a causa del humo, y le dolían los pulmones cada vez que respiraba. Sabía que tenía razón. Estaba luchando por las vidas de todos los habitantes del planeta. Incluida Serena Butler.

—¿Y ahora qué, tercero? —dijo el cuarto Jaymes Powder detrás de él. Aunque el rostro anguloso del subcomandante estaba oculto en parte por una mascarilla, sus ojos revelaban la indignación que sentía—. ¿Nos sentamos a mirar cómo esos bastardos reducen a escombros Zimia? ¿De qué sirve proteger los transmisores de escudo si no queda nada de la ciudad?

—No podemos salvar a la ciudad si perdemos nuestros escudos y abrimos el planeta al ataque de las máquinas —contestó Xavier.

Las tropas salusanas montaron una defensa alrededor de las antenas parabólicas de las torres. Tropas terrestres y vehículos blindados aguardaban en las calles y fortificaciones circundantes. Los kindjals volaban en círculos sobre la ciudad, disparaban sus armas y repelían a los cimeks.

Los miembros de la milicia aferraban sus armas, llenos de odio. Los frustrados hombres ardían en deseos de cargar contra los atacantes..., o tal vez de descuartizar lentamente

a Xavier. A cada explosión o edificio destruido, las airadas tropas avanzaban un paso más hacia el motín.

—Hasta que lleguen refuerzos, hemos de concentrar nuestras fuerzas —dijo Xavier, y tosió.

—Powder miró la mascarilla de plaz del tercero y vio sangre en el interior.

—¿Se encuentra bien, señor?

—No es nada.

Pero Xavier oía el resuello líquido de sus pulmones cada vez que tomaba aliento.

Notó que perdía el equilibrio, mientras el veneno continuaba quemando sus tejidos, y se apoyó en un baluarte de plasmento. Estudió la última posición que había establecido en poco tiempo y confió en que resistiría.

—Ahora que las torres están protegidas —dijo por fin Xavier—, podemos salir a cazar a nuestros atacantes. ¿Está preparado, cuarto Powder?

Powder sonrió, y los soldados lanzaron gritos de júbilo. Algunos hombres dispararon sus armas al aire, dispuestos a precipitarse a la destrucción. Como un jinete que sujetara las riendas de un corcel, Xavier les contuvo.

—¡Esperad! Prestad atención. No podemos utilizar ningún truco, ni existen puntos débiles que nos permitan ganar en astucia a los cimeks. Pero contamos con la voluntad y la necesidad de vencer..., de lo contrario lo perderemos todo. —Sin hacer caso de la sangre de su mascarilla, no sabía cómo era capaz de insuflar confianza en su voz—. Así les derrotaremos.

Durante las escaramuzas iniciales, Xavier había visto al menos a uno de los gigantescos invasores destruido por explosiones múltiples y concentradas. Su cuerpo articulado ya no era más que una carcasa humeante. Sin embargo, los bombarderos y unidades de tierra blindadas habían

repartido sus ataques entre demasiados objetivos, haciendo inútiles sus esfuerzos.

—Nuestro ataque será coordinado. Elegiremos un solo blanco y lo destruiremos, un cimek en cada ocasión. Dispararemos una y otra vez, hasta que no quede nada. Después, nos dedicaremos al siguiente.

Aunque apenas podía respirar, Xavier quiso ir al frente de los escuadrones. Como tercero, estaba acostumbrado a participar activamente en los ejercicios de entrenamiento y en los simulacros.

—¿Señor? —dijo Powder, sorprendido—. ¿No debería quedarse en una zona segura? Como comandante en jefe, los procedimientos reglamentarios exigen...

—Tienes toda la razón, Jaymes —contestó en voz baja—. No obstante, voy a subir. Nos la jugamos a una sola carta. Quédate aquí y protege esas torres a toda costa.

Ascensores subterráneos depositaron más kindjals en la superficie, preparados para el lanzamiento. Subió a uno de los aparatos moteados de gris y se encerró en la cabina. Los soldados corrieron a sus naves de ataque, gritando promesas de venganza a los camaradas obligados a quedarse atrás. Después de transferir el canal de comunicaciones del kindjal a su frecuencia de mando, Xavier dio nuevas órdenes.

El tercero Harkonnen ajustó el asiento de la cabina y lanzó su kindjal. La aceleración le empujó hacia atrás y dificultó todavía más su respiración. Un hilillo de sangre resbaló por la comisura de su boca.

Las naves le siguieron, mientras un pequeño grupo de vehículos terrestres blindados se alejaba de las torres de transmisión para interceptar a los atacantes. Con las armas cargadas y las bombas preparadas para ser lanzadas, los kindjals descendieron hacia el primer cimek elegido como

blanco, una de las máquinas más pequeñas. La voz de Xavier resonó en la cabina de todas las naves.

—Disparad cuando yo lo ordene... ¡Ahora!

Los defensores atacaron el cuerpo en forma de cangrejo desde todas direcciones, hasta que la máquina se derrumbó, con las patas articuladas ennegrecidas y retorcidas, y destruido el contenedor del cerebro. Gritos de júbilo resonaron en todos los canales de comunicación. Xavier eligió un segundo blanco.

—Seguidme. El siguiente.

El escuadrón de la milicia convergió sobre el segundo objetivo y golpeó como un martillo. Las unidades terrestres móviles abrieron fuego desde la superficie, mientras los kindjals lanzaban bombas desde el cielo.

El segundo cimek captó el ataque inminente y alzó sus patas metálicas para escupir chorros de llamas. Dos kindjals de Xavier fueron abatidos, y se estrellaron en edificios cercanos ya desmoronados. Bombas erráticas arrasaron toda una manzana de la ciudad. Pero el resto del ataque concentrado logró su objetivo. Las múltiples explosiones hicieron mella en el cuerpo robótico, y el cimek quedó destrozado. Uno de sus brazos metálicos se agitó, y luego cayó sobre los escombros.

—Tres menos —dijo Xavier—. Quedan veinticinco.

—A menos que huyan antes —contestó otro piloto.

Los cimeks eran individuos, como casi todas las máquinas pensantes de Omnius. Algunos eran supervivientes de los primeros titanes. Otros (los neocimeks) eran colaboradores humanos de los Planetas Sincronizados. Todos habían sacrificado sus cuerpos físicos para acercarse más a la supuesta perfección de las máquinas pensantes.

Entre las tropas que rodeaban las torres transmisoras, el cuarto Powder utilizaba todo cuanto había en su arsenal para rechazar a cuatro cimeks que se habían acercado lo suficiente para amenazar edificios vitales. Destruyó un guerrero mecánico y obligó a otros tres a retirarse cojeando para reagruparse. En el ínterin, las fuerzas aéreas de Xavier aniquilaron a dos cimeks más.

Las tornas estaban cambiando.

Los kindjals de Xavier atacaron a una nueva oleada de invasores. Seguida de vehículos terrestres blindados y cañones de artillería, la milicia salusana arrojó proyectil tras proyectil contra el cimek que marchaba en cabeza. El bombardeo dañó las patas mecánicas v neutralizó sus armas. Los kindjals volaron en círculos para asestar el golpe definitivo.

Sin previo aviso, la torreta central que contenía el cerebro humano del cimek se separó del cuerpo. El contenedor esférico blindado se elevó hacia el cielo con un destello luminoso, fuera del alcance de las armas salusanas.

—Una cápsula de escape que contiene el cerebro del traidor. —El esfuerzo de hablar provocó que Xavier escupiera más sangre—. ¡Disparad contra ella!

Sus kindjals abrieron fuego contra la cápsula, pero sin lograr su objetivo.

—¡Maldición!

Los pilotos dispararon contra el reguero de gases de escape, pero la cápsula no tardó en perderse de vista.

—No malgastéis vuestros proyectiles —dijo Xavier por el comunicador—. Ese ya no representa ninguna amenaza.

Se sentía mareado, como a punto de sumirse en la inconsciencia..., o de morir.

—Sí, señor.

Los kindjals dieron media vuelta hacia tierra y se concentraron en el cimek siguiente.

Sin embargo, cuando el escuadrón de ataque convergió sobre otro enemigo, el cimek también expulsó su cápsula de escape.

—¡Eh! —se lamentó un piloto—. Ha huido antes de que pudiéramos derribarle.

—Lo importante es que huyan —dijo Xavier, casi inconsciente. Confió en no estrellarse—. Seguidme hacia el siguiente objetivo.

Como en respuesta a una señal, todos los cimeks restantes abandonaron sus cuerpos metálicos. Las cápsulas de escape ascendieron como fuegos artificiales, atravesaron la red descodificadora y se perdieron en el espacio, en dirección a la flota atacante.

Cuando los cimeks desistieron de la invasión, los defensores salusanos supervivientes prorrumpieron en vítores.

Durante las horas siguientes, los salusanos supervivientes salieron de los refugios, y contemplaron el cielo impregnado de humo con una mezcla de estupor y optimismo.

Después de la retirada de los cimeks, la frustrada flota robótica había lanzado una lluvia de misiles contra tierra, pero sus ordenadores también fallaron. Los sistemas antimisiles salusanos dieron cuenta de todos los proyectiles antes de que alcanzaran su objetivo.

Por fin, cuando los grupos de combate dispersos empezaron a converger sobre la flota atacante desde el perímetro del sistema Gamma Waiping, las máquinas pensantes calcularon de nuevo sus posibilidades, y al ver los

resultados, decidieron desistir, dejando los restos de las naves destruidas en órbita.

En la superficie, Zimia continuaba ardiendo, y decenas de miles de cadáveres yacían entre los escombros.

Xavier había conseguido aguantar durante la batalla, pero al final era incapaz de tenerse en pie. Sus pulmones estaban inundados de sangre. Notaba un sabor ácido en la boca. Había insistido en que los médicos concentraran sus esfuerzos en los heridos graves que sembraban las calles.

Desde un balcón situado en el último piso del maltrecho Parlamento, contempló los horribles daños. El mundo se tiñó de un rojo enfermizo a su alrededor, le fallaron las piernas y cayó hacia atrás. Oyó que alguien llamaba a un médico.

No puedo considerar esto una victoria, pensó, y después se sumió en la más negra inconsciencia.

8

En el desierto, la línea que separa la vida de la muerte es afilada y veloz.

Poesía de acampada
zensunni en Arrakis

Lejos de las máquinas pensantes y la Liga de Nobles, el desierto nunca cambiaba. Los descendientes de los zensunni huidos a Arrakis vivían en cuevas aisladas, formando comunidades que apenaslograban subsistir en el hostil entorno. Disfrutaban de escasos placeres, pero luchaban ferozmente por sobrevivir un día más.

El sol abrasaba el desierto de arena, calentaba las dunas que ondulaban como olas que rompieran en una orilla imaginaria. Algunas rocas negras sobresalían de las islas de polvo, pero no ofrecían el menor refugio del calor o los demoníacos gusanos.

Este paisaje desolado era lo último que vería. La gente había acusado al joven, que recibiría su castigo. Su inocencia carecía de importancia.

—¡Largo de aquí, Selim! —gritaron desde las cavernas—. ¡Aléjate de nosotros!

Reconoció la voz de su joven amigo (ex amigo) Ebrahim. Tal vez el otro muchacho se sentía aliviado, porque habría tenido que ser él quien afrontara el exilio y la muerte, en lugar de Selim. Pero nadie lloraría por la pérdida de un huérfano, y la versión zensunni de la justicia había expulsado a Selim.

—Que los gusanos escupan tu pellejo —dijo una voz rasposa. Era la anciana Glyffa, que en otro tiempo había sido como una madre para él—. ¡Ladrón de agua!

La tribu empezó a arrojar piedras desde las cuevas. Una piedra afilada golpeó la tela que había arrollado alrededor de su pelo oscuro para protegerse del sol. Selim se agachó, pero no les proporcionó la satisfacción de verle encogerse. Le habían despojado de casi todo, pero mientras respirara no renunciaría a su orgullo.

El naib Dhartha, el líder de la tribu, se asomó.

—La tribu ha hablado.

Afirmar su inocencia no le serviría de nada, ni tampoco excusas o explicaciones. El joven descendió por el empinado sendero sin perder el equilibrio y se inclinó para coger una piedra de bordes afilados. La sostuvo en la palma y miró a la gente.

Selim siempre había tenido habilidad para tirar piedras. Cazaba cuervos, ratones canguro o lagartos para contribuir a la olla de la comunidad. Si hubiera apuntado con cuidado, habría podido dejar sin un ojo al naib. Selim había visto a Dhartha hablar entre susurros con el padre de Ebrahim, les había visto forjar el plan para echarle las culpas a él, en lugar de al muchacho culpable. Habían preferido culpar a Selim antes que defender la verdad.

El naib Dhartha tenía las cejas oscuras y el cabello negro, ceñido en una cola de caballo que sujetaba un aro metálico. Un tatuaje geométrico púrpura de ángulos

oscuros y líneas rectas se destacaba en su mejilla izquierda. Su esposa se lo había dibujado en la cara con la ayuda de una aguja de acero y el zumo de una tintaparra que los zensunni cultivaban en sus jardines. El naib miró a Selim como si le desafiara a arrojar la piedra, porque los zensunni responderían con una lluvia de piedras grandes.

Pero ese castigo le mataría con excesiva rapidez. La tribu había optado por expulsar a Selim de su cerrada comunidad. Y en Arrakis nadie sobrevivía sin ayuda. La existencia en el desierto exigía colaboración, y cada persona contribuía. Los zensunni consideraban el robo (sobre todo el robo de agua) como el peor delito imaginable.

Selim guardó la piedra. Sin hacer caso de los insultos y los vituperios, continuó su tedioso descenso hacia el desierto.

—Selim, que no tiene padre ni madre —entonó Dhartha con una voz que recordaba el aullido grave del viento enfurecido—, Selim, que fuiste aceptado como miembro de nuestra tribu, has sido considerado culpable de robar agua de la tribu. Por consiguiente, has de atravesar la arena. —Dhartha alzó la voz y gritó para que el condenado le oyera—. Que Shaitan estruje tus huesos.

Durante toda su vida, Selim no había hecho otra cosa que trabajar para los demás. Como era de padres desconocidos, la tribu se lo exigía. Nadie le ayudaba cuando estaba enfermo, salvo tal vez la anciana Glyffa. Nadie le echaba una mano. Había visto a algunos de sus compañeros saciarse con las reservas de agua familiares, incluso a Ebrahim. Y aun así, el otro muchacho, al ver medio litrojón de agua nauseabunda sin vigilancia, lo había bebido, con la vana esperanza de que nadie le viera. Qué fácil había sido

para Ebrahim culpar a su amigo cuando descubrieron el robo...

Después de expulsar a Selim de las cuevas, Dhartha se había negado a darle ni una gota de agua para el viaje, porque se consideraba un despilfarro de los recursos de la tribu. Nadie esperaba que Selim sobreviviera más de un día, aunque lograra escapar de los temidos monstruos del desierto.

Masculló para sí, a sabiendas de que no podían oírle.

—Que tu boca se llene de polvo, naib Dhartha.

Selim se alejó de los riscos, mientras su pueblo le continuaba maldiciendo desde lo alto. Un guijarro casi le rozó.

Cuando llegó a la base de la muralla rocosa, que se alzaba como un escudo contra el desierto y los gusanos de arena, caminó en línea recta, con la intención de alejarse lo antes posible. El calor seco arremetíacontra su cabeza. Los que le observaban se sorprenderían sin duda al ver que se alejaba de las dunas, en lugar de refugiarse en una cueva.

¿Qué puedo perder?

Selim tomó la decisión de que nunca volvería para suplicar ayuda. Caminaría entre las dunas con la cabeza bien erguida, hasta alejarse lo máximo posible. Moriría antes que mendigar el perdón a sus iguales. Ebrahim había mentido para proteger su vida, pero el naib Dhartha había cometido un crimen mucho peor a los ojos de Selim, cuando había condenado a muerte a un huérfano inocente solo porque simplificaba la política tribal.

Selim poseía notables aptitudes para sobrevivir en el desierto, pero Arrakis constituía un entorno muy duro. Durante las diversas generaciones transcurridas desde la llegada de los zensunni, nadie había regresado del exilio. El desierto los había engullido sin dejar rastro. Se aventuraba

en lo desconocido con tan solo una cuerda colgada de su hombro, un cuchillo romo al cinto y un bastón afilado, un objeto que había obtenido en el depósito de chatarra del espaciopuerto de Arrakis City.

Tal vez Selim lograría llegar a la ciudad y encontrar empleo con los comerciantes extraplanetarios, bajando el cargamento de las naves que aterrizaban o colándose de polizón en una de las naves que viajaban de planeta en planeta, y que con frecuencia tardaban años en completar su periplo. Sin embargo, muy pocas naves hacían escala en Arrakis, pues el planeta estaba alejado de las rutas comerciales principales. Por otra parte, convivir con los extraños habitantes de otros planetas tal vez exigiera demasiado a Selim. Lo mejor sería habitar solo en el desierto..., si conseguía sobrevivir.

Recogió otra piedra afilada que le habían arrojado desde arriba. Cuando los contrafuertes montañosos se perdieron en la lejanía, encontró una tercera piedra que le pareció adecuada para lanzar. A la larga, se vería obligado a cazar. Podría chupar la carne húmeda de un lagarto y vivir un poco más.

Cuando se adentró en el desierto, Selim distinguió una larga península rocosa, lejos de las cavernas zensunni. Allí estaría lejos de la tribu, pero aún podría reírse de ellos cada día que sobreviviera en su exilio. Se mofaría de aquellos aldeanos y gritaría sarcasmos que el naib Dhartha no podría oír.

Selim hundió el bastón en las blandas dunas, como si azuzara a un enemigo imaginario. Dibujó en la arena un símbolo budislámico despreciativo, con una flecha que apuntaba a las viviendas de la montaña. Su desafío le deparó una satisfacción especial, aunque el viento borraría

el insulto antes de que pasara un día. Ascendió una duna con paso más vivo y bajó patinando.

Empezó a canturrear una canción tradicional y aceleró el paso. La península rocosa distante rielaba a la luz de la tarde, e intentó convencerse de que su aspecto era invitador. Sus ánimos aumentaban a medida que se alejaba de sus torturadores.

Pero cuando se encontraba a un kilómetro de la roca negra, Selim notó que la arena suelta temblaba bajo sus pies. Alzó la vista, comprendió que se hallaba en peligro y vio las ondulaciones que indicaban el paso de un animal grande bajo las dunas.

Selim corrió. Resbaló y gateó pendiente arriba, procurando no caer, a sabiendas de que esta duna alta no significaría ningún obstáculo para el gusano de arena que se acercaba. La península rocosa estaba demasiado lejos, y el demonio continuaba acercándose.

Selim se obligó a parar, aunque su corazón estrujado por el pánico le animaba a continuar corriendo. Los gusanos seguían el rastro de cualquier vibración, y él había corrido como un niño aterrorizado en lugar de quedarse petrificado como la astuta liebre del desierto. El gigantesco animal ya le habría localizado a estas alturas. ¿Cuántos antes que él habían caído de rodillas para rezar una última plegaria, aterrados, antes de ser devorados? Nadie había sobrevivido a un encuentro con los monstruos del desierto.

A menos que pudiera engañarlo..., distraerlo.

Selim obligó a sus piernas y pies a adoptar una inmovilidad absoluta. Sacó la primera piedra que había cogido y la lanzó lo más lejos posible, entre las dunas. Aterrizó con un ruido sordo, y la senda ominosa del gusano se desvió apenas.

Arrojó otra piedra, y una tercera, con la intención de alejar al gusano. Selim lanzó el resto de las piedras, pero la bestia se alzó muy cerca de él.

Con las manos vacías, ya no contaba con más posibilidades de desorientar al animal.

El gusano engulló arena y piedras, en busca de un bocado de carne. La arena que pisaba Selim se desmoronó en el borde del sendero de la bestia, y comprendió que el monstruo le devoraría. Percibió un ominoso hedor a canela procedente del aliento del gusano, vio destellos de fuego en sus fauces.

Sin duda, el naib Dhartha se reiría de la suerte del joven ladrón. Selim gritó una maldición. Y en lugar de rendirse, decidió atacar.

El olor a especia se intensificaba cerca de la boca cavernosa. El joven aferró el bastón metálico y susurró una oración. Cuando el gusano se irguió desde debajo de la duna, Selim saltó sobre su lomo curvo. Levantó el bastón como si fuera una lanza y hundió la punta en la piel, que sospechaba dura y coriácea. En cambio, la punta resbaló entre dos segmentos y perforó carne blanda y sonrosada.

La bestia reaccionó como si le hubieran disparado con un cañón maula. Se elevó hacia atrás, se agitó y retorció.

Selim, sorprendido, hundió más el bastón y lo sujetó con todas sus fuerzas. Cerró los ojos, apretó los dientes y se preparó para conservar el equilibrio. Si se soltaba, todo habría acabado.

Pese a la violenta reacción del gusano, era imposible que el pequeño bastón le hubiera herido. Se trataba de un simple gesto de desafío humano, el ansia de ver una gota de sangre. En cualquier momento, el gusano se hundiría bajo la arena y arrastraría a Selim con él.

Sin embargo, el animal corrió hacia delante, erguido sobre las dunas, para que la arena no rozara el delicado tejido expuesto.

Selim, aterrorizado, se aferró al bastón, y después rió, al caer en la cuenta de que estaba montando a Shaitan. ¿Alguien había obrado alguna vez tamaña hazaña? En cualquier caso, ningún hombre había vivido para contarlo.

Selim selló un pacto entre él y Budalá: nunca sería derrotado, ni por el naib Dhartha ni por este demonio del desierto. Hizo presión sobre su lanza improvisada y abrió aún más el segmento carnoso, de modo que el gusano saltó sobre la arena, como si pudiera correr más que el molesto parásito clavado en su lomo...

El joven exiliado nunca llegó a la franja rocosa donde había pensado establecer su campamento. El gusano le arrastró hacia las profundidades del desierto, lejos de su antigua vida.

9

> Aprendimos algo negativo de los ordenadores, que fijar las directrices es tarea de los humanos, no de las máquinas.
>
> RELL ARKOV, asamblea fundadora de la Liga de Nobles

Después de ser rechazada en Salusa Secundus, la flota de máquinas pensantes regresó a su lejana base de Corrin. A la supermente electrónica no le gustaría escuchar el informe de su fracaso.

Como lacayos de Omnius, los restantes neocimeks siguieron a la flota derrotada. No obstante, los seis supervivientes de los primeros titanes (Agamenón y su estado mayor) preparaban una maniobra de diversión. Era la oportunidad de dar un empujón a sus planes contra la opresiva supermente...

Mientras las naves de batalla dispersas surcaban el espacio transportando sus ojos espía, Agamenón desvió su nave en una ruta diferente. Después de escapar de la milicia salusana, el general había trasladado su contenedor cerebral de una forma bélica móvil a esta elegante nave

blindada. Pese a la derrota, se sentía alegre y vivo. Siempre habría otras batallas que librar, tanto contra humanos salvajes como contra Omnius.

Los antiguos cimeks mantenían sus sistemas de comunicación en silencio, temerosos de que una onda electromagnética extraviada fuera detectada por alguna nave de la flota. Habían pensado en una ruta más rápida y peligrosa, que les acercaría a los obstáculos celestes evitados por las naves robóticas. El atajo proporcionaría tiempo suficiente a los cimeks rebeldes para encontrarse en privado.

Cuando su ruta se cruzó con una estrella enana roja, los titanes se acercaron a una roca deforme que orbitaba cerca del sol. Una cellisca de viento estelar y partículas ionizadas, combinada con potentes campos magnéticos, les ocultaría de los espías robóticos. Después de un milenio de servir a Omnius, Agamenón había aprendido maneras de burlar a la maldita supermente.

Los seis cimeks se desviaron hacia el planetoide utilizando sus habilidades humanas, en lugar de los sistemas de navegación electrónicos. Agamenón eligió un lugar situado cerca de un cráter bostezante, y los demás titanes aterrizaron junto a su nave, tras detectar terreno estable en una llanura ondulada.

Dentro de la nave, Agamenón guió los brazos mecánicos que extrajeron el contenedor cerebral de su cavidad y lo instalaron en otro cuerpo terrestre móvil, provisto de seis robustas piernas y un núcleo corporal. Después de conectar los mentrodos, probó las piernas relucientes, levantó los pies metálicos y ajustó el sistema hidráulico.

Bajó por la rampa hasta la roca blanda. Los demás titanes se reunieron con él, todos provistos de cuerpos móviles con órganos internos visibles y sistemas de

mantenimiento vital impermeables al calor y la radiación. La enana roja colgaba en el cielo negro.

El primer titán superviviente se adelantó para apoyar botones sensores sobre el cuerpo mecánico del general, a modo de caricia romántica. Juno era el genio de la estrategia que había sido amante de Agamenón cuando ambos poseían cuerpos humanos. Ahora, un milenio después, continuaban su relación, pues necesitaban poco más que el afrodisíaco del poder.

—¿Actuaremos pronto, mi amor? —preguntó Juno—. ¿O hemos de esperar uno o dos siglos más?

—Tanto no, Juno. Ni mucho menos.

A continuación llegó Barbarroja, lo más parecido a un amigo humano que Agamenón había conocido durante los últimos mil años.

—Cada momento es como una eternidad —dijo.

Durante la conquista inicial de los titanes, Barbarroja había descubierto la forma de manipular las ubicuas máquinas pensantes del Imperio Antiguo. Por suerte, el modesto genio también había tenido la precaución de implantar restricciones de programación que impedían a las máquinas pensantes perjudicar a los titanes, restricciones que habían mantenido con vida a Agamenón y sus compañeros después de que Omnius tomara el poder a traición.

—Aún no sé si prefiero aplastar ordenadores o humanos —dijo Ajax.

El más cruel de los viejos cimeks se adelantó a grandes zancadas en una forma móvil particularmente enorme, como si aún estuviera flexionando los músculos de su antiguo cuerpo orgánico.

—Cada vez que trazamos un plan, hemos de borrar nuestro rastro dos veces.

Dante, un contable y burócrata experto, dominaba con facilidad los detalles complejos. Nunca había sido el más llamativo o atractivo de los titanes, pero la caída del Imperio Antiguo no habría sido posible sin sus inteligentes manipulaciones de los asuntos burocráticos y administrativos. Carente de la fanfarronería de los demás conquistadores, Dante había llevado a cabo una división igualitaria del liderazgo, lo cual había permitido a los titanes gobernar sin problemas durante un siglo.

Hasta que los ordenadores les habían arrebatado el poder de las manos.

Jerjes fue el último cimek que entró en el cráter. El titán de menor rango había cometido mucho tiempo atrás la imperdonable equivocación que permitió a la mente electrónica recién nacida dominarles a todos. Aunque los titanes todavía le necesitaban en su grupo, cada vez más menguado, Agamenón nunca le había perdonado. Durante siglos, el abatido Jerjes no abrigó otro deseo que enmendar su error. Creía que Agamenón le aceptaría de nuevo si encontraba una forma de redimirse, y el general cimek se aprovechaba de tal entusiasmo.

Agamenón guió a sus cinco camaradas hasta las sombras del cráter. Las máquinas de mente humana se miraron entre rocas desmenuzadas y peñascos medio fundidos para hablar de sus traicioneros proyectos y planear la venganza.

Jerjes, pese a sus defectos, nunca les traicionaría. Mil años antes, después de su victoria, los primeros titanes habían accedido a la transformación quirúrgica antes que aceptar la mortalidad, con el fin de que sus cerebros incorpóreos vivieran eternamente y consolidaran su dominio. Había sido un pacto dramático.

Ahora, Omnius recompensaba de vez en cuando a sus seguidores humanos convirtiéndoles en neocimeks. En

todos los Planetas Sincronizados, miles de cerebros nuevos con cuerpos mecánicos servían a la supermente.

Sin embargo, Agamenón no confiaba en nadie que se plegara a las órdenes de la supermente.

El general cimek transmitió sus palabras en una banda de frecuencia que conectaba directamente con los centros de procesamiento mental de los titanes.

—No se nos espera en Corrin hasta dentro de unas semanas. He aprovechado esta oportunidad para poder trazar un plan contra Omnius.

—Ya sería hora —gruñó Ajax.

—¿Crees que la supermente se ha confiado, amor mío, como los humanos del Imperio Antiguo? —preguntó Juno.

—No he observado la menor señal de debilidad —intervino Dante—, y siempre estoy atento a esas cosas.

—Siempre hay debilidades —dijo Ajax, al tiempo que retorcía una de sus pesadas piernas blindadas y hacía un agujero en el suelo—, si estás decidido a explotarlas.

Barbarroja golpeó la roca con una de sus piernas delanteras.

—No os dejéis engañar por la inteligencia artificial. Los ordenadores no piensan como los humanos. Incluso después de mil años, Omnius no se descuida. Cuenta con más potencia de procesamiento y ojos espía de los que imaginamos.

—¿Sospecha de nosotros? ¿Duda Omnius de nuestra lealtad? Jerjes ya parecía preocupado, y la reunión no había hecho más que empezar—. Si cree que estamos conspirando contra él, ¿por qué no nos elimina?

—A veces pienso que tienes un escape en el contenedor cerebral —dijo Agamenón—. El programa de Omnius contiene restricciones que le impiden matarnos.

—No hace falta que me insultes. Omnius es tan poderoso que, a veces, parece capaz de superar todo lo que Barbarroja cargó en su sistema.

—Aún no lo ha hecho, y nunca lo hará. Sé lo que me llevaba entre manos, créeme —dijo Barbarroja—. Recuerda que Omnius anhela ser eficaz. No tomará decisiones innecesarias, no desperdiciará recursos. Para él, nosotros somos recursos.

—Si Omnius está tan empeñado en gobernar con eficiencia —dijo Dante—, ¿por qué tiene esclavos humanos por todas partes? Hasta los robots sencillos y las máquinas con una inteligencia artificial mínima podrían realizar sus tareas con menos molestias.

Agamenón salió de las sombras a la luz, y luego volvió sobre sus pasos. Los conspiradores esperaban a su alrededor como gigantescos insectos metálicos.

—Durante años, he sugerido que exterminámamos a los cautivos humanos de los Planetas Sincronizados, pero Omnius se niega.

—Tal vez se muestra reticente porque los humanos crearon a las máquinas pensantes —sugirió Jerjes—. Puede que Omnius considere a los humanos una manifestación de Dios.

Agamenón se burló de él.

—¿Estás insinuando que la supermente es religiosa?

El cimek caído en desgracia guardó silencio.

—No, no —dijo Barbarroja como un profesor paciente—. Omnius no desea invertir la energía o provocar el escándalo que ocasionaría tal medida. Cree que los humanos son recursos que no deben ser malgastados.

—Hemos intentado convencerle de lo contrario durante siglos —dijo Ajax.

Consciente de que el tiempo se les estaba acabando, Agamenón abordó el meollo de la cuestión.

—Hemos de encontrar una forma de provocar un cambio radical. Si desconectamos los ordenadores, los titanes gobernaremos de nuevo, junto con todos los neocimeks que podamos reclutar. —Hizo girar su torreta sensora—. Hemos tomado el poder antes y volveremos a hacerlo.

Cuando los titanes humanos habían conquistado el estancado Imperio Antiguo, los robots de combate habían peleado por ellos. Tlaloc, Agamenón y los demás rebeldes se habían limitado a recoger los restos. Esta vez, los titanes tendrían que luchar en persona.

—Tal vez deberíamos tratar de localizar a Hécate —dijo Jerjes—. Es la única de nosotros que nunca ha estado bajo el control de Omnius. Nuestro comodín.

Hécate, la ex compañera de Ajax, era la única titán que había renunciado a gobernar. Antes de la conquista de las máquinas pensantes, se había perdido en las profundidades del espacio, y nunca más habían sabido nada de ella. Pero Agamenón no podía confiar en Hécate, aunque la localizaran, más de lo que confiaba en Jerjes. Hécate les había abandonado mucho tiempo atrás. No era el aliado que necesitaban.

—Deberíamos buscar ayuda en otra parte —dijo Agamenón—. Mi hijo Vorian es uno de los pocos humanos con acceso permitido al complejo central de Omnius—Tierra, y entrega actualizaciones con regularidad a las supermentes de los demás Planetas Sincronizados. Tal vez pueda sernos útil.

Juno simuló una carcajada.

—¿Deseas confiar en un humano, amor mío? ¿Una de las sabandijas a las que desprecias? Hace unos momentos querías exterminar a todos los miembros de la raza.

—Vorian es mi hijo genético, y hasta el momento el mejor de mi progenie. Le he estado observando, adiestrándole. Ha leído mis memorias una docena de veces. Albergo grandes esperanzas de que un día sea mi sucesor.

Juno comprendía a Agamenón mejor que los demás titanes.

—Dijiste cosas parecidas sobre tus doce hijos anteriores, si no recuerdo mal. Aun así, encontraste excusas para matarlos a todos.

—Conservé una buena cantidad de mi esperma antes de convertirme en cimek, y tengo tiempo para hacerlo bien —contestó Agamenón—. Pero Vorian... Creo que Vorian podría ser el adecuado. Un día, dejaré que se convierta en cimek.

Ajax le interrumpió en voz baja.

—No podemos luchar contra dos enemigos peligrosos al mismo tiempo. Como Omnius nos ha permitido por fin atacar a los hrethgir, gracias a la victoria de Barbarroja en el circo de gladiadores, yo digo que prosigamos la guerra lo mejor que podamos. Después, ya nos ocuparemos de Omnius.

Inmersos en las sombras del cráter, los cimeks murmuraron, medio convencidos. Los humanos de la liga habían escapado del yugo de los titanes siglos antes, y los antiguos cimeks siempre les habían odiado. Las fibras ópticas de Dante se movían de un lado a otro mientras calculaban.

—Entretanto, continuaremos buscando una forma de eliminar a Omnius —añadió Barbarroja—. Todo a su tiempo.

—Quizá tengas razón —admitió Agamenón. El general cimek no quería alargar mucho más su reunión clandestina.

Se encaminó hacia las naves seguido por los demás.

—Primero, destruiremos la liga humana. Aprovechando ese trampolín, dedicaremos nuestra atención a un

contrincante más difícil.

10

> La lógica es ciega, y con frecuencia solo conoce su propio pasado.
>
> Archivos de *Genética de la filosofía,*
> recopilados por las hechiceras de Rossak

A las máquinas pensantes no les importaba en exceso la estética, pero la nave de actualizaciones de Omnius era, por un accidente de diseño, un vehículo esbelto negro y plateado, empequeñecido por la inmensidad del cosmos durante su trayecto entre los Planetas Sincronizados. Una vez cumplida su misión, el *Viajero onírico* regresaba a la Tierra.

Vorian Atreides se consideraba afortunado por ser el responsable de una tarea tan vital. Nacido de una esclava fecundada con el esperma conservado de Agamenón, el linaje de Vorian se remontaba a una época muy anterior a la Era de los Titanes, hasta la casa de Atreus en la antigua Grecia y otro Agamenón famoso. Debido a la importancia de su padre, Vorian, de veintidós años, había sido criado y educado en la Tierra por las máquinas pensantes. Era uno de los humanos privilegiados *de confianza* al servicio de Omnius, y podía moverse con absoluta libertad.

Había leído todas las historias de su glorioso linaje en las extensas memorias que su padre había escrito para documentar sus triunfos. Vor consideraba la gran obra del general como algo más que un monumento literario, algo cercano a un documento histórico sagrado.

Justo delante de la terminal de trabajo de Vor, el capitán del *Viajero onírico*, un robot autónomo, inspeccionaba los instrumentos sin la menor posibilidad de incurrir en ningún error. La piel de metal cobrizo de Seurat cubría un cuerpo en forma humana compuesto de riostras polimerizadas, soportes de aleación, procesadores de circuitos gelificados y musculatura de tejido elástico.

Mientras Seurat estudiaba los instrumentos, conectaba de vez en cuando los lectores de largo alcance de la nave o miraba por la portilla con sus fibras ópticas. El robot continuaba realizando sus múltiples tareas mientras conversaba con su servil copiloto humano. Seurat tenía una desgraciada propensión a los chistes malos.

—Vorian, ¿qué se obtiene del cruce de un cerdo con un humano?

—No sé.

—¡Un ser que, aun así, come mucho, apesta y no trabaja nada!

Vorian dedicó al capitán una risita educada. Casi siempre, los chistes de Seurat demostraban que el robot no comprendía a los humanos. Pero si Vor no reía, Seurat contaba otro chiste, y otro más, hasta obtener la reacción adecuada.

—¿No tienes miedo de cometer un error al contar chistes mientras vigilas nuestros sistemas de navegación?

—Yo no cometo errores —dijo Seurat con su voz mecánica. El reto alentó a Vor.

—Ah, pero ¿qué pasaría si yo saboteara una de las funciones vitales de la nave? Somos los únicos seres que viajamos a bordo, y al fin y al cabo, soy un humano falaz, tu enemigo mortal. Te estaría bien merecido por esos chistes espantosos.

—Esperaría eso de un esclavo apestoso o un artesano, pero tú nunca harías eso, Vorian. Tienes demasiado que perder. —Seurat volvió su cabeza con un ágil movimiento, todavía menos atento a los controles del *Viajero onírico*—. Y aunque lo hicieras, lo descubriría.

—No me subestimes, Mentemetálica. Mi padre me enseñó que los humanos, pese a nuestras múltiples debilidades, nos guardamos en la manga el as de ser impredecibles. —Vor, sonriente, se acercó al capitán y estudió las pantallas métricas—. ¿Por qué crees que Omnius me pide que altere sus minuciosos simulacros cada vez que planea un ataque contra los hrethgir?

—Tu carácter caótico es el único motivo de que puedas ganarme en cualquier juego de estrategia —dijo Seurat—. No tiene nada que ver con tus habilidades innatas.

—Un ganador posee más habilidades que un perdedor —contestó Vor—, con independencia de cómo definas la competición.

La nave de actualizaciones seguía una ruta continua y regular entre los Planetas Sincronizados. El *Viajero onírico*, una de quince naves idénticas, transportaba copias de la versión actual de Omnius con el fin de sincronizar las diferentes supermentes electrónicas de planetas separados por enormes distancias.

Las limitaciones de los circuitos y la velocidad de transmisión electrónica restringía el tamaño de cualquier máquina. Por consiguiente, la misma supermente informática no podía expandirse más allá de un planeta. Sin

embargo, existían copias de Omnius en todas partes, como clones mentales. Gracias a las actualizaciones regulares que suministraban naves como el *Viajero onírico*, todas las distintas encarnaciones de Omnius eran prácticamente idénticas en toda la autarquía de las máquinas.

Después de muchos viajes, Vor sabía pilotar la nave y tenía acceso a todos los bancos de datos, pues utilizaba los códigos de Seurat. Con los años, el capitán robot y él habían trabado una amistad que mucha gente no podía comprender. Debido a la gran cantidad de tiempo que compartían en las profundidades del espacio (hablando de muchos temas, practicando juegos de habilidad, contando cuentos), salvaban el abismo entre máquina y hombre.

A veces, para divertirse, Vor y Seurat intercambiaban papeles. Vor fingía ser capitán de la nave, mientras Seurat pasaba a ser su subordinado, como en los tiempos del Imperio Antiguo. En una de estas ocasiones, Vor había bautizado a la nave con su nombre actual, una necedad poética que Seurat no solo toleraba, sino que conservaba.

Por ser una máquina consciente, Seurat recibía con regularidad nuevas instrucciones y transferencias de memoria de Omnius, pero como pasaba mucho tiempo desconectado cuando viajaba entre las estrellas, había desarrollado su propia personalidad e independencia. En opinión de Vor, Seurat era la mejor mente mecánica que conocía, aunque el robot podía ser irritante a veces. Sobre todo por culpa de su peculiar sentido del humor.

Vor enlazó las manos e hizo crujir los nudillos. Suspiró satisfecho.

—Relajarse es estupendo. Lástima que tú no puedas hacerlo.

—No necesito relajarme.

Vorian no admitía que él también consideraba su cuerpo orgánico inferior en muchos sentidos, frágil y proclive a los dolores, dolencias y heridas que cualquier máquina podía solucionar con facilidad. Confiaba en que su forma física aguantara hasta ser convertido en neocimek, todos los cuales habían sido humanos de confianza, como él. Un día, Omnius concedería el permiso a Agamenón, si Vor se esforzaba por servir a la supermente.

El *Viajero onírico* llevaba viajando mucho tiempo, y el joven estaba contento de volver a casa. Pronto vería a su importante padre.

Mientras el *Viajero onírico* volaba entre las estrellas, Seurat sugirió una competición amistosa. Los dos se sentaron a una mesa y se enfrascaron en una de sus diversiones habituales, un juego privado que habían desarrollado gracias a la práctica frecuente. La estrategia se centraba en una batalla espacial imaginaria entre dos razas diferentes (los *vorians* y los *seurats*), cada una provista de una flota con capacidades y limitaciones precisas. Pese a que el capitán robot contaba con una memoria mecánica perfecta, Vor era un buen contrincante, pues siempre imaginaba tácticas creativas que sorprendían a su rival.

Mientras colocaban naves de guerra en los diferentes sectores del campo de batalla imaginario, Seurat recitó una innumerable sucesión de chistes y adivinanzas humanos que había descubierto en sus viejas bases de datos.

—Intentas distraerme —dijo Vor por fin, irritado—. ¿Dónde has aprendido todo eso?

—De ti, por supuesto. —El robot enumeró las incontables ocasiones en que Vor le había tomado el pelo, amenazando con sabotear la nave sin la menor intención de hacerlo, o

inventando emergencias inverosímiles—. ¿Crees que es un engaño? ¿Por tu parte o por la mía?

La revelación sorprendió a Vor.

—Me entristece pensar que, aun en broma, te he enseñado a engañar. Me avergüenzo de ser humano.

Sin duda, Agamenón se llevaría una decepción.

Al cabo de dos rondas más, Vor perdió la partida. Ya no le interesaba.

11

Todo empeño es un juego, ¿verdad?

IBLIS GINJO,
Opciones para la liberación total

En una terraza ajardinada que dominaba las ruinas de Zimia, Xavier Harkonnen pensaba con temor en el inminente desfile de la *victoria*. El sol de la tarde calentaba su rostro. El canto de los pájaros había sustituido a los chillidos y las explosiones. La brisa había barrido el humo ponzoñoso.

Aun así, la liga tardaría mucho en recuperarse. Nada volvería a ser igual.

Aunque habían transcurrido varios días desde el ataque, aún veía hilillos de humo que se elevaban de los escombros. Pero no percibía el olor del hollín. El gas venenoso había dañado hasta tal punto sus tejidos que nunca recuperaría del todo los sentidos del olfato y el sabor. Hasta respirar se había convertido en un puro acto mecánico.

Pero no podía regodearse en la desdicha cuando tantos otros habían perdido mucho más. Después del ataque de los cimeks, había conservado la vida gracias a los heroicos esfuerzos de un equipo médico salusano. Serena Butler

había ido a verle al hospital, pero solo la recordaba a través de una bruma de dolor, medicamentos y sistemas de mantenimiento vital. En tales circunstancias, Xavier había sido objeto de un doble trasplante de pulmón, órganos sanos proporcionados por los misteriosos tlulaxa. Sabía que Serena había colaborado con los brillantes cirujanos, y que un mercader de carne tlulaxa llamado Tuk Keedair le había facilitado el tratamiento que necesitaba.

Ya podía respirar de nuevo, pese a ocasionales punzadas de dolor. Xavier viviría para luchar contra las máquinas otra vez. Gracias a los fármacos y las avanzadas técnicas médicas, había podido abandonar el hospital poco después de la operación.

En el momento del ataque, el mercader de carne Keedair se encontraba en Zimia en el curso de una visita rutinaria, y se salvó por los pelos. En el planeta no aliado de Tlulax, en el lejano sistema solar de Thalim, su pueblo administraba granjas de órganos, donde cultivaban corazones, pulmones, riñones y otros órganos vitales humanos a partir de células sanas. Después de que los cimeks fueran rechazados, el misterioso tlulaxa había ofrecido sus productos biológicos a los médicos del principal hospital de Zimia. Los contenedores criogénicos de su nave estaban llenos de órganos corporales. Por suerte, había admitido Keedair con una sonrisa, pudo ayudar a los ciudadanos de Salusa en su momento de mayor necesidad.

Después de la operación, Keedair había ido a ver a Xavier al centro médico. El tlulaxa era un hombre de mediana estatura, flaco, de ojos oscuros y rostro anguloso. Una trenza de pelo oscuro colgaba en el lado izquierdo de su cabeza.

—Fue una suerte que estuvieras aquí con órganos frescos almacenados en tu nave —dijo Xavier con voz ronca.

Keedair se frotó sus manos de largos dedos.

—De haber sabido que los cimeks se disponían a atacar con tal ferocidad, habría traído más material de nuestras granjas de órganos. Habrían sido de gran utilidad a vuestros supervivientes, pero las naves no podrán llegar del sistema de Thalim hasta dentro de unos meses.

Antes de que el mercader de carne abandonara la habitación de Xavier, se volvió hacia el herido.

—Considérate afortunado, tercero Harkonnen.

Los supervivientes de Zimia, abrumados por la pena, buscaron a sus muertos y les dieron sepultura. A medida que se retiraban los escombros, el número de víctimas aumentaba. Se recuperaron cadáveres y se confeccionó la lista de desaparecidos. Pese al dolor y la aflicción, el ataque fortaleció a la humanidad libre.

El virrey Manion Butler había insistido en que la gente solo mostrara determinación después del desastre. En las calles se estaban ultimando los preparativos para la celebración de acción de gracias. Las banderas con el símbolo de la mano abierta, emblema de la libertad humana, ondeaban al viento. Hombres de aspecto rudo, vestidos con chaquetones sucios, se esforzaban por controlar a los magníficos corceles blancos salusanos, nerviosos debido al alboroto. Las crines de los caballos estaban adornadas con borlas y campanillas, y agitaban las colas como cascadas de pelo finísimo. Los animales, festoneados con cintas y flores, hacían cabriolas, preparados para desfilar por la amplia avenida principal,

que había sido limpiada de cascotes, hollín y manchas de sangre.

Xavier lanzó una mirada vacilante al cielo. ¿Cómo podría volver a contemplar las nubes, sin el temor de ver más blindados piramidales atravesar los escudos descodificadores? Ya se estaban instalando misiles y nuevas baterías para proteger al planeta de un ataque espacial. Patrullas en estado de alerta máxima vigilaban la periferia del sistema.

En lugar de asistir a un desfile, tendría que estar preparando a la milicia salusana para otro ataque, aumentando el número de naves de vigilancia y reconocimiento en el límite del sistema, elaborando un plan de salvamento y respuesta más eficaz. El regreso de las máquinas pensantes era solo cuestión de tiempo.

El siguiente pleno del Parlamento de la liga estaría dedicado a medidas y reparaciones de emergencia. Los representantes esbozarían un plan de reconstrucción de Zimia. Las formas de combate cimeks capturadas serían desmontadas y analizadas para descubrir sus puntos débiles.

Xavier esperaba que la liga mandaría llamar de inmediato a Tio Holtzman, instalado en Poritrin, para que inspeccionara sus escudos descodificadores recién instalados. Solo el gran inventor en persona podía encontrar el remedio a los defectos técnicos que los cimeks habían descubierto.

Cuando Xavier habló de sus preocupaciones al virrey Butler, el líder había asentido, pero se negó a continuar la conversación.

—Antes que nada, hemos de celebrar nuestro día de afirmación nacional, el hecho de que estamos vivos. —Xavier adivinó una profunda tristeza tras la máscara de

confianza del virrey—. Nosotros no somos máquinas, Xavier. En nuestras vidas hay cosas más importantes que la guerra y la venganza.

Cuando oyó pasos en la terraza, Xavier se volvió y vio a Serena Butler, sonriente, con un destello secreto en los ojos que podía compartir con él, ahora que nadie podía verles.

—Aquí está mi heroico tercero.

—No puedes llamar héroe al hombre responsable de la destrucción de media ciudad, Serena.

—No, pero el término es correcto para el hombre que salvó al resto del planeta. Como sabes muy bien, si no hubieras tomado una decisión tan dolorosa, toda Zimia, todo Salusa, habrían sido destruidos. —Apoyó una mano en su hombro, muy cerca de él—. No permitiré que te abismes en la culpa durante el desfile de la victoria. Por un día no pasará nada.

—Por un día pueden pasar muchas cosas —insistió Xavier—. Conseguimos a duras penas rechazar a los atacantes, porque confiábamos demasiado en los escudos descodificadores, y porque fuimos tan cretinos como para pensar que Omnius había decidido dejarnos en paz después de tantas décadas. Sería el momento perfecto para volver a atacarnos. ¿Y si lanzan una segunda oleada?

—Omnius aún se está lamiendo las heridas. Dudo que sus fuerzas hayan regresado ya a los Planetas Sincronizados.

—Las máquinas no se lamen las heridas.

—Eres un joven muy serio. ¿No puedes relajarte un poco, al menos mientras dure el desfile? Nuestro pueblo necesita un poco de alegría.

—Tu padre me endosó el mismo discurso.

—Ya sabes que, si dos Butler dicen lo mismo, tiene que ser verdad.

Dio un fuerte abrazo a Serena, y después la siguió hasta la tribuna de honor, donde se sentaría al lado del virrey.

Desde niños, Xavier siempre se había sentido atraído hacia Serena. Cuando crecieron, se dieron cuenta de la profundidad del sentimiento mutuo. Tanto Serena como él daban por sentado que se casarían, una combinación perfecta de política, linajes aceptables y romance.

No obstante, debido al súbito incremento de las hostilidades, Xavier se recordó sus prioridades. Gracias al desastre que había acabado con la vida del primero Meach, Xavier Harkonnen era comandante en jefe provisional de la milicia salusana, lo cual le obligaba a afrontar retos más importantes. Lo deseaba, pero solo era un hombre.

Una hora después, los congregados tomaron asiento en la tribuna principal de la plaza central. Andamios y vigas provisionales cubrían las fachadas destrozadas de los edificios gubernamentales. Las fuentes decorativas ya no funcionaban, pero los ciudadanos de Zimia sabían que no existía un lugar más adecuado para tal celebración.

Aún incendiados y dañados, el aspecto de los altos edificios era magnífico, construidos en estilo gótico salusano con tejados a diversas alturas, chapiteles y columnas talladas. Salusa Secundus era la sede del gobierno de la liga, pero también albergaba los principales museos culturales y antropológicos. Las viviendas de los barrios circundantes eran de una construcción más sencilla pero agradable a la vista, enjalbegados con cal extraída de los acantilados de pizarra. Los salusanos se enorgullecían de contar con los mejores artesanos de la liga. La mayor parte de su producción era manual, en lugar de utilizar máquinas automáticas.

A lo largo de la ruta del desfile, los ciudadanos esperaban vestidos en tonos magenta, azul y amarillo. La

gente charlaba y señalaba con admiración los magníficos corceles, seguidos por músicos y bailarines. Un monstruoso toro salusano, drogado hasta las cejas, se arrastraba por la calle.

Aunque Xavier procuraba tranquilizarse, no paraba de mirar el suelo, las cicatrices de la ciudad herida...

Al concluir el desfile, Manion Butler pronunció un discurso en el que celebró la triunfal defensa, pero reconoció el alto coste de la batalla, decenas de miles de personas heridas o muertas.

—La recuperación será lenta y larga, pero nuestro espíritu es indomable, pese a lo que puedan intentar las máquinas pensantes.

El virrey indicó a Xavier que se acercara a la plataforma central.

—Os presento a vuestro mayor héroe, un hombre que no retrocedió ante los cimeks y tomó las decisiones necesarias para salvarnos a todos. Muy pocos habrían sido capaces de hacer lo mismo.

Xavier, que se sentía fuera de lugar, avanzó para recibir una medalla militar que colgaba de una cinta a rayas azules, rojas y doradas. Mientras resonaban los vítores, Serena le besó en la mejilla. Confió en que nadie le hubiera visto ruborizarse.

—Acompaña a esta distinción un ascenso al rango de tercero, primer grado. Xavier Harkonnen, te ordeno estudiar tácticas defensivas y preparar instalaciones para toda la Armada de la Liga. Tus obligaciones incluirán a la milicia salusana, además de la responsabilidad de mejorar la seguridad militar de toda la Liga de Nobles.

El joven se sentía un poco violento, pero aceptó el homenaje.

—Ardo en deseos de empezar a luchar por nuestra supervivencia... y progreso. —Dedicó a Serena una sonrisa indulgente—. Después de las festividades de hoy, por supuesto.

12

Dune es el planeta natal del gusano.

De *La leyenda de Selim Montagusanos*,
poesía de acampada zensunni

Durante todo un día, hasta bien entrada la noche, el monstruoso gusano de arena atravesó a toda velocidad el desierto, obligado a traspasar el límite de sus territorios.

Cuando las dos lunas se alzaron e iluminaron con su luz peculiar a Selim, este se aferró al bastón metálico, agotado. Aunque había logrado no ser devorado por el salvaje y confuso animal, no tardaría en perecer a causa del interminable viaje. Budalá le había salvado, pero ahora daba la impresión de que estaba jugando con él.

Al tiempo que hundía el oxidado bastón, el joven se había encajado en el hueco situado entre los segmentos del gusano, con la esperanza de que no quedaría sepultado vivo si el demonio se zambullía bajo las dunas. Se acurrucó contra la carne, que olía a podrido con un toque de canela. No sabía qué hacer, pero rezó y meditó, en busca de una explicación.

Tal vez sea una especie de prueba.

El gusano continuaba cruzando el desierto, como si su pequeño cerebro se hubiera resignado a no volver a encontrar paz o seguridad. La bestia deseaba sumergirse en las dunas y esconderse de aquel bribonzuelo, pero Selim movía el bastón como si fuera una palanca, ahondando en la herida.

El gusano solo podía continuar adelante. Hora tras hora. Selim tenía la garganta seca, los ojos incrustados de polvo. Ya debía de haber atravesado la mitad del desierto, y no reconocía el menor accidente geográfico en la monótona aridez. Nunca había estado tan lejos de la cueva comunal, ni él ni nadie, por lo que sabía. Aunque lograra escapar del gigantesco monstruo, estaría condenado en el implacable desierto de Arrakis por culpa de una sentencia injusta.

Estaba seguro de que su traidor amigo Ebrahim se delataría un día, y la verdad saldría a la luz. El infame violaría alguna otra norma de la tribu, y descubrirían que era un ladrón y un mentiroso. Si Selim volvía a verle algún día, retaría a Ebrahim a un duelo a muerte, y el honor se impondría.

Tal vez la tribu le aplaudiría, pues nadie, ni siquiera en los poemas más heroicos, había domado a un gusano de arena y vivido para contarlo. Tal vez las desvergonzadas jóvenes zensunni de ojos oscuros le mirarían con una sonrisa brillante. Cubierto de polvo, pero con la cabeza bien alta, se plantaría ante el severo naib Dhartha y exigiría que le readmitiera en la comunidad. ¡Haber cabalgado en un demonio del desierto y sobrevivido!

Pero, aunque Selim había conseguido sobrevivir más de lo que esperaba, el desenlace era incierto. ¿Qué iba a hacer ahora?

Bajo su cuerpo, el gusano emitía ruidos peculiares, un sonido débil que se imponía al susurro de la arena. El

cansado animal se estremeció, y un temblor recorrió su cuerpo sinuoso. Selim percibió el olor a pedernal y el poderoso aroma de la especia. Hornos inducidos por la fricción ardían en la garganta del gusano, como las profundidades de Sheol.

Cuando una aurora amarillenta tiñó el cielo, el gusano dio muestras de mayor desesperación. Intentó hundirse en la arena, pero Selim no lo permitió. El monstruo golpeó una duna con la cabeza, y un chorro de arena saltó por los aires. El joven tuvo que apoyar todo su peso contra el bastón, hundiéndolo en el segmento expuesto del gusano.

—Estás tan dolorido y exhausto como yo, ¿verdad, Shaitan? —preguntó con una voz tan fina y seca como papel. *Casi muerto de cansancio.*

Selim no osaba soltarse. En cuanto saltara a las dunas, el gusano daría media vuelta y le devoraría. No tenía otra alternativa que seguir azuzando al animal. La odisea parecía interminable.

Cuando la luz se intensificó, distinguió una leve neblina en el horizonte, una tormenta que arrastraba granos de arena y polvo. Pero estaba muy lejos, y otras preocupaciones turbaban a Selim.

Por fin, el demonio se detuvo no lejos de un promontorio rocoso, y se negó a continuar. Con una convulsión final, su cabeza de reptil se desplomó sobre una duna, se agitó unos segundos... y quedó inmóvil.

Selim temblaba de cansancio, temeroso de que fuera un truco. Tal vez el monstruo estaba esperando a que bajara la guardia para devorarle. ¿Podía ser tan astuto un gusano? ¿Era en verdad Shaitan? *¿O le he montado hasta acabar con su vida?*

Selim sacó fuerzas de flaqueza y se enderezó. Sus músculos entumecidos temblaron. Apenas podía moverse.

Sintió un hormigueo cuando sus miembros recuperaron la circulación. Por fin, arrancó el bastón metálico de la piel rosada.

El gusano ni siquiera se movió.

Selim se deslizó por el lomo y empezó a correr en cuanto sus pies tocaron la arena. Sus botas levantaron pequeñas nubes de polvo cuando atravesó el paisaje ondulado. Las rocas lejanas eran como montículos de salvación negros que sobresalían de las dunas doradas.

Se negó a mirar atrás y continuó corriendo. Cada aliento era como fuego seco en su garganta. Sus oídos hormigueaban, como si anticipara el siseo de la arena, la proximidad del vengativo animal. Pero el gusano de arena seguía inmóvil.

Selim corrió medio kilómetro a toda la velocidad de sus piernas, impelido por una energía desesperada. Cuando llegó a la barrera rocosa, trepó a la cima y se derrumbó por fin. Apoyó las rodillas contra el pecho y observó al gusano.

No se movía. *¿Me estará engañando Shaitan? ¿Me está poniendo aprueba Budalá?*

Selim tenía un hambre feroz.

—Si me has salvado por algún motivo —gritó al cielo—, ¿por qué no me ofreces un poco de comida?

Muerto de agotamiento, se puso a reír.

A Dios no se le exige nada.

Entonces, cayó en la cuenta de que había comida a su alcance, en cierto modo. Mientras huía hacia el refugio de roca, Selim había cruzado una gruesa capa ocre de especia, venas de melange como las que los zensunni encontraban a veces cuando se aventuraban en la arena. Recogían la sustancia, que utilizaban como aditivo alimentario y estimulante. El naib Dhartha guardaba una pequeña reserva en la cueva, y de vez en cuando destilaban con ella

una potente cerveza, que los miembros de la tribu consumían en ocasiones especiales y trocaban en el espaciopuerto de Arrakis City.

Estuvo sentado a la sombra durante casi una hora, al acecho de cualquier movimiento del gusano. Nada. El calor aumentó, y el desierto se sumió en un perezoso silencio. Daba la impresión de que la tormenta lejana no se acercaba. Selim tenía la sensación de que el planeta estaba conteniendo el aliento.

Después, osado de nuevo (¡al fin y al cabo, había montado a Shaitan!), Selim bajó de las rocas y corrió hacia la mancha de melange. Lanzó una mirada temerosa al ominoso bulto del gusano.

Arañó la arena y recogió el polvillo rojo. Lo engulló, escupió unos granos de arena y experimentó de inmediato el estímulo de la especia, una cantidad excesiva para tomarla de una vez. Le aturdió, pero también le provocó una explosión de energía.

Saciado por fin, se mantuvo a una prudente distancia del gusano, los brazos en jarras. Luego, agitó las manos y gritó en el silencio absoluto:

—¡Te he derrotado, Shaitan! ¡Querías comerme, vieja oruga, pero yo te he dominado! —Movió los brazos de nuevo—. ¿Me oyes?

Pero no detectó el menor movimiento. Eufórico debido a la melange, caminó con osadía hacia el cuerpo largo y sinuoso derrumbado sobre la duna. A tan solo unos pasos de distancia, contempló la cara, la boca cavernosa erizada de púas centelleantes. Los largos colmillos semejaban pelos minúsculos en comparación con el tamaño inmenso del ser.

La tormenta de arena se acercaba, acompañada de brisas calientes. El viento levantaba granos de arena y fragmentos de roca, los arrojaba contra su rostro como

dardos diminutos. Ráfagas de viento silbaban alrededor del cuerpo del gusano. Era como si el fantasma de la bestia le estuviera desafiando, le empujara hacia delante. La especia corría en las venas de Selim.

Se acercó a las fauces del gusano y escudriñó la infinita negrura de su boca. Los fuegos internos estaban apagados. No quedaba ni una brasa.

—Te he matado, vieja oruga —gritó de nuevo—. Soy el asesino de gusanos.

El gusano no respondió ni tan solo a esta provocación.

Selim contempló los colmillos similares a dagas que flanqueaban la boca maloliente, Daba la impresión de que Budalá le estaba animando a continuar, o tal vez era su propio deseo. Sin hacer caso del sentido común, Selim trepó al labio inferior del gusano y agarró el diente más cercano.

El joven exiliado lo aferró con ambas manos y sintió su dureza, un material aún más fuerte que el metal. Lo retorció y movió de un lado a otro. El cuerpo del animal era blando, como si los tejidos de la garganta se estuvieran desmoronando. Selim arrancó el colmillo con un sonoro gruñido. Era tan largo como su antebrazo, curvo, de un blanco puro. Sería un cuchillo excelente.

Retrocedió sin soltar su botín, aterrorizado por la enormidad de lo que había hecho. Un acto sin precedentes, por lo que él sabía. ¿Quién más habría corrido el riesgo, no solo de montar a Shaitan, sino de entrar en sus fauces? Un pavoroso temblor sacudió su cuerpo. No daba crédito a su proeza. Ninguna otra persona de Arrakis poseía un tesoro semejante a aquel cuchillo-diente.

Si bien los restantes colmillos cristalinos colgaban como estalactitas, a cientos, que habría podido vender en el espaciopuerto de Arrakis City (si alguna vez conseguía

regresar), sintió una debilidad repentina. El efecto de la melange empezaba a desvanecerse.

Bajó a la arena. Tenía la tormenta casi encima, lo cual le recordó su entrenamiento para sobrevivir en el desierto. Debía volver a las rocas y encontrar algún refugio, o de lo contrario pronto estaría muerto sobre las dunas, víctima de los elementos.

Pero ya no creía que eso fuera a sucederle. *Ahora tengo un destino, una misión de Budalá..., si consigo captar su significado.*

Corrió hacia la línea de rocas, con el colmillo en las manos. El viento le empujaba hacia delante, como ansioso por alejarle de la carcasa.

13

> Los humanos intentaron desarrollar máquinas inteligentes como sistemas reflejos secundarios, y dejaron en manos de los sirvientes mecánicos las decisiones principales. Poco a poco, los creadores se quedaron con poca cosa que hacer. Empezaron a sentirse alienados, deshumanizados e incluso manipulados. Por fin, los humanos se convirtieron en poco más que robots incapaces de decidir, sin la menor comprensión de su existencia natural.
>
> TLALOC,
> *Las debilidades del Imperio*

Agamenón no albergaba el menor deseo de ver a Omnius. Como ya había vivido más de mil años, el general cimek había aprendido a ser paciente.

Tan paciente como una máquina.

Después de la cita secreta en las cercanías de la enana roja, él y los demás titanes habían llegado a Corrin tras un viaje interestelar de casi dos meses. La flota robot había

arribado con unos cuantos días de antelación, y entregado las imágenes de la batalla captadas por los ojos espía. La supermente ya estaba enterada de la derrota. Lo único que podía hacer Omnius era distribuir reprimendas y reproches, en especial a Agamenón, que había estado al mando.

Cuando posó su nave bajo el gigantesco sol de Corrin, el general cimek extendió su red sensora y recibió datos. Omnius le estaría esperando, como siempre después de una misión.

Tal vez la supermente ya habría aceptado el fracaso.

Una falsa esperanza, como bien sabía Agamenón. El ordenador no reaccionaba como los humanos.

Antes de salir de la nave, el titán eligió un cuerpo móvil eficaz, poco más que un carrito aerodinámico que transportaba su contenedor cerebral y los sistemas de mantenimiento vital conectados al armazón. El general se deslizó sobre las avenidas pavimentadas bajo el enorme ojo del gigante rojo. Una luz púrpura intensa bañaba las calles embaldosadas y las fachadas blancas.

Milenios antes, la estrella se había expandido, hasta alcanzar tal tamaño que sus capas exteriores habían engullido los planetas interiores del sistema. Corrin había sido un planeta helado, pero el calor imparable del gigante hinchado había hecho el planeta habitable.

Después de que la atmósfera se calentara y los mares se evaporaran, el paisaje de Corrin se convirtió en una pizarra desnuda, sobre la cual estableció el Imperio Antiguo una colonia durante sus años más jóvenes y ambiciosos. Casi todo el ecosistema había sido trasplantado de otras partes, pero incluso después de miles de años Corrin parecía un planeta inconcluso, pues carecía de muchos detalles ecológicos necesarios para un planeta que bullía de vida. A

Omnius y su robot independiente, Erasmo, les gustaba el planeta, porque parecía nuevo, sin estar afligido por el peso de la historia.

Agamenón avanzó por las calles, seguido por ojos espía que le vigilaban como perros guardianes electrónicos. Gracias a los monitores y altavoces esparcidos por toda la ciudad, la supermente habría podido conversar con él en cualquier lugar de Corrin. No obstante, Omnius insistía en recibir al general cimek en un lujoso pabellón central construido por esclavos humanos. Este peregrinaje de contrición formaba parte de la penitencia de Agamenón por el fracaso de Salusa. El potente ordenador comprendía bien el concepto de dominación.

Los electrolíquidos que rodeaban su cerebro se tiñeron de azul cuando Agamenón preparó su defensa contra un riguroso interrogatorio. Su cuerpo móvil pasó bajo altas arcadas sostenidas por columnas de metal blanco. El robot Erasmo, un porfiado excéntrico, había copiado ostentosos adornos de grabaciones históricas de imperios humanos. La intención del aterrador portal era que los visitantes temblaran, aunque el titán dudaba de que Omnius se preocupara por tales cosas.

El general se detuvo en el centro de un patio en el que caía agua desde diversas fuentes mediante huecos practicados en los muros. Gorriones domesticados revoloteaban alrededor de los aleros y anidaban sobre las columnas. En el interior de jarrones de terracota, lirios escarlata estallaban en violentas explosiones de pétalos.

—He llegado, lord Omnius —anunció Agamenón por mediación del sintetizador de voz. Una mera formalidad, puesto que no habían dejado de observarle desde que saliera de la nave. Esperó.

No se veía por ninguna parte la cara reflectante de Erasmo. Omnius quería reconvenir a su general sin el curioso escrutinio del independiente e irritante robot. Aunque Erasmo se jactaba de comprender las emociones humanas, Agamenón dudaba de que el excéntrico robot demostrara la menor compasión.

La voz resonó desde una docena de altavoces fijos a las paredes, como una deidad colérica. No cabía duda de que el efecto era intencionado.

—Tú y tus cimeks habéis fracasado, general.

Agamenón ya sabía cómo se desarrollaría la discusión, al igual que Omnius. Estaba seguro de que la supermente había realizado simulacros. Sin embargo, tenía que seguirle la corriente.

—Combatimos con denuedo, pero no pudimos alcanzar la victoria, lord Omnius. Los hrethgir opusieron una resistencia encarnizada, y prefirieron sacrificar su ciudad antes que los generadores de escudo. Como ya he dicho muchas veces, los humanos salvajes son peligrosamente impredecibles.

Omnius replicó sin vacilar.

—Has insistido en repetidas veces que los cimeks son muy superiores a las sabandijas humanas, pues combinan las mejores características de la máquina y el hombre. ¿Cómo es posible, pues, que fuerais rechazados por seres tan incivilizados e inexpertos?

—En este caso, me equivoqué. Los humanos se dieron cuenta de cuál era nuestro verdadero objetivo antes de lo que yo suponía.

—Tus fuerzas no combatieron con suficiente arrojo.

—Seis neocimeks fueron destruidos. El cuerpo de gladiador del titán Jerjes fue aniquilado, y este escapó a duras penas en un módulo.

—Sí, pero el resto de tus cimeks sobrevivieron. Una simple pérdida del veintiuno por ciento no confirma tus palabras. —Los gorriones volaban por el patio, ignorantes de la tensión suscitada entre Omnius y su oficial de mayor rango—. Tendrías que haber sacrificado a todos tus cimeks con tal de destruir los escudos descodificadores.

Agamenón se alegró de no poder componer ya expresiones humanas, que la mente electrónica podría interpretar.

—Lord Omnius, los cimeks son individuos irremplazables, al contrario que tus máquinas pensantes robóticas. En mi opinión, correr el peligro de perder a tus titanes más vitales no valía la pena, a cambio de un insignificante planeta infestado de humanos salvajes.

—¿Insignificante? Antes de la misión, hiciste hincapié en la extrema importancia de Salusa Secundus para la Liga de Nobles. Afirmaste que su conquista precipitaría la debacle de la humanidad libre. Tú estabas al mando.

—Pero ¿merece la pena acabar con la liga a cambio de la destrucción de tus titanes restantes? Nosotros os creamos, establecimos los cimientos de vuestros Planetas Sincronizados. Los titanes deberían ser utilizados para algo más que carne de cañón.

Agamenón sentía curiosidad por la respuesta de la supermente a sus razonamientos. Tal vez si enviaba a los titanes a una muerte segura, Omnius podría burlar las restricciones de la programación de Barbarroja.

—Deja que reflexione sobre eso —dijo Omnius. Las pantallas de las paredes del pabellón proyectaron imágenes de la batalla de Zimia—. Los hrethgir son más listos de lo que imaginas. Comprendieron cuál era tu objetivo. Cometiste un error al suponer que tus cimeks destruirían sus defensas con facilidad.

—Erré mis cálculos —admitió Agamenón—. Los humanos cuentan con un jefe militar inteligente. Sus inesperadas decisiones les permitieron defenderse con éxito. Ahora, al menos, hemos probado sus escudos descodificadores.

Las explicaciones de Agamenón no tardaron en degenerar en una sucesión de racionalizaciones y excusas. Omnius las analizó y desechó, de manera que el titán se sintió desnudo y humillado.

En el plácido patio, las flores de brillantes colores se abrían y los pájaros cantaban. Las fuentes aportaban la banda sonora a la escena..., y Agamenón contenía su rabia. Ni siquiera su sensible cuerpo mecánico mostraba la menor agitación. Un milenio antes, él y los otros titanes habían controlado a estas malditas máquinas pensantes. *Nosotros os creamos, Omnius. Un día, también os destruiremos.*

Aunque el visionario Tlaloc y su grupo de rebeldes no habían tardado más de unos pocos años en conquistar el dormido Imperio Antiguo, Omnius y sus máquinas pensantes habían demostrado ser un adversario muy superior, que nunca dormía, siempre vigilante. Pero hasta las máquinas cometían errores. Agamenón solo necesitaba aprovecharse de ellos.

—¿Algo más, lord Omnius? —interrumpió. Más discusiones y excusas no servirían de nada. Las máquinas buscaban la eficacia por encima de todo.

—Tan solo mis siguientes instrucciones, Agamenón. —La voz de Omnius se movía de altavoz en altavoz, para dar la impresión de que estaba en todas partes a la vez—. Te envío a ti y a tus titanes de vuelta a la Tierra. Acompañaréis a Erasmo, que pretende continuar sus estudios con los cautivos humanos.

—Como ordenes, lord Omnius. —Si bien sorprendido, Agamenón no lo demostró. La Tierra... Un viaje muy largo

—. Encontraremos otras formas de destruir a esta plaga de humanos. Los titanes solo existen para servirte.

Era una de las pocas ventajas de la faceta humana de Agamenón: aunque la supermente estaba cargada con una inmensa cantidad de datos, Omnius era incapaz de reconocer una simple mentira.

14

> Desde una cierta perspectiva, la defensa y la ofensiva se nutren de tácticas casi idénticas.
>
> XAVIER HARKONEN,
> discurso a la milicia salusana

Nuevos deberes, nuevas responsabilidades... y más adioses.

Un Xavier Harkonnen casi recuperado del todo se encontraba con Serena Butler en el interior del espaciopuerto de Zimia, que se le antojaba un entorno esterilizado, con sus suelos de plazbaldosas. Ni siquiera la expresión cálida de Serena compensaba la frialdad del edificio. Las cristaleras daban al pavimento en el que despegaban y aterrizaban lanzaderas cada pocos minutos, en viajes de ida y vuelta a las naves que aguardaban en órbita.

En un ala del espaciopuerto, cuadrillas de trabajadores apuntalaban secciones de un hangar dañado durante el ataque cimek. Grandes grúas alzaban paredes provisionales.

Xavier, ataviado con un impecable uniforme dorado y negro de la Armada, enseña de su nuevo rango, escudriñó los ojos lavanda de Serena. Sabía cómo le veía ella. Sus rasgos faciales no eran nada del otro mundo (tez rubicunda, nariz puntiaguda, labios gruesos), pero en conjunto le consideraba atractivo, sobre todo por los ojos castaño claro y su contagiosa sonrisa, que se prodigaba muy poco.

—Ojalá pudiéramos pasar más tiempo juntos, Xavier.

La joven acarició una rosa blanca que adornaba su solapa. El estruendo de maquinaria, obreros y otros operarios les rodeaba.

Xavier reparó en que Octa, la hermana menor de Serena, les estaba mirando. Una joven de diecisiete años y largo pelo rubio, siempre había tenido debilidad por Xavier. La esbelta Octa era una chica muy agradable, pero en los últimos tiempos Xavier deseaba que les concediera un poco más de intimidad, sobre todo ahora que iban a estar separados durante tanto tiempo.

—Yo también lo deseo. Aprovechemos estos minutos que nos quedan.

Se rindió al deseo que ambos experimentaban y se inclinó para besarla, como si una fuerza magnética atrajera sus labios. El beso se prolongó, cada vez más intenso. Por fin, Xavier se enderezó. Serena pareció decepcionada, más por la situación que por él. Ambos tenían importantes responsabilidades, que exigían su tiempo y energía.

Recién ascendido, Xavier iba a embarcar con un grupo de especialistas militares en un viaje de inspección de las defensas planetarias de la liga. Después del ataque cimek contra Salusa Secundus dos meses antes, comprobaría que no existieran puntos débiles en los demás planetas de la liga. Las máquinas pensantes aprovecharían el defecto más

ínfimo, y los humanos libres no podían permitirse el lujo de perder ninguna de sus restantes plazas fuertes.

En el ínterin, Serena Butler se concentraría en expandir el dominio de la liga. Después de que los médicos hubieran empleado con éxito los órganos proporcionados por Tuk Keedair, Serena había hablado con apasionamiento sobre los servicios y recursos que los Planetas No Aliados, como Tlulaxa, podían facilitar. Quería que se sumaran oficialmente a la unión de humanos libres.

Más mercaderes de carne habían llegado a Salusa con sus productos biológicos. Antes, muchos nobles y ciudadanos de la liga habían recelado de los misteriosos forasteros, pero ahora que los heridos afrontaban terribles pérdidas de órganos y miembros, aceptaban de buen grado los sustitutos clónicos. Los tlulaxa nunca habían explicado de dónde obtenían una tecnología biológica tan sofisticada, pero Serena alababa su generosidad y recursos.

En cualquier otro momento, su discurso en el Parlamento habría sido desechado, pero el ataque cimek había demostrado la vulnerabilidad de los Planetas No Aliados. ¿Y si las máquinas decidían la próxima vez aniquilar el sistema de Thalim, eliminando así la capacidad de los tlulaxa para devolver la vista a veteranos ciegos, y proporcionar nuevos miembros a los tullidos?

Había examinado cientos de documentos de inteligencia e informes diplomáticos, con la intención de decidir cuál de los Planetas No Aliados era el mejor candidato para sumarse a la hermandad de la liga. Unificar los restos de la humanidad se había convertido en su pasión, dotar de fuerza suficiente a la gente libre para rechazar cualquier agresión de las máquinas.

Pese a su juventud, ya había coronado con éxito dos misiones de auxilio, la primera cuando solo tenía diecisiete

años. En una de ellas, había llevado comida y medicamentos a los refugiados de un planeta sincronizado abandonado, y en la otra había prestado ayuda para vencer una plaga biológica que casi destruyó las granjas de Poritrin.

Ni ella ni Xavier tenían tiempo para ellos.

—Cuando vuelvas, prometo que te compensaré —dijo Serena, con ojos centelleantes—. Te ofreceré un banquete de besos. Xavier se permitió una de sus escasas carcajadas.

—En ese caso, procuraré llegar muy hambriento. —Cogió su mano y la besó—. Cuando comamos juntos, acudiré con flores. Sabía que su siguiente cita se hallaba a meses de distancia. Ella le dedicó una sonrisa cálida.

—Me gustan mucho las flores.

Xavier estaba a punto de abrazar a Serena, cuando un niño de piel morena les interrumpió: Vergyl Tantor, de ocho años, el hermano de Xavier. Le habían dejado salir del colegio para despedirse de él. Vergyl se soltó de su profesor y corrió para abrazar a su ídolo. Hundió la cara en la camisa del uniforme.

—Cuida de la propiedad durante mi ausencia, hermanito —dijo Xavier, mientras pasaba los nudillos sobre el pelo rizado del niño—. Te encargarás de cuidar a mis galgos, ¿comprendido?

Los ojos del niño se abrieron de par en par, y asintió con seriedad.

—Sí.

—Y obedece a tus padres, de lo contrario no llegarás a ser un buen oficial de la Armada.

—¡Lo haré!

Por los altavoces indicaron al equipo de inspección que se dirigiera a la lanzadera. Xavier prometió que traería algo para Vergyl, Octa y Serena. Mientras Octa le miraba desde lejos, con una sonrisa esperanzada, abrazó de nuevo a su

hermano pequeño, apretó la mano de Serena y se alejó con los oficiales e ingenieros.

Serena miró al niño y pensó en Xavier Harkonnen. Xavier solo tenía seis años cuando las máquinas pensantes habían matado a sus padres naturales y a su hermano mayor.

Gracias a acuerdos interfamiliares y al testamento de Ulf y Katarina Harkonnen, el pequeño Xavier había sido criado como hijo adoptivo de los poderosos Emil y Lucille Tantor, que entonces no tenían hijos. La noble pareja ya había tomado medidas para que sus bienes fueran administrados por parientes de Tantor, primos y sobrinos lejanos que no habrían heredado nada en circunstancias normales. Pero cuando Emil Tantor empezó a educar a Xavier, se quedó prendado del huerfanito y lo adoptó legalmente, aunque Xavier conservó el apellido Harkonnen y todos sus derechos de nobleza asociados.

Después de la adopción, y de manera inesperada, Lucille Tantor concibió un hijo, Vergyl, doce años más joven que Xavier. El heredero Harkonnen, al que no preocupaba la política dinástica, seconcentró en un curso de estudios militares, con la intención de ingresar en la Armada de la Liga. A la edad de dieciocho años, recibió el título legal de las propiedades Harkonnen, y un año después se convirtió en oficial de la milicia salusana. Debido a su comportamiento impecable y su rápido ascenso, todo el mundo se dio cuenta de que Xavier llegaría muy lejos.

Tres personas que le querían vieron ascender la lanzadera en que viajaba. Vergyl cogió la mano de Serena con la intención de consolarla.

—Xavier volverá sano y salvo. Puedes confiar en él.

Serena experimentó una punzada de dolor, pero sonrió al niño.

—Pues claro que sí.

No había otro remedio. El amor era una de las cosas que diferenciaban a los humanos de las máquinas.

15

La respuesta es un espejo de la pregunta.

PENSADORA KWYNA,
archivos de la Ciudad de la Introspección

La sala de reuniones temporal de los delegados de la liga había sido en un principio el hogar del primer virrey, Bovko Manresa. Antes de que los titanes se apoderaran del débil Imperio Antiguo, Manresa había construido la mansión en el entonces aislado Salusa Secundus, como una forma de celebrar la riqueza que le deparaban sus tierras. Más tarde, cuando empezaron a llegar refugiados humanos, expulsados por el cruel gobierno de los Veinte Titanes, la casa se había convertido en sala de reuniones, con sillas y un atril dispuestos en la majestuosa sala de baile, igual que hoy.

Meses antes, al cabo de pocas horas del ataque cimek, el virrey Butler se había parado sobre una pila de escombros, bajo la cúpula central destrozada del Parlamento. Mientras el polvo venenoso se posaba sobre las calles y todavía proseguían los incendios en los edificios dañados, había jurado reparar el venerable edificio que había servido a la liga durante siglos.

—El edificio gubernamental era algo más que un edificio. Era un terreno sagrado en el que líderes legendarios habían debatido grandes ideas y forjado planes contra las máquinas. Los daños sufridos en el techo y las plantas superiores eran graves, pero la estructura básica continuaba intacta. Al igual que el espíritu humano que representaba.

La mañana era muy fría, y la niebla oscurecía las ventanas. Las hojas de las colinas habían comenzado a teñirse de otoño, con tonos amarillo, naranja y castaño. Serena y los representantes entraron en la sala de reuniones provisional sin desprenderse de sus abrigos.

La joven contempló las paredes de la abarrotada sala de baile, los retratos de líderes muertos mucho tiempo atrás y cuadros que inmortalizaban pasadas victorias. Se preguntó qué traería el futuro, y cuál sería su papel. Ardía en deseos de hacer algo, de colaborar en la gran cruzada de la humanidad.

Casi toda su vida había sido una activista, siempre con el deseo de participar, de ayudar a las víctimas de otras tragedias, como catástrofes naturales o ataques de las máquinas. Incluso en épocas plácidas, había ido a trabajar en los viñedos y olivares de la familia a la hora de recoger la cosecha.

Tomó asiento en la primera fila, y después vio que su padre atravesaba la sala en dirección al atril. Un monje cubierto con una túnica de terciopelo rojo, cargado con un contenedor de plexiplaz que albergaba un cerebro humano vivo, sumergido en un electrolíquido viscoso, le seguía. El monje depositó con devoción el contenedor sobre una mesa situada junto al atril, y después permaneció inmóvil a su lado.

Serena vio que el tejido gris rosado ondulaba levemente en el interior del líquido azul claro. Aislado de los sentidos y distracciones del mundo físico durante más de un milenio, y estimulado por la contemplación constante, el cerebro de la pensadora había ido creciendo con el tiempo.

—La pensadora Kwyna no abandona con frecuencia la Ciudad de la Introspección —dijo el virrey Butler, en tono serio y exaltado a la vez—. Pero en estos momentos necesitamos las ideas y consejos mejores. Si alguna mente es capaz de comprender a las máquinas pensantes, será la de Kwyna.

Se veía en tan pocas ocasiones a estos filósofos esotéricos incorpóreos, que muchos representantes de la liga no entendían cómo conseguían comunicarse. Para aumentar el misterio que les rodeaba, los pensadores no decían gran cosa, pues preferían reservar sus energías y aportar tan solo las ideas más importantes.

—El subordinado de la pensadora hablará por Kwyna —dijo el virrey—, en caso de que pueda ofrecernos alguna idea.

El monje quitó la tapa del contenedor y dejó al descubierto el viscoso líquido. Parpadeó varias veces y escudriñó el depósito. Poco a poco, el monje introdujo una mano en el interior de la sopa. Cerró los ojos, respiró hondo y tocó con cuidado el cerebro. Su frente se arrugó de concentración cuando el electrolíquido empapó sus poros, conectando a la pensadora con el sistema neural del subordinado, utilizándole como una extensión al igual que los cimeks utilizaban cuerpos mecánicos artificiales.

—No entiendo nada —dijo el monje con voz extraña y distante. Serena sabía que era el principio básico que adoptaban los pensadores, y los cerebros contemplativos pasaban siglos abismados en sus estudios.

Siglos antes de los primeros titanes, un grupo de humanos espirituales habían gustado de estudiar filosofía y discutir temas esotéricos, pero demasiadas debilidades y tentaciones de la carne inhibieron su capacidad de concentración. En el tedio del Imperio Antiguo, estos eruditos metafísicos habían sido los primeros en instalar sus cerebros en sistemas de mantenimiento vital. Liberados de limitaciones biológicas, dedicaban todo su tiempo a aprender y pensar. Cada pensador quería estudiar toda la filosofía humana, con el fin de reunir los ingredientes necesarios para la comprensión del universo. Vivían en sus torres de marfil y meditaban, y raras veces se tomaban la molestia de reparar en las relaciones superficiales y acontecimientos del mundo exterior.

Kwyna, la pensadora de dos mil años que residía en la Ciudad de la Introspección de Salusa, afirmaba ser políticamente neutral.

—Estoy preparada para interactuar —anunció por mediación del monje, que miraba con ojos vidriosos a los congregados—. Podéis empezar.

El virrey Butler paseó la vista por la sala, y su mirada se posó en diversos rostros, incluido el de su hija.

—Amigos míos, siempre hemos vivido bajo la amenaza de la aniquilación, y ahora debo pediros que dediquéis vuestro tiempo, energía y dinero a nuestra causa.

Rindió tributo a las decenas de miles de salusanos que habían muerto durante el ataque cimek, junto con cincuenta y un dignatarios visitantes.

—La milicia salusana continúa en alerta máxima, y hemos enviado naves a todos los planetas de la liga para advertirles del peligro. Nuestra única esperanza reside en que otros planetas no sean atacados.

A continuación, el virrey llamó a Tio Holtzman, que acababa de llegar tras casi un mes de viaje desde sus laboratorios de Poritrin.

—Sabio Holtzman, estamos ansiosos por escuchar vuestro análisis de las nuevas defensas.

Holtzman ardía en deseos de inspeccionar sus escudos descodificadores, para ver cómo habían sido modificados y mejorados. En Poritrin, el noble Niko Bludd financiaba las investigaciones del sabio. Debido a sus anteriores logros, los miembros de la liga siempre albergaban la esperanza de que Holtzman se sacaría otro milagro de la manga.

Holtzman, de cuerpo menudo, vestido con prendas elegantes y pulcras, se movía con gracia y un gran dominio de la situación. El pelo gris que colgaba hasta sus hombros enmarcaba un rostro enjuto. Era un hombre muy seguro de sí mismo y egocéntrico, al cual le encantaba hablar a importantes dignatarios del Parlamento, pero en este momento parecía preocupado, cosa rara en él. En verdad, al inventor le costaba admitir una equivocación. No cabía duda de que su campo descodificador había fallado. ¡Los cimeks lo habían traspasado! ¿Qué iba a decir a esta gente que había confiado en él?

Cuando subió al estrado, el hombre carraspeó y paseó la vista a su alrededor, contempló a la pensadora y al monje que la acompañaba. Era un asunto muy delicado. ¿Cómo podía esquivar su culpabilidad?

El científico utilizó su mejor voz.

—En una guerra, cuando un bando consigue un avance tecnológico, el otro intenta superarlo. Hace poco lo hemos experimentado con mis campos descodificadores atmosféricos. De no haber sido instalados, la flota de máquinas pensantes habría arrasado Salusa. Por desgracia,

no tuve en cuenta las capacidades únicas de los cimeks. Descubrieron un fallo en el blindaje y lo aprovecharon.

Nadie le había acusado de nada, pero era lo más parecido a la admisión de un error que Holtzman podía tolerar.

—Nos toca ahora superar a las máquinas con una nueva idea. Espero que esta tragedia me inspire, que empuje mi inspiración hasta su límite. —Dio la impresión de que se sentía avergonzado, incluso dolido—. Trabajaré en ello en cuanto regrese a Poritrin. Espero daros una sorpresa lo antes posible.

Una mujer de elevada estatura se deslizó hacia el atril, atrayendo la atención de todo el mundo.

—Tal vez pueda sugeriros algo.

Tenía las cejas claras y el pelo blanco, así como una piel luminosa que le confería una cualidad etérea, pero impregnada de poder.

—Oigamos a las mujeres de Rossak. Doy la bienvenida a Zufa Cenva.

Holtzman, con expresión de alivio, volvió a toda prisa a su asiento y se derrumbó en él.

La mujer tenía un aspecto misterioso. Joyas centelleantes adornaban su vestido negro y transparente, que revelaba la perfección de su cuerpo. Zufa Cenva se detuvo ante el contenedor del cerebro de la pensadora y escudriñó su interior. Su frente se arrugó al concentrarse, y dio la impresión de que el cerebro vibraba. El electrolíquido remolineó, y se formaron burbujas. Alarmado, el devoto monje retiró su mano del líquido.

La mujer se relajó, satisfecha, y subió al estrado.

—Debido a las peculiaridades de nuestro entorno, muchas hembras nacidas en Rossak gozan de capacidades telepáticas.

Las poderosas hechiceras de las selvas apenas habitables habían aprovechado sus poderes mentales para influir en la política. Los hombres de Rossak carecían de tal disposición.

—La Liga de Nobles se formó hace mil años para contribuir a nuestra mutua defensa, primero contra los titanes y después contra Omnius. Desde entonces, hemos intentado proteger a nuestros planetas del enemigo. —Los ojos de la mujer destellaron como piedras bruñidas—. Hemos de cambiar nuestra estrategia. Quizá ha llegado el momento de que ataquemos a los Planetas Sincronizados. De lo contrario, Omnius y sus lacayos nunca nos dejarán vivir en paz.

Los representantes de la liga murmuraron entre sí, con aspecto atemorizado, sobre todo después de la destrucción de Zimia. El virrey fue el primero en contestar.

—Eso es un poco prematuro, madame Cenva. No estoy seguro de que seamos capaces.

—¡Apenas sobrevivimos al último ataque! —gritó un hombre—. Y tan solo nos enfrentamos a un puñado de cimeks. Manion Butler parecía muy preocupado.

—Atacar a Omnius sería una misión suicida. ¿Qué armas utilizaríamos?

En respuesta, la impresionante mujer cuadró los hombros y extendió las manos, al tiempo que cerraba los ojos y se concentraba. Aunque todo el mundo sabía que Zufa poseía poderes extrasensoriales, nunca los había exhibido ante el Parlamento. Dio la impresión de que una luz interior iluminaba su piel lechosa. La atmósfera de la sala se agitó, y la electricidad estática erizó el vello de los congregados.

Destellaron relámpagos en las yemas de sus dedos, como si estuviera conteniendo una tormenta en su interior. Sus

cabellos se retorcieron como serpientes. Cuando Zufa volvió a abrir los ojos, parecieron rebosantes de energía, como si el universo habitara detrás de sus pupilas.

Los delegados lanzaron exclamaciones ahogadas. Serena sintió la piel de gallina, como si miles de arañas venenosas reptaran sobre su mente. La pensadora Kwyna se removió en su contenedor.

Entonces, Zufa se relajó, reprimió la reacción en cadena de su energía mental. La hechicera exhaló un largo suspiro y dedicó una sonrisa sombría a los espectadores.

—Tenemos un arma.

16

> Los ojos de la percepción normal no poseen un gran alcance. Con excesiva frecuencia, tomamos las decisiones más importantes basándonos en información superficial.
>
> NORMA CENVA,
> cuadernos de laboratorio inéditos

Después de pronunciar su discurso ante la asamblea de la Liga de Nobles, Zufa Cenva regresó a Rossak. Después de varias semanas de travesía, su lanzadera se posó sobre un espeso sector del dosel selvático que había sido pavimentado con un polímero para transformar ramas y hojas en una masa sólida. Con el fin de que los árboles recibieran la humedad y el intercambio de gases necesarios, el polímero era poroso, sintetizado a partir de elementos químicos y orgánicos de la selva.

Los océanos tóxicos provocaban que el plancton, kelp y animales marinos de Rossak fueran venenosos para los humanos. Llanuras de lava cubrían la mayor parte de la superficie terrestre del planeta, sembrada de géiseres y lagos de azufre. Como la química botánica no dependía de

la clorofila, el color primordial de todas las plantas era de un púrpura plateado. No había nada fresco y verde.

En la zona tectónicamente estable que circundaba el ecuador, grandes hendiduras de la placa continental creaban amplios valles donde el agua se filtraba y el aire era respirable. En estos ecosistemas protegidos, los colonos humanos habían construido sofisticadas ciudades-caverna, como colmenas practicadas en los riscos negros. En las escarpadas paredes externas crecían enredaderas, helechos y musgo. Aposentos confortables dominaban un espeso dosel selvático que se apretujaba contra los riscos. La gente podía salir sin problemas a las gomosas ramas superiores y descender a la espesa maleza, donde se cultivaban productos alimenticios.

Como para compensar la falta de vida en el resto de Rossak, los valles bullían de formas de vida agresivas: hongos, líquenes, bayas, flores, parásitos similares a orquídeas e insectos. Los hombres de Rossak, que carecían de las capacidades telepáticas de sus mujeres, habían dedicado su talento al desarrollo y extracción de drogas, productos farmacéuticos y venenos ocasionales de la despensa natural. Todo el planeta era como una caja de Pandora apenas entreabierta...

La alta hechicera vio que su amante Aurelius Venport, mucho más joven que ella, cruzaba un puente suspendido que comunicaba los riscos con las copas de los árboles. Sus facciones aristocráticas eran bellas, el pelo oscuro y rizado, el rostro largo y enjuto. Le seguía, sobre sus piernas rechonchas, la decepcionante hija de quince años de Zufa, fruto de una relación anterior.

Dos inadaptados. No me extraña que se entiendan tan bien.

Antes de seducir a Aurelius Venport, la hechicera había mantenido relaciones conyugales con otros cuatro hombres durante su época más fecunda, seleccionados por su linaje. Tras generaciones de investigación, desdichados abortos y retoños defectuosos, las mujeres de Rossak habían recopilado detallados índices genéticos de diversas familias. Por culpa de las numerosas toxinas y teratógenos ambientales, las posibilidades de que nacieran niños sanos y fuertes eran mínimas, pero por cada monstruo nonato o varón carente de todo talento, podía aparecer una milagrosa hechicera de piel clara. Cada vez que una mujer concebía un hijo, era como jugar a la ruleta. La genética nunca era una ciencia exacta.

Pero Zufa había analizado con sumo detenimiento cada linaje. Solo una de sus relaciones conyugales había dado fruto: Norma, una enana de apenas un metro veinte de estatura, de rasgos irregulares, cabello castaño deslustrado y carácter aburrido, además de ser una rata de biblioteca.

Muchos niños de Rossak nacían con cuerpos defectuosos, e incluso los sanos en apariencia pocas veces exhibían los poderes mentales de las hechiceras. No obstante, Zufa experimentaba una profunda decepción, e incluso vergüenza, por el hecho de que su hija no poseyera capacidades telepáticas. La hechicera viva más poderosa tendría que haber transmitido sus aptitudes mentales superiores, y ardía en deseos de que su hija se sumara a la guerra contra las máquinas, pero Norma no daba muestras de haber heredado su talento. Además, pese a las impecables credenciales genéticas de Aurelius Venport, Zufa nunca había podido coronar con éxito otro embarazo.

¿Cuántas veces más he de intentarlo, antes de sustituirle por otro semental? Una más, decidió. Intentaría volver a

quedarse embarazada en el curso de los siguientes meses. Sería la última oportunidad de Venport.

Zufa también estaba decepcionada por la independencia y carácter desafiante de Norma. Muy a menudo, la adolescente se concentraba en oscuros problemas matemáticos que nadie podía comprender. Norma parecía perdida en su propio mundo.

¡Hija mía, tendrías que haber sido mucho más brillante!

Nadie cargaba con el peso de más responsabilidades que el pequeño clan de hechiceras del planeta, y la carga de Zufa era la más pesada de todas. Ojalá pudiera confiar en todos los demás, sobre todo teniendo en cuenta el peligro que representaban los cimeks.

Como la mermada Norma nunca podría participar en una batalla mental, Zufa tenía que concentrarse en sus hermanas espirituales, aquellas jóvenes que habían ganado la *lotería genética* y conseguido capacidades mentales superiores. Zufa las adiestraría y alentaría, les enseñaría a destruir al enemigo.

Vio que Aurelius y la joven Norma llegaban al otro lado del puente y empezaban a descender por la complicada red de escalerillas que bajaba hasta el suelo. Como dos desterrados satisfechos, Norma y Aurelius habían simpatizado, y se utilizaban mutuamente como muletas.

Ensimismados en sus respectivas preocupaciones, que nada tenían que ver con la victoria, ninguno de ambos había reparado en que Zufa había regresado en la lanzadera. Sin duda, los dos inadaptados pasaban horas abriéndose paso entre el follaje en busca de drogas nuevas, que Aurelius incorporaba a sus negocios.

La hechicera meneó la cabeza, sin comprender sus prioridades. Aquellas drogas que los hombres desarrollaban servían de poco más que las misteriosas

matemáticas de Norma. Sí, Aurelius era un hombre de negocios experto e inteligente, pero ¿de qué servía lograr enormes beneficios si la humanidad libre estaba condenada a la esclavitud?

Decepcionada con los dos, consciente de que sus hechiceras y ella tendrían que librar la verdadera batalla, Zufa se fue en busca de las jóvenes más poderosas que había reclutado para enseñarles la devastadora técnica nueva que había pensado para combatir contra los cimeks.

Mientras Norma le seguía a través de la maleza, Aurelius consumía cápsulas de un estimulante que sus químicos habían sintetizado a partir de las feromonas de un escarabajo del tamaño de un pedrusco. Venport se sentía más fuerte, con la percepción agudizada y los reflejos potenciados. No equivalía a los poderes telepáticos de la frígida Zufa, pero era mejor que sus capacidades naturales.

Algún día daría un salto de gigante, y se pondría a la altura de la poderosa hechicera. Tal vez Norma y él lo conseguirían juntos.

Aurelius conservaba su afecto por la severa madre de la muchacha. Toleraba de buen grado la actitud desdeñosa de Zufa. Las mujeres de Rossak se permitían en muy raras ocasiones el lujo del amor romántico.

Si bien Aurelius sabía muy bien que Zufa le había elegido por su potencial reproductor, la conocía mejor de lo que ella suponía. Empecinada en ocultar sus debilidades, la poderosa hechicera revelaba sus dudas en ocasiones, temerosa de no estar a la altura de las responsabilidades que se había fijado. Una vez, cuando comentó que conocía su empeño de ser fuerte, Zufa se había sentido furiosa y avergonzada. *Alguien ha de ser fuerte*, se limitó a contestar.

Como Aurelius no era telépata, a Zufa no le interesaba demasiado conversar con él. Quizá reconocía su talento

como hombre de negocios, inversor y político, pero no valoraba estas cualidades cuando las comparaba con sus limitados objetivos. Con frecuencia, la hechicera intentaba que se sintiera un fracasado, pero sus escarnios solo servían para espolear a Aurelius en sus ambiciones, sobre todo en su deseo de descubrir una droga que le proporcionara poderes telepáticos equivalentes a los de su compañera.

Existían otras formas de librar una guerra.

La selva ofrecía un sinfín de posibilidades de curar enfermedades, abrir la mente y mejorar las capacidades humanas. Las posibilidades eran infinitas, pero Aurelius se decantó por investigar todas. Gracias a unas técnicas de venta y desarrollo apropiadas, los productos de Rossak ya le habían puesto en el camino de una gran riqueza. Un buen número de hechiceras le respetaban a regañadientes..., excepto su propia compañera.

Como empresario visionario, estaba acostumbrado a explorar alternativas. Como senderos que atravesaran una selva espesa, muchas rutas podían conducir al mismo lugar. A veces, bastaba abrirse paso con la ayuda de un machete.

Hasta el momento, no obstante, la droga correcta le había eludido.

Por otra parte, había distribuido con orgullo los trabajos matemáticos de Norma entre los círculos científicos. Aunque no comprendía sus teoremas, intuía que iba a descubrir algo importante. Tal vez ya lo había hecho, pero solo unos ojos expertos se darían cuenta. A Venport le gustaba la muchacha, y se comportaba con ella como si fuera un hermano mayor. En su opinión, Norma era un prodigio de las matemáticas, de manera que no le importaban su estatura o su apariencia. Quería concederle una oportunidad, aunque su madre nunca lo hiciera.

Norma estudiaba a su lado el diseño de una ancha hoja púrpura, y utilizaba un calibrador de rayo estrecho para medir sus diversas dimensiones y las relaciones entre los ángulos de las venas repletas de savia. La intensidad de su concentración dotaba a sus facciones de una expresión anhelante.

—Esta hoja ha sido diseñada y construida por la madre tierra Gala —dijo Norma con voz sorprendentemente madura, al tiempo que se volvía para mirarle—, Dios Creador, Budalá o como quieras llamarlo. —Alzó la hoja, que atravesó con un rayo de luz para poner de relieve los intrincados diseños celulares—. Configuraciones dentro de configuraciones, todo unido en complejas relaciones.

En su estado eufórico inducido por las drogas, Aurelius encontró el diseño hipnótico.

—Dios está en todo —dijo. Al parecer, el estimulante que había tomado sobrecargaba sus sinapsis. Examinó la textura iluminada de la hoja, mientras la muchacha señalaba las formas internas.

—Dios es el matemático del universo. Existe una antigua correlación conocida como la sección áurea, una armónica proporción de forma y estructura que se encuentra en esta hoja, en las conchas marinas y en los seres vivos de muchos planetas. Es la parte más diminuta de la clave, conocida desde la época de los griegos y los egipcios de la Tierra. La utilizaron en su arquitectura y en las pirámides, en su pentagrama pitagórico y en la secuencia Fibonacci. —La muchacha tiró la hoja—. Pero hay muchas cosas más.

Venport asintió y tocó con un dedo humedecido una bolsa de polvillo negro que colgaba de su cinturón. Frotó el polvo sobre el tejido sensible de su lengua y notó que otra droga penetraba en sus sentidos, hasta mezclarse con los restos de la anterior. Norma siguió hablando. Aunque

Aurelius no comprendía su desarrollo lógico, estaba seguro de que las revelaciones eran fabulosas.

—Dame un ejemplo práctico —dijo, arrastrando las palabras—. Algo con una función que yo pueda comprender.

Se había acostumbrado a que Norma desgranara en voz alta formulaciones oscuras. Puede que se basara en la geometría clásica, pero aplicaba sus conocimientos de maneras mucho más complejas.

—Puedo imaginar cálculos hasta el infinito —dijo Norma, como en trance—. No me hace falta escribirlos.

Y ni tan siquiera necesita drogas para lograrlo, se maravilló Aurelius.

—En este preciso momento, imagino un edificio inmenso y utilitario, que podría ser construido por un coste razonable, de unos diez kilómetros de largo, y basado en la proporción de la sección áurea.

—Pero ¿quién necesitaría algo tan inmenso?

—No puedo escudriñar el futuro, Aurelius —bromeó Norma. Después, se adentró en la selva, todavía intrigada y entusiasmada por lo que podría descubrir. Su rostro brillaba de energía—. Pero podría haber algo..., algo en lo que todavía no he pensado.

17

> Los preparativos y defensas más minuciosos jamás pueden garantizar la victoria. Sin embargo, hacer caso omiso de estas precauciones es una receta casi segura para la derrota.
>
> Manual de estrategia
> de la Armada de la Liga

Durante cuatro meses, el tercero Xavier Harkonnen y sus seis naves de reconocimiento de la Armada viajaron siguiendo una ruta predeterminada, se detuvieron para inspeccionar y analizar las instalaciones militares y preparativos defensivos de los planetas de la liga. Después de muchos años de conocer tan solo unas pocas escaramuzas, nadie sabía dónde atacaría Omnius la siguiente vez.

Xavier nunca había renegado de la difícil decisión que había tomado durante el ataque cimek contra Zimia. El virrey le había alabado por su temple y determinación. Aun así, Manion Butler había alejado del planeta al joven oficial durante el período de reconstrucción, con el fin de

conceder tiempo a los salusanos de curar sus heridas sin buscar un chivo expiatorio.

Xavier no quiso escuchar las excusas de los nobles cicateros que no deseaban aportar los recursos necesarios. No había que reparar en gastos. Cualquier planeta libre que cayera en las garras de las máquinas significaría una pérdida para toda la raza humana.

Las naves de reconocimiento viajaron desde las minas de Hagal a las anchas llanuras bañadas por ríos de Poritrin, y luego se dirigieron a Seneca, donde el clima era detestable y la lluvia tan corrosiva que hasta las máquinas pensantes se oxidarían al poco tiempo de la conquista.

A continuación, visitaron los planetas de Relicon, Kirana III, después Richese, con sus industrias de alta tecnología que tanto inquietaban a otros nobles de la liga. En teoría, los sofisticados aparatos de fabricación no funcionaban con informática o inteligencia artificial, pero siempre había preguntas, siempre había dudas.

Por fin, el equipo de Xavier arribó a su última escala, Giedi Prime. La gira estaba a punto de concluir. Podría volver a casa, ver Serena de nuevo, y así cumplir las promesas que se habían hecho…

Todos los demás planetas de la liga habían instalado torres descodificadoras. Las conocidas debilidades de los escudos aprovechadas por los cimeks no desvirtuaban por completo la ingeniosa obra le Holtzman, y las costosas barreras todavía proporcionaban una protección sustancial contra los ataques de las máquinas pensantes. Además, todos los planetas humanos habían acumulado mucho tiempo antes enormes reservas de armas atómicas, en caso de una defensa desesperada. Con tantas cabezas nucleares, un gobernador planetario decidido podía convertir su planeta en escoria antes que entregarlo a Omnius.

Aunque las máquinas pensantes también tenían acceso a ingenios atómicos, Omnius había llegado a la conclusión de que este tipo de armas constituían una forma ineficaz y poco selectiva de imponer el control, y la posterior limpieza de la radiactividad era difícil. Además, con sus recursos ilimitados y una reserva de paciencia inagotable, la supermente no necesitaba de tales armas.

Cuando Xavier desembarcó de la nave insignia en el espaciopuerto de Giedi City, parpadeó a causa del intenso sol. La bien conservada metrópoli se extendía ante él, con sus complejos de viviendas, edificios industriales, parques impolutos y canales. Los colores eran brillantes y vivos, y las flores estallaban en lechos decorativos, si bien con sus nuevos pulmones y tejidos tlulaxa apenas podía percibir los aromas más potentes, incluso cuando respiraba hondo.

—Me gustaría venir con Serena algún día —dijo con añoranza. Si se casaba con ella, tal vez este sería el planeta apropiado para pasar su luna de miel. Durante la gira de inspección había mantenido los ojos bien abiertos, con la esperanza de encontrar un lugar adecuado.

Después de cuatro meses en el espacio, Xavier echaba de menos a Serena terriblemente. Sabía que estaban hechos el uno para el otro. Su vida seguía un camino bien definido. Cuando volviera a Salusa, se prometió que formalizaría su relación. Era absurdo esperar más.

El virrey Butler ya le trataba como a un hijo, y el joven oficial había recibido la bendición de su padre adoptivo, Emil Tantor. Por lo que Xavier sabía, todos los miembros de la liga opinaban que sería una estupenda unión de dos casas nobles.

Sonrió, mientras pensaba en el rostro de Serena, en sus intrigantes ojos lavanda..., y entonces vio que el magno Sumi se acercaba a las naves. Acompañaban al líder elegido

por votación democrática una docena de miembros de la milicia local de Giedi Prime.

El magno era un hombre delgado de edad madura, piel clara y pelo rubio grisáceo que le caía hasta los hombros. Sumi levantó una mano.

—¡Ah, tercero Harkonnen! Damos la bienvenida a la Armada de la Liga, ansiosos por saber cómo puede Giedi Prime mejorar sus defensas contra las máquinas pensantes.

Xavier le dedicó una breve reverencia.

—Vuestra colaboración me complace, eminencia. Contra Omnius no debemos utilizar materiales baratos ni sistemas defensivos que no protejan como es debido a vuestro pueblo.

Después de la batalla de Zimia, el cuerpo de ingenieros de Xavier había exigido mejoras estratégicas en toda la liga. Los nobles se rascaron los bolsillos, aumentaron los impuestos a sus súbditos y gastaron el dinero necesario en potenciar sus defensas. En cada escala, planeta tras planeta, mes tras mes, Xavier había asignado equipos de ingenieros y tropas de la Armada a los lugares más necesitados.

Pero pronto volvería a casa. Pronto. A medida que se acercaba el momento, pensaba más y más en Serena.

Bien vestida y bien armada, la milicia local se puso firmes alrededor de las naves de reconocimiento. El magno Sumi indicó con un gesto a Xavier que le siguiera.

—Deseo aclarar todos los puntos oscuros en el curso de un suntuoso banquete, tercero Harkonnen. He ordenado que preparen doce refinados platos, con bailarines, música y nuestros mejores poetas. Vos y yo podremos relajarnos en mi residencia gubernamental mientras trazamos planes. Estoy seguro de que llegaréis cansado de vuestro viaje. ¿Cuánto tiempo podréis quedaros con nosotros?

Xavier formó una sonrisa tensa, y pensó en lo lejos que se encontraba de Salusa Secundus. Incluso después de partir de Giedi Prime, las naves necesitarían otro mes de viaje para regresar a casa. Cuanto antes marchara de aquí, antes volvería a abrazar a Serena.

—Eminencia, esta es la última escala de nuestro largo periplo. Si no os molesta, preferiría dedicar menos tiempo a festejos y más a la inspección. —Indicó su nave—. Hemos de cumplir un horario. Temo que solo puedo conceder dos días a Giedi Prime. Será mejor que nos concentremos en nuestro trabajo.

El magno pareció decepcionado.

—Sí, supongo que una celebración no es lo más pertinente después de la tragedia de Salusa Secundus.

Durante dos días, Xavier dedicó a las defensas planetarias una rápida inspección, casi superficial. Descubrió que Giedi Prime era un planeta deslumbrante y próspero, tal vez incluso apropiado para establecerse algún día.

Su valoración fue positiva, aunque acompañada de una advertencia.

—Se trata sin duda de un planeta que las máquinas querrán conquistar, eminencia. —Estudió los planos de la ciudad y la distribución de los recursos en los principales continentes—. Cualquier ataque cimek procurará mantener las industrias intactas, para que los robots puedan explotarlas. Omnius predica la eficacia.

A su lado, el magno Sumi reaccionó con orgullo. Señaló subcentrales en el diagrama.

—Tenemos la intención de instalar torres de transmisión de escudo secundarias en diversos puntos estratégicos. —Mientras hablaba, aparecieron luces en la pantalla del

plano—. Ya hemos construido una estación de transmisiones en una de las islas deshabitadas del mar del norte, capaz de proporcionar protección total desde una proyección polar. Confiamos en tenerla en funcionamiento dentro de un mes.

Xavier asintió, distraído, con la mente cansada tras muchos meses de atender a detalles semejantes.

—Me alegra saberlo, aunque dudo que un segundo complejo transmisor sea necesario.

—Queremos sentirnos seguros, tercero.

Cuando los dos hombres pasearon bajo las torres parabólicas que se alzaban sobre Giedi Prime, Xavier inspeccionó los terraplenes de plasmento que bloqueaban el acceso a vehículos de gran tamaño. No le cupo la menor duda de que un guerrero cimek los destrozaría con facilidad.

—Eminencia, sugiero que apostéis más tropas terrestres y obstáculos aquí. Aumentad el número de baterías de misiles planetarias para protegeros de cualquier invasión desde el espacio. En Salusa, la estrategia de los cimeks consistió en concentrar todo su ataque en la destrucción de las torres, y puede que vuelvan a intentarlo. —Golpeó con los nudillos la columna de apoyo de pariacero de la torre—. Estos escudos son vuestra primera y última línea de defensa, vuestra barricada más eficaz contra las máquinas pensantes. No los descuidéis.

—De ninguna manera. Nuestras fábricas de municiones están construyendo artillería pesada y vehículos terrestres blindados. Nuestra intención es rodear lo antes posible este complejo con una enorme concentración de poder militar.

En cuanto a la estación generadora secundaria incompleta, estaba demasiado aislada para protegerla de un ataque masivo, pero daba la impresión de que su existencia tranquilizaba al magno y a su pueblo.

—Estupendo —dijo Xavier, y después consultó el cronómetro de pulsera. Todo iba muy bien, y tal vez sus naves podrían despegar antes del ocaso...

El magno continuó, con voz vacilante.

—Tercero, ¿estáis preocupado por las limitadas defensas espaciales de Giedi Prime? Nuestra milicia local cuenta con pocas naves grandes en órbita para repeler un ataque de las máquinas, y nuestras naves de vigilancia y reconocimiento son mínimas. Admito que me siento vulnerable en ese aspecto. ¿Y si Omnius nos ataca desde la órbita planetaria?

—Tenéis misiles tierra-aire, y siempre han demostrado su eficacia. —Impaciente, Xavier alzó la vista hacia el cielo azul—. Creo que lo mejor sería proteger vuestro complejo descodificador terrestre. Ninguna armada, por numerosa que sea, puede compararse con el poder de los escudos descodificadores. Cuando la flota robot que atacó Salusa se dio cuenta de que no podían neutralizar los descodificadores, se batió en retirada.

—Pero ¿y si bloquean Giedi Prime desde la órbita?

—Vuestro planeta es lo bastante autosuficiente para resistir cualquier asedio hasta la llegada de las fuerzas de la liga. —Ansioso por volver al espaciopuerto, Xavier decidió tranquilizar al gobernador—. No obstante, recomendaré que uno o dos destructores de clase jabalina sean estacionados en las cercanías de Giedi Prime.

Aquella noche, el magno ofreció un banquete de despedida a los hombres de la Armada.

—Algún día —dijo— quizá os demos las gracias por salvarnos la vida.

Xavier se excusó a mitad del ágape. Era como si la comida y el vino carecieran de sabor.

—Ruego me disculpéis, eminencia, pero mi escuadrón ha de aprovechar el momento óptimo de despegue.

Hizo una reverencia en la puerta, y después corrió a su nave. A algunos de sus soldados les habría gustado quedarse unos días más, pero la mayoría estaban ansiosos por volver a casa. Les esperaban sus novias y sus familias, y se habían más que ganado un permiso.

Una vez concluida la gira de inspección, Xavier abandonó el delicioso Giedi Prime, confiado en que había visto y hecho todo lo necesario.

Pero inconsciente por completo de los puntos débiles que no se había molestado en descubrir...

18

> Durante el proceso de convertirnos en esclavos de las máquinas, les transferimos conocimientos técnicos, en lugar de impartir sistemas de valores apropiados.
>
> PRIMERO FAYKAN BUTLER,
> *Memorias de la Yihad*

El *Viajero onírico* se acercaba a la Tierra, cuna de la humanidad y ahora el planeta sincronizado central. Aunque permanecía atento, Seurat permitió que Vorian pilotara la nave.

—Estos riesgos me divierten.

Vor resopló, y echó un vistazo a la expresión indescifrable de la piel cobriza de la máquina.

—He demostrado ser un piloto muy competente, tal vez el mejor de todos los humanos.

—Para ser un humano no está mal, con reflejos lentos y las debilidades de un cuerpo físico proclive a las enfermedades.

—Al menos, mis chistes son mejores que los tuyos.

Vor tomó los controles de la nave. Demostró su habilidad cuando esquivó restos procedentes de asteroides, al tiempo que aceleraba en curva abierta alrededor de la potente gravedad de Júpiter. Se encendieron alarmas en los paneles de diagnóstico.

—Vorian, nos estás conduciendo más allá de los parámetros aceptables. Si no conseguimos vencer la gravedad de Júpiter, nos abrasaremos. —El robot se dispuso a recuperar el control en el puente de mando—. No has de poner en peligro la actualización de Omnius que transportamos...

Vor rió de la broma que le había gastado.

—¡Te la jugué, Mentemetálica! Cuando no estabas mirando, manipulé la calibración del sensor de alarmas. Comprueba tus instrumentos, y verás que nos queda mucho espacio para maniobrar.

Se alejaron con facilidad del gigante gaseoso.

—Estás en lo cierto, Vorian, pero ¿por qué hiciste algo tan imprudente?

—Para ver si un robot es capaz de mearse en los pantalones. —Vor calculó un vector de aproximación final entre las estaciones de vigilancia, operadas por robots, y los satélites que orbitaban en torno a la Tierra—. Nunca comprenderás las bromas pesadas.

—Muy bien, Vorian. Seguiré intentándolo... y practicando.

Vor comprendió que tal vez un día se arrepentiría de enseñar a Seurat aquel tipo de humor.

—Por cierto, tengo algo más que metal en mi cerebro, como todas las máquinas pensantes. Nuestros sistemas neuroelectrónicos están hechos de las aleaciones más exóticas, en una red de fibras ópticas, polímeros complejos, circuitos gelificados y...

—De todos modos, te seguiré llamando Mentemetálica. Solo porque te molesta.

—Nunca comprenderé la estupidez humana.

Para guardar las apariencias, Seurat tomó el mando cuando el *Viajero onírico* aterrizó en el bullicioso espaciopuerto.

—Hemos llegado al final de otra ruta perfecta, Vorian Atreides. El joven, sonriente, se pasó los dedos por su largo cabello negro.

—Recorremos una ruta circular, Seurat. Un círculo no tiene fin.

—Omnius-Tierra es el principio y el fin.

—Eres demasiado literal. Por eso te venzo en tantos juegos de estrategia.

—Solo en el cuarenta y tres por ciento de las veces, jovencito —corrigió Seurat. Activó la rampa de salida.

—La mitad, más o menos. —Vorian se encaminó hacia la escotilla, ansioso por salir a respirar aire fresco—. No está mal para alguien proclive a las enfermedades, las distracciones, las debilidades físicas y otros desastres. Te estoy ganando terreno, si te tomas la molestia de examinar la tendencia.

Saltó a la pista de plasmento fundido.

Robots de carga se movían entre grandes piezas de maquinaria con inteligencia artificial que se movían sobre campos deslizantes.

Obreros de pequeño tamaño se introducían en tubos de escape. Máquinas de mantenimiento examinaban componentes necesarios para reparaciones. Robots cisterna llenaban de combustible naves aparcadas, preparando cada una para la misión que Omnius, en su infinita inteligencia, decidiera.

Mientras Vorian parpadeaba bajo el sol, un cimek gigantesco avanzó sobre piernas articuladas. Los mecanismos híbridos internos de la máquina se veían con claridad: sistemas hidráulicos, sensores, impulsos nerviosos azulados que se transmitían desde el electrolíquido hasta los mentrodos. En el núcleo de su cuerpo artificial colgaba el contenedor que albergaba la mente de un antiguo general humano.

El cimek hizo girar sus torretas sensoras, como si le estuviera apuntando, y después se desvió hacia Vor, al tiempo que alzaba sus brazos. Pesadas tenazas chasquearon.

Vorian corrió hacia delante.

—¡Padre!

Debido a que los cimeks intercambiaban con frecuencia cuerpos provisionales en función de las exigencias físicas de sus diversas actividades, resultaba difícil distinguirlos entre sí. Sin embargo, el padre de Vor siempre iba a recibirle cuando el *Viajero onírico* regresaba de sus misiones.

Vivían muchos esclavos humanos en los Planetas Sincronizados, al servicio de la supermente, aunque ninguno gozaba de las prerrogativas de Vorian. Los humanos como él recibían un adiestramiento especial en colegios de élite, y luego ocupaban puestos importantes bajo el dominio de las máquinas.

Vor había leído libros sobre las hazañas de los titanes y conocía las grandes conquistas de su padre. Educado bajo la protección de la supermente y entrenado por su padre cimek, el joven nunca había cuestionado el orden galáctico ni su lealtad a Omnius.

Como conocía el carácter apacible del capitán robot, Agamenón había utilizado su influencia para colocar a su hijo en la nave de Seurat, un puesto muy codiciado, sobre

todo entre los humanos renegados. Al ser un robot independiente, Seurat no desdeñaba la compañía del joven, lo cual sugería que la personalidad impredecible de Vor era muy útil para sus misiones. En ocasiones, el propio Omnius pedía a Vor que participara en juegos de rol para comprender mejor la psicología de los humanos salvajes.

Vorian cruzó corriendo la pista de aterrizaje y se paró junto al cimek erizado de armas, mucho más alto que él. El joven contempló con afecto el contenedor cerebral de su padre, con su extraño rostro mecánico en la parte inferior.

—Bienvenido. —La voz de Agamenón era profunda y paternal—. Seurat ya ha descargado su informe. Una vez más, me siento orgulloso de ti. Has avanzando un paso en la consecución de tus objetivos.

Su torreta dio un giro de ciento ochenta grados, y Vorian corrió junto a las piernas blindadas cuando Agamenón se alejó de la nave.

—Siempre que mi endeble cuerpo sobreviva lo suficiente para alcanzarlos —dijo con vehemencia Vor—. Ardo en deseos de ser elegido para neocimek.

—Solo tienes veinte años, Vorian. Demasiado joven para mostrar un interés tan morboso por tu mortalidad.

Desde lo alto empezaron a descender cargueros atiborrados de material. Camiones conducidos por obreros humanos se prepararon a distribuir el cargamento, siguiendo rígidas instrucciones. Vor echó un vistazo a los esclavos, pero no pensó en su situación. Cada persona tenía una tarea independiente, pues todo humano y máquina era una pieza en los Planetas Sincronizados. Pero Vor era superior a los demás, puesto que algún día sería como su padre: un cimek.

Pasaron ante almacenes de combustible y suministros. Funcionarios humanos distribuían alimentos y materiales a

los esclavos de la ciudad. Equipos de inspectores, tanto humanos como robóticos, llevaban a cabo controles de calidad y cantidad, en función de los planes de Omnius.

Vor no comprendía la vida de los obreros analfabetos que descargaban pesadas cajas en el muelle espacial. Los esclavos realizaban tareas que una simple máquina podría efectuar con más rapidez y eficacia. No obstante, se alegraba de que personas tan inferiores pudieran trabajar para ganarse su sustento.

—Seurat me contó lo de Salusa Secundus, padre. —Caminó a buen paso para emular las grandes zancadas del cimek—. Siento que tu ataque no tuviera éxito.

—Fue una simple prueba —dijo Agamenón—. Los humanos salvajes cuentan con un nuevo sistema defensivo, y ahora ya lo hemos tanteado.

Vor sonrió.

—Estoy seguro de que encontrarás la manera de someter a todos los hrethgir a la voluntad de Omnius. Como en los tiempos que describes en tus memorias, cuando los titanes detentaban el poder absoluto.

El cimek frunció el ceño para sí. Las fibras ópticas de Agamenón detectaban numerosos ojos espía que flotaban a su alrededor mientras los dos andaban.

—No echo de menos los viejos tiempos —dijo—. ¿Has vuelto a leer mis memorias?

—Nunca me canso de tus historias, padre. La Era de los Titanes, el gran Tlaloc, las primeras rebeliones de los hrethgir... Todo es fascinante. —Acompañar al impresionante cimek conseguía que Vor se sintiera especial. Siempre procuraba mejorar, dentro de los límites de su condición. Quería demostrar que era digno de las oportunidades que le habían concedido..., y más—. Me gustaría saber cómo es ese nuevo sistema defensivo de los

hrethgir, padre. Quizá pueda ayudarte a descubrir un medio de neutralizarlo.

—Omnius está analizando los datos y decidirá lo que se debe hacer. Acabo de llegar a la Tierra.

Como la ambición era algo enraizado en su psicología, los titanes siempre estaban proyectando edificios y monumentos dedicados a celebrar los viejos tiempos de la humanidad y la Era de los Titanes. Ordenaban a artistas y arquitectos humanos en cautividad desarrollar diseños y bocetos originales, que los cimeks modificaban o aprobaban.

Muy cerca de ellos, enormes máquinas colocaban componentes de rascacielos y añadían pisos superiores a los complejos ya existentes, aunque las máquinas pensantes no necesitaban expandirse más. En ocasiones, tales esfuerzos extravagantes se le antojaban a Vor meras excusas para tener ocupados a los esclavos...

Nunca había conocido a su madre, pero sabía que siglos atrás, antes de que los titanes se hubieran transformado en cimeks, Agamenón había creado su propio banco de esperma, gracias al cual había engendrado a Vorian. Con el tiempo, el general podría procrear tantos hijos como quisiera utilizando madres aceptables.

Aunque nunca había sabido si tenía más hermanos, Vorian sospechaba que sí existían. Se preguntaba qué sentiría si los conociera, pero en una sociedad mecánica los vínculos emocionales no eran prácticos. Solo esperaba que sus hermanos no hubieran decepcionado a Agamenón.

Cuando su padre marchaba en sus frecuentes misiones, Vorian intentaba hablar con los titanes restantes, intrigado por los acontecimientos documentados en las célebres y voluminosas memorias de Agamenón. Algunos de los cimeks originales, sobre todo Ajax, eran arrogantes y trataban a

Vor como si fuera un estorbo. Otros, como Juno o Barbarroja, le consideraban divertido. Todos hablaban con gran pasión de Tlaloc, el primero de los grandes titanes, quien había encendido la llama de la revolución.

—Ojalá hubiera conocido a Tlaloc —decía Vor, con la intención de prolongar la conversación. A Agamenón le gustaba hablar de los días gloriosos.

—Sí, Tlaloc era un soñador con ideas que yo nunca había escuchado antes —musitó el cimek mientras avanzaba por las avenidas—. En algunos momentos, era un poco ingenuo, no siempre comprendía las repercusiones prácticas de sus ideas. Pero yo se las descubría. Por eso formábamos un gran equipo.

Dio la impresión de que Agamenón caminaba a mayor velocidad mientras hablaba de los titanes. Cansado de intentar mantener su ritmo, Vorian jadeó en busca de aliento.

—Tlaloc tomó su nombre de un antiguo dios de la lluvia. Entre los titanes, Tlaloc era nuestro visionario, mientras que yo era el jefe militar. Juno era nuestra táctica y manipuladora. Dante se ocupaba de las estadísticas, la burocracia y el censo. Barbarroja fue el responsable de reprogramar las máquinas pensantes, con el fin de que sus objetivos fueran los mismos que los nuestros. Las dotó de ambición.

—Eso es bueno —dijo Vorian.

Agamenón vaciló, pero no verbalizó ninguna objeción, preocupado por los ojos espía.

—Cuando visitó la Tierra, Tlaloc comprendió que la raza humana se había estancado, que la gente había llegado a depender hasta tal punto de las máquinas que había caído en la apatía más absoluta. Sus objetivos se habían disipado, así como su energía, su pasión. Cuando no tenían otra cosa

que hacer que dar rienda suelta a sus impulsos creativos, eran demasiado perezosos incluso para espolear su imaginación.

Sus altavoces proyectaron un sonido desagradable.

—Pero Tlaloc era diferente —le animó Vor.

La voz del cimek adquirió más emoción.

—Tlaloc se crió en el sistema de Thalim, en una colonia exterior donde la vida era difícil, donde se trabajaba con sangre, sudor y ampollas. Tuvo que esforzarse mucho para ganarse su puesto. En la Tierra, vio que el espíritu humano estaba a punto de morir..., ¡y la gente ni siquiera se había dado cuenta!

»Pronunció discursos con la intención de reanimar a los humanos, de despertarles a la realidad. Algunos le siguieron con interés, como si fuera una novedad. —Agamenón alzó sus poderosos brazos metálicos—. Pero solo le consideraron una diversión pasajera. Muy pronto, la gente volvió a dedicarse a sus pasatiempos hedonistas.

—Pero tú no, padre.

—Mi vida monótona me desagradaba. Ya había conocido a Juno, y los dos atesorábamos nuestros sueños. Tlaloc los cristalizó por nosotros. Después de que Juno y yo nos uniéramos a él, pusimos en marcha los acontecimientos que condujeron a la caída del Imperio Antiguo.

Padre e hijo habían llegado al complejo central donde residía Omnius-Tierra, aunque había nódulos de la supermente esparcidos por todo el planeta, formando una red de cámaras acorazadas y torres elevadas. Vorian siguió al cimek hasta el interior del gigantesco edificio, ansioso por interpretar su papel. Era un ritual que había repetido en numerosas ocasiones.

El cuerpo mecánico recorrió amplios pasillos y entró en una instalación de mantenimiento llena de tubos

lubricantes, cilindros nutrientes burbujeantes, mesas pulidas y análisis de sistemas oscilantes. Vor extrajo un maletín de herramientas, y después conectó mangueras neumáticas y chorros de agua a alta presión, localizó trapos suaves y lociones para lustrar. Era la tarea que consideraba más importante como humano de confianza.

En el centro de la sala esterilizada, Agamenón se detuvo bajo un aparato elevador. Una mano magnética descendió y se sujetó al contenedor que albergaba su cráneo. Se abrieron puertos de conexión neuronal y surgieron cables de mentrodos. El brazo alzó el contenedor, todavía conectado a las baterías provisionales y los sistemas de mantenimiento vital.

Vorian se adelantó, cargado de aparatos.

—Sé que no puedes sentirlo, pero me gusta pensar que te sentirás más cómodo y eficiente.

Lanzó chorros de aire a alta presión y agua caliente sobre los puertos de conexión, y después utilizó una gamuza mojada para pulir cada superficie. El general cimek emitió murmullos de agradecimiento.

Vor terminó su trabajo, y después ajustó cables y echó un vistazo al diagnóstico.

—Todas las funciones óptimas, padre.

—No me extraña, gracias a tu minucioso mantenimiento. Gracias, hijo mío. Me cuidas muy bien.

—Es un honor para mí, padre.

—Un día, Vorian —dijo Agamenón con su voz sintética—, si continúas sirviéndome así, te recomendaré para la mayor recompensa. Pediré a Omnius que te convierta en un cimek, como yo.

Al escuchar sus palabras, Vorian volvió a sacar brillo al contenedor, y después miró con afecto las circunvoluciones

del cerebro. Intentó disimular su rubor de vergüenza, pero asomaron lágrimas a sus ojos.

—Eso es lo mejor que un humano puede esperar.

19

> Es fácil aplastar a los humanos, puesto que son formas físicas frágiles. ¿Representa algún reto en especial dañarlos o lisiarlos?
>
> ERASMO,
> expedientes delaboratorio
> no cotejados

Erasmo no se sentía satisfecho, mientras contemplaba una vez más el cielo de la Tierra mediante cientos de fibras ópticas. El robot se encontraba en un elevado campanario de su villa, tras un ventanal curvo blindado. El paisaje de este planeta, con sus océanos, bosques y ciudades construidas sobre los huesos de otras ciudades, ya había sido testigo del auge y decadencia de incontables civilizaciones. Sus logros se le antojaban mínimos y humildes comparados con la amplitud de la historia.

Por consiguiente, tendría que redoblar sus esfuerzos.

Ni Omnius ni ninguno de sus arquitectos robot comprendían la auténtica belleza. Para Erasmo, los edificios y el trazado de la ciudad reconstruida parecían componentes de ángulos agudos y bruscas

discontinuidades. Una ciudad debía ser algo más que un diagrama de circuitos práctico. Sometido a su escrutinio multifásico, la metrópoli semejaba un complejo mecanismo, diseñado y construido con fuerza utilitaria. Poseía sus propias líneas armónicas y eficacia sistemática, lo cual daba como resultado una belleza casual..., pero carente de la menor delicadeza.

Era decepcionante que la supermente se negara a vivir de acuerdo con sus infinitas posibilidades. A veces, las irreales ambiciones humanas poseían cierto valor.

Omnius despreciaba, o rechazaba de manera consciente, la belleza elegante de la arquitectura humana de la Edad de Oro. Pero esa superioridad fría y petulante no era lógica. Erasmo reconocía cierta belleza en máquinas y componentes aerodinámicos. Le gustaba su piel de platino bruñida, la delicadeza de su cara reflectante con la que formaba expresiones faciales, pero consideraba absurdo preservar la fealdad con el fin de despreciar el concepto de belleza de un enemigo.

¿Cómo podía una supermente distribuida entre cientos de planetas exhibir siquiera una pizca de intolerancia? Para Erasmo, debido a su imparcial y madura comprensión, desarrollada gracias a prolongadas meditaciones, la actitud de Omnius revelaba una carencia absoluta de flexibilidad.

Emitió el sonido de un suspiro exagerado, que había copiado de los humanos, y transmitió una orden mental que proyectó imágenes bucólicas de otros planetas sobre los ventanales. Algo relajante y plácido.

Se detuvo ante un sintetizador de prendas de vestir, eligió el diseño que deseaba y esperó a que le confeccionaran la pieza. Un blusón tradicional de pintor. Cuando estuvo preparado, se lo puso sobre su cuerpo esbelto y se encaminó hacia un caballete donde ya había

dispuesto un lienzo en blanco, una paleta y pinceles de la mejor calidad.

Al mover una mano, se proyectaron en la pared imágenes ampliadas de obras maestras de la pintura, cada una perteneciente a un genio diferente. Eligió *Casas de Cordeville*, de un antiguo artista de la Tierra, Vincent Van Gogh. Era un cuadro osado y lleno de colorido, pero tosco en su ejecución, con trazos ineptos y aplicaciones infantiles de pigmento, en el que destacaban manchurrones de pintura y gruesas pinceladas de color. No obstante, el conjunto poseía una energía salvaje, un dinamismo primitivo indefinible.

Tras un rato de intensa concentración, Erasmo pensó que había llegado a asimilar cierta comprensión de la técnica desarrollada por Van Gogh, pero no conseguía entender por qué alguien había deseado crear aquella obra.

Aunque nunca había pintado, copió el cuadro con exactitud. Pincelada a pincelada, pigmento a pigmento. Cuando hubo terminado, Erasmo examinó su obra.

—La alabanza en su estado más puro.

Un brillo gris pálido apareció en la pared más cercana. Omnius había estado observando, como siempre. Erasmo tendría que justificar sus actividades, puesto que la supermente nunca entendía qué estaba haciendo el robot independiente.

Estudió la pintura de nuevo. ¿Por qué costaba tanto comprender la creatividad? ¿Debía cambiar al azar alguno de los componentes, para luego calificar la obra de original? Cuando el robot terminó su escrutinio, satisfecho de no haber cometido errores, de no haberse desviado de las pautas que discernía en la imagen del cuadro, esperó la llamarada de comprensión que iluminaría su esfuerzo.

Poco a poco, se dio cuenta de que no había creado arte, del mismo modo que una imprenta no engendraba literatura. Se había limitado a recrear la obra hasta el último detalle. No había añadido nada nuevo. Y ardía en deseos de comprender la diferencia.

Erasmo, frustrado, se concentró en otro proyecto. Llamó con voz implacable a tres criados y les ordenó que trasladaran sus útiles de pintura a uno de los laboratorios.

—Tengo la intención de dar a luz una nueva obra de arte, absolutamente personal. Una especie de naturaleza muerta. Vosotros tres participaréis de manera muy directa en ella. Regocijaos de vuestra buena suerte.

En el ambiente esterilizado del laboratorio, con la fría colaboración de sus guardias robot personales, Erasmo procedió a viviseccionar al trío de víctimas, indiferente a sus chillidos.

—Quiero llegar al corazón del asunto —bromeó—, al meollo de la cuestión.

Estudió los órganos chorreantes con sus manos metálicas, los estrujó, vio fluir los líquidos y derrumbarse las estructuras celulares. Llevó a cabo un análisis superficial, descubrió mecanismos torpes y sistemas circulatorios ineficaces, innecesariamente complejos y proclives al deterioro.

Después, al experimentar una energía vibrante, una impulsividad, Erasmo se dispuso a pintar. ¡Una obra nueva, única en su género! Utilizaría filtros diferentes, y cometería errores a propósito para imitar mejor la imperfección y la inseguridad humanas.

Por fin, debía estar en la senda correcta.

A una orden de Erasmo, robots centinela trajeron una cuba llena de sangre humana fresca, todavía sin coagular. Empezó a extraer los órganos internos de sus víctimas,

todavía calientes al tacto, e indicó a dos lacayos que rasparan el interior de los cadáveres. Mientras contemplaba la disposición de los órganos, los dejó caer uno tras otro en la sangre y vio que se agitaban en el líquido, ojos, hígados, riñones, corazones.

Analizó con detenimiento cada fase del proceso y obedeció a sus *urgencias creativas*. Un capricho tras otro. Erasmo añadió más ingredientes a la siniestra receta. Imitando algo que había descubierto en Van Gogh, cortó la oreja de un cadáver y la arrojó también a la cuba.

Por fin, con las manos metálicas chorreando sangre, retrocedió. Una hermosa disposición, fruto de su originalidad. No pudo pensar en ningún artista humano que hubiera trabajado en un lienzo semejante. Nadie más había hecho algo parecido a esto.

Erasmo se secó las manos y empezó a pintar en un lienzo en blanco. Dibujó en el centro uno de los tres corazones, reproduciendo con sumo detalle los ventrículos, las aurículas y la aorta. Pero no deseaba que fuera la imagen realista de una disección. Decepcionado, emborronó algunas líneas para aportar un toque artístico. El verdadero arte exigía la cantidad exacta de incertidumbre, del mismo modo que un cocinero exquisito necesitaba las especias y sabores adecuados.

De este modo debía funcionar la creatividad. Mientras pintaba, Erasmo intentó imaginar la relación cinética entre su cerebro y sus dedos mecánicos, los impulsos mentales que ponían los dedos en acción.

—¿Es eso lo que los humanos definen como arte? —preguntó Omnius desde una pantalla mural.

Por una vez, Erasmo no quiso discutir con la supermente. Omnius tenía razón al mostrarse escéptico. Erasmo no había alcanzado la verdadera creatividad. Sí,

había logrado una disposición original y gráfica, pero en el arte humano, la suma de los componentes daba como resultado algo más que los componentes individuales. El simple hecho de arrancar órganos de las víctimas, sumergirlos en sangre y pintarlos no le acercaba más a la comprensión de la inspiración humana. Incluso aunque manipulara los detalles, seguía siendo un artista impreciso y carente de inspiración.

De todos modos, tal vez había avanzado un paso en la dirección correcta.

Erasmo fue incapaz de llevar este pensamiento al siguiente paso lógico, y consiguió comprender el motivo. El proceso no era racional. La creatividad y la precisión de análisis se excluían mutuamente.

El robot, frustrado, aferró el macabro cuadro entre sus poderosas manos, rompió el marco y redujo a jirones el lienzo. Tendría que mejorar, y mucho. Erasmo compuso una expresión pensativa en su rostro de polímero metálico. No había avanzando ni un milímetro en la comprensión de los humanos, pese a un siglo de investigaciones y meditaciones intensas.

Erasmo caminó con parsimonia hacia su refugio privado, un jardín botánico donde escuchaba música clásica emitida a través de las estructuras celulares de las plantas. *Rapsodia en azul*, un clásico de la Vieja Tierra.

En el jardín, el preocupado robot se sentó bajo el sol rojizo y sintió calor sobre su piel metálica. Era otra cosa que parecía gustar a los humanos, pero no entendía por qué. Pese a su módulo de potenciación sensorial, solo le parecía calor.

Y las máquinas recalentadas se averiaban.

20

> El tapiz del universo es inmenso y complejo, con infinitos estampados. Pese a que fibras de tragedia forman el tejido primordial, la humanidad, con su enconado optimismo, todavía consigue bordar pequeños dibujos de felicidad y amor.
>
> PENSADORA KWYNA,
> archivos de la Ciudad de la Introspección

Después de su largo viaje espacial, Xavier solo podía pensar en volver a casa, a los cálidos brazos de Serena Butler.

De permiso, regresó a la propiedad de Tantor, donde sus padres adoptivos y el entusiasta Vergyl, su hermanastro, le dieron la bienvenida. Los Tantor formaban una pareja de edad avanzada, afable, inteligente y dulce, de piel oscura y pelo color humo. Daba la impresión de que Xavier estaba cortado del mismo patrón, con intereses similares y valores morales elevados. Se había criado en esta confortable y espaciosa mansión, que aún consideraba su hogar. Aunque había heredado legalmente otras posesiones Harkonnen

(minas e industrias en tres planetas), muchas habitaciones de la casa todavía estaban destinadas a su uso exclusivo.

Cuando entró en sus aposentos, Xavier encontró un par de galgos que le esperaban, meneando la cola. Dejó caer sus bolsas y jugó con los perros. Los animales, más grandes que su hermano menor, siempre tenían ganas de jugar y se alegraban de verle.

Aquella noche, la familia le agasajó con la especialidad del cocinero, gallo salvaje rustido con miel, nueces fileteadas y aceitunas de Tantor. Por desgracia, después de haber estado expuesto a los gases venenosos de los cimeks, los sutiles matices de sabores y aromas se le escapaban. El cocinero le miró alarmado cuando añadió sal y especias, que necesitaba para saborear todo, al delicioso guiso.

Otra cosa que las máquinas le habían arrebatado.

Después, Xavier se acomodó en un pesado butacón de roble ante el fuego de la chimenea, acompañado de un vaso de vino tinto de los viñedos de la familia, también, por desgracia, sin poder disfrutar de su sabor. Le encantaba relajarse en casa, lejos del protocolo militar. Había pasado casi medio año a bordo de una nave de la Armada. Esta noche, dormiría como un bebé en su propia habitación.

Uno de los galgos grises roncaba sonoramente, con el hocico apoyado sobre los pies de Xavier. Emil Tantor, con una orla de cabello negro alrededor de su cabeza calva, estaba sentado ante su hijo adoptivo. Emil le interrogó acerca de las posiciones estratégicas de los Planetas Sincronizados y la capacidad militar de la Armada.

—¿Cuáles son las posibilidades de una escalada bélica después del ataque a Zimia? ¿Podemos hacer algo más que rechazar al enemigo?

Xavier terminó su vino, se sirvió media copa y una entera al anciano, y luego se reclinó en la butaca, sin molestar en

ningún momento al perro.

—La situación es grave, padre. —Como apenas recordaba a sus padres, siempre había llamado así al señor de Tantor—. Pero siempre ha sido grave, desde la Era de los Titanes. Tal vez vivíamos con demasiada comodidad en los tiempos del Imperio Antiguo. Olvidamos ser nosotros mismos, ser dignos de nuestras posibilidades, y durante mil años hemos pagado el precio. Fuimos presa fácil, primero de hombres malvados, y después de máquinas carentes de alma.

Emil Tantor sorbió su vino y clavó la vista en el fuego.

—¿De modo que al menos hay esperanza? Hemos de aferrarnos a algo.

Los labios de Xavier formaron una leve sonrisa.

—Somos humanos, padre. Mientras nos aferremos a eso, siempre habrá esperanza.

Al día siguiente, Xavier envió un mensaje a la finca Butler, en el que pedía permiso para acompañar a la hija del virrey a la cacería del erizón anual, que se celebraría dentro de dos días. Serena ya estaría enterada del regreso de Xavier. Sus naves de reconocimiento habían llegado con mucha fanfarria, y Manion Butler estaría esperando su nota.

Aun así, la sociedad salusana era formal y extravagante. Con el fin de cortejar a la hermosa hija del virrey, había que plegarse a ciertas expectativas.

Avanzada la mañana, un mensajero llamó a las puertas de la mansión Tantor. Vergyl estaba al lado de su hermano mayor, y sonrió cuando vio la expresión de Xavier.

—¿Qué es? ¿Puedo acompañarte? ¿Ha dicho que sí el virrey?

Xavier compuso una expresión burlona y seria a la vez.

—¿Cómo podría rechazar al hombre que salvó a Salusa Secundus de los cimeks? Recuerda esto, Vergyl, si algún día deseas ganarte el afecto de una joven.

—¿He de salvar el planeta para tener novia? —preguntó el niño con escepticismo, aunque procurando no manifestar incredulidad por las palabras de Xavier.

—Por una mujer tan maravillosa como Serena, eso es justamente lo que debes hacer.

Entró en la mansión para contar sus planes a Tantor.

Al día siguiente, Xavier se vistió con la indumentaria ecuestre más espléndida y salió en dirección a la propiedad de los Butler. Pidió prestado a su padre el corcel salusano color chocolate, un excelente animal de crin trenzada, hocico estrecho y ojos brillantes. Las orejas del caballo eran grandes, y corría sin el ritmo irregular de animales menos adiestrados. Sobre una colina cubierta de hierba se alzaba un conjunto de edificios encalados: la casa propiamente dicha, establos, aposentos de los criados y cobertizos, situados a lo largo del perímetro de una cerca. Mientras su caballo subía, vio la vista impresionante de los chapiteles de Zimia, muy lejos.

Un sendero pavimentado de piedra caliza triturada ascendía a la cumbre. La grava crujía bajo los cascos del caballo. Xavier notó el fresco de principios de primavera, vio hojas recién brotadas en los árboles, flores silvestres que acababan de reventar. Pero no percibió el olor del aire.

La colina estaba flanqueada de vides como un manto de pana verde, cada vid atada a cables sujetos entre estacas para que los racimos colgaran sobre el suelo, facilitando así su recogida. Olivos retorcidos rodeaban la casa principal, y sus ramas bajas estaban henchidas de flores blancas. Cada

año, los primeros prensados de uvas y aceitunas eran causa de festejos en todas las casas salusanas. Los viñedos competían entre sí para ver cuál era capaz de producir las mejores cosechas.

Cuando Xavier entró en el patio, ya esperaban otros jinetes. Los perros ladraban entre las patas de los caballos, pero el majestuoso corcel hizo caso omiso de ellos, como si fueran chiquillos maleducados.

Los cazadores aferraron las riendas y callaron a los perros. Varios caballos de caza negros se mostraban tan impacientes como los perros. Dos de los cazadores lanzaron sonoros silbidos, y los demás se reunieron con ellos, dispuestos a iniciar las festividades del día.

Manion Butler salió de los establos y convocó a su grupo, como un jefe militar que dispusiera a sus tropas para la batalla. Echó un vistazo al joven oficial y levantó una mano a modo de saludo.

Entonces, Xavier vio a Serena montada en una yegua gris. Llevaba botas altas, pantalones de montar y una chaqueta negra. Sus ojos despidieron chispas de electricidad cuando se encontraron con los de él.

Se acercó a Xavier, y una sonrisa se insinuó en las comisuras de su boca. Pese a los perros ruidosos, los caballos inquietos y los hombres que chillaban, Xavier deseaba tanto besarla que apenas pudo contenerse. No obstante, Serena permaneció fría y tranquila, y extendió una mano enguantada a guisa de saludo. Él la cogió y apretó sus dedos.

Deseó poseer poderes telepáticos como las hechiceras de Rossak, con el fin de enviarle sus pensamientos, pero gracias al evidente placer que transparentaban sus facciones, comprendió que Serena sabía muy bien cuáles eran sus sentimientos, y los correspondía.

—Los viajes espaciales fueron muy largos —dijo Xavier—. Siempre estaba pensando en ti.

—¿Siempre? Tendrías que haberte concentrado en tus tareas.

—Ella le dedicó una sonrisa escéptica—. Quizá podamos estar un rato a solas durante la cacería, y me contarás tus sueños.

Dirigió su yegua hasta el punto donde se encontraba su padre. Consciente de los ojos que les observaban, Xavier y ella mantuvieron una distancia aceptable. Xavier se acercó al virrey y estrechó su mano.

—Os doy las gracias por dejarme participar en la cacería. Manion Butler sonrió.

—Me alegro de que hayáis podido acudir, tercero. Estoy seguro de que este año cazaremos un erizón. Se han refugiado en esos bosques, y estoy ansioso por comer jamón y chuletas asadas. Y beicon, sobre todo. No hay nada comparable.

Serena le miró con ojos traviesos.

—Tal vez, padre, si llevarais menos perros escandalosos, caballos al galope y hombres patosos, sería más fácil localizar a alguno de esos tímidos animales.

En respuesta, Manion sonrió como si aún fuera una niña pequeña.

—Me alegro de que estéis aquí para protegerla, jovencito —dijo a Xavier.

El virrey levantó el brazo derecho. Sonaron los cuernos de caza y un gong retumbó en los establos. Los perros se precipitaron hacia la verja. El sendero discurría bajo los olivos hasta adentrarse en el bosque salusano. Dos muchachos de ojos ansiosos abrieron las puertas, impacientes por participar en su primera cacería.

El grupo se puso en marcha. Los perros fueron los primeros en salir, seguidos de los caballos montados por cazadores profesionales. Manion Butler iba con ellos. Sopló una trompa de caza que había sido de la familia desde que Bovko Manresa se había establecido en Salusa.

Sus seguidores usaban caballos de menor tamaño. Serían los encargados de montar el campamento y despellejar las piezas abatidas. También prepararían la fiesta que se celebraría cuando el grupo volviera a casa.

Los cazadores ya se habían dispersado, formando grupos con un jefe al frente. Xavier y Serena trotaron sin prisa hacia el bosque. Un joven de ojos brillantes miró atrás y guiñó el ojo a Xavier, como si supiera que la pareja no albergaba la menor intención de sumarse a la cacería.

Xavier espoleó a su corcel. Serena cabalgó a su lado, y se dirigieron hacia el cauce fangoso de un riachuelo. Intercambiaron una sonrisa de complicidad y escucharon los ladridos lejanos de los perros, así como el cuerno del virrey.

El bosque privado de los Butler abarcaba cientos de hectáreas, atravesadas por senderos de caza. Era como una especie de reserva natural, con prados y ríos espejeantes, aves y grandes extensiones de flores que estallaban en capas sucesivas de colores cuando la nieve se derretía.

Xavier era feliz porque al fin estaba solo con Serena. Mientras cabalgaban, se rozaban los brazos y los codos a propósito. Él apartaba las ramas de su cara, y ella señalaba aves y animales pequeños, que iba identificando.

En su cómodo atuendo de cacería, Xavier llevaba una daga ceremonial, un látigo y una pistola Chandler que disparaba fragmentos de cristal. Serena portaba su cuchillo y una pistola pequeña, pero ninguno de los dos esperaba

cobrar alguna pieza. Iban decididos a cazarse mutuamente, y ambos lo sabían.

Serena eligió su camino sin vacilar, como si hubiera aprovechado la ausencia de Xavier para recorrer el bosque en busca de lugares donde pudieran estar solos. Por fin, le guió a través de un bosquecillo de pinos hasta una pradera de hierba alta, flores similares a estrellas y gruesas cañas, más altas que ella. Las cañas rodeaban un estanque de aguas cristalinas, un pequeño lago creado por la nieve derretida y alimentado por una fuente subterránea.

—Hay burbujas en el agua —explicó la joven—. Te cosquillean la piel.

—¿Significa eso que quieres nadar?

Xavier sintió la garganta seca cuando pensó en la perspectiva.

—Estará fría, pero la fuente posee un calor natural. Ardo en deseos de probarla.

Serena desmontó con una sonrisa y dejó que su yegua pastara. Oyó un chapoteo en el estanque, pero las cañas no dejaban ver.

—Parece que también hay muchos peces —dijo Xavier. Bajó de su corcel, palmeó el musculoso cuello, y el caballo fue a pastar cerca de la yegua.

Serena se quitó las botas y las medias, se subió los pantalones por encima de las rodillas y caminó descalza sobre la hierba.

—Voy a probar el agua.

Xavier comprobó los cierres de la silla del corcel. Abrió uno de los compartimientos de cuero y sacó una botella de agua perfumada al limón. Siguió a Serena hasta las cañas, mientras se imaginaba nadando con ella, los dos solos surcando desnudos el solitario lago, besándose...

De repente, un monstruoso erizón salió de entre las cañas a toda velocidad, arrojando barro y agua al aire. Serena lanzó un grito, más alarmada que aterrada, y cayó de espaldas en el barro.

El erizón pateó la hierba con sus patas hendidas. Largos colmillos sobresalían de su hocico, capaces de arrancar árboles jóvenes de cuajo y destripar enemigos. Los ojos del animal eran grandes y negros. Emitía potentes gruñidos, como si estuviera a punto de escupir fuego. Decía la leyenda que muchos hombres, perros y caballos habían muerto en las cacerías de erizones, pero ya quedaban pocos de ellos.

—¡Métete en el agua, Serena!

El animal se volvió cuando oyó su grito. Serena siguió las instrucciones de Xavier. Empezó a nadar, consciente de que el animal no podría atacarla si se sumergía en el agua.

El erizón cargó con toda su rabia. Los dos caballos relincharon y corrieron hacia el borde del prado.

—¡Cuidado, Xavier!

Serena, hundida en el agua hasta la cintura, desenvainó su cuchillo de caza, pero sabía que no podía ayudarle.

Xavier plantó con firmeza las piernas en el suelo, con el cuchillo en una mano y la pistola Chandler en la otra. Apuntó el arma sin que el pulso le temblara y disparó tres veces a la cara del jabalí. Los proyectiles destrozaron el cuello y la frente del animal, y arañaron el grueso cráneo. Otro proyectil astilló uno de los colmillos, pero el animal siguió cargando hacia él, impulsado por su velocidad.

Xavier disparó dos veces más. El animal sangraba profusamente, herido de muerte, pero ni siquiera la inminencia del desenlace disminuyó su velocidad. Cuando el erizón estuvo casi encima de Xavier, este saltó a un lado y lo degolló con el afilado cuchillo, abriéndole la yugular y la

carótida. El erizón dio media vuelta y le cubrió de sangre al tiempo que su corazón dejaba de latir.

El peso del animal tiró a Xavier al suelo, pero rodó lejos para evitar que el colmillo restante le atravesara. Xavier se puso en pie y caminó unos pasos, tembloroso. Su indumentaria de caza estaba empapada de la sangre de la bestia.

—¡Serena!

—Estoy bien —contestó la joven, mientras nadaba hacia la orilla.

Xavier contempló su reflejo en el plácido estanque, vio su camisa y su cara cubiertas de sangre. Confió en que no fuera de él. Enlazó las manos y se mojó con agua fría, y luego agachó la cabeza para quitarse el hedor del pelo. Se frotó las manos con arena.

Serena se acercó a él con la ropa empapada y el pelo pegado al cráneo. Utilizó una esquina de la chaqueta para secar la sangre del cuello y las mejillas de Xavier. Después, le abrió la camisa y también le secó el pecho.

—No tengo ni un rasguño —dijo Xavier, sin saber si era cierto. Notaba la piel del cuello caliente y arañada, y le dolía el pecho como consecuencia de la colisión con el monstruo. Atrajo hacia sí a la joven.

—¿Estás segura de que no has sufrido ningún daño? ¿No te has hecho cortes, no te has roto ningún hueso?

—¿A mí me lo preguntas? —se burló ella—. Yo no soy la valiente cazadora de erizones.

Serena le besó. Tenía los labios fríos del agua, pero Xavier los retuvo contra los suyos hasta que las bocas se abrieron un poco y las lenguas se encontraron. La condujo en dirección al prado, lejos del animal muerto.

Los jóvenes amantes se retiraron el pelo mojado de las orejas y los ojos, y volvieron a besarse. El roce con la

muerte hacía que se sintieran intensamente vivos. La piel de Xavier estaba caliente, y su corazón latía con fuerza, aunque el peligro había pasado. Una nueva emoción estaba creciendo. Deseó poder captar mejor el seductor aroma del perfume de la joven, pero solo percibió una insinuación fascinante.

Las ropas mojadas de Serena estaban frías, y Xavier observó que tenía erizado el vello de sus brazos. Lo única solución era quitarse la ropa.

—Ven, voy a calentarte.

Ella le ayudó a desabrochar la chaqueta negra y la blusa, mientras sus dedos se afanaban con la camisa manchada de Xavier.

—Solo quiero asegurarme de que no estás herido —dijo Serena—. No sé qué habría hecho si te hubiera matado.

Sus palabras surgían trémulas entre beso y beso.

—Hace falta algo más que un erizón para alejarme de ti.

Serena le pasó la camisa por encima de sus hombros y forcejeó con los botones de los puños para quitársela por completo. El suelo del prado era blando y confortable. Los caballos pacían con parsimonia mientras Xavier y Serena daban rienda suelta a su pasión reprimida entre susurros y chillidos.

La cacería se les antojaba muy lejana, aunque Xavier había matado un erizón y podría contar una historia dramática durante la fiesta. Claro que algunos detalles deberían omitirse...

De momento, la guerra contra las máquinas pensantes no existía. En esta breve y apasionada hora, no eran más que dos seres humanos, solos y enamorados.

21

> La ciencia peca de arrogancia al creer que, cuanto más desarrollamos la tecnología y más aprendemos, mejor será nuestra vida.
>
> TLALOC,
> *La Era de los Titanes*

Cualquier cosa imaginada puede llegar a ser real..., siempre que exista el genio suficiente.

Tio Holtzman había repetido la frase en cientos de discursos pronunciados ante el Consejo de Nobles de Poritrin. Sus ideas y logros alimentaban sueños y fomentaban la confianza en la capacidad tecnológica humana contra las máquinas pensantes.

El mantra también había convencido a su protector, lord Niko Bludd, y a los representantes de la Liga de Nobles. Al principio de su carrera, Holtzman había comprendido que no siempre eran los mejores científicos quienes recibían los aplausos o los fondos necesarios para sus investigaciones, sino los mejores actores, los políticos más eficaces.

Holtzman era un científico dotado, de ello no cabía duda. Poseía un bagaje técnico excepcional y había logrado

grandes éxitos con sus invenciones y sistemas de armamento, todos los cuales se habían utilizado con éxito contra Omnius, pero se las había ingeniado para recibir más publicidad y atención de las que sus inventos merecían. Gracias a sus dotes de oratoria y a adornar ciertos detalles, había construido un pedestal de fama sobre el que ahora se alzaba. Holtzman se había convertido en el héroe de Poritrin, en lugar de ser otro inventor anónimo más. Su habilidad para encandilar al público, para alumbrar una llama de esperanza y credulidad en su mente, superaba a su capacidad científica.

Con el fin de alimentar su mitología, Holtzman buscaba sin cesar nuevas ideas, lo cual exigía inspiración y dilatados períodos de meditación ininterrumpida. Le gustaba dejar que las posibilidades rodaran como guijarros por una empinada pendiente. A veces, los guijarros se detenían en su carrera, con algo de ruido pero sin aportar nada. En otras ocasiones, tales ideas desencadenaban una avalancha.

Cualquier cosa imaginada puede llegar a ser real.

Pero primero hay que imaginarla.

Después de volver a casa, tras presenciar la devastación de Salusa Secundus, había reservado un camarote privado a bordo de una lujosa barcaza, uno de los silenciosos zepelines que despegaban de la ciudad de Starda y derivaban a merced de corrientes de aire caliente, sobrevolando las infinitas llanuras de Poritrin.

Holtzman se hallaba de pie en la cubierta del aparato, contemplando las praderas que fluían en un mar verde y marrón, salpicado de lagos. Bajo él, los pájaros volaban como bancos de peces. El lento aparato derivaba sin prisas, sin horario previsto.

Clavó la vista en el horizonte. Distancias carentes de límites, posibilidades infinitas. Algo hipnótico, que inducía a

la meditación..., al nacimiento de la inspiración. Esos lugares expandían su mente, le permitían seguir locas ideas y acosarlas como un depredador dador a su presa.

La barcaza pasaba sobre formas geométricas similares a tatuajes en la tierra, parcelas dedicadas al cultivo de la caña de azúcar. En otros campos crecían grano y fibras destinadas a la fabricación de ropa. Ejércitos de esclavos humanos trabajaban en las granjas y ranchos, como insectos en una colmena.

Siguiendo una derivación bucólica del navacristianismo, la gente de Poritrin había ilegalizado los aparatos de cosecha electrónicos para volver a raíces más humildes. Sin la sofisticada maquinaria, necesitaban una gran cantidad de mano de obra. Mucho tiempo antes, Sajak Bludd había sido el primer noble de la liga en introducir la esclavitud como medio de hacer viable la agricultura a gran escala.

El señor de Poritrin había justificado su acto al elegir solamente a aquellos que estaban en deuda con la humanidad, sobre todo cobardes budislámicos que habían huido en lugar de luchar contra los titanes y las máquinas pensantes. Si no hubieran tenido tanto miedo de combatir en defensa de la humanidad, decía Sajak Bludd, su número habría bastado para imprimir un giro de ciento ochenta grados al curso de la guerra. Trabajar en los campos era un precio demasiado pequeño para sus descendientes...

Holtzman paseó por la cubierta de la barcaza, pidió una copa de zumo azucarado a un camarero y meditó mientras sorbía la bebida. Disfrutó de su viaje mental al tiempo que contemplaba el mar de hierba. Ninguna distracción..., pero tampoco la menor inspiración. El gran científico solía emprender travesías similares con el fin de poner en orden sus ideas, solo mirar y pensar..., y trabajar, aunque daba la

impresión de que todas las personas a bordo estaban de vacaciones.

Debido a los anteriores éxitos de Holtzman, Niko Bludd le había concedido libertad total para desarrollar las defensas y armas innovadoras que su imaginación concibiera. Por desgracia, durante el año anterior, el científico había llegado a la desagradable conclusión de que se estaba quedando sin ideas.

El genio no era nada sin el impulso creativo. El sabio podía vivir durante una temporada de sus triunfos anteriores, pero tenía que aportar nuevos inventos con regularidad, de lo contrario lord Bludd empezaría a dudar de él.

Holtzman no podía permitirlo. Era una cuestión de orgullo.

Se sentía avergonzado de que los cimeks hubieran podido atravesar con tanta facilidad sus escudos descodificadores de Salusa Secundus. ¿Cómo había podido, él y todos los demás ingenieros y técnicos que habían colaborado en el proyecto, haber olvidado el hecho de que los cimeks tenían mentes humanas, en lugar de circuitos gelificados de inteligencia artificial? Era un fallo significativo, abrumador.

De todos modos, la fe y esperanza depositadas en él (para no hablar de los fondos que financiaban sus proyectos) le sometían a una presión incesante. La gente nunca le permitiría que se retirara en este momento. Tenía que encontrar otra solución, salvar la cara una vez más.

En sus laboratorios de Starda, investigaba sin cesar, leía disertaciones y documentos teóricos, que examinaba en busca de posibilidades plausibles. Muchos de los informes eran esotéricos, incluso incomprensibles, pero de vez en cuando espoleaban su imaginación.

Holtzman había traído consigo numerosas grabaciones para examinar durante su periplo sobre las llanuras de Poritrin. Un documento ambicioso e intrigante había sido escrito por una teórica desconocida de Rossak, llamada Norma Cenva. Por lo que él sabía, carecía de antecedentes, pero sus ideas eran poco menos que asombrosas. Pensaba en cosas sencillas desde un punto de vista diferente por completo. Intuía que había algo diferente en ella. Y nadie la conocía...

Mientras la luz de las estrellas encendía el inmenso cielo de Poritrin, permaneció solo en su camarote, bebiendo un zumo de frutas. Contempló los cálculos de Norma, los repitió en su mente en busca de errores, mientras intentaba comprender. Daba la impresión de que la joven y desconocida matemática no albergaba la menor pretensión, como si extrajera ideas de las nubes y deseara compartirlas con un hombre al que consideraba su colega intelectual. Estupefacto por algunas de sus deducciones, comprendió que sus dudas surgían más de su falta de capacidad que de los postulados de la mujer. Norma Cenva parecía inspirada por la divinidad.

Justo lo que necesitaba.

Holtzman estuvo pensando durante toda la noche. Por fin, al alumbrar la aurora, se relajó y durmió, una vez tomada su decisión. La brisa mecía la barcaza, que continuaba derivando sobre el llano paisaje. Se durmió con una sonrisa en el rostro.

Pronto conocería a Norma. Tal vez sus ideas podrían aplicarse a ingenios que deseaba aplicar contra las máquinas pensantes.

Aquella tarde, el sabio escribió una invitación personal a Norma Cenva, y la envió a Rossak mediante un correo de la liga. Esta jovencita que había crecido aislada en la selva tal vez significaría su salvación..., si manejaba la situación con diplomacia.

22

> Las oportunidades constituyen un cultivo engañoso, en que las diminutas flores son difíciles de ver y aún más difícil de recoger.
>
> ANÓNIMO

Norma Cenva se encontraba en el estudio de su madre, que dominaba los árboles púrpura. Se sentía como una intrusa. Caía una fina lluvia. Algunas gotas contenían impurezas y productos químicos venenosos procedentes de los volcanes en erupción que se veían a lo lejos. Observó que se acercaban nubes oscuras. No tardaría en diluviar.

¿Qué quería Aurelius Venport que encontrara aquí?

Su severa madre vivía en una austera habitación de paredes encaladas. Un hueco albergaba las elegantes ropas de la hechicera, artículos demasiado grandes y hermosos para Norma. Zufa Cenva poseía una belleza intimidante, una pureza luminosa que la convertía en algo tan perfecto, y tan rígido, como una escultura clásica. Aun sin poderes telepáticos, era capaz de atraer a los hombres como abejas a la miel.

Pero el encanto de la jefa de las hechiceras era tan solo superficial, y ocultaba una convicción absoluta sobre determinados temas que disimulaba ante Norma. No era que Zufa no confiara en su hija. Simplemente pensaba que la muchacha no daba para más. Como sus compañeras telepáticas, daba la impresión de que Zufa se regodeaba en el secretismo.

Pero Aurelius había visto algo en la joven.

—Si lo encuentras, no lo lamentarás, Norma —le había dicho, sonriente—. Confío en que tu madre te lo cuente a la larga..., pero no creo que lo considere prioritario.

Yo nunca he sido una de sus prioridades. Intrigada, pero temerosa de que la sorprendieran, Norma continuó el registro.

Su mirada se posó en una agenda que descansaba sobre una mesa. El grueso volumen tenía una cubierta marrón con palabras indescifrables, tan misteriosas como las anotaciones matemáticas que Norma había desarrollado. En una ocasión, mientras escuchaba a las hechiceras hablar de sus complejos planes, Norma captó que llamaban *Azhar* a su misterioso idioma.

Desde que había regresado de Salusa Secundus, su madre se había mostrado aún más indiferente y hosca de lo habitual. Debido al ataque cimek, parecía inclinada a emprender proyectos más grandiosos. Cuando Norma le preguntó sobre el esfuerzo bélico, Wa se había limitado a fruncir el ceño.

—Nos ocuparemos de ello.

La hechicera pasaba la mayor parte de su tiempo enclaustrada con un grupo de mujeres. A Zufa se le había ocurrido una nueva idea para defenderse de las máquinas pensantes. Si su madre hubiera pensado que Norma podía contribuir a la causa, se habría apresurado a azuzarla. En

cambio, Zufa había descartado a su hija por completo, sin concederle la menor oportunidad.

Las mujeres, alrededor de unas trescientas, habían establecido una zona de seguridad en las profundidades de la selva, impidiendo el paso a los investigadores farmacéuticos contratados por Aurelius Venport. Cualquier explorador que se aventurara en la zona prohibida se encontraba con extrañas barreras centelleantes.

Siempre alerta, Norma había visto explosiones inexplicables y hogueras en el lugar donde las hechiceras elegidas por Zufa pasaban semanas de intenso adiestramiento. Su madre frecuentaba en pocas ocasiones sus aposentos...

Norma descubrió dos hojas de papel blanco debajo de la agenda el pergamino utilizado a menudo por los correos de la liga. Eso debía ser lo que Aurelius deseaba que encontrara.

Acercó un taburete a la mesa y se subió. Vio el encabezado de la primera hoja: un documento oficial de Poritrin. Intrigada, y temerosa de que su madre apareciera de un momento a otro, pasó las páginas y se quedó atónita al leer en letras negras TIO HOLTZMAN.

¿Por qué motivo habría escrito el gran inventor una carta a su madre? La muchacha se inclinó y leyó la línea de saludo: *Querida Norma Cenva.* Leyó el mensaje, y luego lo releyó con una mezcla de placer e ira. *¡Tio Holtzman quiere que vaya a aprender con él a Poritrin! ¿Piensa que soy brillante? No puedo creerlo.*

¡Su propia madre había intentado ocultar, o al menos retrasar, el mensaje! Zufa no había dicho nada, tal vez incapaz de creer que el sabio quisiera algo de su hija. Por suerte, Aurelius se lo había dicho.

Norma corrió al distrito comercial de la población. Encontró a Venport en un salón de té, concluyendo una reunión con un mercader de aspecto zarrapastroso. Cuando el hombre de piel oscura se levantó de su asiento, Norma ocupó su lugar.

Venport le sonrió con afecto.

—Pareces nerviosa, Norma. Habrás encontrado la carta del sabio Holtzman.

La joven dejó el pergamino sobre la mesa.

—¡Mi madre intentó impedir que viera su oferta!

—Zufa es una mujer enloquecedora, lo sé, pero has de procurar comprenderla. Como ninguno de nosotros somos capaces de hacer las cosas que más valora, Zufa no tiene en cuenta nuestras capacidades. Sí; es consciente de tu talento para las matemáticas, Norma, y sabe que yo soy un hombre de negocios competente, pero eso carece de importancia para ella.

Norma se removió en el asiento, sin querer conceder a su madre el beneficio de la duda.

—Entonces, ¿por qué escondió esta carta? Venport rió.

—La atención que recibiste debió avergonzarla. —Apretó su mano—. No te preocupes, intervendré si tu madre intenta impedirlo. De hecho, como está tan atareada con las demás hechiceras, no veo cómo podría oponerse si yo me ocupo del papeleo en tu nombre.

—¿Lo harías? ¿Y si mi madre...?

—Deja que yo me ocupe de todo. Ya me las arreglaré con ella. —Dio un abrazo a Norma—. Creo en tus capacidades.

Aurelius Venport envió una carta de respuesta al famoso inventor, en la que accedía al traslado de Norma. La joven estudiaría con él en Poritrin y le ayudaría en sus laboratorios. Para Norma, era la oportunidad de su vida.

Si se marchaba, su madre ni siquiera se daría cuenta.

23

El hogar puede estar en cualquier sitio, porque forma parte de uno mismo.

Dicho zensunni

Incluso en pleno desierto, azotado por el viento, la suerte no abandonaba a Selim. La supervivencia se convirtió en un juego prodigioso.

Dejó tras de sí al gusano muerto y trató de encontrar una gruta o una hondonada entre las rocas, donde poder refugiarse de la tormenta inminente. Selim, muerto de sed, buscó a su alrededor señales de habitáculos humanos, aunque dudaba que ningún hombre hubiera pisado parajes tan alejados.

Desde luego, ninguno había vivido para contarlo.

Después de vagar de planeta en planeta, los zensunni habían llegado a Arrakis, donde se dispersaron y fundaron diversos poblados, muy alejados entre sí.

Durante varias generaciones, habían vivido a duras penas del desierto, pero solo muy de vez en cuando se aventuraban fuera de sus zonas protegidas, temerosos de los gusanos gigantes.

El gusano de arena había arrastrado a Selim muy lejos del espaciopuerto, muy lejos de los recursos vitales que hasta los zensunni más avezados necesitaban. Sus perspectivas de sobrevivir parecían muy limitadas.

Por ello, cuando se topó con una antigua estación de experimentos botánicos, no dio crédito a su buena suerte. Sin duda, era signo de Budalá. ¡Un milagro!

Se quedó inmóvil ante el recinto abovedado erigido por ecologistas olvidados que habían estudiado Arrakis. Tal vez científicos del Imperio Antiguo habían vivido aquí y recogido datos durante la estación de las tormentas. La tosca estructura consistía en varios edificios bajos construidos en la roca, medio ocultos por el tiempo y la arena impulsada por el viento.

Mientras la tormenta le aguijoneaba con granos de arena, Selim paseó alrededor de la estación abandonada. Vio veletas inclinadas, recolectores de viento mellados y otros instrumentos destinados a recoger datos que parecían averiados. Lo más importante, descubrió una puerta de entrada.

Selim buscó una forma de entrar con sus manos y brazos doloridos por el largo viaje a lomos del gusano. Apartó polvo y arena, en busca de una especie de mecanismo manual, pues las baterías ya habrían perecido. Necesitaba entrar en el refugio antes de que la tormenta cayera sobre él con toda su intensidad.

Selim había oído hablar de lugares semejantes. Aventureros zensunni habían encontrado y saqueado algunos. Estas estaciones autónomas habían sido construidas en Arrakis en los días de gloria de la humanidad, antes de que las máquinas pensantes tomaran el poder, antes de que los refugiados budislámicos huyeran para salvarse. Esta instalación automatizada debía contar

mil años, y tal vez más. Pero en el desierto, donde el entorno no cambiaba durante milenios, el tiempo discurría a una velocidad diferente.

Selim localizó por fin el mecanismo que controlaba la puerta. Tal como temía, las células de energía habían perecido, y tan solo proporcionaron una chispa que abrió la puerta unos centímetros.

El viento aullaba. La arena levantada por el viento colgaba como niebla en el horizonte y ocultaba el sol. El polvo aguijoneaba sus orejas y cara, y Selim sabía que pronto se convertiría en una lluvia mortal.

Cada vez más desesperado, hincó el colmillo en la hendidura y lo utilizó como palanca. La abertura se ensanchó un poco, pero no lo suficiente. Surgió un chorro de aire frío del interior. Utilizó los músculos doloridos de sus brazos, apoyó los pies contra la roca para aplicar todo el peso de su cuerpo y empujó la palanca improvisada.

La puerta se abrió con un postrer gruñido de resistencia. Selim rió y tiró el colmillo curvo dentro, que chocó contra el suelo con un ruido metálico. Entró en la estación, al tiempo que oía el rugido de la tormenta cada vez más fuerte. Estaba encima de él.

Estorbado por el viento y la arena proyectada, Selim agarró el borde de la puerta y empujó con fuerza. La arena que penetraba cayó por una rejilla del suelo a un receptáculo. Tenía que darse prisa. El viento se calmó apenas un segundo, pero fue suficiente. Cerró la puerta y se encontró a salvo de la tormenta.

A salvo..., algo increíble. Rió de su buena suerte, y después rezó una oración de agradecimiento, más sincera que ninguna otra de su vida. ¿Cómo podía dudar de semejante bendición?

Selim aprovechó el rayo de luz para mirar a su alrededor. Por suerte, la estación abandonada tenía ventanas de plaz. Pese a estar arañadas y agrietadas por la larga exposición a la intemperie, permitían entrar algo de luz.

El lugar era como la cueva del tesoro. Guiado por la luz de las ventanas, encontró unas tiras luminosas que le permitieron ver mejor. Después registró cajones y cámaras de almacenaje. Gran parte de lo que quedaba no servía de nada: placas de datos ilegibles, sistemas de grabación electrónicos inutilizados, extraños instrumentos que llevaban el nombre de empresas arcaicas. No obstante, encontró cápsulas de comida bien conservadas que no se habían deteriorado, pese al tiempo transcurrido.

Abrió una cápsula y comió el contenido. Aunque los sabores eran raros, la comida le supo a gloria, y notó que su carne agotada se llenaba de energía. Otros contenedores albergaban zumos concentrados, que se le antojaron ambrosía. Pero lo más valioso de todo fue descubrir agua destilada, cientos de litrojones. Sin duda había sido recogida a lo largo de los siglos por extractores de humedad automáticos, abandonados por la expedición científica.

Constituía una riqueza personal inimaginable. Podría devolver al veces el agua salobre que le habían acusado de robar a la tribu. Podría volver con los zensunni como un héroe. El naib Dhartha tendría que perdonarle. Pero para empezar, Selim no era culpable e ese delito.

Descansado y satisfecho, Selim juró que nunca daría a Dhartha la satisfacción de verle regresar. Ebrahim había traicionado su amistad, y el corrupto naib le había condenado falsamente. Su propio pueblo le había exiliado, convencido de que no sobreviviría.

Ahora que había descubierto una manera de vivir por sus propios medios, ¿para qué iba a volver y entregarlo todo?

El joven durmió durante dos noches seguidas. Al amanecer del segundo día, despertó y abrió más cajas y armaritos. Descubrió herramientas, cuerda, tela resistente, material de construcción. Las posibilidades le llenaron de alegría, y Selim se descubrió riendo solo en el interior de la estación botánica.

¡Estoy vivo!

La tormenta había pasado de largo mientras dormía, había arañado sin éxito las paredes del refugio como un monstruo que intentara entrar. Casi toda la arena se había desviado, de modo que había muy poca amontonada alrededor del recinto. Desde la ventana más grande de la estación, Selim contempló el océano desierto que había cruzado a lomos del gusano. Las dunas eran recientes, sin señales distintivas. Todo rastro del animal muerto había sido borrado. Solo quedaba este joven solitario.

Imaginó el largo viaje que le esperaba, y pensó que debía aguardarle una misión especial. ¿Por qué, si no, se habría tomado tantas molestias Budalá para permitir que el pobre Selim viviera?

¿Qué quieres que haga?

El exiliado miró el desierto, sonriente, y se preguntó cómo podría cruzar de nuevo aquella infinita extensión. El panorama le deparó una sensación de suprema soledad. Distinguió algunas rocas en la distancia, erosionadas por vientos eternos. Vio unas pocas plantas resistentes. Pequeños animales corrían a esconderse en sus madrigueras. Las dunas se fundían con las dunas, el desierto con el desierto.

Embelesado por sus recuerdos, con la sensación de ser invulnerable, Selim decidió lo que debería hacer, tarde o temprano. La primera vez había sido una suerte increíble, pero ahora sabía mejor cómo hacerlo.

Debía montar de nuevo en un gusano de arena. Y la próxima vez no sería por accidente.

24

> Una de las preguntas a las que la Yihad Butleriana contestó con violencia fue si el cuerpo humano es una simple máquina que una máquina hecha por el hombre pueda emular. Los resultados de la guerra contestaron a la pregunta.
>
> DOCTOR RAJID SUK.,
> *Análisis postraumático*
> *de la especie humana*

Con una nueva forma bélica diseñada para aterrorizar a los humanos de Giedi Prime, Agamenón avanzó sobre sus patas blindadas a través de las industrias destrozadas y las ruinas llameantes de la ciudad. Los hrethgir no habían gozado de la menor oportunidad.

Giedi Prime había sido conquistada con facilidad.

Las tropas invasoras prendieron fuego a los complejos residenciales, convirtieron parques en campos ennegrecidos. Siguiendo las órdenes de Agamenón, a mayor honra y gloria de Omnius, los neocimeks y los guerreros robot dejaron intactas casi todas las industrias de Giedi Prime.

Agamenón había jurado que Giedi Prime compensaría la humillación de los cimeks en Salusa. En este mismo momento, ojos espía sobrevolaban el terreno y grababan la carnicería, para documentar la eficacia de la operación militar liderada por los dos titanes.

Acompañado de su camarada Barbarroja, Agamenón examinó la topografía de la metrópolis y localizó la magnífica residencia del magno. Era un lugar apropiado para establecer el nuevo centro de un gobierno sincronizado, un gesto simbólico de autoridad al tiempo que una afrenta al populacho derrotado.

La forma bélica del general cimek era el sistema multíparas más monstruoso que había concebido jamás. Descargas eléctricas recorrían músculos artificiales, tensaban cables de fibra y movían extremidades erizadas de armas. Flexionaba sus garras de metal líquido y aplastaba bloques de construcción, imaginando que eran cráneos de enemigos. Barbarroja, con otra configuración de parecida ferocidad, reía de la exhibición.

Los cimeks, alzados sobre sus múltiples piernas, recorrían las calles sembradas de escombros. Nada se interponía en el camino de los señores de la guerra. Los dos recordaban situaciones acaecidas mil años antes, cuando Veinte Titanes habían conquistado el Imperio Antiguo pisoteando los cadáveres de sus enemigos.

Así debía ser. Esto no hacía más que despertar más su apetito.

Antes del ataque, Agamenón había estudiado las defensas de Giedi Prime, analizado las imágenes tomadas por ojos espía que atravesaban el sistema como diminutos meteoros. A partir de aquellas lecturas, el general cimek había ideado

un movimiento táctico brillante, que aprovecharía un punto débil de las defensas planetarias. Omnius había aceptado pagar el precio necesario por la conquista de un planeta de la liga, que no había costado la vida de un solo titán, ni siquiera de un neocimek inferior. Tan solo un crucero robot. Perfectamente aceptable, en opinión de Agamenón.

Los humanos habían erigido campos descodificadores como los de Salusa, y habían concentrado las torres de transmisión en Giedi Prime. Naves de combate kindjal, terraplenes en teoría inexpugnables y vehículos terrestres blindados custodiaban dichas torres. Los humanos habían aprendido una lección de Salusa Secundus, pero no era suficiente para protegerles de la aniquilación.

La primera línea de fuerzas protectoras orbitales había sido vaporizada por la fuerza imparable de la gigantesca flota. Las pérdidas robóticas fueron aceptables. Cuando Agamenón lanzó el ataque de las naves cimek, junto con los cruceros destinados al sacrificio, los defensores humanos comprendieron que no había salvación.

Para iniciar el ataque, el gigantesco crucero robot se había colocado sobre Giedi Prime, con las bodegas cargadas de explosivos. Docenas de otros cruceros se prepararon para el ataque. Guiado por la inteligencia de una máquina pensante, la enorme nave encendió sus motores y aceleró a toda velocidad hacia su objetivo.

—Descenso de aproximación en curso —había informado la mente de la nave, al tiempo que transmitía imágenes a las fuerzas que aguardaban. Treinta naves de reclamo habían salido disparadas hacia la superficie, también con la esperanza de alcanzar el blanco, pero destinadas a ser el objetivo de los misiles defensivos tierra-aire. El plan se basaba en la fuerza bruta y en la supremacía numérica, no en la delicadeza. Sin embargo, sería efectivo.

Con los motores a toda velocidad, la nave destinada al sacrificio había acelerado hasta penetrar en la atmósfera de Giedi Prime, más veloz que cualquier misil defensivo. Los demás cruceros se acercaron al escudo descodificador invisible. Nubes de humo blancogrisáceo y explosiones indicaban que los misiles tierra-aire habían encontrado objetivos. El número disminuía, así como la distancia. Los humanos jamás podrían repeler a los invasores.

La nave robot condenada envió las últimas imágenes a los ojos espía, para que Omnius dispusiera de una grabación completa de la conquista de Giedi Prime. Cada nanosegundo..., hasta que atravesó la red descodificadora, que borró el cerebro guía de inteligencia artificial. Las transmisiones se interrumpieron.

Aun así, el coloso siguió descendiendo. Aunque con su cerebro de circuitos gelificados neutralizado, el crucero caía como un martillo del tamaño de un asteroide.

Las naves kindjal dispararon contra el crucero cargado de explosivos, pero era imposible desviarlo.

El gigantesco crucero se estrelló contra las torres transmisoras situadas en las afueras de Giedy City. Se abrió un cráter de medio kilómetro de ancho. Los transmisores, las defensas y las zonas habitadas circundantes quedaron vaporizados.

Las ondas de choque habían derrumbado rascacielos en kilómetros a la redonda y destrozado ventanas. Los escudos descodificadores Holtzman fueron neutralizados en un abrir y cerrar de ojos, y la milicia local sufrió numerosas bajas.

Después, los cimeks y los robots se habían empleado a fondo.

—Barbarroja, amigo mío, ¿hacemos nuestra entrada triunfal? —preguntó Agamenón cuando llegaron a la residencia del magno.

—Como cuando entramos con Tlaloc en los salones del Imperio Antiguo —contestó el otro titán—. Hace mucho tiempo que no disfrutaba tanto de una victoria.

Guiaron a los entusiasmados neocimeks sin problemas por las calles de la ciudad mártir. Los estupefactos humanos eran incapaces de oponer resistencia. Tras los conquistadores cimek marchaban tropas robot, encargadas de colaborar en la limpieza de enemigos.

Si bien parte de la población de Giedi Prime se ocultaría, con el tiempo los ciudadanos se desmoronarían. Quizá tardaran años en acabar con las últimas células de resistencia feroz. No cabía duda de que las máquinas soportarían décadas de ataques de guerrillas, dirigidos por los supervivientes de la milicia local, convencidos de que unos mordiscos sin importancia obligarían a los invasores a marchar. Formar grupos de resistentes sería una tarea inútil, pero sabía que los nativos no se resignarían con facilidad.

Agamenón se preguntó si debería llamar a Ajax para terminar la limpieza. Al brutal cimek le gustaba cazar humanos, como había demostrado con tanta eficacia durante las revueltas hrethgir de Walgis. En cuanto instalaran una copia de la supermente en las cenizas de Giedi City, Agamenón transmitiría las debidas recomendaciones a la nueva encarnación de Omnius.

Agamenón y Barbarroja derrumbaron la fachada de la residencia del gobernador, dejando espacio suficiente para sus cuerpos. Soldados robot, mucho más pequeños que los

cimeks, les siguieron al interior del edificio. Al cabo de pocos momentos, los robots condujeron al magno ante los dos titanes.

—Tomamos posesión de tu planeta en nombre de Omnius —declaró Barbarroja—. Giedi Prime es ahora un planeta sincronizado. Exigimos tu colaboración para consolidar nuestra victoria.

El magno Sumi, que temblaba de miedo, tuvo no obstante arrestos para escupir en el suelo de hermosas baldosas, que los cimeks habían aplastado con su peso.

—Inclínate ante nosotros —tronó Barbarroja. El magno rió.

—Estás loco. Yo nunca...

Agamenón giró a un lado uno de sus esbeltos brazos metálicos. Aún no había puesto a prueba por completo su nuevo cuerpo, y desconocía la magnitud de su fuerza. Su intención era abofetear al gobernador, pero el brazo propinó un golpe tan feroz que partió por la mitad el torso del hombre. Las dos partes del cuerpo fueron a parar contra la pared del fondo, entre una nube de sangre.

—Vaya. De todos modos, mi petición era una pura formalidad. —Agamenón volvió las fibras ópticas hacia su compañero—. Empieza a trabajar, Barbarroja. Estos robots te ayudarán.

El genio de la informática empezó a desmantelar los sistemas de la residencia del gobernador y a colocar conductos de energía y maquinaria. Añadió enlaces e instaló una esfera gelificada elástica en la cual cargó la última versión de la mente de Omnius.

El proceso duró varias horas, durante las cuales los invasores se desplegaron por la ciudad, apagaron incendios y apuntalaron los edificios industriales que Agamenón

consideraba importantes para el funcionamiento del planeta.

No obstante, dejaron arder los edificios de viviendas. Que los humanos se las arreglaran como pudieran. La desdicha les ayudaría a comprender que su posición era desesperada.

Los ojos espía grababan todo sin cesar. Al menos, esta vez era una victoria. Agamenón disimulaba su impaciencia o desagrado, a sabiendas de que la resistencia contra la supermente era estéril. *De momento.* Debía elegir el momento y lugar adecuados.

Una vez instalada y activada, la nueva encarnación de Omnius no expresaría gratitud a los dos titanes, en apariencia leales, por su victoria, ni tampoco lamentaría la pérdida de su crucero. Era una operación militar bien ejecutada, y los Planetas Sincronizados habían añadido una joya más de la humanidad a su imperio. Un éxito psicológico y estratégico.

Cuando terminó la carga, Agamenón activó la nueva copia de la supermente. Los sistemas cobraron vida, y el ordenador omnisciente empezó a examinar sus nuevos dominios.

—Bienvenido, lord Omnius —dijo Agamenón a los altavoces—. Os ofrezco el regalo de otro planeta.

25

> Nuestra felicidad es máxima cuando planeamos nuestro futuro, dando rienda suelta a nuestro optimismo e imaginación. Por desgracia, el universo no siempre presta atención a dichos planes.
>
> ABADESA LIVIA BUTLER,
> diarios personales

Aunque su matrimonio estaba cantado de antemano, Serena y Xavier soportaron sin problemas el lujoso banquete de compromiso ofrecido por el virrey Manion Butler en su finca.

Emil y Lucille Tantor habían traído cestas de manzanas y peras de sus huertos, así como enormes tinajas de aceite de oliva virgen en el que remojar los panecillos de compromiso. Manion Butler ofreció a los invitados buey asado, gallina especiada y pescados rellenos. Serena aportó flores de sus jardines, que había cuidado desde su niñez.

Los famosos artistas salusanos ataron cintas a los arbustos del patio y dieron una exhibición de bailes populares. Las mujeres sujetaron su pelo con peinetas enjoyadas, ataviadas con vestidos blancos bordados. Las

faldas volaban como remolinos alrededor de su cintura, mientras apuestos caballeros revoloteaban a su alrededor como pavos reales en celo. La melancólica música de los balisets se prolongó hasta la tarde.

Xavier y Serena vestían trajes impresionantes, dignos de un oficial militar y la inteligente hija del virrey de la liga. Pasearon entre los invitados, y tuvieron buen cuidado de llamar a cada uno por su nombre. La pareja degustó vinos de calidad aportados por los delfines de cada casa. Xavier, que ya no podía captar los matices de las cosechas, procuró no emborracharse demasiado. La perspectiva de su inminente matrimonio le aturdía.

La hermana menor de Serena, Octa, dos años más joven, parecía igualmente emocionada. Con su largo pelo color castaño adornado con acianos, Octa estaba fascinada por el prometido de su hermana, y fantaseaba con la posibilidad de contraer matrimonio algún día con otro oficial joven y apuesto.

Para sorpresa de todos, la madre de Serena, Livia, fue a pasar el fin de semana a la mansión de los Butler. La esposa de Manion salía en contadas ocasiones de la Ciudad de la Introspección, un retiro donde vivía alejada de las preocupaciones y pesadillas del mundo terrenal. El recinto espiritual, propiedad de los Butler, había sido fundado para estudiar y meditar sobre el Zen Hekiganshu de III Delta Pavonis, el Tawrah y el Zbur talmúdico, incluso el ritual Obeah. Bajo la protección de los Butler, la Ciudad había llegado a ser algo que sus similares no habían conocido durante milenios.

Xavier no había visto con frecuencia a la madre de Serena, sobre todo en los últimos años. Con su piel bronceada y rostro enjuto, Livia Butler era una belleza. Se alegraba del compromiso de su hija, y daba la impresión de

que disfrutaba bailando con su jovial marido, o sentada a su lado a la mesa del banquete. No parecía una mujer que hubiera renunciado al mundo.

Años antes, muchas familias nobles habían envidiado el sólido matrimonio de Livia y Manion. Serena era su hija mayor, pero también tenían dos gemelos, dos años más pequeños: la tranquila y tímida Octa, y un chico inteligente y sensible, Fredo. Mientras Serena se dedicaba al estudio de las ciencias políticas, los gemelos crecieron muy unidos, pues ninguno albergaba las aspiraciones de su hermana mayor.

Fredo estaba fascinado por los instrumentos musicales, las canciones folclóricas y las tradiciones de los planetas más importantes del Imperio Antiguo. Aprendió música y poesía, mientras que Octa se decantó por la pintura y la escultura. En la sociedad salusana, se respetaba en grado sumo a los artistas y la gente creativa, a los que se admiraba tanto como a los políticos.

Pero a la edad de catorce años, Fredo murió de una enfermedad galopante. Había ido adelgazando a cada mes que pasaba, y sus músculos se atrofiaron. Su sangre no se coagulaba, y su estómago era incapaz de retener nada. Los médicos salusanos nunca habían visto algo semejante. El virrey Butler pidió ayuda a la liga, desesperado.

Los hombres de Rossak ofrecieron ciertos fármacos experimentales, procedentes de sus selvas ricas en hongos. Livia insistió en probarlo todo. Por desgracia, el muchacho reaccionó mal al tercer fármaco de Rossak, una reacción alérgica que hinchó su garganta. Fredo sufrió una serie de convulsiones y dejó de respirar.

Octa había llorado la muerte de su hermano, y llegó a temer por su vida. Al fin, dictaminaron que la enfermedad de Fredo era de tipo genético, lo cual significaba que sus

hermanos también podían contraer la misma dolencia. Octa cuidó de su salud y vivió cada día en el temor de que su vida terminaría igual que la de su hermano, lenta y dolorosamente.

Serena, siempre optimista, intentó consolar y alentar a su hermana. Aunque ninguna de ambas hermanas mostró síntomas de la cruel enfermedad, Octa abandonó sus actividades artísticas y se convirtió en un ser sosegado y meditabundo. Era una adolescente frágil, aferrada a la esperanza de que algo iluminara su vida.

Aunque su marido era un político brillante, y su importancia aumentaba a cada día que pasaba, Livia se había retirado de la vida pública y apenas abandonaba su retiro espiritual, donde se concentraba en materias filosóficas y religiosas. Donaba importantes cantidades para la construcción de centros de meditación, templos y bibliotecas. Después de dedicar incontables noches a conversar con la pensadora Kwyna, Livia se convirtió en la abadesa del monasterio.

Después de la tragedia, Manion Butler se había entregado en cuerpo y alma a trabajar por la liga, mientras Serena se sentía abrumada por un peso creciente y se fijaba objetivos más importantes. Si bien no pudo hacer nada por ayudar a su hermano, deseaba aliviar el sufrimiento del prójimo siempre que pudiera. Se dedicó a la política, obsesionada por la abolición de la esclavitud, práctica habitual en los planetas de la liga, y trabajó por descubrir una forma de vencer a las máquinas pensantes. Nadie la había acusado jamás de falta de perspectiva o energía...

Aunque vivían separados, Manion y Livia Butler continuaban siendo los pilares de la sociedad salusana, orgullosos de los logros mutuos. No estaban divorciados, ni

separados desde un punto de vista emocional..., pero seguían caminos diferentes. Xavier sabía que la madre de Serena volvía de vez en cuando para yacer con su marido, y gustaba de pasar el fin de semana con sus hijas. Pero siempre regresaba a la Ciudad de la Introspección.

El compromiso de Serena era un acontecimiento lo bastante importante para que su madre saliera a la luz pública. Después de que Xavier bailara con su prometida cuatro veces seguidas, Livia insistió en compartir una pieza con su futuro yerno.

Más tarde, durante un prolongado concierto acústico de baladas interpretadas por juglares salusanos, Xavier y Serena desaparecieron, mientras Livia lloraba a moco tendido, cuando recordó que Fredo había deseado ser músico. Manion, sentado al lado de su esposa, la mecía con dulzura.

Xavier y Serena ya estaban hartos de saludar a invitados, degustar vino y comida, de hacer el paripé. Reían todas las bromas, fueran sutiles o groseras, con el fin de no ofender a las familias importantes. A estas alturas, ansiaban pasar unos momentos a solas.

Por fin, huyeron por los pasillos de la mansión, hasta llegar a un pequeño estudio situado junto a la sala del Sol Invernal. En invierno, la luz del sol teñía de arco iris oblicuos esta estancia. La familia Butler siempre desayunaba aquí en invierno, mientras contemplaban el sol naciente. Era un lugar que traía muchos recuerdos a Serena.

Se acurrucó con Xavier en el gabinete y le besó. Él le acarició el pelo y la besó a su vez, ansioso por poseerla.

Cuando oyeron pasos apresurados en el pasillo, los amantes guardaron silencio, pero Octa les descubrió con facilidad. Ruborizada, apartó la vista.

—Tenéis que volver a la sala de banquetes. Padre está a punto de servir el postre. Además, está a punto de llegar un mensajero extraplanetario.

—¿Un mensajero? —Xavier casi se puso firmes—. ¿De dónde?

—Fue a Zimia para solicitar audiencia al Parlamento, pero como casi todos los nobles han venido al banquete, viene hacia aquí.

Xavier ofreció un brazo a cada hermana.

—Vamos a ver qué nos quiere comunicar ese mensajero —dijo, en un tono frívolo forzado—. Al fin y al cabo, no he comido casi nada. Un plato de crema tostada y otro de huevos garrapiñados no me sentarían nada mal.

Octa rió, pero Serena le miró con expresión burlona. —Supongo que tendré que resignarme a vivir con un marido obeso.

Entraron en la sala, donde los invitados estaban dando cuenta de una extensa selección de postres. Manion y Livia brindaron por la pareja.

Xavier sorbió su vino y detectó cierta preocupación en los gestos del virrey. Todo el mundo fingía indiferencia por las noticias que podía comunicar el mensajero, pero en cuanto se oyó un golpe en la puerta, toda actividad cesó. El propio Manion Butler fue a abrir la puerta, e indicó al hombre que entrara.

No era un correo oficial. Tenía la mirada extraviada y el uniforme desaliñado, como indiferente al protocolo y las apariencias. Xavier reconoció la insignia de la milicia local de Giedi Prime. Como otros uniformes de la liga, exhibía el sello dorado de la humanidad libre en la solapa.

—Os traigo graves noticias, virrey Butler. La nave más veloz me ha traído a vuestro hogar.

—¿Qué sucede, joven?

La voz del virrey traslucía temor.

—¡Giedi Prime ha caído en poder de las máquinas pensantes! —El oficial alzó la voz para hacerse oír por encima de los gritos incrédulos de los invitados—. Los robot y los cimeks descubrieron un fallo en nuestras defensas y destruyeron nuestros escudos descodificadores. Gran parte de la población ha sido exterminada, y los supervivientes esclavizados. Un nuevo Omnius ya ha sido activado.

La gente prorrumpió en gritos de dolor. Xavier aferró la mano de Serena con tal fuerza que tuvo miedo de hacerle daño. Estaba petrificado de estupor.

Acababa de llegar de Giedi Prime, había inspeccionado las defensas en persona. Sí, solo pensaba en terminar su gira de inspección para volver con Serena. ¿Había pasado por alto algún defecto? Cerró los ojos, mientras las preguntas y los comentarios incrédulos se sucedían. ¿Había sido culpa de él? ¿Un simple error, la impaciencia de un joven enamorado, había provocado la caída de todo un planeta?

Manion Butler apoyó ambas manos sobre la mesa para no perder el equilibrio. Livia posó la mano sobre el hombro de su marido, con el fin de brindarle su apoyo silencioso. La mujer cerró los ojos, y movió los labios como si rezara.

El virrey habló.

—Otro mundo libre conquistado por los Planetas Sincronizados, y una de nuestras plazas fuertes. —Se enderezó y respiró hondo—. Debemos convocar de inmediato un consejo de guerra, y llamar a todos los representantes. —Dirigió una mirada significativa a Serena—. Daremos la bienvenida a cualquiera que desee hablar en nombre de los Planetas No Aliados y desee sumarse a la lucha.

26

> Todo elemento del universo contiene defectos, incluidos nosotros. Ni siquiera Dios alcanza la perfección en Sus creaciones. Solo la humanidad defiende tamaña arrogancia.
>
> PENSADORA KWYNA,
> archivos de la Ciudad de la Introspección

Sus chillidos resonaban en las silenciosas ciudades de los riscos que dominaban la selva púrpura. Zufa Cenva estaba tumbada en un jergón de su habitación. Gritaba de dolor, con los dientes apretados y los ojos vidriosos.

Sola. Nadie osaba acercarse a una hechicera de Rossak presa del delirio.

Una cortina metálica que hacía las veces de puerta vibraba por obra de una fuerza telequinética invisible. Los estantes de las paredes se estremecían después de las explosiones psíquicas de Zufa. Potes y recuerdos caían al suelo.

Tenía el largo pelo blanco desgreñado, sacudido por la energía interna. Sus manos pálidas aferraban los lados del jergón como garras. Si alguna mujer se hubiera acercado a

calmarla, Zufa le habría arañado la cara y arrojado contra la pared con su fuerza mental.

Volvió a chillar. La hechicera ya había sufrido abortos en anteriores ocasiones, pero nunca uno tan doloroso y desgarrador. Maldijo en silencio a Aurelius Venport.

La columna vertebral de Zufa se estremeció, como si alguien le hubiera aplicado una descarga eléctrica. Delicados objetos decorativos flotaron en el aire, como suspendidos de cables invisibles, y luego salieron disparados en todas direcciones, hasta romperse en mil pedazos. Un jarrón de flores secas estalló en llamas blancas.

Jadeó cuando su cuerpo sufrió todo tipo de calambres y atenazó sus músculos abdominales. Daba la impresión de que aquel feto quería matarla antes de que pudiera expulsarlo del útero.

¡Otro fracaso! Tenía tantas ganas de dar a luz una verdadera hija, una sucesora que guiara a sus hermanas hechiceras hacia nuevas cumbres de poder mental. El índice genético la había engañado una vez más. ¡Maldito fuera Venport y sus defectos! Tendría que haberle abandonado mucho tiempo antes.

Zufa, loca de dolor y desesperación, tuvo ganas de matar al hombre que la había inseminado, pese a que era ella quien había insistido en quedarse embarazada. Había efectuado los cálculos de linaje con suma atención, examinado los genes una y otra vez. Procrear con Venport tendría que haber dado como resultado una progenie de clase superior.

Nada parecido a esto.

Descargas telepáticas resonaron en los pasillos, y las mujeres de Rossak huyeron presa del terror. Entonces, vio a Aurelius Venport en el umbral, con expresión preocupada.

Pero Zufa sabía que era un falsario.

Venport, indiferente a su suerte, entró en la habitación, un modelo de paciencia, preocupación y tolerancia. Las descargas mentales de su amante rebotaban de una pared a otra del dormitorio, derribaban muebles. Con intención de desairarle, la hechicera destrozó un conjunto de diminutas esculturas que él le había regalado durante su noviazgo y análisis genético.

Siguió avanzando, como inmune a sus estallidos de ferocidad. Desde el pasillo, voces apagadas le aconsejaron precaución, pero él hizo caso omiso. Se acercó al jergón, con una sonrisa que proyectaba compasión y comprensión.

Venport se arrodilló al lado de la cama, acarició su mano sudorosa. Susurró estupideces en su oído. La hechicera no podía comprender sus palabras, pero agarró sus dedos con la esperanza de romperlos. No obstante, el hombre no se dejó intimidar.

Zufa lanzó acusaciones de traición.

—¡Leo tus pensamientos! Sé que solo piensas en ti.

Su imaginación concebía estratagemas, que atribuía a la mente tortuosa de Venport. Si la gran Zufa Cenva ya no le protegía, ¿quién le cuidaría como a un animal doméstico? ¿Quién le querría? Dudaba de que fuera capaz de cuidar de sí mismo.

Y después se preguntó, con mayor temor, *¿o sí podía?*

Venport había enviado a Norma a Poritrin, a espaldas de Zufa, como convencido de que un hombre como Tio Holtzman deseaba trabajar con su hija. ¿Qué estaba tramando? Apretó los dientes, con el deseo de demostrar que comprendía sus intenciones. Sus amenazas surgieron entre jadeos.

—¡No puedes... dejarme morir, bastardo! ¡Nadie más... te... acogería!

Él la miró con aire paternal.

—Me has dicho muchas veces que procedo de una buena estirpe genética, cariño. Y no deseo a ninguna hechicera más. Prefiero quedarme contigo. —Bajó la voz, y la miró con un amor intenso, que ella fue incapaz de comprender—. Te entiendo mejor que tú, Zufa Cenva. Siempre insistente, siempre exigiendo más de lo que nadie puede dar. Nadie, ni siquiera tú, puede ser perfecta siempre.

Con un chillido prolongado final, la hechicera expulsó el feto deforme y monstruoso. Al ver la sangre, Venport pidió auxilio a gritos, y dos valientes comadronas entraron en la habitación. Una envolvió el feto en una toalla como si fuera un sudario, mientras la otra aplicaba calmantes naturales a la piel de Zufa. Venport fue a buscar los mejores fármacos que guardaba en su botiquín.

Por fin, tomó el feto en sus manos. Tenía la piel oscura y extrañas manchas, diseminadas por su cuerpo carente de miembros, que parecían ojos. Vio que el engendro se agitaba por última vez, y luego dejaba de moverse.

Lo envolvió en la toalla, sin hacer caso de la lágrima que escapaba de su ojo. Venport tendió el feto a una de las comadronas, sin decir nada. Lo llevarían a la selva, y nadie volvería a verlo.

La agotada hechicera sufría temblores incesantes. Estaba volviendo a la realidad. Y a la desesperación. El aborto le había provocado una profunda tristeza, que no tenía nada que ver con el programa de reproducción. Cuando recobró la visión, observó la destrucción que había causado en la estancia. Una demostración de debilidad, de falta de control.

Era su tercer aborto horripilante desde que había tomado a Venport como pareja. Estaba henchida de decepción y rabia.

—Te elegí por tu linaje, Aurelius —murmuró entre sus labios resecos—. ¿Cuál fue mi error?

Él la miró, inexpresivo, como curado de su pasión. —La genética no es una ciencia exacta. Zufa cerró los ojos.

—Fracasos, siempre fracasos.

Era la gran hechicera de Rossak, pero había soportado muchas decepciones. Zufa lanzó un suspiro de desagrado cuando pensó en su hija, sin querer creer que la fea enana era lo mejor que podía dar de sí.

Venport meneó la cabeza, serio e impaciente ahora que el peligro había pasado.

—Has tenido éxitos, Zufa. Lo que pasa es que no quieres reconocerlo.

La hechicera se obligó a descansar, a recuperarse. Con el tiempo, Zufa volvería a intentarlo, pero con otro hombre.

27

> La investigación excesivamente organizada es confusa, y no produce nada nuevo.
>
> TIO HOLTZMAN,
> carta a lord Niko Bludd

Cuando llegó a Poritrin, después de su primer viaje espacial, Norma Cenva se sintió fuera de lugar. Su forma diminuta llamaba la atención, pero estaba acostumbrada a que la gente la mirara con compasión. Existían diversas razas en los Planetas No Aliados, algunas de corta estatura. Ella solo quería impresionar a Tio Holtzman.

Antes de que Norma partiera de Rossak, su severa madre la había mirado con asombro despectivo. Zufa prefería creer que el brillante sabio había cometido una equivocación o había interpretado mal algún trabajo teórico de Norma. Esperaba que su hija volviera a casa al cabo de poco tiempo.

Aurelius Venport se había encargado de todos los trámites, y pagado de su bolsillo un camarote mejor del que Holtzman había ofrecido. Mientras su madre continuaba trabajando con las aprendizas de hechicera, Venport había

acompañado a Norma hasta la estación espacial de Rossak. Le había regalado un ramo de flores secas, y le dio un casto abrazo antes de que la muchacha subiera a la nave.

—Todos los fracasados hemos de permanecer unidos.

Norma recordó aquel comentario cariñoso, pero al mismo tiempo inquietante, durante el largo viaje hasta Poritrin... Cuando la lanzadera aterrizó en la ciudad de Starda, Norma adornó su pelo castaño deslustrado con las flores secas de Venport, un toque de belleza que contrastaba con la fealdad de su cara ancha, cabeza grande y nariz redonda. Vestía una blusa holgada y pantalones cómodos, ambos hechos de fibras de helechos.

La muchacha solo llevaba una pequeña bolsa de viaje. Bajó por la rampa, ansiosa por conocer al científico que más admiraba, un pensador que la tomaba en serio. Había oído hablar en numerosas ocasiones de las proezas matemáticas de Holtzman, y haría lo posible por ayudarle. Esperaba no decepcionarle.

Escudriñó la multitud y reconoció de inmediato al eminente científico. Holtzman era un hombre maduro, bien afeitado y de pelo gris largo hasta los hombros. Sus manos y uñas estaban limpias, su indumentaria era impecable.

La recibió con una amplia sonrisa y los brazos abiertos.

—Bienvenida a Poritrin, señorita Cenva. —Holtzman apoyó ambas manos sobre sus hombros, a modo de saludo oficial. Si se sintió decepcionado al ver la estatura y las facciones poco agraciadas de Norma, no lo demostró—. Espero que hayáis traído consigo vuestra imaginación. —Indicó una puerta—. Hemos de trabajar mucho juntos.

La guió lejos de las miradas curiosas, y luego subieron a bordo de una limobarcaza que sobrevoló el río Isana.

—Poritrin es un planeta plácido, donde puedo dejar vagar mi mente y pensar en cosas susceptibles de salvar a

la raza humana. —Holtzman sonrió con orgullo—. Espero que vos me ayudéis.

—Haré lo que pueda, sabio Holtzman.

—¿Qué más podría pedir?

La luz del atardecer pintaba de un tono amarillento las nubes que cubrían los cielos de Poritrin. La barcaza se deslizó sobre los arroyuelos que rodeaban islas y bancos de arena. Barcos cargados de cereales y otros productos surcaban el ancho río. El fértil Poritrin alimentaba a muchos planetas menos afortunados, y a cambio recibía materias primas, aparatos, productos manufacturados y esclavos humanos.

Algunos de los edificios más grandes del espaciopuerto eran barcos sobre pontones, anclados a las bases de riscos de piedra arenisca. Los tejados estaban compuestos por placas de metal azul plateado, fundido en las minas del norte.

El sabio señaló un risco que dominaba la ciudad de Starda, en cuyos edificios reconoció Norma la influencia de la arquitectura navacristiana clásica.

—Mis laboratorios se encuentran allí arriba. Edificios y almacenes, viviendas para mis esclavos y calculadores, así como mi hogar. Todo construido en el interior de esa doble aguja de roca.

El transporte se desvió hacia dos secciones de piedra, como dedos que se alzaran sobre el lecho del río. Norma vio ventanas de plaz, balcones cubiertos con toldos y una pasarela que comunicaba la bóveda de un chapitel con los edificios de otra torre.

Holtzman se sintió complacido de su asombro.

—Tenemos aposentos para ti, Norma, además de laboratorios privados y un equipo de ayudantes que se

encargarán de efectuar los cálculos basados en tus teorías. Espero que les tengas siempre muy ocupados.

Norma le miró, perpleja.

—¿Habrá otras personas que se ocupen de los cálculos matemáticos?

—¡Por supuesto! —Holtzman se apartó el pelo de la cara y se ciñó el manto blanco—. Tú eres una persona de ideas, como yo. Queremos que desarrolles conceptos, pero sin preocuparte de llevarlos a la práctica. No deberías perder el tiempo en tediosos cálculos aritméticos. Cualquier persona más o menos preparada puede hacerlo. Para eso están los esclavos.

Cuando la barcaza se posó sobre un muelle de losas vidriadas, aparecieron criados para ocuparse del equipaje de Norma y ofrecer a ambos refrescos. Como un muchacho ansioso, Holtzman condujo a Norma hasta sus impresionantes laboratorios. Estaban llenos de relojes de agua y esculturas magnéticas, en las que orbitaban esferas siguiendo senderos eléctricos sin necesidad de cables o mecanismos de transmisión. Bocetos y dibujos a medio terminar cubrían tableros electrostáticos rodeados de cálculos sinuosos sin ninguna conclusión lógica.

Norma paseó la vista a su alrededor y cayó en la cuenta de que Holtzman había abandonado más conceptos de los que ella había creado en su vida. Aun así, muchos papeles y dibujos geométricos parecían un poco antiguos. La estaba casi borrada y los papeles se curvaban en los bordes. Holtzman desechó los intrigantes objetos con un ademán desdeñoso.

—Simples juguetes, artilugios inútiles que guardo para divertirme. —Hundió un dedo en una de las bolas plateadas flotantes, lo cual propulsó los demás modelos de planetas a órbitas peligrosas, pues se pusieron a girar como cuerpos

celestiales descontrolados—. A veces, jugueteo con ellos para inspirarme, pero por lo general solo consiguen que piense en otros juguetes, no en las armas de destrucción masiva que necesitamos para salvarnos de la tiranía de las máquinas.

Holtzman frunció el ceño y continuó.

—El hecho de que no pueda utilizar ordenadores sofisticados pone trabas a mi trabajo. Con el fin de efectuar los enormes cálculos necesarios para demostrar una teoría, no me queda otro remedio que confiar en las capacidades mentales humanas y esperar lo mejor del falible talento para el cálculo de gente adiestrada. Ven, voy a presentarte tus calculadores.

La guió hasta una sala bien iluminada, rodeada de ventanales. Contaba con numerosos bancos y mesas idénticos, ocupados por trabajadores que utilizaban calculadoras manuales. A juzgar por su ropa ordinaria y expresión alicaída, Norma dedujo que aquellos hombres y mujeres debían ser esclavos.

—Esta es la única manera de imitar las capacidades de una máquina pensante —explicó Holtzman—. Un ordenador es capaz de repetir miles de millones de operaciones. A nosotros nos cuesta más, pero con gente suficiente trabajando en comandita, efectuamos millones de cálculos sin ayuda. El único problema es que tardamos más.

Recorrió los estrechos pasillos que separaban a los calculadores, los cuales garrapateaban frenéticamente cifras y símbolos matemáticos en tablillas, comprobaban y volvían a comprobar las soluciones antes de pasárselas a su compañero de hilera.

—Hasta la operación matemática más complicada puede dividirse en una secuencia de pasos triviales. Cada uno de estos esclavos ha sido preparado para completar

ecuaciones concretas, como en una línea de montaje. En conjunto, esta mente humana colectiva es capaz de llevar a cabo maravillas.

Holtzman inspeccionó la sala como si esperara que sus calculadores prorrumpieran en vítores. En cambio, siguieron estudiando su parte, ecuación tras ecuación, sin comprender ni el motivo ni el objetivo.

Norma sintió compasión por ellos, debido a que había sido despreciada y ninguneada durante tanto tiempo. Sabía que la esclavitud era algo normal en muchos planetas de la liga, así como en los planetas gobernados por las máquinas. No obstante, supuso que estos individuos preferían trabajar con la mente que como agricultores.

—Todos los calculadores están a tu disposición, Norma —dijo el sabio—, siempre que desarrolles una teoría que sea preciso verificar. El paso siguiente es construir prototipos para el desarrollo y análisis posterior. Tenemos muchos laboratorios e instalaciones experimentales, pero el trabajo más importante empieza aquí.

Se dio unos golpecitos en la frente.

Holtzman sonrió y bajó la voz.

—Siempre cabe la posibilidad de cometer errores, incluso gente de nuestra categoría. Si eso ocurre, hay que confiar en que lord Niko Bludd nos permita seguir trabajando para él.

28

> Solo aquellas personas de miras estrechas no se dan cuenta de que la definición de imposible es falta de imaginación y estímulo.
>
> SERENA BUTLER

En el salón principal de la mansión Butler, Xavier Harkonnen se removía inquieto en un sofá de brocado verde. Su uniforme no estaba pensado para acomodarse en muebles elegantes. Cuadros de antepasados Butler adornaban las paredes, incluido uno que parecía la caricatura de un caballero, con un fino bigotito y un tricornio.

Había aprovechado un momento de descanso para personarse en la casa y sorprender a Serena. Los criados le habían rogado que esperara. Octa, ruborizada, apareció al poco con un refresco. Aunque siempre la había visto como la hermana menor de Serena, Xavier se dio cuenta con sorpresa de que era una joven muy apetecible. Ahora que Serena acababa de prometerse, Octa debía estar soñando con casarse, si algún día superaba la adoración adolescente que sentía por él.

—Serena no te esperaba, pero vendrá enseguida. —Octa desvió la vista—. Está reunida con un grupo de hombres y mujeres de aspecto muy serio, ayudantes provistos de aparatos electrónicos y algunos miembros de la milicia. Algo relacionado con su trabajo en el Parlamento, me parece.

Xavier le dedicó una pálida sonrisa.

—Los dos tenemos muchos proyectos, pero vivimos tiempos difíciles.

Mientras Octa se dedicaba a ordenar libros y estatuillas en una estantería, Xavier pensó en la sesión del Parlamento que había presenciado dos días antes. Abatida por la trágica caída de Giedi Prime, Serena había intentado soliviantar a los representantes de los planetas más poderosos, con la esperanza de fraguar una operación de rescate. Siempre había deseado hacer algo. Ese era uno de los motivos por los que Xavier la quería tanto. Mientras otros aceptaban la derrota y vivían en el temor de que Omnius deseara proseguir sus conquistas, Serena quería salvar el mundo. Cualquier mundo.

Había hablado con apasionamiento en la sede provisional del Parlamento.

—¡No podemos abandonar a Giedi Prime! Las máquinas pensantes han burlado sus campos descodificadores, asesinado al magno, esclavizado al pueblo, y su presencia es cada día más numerosa. Tiene que haber supervivientes de la milicia local luchando tras las líneas enemigas, y sabemos que estaban a punto de concluir la construcción de otra estación generadora de escudo protector. ¡Tal vez pueda funcionar! Hemos de combatir antes de que las máquinas pensantes establezcan su propia infraestructura. Si esperamos, su defensa será inexpugnable.

—Por lo que sabemos, ya es inexpugnable —gruñó el representante de Colonia Vertree, un planeta industrial.

—Llevar la Armada a Giedi Prime sería un suicidio —añadió el representante de Zanbar—. Sin sus escudos descodificadores, no quedan defensas, y las máquinas nos aniquilarían en un enfrentamiento directo.

Serena agitó un dedo en dirección al nervioso público.

—No necesariamente. Si pudiéramos entrar en el planeta sin ser vistos y terminar el trabajo en el segundo complejo generador de escudo protector, con el fin de proyectar una nueva capa de campos descodificadores, podríamos interrumpir...

Los miembros de la liga habían reído de la sugerencia. Al ver la expresión contrita de Serena, Xavier se sintió tan herido como ella, pero la joven no había comprendido la dificultad de su ingenua fantasía, la imposibilidad de restaurar los escudos de Giedi Prime delante de las narices de los conquistadores. Durante su gira de inspección, Xavier había averiguado que los ingenieros podían tardar días o semanas, trabajando en las condiciones más óptimas, en hacer operativo el sistema.

Pero Serena nunca cejaba en su empeño, al pensar en el sufrimiento de tantos seres humanos.

La votación significó una derrota abrumadora para ella.

—No podemos invertir los recursos, potencia de fuego o personal necesarios en una misión imprudente para ayudar a un planeta que ya hemos perdido. Ahora se ha convertido en una plaza fuerte de las máquinas.

Los nobles temían por sus propias defensas.

Ese trabajo ocupaba casi todo el tiempo de Xavier. Como oficial de la Armada, había celebrado largas reuniones con funcionarios y representantes del Parlamento, incluido el virrey Butler. Xavier estaba decidido a averiguar cuál había

sido el fallo de las defensas de Giedi Prime, y si había sido culpa de él en parte.

Los tácticos de la Armada habían estudiado los informes de inspección, y aseguraban que no habría podido hacer nada para impedir la conquista, como no fuera estacionar toda una flota de naves de guerra en todos los planetas de la liga. Si Omnius estaba dispuesto a sacrificar parte de su fuerza atacante con tal de neutralizar los campos descodificadores, ningún planeta estaba a salvo. Sin embargo, la información no tranquilizó a Xavier.

Tio Holtzman estaba trabajando en Poritrin para mejorar el sistema descodificador. Lord Bludd se mostró optimista y confiado en los logros del sabio, sobre todo desde que el inventor había contratado a otro matemático, la hija de la hechicera Zufa Cenva, para que le ayudara. Xavier confiaba en que pronto aplicaría mejoras a su invento...

Encantadora pero atribulada, Serena entró en el salón y le abrazó.

—No tenía ni idea de que ibas a venir.

Octa salió por la puerta lateral.

Xavier echó un vistazo al reloj de la repisa.

—Quería darte una sorpresa, pero he de volver al trabajo. Esta tarde me espera una larga reunión.

Ella asintió, preocupada.

—Desde el ataque contra Giedi Prime, todos somos prisioneros de nuestras reuniones. Creo que ya he perdido la cuenta de todos los comités en los que participo.

—¿Tendría que haber sido invitado a esta misteriosa reunión?

—bromeó Xavier.

Ella lanzó una carcajada que sonó forzada.

—¿Qué pasa? ¿La Armada de la Liga no te da suficiente trabajo, que también quieres asistir a mis aburridas

reuniones? Tal vez debería hablar con tu nuevo comandante.

—No, gracias, querida. Preferiría enfrentarme a diez cimeks que intentar disuadirte cuando se te ha metido algo en la cabeza. —Serena respondió a su beso con sorprendente pasión. Xavier retrocedió, con la respiración entrecortada, y se alisó el uniforme—. He de irme.

—Te compensaré esta noche. ¿Una cena íntima, solos los dos? —Sus ojos centellearon—. Es importante para mí, sobre todo ahora.

—No faltaré.

Serena exhaló un suspiro de alivio, tras haber aplacado las sospechas de Xavier, y regresó a la sala del Sol Invernal, donde su equipo se había reunido. Se secó una gota de sudor de la frente. Varios rostros se volvieron hacia ella, y levantó una mano para calmar cualquier preocupación.

El sol del mediodía bañaba las sillas, las superficies de losas y una mesa de desayuno cubierta de planos, mapas y gráficas de recursos.

—Hemos de volver al trabajo —dijo el veterano Ort Wibsen—. Si quieres poner esto en acción, nos queda poco tiempo.

—Esa es mi intención, comandante Wibsen. Cualquiera que albergue dudas, tendría que haber marchado hace días.

El padre de Serena creía que pasaba las mañanas en la bien iluminada estancia leyendo, pero durante semanas había trazado planes, reunido voluntarios, personal experto y materias primas. Nadie podría impedir que Serena Butler volcara sus energías en trabajos humanitarios.

—Intenté seguir los canales reglamentarios y animar a la liga a entrar en acción —dijo—, pero a veces hay que obligar a la gente a tomar la decisión correcta. Es necesario dirigirla, como si fuera un tozudo corcel salusano.

Después de que el Parlamento se riera de su *ingenua necedad*, Serena había salido de la sala provisional sin aceptar la derrota. Decidió cambiar de táctica, aunque tuviera que organizar y financiar una misión sin ayuda de nadie.

Cuando Xavier descubriera su plan, demasiado tarde para detenerla, esperaba que se sintiera orgulloso de ella.

Estudió el equipo que había reunido entre los mejores expertos de la Armada en operaciones de comandos: capitanes, responsables de abastecimientos, incluso especialistas en infiltración. Los hombres y mujeres la miraron. Cerró las celosías del techo con un mando a distancia. La luz de la habitación disminuyó, aunque el sol siguió filtrándose.

—Si somos capaces de reconquistar Giedi Prime, significará una Aria moral muy superior a la conseguida por las máquinas explicó Serena—. Les enseñaremos que no pueden dominarnos.

Wibsen tenía aspecto de no haber dejado nunca de luchar, aunque hacía más de una década que había abandonado el servicio activo.

—Todos estamos más que contentos de participar en una tarea ~ obtenga resultados tangibles. Ardo en deseos de asestar un buen golpe a las condenadas máquinas.

Ort Wibsen era un antiguo comandante espacial al que habían obligado a jubilarse, en teoría por edad, aunque lo más probable era que estuviera relacionado con su ruda personalidad, cierta propensión a discutir con sus superiores y todo un historial de hacer caso omiso de los

detalles de las órdenes. Pese a su mal genio, era el hombre que Serena necesitaba para dirigir una misión que otros miembros de la liga hubieran considerado insensata, o al menos imprudente.

—En tal caso, esta es vuestra oportunidad, comandante —dijo serena.

Pinquer Jibb, el mensajero de pelo rizado y aspecto demacrado que había huido de la conquista de Giedi Prime para anunciar terrible noticia, estaba sentado muy tieso, y paseaba la vista alrededor de la sala.

—Os he proporcionado toda la información necesaria. He recopilado informes detallados. La estación generadora de escudo secundaria estaba casi terminada cuando las máquinas atacaron el planeta. Solo hace falta entrar subrepticiamente y ponerla en marcha. —Sus ojos llamearon—. Muchos miembros de la milicia local habrán sobrevivido. Harán lo que puedan tras las líneas enemigas, pero no será suficiente a menos que podamos ayudarles.

—Si conseguimos poner en marcha los generadores secundarios, los cimeks y robots de la superficie no lograrán oponer una resistencia coherente a la Armada. —Serena miró a los reunidos—. ¿Creéis que podremos lograrlo?

Brigit Paterson, una mujer de aspecto masculino, frunció el ceño.

—¿Qué os hace pensar que la Armada se sumará a la lucha? Después de que mis ingenieros terminen su trabajo, ¿cómo estaremos seguros de que los militares vengan a salvarnos el culo?

Serena le dedicó una sombría sonrisa.

—Dejadlo en mis manos.

Serena había sido educada por los mejores profesores para convertirse en una líder. Teniendo en cuenta la

enormidad del trabajo que faltaba por hacer, no podía conformarse con esperar sentada en su confortable mansión, sin utilizar el poder y la riqueza del virrey.

Estaba a punto de poner a prueba dicha determinación.

—Comandante Wibsen, ¿tenéis la información que solicité?

El veterano, con su rostro surcado de arrugas y la voz ronca, parecía más un hombre curtido por la intemperie que un astuto estratega, pero nadie en Zimia sabía más sobre operaciones militares que él.

—Hay aspectos buenos y aspectos malos. Después de aplastar al gobierno de Giedi City, las máquinas dejaron una flota robot en órbita. Un titán y un montón de neocimeks dirigen las tareas de limpieza en la superficie.

Tosió, frunció el ceño y ajustó un dispensador de medicamentos implantado en su esternón.

—Omnius puede enviar más máquinas, o fabricar refuerzos utilizando las industrias cautivas de Giedi Prime —dijo Pinquer Jibb con voz tensa—. A menos que pongamos en funcionamiento el complejo generador secundario.

—Eso es lo que haremos —dijo Serena—. La milicia local se dispersó por el continente habitado, y parece que los regimientos fronterizos han pasado a la clandestinidad. Si nos ponemos en contacto con ellos y los organizamos, quizá podríamos combatir a los conquistadores.

—Yo puedo colaborar en eso —insistió Jibb—. Es nuestra única oportunidad.

—Yo sigo diciendo que es una locura —intervino Wibsen —. Pero qué demonios. No dije que fuera a achantarme.

—¿Está la nave preparada? —preguntó Serena.

—Sí, pero existen muchas deficiencias en esta operación, si queréis saber mi opinión.

—Tengo en mi poder mapas y planos detallados de todos los aspectos de Giedi Prime y Giedi City —dijo Brigit Paterson—, incluyendo diagramas funcionales de los generadores de escudo secundarios. —Entregó un fajo de delgadas microfilmaciones llenas de información—. Pinquer dice que están actualizados.

Serena siempre había sido una experta en organización. Dos años antes, se había puesto al frente de un equipo de auxilio enviado a Caladan, un planeta no aliado al que habían huido miles de refugiados de los Planetas Sincronizados. En su cruzada más reciente, un año antes, había entregado tres transportes cargados de medicamentos al aislado Tlulaxa, cuyos habitantes padecían misteriosas enfermedades. Ahora que los mercaderes de carne de Tlulaxa les habían proporcionado ayuda médica y órganos cultivados en sus tanques biológicos (lo cual había salvado a su amado Xavier), pensaba que su esfuerzo había recibido una justa compensación.

Serena había pedido que le devolvieran el favor con el fin de organizar una misión que presentaba algunas similitudes con sus éxitos anteriores. Esperaba otro triunfo rotundo, pese a los peligros.

Serena paseó la vista alrededor de la mesa. Once personas que iban a desafiar a los conquistadores, pese a las probabilidades en contra.

Ort Wibsen había maniobrado entre los canales habituales para obtener un forzador de bloqueos veloz. Los ingenieros de Paterson habían equipado la nave con los mejores materiales experimentales que la mujer había conseguido sustraer de las fábricas de armamento. Serena, utilizando cuentas personales y documentos falsificados, había pagado los gastos del veterano comandante. Deseaba

a toda costa que su impetuosa misión se viera coronada por el éxito.

—Todas las personas de la liga han perdido a un ser querido en ataques de las máquinas pensantes, y ahora vamos a hacer algo al respecto.

—Pongamos manos a la obra —dijo Pinquer Jibb—. Ha llegado el día de la venganza.

Aquella noche, Serena y Xavier cenaron a solas en el majestuoso comedor. Los camareros iban de un lado a otro con chaquetas de tonos rojos y dorados y pantalones negros.

Mientras daba cuenta de los filetes de pato, Xavier hablaba muy animado de los planes de movilización de la Armada y los métodos de proteger a los planetas de la liga.

—No hablemos de trabajo esta noche. —Serena se puso en pie con una sonrisa deslumbrante y se sentó a su lado, muy cerca—. Quiero saborear cada momento que paso contigo, Xavier —dijo, sin revelar su plan.

Xavier sonrió a su vez.

—Después del gas venenoso, poco más puedo saborear, pero tú eres mejor que el banquete más delicado o el perfume más embriagador.

Serena acarició su mejilla.

—Creo que deberíamos ordenar a los criados que volvieran a sus aposentos. Mi padre está en la ciudad y mi hermana no volverá en toda la noche. ¿Vamos a desperdiciar este tiempo de que gozamos para estar a solas?

Xavier la acercó a sí y sonrió.

—De todos modos, no tengo hambre.

—Yo sí.

Le besó la oreja, la mejilla, y por fin la boca. Xavier pasó las manos por su pelo, acarició su nuca y la besó con pasión.

Dejaron los restos de la cena en la mesa. Ella cogió su mano y los dos corrieron a sus aposentos. La puerta era pesada, y se cerraba con facilidad. Serena ya había encendido un fuego en la chimenea, que proyectaba un resplandor anaranjado en la habitación. Se besaron una y otra vez, mientras intentaban desabrochar cordones y botones sin separarse.

Serena apenas podía controlar su deseo, no solo sentir sus caricias, sino grabar cada sensación en su mente. Xavier ignoraba que ella iba a marcharse después, y ella necesitaba recordar aquella noche, que compensaría su separación.

Los dedos de Xavier fueron como fuego cuando recorrieron su espalda desnuda. Serena solo podía pensar en aquel momento, mientras le quitaba la camisa.

Con el recuerdo del abrazo de su amante todavía vivo en las terminaciones nerviosas de su cuerpo, Serena marchó de la mansión. Se perdió en la noche, dispuesta a reunirse con su equipo en una pista particular situada en las afueras del espaciopuerto de Zimia.

Ansiosa por partir, la angustia contenida por su optimismo, se reunió con los diez voluntarios. Despegaron al cabo de una hora en la nave repleta de herramientas de ingeniería, armas y esperanza.

29

> Una y otra vez, la religión ha derribado imperios, pudriéndolos desde dentro.
>
> IBLIS GINJO,
> planes preliminares para la Yihad

El conquistado planeta Tierra parecía ser un vertedero para los grandiosos monumentos que celebraban las glorias ficticias de los titanes.

El capataz de la cuadrilla, que paseaba sobre una plataforma de madera elevada, contemplaba otro enorme proyecto en construcción, diseñado por la imaginación engreída de los cimeks. Su gente eran buenos trabajadores, dedicados en cuerpo y alma a él, pero el proyecto se le antojaba absurdo. Cuando el trabajado pedestal estuviera acabado y apuntalado con arcos reforzados, se convertiría en la plataforma de una estatua colosal que representaría la forma idealizada del titán Ajax.

Iblis Ginjo, uno de los humanos más respetados de la Tierra, se tomaba su trabajo muy en serio. Estudió el grupo de esclavos que iban de un lado a otro. Les había convencido de que fueran entusiastas, y se había ganado su atención mediante frases bien elegidas y recompensas,

aunque Iblis detestaba desperdiciar tanta lealtad y esfuerzo en un matón brutal como Ajax.

De todos modos, cada persona interpretaba un papel en la gigantesca maquinaria de la civilización. Iblis tenía que asegurarse de que funcionara bien, al menos bajo su control.

El líder de la cuadrilla no tenía por qué estar presente en la obra. Sus subordinados de confianza podían supervisar los trabajos bajo el ardiente sol, pero Iblis prefería esto a sus otras responsabilidades. Al ver que les vigilaba, parecía que los esclavos atacaban sus tareas con más vigor. Se enorgullecía de lo que eran capaces de lograr, si se les llevaba bien, y ardían en deseos de complacerle.

De lo contrario, dedicaría interminables horas a preparar nuevos esclavos y a distribuirlos entre las diversas cuadrillas. Con frecuencia, los indisciplinados necesitaban un adiestramiento especial, o bien se rebelaban con violencia, problemas que alteraban la tranquilidad del trabajo cotidiano.

Erasmo, el independiente y excéntrico robot, había dado en fecha reciente la orden de inspeccionar a los esclavos hrethgir capturados en Giedi Prime, en particular cualquier humano que mostrara cualidades de independencia y liderazgo. Iblis estaría alerta al descubrimiento del candidato adecuado..., sin atraer la atención sobre sí mismo.

Le importaban un bledo los objetivos de Omnius, pero como capataz gozaba de ciertas consideraciones basadas en la productividad. Si bien tales prebendas hacían la vida tolerable, distribuía la mayor parte de las recompensas entre sus cuadrillas.

Iblis, de cara ancha y pelo espeso que caía sobre su frente, poseía una apariencia fuerte y viril. Capaz de hacer

trabajar más a sus esclavos que cualquier capataz, conocía las mejores herramientas e incentivos, la manipulación de las promesas antes que las amenazas. Comida, días de descanso, servicios sexuales proporcionados por las esclavas en edad fértil, lo que fuera necesario para motivarles. Incluso le habían pedido que divulgara sus opiniones en la escuela de sirvientes humanos, pero sus técnicas no habían sido adoptadas por casi ningún humano privilegiado.

La mayoría de los capataces se decantaban por las privaciones y la tortura, pero Iblis lo consideraba un desperdicio. Había ascendido a su cargo gracias a la fuerza de su personalidad y la fidelidad que inspiraba a sus esclavos. Hasta los hombres más difíciles sucumbían a su voluntad. Las máquinas intuían su capacidad innata, de modo que Omnius le concedía libertad para trabajar a su antojo. Iblis contó media docena de monolitos que rodeaban el Foro, construido en lo alto de una colina, y cada pedestal sostenía la estatua gigantesca de uno de los Veinte Titanes, empezando por Tlaloc, seguido de Agamenón, Juno, Barbarroja, Tamerlán y Alejandro. Una inmensa reproducción de Ajax ocuparía el siguiente, no porque Ajax fuera tan importante, sino debido a su violenta impaciencia. Dante podía esperar, y Jerjes también.

Iblis era incapaz de recordar de memoria al resto de los titanes, pero siempre aprendía más de lo que deseaba cada vez que se erigía una estatua. Este trabajo nunca terminaba. Iblis había colaborado en la construcción de todas las ostentosas esculturas durante los últimos cinco años, primero como esclavo y luego como capataz.

El verano llegaba a su fin, pero la temperatura era superior a la normal. Sus esclavos utilizaban ropas

resistentes de color marrón, gris y negro, que solo necesitaban lavado o remiendos muy de vez en cuando.

Bajo la plataforma de Iblis, el jefe de una cuadrilla ladró órdenes. Algunos robots supervisores deambulaban entre los obreros, sin hacer el menor gesto por ayudarles. Ojos espía flotaban en lo alto, grabando todo para Omnius. Iblis ya apenas se fijaba en ellos. Los humanos eran laboriosos, ingeniosos y, al contrario que las máquinas, dúctiles, siempre que se les concedieran incentivos y recompensas, se les alentara de la forma correcta y guiara hacia el comportamiento adecuado. Las máquinas pensantes no podían entender las sutilezas, pero Iblis sabía que cada recompensa sin importancia multiplicaba por diez el rendimiento de sus trabajadores.

Lo normal era que los esclavos entonaran canciones de trabajo y se enzarzaran en competiciones entre las cuadrillas, pero ahora estaban silenciosos, y gruñían mientras levantaban bloques, si bien a veces también se quejaban en sus cubículos. Los cimeks estaban ansiosos por ver el pedestal terminado para erigir la estatua de Ajax, que otra cuadrilla estaba construyendo en otro lugar. Cada parte del proyecto seguía un calendario muy apretado, y los retrasos o la falta de calidad no estaban permitidos.

De momento, Iblis estaba contento de que su gente pudiera trabajar en paz, sin el escrutinio aterrador de Ajax. Iblis ignoraba dónde se encontraba el titán en este momento, pero rezó para que estuviera acosando a otros individuos indefensos. Tenía que trabajar y cumplir un programa.

En su opinión, los monolitos eran inútiles, enormes obeliscos, columnas, estatuas y fachadas grogipcias para edificios vacíos e innecesarios, pero no estaba en situación de cuestionar tales proyectos. Iblis sabía muy bien que los

monumentos complacían una necesidad psicológica de los tiranos usurpadores. Además, las obras mantenían ocupados a los esclavos, y se convertían en resultados visibles de su esfuerzo.

Tras la humillante derrota sufrida a manos de Omnius siglos antes, los titanes se habían esforzado sin tregua por recobrar su influencia perdida. Iblis pensaba que los cimeks habían perdido la razón, por mandar construir estatuas ciclópeas y pirámides solo para sentirse importantes. Se paseaban en espectaculares pero anticuados cuerpos mecánicos, y se jactaban de sus conquistas militares.

Iblis se preguntaba hasta qué punto eran ciertas. Al fin y al cabo, ¿quién podía contradecir a los que controlaban la historia? Era muy probable que los humanos asilvestrados de los planetas de la liga sostuvieran un punto de vista muy diferente sobre las conquistas.

Se secó el sudor de la frente y percibió el olor del polvo que se alzaba de la obra. Echó un vistazo a la libreta electrónica que sostenía en la mano, y comparó los progresos con el calendario. Todo marchaba bien, tal como era de esperar.

Divisó con sus ojos penetrantes a un hombre apoyado contra una pared a la sombra, que se estaba tomando un descanso no autorizado. Con una sonrisa, Iblis apuntó al individuo un arma *estimulante* y rozó su pierna izquierda con un rayo de energía. El esclavo se dio una palmada en la piel irritada y levantó la vista hacia Iblis.

—¿Intentas dejarme en mal lugar? —gritó Iblis—. ¿Y si Ajax apareciera de repente y te viera dormitando? ¿A quién mataría primero, a ti o a mí?

El hombre, avergonzado, se abrió paso a codazos entre los obreros sudorosos y reanudó su trabajo con renovados bríos.

Algunos capataces consideraban necesario matar a esclavos para dar ejemplo a los demás, pero Iblis nunca había acudido a esa táctica y juraba que nunca lo haría. Estaba seguro de que rompería el inexplicable hechizo que proyectaba sobre sus hombres. Le bastaba con demostrar decepción, y así trabajaban más.

Cada pocos días pronunciaba un discurso improvisado. En tales ocasiones, los esclavos recibían agua y períodos de descanso, lo cual les proporcionaba renovadas energías que compensaban el período de ocio. Su forma de hilvanar frases solía suscitar vítores y entusiasmo, y muy pocas preguntas por parte de los esclavos más atrevidos, los cuales no acababan de explicarse por qué debían sentirse emocionados por un monumento más. El talento del capataz residía en que podía ser muy convincente.

Iblis odiaba a las máquinas, pero ocultaba sus sentimientos con tal eficacia que sus superiores confiaban en él. Por un momento imaginó la destrucción de la supermente, y que él ocupaba su lugar. Mucho más que un simple esclavo humano de confianza. Menuda perspectiva: ¡Iblis Ginjo, dueño y señor absoluto de todo!

Desechó la fantasía. La realidad era un profesor muy duro, como ver a un cimek en un día hermoso. Si Iblis no terminaba obelisco a tiempo, Ajax pensaría en algún castigo extravagante para todos ellos.

El capataz haría lo imposible por cumplir los plazos.

30

> Cada uno de nosotros influye en los actos de la gente que conocemos.
>
> XAVIER HARKONNEN,
> comentario a sus hombres

Durante días, el tercero Xavier Harkonnen se quedó trabajando hasta muy entrada la noche en los planes defensivos para la liga. Desde su dulce noche con Serena (una brillante promesa de su futuro), se había dedicado en cuerpo y alma a la protección de la humanidad libre.

En Salusa, llevó a cabo simulacros de misiones, entrenó a nuevos combatientes, aumentó el número de naves de vigilancia en el perímetro del sistema y extendió la red de exploración para potenciar la capacidad de alerta. Ingenieros y científicos desmontaron y estudiaron las formas de combate abandonadas por los cimeks entre las ruinas de Zimia, con la esperanza de descubrir defectos y fallos. Cada vez que respiraba con sus pulmones nuevos, sentía más odio contra las máquinas pensantes.

Deseaba pasar más tiempo con Serena, soñar con dónde irían después de la boda, pero impulsado por la rabia y la culpabilidad de lo sucedido en Giedi Prime, Xavier se

sumergió en el trabajo. Si se hubiera concentrado en su misión principal, en lugar de fantasear como un colegial enamorado, tal vez habría reparado en los puntos débiles defensivos y ayudado al magno a prepararse. Hasta animar a terminar cuanto antes el generador de escudo secundario habría podido ser fundamental. Pero ahora ya era demasiado tarde.

Equivocaciones en teoría carentes de importancia podían dar como fruto acontecimientos de enorme trascendencia. Xavier se prometió que nunca más olvidaría sus responsabilidades, por ningún motivo. Si eso significaba pasar menos tiempo con Serena, ella lo comprendería.

Las reuniones de emergencia del estado mayor dieron como resultado una revisión de la estructura militar de la Armada, combinando los recursos y numerosas naves de guerra de todas las milicias locales planetarias. Se discutieron en detalle las necesidades defensivas especiales y la importancia táctica de cada planeta de la liga. El reclutamiento de la Armada aumentó hasta niveles inusuales. Las fábricas trabajaban día y noche para producir más naves y armas.

Xavier esperaba que fuera suficiente.

En su despacho, situado en el último piso del edificio del alto mando conjunto, mapas estelares electrónicos cubrían las paredes. Todas las mesas estaban sembradas de gráficas e informes. En cada fase del trabajo obtenía la aprobación del comandante supremo, quien a su vez repasaba los elementos clave con el virrey Butler.

Cuando dormía, Xavier lo hacía en su despacho o en los barracones subterráneos. Estuvo días sin ir a su mansión de Tantor, aunque su madre enviaba con frecuencia al pequeño Vergyl para entregarle platos preparados especialmente para él.

No sabía nada de Serena, y supuso que la hija del virrey estaría ocupada en su propio trabajo. Los dos jóvenes amantes eran iguales en su capacidad para imaginar prioridades a largo plazo... y en su independencia.

Decidido a renovar las defensas de la liga, Xavier se mantenía activo a base de cápsulas y bebidas estimulantes. Apenas reparaba en si era de día o de noche, enfrascado en la próxima reunión de su agenda. Miró las calles tranquilas y las luces de la ciudad desde la ventana de su oficina. ¿Desde cuándo había anochecido? Las horas se encadenaban unas con otras, y le arrastraban como un guijarro en un desprendimiento de tierra.

A la postre, ¿qué podía hacer un hombre solo? ¿Estaban ya condenados algunos planetas de la liga, a pesar de sus esfuerzos? Debido a las distancias entre los planetas y la lentitud de los viajes espaciales, las comunicaciones eran lentas, y las noticias solían llegar con mucho retraso a Salusa Secundus.

Su apego a los estimulantes le hacía sentir nervioso y cansado. Estaba despierto, pero tan destrozado por la fatiga que ya no podía concentrarse. Exhaló un profundo suspiro y parpadeó. En una esquina del despacho, su ayudante, el cuarto Jaymes Powder, había despejado un trozo de mesa y apoyado la cabeza sobre la madera pulida.

Cuando la puerta se abrió, el cuarto Powder no se movió, ni siquiera roncó, sino que siguió durmiendo como un muerto. Xavier se sorprendió al ver entrar al virrey Butler, también muy cansado.

—Hemos de poner en práctica lo que tengas preparado, Xavier. Los fondos están garantizados. Con el fin de levantar su moral, el pueblo ha de ver que hacemos algo.

—Lo sé, pero necesitamos más de una solución, señor. Que lord Bludd anime al sabio Holtzman a presentar las

ideas preliminares que esté desarrollando. —Se frotó los ojos—. Como mínimo, nos son precisas nuevas opciones para nuestro arsenal.

—Ya hablamos de esto anoche, Xavier, in extenso. —El virrey le miró de una forma extraña—. ¿No te acuerdas? Tiene varios prototipos casi terminados.

—Sí..., claro. Solo os lo estaba recordando.

Xavier cruzó la habitación y se sentó ante una pantalla de información interactiva, un sistema de alta seguridad que flirteaba con los peligros de un ordenador. El sistema electrónico era capaz de organizar y proporcionar datos fundamentales, pero carecía de conciencia. Muchos nobles, sobre todo Bludd de Poritrin, rechazaban el uso de esos toscos ordenadores, pero en momentos como el actual, dichos sistemas eran vitales.

Xavier pasó la mano sobre la pantalla, efectuó modificaciones en su informe al Parlamento, incluyendo un compendio de apéndices con datos específicos de cada planeta, e imprimió el documento, copias del cual serían enviadas a cada planeta de la liga. Entregó la pila al virrey, quien leyó las recomendaciones y firmó su aprobación. A continuación, el padre de Serena salió a toda prisa del despacho, dejando abierta la puerta.

El cuarto Powder se removió y despertó, con ojos turbios. Xavier se acomodó en la silla de su mesa. Al otro lado de la habitación, la pantalla se encendió en una aurora de luz, cuando los técnicos la examinaron para comprobar que el sistema no contenía inteligencia artificial.

Mientras su ayudante volvía a dormitar, Xavier se sumió también en el sueño. Soñó que Serena había desaparecido, junto con una nave y un equipo militar. Se le antojó surrealista, aunque plausible..., y después comprendió sobresaltado que ya no estaba dormido.

Powder estaba de pie ante su mesa con otro oficial, escuchando las malas noticias.

—¡Se ha llevado un forzador de bloqueos, señor! Modificado con blindajes y armas costosas. La acompaña un comando, bajo las órdenes de un antiguo veterano, Ort Wibsen.

Xavier luchó por liberarse de la confusión inducida por el cansancio. Después de frotarse los ojos, se quedó sorprendido al ver que Octa estaba detrás de los dos hombres. Sostenía en su pálida mano un collar de diamantes negros centelleantes, colgando de una cadena de oro, que se apresuró a entregarle.

—Serena me dijo que esperara cinco días, y que después te lo diera.

Octa parecía etérea, delicada. Se apartó a un lado, sin mirarle a los ojos.

En busca de respuestas, Xavier sacó el collar de la cadena. Cuando tocó los diamantes negros, el sudor de su mano activó un diminuto proyector que mostró una pequeña imagen holográfica de Serena. La miró, estupefacto y aterrado. Daba la impresión de que la imagen le miraba solo a él.

—Xavier, amor mío, he ido a Giedi Prime. La liga habría discutido el problema durante meses, mientras el pueblo sojuzgado sufre. No puedo permitirlo. —Su sonrisa era enternecedora, pero esperanzada—. Cuento con un equipo compuesto por los mejores ingenieros, comandos y especialistas en infiltración. Tenemos todo el equipo y experiencia necesarios para entrar en el planeta sin ser localizados y activar el transmisor de escudo secundario. Terminaremos la construcción e instalaremos los sistemas, lo cual nos permitirá aislar el planeta de las naves de las máquinas pensantes, al tiempo que las de superficie quedan

atrapadas. Has de venir con la Armada y reconquistar este planeta. Contamos contigo. Piensa en lo mucho que podemos ayudar a la humanidad.

Xavier no daba crédito a sus oídos. La imagen de Serena continuó recitando el mensaje grabado.

—Te esperaré allí, Xavier. Sé que no me decepcionarás.

Xavier apretó las manos hasta que los nudillos palidecieron. Si alguien podía salir triunfante de semejante misión, era Serena Butler. Era impetuosa, pero al menos intentaba hacer algo. Y sabía que su decisión obligaría a los demás a actuar.

Octa empezó a llorar en voz baja a su lado. El virrey Butler entró en el despacho como una exhalación, consternado por lo que había oído.

—Muy propio de ella —dijo Xavier—. Ahora, hemos de pensar en una respuesta. No nos queda otro remedio.

31

> Pensad en la guerra como un comportamiento
>
> GENERAL AGAMENÓN,
> *Memorias*

En la arena bañada por el sol abrasador de la zona ecuatorial de la Tierra, Agamenón se preparaba para luchar contra la máquina gladiadora de Omnius. La supermente consideraba estos simulacros de combate un desafío para los titanes supervivientes, una forma de que descargaran su agresividad y se mantuvieran ocupados, pero para Agamenón significaba la oportunidad de asestar un golpe al enemigo verdadero.

Doscientos treinta años antes, esclavos humanos y robots habían terminado este coliseo semicircular abierto al aire libre para las batallas de Omnius. A la supermente le gustaba poner a prueba la capacidad destructiva de diferentes diseños robóticos. Vehículos blindados y sistemas de artillería conscientes podían enfrentarse en circunstancias controladas.

Mucho tiempo atrás, el genio Barbarroja había programado gusto por el combate y sed de conquista a la

inteligencia artificial que evolucionó hasta convertirse en Omnius. Ni siquiera mil años después la supermente había perdido su afición a la victoria.

A veces, en estas competiciones se enfrentaban hombres contra máquinas. Esclavos elegidos al azar entre cuadrillas de obreros recibían garrotes, explosivos o rayos cortantes, y salían a la arena a luchar contra robots. La violencia irracional de humanos desesperados nunca dejaba de desafiar a la mente calculadora de Omnius. En otras ocasiones, el ordenador omnipresente prefería demostrar su superioridad contra los cimeks.

En vistas al combate, Agamenón había dedicado considerables esfuerzos a diseñar su nuevo cuerpo de lucha. A veces, Omnius enviaba a luchar contra los titanes a sus modelos más significados. En otras, respondía con absurdas monstruosidades que nunca habrían sido prácticas en ningún tipo de lucha. Todo fuera por el espectáculo.

Meses atrás, cuando Barbarroja había conseguido una gran victoria contra Omnius, el cimek había solicitado permiso para atacar a los humanos libres como recompensa. Si bien el ataque contra Salusa Secundus había fracasado, la segunda tentativa de los titanes se había saldado con la conquista de Giedi Prime. Barbarroja se encontraba al mando de docenas de neocimeks encargados de sojuzgar a la población. De nuevo un titán se convertía en señor y dueño de un planeta. Al menos, era un paso en la dirección correcta...

Si hoy lograba vencer en la arena, Agamenón tenía sus propios planes.

Cuando las sirenas sonaron para anunciar el evento, Agamenón rodó hacia delante sobre extremidades flexibles y pasó entre las columnas de la Puerta de los Desafíos.

Sentía la energía de sus sistemas de movilidad, el latir de la energía que recorría sus senderos neuroeléctricos.

En el interior de la forma de gladiador, el núcleo corporal consistía en un par de esferas reforzadas, una rodeada por un blindaje opaco, la otra hecha de aleocristal transparente. Dentro del globo transparente colgaban los hemisferios blancogrisáceos de su cerebro humano, que flotaba en un electrolíquido azul pálido, conectado a mentrodos. Tenues descargas de fotones chisporrotearon en los lóbulos cerebrales cuando el cuerpo del cimek avanzó, dispuesto a luchar.

Alrededor de la esfera doble, voluminosos motores de impulsión zumbaban en el interior de cubiertas protectoras. Los motores hacían funcionar el sistema hidráulico de cuatro patas prensiles. Cada extremidad articulada terminaba en una masa de polímero metálico, capaz de adaptar la forma de un sinnúmero de armas.

Agamenón había construido esta forma feroz bajo la vigilancia de ojos espía que controlaban hasta el menor de sus movimientos. En teoría, Omnius archivaba dicha información en una parte aislada de su supermente, para no llevar una ventaja injusta en el combate. Al menos, eso afirmaba Omnius.

Mientras Agamenón esperaba, su oponente avanzó, controlado por la supermente. Omnius había elegido una forma provista de una armadura medieval exagerada: dos piernas enormes, con pies como los cimientos de un edificio y brazos que terminaban en puños enguantados, tan grandes como el núcleo corporal. Las proporciones eran exageradas, como el bravucón de la clase convocado en la pesadilla de un niño. Surgían púas de los gigantescos nudillos del robot, y descargas apocalípticas saltaban de un lado a otro del puño.

Agamenón avanzó al tiempo que alzaba sus extremidades frontales, similares a las de un cangrejo, cuyos extremos se convirtieron en garras. Aunque ganara el combate, la supermente no sufriría, ni siquiera se sentiría humillada por la derrota.

Por su parte, Omnius podía destruir por accidente el contenedor cerebral del titán. Cosas imprevistas ocurrían en estos combates, y tal vez Omnius, pese a la programación que le impedía matar de manera intencionada a un titán, contara con ello. Para Agamenón, el combate era algo muy serio.

Algunos observadores robóticos observaban desde los palcos con fibras ópticas potenciadas, pero guardaban silencio. Agamenón no necesitaba aplausos. Los demás asientos de piedra del coliseo estaban vacíos, y reflejaban la luz del sol. El gran estadio, como un sepulcro poblado de ecos, contaba con espacio suficiente para que los dos enemigos se despacharan a gusto.

Ninguna proclama precedió al combate, los altavoces no ofrecieron la menor información. Agamenón fue el primero en atacar.

El titán alzó sus brazos como látigos, reforzados con una película de diamante, y se lanzó hacia delante. Con sorprendente agilidad, el robot de Omnius levantó una enorme pierna y esquivó el ataque.

Agamenón atacó con otra extremidad delantera, coronada con una bola rompedora que disparaba rayos paralizantes. El guerrero de Omnius se estremeció al ser alcanzado en sistemas vulnerables. De repente, el gigante giró en redondo y golpeó con fuerza brutal el brazo segmentado del cimek. Ni siquiera la película de diamante pudo resistir el impacto, y la extremidad se desprendió de la cavidad flexible. El cimek, indiferente a la pérdida,

levantó un brazo cortante que se metamorfoseó en una confusión de hojas de diamante.

Agamenón desgarró el torso blindado de su contrincante, y cortó una serie de fibras de control neuroeléctrico. Un líquido verdusco se derramó de los canales lubricantes cercenados. El robot hizo girar su otro puño erizado de púas, pero Agamenón se apartó a un lado.

La fuerza del golpe provocó que el robot gladiador perdiera el equilibrio. Agamenón levantó dos brazos cortantes y acuchilló las articulaciones del brazo con hierros al rojo vivo. Encontró puntos vulnerables con facilidad sorprendente, y el brazo derecho del gigante colgó inutilizado, una maraña de fibras neuroeléctricas y líquidos conductores.

Omnius hizo retroceder dos pasos a su robot para analizar los daños. Agamenón aprovechó su ventaja y acortó distancias. Entonces, desveló su primera gran sorpresa.

Una trampilla se abrió en un compartimiento oculto dentro del anticuado alojamiento del motor, y salieron disparados ocho cables reforzados de fibras conductoras, cada uno terminado en una garra conectora magnética. Los cables volaron como un nido de víboras sobresaltadas y se hundieron en el robot gigante. En cuanto los extremos alcanzaron su objetivo, Agamenón liberó una poderosísima descarga eléctrica.

El general cimek esperaba que aquel ataque traicionero acabaría con el robot de combate, pero Omnius debía de haber protegido bien a su guerrero. Agamenón lanzó otra descarga, como el picotazo de un escorpión, pero el gladiador de Omnius no cayó, sino que proyectó su puño enguantado con la fuerza de una locomotora.

El puño erizado de púas chocó contra la esfera protectora transparente que contenía el cerebro incorpóreo, y una tenue telaraña de grietas apareció en el cristal. El electrolíquido se derramó por las rendijas como sangre azul. Los mentrodos se rompieron, y el cerebro cayó de sus cables suspensores, colgando expuesto en el aire caliente.

Eso podía significar la muerte de Agamenón.

Pero el general cimek había engañado a Omnius. El cerebro protegido dentro del contenedor transparente no era más que una celada, una reproducción sintética de sus contornos cerebrales. El auténtico cerebro de Agamenón se hallaba en el interior de la esfera opaca metálica, desde la cual controlaba la forma de gladiador. Seguro e intacto.

No obstante, Agamenón estaba furioso y estupefacto. Omnius había demostrado su voluntad de infligir severos daños al titán más poderoso e ingenioso de todos. Por lo visto, las ansias de ganar de Omnius parecían capaces de imponerse a sus restricciones de programación. ¿O acaso la supermente estaba enterada de la treta desde el primer momento? Agamenón reaccionó con furor vengativo.

Al tiempo que se alejaba a la mayor velocidad posible, disparó la esfera que contenía el falso cerebro contra el núcleo corporal del gigantesco robot.

Después, Agamenón se agachó, levantó sus extremidades blindadas y bajó su contenedor cerebral entre las filas de gruesas extremidades para protegerse, como una tortuga escondiéndose dentro del caparazón.

La esfera chocó contra el gladiador y estalló. El cerebro falso estaba hecho de espuma sólida de alta energía. La explosión decapitó al robot y desgarró su torso. La onda de choque bastó para derrumbar parte del muro más cercano del coliseo.

Agamenón había sobrevivido, y el gladiador de Omnius estaba destruido.

—¡Excelente, general! —La voz electrónica resonó en la arena desde los altavoces, en tono muy complacido—. Una maniobra altamente novedosa y agradable.

Agamenón todavía se preguntaba si Omnius sabía que el cerebro visible era falso. O quizá la supermente había descubierto una forma de sortear las protecciones restrictivas que Barbarroja había instalado tanto tiempo antes. Ya nunca estaría seguro de si la supermente le dejaría morir en combate alguna vez. Tal vez Omnius quería evitar que los titanes se sintieran demasiado triunfadores o supervalorados, en especial Agamenón.

Solo Omnius lo sabía con toda certeza.

Entre las llamas y el humo que se elevaban de los restos de la monstruosa máquina, Agamenón alzó su forma, el vencedor incuestionable.

—Te he derrotado, Omnius. Reclamo mi recompensa.

—Por supuesto, general —contestó de buen humor el robot—. No hace falta que verbalices tu deseo. Sí, permitiré que tú y tus cimeks asestéis más golpes a los hrethgir. Divertíos.

32

Los supervivientes aprenden a adaptarse.

ZUFA CENVA,
discurso a las hechiceras

En la impecable cabina del *Viajero onírico*, Vorian Atreides y Seurat volvían a viajar entre sistemas estelares, recogiendo y entregando actualizaciones de Omnius para mantener la congruencia de la supermente distribuida por todos los Planetas Sincronizados. Intercambiaban actualizaciones con otras copias de la supermente, sincronizaban las encarnaciones de Omnius y partían con nuevos datos que distribuirían entre las redes. A Vor le encantaba ser un humano de confianza.

Los días transcurrían en el espacio, eternamente iguales. La extraña pareja realizaba sus labores con eficacia. Seurat y el pequeño grupo de robots de mantenimiento se encargaban de la limpieza y eficacia óptima de la cabina, mientras que Vor dejaba de vez en cuando manchas de comida o bebida, algunas cosas a medio terminar o desordenadas.

Como de costumbre, Vor se hallaba ante una consola interactiva del apretado compartimiento trasero,

investigando en la base de datos de la nave con el fin de obtener más información sobre sus destinos. Le habían enseñado las ventajas de destacarse sobre los demás humanos privilegiados de la Tierra. El ejemplo de su padre, un hombre desconocido que había llegado a ser el más grande de los titanes, conquistador del Imperio Antiguo, le enseñaba lo que un simple humano podía lograr.

Le sorprendió ver que la ruta normal del *Viajero onírico* había cambiado.

—¡Seurat! ¿Por qué no me dijiste que habíamos conquistado un nuevo planeta? Nunca había oído hablar de este... Giedi Prime, en el sistema de Ophiuchi B. Antes estaba catalogado como un sólido planeta de la liga.

—Omnius programó ese destino en nuestra ruta antes de que partiéramos de la Tierra. Esperaba que tu padre lo hubiera conquistado en el momento de nuestra llegada. Omnius confía en que Agamenón se sacará la espina del fracaso en Salusa Secundus.

Vor se sintió orgulloso de que su padre hubiera domado otro planeta para las máquinas pensantes.

—No me cabe duda de que todo habrá concluido cuando lleguemos, y nuestras fuerzas estarán acabando con la resistencia.

—Lo sabremos cuando lleguemos —dijo Seurat—. Aún faltan meses.

En muchas ocasiones se enzarzaban en competiciones humanas tradicionales que encontraban en las bases de datos, como el póquer o el backgammon. En otras, Vorian inventaba un nuevo juego, fijaba una serie de normas absurdas, y después procedía a derrotar a Seurat, hasta

que el robot autónomo aprendía a manipular las reglas por sí mismo.

Los dos iban empatados, pero con habilidades muy diferentes. Mientras Seurat destacaba en los juegos de estrategia y era capaz de calcular muchos movimientos por anticipado, Vor echaba mano a menudo de giros innovadores para ganar. A Seurat le costaba comprender el comportamiento errático del humano.

—Puedo seguir las consecuencias de un acontecimiento humano en una progresión lógica, pero no entiendo cómo consigues transformar un comportamiento impulsivo e ilógico en una estrategia eficaz. No existe relación causa-efecto.

Vor sonrió.

—Detestaría verte calcular una respuesta *irracional*, vieja Mentemetálica. Déjalo a los expertos como yo.

El hijo de Agamenón también era un experto en tácticas y estrategias militares, un talento que había desarrollado gracias a sus estudios de las grandes batallas de la historia humana antigua, tal como las había documentado Agamenón en sus extensas memorias. El general cimek no ocultaba que esperaba ver a su hijo convertido algún día en un genio militar.

Siempre que Seurat perdía en alguna contienda concreta, insistía en su irritante hábito de distraer a Vor con chistes, trivialidades o anécdotas, con la intención de interesar al joven. Desde que el capitán mecánico conocía a su copiloto humano, Seurat había acumulado y analizado información, preparándola para usos futuros. El capitán robot había tomado la costumbre de sacar a colación temas que absorbían a Vor y llenaban su cabeza de ideas.

Seurat hablaba sin cesar de la legendaria vida de Agamenón, y añadía detalles que Vor nunca había leído en

las memorias: grandes batallas ganadas por los titanes, planetas que habían sumado a los Planetas Sincronizados, formas de combate que Agamenón había diseñado para utilizar en combates de gladiadores. En una ocasión, el robot inventó una historia absurda acerca de que el general había perdido, literalmente, la cabeza. El contenedor cerebral del cimek se soltó de su forma móvil y rodó por la pendiente de una colina, mientras el cuerpo mecánico, en programación automática, había tenido que ir a buscarlo.

Sin embargo, Vorian había descubierto hacía poco una información más inquietante de la que el robot pudiera revelarle. Entre partidas y desafíos, investigaba las bases de datos, releía los fragmentos favoritos de las memorias de su padre, e intentaba encontrar un sentido a las minuciosas observaciones de Omnius. En una de tales ocasiones, Vor descubrió que su padre había engendrado otros doce hijos. Vorian nunca había supuesto que fuera el único, pero... ¡doce hermanos desconocidos! Era lógico que el gran general hubiera querido tener descendientes dignos de su legado.

Peor aún, descubrió que cada uno de esos doce hijos había constituido un fracaso. Agamenón no encajaba las decepciones con alegría, y había matado a su progenie inaceptable, aunque habían sido humanos privilegiados como Vor. El último había sido ejecutado menos de un siglo antes. Ahora, todas las esperanzas de Agamenón estaban depositadas en Vor, pero no era necesariamente la única alternativa. Agamenón debía tener más esperma almacenado, por lo cual Vor era tan prescindible como los demás.

Después de averiguar ese dato, Vor se quedó inmune a los intentos de Seurat por distraerle.

Vor estaba sentado a la mesa, contemplando el tablero de juego proyectado, y reflexionaba sobre su siguiente movimiento. Sabía que Seurat no podía decidir lo que estaba pasando en el interior de la impredecible mente humana. Pese a toda su sofisticación e independencia, el robot solo acumulaba datos externos, pero sin reconocer las sutilezas.

El humano sonrió apenas, pero el robot se dio cuenta.

—¿Me vas a gastar alguna jugarreta? ¿Ejercitas algún poder humano oculto?

Vor continuó sonriendo y mirando el tablero. Era una competición de multijuegos, que tenía lugar dentro de una pantalla tridimensional encastrada en la mesa. Dentro de una amplia selección de juegos, cada jugador intentaba elegir un torneo o situación que le beneficiara, y después efectuar un movimiento. Iban empatados, y el siguiente punto dirimiría la contienda.

Los diversos juegos aparecían al azar, y cada vez Vor solo contaba con unos pocos segundos para realizar el movimiento. El antiguo juego terráqueo del parchís apareció en la paleta de selecciones. No le beneficiaba. Desfilaron más opciones. A continuación, vio un juego más adecuado para máquinas, por la cantidad de memoria que requería. Lo dejó pasar. Aparecieron otros dos juegos que no le gustaron, seguidos por una mano de póquer.

Confiado en la suerte y los faroles, Vor miró al capitán robot, que no comprendía la estrategia de los faroles ni el *talento* del azar. La expresión de Vor era inescrutable, y rió al ver la confusión que expresaba la cara de Seurat.

—Estás perdido —dijo Vor—. Y has perdido. —Cruzó los brazos sobre el pecho, satisfecho después de que el robot diera su brazo a torcer—. No es solo la puntuación, sino la forma en que intentas ganar.

Seurat respondió que no quería jugar más, y Vor se rió de él. —¡Te has enfadado, Mentemetálica!

—Estoy volviendo a analizar mi táctica.

Vor palmeó el hombro de su contrincante, como para consolarle.

—¿Por qué no te quedas aquí y practicas, mientras yo piloto la nave? Giedi Prime está todavía muy lejos.

33

> Los remordimientos son numerosos, y yo ya tengo bastantes.
>
> SERENA BUTLER,
> memorias inéditas

El forzador de bloqueos no solo era veloz y difícil de ver en los cielos oscuros de Giedi Prime, sino que sus sofisticados sistemas permitían que pasara desapercibido en casi cualquier situación. Serena confiaba en que Ort Wibsen sería capaz de guiar a su comando hasta la isla aislada del mar del norte, donde empezaría su trabajo.

Pinquer Jibb había aportado los gráficos, planos y códigos de acceso de las torres secundarias, en el caso de que algún sistema continuara intacto. Sin embargo, pese a los excelentes ingenieros y consejeros militares, la misión no iba a resultar sencilla.

Después del largo viaje desde Salusa, surcaban en silencio el cielo oscuro, al tiempo que estudiaban la masa de tierra que sobrevolaban. Los invasores habían desconectado partes innecesarias del sistema eléctrico, y las ciudades estaban sumidas en una negrura absoluta. Al

fin y al cabo, las máquinas podían adaptar sus sensores ópticos a la oscuridad.

Serena ignoraba cuántos miembros de la milicia local habían sobrevivido. Confiaba en que algunos hubieran pasado a la clandestinidad después de la conquista de las máquinas, tal como había prometido el desesperado correo Jibb. En cuanto su comando reactivara los escudos descodificadores, los milicianos supervivientes jugarían un papel crucial en la reconquista del planeta. Contaba con que Xavier acudiría en su ayuda con naves de la Armada, aprovechando su influencia.

Serena estaba sentada en el compartimiento de pasajeros de la nave, ansiosa por empezar. Su padre ya habría reparado en su ausencia, y esperaba que Xavier hubiera partido en dirección a Giedi Prime al mando de sus fuerzas. Si no venía, su misión estaría condenada al fracaso, al igual que ella y su equipo.

Xavier estaría preocupado por ella, irritado por el peligro al que se había expuesto. Pero si lograba resultados positivos, todos sus esfuerzos estarían justificados.

Lo único que importaba era la misión.

El viejo Wibsen, inclinado hacia delante en la cabina, examinaba las regiones polares con el fin de localizar la estación de transmisión inacabada. Serena tan solo había echado un vistazo al informe de Xavier, pero sabía que las máquinas, ocupadas en sojuzgar a la población de Giedi Prime, no se habrían molestado en explorar una isla aislada del ártico. Mientras no llamaran la atención, tal vez los ingenieros de Brigit Paterson podrían terminar su trabajo sin ser molestados.

El veterano estudiaba una consola de instrumentos, mientras se rascaba la barba incipiente que cubría sus mejillas. Después de su jubilación forzosa, Wibsen no había

mantenido una apariencia militar. Ahora, al concluir su larga travesía espacial, parecía más desastrado que nunca, pero Serena no le había reclutado por su vestimenta o higiene personal.

El hombre contemplaba franjas y puntos de luz en la pantalla del escáner.

—Esa tiene que ser la isla. —Emitió un gruñido de satisfacción y empezó a oprimir botones, como un músico que tocara un teclado para abrirse paso entre la red sensora de las máquinas—. El revestimiento de camuflaje de nuestro casco debería bastar para atravesar sus sistemas de vigilancia. Yo diría que tenemos un sesenta o un setenta por ciento de posibilidades.

Serena aceptó la sombría realidad.

—Eso es más de lo que ha gozado la población de Giedi Prime. —De momento —replicó Wibsen.

Brigit Paterson entró en la cabina, sin perder el equilibrio cuando las turbulencias sacudieron la nave.

—La Armada nunca habría aceptado correr este riego. Se habrían olvidado de Giedi Prime hasta que las circunstancias fueran favorables.

—Tendremos que enseñarles cómo se hacen las cosas —dijo Wibsen. Serena deseó que Xavier estuviera a su lado, para tomar juntos las decisiones.

El forzador de bloqueos camuflado atravesó la atmósfera y descendió hacia el mar helado.

—Es hora de desaparecer de vista —dijo el veterano—. Agarraos bien.

La nave se hundió bajo las aguas como un hierro al rojo vivo. La superficie apenas se onduló. Después, la nave viró hacia el norte, en dirección a las coordenadas de la isla rocosa donde un nervioso magno Sumi había construido sus transmisores de escudo secundarios.

—Yo diría que estamos lo bastante lejos del radio de acción de sus sensores —dijo Serena—. Podemos respirar tranquilos un rato. Wibsen enarcó las cejas.

—Yo aún no había empezado a sudar.

Como para contradecir su comentario, reprimió un ataque de tos mientras dirigía la nave. El anciano maldijo su salud y la jeringa implantada en su pecho.

—Comandante, no pongas en peligro la misión por culpa de tu tozudo orgullo —le reprendió Serena.

La nave se inclinó a un lado y crujió. Algo chisporroteó debajo de un mamparo.

—¡Malditas turbulencias! —Wibsen, congestionado, recuperó el control de la nave, y luego se volvió hacia Serena—. En este momento soy el chófer. Me relajaré en cuanto os haya desembarcado.

La nave se deslizó bajo la superficie durante una hora, a la profundidad suficiente para esquivar los fragmentos de hielo flotantes de las regiones polares, y por fin les condujo hasta una bahía protegida. En las pantallas de la cabina, la isla parecía desnuda y rocosa, una masa de hielo y acantilados negros.

—No tiene pinta de refugio paradisíaco —comentó Wibsen.

—El magno Sumi no la eligió por su belleza —dijo Brigit Paterson—. Desde aquí, una proyección polar es sencilla y eficaz. Estos transmisores cubren todas las masas de tierra deshabitadas.

Wibsen guió el forzador de bloqueos hasta la superficie.

—Sigo diciendo que es un lugar muy feo —gruñó. Empezó a toser de nuevo cuando penetraron en el puerto rodeado de acantilados, peor que antes—. Justo en el momento preciso. —Parecía más irritado que preocupado—.

Seguiremos el curso en piloto automático. Decid a Jibb que venga. Al fin y al cabo, conoce el territorio.

Pinquer Jibb echó un vistazo a la isla, decepcionado al parecer cuando vio que los trabajos aún no habían terminado. Se hizo cargo de los controles y guió la nave hacia los muelles abandonados de la isla. Después de detener los motores, abrió las escotillas.

Un amanecer púrpura teñía como un moratón la parte norte del cielo. Serena respiró el aire puro pero gélido, protegida con ropa de abrigo. El aspecto de la isla era ominoso, y parecía desierta.

Más reconfortante fue la visión de las torres plateadas, de lados parabólicos y rejillas metálicas. Estaban cubiertas de hielo y escarcha, pero daba la impresión de que los invasores no las habían tocado.

—En cuanto las conectemos, los robots no sabrán qué ha pasado —dijo Wibsen cuando salió, recuperado en apariencia. Sopló un chorro de vapor en sus manos.

Serena siguió contemplando las torres, con una expresión decidida y esperanzada en su rostro. Brigit Paterson asintió.

—Aun así, tenemos mucho trabajo que hacer.

34

> En tiempos de guerra, todo el mundo se jacta de contribuir al esfuerzo bélico. Algunos lo hacen de boquilla, algunos aportan ayuda económica, pero muy pocos están dispuestos a sacrificarlo todo. Por eso, en mi opinión, hemos sido incapaces de derrotar a las máquinas pensantes.
>
> ZUFA CENVA,
> *El arma de Rossak*

Cuando contempló a las catorce jóvenes hechiceras, elegidas entre las más potentes y devotas que Rossak había formado jamás, Zufa Cenva comprendió que estas mujeres no eran la única esperanza de la humanidad. No eran la única arma de que disponían contra los terribles cimeks. Pero significaban un elemento fundamental en el esfuerzo bélico.

Zufa miró a sus alumnas con amor y compasión. Nadie, en todos los planetas de la liga, confiaba más en el triunfo ni luchaba más por alcanzar la victoria. Dio la impresión de que su corazón iba a estallar cuando las vio concentrarse

en el objetivo definitivo. Si todo el mundo pudiera hacer lo mismo, no tardarían en derrotar a las máquinas pensantes.

Como había hecho meses antes, Zufa guió a su grupo de élite hacia el corazón de la selva, donde podrían poner en práctica sus habilidades y convocar el poder. Cada una de estas mujeres era el equivalente a una ojiva psíquica. Zufa, bendecida desde su nacimiento con más talentos que cualquiera de ellas, les había enseñado sus métodos, las había empujado poco a poco hasta sus límites.

Les había enseñado a desatar increíbles capacidades telepáticas, y a controlarlas. Las mujeres habían respondido con admirable precisión, superando las expectativas más optimistas de Zufa.

Pero sus esfuerzos debían aplicarse a algo.

Tomó asiento sobre un tronco cubierto de hongos. Las copas de los árboles formaban un espeso dosel envuelto en sombras. El follaje purpúreo filtraba el agua de la lluvia, y gotas como lágrimas caían en el suelo esponjoso, frescas y potables. Insectos de buen tamaño y roedores erizados de púas hormigueaban por todas partes, indiferentes al experimento que las hechiceras estaban a punto de empezar.

—Prestad atención. Relajaos..., pero estad preparadas para concentraros con toda vuestra fuerza cuando yo os lo ordene.

Zufa miró a las mujeres, todas altas y pálidas, de piel translúcida y pelo blanco reluciente. Parecían ángeles de la guarda, seres luminosos enviados para proteger a la humanidad de las máquinas pensantes. ¿Podía existir otro motivo de que Dios les hubiera concedido tales poderes?

Su mirada escrutó un rostro tras otro: Silin, la intrépida e impulsiva; Camio, la creativa, que improvisaba formas de lucha; Tirbes, que aún no había descubierto todas sus

posibilidades; Rucia, que siempre se decantaba por la integridad; Heoma, con su poder todavía sin pulir..., y nueve más. Si Zufa pidiera una voluntaria, todas sus elegidas solicitarían el honor.

Su tarea consistía en elegir la primera mártir. Xavier Harkonnen ya estaba ansioso por partir hacia Giedi Prime.

Amaba a sus alumnas como si fueran hijas suyas..., y lo eran, en un sentido muy real, porque seguían sus métodos, potenciaban sus posibilidades. Estas jóvenes eran tan diferentes de Norma...

Las catorce mujeres se erguían inmóviles ante ella, en apariencia contentas y serenas, pero tensas por dentro. Tenían los ojos entrecerrados. Sus aletas nasales se ensanchaban al respirar, contaban los latidos del corazón y utilizaban técnicas de biorregeneración innatas para alterar las funciones corporales.

—Empezad a alimentar el poder en vuestra mente. Sentidlo como electricidad estática antes de una tormenta.

Vio que su expresión se alteraba apenas.

—Id aumentando el poder. Imaginadlo en vuestro cerebro, pero no perdáis el control. Paso a paso. Sentid el aumento de la energía, pero no la liberéis. Controladla.

Zufa sintió que la energía crepitaba a su alrededor. Sonrió.

Zufa volvió a sentarse en el tronco, debilitada, pero no osó revelarlo. Su reciente aborto, cuando había expulsado el monstruoso retoño de Aurelius Venport, la había dejado sin fuerzas, pero había mucho trabajo que hacer, y no podía aplazarse ni delegarse. Los planetas de la liga dependían de ella, sobre todo ahora.

Todo el mundo confiaba en la hechicera, pero Zufa Cenva había cargado otro peso sobre sus hombros. En cada giro de los acontecimientos, sus planes y sueños se habían

venido abajo cuando la mente se negaba a llevar a cabo el esfuerzo o a correr los riesgos necesarios. Estas devotas alumnas parecían diferentes, y estaba segura de que no la decepcionarían. Con demasiada frecuencia, cuando ponía a prueba a otras personas, descubría que no estaban a la altura de sus expectativas.

—Un poco más —dijo—. Intensificad vuestro poder. Probad su alcance, pero siempre con cautela. Un error en este momento nos liquidaría a todas, y la raza humana no puede permitirse el lujo de perdernos.

La energía psíquica aumentó. El cabello claro de la hechicera empezó a elevarse, como si la gravedad hubiera fallado.

—Bien, bien. Continuad.

Su éxito la complacía.

La autoexaltación nunca había interesado a Zufa. Era una supervisora rigurosa y difícil, que no tenía paciencia ni compasión para los fracasos de los demás. No necesitaba riquezas como Aurelius Venport, ni alabanzas como Tio Holtzman, ni siquiera un poco de atención, como la que Norma parecía desear al convencer al sabio para que la tomara como aprendiza. Si Zufa Cenva era impaciente, tenía derecho a serlo. Vivían una época crítica.

La maleza se agitó cuando insectos y roedores huyeron de las ondas psíquicas, cada vez más potentes. Los árboles susurraron, hojas y ramitas se desprendieron como si intentaran huir de la selva. Zufa entornó los ojos y examinó a sus alumnas.

Estaban llegando a la parte más peligrosa. La energía mental había aumentado hasta el punto de que sus cuerpos empezaron a brillar. Zufa tuvo que utilizar sus habilidades para erigir una barrera protectora contra la presión

psíquica combinada que sentía en su mente. Un desliz, y todo se perdería.

Pero sabía que estas devotas aprendizas jamás cometerían tal equivocación. Comprendían lo que estaba en juego y las consecuencias. Zufa las miró con el corazón desgarrado.

Una de las alumnas, Heoma, proyectaba más energía que sus compañeras, pero aún mantenía el control. La fuerza destructiva podría abrasar con facilidad sus células cerebrales, pero Heoma la domeñaba, mirando sin ver mientras su pelo se agitaba como una tormenta.

De repente, cayó de lo alto un eslarpón, un animal recubierto de escamas con dientes afilados como agujas y grueso blindaje corporal. Se desplomó entre las jóvenes con un ruido sordo, enloquecido por las ondas mentales. Todo músculo y cartílago, se revolvió con sus poderosas mandíbulas y fuertes garras.

Tirbes, sobresaltada, dio un respingo, y Zufa sintió una oleada incontrolada de poder que surgía como un chorro de fuego.

—¡No! —gritó, y extendió las manos, al tiempo que utilizaba sus poderes para enmendar el desliz de la estudiante—. ¡Contrólate!

Heoma, con absoluta calma, señaló con el dedo al eslarpón como si estuviera borrando una mancha de una tabla magnética. Dibujó una línea de destrucción psíquica a lo largo del cuerpo del depredador. El eslarpón estalló en llamas, sus huesos se carbonizaron y su piel se convirtió en ceniza. Brotaron llamas de las cuencas vacías de sus ojos.

Las compañeras de Heoma se esforzaron por emplear sus fuerzas mentales, pero se habían distraído en un momento crítico y estaban perdiendo su precario control sobre sus arietes telepáticos. Heoma y Zufa mantenían una

serenidad sobrenatural, en contraste con los frenéticos esfuerzos de las demás. La fuerza psíquica combinada ondulaba y se agitaba.

—Replegaos —dijo Zufa con labios temblorosos—. Templad el poder. Sepultadlo en vuestro interior. Controladlo y devolvedlo a vuestra mente. Es una batería, y hay que conservarla cargada.

Respiró hondo y vio que todas sus guerrilleras psíquicas la estaban imitando. Poco a poco, cuando comenzaron a moderar sus esfuerzos constantes, la electricidad de la atmósfera fue remitiendo.

—Basta de momento. Esto es lo mejor que habéis hecho nunca. Zufa abrió los ojos y vio que todas las estudiantes la estaban mirando, Tirbes pálida y asustada, las demás asombradas por lo cerca que habían estado de la autoaniquilación. Heoma, una isla aparte, parecía impertérrita.

La maleza estaba retorcida y chamuscada, formando un amplio círculo a su alrededor. Zufa estudió el follaje ennegrecido, las ramitas caídas y los líquenes marchitos. Un momento más, y todas se habrían desintegrado en una bola de llamas telepáticas.

Pero habían sobrevivido. La prueba había constituido un éxito rotundo.

Una vez desaparecida la tensión, Zufa se permitió una sonrisa.

—Estoy orgullosa de todas vosotras —dijo, y hablaba en serio—. Vosotras..., mis armas..., estaréis preparadas en cuanto llegue la Armada.

35

> Las respuestas matemáticas no siempre se expresan de manera numérica. ¿Cómo se calcula el valor de la humanidad, o de una sola vida?
>
> PENSADORA KWYNA,
> archivos de la Ciudad de la Introspección

En la extravagante casa de Tio Holtzman, situada en lo alto de un acantilado, Norma Cenva dedicó tres días a acomodarse en su extenso laboratorio. Tenía mucho que hacer, mucho que aprender. Y lo mejor de todo era que el sabio estaba ansioso por escuchar sus ideas. No habría podido pedir más.

La tranquila Poritrin no recordaba en nada a las peligrosas selvas y cañones de lava de Rossak. Ardía en deseos de explorar las calles y canales de Starda, que divisaba desde los ventanales.

Pidió permiso a Holtzman para bajar al río, donde había visto a mucha gente llevar a cabo diferentes trabajos. Hasta se sentía culpable por tan humilde petición, en lugar de trabajar tenazmente por descubrir medios de luchar contra las máquinas pensantes.

—Mi mente está un poco cansada, sabio Holtzman, y siento curiosidad.

En lugar de mirarla con escepticismo, el sabio aceptó la idea de buena gana, como contento de encontrar una excusa para acompañarla.

—Te recuerdo que te pagan por pensar, Norma. Podemos hacerlo donde sea. —Apartó a un lado un fajo de borradores y bocetos—. Tal vez un poco de turismo te inspirará. Nunca se sabe cuándo o dónde surge la inspiración.

La guió por una escalera empinada que se aferraba a un acantilado sobre el Isana. Norma percibió el olor del río, a légamo e iba arrastrados desde las tierras altas. Por primera vez en su vida, sintió aturdida por las posibilidades que se le ofrecían. El sabio taba muy interesado en su imaginación, en su mente, escuchaba s sugerencias, al contrario que su madre, siempre desdeñosa.

Norma explicó una idea que se le había ocurrido aquella mañana.

—Sabio Holtzman, he estudiado vuestros escudos descodificadores. Creo que entiendo su funcionamiento, y me he preguntado p sería posible... ampliarlos.

El científico expresó un interés cauteloso, como temeroso de que fuera a criticar su invento.

—¿Ampliarlos? Ya abarcan la atmósfera de los planetas.

—Me refiero a una aplicación muy diferente. Vuestros descodificadores constituyen un concepto puramente defensivo. ¿Qué pasaría si utilizáramos los mismos principios para un arma ofensiva?

Escrutó su expresión, y detectó perplejidad, pero también ganas de escuchar.

—¿Un arma? ¿Cómo te propones lograr eso?

Norma contestó a toda prisa.

—¿Y si construyéramos un... proyector? Transmitir el campo al interior de una fortaleza de las máquinas pensantes, con el fin de desorganizar sus cerebros de circuitos gelificados. Casi como el impulso electromagnético de un estallido atómico en el aire.

El rostro de Holtzman se iluminó.

—¡Ahora lo entiendo! Su radio de acción sería limitado, y la energía necesaria desproporcionada. Pero tal vez... podría funcionar. Lo suficiente para neutralizar a las máquinas pensantes dentro de un perímetro sustancial. —Se dio unos golpecitos en la barbilla, entusiasmado por la idea—. Un proyector... ¡Estupendo, estupendo!

Caminaron por la orilla hasta que llegaron a la extensión maloliente de tierras bajas anegadas, salpicada de charcos lodosos. Cuadrillas de esclavos semidesnudos chapoteaban en esa zona, algunos descalzos, otros con botas altas hasta los muslos. A intervalos regulares, se veían pontones sobre los que descansaban barriles metálicos. Los esclavos iban y venían de los barriles, de los que extraían puñados del contenido, para luego hundir sus dedos en marcas trazadas en el barro.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Norma. Daba la impresión de que se dedicaran a garabatear adornos en el barro.

Holtzman forzó la vista, como si nunca se hubiera fijado en los detalles.

—¡Ah, sí! Están esparciendo alevines de almeja, diminutos moluscos que criamos a partir de huevos filtrados del agua del río. Cada primavera, los esclavos esparcen cientos de miles, tal vez millones. —Se encogió de hombros—. Las aguas se elevan de nuevo, cubren los viveros, y después bajan de nuevo. Cada otoño, las cuadrillas recogen los moluscos: almejas tan grandes como tu mano. —Alzó su

palma derecha—. Deliciosas, sobre todo fritas con mantequilla y setas.

Norma frunció el ceño cuando miró a los numerosos esclavos que chapoteaban en el agua. El concepto de obreros cautivos se le antojaba extraño y desagradable, incluidos los calculadores de Holtzman.

El científico no osó acercarse en exceso al hedor de los esclavos, pese a la curiosidad de Norma.

—Lo mejor es mantener la distancia.

—Sabio, ¿no te parece... hipócrita luchar por liberar a los humanos de la dominación de las máquinas, mientras al mismo tiempo algunos planetas de la liga utilizan esclavos?

El hombre pareció perplejo.

—Pero ¿cómo se podría trabajar en Poritrin, ya que carecemos de máquinas sofisticadas? —Cuando reparó por fin en la expresión turbada de Norma, tardó un momento en comprender el motivo de su preocupación—. ¡Ah, había olvidado que en Rossak no hay esclavos! ¿Estoy en lo cierto?

Norma no quiso criticar el estilo de vida de su anfitrión.

—No nos hacen falta, sabio. La población de Rossak es escasa, y hay muchos voluntarios que van a trabajar a la selva.

—Entiendo. Bien, la economía de Poritrin se basa en la mano de obra y el trabajo físico constante. Hace mucho tiempo, nuestros líderes decretaron un edicto prohibiendo toda maquinaria electrónica, tal vez una medida más radical que en otros planetas de la liga. No nos quedó otra alternativa que decantarnos por la mano de obra humana. —Sonrió y señaló las cuadrillas—. No es tan grave, Norma. Los vestimos y alimentamos. Ten en cuenta que estos obreros proceden de planetas primitivos donde llevaban

una existencia miserable, morían de enfermedades y malnutrición. Esto es un paraíso para ellos.

—¿Todos son de los Planetas No Aliados?

—Restos de colonias de fanáticos religiosos que huyeron del Imperio Antiguo. Todos budislámicos. Reducidos a desagradables niveles de barbarie, apenas civilizados, viven como animales. Al menos, la mayor parte de nuestros esclavos reciben una educación rudimentaria, sobre todo los que trabajan para mí.

Norma se protegió los ojos del sol y miró con escepticismo las formas encorvadas que trabajaban en los pantanos. ¿Estarían de acuerdo los esclavos con la ciega definición del científico?

La expresión de Holtzman se endureció.

—Además, esos cobardes están en deuda con la humanidad, por no combatir contra las máquinas pensantes como nosotros. ¿Es excesivo pedir a sus descendientes que contribuyan a alimentar a los supervivientes y veteranos que mantuvieron, y todavía mantienen, a raya a las máquinas? Esta gente renunció a su derecho a la libertad hace mucho tiempo, cuando desertaron de la raza humana.

No parecía muy irritado, como si el problema fuera ajeno a él.

—Tenemos un trabajo más importante que hacer, Norma. Tú y yo también hemos de pagar una deuda, y la Liga de Nobles confía en nosotros.

Aquella noche, aferrada al frío metal de la barandilla de aleación forjada, la menuda mujer miraba desde el ventanal del balcón las luces de la ciudad. Los barcos y barcazas que flotaban en el Isana parecían luciérnagas empapadas de agua. En la oscuridad, balsas iluminadas se alejaban del

sector de los esclavos, hogueras móviles que se adentraban en el pantano hasta desvanecerse en la negrura.

Holtzman, que canturreaba para sí, se acercó a ofrecerle una taza de té especiado, y Norma le preguntó por las embarcaciones. El hombre forzó la vista, pero tardó un poco en comprender lo que estaban haciendo los esclavos.

—Ah, deben ser balsas crematorias. El Isana se lleva los cuerpos de la ciudad, y las cenizas son arrastradas hacia el mar. Todo muy eficaz.

—Pero ¿por qué hay tantas? —Norma indicó las docenas de luces fluctuantes—. ¿Tantos esclavos mueren cada día? Holtzman frunció el ceño.

—He oído hablar de una plaga que asola a los obreros. Lo peor es que cuesta mucho esfuerzo sustituirles. —Se apresuró a tranquilizarla, con ojos brillantes—. No tienes por qué preocuparte. Te lo aseguro. Contamos con montones de medicamentos, suficientes para atender a todos los ciudadanos libres de Starda, en el caso de que también enfermaran.

—¿Y qué pasa con los esclavos que mueren?

—Lord Bludd ya ha solicitado sustitutos —fue la evasiva respuesta del sabio—. Últimamente, hay mucha demanda de candidatos sanos. Los mercaderes de carne de Tlulaxa no paran de capturar hombres y mujeres en los planetas periféricos. La vida continúa en Poritrin.

Palmeó el hombro de Norma como si fuera una niña.

La joven intentó contar las barcas flotantes desde el balcón, pero no tardó en rendirse. El té le supo frío y amargo.

Holtzman continuó hablando como si tal cosa.

—Me gusta mucho tu idea de utilizar mi escudo descodificador como arma. Ya estoy pensando en la forma

de diseñar un proyector portátil que pueda funcionar desde tierra.

—Entiendo —dijo Norma, vacilante—. Me esforzaré en sugerir nuevas ideas.

Antes de marcharse, Norma no pudo apartar la vista de las barcas funerarias que surcaban el río. Había visto esclavos en las ciénagas esparciendo alevines de almeja, así como en los laboratorios, calculando centenares de ecuaciones. Ahora, estaban muriendo a puñados, víctimas de la fiebre..., pero era fácil sustituirles.

La Liga de Nobles luchaba con todas sus fuerzas para no ser esclavos de las máquinas pensantes. Norma pensó en la hipocresía de la situación.

36

> No todos los hombres son creados iguales, y esa es la raíz de los disturbios sociales.
>
> TLALOC,
> *La Era de los Titanes*

La banda de negreros tlulaxa cayó sobre Harmonthep como un convoy fatigado, en lugar de un escuadrón militar. Tuk Keedair iba en la nave capitana, pero había permitido que el novato Ryx Hannem se encargara de pilotar y disparar. El joven Hannem, que aún no estaba acostumbrado a este tipo de operaciones, estaría ansioso por complacer a Keedair, y el veterano mercader de carne quería ver de qué estaba hecho el novato.

Keedair tenía la nariz aplastada, que se había roto dos veces en su juventud. Le gustaba el aspecto rudo que aportaba a su rostro feroz. Llevaba en la oreja derecha un pendiente de oro triangular, con un símbolo jeroglífico grabado que se negaba a traducir a nadie. Una gruesa trenza negra, veteada de gris, colgaba entre sus hombros desde la parte izquierda de su cara: un rasgo de orgullo, pues la tradición comercial exigía que un mercader de

carne se cortara la trenza después de un año de pérdidas. Y la de Keedair era muy larga.

—¿Ya tenemos las coordenadas? —preguntó Hannem, y paseó sus ojos nerviosos entre el panel de control y el parabrisas de la cabina—. ¿Por dónde vamos a empezar, señor?

—Harmonthep es un planeta no aliado, muchacho, y los budislámicos no publican mapas. Buscaremos un pueblo, y luego capturaremos a sus habitantes. Nadie lleva el censo.

Hannem miró por el visor, a la busca de aldeas. Las naves de Tlulaxa sobrevolaban un continente verde anegado de agua. Ni montañas ni colinas se elevaban sobre el paisaje de lagos, pantanos y canales fluviales. Daba la impresión de que Harmonthep tenía aversión a alzar sus masas de tierra sobre el nivel del agua. Hasta los océanos eran poco profundos.

Después de unas cuantas redadas más, tal vez Keedair podría tomarse unas largas vacaciones en Tlulax, el planeta aislado de su pueblo. Era un magnífico lugar para relajarse, aunque estaba seguro de que no tardaría en sentirse inquieto de nuevo. Como *proveedor de recursos humanos*, Keedair no gozaba de un hogar fijo.

La industria biológica tlulaxa exigía sin cesar material de primera mano, a partir de nuevos sujetos, líneas genéticas desaprovechadas. Gracias a rodear de un impenetrable secreto sus actividades, los tlulaxa habían conseguido engañar a sus inocentes clientes de la liga. Cuando el precio era justo y grande la necesidad, los nobles se tragaban con facilidad historias de biotanques sofisticados en los que se cultivaban órganos viables. Incluso, los dedicados investigadores confiaban en modificar sus tanques de clonación con el fin de producir tales productos, pero aún no contaban con la tecnología adecuada.

Era mucho más fácil capturar humanos olvidados que vivían en planetas remotos. Nadie se enteraba de los secuestros, y se catalogaba a los cautivos según sus características genéticas.

De momento, la repentina carencia de esclavos aptos en Poritrin había cambiado el objetivo de Keedair. Mientras la plaga no fuera erradicada, era más beneficioso proporcionar cautivos vivos, cuerpos calientes que no era necesario procesar...

Cuando los negreros se acercaron a los pantanos, Keedair dio unos golpecitos sobre el mapa topográfico que aparecía en la pantalla.

—Vuela a baja altura sobre ese río ancho y síguelo. Por mi experiencia, es probable que encuentres una aldea en la confluencia de los canales navegables.

Cuando la nave descendió, distinguió grandes formas oscuras que se movían en las aguas, animales similares a serpientes que reptaban entre las cañas. Enormes flores anaranjadas brotaban en el extremo de los tallos, se abrían y cerraban como bocas carnosas. Keetair se alegró de no estar obligado a prolongar su estancia en este desagradable planeta.

—¡Veo algo, señor!

Hannem proyectó una imagen ampliada en la pantalla, y señaló un grupo de cabañas alzadas sobre postes en los pantanos.

—Estupendo, muchacho. —Keedair llamó a las otras naves—. Será como robar fruta en el jardín de un noble.

La aldea no parecía muy extensa. Las cabañas redondas estaban hechas de cañas y barro, solidificadas con una especie de cemento plástico. Entre ellas colgaban unas cuantas antenas, espejos y recolectores de viento, aunque los budislámicos utilizaban muy poca tecnología sofisticada.

Dudó de poder llenar las bodegas de todas las naves con los ejemplares de esta única aldea, pero siempre era optimista. Los negocios marchaban viento en popa.

Tres naves de combate flanquearon a la nave capitana de Keedair, mientras las de carga se rezagaban. Ryx Hannem compuso una expresión inquieta cuando se acercaron al pueblo.

—¿Estáis seguro de que contamos con bastantes armas, señor? Nunca he participado en un ataque de estas características.

Keedair enarcó una ceja.

—Son zensunnis, muchacho, pacifistas hasta la médula. Cuando llegaron las máquinas pensantes, no tuvieron cojones para luchar. Dudo que nos hagamos ni un rasguño. Confía en mí, nunca verás más llanto y rechinar de dientes. Son patéticos.

Abrió el canal de comunicaciones y habló a sus hombres.

—Derribad los postes de tres cabañas y arrojadlas al agua. La gente saldrá corriendo. Después, utilizaremos aturdidores. —Su voz era serena, incluso un poco aburrida—. Tendremos mucho tiempo para capturar a los que valgan la pena. Si alguno resulta herido de gravedad, recogedlo para las reservas de órganos, pero prefiero cuerpos intactos.

Hannem le miró con aire de adoración. Keedair volvió a hablar por el canal de comunicaciones.

—Habrá beneficios para todos, y una recompensa por cada macho y hembra fértiles que capturéis ilesos.

Los pilotos prorrumpieron en vítores, y después las cuatro naves de combate se lanzaron sobre la aldea indefensa. El joven Hannem dio un respingo cuando los negreros atacaron. Cortaron los postes con rayos

desintegradores, y las cabañas desvencijadas se hundieron en las aguas turbias.

—Bien... ¡Abre fuego, muchacho! —ordenó Keedair.

Hannem disparó sus armas, desintegró uno de los postes, derrumbó la pared lateral de una cabaña y prendió fuego a las cañas.

—No tanta destrucción —dijo Keedair, imponiendo algo de calma a su impaciencia—. No hace falta que aniquiles a los aldeanos. Aún no hemos podido echarles un vistazo.

Tal como había anticipado, los patéticos zensunni salieron a toda prisa de sus cabañas. Algunos portaban escalerillas y postes para subirse a las barcas atadas a sus cabañas.

Las dos naves de carga aterrizaron junto al pueblo. Se abrieron pontones para mantener a flote las naves, y rampas de carga se extendieron hasta lomas de aspecto sólido cubiertas de hierba.

Keedair indicó a Hannem que tomara tierra cerca de los grupos de gente que huía. Algunos se hundían hasta la cintura en el agua, mientras las mujeres arrastraban a los niños hasta las cañas y los jóvenes blandían lanzas, que parecían más adecuadas para pescar que para combatir.

Los primeros invasores tlulaxa ya habían salido de sus naves. Cuando Keedair pisó un montículo de hierba aplastada con el aturdidor en sus manos, sus camaradas ya estaban abriendo fuego, eligiendo sus blancos con precisión.

Los adultos sanos fueron los primeros, porque eran los que se cotizaban más en el mercado de Poritrin, y porque podían causar más problemas, si se les concedía la oportunidad.

Keedair entregó el arma a un sonriente pero intimidado Ryx Hannem.

—Será mejor que empieces a disparar, muchacho, si quieres tu parte del botín.

El pequeño Ishmael guiaba su barca por las vías fluviales, entre el laberinto de arroyos y canales. Las cañas se alzaban por encima de su cabeza, incluso cuando se ponía de pie. Las flores naranja se abrían y cerraban con un chasquido, cada vez que atrapaban a un mosquito.

Ishmael, de ocho años, hacía mucho tiempo que iba de caza solo. Su abuela materna, que le había criado tras la muerte de sus padres, le había enseñado bien. Ishmael sabía localizar escondrijos de huevos de qaraa, que ni siquiera las águilas gigantes eran capaces de descubrir.

Había encontrado una buena cantidad de hojas para preparar ensalada y capturado dos peces, de una especie que nunca había visto. Su cesta se agitaba, mientras los seres venenosos encerrados en su interior subían y bajaban por las paredes, y proyectaban diminutas patas negras por los huecos. Hoy había capturado dieciocho chinches de leche, grandes como su mano. ¡Esta noche, la familia comería bien!

Pero cuando se acercó a la aldea, Ishmael oyó gritos, además de extraños zumbidos. Descargas de estática. Remó con celeridad, pero sin descuidar la prudencia. Las cañas eran demasiado altas para que viera algo.

Cuando dobló un recodo, vio las naves de los negreros, uno de los mayores temores de su tribu y el motivo de que hubieran construido la aldea en un lugar tan aislado. Varias cabañas habían caído al agua, mientras otras ardían en llamas. ¡Imposible!

El niño quiso gritar y correr a luchar, pero su razón le aconsejó que huyera. Ishmael vio que los negreros

apuntaban sus aturdidores, abatiendo a un aldeano tras otro. Algunas personas intentaban esconderse en sus viviendas, pero los atacantes se abrían paso a través de ellas.

Los zensunni no tenían cerraduras en sus puertas, ni lugares protegidos donde esconderse. Como seguidores de Budalá, eran gente pacífica. Nunca habían estallado guerras entre los pueblos de Harmonthep. Al menos, Ishmael no tenía noticia de ello.

Su corazón latía acelerado. Tal alboroto atraería a las anguilas gigantes, aunque los depredadores eran bastante perezosos a esta hora del día. Si los negreros no se llevaban a los aldeanos inconscientes caídos en el agua, las anguilas se darían un festín...

Ishmael acercó la barca a una de las naves. Vio a su prima Taina caer a causa de un disparo, y después, unos hombres de aspecto sucio cargaron su cuerpo inmóvil sobre una balsa metálica.

Ishmael no sabía qué hacer. Oyó un rugido en sus oídos: la sangre que corría en sus venas, su aliento jadeante.

Entonces, su abuelo, Weyop, avanzó hacia el centro de las cabañas y plantó cara al caos. El anciano líder portaba un delgado gong de bronce que colgaba de un palo, símbolo de su cargo de portavoz de la tribu. El abuelo de Ishmael no parecía asustado, y el niño experimentó un gran alivio al instante. Tenía fe en el hombre sabio, que siempre encontraba una forma de resolver las disputas. Weyop salvaría a los aldeanos.

Pero en el fondo de su corazón, Ishmael sentía un miedo terrible, pues sabía que la situación no se solucionaría con tanta facilidad.

Ryx Hannem demostró ser un buen elemento. Después de derribar a su primer cautivo, siguió disparando con entusiasmo. Keedair iba contando mentalmente el botín, aunque no lo sabría con seguridad hasta que los cuerpos inconscientes fueran depositados en ataúdes de éxtasis para ser transportados.

Keedair apretó las mandíbulas cuando los zensunni suplicaron y gimieron, tal vez del mismo modo que la población de Giedi Prime tras la conquista de las máquinas pensantes. Keedair tenía socios comerciales en Giedi City, pero no confiaba en verles vivos de nuevo.

No albergaba la menor compasión por aquellos bastardos zensunni.

Hannem señaló a un anciano que avanzaba imperturbable.

—¿Qué se cree que está haciendo, señor? —El viejo no cesaba de golpear un gong metálico que pendía de un palo largo. Hannem levantó su aturdidor—. ¿Lo capturamos?

Keedair negó con la cabeza.

—Demasiado viejo. No desperdicies una descarga con él.

Dos negreros avezados pensaron lo mismo. Rompieron el palo del líder y le arrojaron al agua, y luego rieron cuando maldijo en una mezcla de su jerga natal y galach, el idioma universal de los planetas humanos. El humillado anciano nadó hasta la orilla.

Los restantes aldeanos gemían y sollozaban, pero la mayoría de los jóvenes sanos ya estaban en las barcas, inconscientes. Las ancianas y los niños lloraban, pero sin efectuar el menor intento de resistencia. Keedair miró a Ryx Hannem.

De pronto, un niño salió corriendo de entre las cañas detrás de ellos. Arrojó palos contra Hannem y Keedair, chillando algo acerca de su abuelo. Keedair se agachó. Una piedra pasó rozándole la cabeza.

Entonces, el niño agarró una cesta que llevaba en su barca y la lanzó contra Hannem. El frágil mimbre se rompió y dejó en libertad a un enjambre de enormes insectos de patas delgadas, que se abalanzaron sobre el pecho y la cara de Hannem. El copiloto emitió un débil chillido mientras aplastaba a multitud de atacantes, pero siguieron trepando por sus brazos y ropa. Los cuerpos aplastados segregaban una sustancia lechosa que parecía pus.

Keedar se apoderó del aturdidor de Hannem y apuntó al niño. Cuando el niño se derrumbó, Keedair también roció a su copiloto con el rayo paralizante. No era el mejor método, pero al menos incapacitaba a los insectos venenosos, además de a Hannem. Una vez a bordo de la nave de carga, introducirían al negrero herido en un ataúd de éxtasis, junto con los nuevos cautivos. Keedair ignoraba si el muchacho viviría, o solo sufriría pesadillas durante el resto de su vida.

Gritó a los demás tlulaxa que recogieran los cuerpos inconscientes. Daba la impresión de que iban a necesitar la segunda nave de carga. No ha ido nada mal, pensó. Estudió la forma inmóvil del niño nativo. No cabía duda de que el pequeño zensunni era imprudente e impetuoso. No serviría de gran cosa para el amo que le comprara.

Pero eso no preocupaba a Keedair. Poritrin ya se encargaría del problema. Aun aturdido y sucio, el niño parecía sano y fuerte, aunque tal vez un poco joven para acompañar a los demás esclavos. Aunque solo fuera por lo irritado que se sentía, Keedair decidió incluirlo en el lote.

Le había causado problemas y merecía un castigo, sobre todo si Hannem terminaba muriendo.

El anciano de la tribu se hallaba en la orilla, empapado, gritaban sutras budislámicos a los atacantes, describía los errores de sus costumbres. Había cuerpos flotando de bruces en el agua. Algunos de los desesperados aldeanos utilizaban palos para acercar los cadáveres a la orilla, sin dejar de gimotear y sollozar.

Keedair vio grandes formas sinuosas que se acercaban por los canales, atraídas por el estrépito. Una de ellas alzó la cabeza del agua y exhibió unas fauces erizadas de colmillos. Cuando vio al animal, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Keedair. ¿Quién sabía qué otras criaturas vivían aquí?

Ansioso por alejarse de los pantanos, ordenó a sus hombres que se dieran prisa. Vio cómo cargaban a los nuevos esclavos en las naves. Tenía ganas de subir a su pulcra nave. Sin embargo, los beneficios que obtendría de la operación compensarían los inconvenientes y la incomodidad.

Una vez todo dispuesto, entró en su nave, puso en marcha los motores y alzó los estabilizadores incrustados de barro. Cuando se elevó en el cielo neblinoso, Tuk Keedair miró hacia abajo y vio que las anguilas gigantes empezaban a devorar los cadáveres.

37

> La mente gobierna el universo. Hemos de asegurarnos de que sea la mente humana, en lugar de la versión de las máquinas.
>
> PRIMERO FAYKAN BUTLER
> *Memorias de la Yihad*

Zufa Cenva eligió a su alumna más brillante para convertirla en la primera arma de Rossak dirigida contra los cimeks de Giedi Prime. La hechicera Heoma, enérgica y devota, parecía más que dispuesta a responder a la llamada.

Zufa coordinaba la operación con la Armada de la Liga. La jefa de las hechiceras se mordió el labio inferior y parpadeó para reprimir las lágrimas de orgullo que acudían a sus ojos.

La inesperada e imprudente incursión de Serena Butler proporcionó el ímpetu necesario para que la Armada decidiera pasar a la ofensiva. Entre las discusiones y el ruido de sables, Xavier Harkonnen había trazado un plan bien organizado para el ataque. Después, había convencido a su comandante en jefe de que le permitiera dirigir el

ataque. En el cielo de Rossak, la flota de naves de guerra ballesta y destructores jabalina estaba preparada para zarpar de las estaciones orbitales.

El desquite inicial contra los invasores debía constituir una victoria radical y absoluta, mucho más que una escaramuza aislada. Cada planeta influía en los demás, como los eslabones de una cadena. El tercero Harkonnen estaría al mando de un grupo de combate, pertrechado con los nuevos descodificadores portátiles de Tio Holtzman, que dejarían fuera de combate a las instalaciones robóticas.

No obstante, una hechicera debería hacerse cargo de los cimeks, porque sus cerebros humanos eran inmunes a las ondas descodificadoras. Heoma había aceptado su cometido sin la menor vacilación.

Era una joven delgada de veintitrés años, pelo blanco, ojos almendrados y facciones ordinarias que desmentían la energía de su poderosa mente. Para Zufa, no solo contaban sus poderes mentales. Quería a Heoma como a una hija. Heoma era la mayor de cinco hermanas. Tres más ya habían ingresado en la orden.

Zufa apoyó las manos sobre los hombros de su protegida.

—Sabes lo mucho que depende de esta misión. Sé que no me decepcionarás, ni a mí ni a la humanidad.

—Estaré a la altura de tus expectativas —prometió Heoma—. Tal vez incluso más.

El corazón de Zufa se hinchió de orgullo. Cuando Heoma subió a la lanzadera, la hechicera dijo:

—No estarás sola. Todas volaremos a lomos de tus alas.

Durante los últimos preparativos, Zufa había hablado a los hombres más fuertes de Rossak con palabras graves y expresión dura, les había reprendido por su incapacidad de jugar un papel decisivo en el combate crucial. El que

carecieran de poderes telepáticos no impedía que pudieran participar de otras maneras. El ataque contra Giedi Prime también necesitaba de su ayuda. La escultural hechicera había convencido a seis de ellos de que acompañaran a Heoma como guardaespaldas.

Los hombres de Rossak se llevaron su reserva particular de estimulantes y sedantes, que Aurelius Venport les había facilitado. Habían aprendido a manejar todo tipo de armas y las técnicas de la lucha cuerpo a cuerpo. Cuando llegara el momento, se convertirían en guerreros fanáticos, que irían al combate indiferentes a su supervivencia, sin otro objetivo que acercar la hechicera a los cimeks. Venport había preparado las drogas con sumo cuidado, e inventado un combinado que permitiría a los hombres superar horrores sin cuento.

Mientras veía la lanzadera ascender hacia las jabalinas y ballestas que aguardaban, las ideas se agolparon en la mente de Zufa, transida de remordimientos e impaciencia. Intentó contener sus sentimientos tras una muralla de confianza y fidelidad a su misión.

Aurelius Venport se detuvo en silencio a su lado, como si no supiera qué decir. El hombre era lo bastante sensible para percibir la tristeza de Zufa al ver partir a su alumna favorita.

—Todo saldrá bien.

—No. Pero ella triunfará.

La mirada comprensiva de Venport dio a entender que no se dejaba engañar por el comportamiento desdeñoso de la hechicera.

—Sé que habrías deseado ser tú la primera arma, querida mía. Heoma posee mucho talento, pero tú eres la mejor de todas. Recuerda que aún te estás recuperando del aborto, y que tu debilidad podría dar al traste con la misión.

—Y me ata la responsabilidad de preparar a las demás. —Zufa vio que la lanzadera desaparecía entre las nubes—. Solo me resta la alternativa de quedarme y hacer lo que pueda.

—Es curioso. Yo estaba pensando lo mismo acerca de mi trabajo.

Cuando recordó a los torpes guardaespaldas, la hechicera estudió a su pareja con indisimulado desprecio. Sus ojos aristocráticos eran incisivos, libres de drogas corruptoras, pero su actitud independiente la irritaba.

—¿Por qué no te ofreciste como voluntario para la operación, Aurelius? ¿O eres demasiado egoísta para ello?

—A mi manera, soy un patriota. —Venport la miró con una sonrisa irónica—. Pero no espero que tú lo comprendas.

La hechicera se quedó sin respuestas, y los dos continuaron observando el cielo, mucho después de que la lanzadera hubiera llegado a la estación orbital.

38

> No creo que exista eso que llaman una «causa perdida». Tan solo gente que carece de seguidores fanáticos.
>
> SERENA BUTLER,
> discurso en el Parlamento de la liga

Pese al informe optimista del magno Sumi, la estación transmisora secundaria de Giedi Prime estaba muy lejos de su conclusión.

Cuando el comando de Serena aterrizó en la isla rocosa azotaba por los vientos del mar del norte, dedicaron todo un día a transportar sus pertrechos y equipo hasta la orilla, abrir los barracones y volver a poner en funcionamiento los generadores. Las torres parabólicas se erguían como esqueletos incrustados de escarcha, pero ninguno de los sistemas funcionaba.

En cuanto Brigit Paterson se hizo una idea de la magnitud de su tarea, se volvió hacia Serena con el ceño fruncido.

—Lo más que puedo decir es que no será imposible llevar a cabo el trabajo. —Encogió sus anchos hombros—. El armazón y la construcción están terminados, pero la

mayoría de componentes aún no se han conectado. Las subestaciones no están conectadas, y los cables ni siquiera llegan a las vigas maestras más elevadas.

Indicó las rejas que gemían en la brisa.

Serena no sintió envidia del voluntario que treparía para concluir las conexiones vitales.

—No sabemos con exactitud cuándo llegará Xavier con la Armada para rescatarnos, pero si no habéis terminado cuando se presenten sus naves, no vale la pena tomarse la molestia. Le decepcionaremos, tanto como a la gente de Giedi Prime.

Brigit convocó a sus ingenieros para una reunión de urgencia.

—Hemos traído suficientes estimulantes. Podemos trabajar día y noche, siempre que montemos focos para iluminar las plataformas.

—Hacedlo —dijo Serena—, y pedid nuestra ayuda siempre que sea necesario. El comandante Wibsen anhela unos días de descanso, pero le echaremos a patadas de su camastro, si es preciso, para que colabore.

Brigit le dedicó una sonrisa irónica.

—Me gustaría verlo.

Trabajaron durante toda la semana posterior sin que nadie les molestara. Las máquinas pensantes desconocían su presencia, y lo que estaban haciendo. Sin sufrir más que unas leves contusiones, el equipo finalizó la parte más peligrosa del trabajo. Brigit Paterson anunció que las fases restantes serían las que consumirían más tiempo.

—Hemos de examinar componente tras componente, y fortalecer los circuitos. Debido a su propia naturaleza, estas torres transmisoras generan un campo que neutraliza los circuitos gelificados. Hemos de asegurarnos de que el sistema resistirá más de cinco minutos después de activarlo.

Serena se mordió el labio y asintió.

—Eso sería estupendo.

—Y si los experimentos revelan nuestra presencia —continuó Brigit—, alguna máquina pensante podría adivinar lo que estamos tramando. Es un proceso delicado.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Ort Wibsen, impaciente.

—Una semana, con suerte. —Brigit frunció el ceño—. Diez días si algo falla y hay que arreglar piezas.

—Ocho días es lo mínimo que tardará la Armada en llegar —dijo Serena—. Suponiendo que Xavier organizara la fuerza atacante y despegara dos días después de recibir mi mensaje.

—La liga es incapaz de eso —gruñó Wibsen—. Convocarán reunión tras reunión, interrumpidas por dilatados banquetes, y luego celebrarán más reuniones.

Serena suspiró.

—Espero que Xavier pueda acelerar los trámites.

—Sí —dijo Wibsen—, y yo espero que los robots se vayan de Giedi Prime voluntariamente..., pero no lo creo posible.

—Mantén ocupados a tus ingenieros —dijo Serena a Brigit Paterson, sin hacer caso del pesimismo del veterano—. El comandante Wibsen y yo subiremos al forzador de bloqueos. Atravesaremos la red sensora sin ser localizados y trataremos de reunirnos con la Armada. Xavier ha de estar enterado del plan, para aprovechar nuestro trabajo. Les facilitaremos un calendario y coordinaremos el ataque.

Wibsen tosió, y luego frunció el ceño.

—Será mejor que nos llevemos también a Pinquer Jibb, por si necesito un copiloto.

Jibb paseó la vista entre Serena y el veterano, vacilante.

—Creo que el comandante en jefe debería quedarse aquí. El veterano escupió en la tierra helada.

—Ni por asomo. La posibilidad de que necesite ayuda es muy remota.

—Como queráis —contestó Serena, al tiempo que disimulaba una sonrisa—. Brigit, ¿detectaréis la llegada de la Armada cuando penetre en el sistema?

—Estamos controlando la red de comunicaciones de las máquinas pensantes. Imagino que cuando las naves de la Armada se acerquen, los robots se pondrán muy nerviosos. Sí, lo sabremos.

El forzador de bloqueos volvió a surcar las profundidades del mar del norte.

—Cuando empezamos la misión —dijo Wibsen en tono filosófico—, pensé que estabas loca, Serena Butler.

—¿Por intentar ayudar a esta gente? La joven enarcó las cejas.

—No. Pensé que estabas loca por concederme otra oportunidad.

Según los planos que se habían procurado, Ort Wibsen había identificado puntos débiles en la red sensora de los robots, cuando habían atravesado por primera vez la atmósfera. Una vez emergieran del mar a unos cuarenta grados de latitud norte, podrían volver a repetir la jugada con probabilidades razonables de no ser detectados. Las pautas de observación destellaban de manera irregular, como focos invisibles en el cielo.

—Permaneceremos en silencio —dijo el veterano. Tosió una vez más y se dio unos golpecitos en el inyector del pecho, como si fuera un insecto molesto—. Esperaremos hasta asegurarme de que conozco su rutina.

—Si algo podemos afirmar de las máquinas pensantes —dijo Pinquer Jibb, vacilante— es que son predecibles. Pero

los cimeks no.

Cuando aún no había transcurrido una hora, varias naves robot se lanzaron sobre el forzador de bloqueos semisumergido. Wibsen maldijo, y luego escupió sangre.

—¡Once! —exclamó Pinquer Jibb, que miraba la pantalla—. ¿Cómo nos han localizado?

—¿Cómo es posible que no los vieras? —replicó Wibsen.

—¡Surgieron del agua, como nosotros!

Serena examinó la pantalla y vio que las naves se precipitaban hacia ellos. Activó las armas de estribor y disparó contra los atacantes. Alcanzó a uno pero erró los demás. No era una experta en armamento. De haber sospechado que tendrían que abrirse paso por la fuerza, nunca habrían aceptado el reto de infiltrarse en Giedi Prime.

—¡Jibb, toma los controles y prepárate para el despegue! —Wibsen salió disparado de la cabina—. Venderemos cara nuestra piel. —Agitó un dedo en dirección al copiloto—. Cuando me marche, espera tu oportunidad..., y no vaciles.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Serena. El veterano, en lugar de contestar, se zambulló en el interior del único salvavidas.

—¿Qué hace? —preguntó Jibb.

—Ahora no hay tiempo para conducirle ante un consejo de guerra.

Serena no podía creer que el veterano les abandonara a su suerte.

Wibsen cerró la escotilla del módulo, y luces verdes se encendieron a su alrededor, indicando que estaba preparado para despegar.

Serena disparó de nuevo con las armas de estribor, las únicas apuntadas en dirección a las máquinas pensantes que se acercaban. Alcanzó otra nave, pero los cimeks y

robots dispararon al unísono contra el forzador de bloqueos, destrozando las cañoneras. Serena miró abatida los sistemas de control. Se habían apagado.

Precedido de una gran explosión, el salvavidas de Wibsen salió despedido como una bala de cañón, rozando apenas la superficie.

—No te duermas en los controles. ¡Preparado! —dijo el veterano por la frecuencia de SOS.

Pinquer Jibb dio más potencia a los motores para iniciar el ascenso. La nave dibujó un surco en el agua.

Wibsen dirigió el módulo hacia los atacantes. Pensado para transportar a un solo superviviente de una explosión catastrófica, el salvavidas contaba con un casco resistente. Cuando se estrelló contra el enemigo más próximo, lo atravesó de un extremo a otro v colisionó con el que le precedía. El salvavidas se detuvo entre los restos de ambas naves.

—¡Adelante! —gritó Serena a Jibb—. ¡Despega!

El forzador de bloqueos se elevó hacia el cielo. Mientras subían, Serena miró la pantalla enfocada al agua.

Vio que la escotilla del salvavidas se abría. Wibsen salió renqueando, pero desafiante, rodeado de humo y vapor. Tres airados cimeks se abalanzaron sobre él.

El veterano introdujo una mano en el bolsillo y arrojó una esfera gris contra la nave cimek más cercana. La onda expansiva de la explosión repelió al enemigo, y envió a Wibsen al interior del salvavidas. Sujetó con mano temblorosa un rifle de cartuchos pulsátiles, con el que disparó una y otra vez, pero tres cimeks blindados se precipitaron hacia él desde sus naves. Serena vio horrorizada que las garras mecánicas articuladas descuartizaban al veterano.

—¡Cuidado! —gritó Pinquer Jibb, demasiado tarde.

Serena vio que naves robóticas apuntaban sus armas pesadas contra el forzador de bloqueos.

—No puedo...

El impacto proyectó a Serena contra la pared del fondo. Las explosiones destrozaron los motores de la nave, que se precipitó hacia el océano, sin que Jibb pudiera hacer nada. El forzador de bloqueos se hundió en las olas como un trineo descontrolado, levantando una columna de espuma blanca. El agua empezó a filtrarse por las grietas del casco.

Serena corrió hacia el armario de las armas y cogió un rifle pulsátil. Se colgó el arma al hombro, aunque nunca había utilizado uno, dispuesta a defenderse. Pinquer Jibb agarró otra arma.

Los cimeks penetraron en la nave, con ruidos metálicos similares a torpedos que impactaran. Se abrieron paso a través del casco hasta llegar al compartimiento central, como aves que intentaran apoderarse de la carne de un molusco.

Jibb abrió fuego cuando los primeros brazos plateados aparecieron por las grietas de la pared. Un rayo dañó el brazo de un cimek, pero rebotó en el interior y abrió la brecha todavía más.

Otro cimek entró por la escotilla superior. Serena disparó, y tuvo la suerte de alcanzar el contenedor cerebral. Un cimek más grande apareció detrás y utilizó el cuerpo de su compañero caído para protegerse de los disparos de Serena.

Cerca de Pinquer Jibb, un cimek con forma de escarabajo negro continuaba horadando el casco agrietado. El copiloto se volvió y trató de disparar una vez más, pero el cimek proyectó un largo brazo puntiagudo. Jibb dejó caer su arma cuando el brazo atravesó su pecho como una espada. La pechera de su uniforme se tiñó de sangre.

El extremo del brazo se metamorfoseó en dedos similares a garras, que arrancaron el corazón de su víctima y lo alzaron como si fuera un trofeo.

El cimek más grande arrojó el cuerpo inutilizado de su compañero contra Serena, la cual quedó atrapada contra la cubierta, incapaz de moverse.

El cimek en forma de escarabajo, de cuya extremidad todavía goteaba sangre, avanzó hacia Serena. Alzó dos patas puntiagudas sobre el cuerpo de la joven, pero el cimek más grande le ordenó que se detuviera.

—No les mates a los dos, de lo contrario no podremos ofrecerle nada a Erasmo. Pidió un resistente de Giedi Prime. Este nos irá de perlas.

Al oír sus palabras, Serena se quedó horrorizada. Su tono ominoso la llevó a pensar que la muerte sería preferible a lo que pudiera aguardarle. Sangraba por las heridas del brazo, las costillas y la pierna izquierda.

El asesino de Jibb le arrebató el rifle, mientras el cimek de mayor tamaño arrojaba fuera el cadáver. Extendió un brazo y la aferró con un puño metálico flexible. El titán la levantó de la cubierta, y luego acercó el rostro de la cautiva a sus fibras ópticas.

—Ah, encantadora. Incluso después de mil años, aún reconozco la belleza. Si volviera a ser humano, te demostraría mi admiración sin límites. —Sus sensores proyectaron un brillo cruel—. Soy Barbarroja. Es una pena que tenga que enviarte a la Tierra, con Erasmo. Por tu bien, espero que te encuentre interesante.

Extremidades plateadas la aprisionaron en su garra, como si fuera una gigantesca jaula. Serena se debatió, pero no podía huir. Había oído hablar de Barbarroja, uno de los titanes que habían derrocado el Imperio Antiguo. Más que

nada, lamentaba no haber podido matarle, aunque hubiera debido sacrificar su vida.

—Una de las naves de Omnius parte mañana en dirección a la Tierra. Me encargaré de que te conduzcan a bordo —dijo Barbarroja—. ¿No te lo había dicho? Erasmo tiene laboratorios donde hace... cosas... muy interesantes.

39

No existe límite para mis posibilidades. Soy capaz de abarcar todo un universo.

Banco de datos secretos de Omnius,
ficheros dañados

Dentro de su programa operativo de largo alcance, el recién instalado Omnius de Giedi Prime estudiaba un mapa tridimensional del universo conocido. Un modelo preciso, basado en extensas compilaciones de inspecciones y datos sensores, combinados con proyecciones y análisis basados en probabilidades.

Infinitas posibilidades.

Con insaciable curiosidad, el nuevo Omnius estudiaba nebulosas, soles gigantes y planetas. Con tiempo y esfuerzo continuado, todos formarían parte de la red de los Planetas Sincronizados.

Pronto llegaría la siguiente nave de actualización, con lo cual estaría casi a la par con las demás supermentes planetarias. No había podido sincronizarse desde que lo habían activado en Giedi Prime. El Omnius de Giedi Prime podría copiar sus nuevos pensamientos y compartirlos con los otros clones. Expansión, eficacia... ¡Tanto por hacer! La

conquista de Giedi Prime era un paso más en el imperio cósmico de las máquinas. El proceso había empezado, y pronto se aceleraría.

Cobijado en el núcleo cibernético de la antigua ciudadela del magno, Omnius cargaba imágenes tomadas por los ojos espía: ruinas en llamas, niños humanos en potros de tortura, inmensas hogueras alimentadas por los miembros sobrantes de la población. Estudiaba con objetividad cada imagen, absorbía información, la procesaba. Mucho tiempo antes, el programa modificado de Barbarroja había enseñado a las máquinas pensantes a saborear la victoria.

Habían vuelto a poner en funcionamiento muchas fábricas de Giedi Prime, así como aerodeslizadores mineros y otras instalaciones. Barbarroja se había esforzado con brío por adaptar los centros de fabricación humanos a las necesidades de las máquinas pensantes. En estas fábricas, la nueva supermente había descubierto algo que creaba interesantes relaciones, posibilidades extraordinarias.

Los humanos habían diseñado y empezado a construir un nuevo modelo de sonda espacial de larga distancia, un explorador de planetas muy alejados. Tales sondas podían adaptarse como emisarios de las máquinas pensantes, nuevas subestaciones de la supermente.

En el mapa galáctico, Omnius reparó en la duración de los viajes que necesitaban las sondas de alta aceleración. Examinó el territorio denominado *Planetas No Aliados*, todavía no conquistados por las máquinas o las sabandijas humanas. Había tantos sistemas estelares que explorar, conquistar y desarrollar, y estas sondas lo harían posible. La nueva supermente lo consideraba una oportunidad, como lo harían sus camaradas de los Planetas Sincronizados.

Si podía esparcir semillas de su supermente, fábricas autónomas capaces de utilizar recursos locales para

construir infraestructuras automáticas, sería capaz de establecer cabezas de playa en innumerables planetas habitados. Sería como una lluvia de chispas caídas sobre madera, y los hrethgir nunca podrían detener la expansión de Omnius. Formaba parte de su naturaleza básica.

Un equipo de robots de mantenimiento esperaba fuera del núcleo protegido, preparados para proporcionar asistencia técnica. Guiado por su idea innovadora, la nueva supermente envió una señal a uno de ellos. Sus sistemas se activaron.

Durante semanas, mientras Barbarroja continuaba sojuzgando y reconstruyendo Giedi Prime, Omnius guiaba a sus máquinas de mantenimiento en la construcción de sofisticadas sondas de largo alcance, cada una de las cuales contenía una copia de su mente y su personalidad agresiva.

Después de aterrizar, las sondas desplegarían sistemas automatizados, establecerían fábricas autónomas en cada planeta, unidades que a su vez construirían más robots de mantenimiento..., colonias mecanizadas muy alejadas de los Planetas Sincronizados, muy lejos de la Liga de Nobles. Si bien las máquinas eran capaces de colonizar y explotar cualquier planeta, los cimeks insistían en concentrarse en los mundos compatibles con los humanos. Aunque los planetas desérticos causaban menos problemas, la supermente comprendía que ambos tipos eran deseables.

Cuando el trabajo hubo terminado, Omnius utilizó sus ojos espía para observar los lanzamientos. Cinco mil sondas alzaron el vuelo al unísono, programadas para esparcirse hasta los confines más alejados de la galaxia, aunque tardaran miles de años en alcanzar su objetivo. El tiempo no importaba.

Unidades compactas en forma de burbuja, las sondas llenaron el cielo de luces centelleantes y columnas de humo verde. En el futuro, cuando lo considerara conveniente, Omnius volvería a conectar con cada uno de aquellos mecanismos, uno tras otro.

Las máquinas pensantes eran capaces de trazar planes a largo plazo, y vivir para llevarlos a la práctica. Cuando los humanos llegaran a aquellos lejanos sistemas solares, Omnius ya estaría allí.

Esperando.

40

> Todo ser humano es una máquina temporal.
>
> Poema de campamento zensunni

A salvo en el interior de la estación de experimentos botánicos, que constituía su refugio desde hacía meses, Selim se arrebujó mientras otra feroz tormenta de arena asolaba el desierto. El clima era lo único que cambiaba en esta zona.

La tormenta duró seis días y seis noches, levantó polvo y arena, y oscureció el paisaje hasta dar la impresión de que un ocaso interminable se había posado sobre el planeta. Oyó que azotaba las paredes robustas de los edificios prefabricados.

No estaba asustado. Estaba a salvo y protegido..., aunque un poco aburrido.

Por primera vez en su vida, Selim era autosuficiente, ya no cautivo de los caprichos de los aldeanos que le daban órdenes porque era de padres desconocidos. Apenas comprendía la riqueza que se encontraba a su disposición, y aún no había empezado a descubrir los extraños objetos tecnológicos del Imperio Antiguo.

Recordó cuando su falso amigo Ebrahim y él habían explorado el desierto con otros zensunni, incluido el naib Dhartha y su joven hijo Mahmad. En una ocasión, Selim había descubierto un bulto formado por circuitos fundidos, procedentes sin la menor duda de una nave que había estallado. La arena lo había transformado en un conglomerado de diversos colores. Había querido regalarlo a Glyffa, la anciana que a veces le cuidaba, pero Ebrahim se había apoderado de los componentes fundidos para correr a enseñarlos al naib Dhartha, y preguntarle si podía quedárselos. En cambio, el naib se lo había arrebatado y tirado a una pila que amontonaban para venderla a un mercader de chatarra. Nadie había pensado en Selim...

En cualquier caso, mientras el tiempo se convertía en semanas, descubrió aspectos y dimensiones de la soledad. Día tras día, se sentaba delante de las ventanas arañadas, veía desvanecerse las tormentas, los ocasos rojizos teñidos de otros tonos. Miraba las dunas que se ondulaban hasta perderse en el horizonte. Los inmensos montículos se habían metamorfoseado en algo similar a seres vivos, pero su esencia no se había alterado.

Solo en mitad de aquella enorme extensión, parecía imposible que volviera a ver a otro ser humano, pero Budalá le enviaría una señal. Solo esperaba que fuera pronto.

Selim pasaba la mayor parte del tiempo dentro de la estación desierta, distraído con juegos individuales que había aprendido de pequeño. En el pueblo, aquellos cuyo linaje se remontaba a doce generaciones o más, incluso antes de que los zensunni llegaran a Arrakis, le habían condenado al ostracismo.

Desde muy pequeño, Selim había sido criado por diferentes zensunni, pero ninguno le había adoptado como

si fuera de su familia. Siempre había sido un crío impulsivo y activo. Cualquier madre auténtica habría sido paciente con sus travesuras, pero Selim no tenía madre. En Arrakis, donde la supervivencia pendía de un hilo, pocos se preocupaban por un niño que parecía empeñado en no llegar a ningún sitio.

En una ocasión, había derramado agua sin querer (la ración de todo un día), mientras trabajaba en un almacén. Como castigo, el naib Dhartha le negó toda clase de líquidos durante dos días, e insistió en que debía aprender la lección si quería llegar a formar parte de la tribu. Pero Selim nunca había visto que se infligiera tamaño castigo a otros que habían cometido errores semejantes.

Cuando solo tenía ocho años estándar, había ido a explorar riscos y rocas, a cazar lagartos y buscar hierbas de raíces comestibles. Una tormenta de arena le había pillado por sorpresa, y obligado a buscar refugio. Selim recordaba el terror que había experimentado durante los dos días que había pasado solo. Cuando por fin había regresado a la aldea, con la esperanza de ser recibido con alegría, se dio cuenta de que nadie había reparado en su ausencia.

Por el contrario, Ebrahim, el hijo de un respetado padre de la tribu, tenía demasiados hermanos para que nadie le prestara atención. Tal vez a modo de compensación, Ebrahim se metía en muchos líos, y ponía a prueba constantemente las restricciones del naib, al tiempo que procuraba contar siempre con la compañía de Selim, por si había que echar la culpa a alguien.

Por ser un bribón indeseable, Selim nunca había conocido lo que era la verdadera camaradería. Había aceptado las manipulaciones de Ebrahim con ingenuidad, sin pensar en la posibilidad de que el otro muchacho se estuviera aprovechando de él. Selim había tardado en

aprender la lección, y solo lo consiguió tras pagar el precio del exilio en el desierto, donde esperaban que muriera.

Pero había sobrevivido. Había montado a Shaitan, y Budalá le había guiado hasta este lugar escondido...

Como las largas tormentas le ponían nervioso, Selim se decidió a explorar el centro de investigaciones. Estudió las hileras de instrumentos sofisticados y registros, pero no llegó a desentrañar las complejidades de la atrasada tecnología. Conocía vagamente la función de los sistemas, pero no comprendía el funcionamiento de las máquinas instaladas por los científicos del Imperio Antiguo. Como la estación se había conservado intacta durante centenares, tal vez miles, de años, las investigaciones de un joven curioso no podrían perjudicarla...

Algunas células de energía todavía estaban activas, y consiguió conectar los sistemas, iluminar los paneles. Por fin, descubrió la forma de activar un archivo, la holograbación de un hombre alto de extrañas facciones, grandes ojos y piel clara. Los huesos de su cara eran peculiares, como si procediera de una raza humana diferente. El científico imperial vestía ropas de colores brillantes, algunas metálicas, otras de diseños inusuales. Él y otros investigadores habían sido enviados al planeta para analizar los recursos de Arras y averiguar si era apto para la colonización. Pero no habían encontrado nada interesante.

—Esta será nuestra última grabación —dijo el científico, en un oscuro dialecto del galach que resultó apenas comprensible para Selim. Pasó cinco veces la grabación hasta comprender por entero mensaje—. Aunque nuestra misión aún no ha terminado, una nueva nave de transporte ha aterrizado en el espaciopuerto local. El capitán nos ha transmitido un mensaje urgente, referente a los disturbios y

el caos que se han apoderado del Imperio. Una junta de tiranos se ha hecho con el control de nuestras serviles máquinas pensantes, y las ha utilizado para apoderarse del gobierno galáctico. ¡Nuestra civilización está perdida!

Detrás de él, los compañeros del científico murmuraban en voz baja, nerviosos.

—El capitán de la nave de transporte ha de partir dentro de escasos días. No podremos finalizar nuestro trabajo a tiempo, pero si no nos vamos ahora, los disturbios pueden propagarse por todo el Imperio.

Selim contempló a los investigadores, de expresión preocupada y mirada distante.

—Tal vez los líderes políticos tarden un tiempo en resolver esta disputa y restaurar la normalidad. Ninguno de nosotros desea quedar aislado en este espantoso lugar, así que nos iremos con el transporte después de desconectar todos los sistemas de nuestras estaciones experimentales. En cualquier caso, poco queda por descubrir en el desierto Arrakis, pero si alguna vez volvemos, hemos tomado medidas para que las estaciones permanezcan intactas y operativas, aunque transcurran algunos años.

Cuando la grabación terminó, Selim lanzó una risita.

—¡Han pasado más de algunos años!

Pero las imágenes de los científicos del fenecido Imperio no contestaron, con la mirada perdida en un futuro incierto. Selim tuvo ganas de compartir su deleite con alguien, pero no pudo. El desierto le retenía prisionero. Sin embargo, encontraría una forma de escapar.

41

> El peligro disminuye a medida que aumenta nuestra confianza en los seres humanos.
>
> XAVIER HARKONNEN,
> arenga militar

Siete días.

Brigit Paterson no había deseado limitar tanto el tiempo, pero su equipo había trabajado con denuedo. Comprobó una y otra vez su trabajo, para asegurarse de que no habían cometido errores. Estaba en juego la suerte de todo un planeta.

Según los cálculos más optimistas de Serena, los ingenieros habían terminado con el tiempo justo.

Después de probar el sistema de descodificación y comprobar que funcionaba, pese a sus exigencias, Brigit concedió por fin a su gente unas horas de descanso. Algunos se quedaron sentados, con la vista clavada en el cielo grisáceo que se veía a través de las ventanas de plaz de sus barracones improvisados. Otros se durmieron de inmediato, como en animación suspendida.

La Armada llegó la mañana del noveno día.

El sistema detector que habían empalmado en la red sensora de Omnius disparó las alarmas. Brigit despertó a su equipo y dijo que la flota de la liga se acercaba al sistema, dispuesta a reconquistar Giedi Prime. Confiaba en que Serena hubiera interceptado las naves para informar de lo que debían esperar.

Los cimeks, desdeñosos, no quisieron creer que los humanos osaran atacarles, mientras la encarnación de Omnius se esforzaba en analizar la situación para encontrar una respuesta.

La flota de máquinas pensantes mantenía en órbita varios patrulleros, pero casi todas las naves de guerra robot se utilizaban en tierra para subyugar a la población. Ahora que se acercaba la Armada de la Liga, el Omnius de Giedi Prime propagó órdenes por la red informática. Las naves de combate robóticas calentaron motores, con el fin de lanzar una enorme fuerza sincronizada contra los invasores hrethgir.

Brigit Paterson escuchó los planes y sonrió.

El subjefe de los ingenieros se acercó corriendo.

—¿No deberíamos conectar los escudos descodificadores? Todos están preparados. ¿A qué estás esperando? Brigit le miró.

—Estoy esperando a que esos estúpidos robots caigan en la trampa.

Vio en las toscas pantallas instaladas en el complejo inconcluso que cien naves de combate despegaban de los campos de aterrizaje conquistados. Las enormes naves se alzaron del suelo, cargadas con una potencia de fuego increíble.

—No tan deprisa.

Por fin, Brigit activó los escudos descodificadores Holtzman renovados. Las torres de transmisión bombearon

energía a la red de satélites, y la interrupción se propagó como una telaraña, invisible y mortífera para los circuitos gelificados de inteligencia artificial.

La flota robot nuca supo qué les había alcanzado.

Incapaces de creer que algo pudiera afectar a sus planes, las máquinas pensantes colisionaron con el delgado velo que destruyó de inmediato sus cerebros electrónicos, sistemas de borrado y unidades de memoria. Las naves, una por una, fueron cayendo desde el cielo, hasta estrellarse contra el suelo.

Algunas impactaron en zonas deshabitadas. Otras, por desgracia, no.

Brigit Paterson no quiso ni pensar en los *daños colaterales* que acababa de causar en el ya devastado planeta. Al ver su éxito, los ingenieros prorrumpieron en vítores. Las restantes naves de guerra no podrían oponerse a la fuerza combinada de la Armada, ni descender a la superficie para provocar destrozos.

—Aún no hemos ganado —advirtió Brigit—, pero quizá no tardemos mucho en marcharnos de esta roca.

La Armada se acercaba a Giedi Prime, con todas las armas preparadas para repeler a las máquinas pensantes. Xavier rezó para que el audaz plan de Serena hubiera tenido éxito, y se encontrara sana y salva donde fuera.

Había insistido en tomar el mando del peligroso ataque, no porque deseara reclamar la gloria de una victoria que elevara la moral, sino porque deseaba con desesperación rescatar a Serena.

Omnius había calculado mal los planes y capacidad de los humanos. Después de debatir los pros y las contras, y llegar a la conclusión de que la liga contaba con escasas probabilidades de vencer, la supermente había desechado

la amenaza. Ningún enemigo sensato atacaría con tantas probabilidades en contra.

Pero Xavier Harkonnen no se negaba nunca a emprender misiones desesperadas. Y en este caso, la supermente de Giedi Prime no estaba en posesión de esa información fundamental. Este Omnius carecía de datos vitales acerca de las hechiceras de Rossak, acerca de los nuevos descodificadores portátiles y, confiaba Xavier, de los nuevos transmisores de escudo secundarios, ahora en funcionamiento.

Cuando las naves de guerra robóticas en órbita detectaron la llegada de la Armada, adoptaron la formación habitual para destruir al enemigo. Xavier oyó por el comunicador un informe de su segundo, el cuarto Powder.

—Señor, las máquinas pensantes se acercan. Sus cañoneras de misiles están abiertas.

Xavier dio la primera orden.

—Enviad las divisiones de asalto terrestres... Lanzad los transportes blindados de tropas.

Las naves transportaban a la hechicera Heoma y a sus guardaespaldas de Rossak, así como a soldados que utilizarían los descodificadores portátiles contra los robots de Giedi City.

De repente, el cuarto Powder alzó la vista de su puesto, después de verificar los análisis que sus oficiales tácticos le acababan de Facilitar.

—¡Señor, parece que los escudos descodificadores se han activado en todo el planeta!

El corazón de Xavier se hinchó de esperanza.

—Tal como Serena prometió.

Los soldados lanzaron vítores, pero él sonrió por un motivo muy diferente. Ahora, sabía que ella estaba viva.

Serena había logrado lo imposible, tal como ocurría a menudo.

—¡Las naves robóticas están cayendo! ¡Los descodificadores las han desconectado!

—Bien, pero las máquinas pensantes instaladas en tierra intentarán desmantelar las torres de transmisión secundarias. Hemos de terminar el trabajo mientras la flota robot esté atrapada aquí y el resto de máquinas pensantes se halle inmovilizada en las ciudades. —Xavier no iba a permitir que el esfuerzo de Serena fuera estéril—. Vamos a reconquistar el planeta.

Ocho kindjals surgieron de las escotillas de lanzamiento de la ballesta capitana, flanqueando el transporte de Heoma, todos armados hasta los dientes y dispuestos a batirse con el enemigo. La misión de los kindjals era causar confusión y caos, distraer a los robots carentes de imaginación, con el fin de que la hechicera aterrizara y llevara a cabo su trascendental misión.

Al ver que las naves de guerra robóticas apuntaban sus armas, Xavier ordenó a los transportes de tropas que se dieran prisa. Enjambres de naves de la Armada de menor tamaño penetraron en la atmósfera y se dirigieron hacia Giedi City.

Xavier cerró los ojos, deseó lo mejor a sus camaradas, y se concentró en la amenaza que aguardaba en órbita.

42

> Algunas vidas se toman, mientras otras se entregan con absoluta libertad.
>
> ZUFA CENVA,
> repetida frase de alabanza

Heoma, rodeada por seis silenciosos hombres de Rossak, pilotaba el transporte de tropas. Todos sus guardaespaldas llevaban uniformes y cascos acolchados, que les proporcionaban cierta protección contra el fuego de proyectiles. Los hombres echaron un vistazo al altímetro, mientras la nave descendía, y engulleron cócteles de drogas de Rossak. Los potentes estimulantes quemaron como lava sus venas y fibras musculares, al tiempo que apaciguaban el miedo y el dolor.

Gracias a su capacidad telepática, Heoma vio que los hombres drogados se convertían en tormentas humanas, dispuestas a lanzar rayos contra sus enemigos. La miraron de uno en uno, comunican una certeza no verbalizada, la de que estaban a punto de morir.

El transporte se estremecía mientras capeaba peligrosos vientos cortantes. Heoma no era una piloto experta, pero

podría posar la nave. No requeriría un aterrizaje delicado, solo poder salir por su propio pie.

Había esperado que naves robot les interceptaran, pero Heoma vio que los transportes de las máquinas pensantes se estrellaban tierra, cayendo como piedras sobre edificios y parques. Otras naves que habían conseguido volar lo bastante bajo para evitar los peores efectos de los escudos descodificadores se esforzaban por aterrizar con sus sistemas dañados.

—No están en condiciones de preocuparse por nosotros —transmitió un hombre desde uno de los kindjals. Las veloces naves de la Armada abrieron fuego de artillería y vaporizaron algunas naves enemigas.

En órbita, las naves de combate de la Armada intercambiaban furiosos disparos con las naves de inteligencia artificial, que ya no podían descender a la superficie para defender a Omnius. El tercero Harkonnen también había enviado una fuerza de asalto terrestre, después de que Heoma y su reducido equipo hubieran seguido su ruta predeterminada. Cada punta del ataque tenía su misión concreta, y era preciso controlar todos los detalles.

Heoma fijó la vista en los controles de la nave, mientras contaba los segundos. Su ataque iba a ser desesperado. No gozaría de otra oportunidad. Y tenía que terminar antes de que los soldados de la liga tomaran posiciones.

Cuando atravesaron las nubes bajas, vio la ciudad, calles y altos edificios construidos por orgullosos humanos que habían imaginado un futuro próspero. Manzanas enteras se veían ennegrecidas, en especial los complejos residenciales, que al parecer carecían de todo valor para los inhumanos conquistadores.

Recordó el informe recibido, durante el cual había memorizado los únicos planos disponibles de Giedy City, y localizó la ciudadela que había sido la residencia del gobernador. En ella, los cimeks habían instalado una nueva encarnación de Omnius, según el mensajero Pinquer Jibb. La mansión del magno se había convertido en una fortaleza de las máquinas pensantes.

Defendida por cimeks.

Los kindjals de escolta esparcieron nubes de humo y lanzaron contenedores que dispersaron broza electromagnética, partículas de metal activo que dañaron las capacidades sensoras de los robots. La nave de Heoma continuó su descenso hacia el suelo, oculta por el humo de las naves robóticas todavía operativas.

Conscientes de que se acercaban naves, las máquinas pensantes lanzaron salvas al azar. Las explosiones hicieron oscilar la nave de Heoma, y vio que el tren de aterrizaje había sido alcanzado. No obstante, posó el aparato en el suelo, que se deslizó a gran velocidad sobre una amplia calle embaldosada, proyectando fuego, chispas y metralla. Por fin, se estrellaron contra el costado de un edificio de piedra gris.

A1 instante, Heoma y sus hombres se desabrocharon los cinturones de seguridad y tomaron las armas. La joven hechicera abrió una escotilla lateral y ordenó a sus guardaespaldas que despejaran el camino. Transmitió la señal de que había pasado el peligro a sus kindjals de escolta.

—Aniquilad a esos bastardos —respondió un piloto.

Los kindjals ascendieron al cielo, en dirección a la segunda oleada de transportes de tropas que depositaban comandos de asalto terrestres en la ciudad infestada de robots.

La siguiente fase de la misión dependía de ella.

Heoma salió del aparato humeante, y después indicó con un gesto a sus hombres que corrieran hacia la ciudadela del gobernador. Saltó tras ellos, con el objetivo muy claro en su mente.

Detrás de la hechicera, el transporte estalló, obedeciendo a su secuencia de autodestrucción programada. Heoma ni siquiera se encogió. En ningún momento había pensado dejar una posibilidad de retirada.

Los guardaespaldas portaban lanzaproyectiles y fusiles, disociadores. Se trataba de una artillería demasiado abultada para cualquier hombre normal, pero gracias a sus músculos potenciados químicamente, los guardaespaldas poseían una fuerza sobrehumana..., al menos hasta que las drogas abrasaran sus cuerpos desde el interior.

Poderosos robots de combate, de tres metros de altura, custodiaban la ciudadela de Omnius. Aunque en estado de alerta, las máquinas pensantes estaban más preocupadas por las jabalinas y ballestas, además de los escudos descodificadores reactivados, que por unos pocos humanos que corrían por las calles. ¿Qué podían hacer un puñado de hrethgir triviales contra las invencibles máquinas pensantes?

Cuando los centinelas avanzaron para detenerles, los guardaespaldas de Heoma abrieron fuego. Sin una palabra, lanzaron proyectiles que redujeron a pedazos a los robots.

Ojos espía sobrevolaban los edificios, y descendieron cuando el comando corrió hacia el arco de entrada de la mansión del magno. Los ojos espía siguieron los movimientos de Heoma, informando de todo al Omnius de Giedi Prime. Pero la hechicera no redujo su velocidad. Sus guardaespaldas desintegraban a todas las máquinas que se ponían a su alcance.

En las calles, los primeros transportes de tropas habían aterrizado. Los soldados abrieron fuego con pistolas. Establecieron un perímetro custodiado para que sus técnicos pudieran instalar el primero de los dos prototipos de descodificadores portátiles.

El ingenio era voluminoso y de aspecto tosco, aupado sobre un robusto trípode. Estaba conectado mediante cables a la fuente de energía del transporte. Una sola descarga del proyector destruiría el motor de la nave, y pondría fuera de combate a los robots carentes de protección en medio kilómetro a la redonda.

—¡Atención! —gritó el técnico. Muchos soldados se taparon los oídos, como si esperaran una andanada de artillería.

Heoma solo oyó un leve gemido agudo, y después un tenue chasquido en el tejido del aire. Humo y chispas surgieron del proyector Holtzman, y todas las luces del transporte se apagaron.

Después, con un ensordecedor ruido metálico, cientos de ojos espía cayeron al suelo. Los robots se inmovilizaron. Más naves robóticas se precipitaron a las calles, fuera de control.

Los soldados de la Armada, que aún continuaban saliendo de los transportes, prorrumpieron en vítores, entusiasmados al ver que habían establecido una posición firme, una zona en que la mayoría de enemigos habían sido eliminados.

Heoma tenía que concluir su misión antes de poner en peligro las vidas de otros soldados humanos.

—¡Adentro! ¡Deprisa!

Sus guardaespaldas y ella se internaron en los pasillos de la ciudadela gubernamental. Como Zufa Cenva le había

enseñado, se concentró en fortalecer sus poderes telepáticos hasta que su mente se llenó de energía.

En las entrañas de la ciudadela, el comando de Heoma se topó con dos robots trabados, todavía funcionales pero desorientados. Al parecer, los gruesos muros del edificio les habían protegido de la descarga del proyector. Los robots se plantaron ante ellos, con los brazos levantados, pero Heoma lanzó una descarga telequinética que les derribó a un lado, impotentes contra una ofensiva que no podían ver ni comprender. Antes de que pudieran levantarse de nuevo, los guardaespaldas de Heoma los destruyeron con proyectiles.

Casi hemos llegado.

Corriendo a toda la velocidad de sus piernas, guió a los hombres hacia el corazón de la ciudad, al tiempo que se iban disparando alarmas por todas partes. Muchos robots habían quedado desactivados en habitaciones o pasillos, pero otros se precipitaron sobre ella. Puertas blindadas se iban cerrando en los corredores, como para aislar cámaras vitales, pero Heoma comprendió que no eran importantes. Sabía muy bien adónde iba.

Los cimeks no tardarían en rodearla. Tal como habían planeado.

El hormigueo de la electricidad mental aumentó en su cerebro como un transformador de energía. Daba la impresión de que la cabeza le iba a estallar, pero aún no liberó su energía. Debía guardar toda su fuerza hasta el último momento.

Oyó que formas de combate similares a cangrejos se deslizaban por los pasillos, ominosos sonidos de sofisticados cuerpos mecánicos guiados por cerebros de humanos traidores, diferentes de las rígidas pisadas de los guardias robot.

—Casi ha llegado el momento —anunció a los hombres de Rossak, con voz llena de entusiasmo y un terror apenas reprimido.

Entró en la cámara principal, donde habitaba el núcleo protegido de la manifestación de Omnius. Numerosos ojos espía la observaron con sus fibras ópticas.

Una voz resonó desde numerosos altavoces.

—Humana, ¿portas una bomba, un penoso y débil explosivo con el cual piensas atacarme? ¿Has traído uno de vuestros artilugios atómicos, o ese precio de la victoria sería demasiado elevado?

—No soy tan ingenua, Omnius. —Heoma se apartó de la frente su pelo blanco sudado—. Una persona no puede dañar a la gran supermente electrónica. Eso exige un ataque militar mucho más masivo. No soy más que una mujer.

Cuando los cimeks gigantes se acercaron desde pasillos adyacentes, Omnius simuló una carcajada.

—Los humanos admiten muy pocas veces la locura de sus actos.

—Yo no he admitido tal cosa. —La piel de Heoma emitía un brillo rojizo, abrasada por una energía sobrenatural. La electricidad estática provocaba que su cabello ondulara como serpientes airadas—. No has comprendido mi verdadero propósito.

Las puertas se abrieron y tres monstruosos cimeks irrumpieron con paso majestuoso, como si saborearan la captura de los humanos. Los guardaespaldas de Heoma se volvieron y abrieron fuego, utilizando sus últimas municiones para derribar a un neocimek en un solo ataque combinado.

El segundo neocimek levantó sus armas integradas y transformó a los intrépidos hombres de Rossak en nubes de

pulpa sanguinolenta. El neocimek averiado yacía en el suelo, sus brazos y piernas se agitaban como un insecto envenenado, no preparado todavía para sucumbir a la muerte. El titán de mayor tamaño avanzó.

Heoma estaba sola frente a las máquinas. Sin moverse, concentró sus poderes mentales, hasta el límite de su capacidad.

—Soy Barbarroja —dijo el cimek—. He aplastado a tantos hrethgir que haría falta un ordenador para contarlos todos. —Él y su compañero se acercaron—. Pocas veces había visto tanta arrogancia.

—¿Arrogancia? ¿O confianza? —Heoma sonrió—. Vale la pena perder la vida a cambio de aniquilar a un titán.

La energía mental de Heoma no podía dañar los circuitos gelificados de Omnius. No obstante, las mentes humanas eran más vulnerables a su potencia telepática. Sintió que las llamas de una energía vengativa crecían en su mente, y las liberó en una tormenta de fuego.

La onda expansiva de aniquilación psíquica abrasó los cerebros de Barbarroja y su compañero, así como de los demás cimeks y seres biológicos que se hallaban dentro del complejo de la ciudadela. Omnius emitió un aullido de estática e indignación. Heoma solo vio un telón blanco cuando su energía mental desintegró los cerebros orgánicos de los generales cimek.

Y la supermente recién instalada quedó vulnerable.

En el exterior, las tropas terrestres de la liga esperaron a que la tormenta telepática se desvaneciera, y después se lanzaron al ataque contra la fortaleza indefensa de Omnius.

La reconquista de Giedi Prime había empezado.

43

Nada es permanente.

Dicho de los pensadores

Transcurrida una hora desde la activación de las torres de transmisión los cimeks y robots destacados en tierra habían localizado su emplazamiento. Mientras la batalla continuaba en Giedi Prime, incluso después de la aniquilación de Barbarroja, un escuadrón de neocimeks y robots fue enviado al mar del norte. Rodearon la isla rocosa cubierta de hielo para penetrar en el recinto y destruir las torres de transmisión parabólicas.

Con escasas armas, los restantes ingenieros de Brigit Paterson no tenían defensa contra tal ataque, pero tampoco abrigaban la intención de rendirse. Dentro del centro de control, la mujer escudriñó el cielo y el mar.

—Cuanto más resistamos aquí, más vidas salvaremos.

Los desesperados ingenieros, pálidos y muertos de terror, se armaron con granadas, rifles de proyectiles pulsátiles y un lanzacohetes portátil, y fueron a custodiar los muelles y pistas de aterrizaje de la isla.

El escuadrón robot no lanzó ultimatos. Empezaron el ataque en cuanto tuvieron a tiro su objetivo. Los ingenieros

de Brigit estaban preparados y respondieron de inmediato. Cargaron sus armas, con cuidado de no desperdiciar munición.

Los cimeks y robots estaban más interesados en destruir las torres que en matar a sus pocos defensores. La mayor parte de su ataque se concentró en las estructuras que transmitían energía descodificadora a los cielos. Cuando un disparo cimek derribó un transmisor, los escudos empezaron a debilitarse, pero Brigit manipuló los controles. Sus dedos volaron sobre el teclado, desviando la energía hacia secciones más estables de la torre, y el escudo no tardó en volver a funcionar. No sabía cuánto duraría.

Oyó explosiones y gritos en el exterior, y se preguntó cuántos ingenieros quedarían con vida. Las pantallas fluctuaron cuando los sensores resultaron dañados, y vio que se acercaban más naves, probablemente refuerzos de los atacantes. Todo un escuadrón.

Entonces, detonaciones más potentes resonaron en el agua, los cimeks empezaron a dispersarse. Sus naves estallaron, alcanzadas por kindjals pilotados por humanos. Oyó vítores prorrumpidos por un número muy escaso de voces. La Armada de la Liga había enviado fuerzas para defender las instalaciones.

Debilitada de alivio, Brigit se desplomó en su silla, contenta de que el arriesgado plan hubiera funcionado. Cuando volviera a casa, se prometió que compraría a Serena Butler la botella de vino más cara que pudiera encontrar en la Liga de Nobles.

Después de que el ataque mental de Heoma destruyera a los guardianes cimek, el segundo descodificador portátil Holtzman destruyó a los robots en otra parte de la ciudad. El núcleo de Omnius estaba dañado y vulnerable.

Los robots supervivientes opusieron una feroz resistencia, dispuestos a sacrificar todo con tal de impedir que los humanos reconquistaran el planeta y destruyeran la supermente. Mientras Xavier Harkonnen combatía contra las naves de las máquinas pensantes con sus gigantescas ballestas, envió a cuatro destructores jabalina a la superficie. Escuadrón tras escuadrón de kindjals disparaban sobre objetivos, destruían la infraestructura embrionaria de las máquinas y aniquilaban a los robots que se hallaban fuera del alcance de los descodificadores portátiles.

Los transportes de tropas de la Armada depositaron soldados en tierra, cuya misión consistía en localizar y sabotear las fortalezas de las máquinas pensantes. Naves de reconocimiento enviaron mensajes animando a los oprimidos a sublevarse.

En respuesta, hombres, mujeres y niños aturdidos salieron de los edificios. Corrieron por las calles con las armas que podían encontrar, algunas recuperadas de los robots caídos.

Cuando la batalla empezó a dar un giro, Xavier dio una serie de órdenes, delegando responsabilidades y zonas de limpieza a los subcomandantes de la Armada. A continuación, partió con grupos de élite en busca de Serena Butler.

Voló directamente a la isla del mar del norte, donde los ingenieros habían reparado los transmisores. Esperaba encontrar allí a Serena, pues el plan había sido idea de la joven. Xavier miró a su alrededor, examinó los cadáveres con temor, pero no encontró ni rastro de Serena ni del veterano Ort Wibsen. Tampoco vio el forzador de bloqueos.

Cuando encontró a Brigit Paterson, expuesta a la brisa helada sin que pareciera sentir el frío, la mujer estaba

exultante por la victoria.

—¡Lo hemos conseguido, tercero! —exclamó con voz tonante—. Nunca habría apostado ni un crédito por nuestras posibilidades de éxito, pero Serena sabía lo que se llevaba entre manos. No puedo creer que nos arrastrara a esto.

Xavier estuvo a punto de desmayarse de alivio.

—¿Dónde está?

—¿No está con la Armada? —Brigit frunció el ceño—. Se fue hace días para encontrarse con vuestras naves e informaron de lo que habíamos logrado. —Parpadeó, preocupada de repente—. Pensábamos que os había transmitido toda la información.

—No, hemos venido por el mensaje que me dejó en Salusa. —El miedo agarrotó el corazón de Xavier, y su voz se convirtió en un susurro—. Algo habrá pasado. Dios, espero que no.

Xavier tomó el mando de un pequeño contingente de kindjals con sus mejores pilotos. Serena se encontraba en algún lugar de Giedi Prime. Había innumerables sitios donde esconderse en un planeta, pero juró encontrarla.

Después de dejar a los ingenieros en la isla, ¿se había estrellado? ¿La habían capturado? La hoja de servicios de Wibsen demostraba que era un excelente piloto, y el forzador de bloqueos reconvertido tendría que haber funcionado a la perfección. Pero Serena y sus restantes comandos no habían respondido a las transmisiones de la Armada. Podían haber sucedido muchas cosas.

Cosas malas.

La Armada tenía órdenes concernientes a la fase final de la operación llevada a cabo en Giedi Prime. Los convoyes

estaban alejando por aire a los supervivientes del dañado complejo gubernamental de Giedi City. Confiaba en que Serena no estuviera dentro.

A diez kilómetros de altura, el escuadrón se situó sobre la ciudadela que había sido el hogar del magno Sumi, y Xavier comprendió que había llegado el momento. Tan solo unos meses antes, el magno le había agasajado a él y a su equipo de inspección con un banquete.

Había que extirpar a Omnius como si fuera un cáncer, arrancarlo de Giedi Prime.

Xavier vaciló, mientras volaba en círculos sobre la ciudad mártir. Sintió un nudo en el estómago, y por fin dio la orden. Los kindjals soltaron sus cargas mortíferas.

Xavier cerró los ojos, y después se obligó a presenciar la terrible solución. Era la única forma de asegurarse. Aunque fragmentos de la supermente hubieran sido distribuidos en subestaciones de Giedi Prime, la fuerza de ocupación destruiría todos los restos. De momento, los humanos debían aniquilar el núcleo electrónico atrincherado como una reina abeja en el complejo de la ciudadela, aislado de toda su infraestructura, desprovisto de protección.

A través del humo y las nubes, Xavier vio que docenas de bombas térmicas caían sobre el centro de Giedi City y desintegraban los edificios gubernamentales. Hasta la piedra se fundió en manzanas a la redonda. El acero se convirtió en ceniza. El cristal se vaporizó. Nada podía sobrevivir.

Una victoria agridulce..., pero victoria a fin de cuentas.

Dos días después, durante una gira de inspección, el tercero Harkonnen y sus oficiales documentaron la

destrucción de Giedi City. Ya sabían lo que iban a encontrar, pero la evidencia les abrumó.

Xavier respiró hondo y trató de aliviar su conciencia recordándose que Omnius había sido derrotado. Los humanos habían reconquistado el planeta.

Pero no había ni rastro de Serena.

44

> Siempre hay una vía de escape, si sabes localizarla.
>
> VORIAN ATREIDES,
> informes

Cuando el *Viajero onírico* entró por fin en el sistema solar de Ophiuchi B, una escala más en su larga gira de actualizaciones, Seurat intentó ponerse en contacto con la red de Omnius recién instalada en Giedi Prime. Si el general Agamenón había conquistado el planeta hrethgir, tal como había prometido, Vor sabía que localizarían la ciudadela en el centro comercial del planeta. Otro gran capítulo para que su padre lo incluyera en sus memorias. Vorian estaba de pie detrás del capitán robot, estudiando la consola de instrumentos mientras se acercaban.

—Apuesto a que todavía hay mucho que organizar y reestructurar ahí abajo.

Le entusiasmaba la perspectiva de visitar un planeta sumido en el cambio de caer bajo el dominio eficaz de las máquinas, después de un período regido por el caos humano. Omnius necesitaría rodearse de los mejores humanos de confianza, los más leales a las máquinas

pensantes. Los neocimeks se encargarían de subyugar a la población, y los humanos de confianza llegarían después, en cuanto el pueblo estuviera domado y aceptara su nueva situación. Pero Vor también se sentía un poco raro. Los hrethgir conquista dos de Giedi Prime se parecerían a él, aunque no tenía nada en común con ellos. Seurat, y sus semejantes, son como hermanos para mí.

El robot, de pie ante la consola de control, intentaba recibir señales desde la ciudadela.

—Aún no hemos establecido contacto. Tal vez no han instalado todavía todos los sistemas de superficie, o bien Agamenón provocó demasiados daños durante su conquista.

Vor vigilaba los sistemas de control.

—Siempre es posible reparar los daños, en cuanto la conquista se haya consolidado. —Un sol amarillo pálido iluminaba la cara diurna de Giedi Prime. Frunció el ceño, preocupado—. Parece que algo no va bien, Seurat.

—Define tus reservas, Vorian Atreides. No puedo tomar medidas basándome en vagas sensaciones de inquietud. —Da igual. Pero... ve con cuidado.

El *Viajero onírico* sobrevoló la capa atmosférica, se internó entre las nubes y partículas dispersas que el sistema de recogida de la nave analizó como humo abundante. ¿Cabía la posibilidad de que los hrethgir, henchidos de maldad y desesperación, hubieran quemado sus propias ciudades? ¡Qué seres tan odiosos!

Sintió un nudo en el estómago cuando los sistemas de alarma de la nave se dispararon. Seurat alteró el curso de inmediato y volvió a ganar altura.

—Parece que los escudos descodificadores continúan intactos en Giedi Prime.

—¡Casi nos hemos topado con ellos! —gritó Vor—. ¿Significa eso...?

—Tal vez el general Agamenón no coronó con éxito la conquista. Giedi Prime no se halla tan a buen recaudo como cabía esperar.

Vor, confiando ciegamente en la perfección de su padre, examinó los controles.

—Los instrumentos captan material militar de la liga en la superficie, pruebas de enormes explosiones recientes en Giedi City. —Las palabras enmudecieron en su garganta—. ¡El núcleo central y el Omnius local han sido destruidos! Da la impresión de que también han sido aniquilados todos los robots y cimeks.

—Estoy controlando sus emisiones de banda ancha... Analizando un informe.

El robot, con una calma enloquecedora, informó acerca de los descodificadores portátiles, la poderosa hechicera de Rossak que había utilizado sus poderes mentales para destruir a los cimeks, y la fuerza aplastante de la Armada de la Liga.

—Vorian —dijo a continuación Seurat, imperturbable—, una flota de naves hrethgir se nos viene encima desde la cara oculta del planeta. Tal parece que nos hayan tendido una emboscada.

Rayos anaranjados y azules pasaron rozando la nave, y los sistemas automáticos del *Viajero onírico* adoptaron maniobras de evasión. Los kindjals de la liga se precipitaron sobre ellos como lobos.

—Son unos bárbaros —dijo Vor—. Ansiosos por destruir todo aquello que les desagrada.

—Nos atacan —repuso Seurat—. Y el *Viajero onírico* no es una nave programada para combatir. —Seguía hablando en un tono jovial falso, humorístico en esta ocasión—. Algún

día se me ocurrirá un chiste sobre la cantidad de humanos necesarios para provocar un cortocircuito a Omnius.

El tercero Xavier Harkonnen, avisado de que se acercaba una sola nave de las máquinas pensantes, había trasladado su grupo de batalla orbital hasta la cara más alejada del planeta. Aún llovían restos dispersos de las naves de guerra robot destruidas. Las fuerzas de Omnius habían sido aniquiladas por completo.

Xavier pilotaba un kindjal individual, acompañado por un escuadrón armado hasta los dientes. Vio que la nave de actualización se dirigía hacia la capital arrasada, y que luego ascendía con desesperación en cuanto el capitán robot detectó los escudos descodificadores.

—¡Seguidme! No podemos permitir que escape.

Sediento de venganza, su escuadrón le obedeció. Al mismo tiempo, comunicó a las fuerzas destacadas en la superficie que habían avistado una nave enemiga. El *Viajero onírico* hacía lo posible por esquivar el fuego de la Armada y huir al espacio.

De pronto, Xavier se quedó estupefacto al oír una voz humana (o que parecía humana) por el comunicador.

—¡Detened vuestro ataque! Esta es una nave de la liga. Me llamo Vorian Atreides. Hemos abordado y tomado el control de un aparato robot. ¡Dejad de dispararnos!

Xavier intentó deducir por el tono si se trataba de una voz humana o de una copia mecánica. Las máquinas pensantes no eran astutas..., a menos que hubiera a bordo un cerebro conservado. Algunos kindjals se rezagaron, vacilantes.

—No bajéis la guardia —ordenó Xavier a su escuadrón—, pero dejad de disparar hasta que averigüemos...

Antes de que pudiera acabar de hablar, la nave sospechosa empezó a disparar sus armas, proyectiles defensivos que pillaron por sorpresa a los hombres de la liga. Un kindjal se alejó a toda prisa, con los motores alcanzados.

La pantalla de la consola de Xavier mostró un rostro humano de pelo oscuro y ojos fanáticos. Un robot de cara reflectante estaba a su lado, y su cuerpo flexible ondulaba mientras manipulaba los controles.

¿Un robot y un humano, trabajando codo con codo? Xavier no daba crédito a sus ojos.

—¡Abrid fuego! —gritó—. Destruid esa nave.

—No es prudente provocarlos en exceso, Vorian —dijo Seurat, con una calma irritante—. Preferiría marcharme a toda prisa.

—He ganado unos segundos preciosos, ¿no es cierto? Tú no habrías pensando en echarte un farol.

Vor no pudo reprimir una sonrisa. Había leído palabras parecidas en las memorias de Agamenón, y estaba contento de repetirlas.

Cuando el comandante de la Armada adoptó maniobras de evasión y congregó a sus pilotos, lanzó insultos a Vor por el comunicador.

—¡Eres una vergüenza para la humanidad, traidor!

Vor rió, orgulloso de su posición. Citó lo que le habían enseñado durante toda su vida.

—Soy la cima de la humanidad, un hombre de confianza de Omnius, el hijo del general Agamenón.

—Lamento interrumpir tu ardoroso discurso, Vorian, pero detecto más naves hrethgir —dijo el robot—. Más de las que podemos esquivar. Por consiguiente, voy a

interrumpir la comunicación. Nuestra principal responsabilidad es proteger la actualización., Hemos de presentar nuestro informe.

—Si ya han destruido el Omnius de Giedi Prime —dijo en tono sombrío Vor—, jamás conseguiremos una actualización de lo almacenado durante los meses de conquista.

—Una lamentable pérdida —repuso Seurat.

El robot guió el *Viajero onírico* hacia la órbita, lejos de los escudos descodificadores. La aceleración aplastó a Vorian contra su asiento acolchado, hasta que estuvo a punto de perder la conciencia. Un escuadrón dé naves humanas les perseguía, y la nave se estremeció cuando un chorro de energía alcanzó la sección de popa.

Seurat efectuó una maniobra evasiva, y otra andanada de proyectiles dañó el blindaje de la nave, que no estaba preparada para recibir semejante castigo. Vor oyó que los sistemas siseaban, cuando instalaciones automáticas efectuaron reparaciones provisionales de las partes dañadas. Otro impacto, peor que los anteriores.

—Solo funcionan los motores de reserva —anunció Seurat.

Vor examinó los sistemas de diagnóstico para analizar los daños. Un humo acre había invadido la cabina.

El Viajero onírico dio un bandazo. Estaban rodeados de más kindjals, que no cesaban de disparar sobre ellos. Una explosión sacudió a Vor hasta los huesos.

—No podremos aguantar mucho más —dijo Seurat—. Nuestros motores funcionan a una tercera parte de la potencia normal, y vuelo con la mayor rapidez posible.

—Dirígete hacia esa nube —dijo Vor, cuando se le ocurrió una idea de repente—. El vapor de agua es lo bastante espeso para actuar de superficie de proyección.

Seurat obedeció a su entusiasta copiloto. Los motores dañados se esforzaron al máximo. Los kindjals siguieron disparando.

Vor utilizó los sofisticados sistemas de la nave para proyectar copias virtuales, imágenes electrónicas del *Viajero onírico*. Había esperado utilizar la estratagema en un juego táctico con Seurat..., pero este era un juego muy diferente. Si no salía bien, la nave no sobreviviría.

Momentos después, cien *Viajeros oníricos* ilusorios parecieron surgir de entre las nubes, imágenes sólidas reflejadas en el vapor de agua. El escuadrón, confuso, persiguió a los señuelos.

Pero la presa auténtica se alejó, entró en órbita, los pilotos confiados en pasar desapercibidos hasta quedar fuera del alcance del fuego enemigo.

45

> Incluso lo esperado puede provocar una terrible sorpresa cuando nos aferramos a tenues esperanzas.
>
> XAVIER HARKONNEN

Mientras los supervivientes de Giedi Prime contaban sus muertos, documentaban los daños y hacían planes para el futuro, Xavier sentía que sus esperanzas se desvanecían. Daba la impresión de que nadie había visto a Serena Butler desde que había marchado de la isla del mar del norte.

Hizo turnos dobles en los kindjals de reconocimiento, siguió pautas regulares sobre los continentes poblados, donde las máquinas pensantes habían causado la mayor destrucción. Xavier sabía que la joven nunca se escondería, sino que dedicaría todo su empeño a los trabajos de reconstrucción.

Mientras volaba en dirección este, vio que el sol amarillo se ponía a sus espaldas, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados. Violentas rachas de aire sacudieron su aparato, y luchó por controlarlo. Xavier se alzó por encima de las turbulencias, y su escuadrón le siguió.

Algún día, después de que Serena y él se casaran, contaría esta historia a sus hijos. Sintió una opresión en el pecho cuando pensó en esto, pero continuó su búsqueda, sin atreverse a pensar en lo que haría si algo le había sucedido.

Desde esta altura, Xavier distinguía el contorno de los continentes y mares. Gracias a un potente visor, distinguió el centro de una ciudad y divisó grupos de luces que indicaban un campamento humano. Durante su breve y brutal dominio, los conquistadores habían aniquilado a incontables personas, y millones habían huido al campo.

Los supervivientes empezaban a regresar a sus hogares. Cuadrillas de reconstrucción se habían trasladado a los complejos industriales, donde eliminaban las modificaciones llevadas a cabo por las máquinas y volvían a poner en funcionamiento las instalaciones necesarias para reconstruir viviendas y distribuir alimentos y suministros. En Giedi City, los expertos de la Armada analizaban los restos de la ciudadela donde se había atrincherado Omnius. Solo quedaban fragmentos retorcidos de soporte físico y mecanismos electrónicos.

Pero el proceso de reconstrucción exigiría mucho tiempo.

Xavier odiaba a las máquinas más que a nada, pero también creía en el honor entre hombres. No podía comprender al traidor Vorian Atreides, que viajaba de buen grado junto a un capitán robot en una nave espía de las máquinas pensantes. Le habían lavado el cerebro, de eso no cabía duda, pero el comportamiento arrogante del joven sugería fuertes convicciones..., una pasión fanática, sincera. Atreides había afirmado ser *hijo* de Agamenón, el peor de los titanes.

Una nave del escuadrón descendió hacia el mar.

—Tercero Harkonnen, he detectado restos metálicos en el agua.

—Id a comprobarlo —dijo Xavier, asaltado por un repentino temor.

Dos kindjals planearon en dirección al mar.

—La masa y configuración sugiere que son los restos de una nave militar de la liga —transmitió un piloto—. Quizá un forzador de bloqueos.

—¿Hemos perdido alguna nave de esas características en la batalla?

—No, señor.

—Recuperad los restos —ordenó Xavier, sorprendido por la firmeza de su voz—. Los analizaremos.

No quería decirlo, pero sabía que Serena y su equipo habían salido al mar en una nave de ese tipo desde la isla.

Pensó en la imagen de Serena proyectada desde el collar de diamantes negros que Octa le había dado. El recuerdo era tan vivo que la hermosa mujer parecía estar delante de él, orgullosa y decidida en su alocada idea de ayudar a los habitantes de Giedi Prime.

Cuando la tripulación recogió los restos, Xavier vio que el casco estaba pintado de un gris discreto, con una cobertura de camuflaje, ahora rota y desprendida.

Se sintió aturdido.

—Hemos de asegurarnos.

Más tarde, cuando los restos fueron entregados a un campamento militar improvisado en Giedi City, Xavier Harkonnen ordenó que llevaran a cabo un análisis minucioso de los vestigios hallados en el interior del aparato. Algunas piezas parecían proceder de naves robóticas, pero eso no le importaba. Su mente y su cuerpo

estaban paralizados de terror. Las conclusiones eran inevitables.

En el interior de un módulo salvavidas semidestrozado, descubierto no lejos del forzador de bloqueos, el equipo de búsqueda había encontrado también los restos despedazados de un anciano, identificado como Ort Wibsen. Todas las dudas se disiparon. Esta había sido la nave de Serena.

Encontraron más sangre dentro de la nave sumergida. Era evidente que, al final, habían opuesto una resistencia encarnizada. Xavier analizó el ADN, con la esperanza de obtener resultados diferentes a los que temía.

Pero los resultados demostraron que las otras víctimas eran el mensajero Pinquer Jibb... y Serena Butler. *Serena. Amor mío...*

Xavier intentó aferrarse a los últimos vestigios de esperanza. Tal vez las máquinas se habían limitado a tomar prisionera a Serena. Pero era una posibilidad estrambótica, irreal... Y teniendo en cuenta la brutalidad de robots y cimeks, ¿era deseable ese sino?

No, tendría que volver a Salusa Secundus y comunicar la noticia a un abatido Manion Butler.

No cabía la menor duda. Serena había muerto.

46

> Seamos ricos, pobres, fuertes, débiles, inteligentes o estúpidos, las máquinas pensantes nos tratan como si fuéramos pedazos de carne. No comprenden cómo son los humanos.
>
> IBLIS GINJO,
> planes preliminares para la Yihad

Mientras los demás capataces humanos supervisaban los proyectos de monumentos para el Foro, Iblis Ginjo recibió órdenes de distribuir un cargamento de nuevos esclavos. Los cautivos procedían de Giedi Prime, y habían sido conducidos a la Tierra por orden de Omnius. El jefe de los capataces gruñó para sí, pues sospechaba que los cimeks querrían construir otro enorme monumento para celebrar la victoria de Giedi Prime, y sus cuadrillas tendrían que encargarse del trabajo...

Al parecer, Erasmo le había echado el ojo a una hembra en particular, seleccionada para él por el titán Barbarroja. Iblis había leído la documentación y sabía que el nuevo grupo de prisioneros eran de índole rebelde, considerando el lugar donde habían sido capturados.

Cuando los desaliñados y desorientados esclavos salieron del transporte con sus ropas sucias, Iblis los examinó con ojo experto y pensó en qué forma los distribuiría: algunos artesanos, algunos obreros cualificados, la mayoría simples esclavos. Destinó un hombre musculoso de piel negra al proyecto del pedestal de Ajax. Tras dedicarle una sonrisa de aliento, envió otros a cuadrillas necesitadas de más mano de obra.

Uno de los últimos prisioneros en salir de la nave fue una mujer que, pese a los moratones que cubrían su cara y brazos, y su expresión estupefacta, caminaba con orgullo, demostrando una energía interna en cada movimiento. Era la hembra de Erasmo. *Problemas.*

¿Por qué estaba interesado el robot en ella? Al fin y al cabo, acabaría viviseccionándola. Un desperdicio. Y una pena.

Iblis la llamó, pero ella hizo caso omiso de su tono suave aunque autoritario. Por fin, con cierta colaboración ruda de los guardias robot, la mujer se plantó ante él. Aunque era de estatura mediana, la hembra tenía ojos de un bellísimo tono lavanda, cabello castaño claro y un rostro que sería hermoso una vez limpio de suciedad y cólera.

Iblis le dirigió una cálida sonrisa, con la intención de derribar sus defensas.

—La documentación afirma que te llamas Serena Linné. Sabía muy bien quién era.

Iblis la miró a los ojos y detectó un brillo desafiante. La mujer sostuvo su mirada, como si fuera su igual.

—Sí. Mi padre era un funcionario de menor rango de Giedi Prime, moderadamente acomodado.

—¿Has trabajado antes de sirvienta? —preguntó el capataz.

—Siempre he sido una sirvienta... de mi pueblo.

—A partir de ahora, servirás a Omnius. —El hombre suavizó la voz—. Te prometo que no será muy duro. Aquí tratamos bien a nuestros trabajadores. Sobre todo a los inteligentes como tú. Tal vez incluso podrías aspirar a una posición privilegiada, de confianza, si cuentas con la inteligencia y personalidad necesarias. —Iblis sonrió—. Sin embargo, ¿no sería mejor que utilizáramos tu verdadero nombre, Serena Butler?

La mujer le traspasó con la mirada. Al menos, no lo negó. —¿Cómo lo sabes?

—Después de capturarte, Barbarroja inspeccionó los restos de tu nave. Quedaban muchas pistas a bordo. Tuviste suerte de que los cimeks no precisaran interrogarte a fondo. —Echó un vistazo a sus notas electrónicas—. Sabemos que eres la hija del virrey Manion Butler. ¿Intentabas ocultar tu identidad por temor a que Omnius te utilizara con ánimo de chantaje? Te aseguro que la supermente no piensa de esa forma. Omnius jamás habría ni considerado semejante posibilidad.

Serena alzó la barbilla con aire desafiante.

—Mi padre jamás cedería ni un centímetro de territorio, pese a lo que me hicieran las máquinas.

—Sí, sí, eres muy valiente, de eso estoy seguro. —Iblis le dedicó una sonrisa irónica, con el propósito de consolarla—. Lo demás depende del robot Erasmo. Ha solicitado que seas trasladada a su villa. Está muy interesado en tus circunstancias particulares. Es una buena señal.

—¿Desea ayudarme?

—Yo no diría tanto —contestó Iblis con cierto tono humorístico—. Estoy seguro de que Erasmo desea hablar contigo. Hablar sin cesar. Al final, estoy seguro de que te volverá loca con su famosa curiosidad.

Iblis ordenó a otros esclavos que lavaran y vistieran debidamente a esta hembra, y siguieron las órdenes del humano como si también fuera una máquina. Aunque su comportamiento proyectaba hostilidad y resentimiento, Serena Butler no malgastó esfuerzos ni opuso resistencia. Tenía cerebro, pero su inteligencia y espíritu no tardarían en ser aplastados.

No obstante, la revisión médica comportó una sorpresa. Miró a Iblis con ojos coléricos, intentando conservar su muro defensivo de ira, pero un brillo de curiosidad asomó a sus ojos lavanda.

—¿Sabías que estabas embarazada? ¿O es que se trata de un desafortunado accidente? —A juzgar por su reacción, comprendió que no fingía—. Sí, parece que de tres meses. Lo habrás sospechado en algún momento.

—Eso no te concierne.

Habló con dureza, como si intentara asirse a algo estable. La noticia pareció afectarla más que los malos tratos recibidos durante su cautiverio.

Iblis hizo un ademán despectivo.

—Hasta la última célula de tu cuerpo me concierne, al menos hasta que te entregue a tu nuevo amo. Después, empezaré a compadecerme de ti.

No cabía duda de que el robot independiente pensaría en experimentos interesantes para ella y el feto...

47

> La psicología del animal humano es maleable, pues su personalidad depende de la proximidad de otros miembros de su especie y de la presión ejercida sobre ellos.
>
> ERASMO,
> notas de laboratorio

La villa de Erasmo consistía en un edificio alto construido sobre una colina que dominaba el mar. En la parte que daba al interior, la sección principal se cernía sobre una agradable plaza embaldosada. Hacia la costa, los recintos de los esclavos, donde cautivos humanos vivían hacinados como ganado, se apelotonaban en el lado contrario.

Desde los balcones más elevados, el robot consideraba curiosa la dicotomía.

La capa facial de polímero metálico de Erasmo formó una sonrisa paternal, mientras veía a dos robots centinela que atravesaban un recinto en pos de dos niñas gemelas que necesitaba para su nueva ronda de experimentos. Las aterradas humanas huyeron, pero Erasmo no arrugó el

ceño. Sus numerosas fibras ópticas analizaron las formas flacas y sucias.

Había visto a las niñas unos días antes, y reparado en su pelo negro y corto y sus ojos castaños, pero daba la impresión de que se escondían en algún sitio. ¿Estaban jugando con él? Los centinelas accedieron por una puerta a un túnel que conducía a otro recinto.

—Hemos localizado a los dos sujetos —transmitieron por fin. Bien, pensó Erasmo, impaciente por iniciar el intrigante trabajo. Quería ver si podía obligar a una de las gemelas a matar a la otra.

Sería un experimento fundamental, revelador de las fronteras morales y de cómo las definían las hermanas.

Le gustaba mucho trabajar con gemelos idénticos. A lo largo de los años, había procesado docenas de gemelos en su laboratorio, y reunido informes médicos detallados, así como estudios psicológicos intensivos. Dedicaba grandes esfuerzos a meticulosas autopsias comparadas, microanalizaba las sutiles diferencias entre hermanos que eran copias genéticas. Los capataces que trabajaban en los abarrotados recintos tenían instrucciones de identificar y seleccionar cualquier par nuevo entre la población cautiva de la Tierra.

Por fin, tuvo a las gemelas ante él, sujetas por robots. Compuso una sonrisa serena. Una de las niñas escupió en la superficie reflectante. Erasmo se preguntó por qué la saliva poseía connotaciones tan negativas para los humanos. No causaba daños y se limpiaba con facilidad. Las formas del desafío humano nunca cesaban de asombrarle.

Poco antes de que Erasmo abandonara su propiedad de Corrin, veintidós esclavos se habían quitado las capas protectoras oculares v clavado la vista en el gigantesco sol rojo hasta quedar ciegos. Desobedientes, rebeldes y

estúpidos. ¿De qué servía aquel acto desafiante, aparte de inutilizarles para trabajar como esclavos?

Habían supuesto que les matarían, y Erasmo no les decepcionó, pero tampoco deseaba que se convirtieran en mártires. Los había separado de los demás esclavos, para que su ejemplo no se propagara. Ciegos, no podrían encontrar ni ganarse comida. A estas alturas, suponía que ya habrían muerto de hambre en su oscuridad autoinfligida.

Aun así, se maravillaba de su coraje, de su voluntad colectiva de desafiarle. Aunque los humanos constituían una raza molesta, no cesaban de fascinarle.

Un ojo espía zumbó en las cercanías, emitiendo ruidos extraños. Por fin, Omnius habló por su mediación.

—La reciente pérdida de Giedi Prime es culpa tuya, Erasmo. Tolero tus incesantes experimentos en la esperanza de que deconstruyas y analices el comportamiento humano. ¿Por qué no predeciste el ataque suicida que aniquiló a mis cimeks? Los datos y experiencias de mi contrapartida de Giedi Prime nunca llegaron a cargarse. Barbarroja también es irremplazable, pues él creó mi programación original.

El Omnius de la Tierra ya estaba enterado de la reconquista de Giedi Prime, gracias a una boya de emergencia automática lanzada por el robot Seurat, cuya nave de actualización se había topado inesperadamente con el desastre. El mensaje había llegado a la Tierra aquella mañana.

—No se me suministraron datos de que las hechiceras de Rossak habían desarrollado esta capacidad de destrucción telepática. —La cara del robot recuperó su falta de expresividad habitual—. ¿Por qué no interrogas a Vorian Atreides cuando regrese a la Tierra? El hijo de Agamenón

ya nos ha ayudado en otras ocasiones a replicar un comportamiento humano inestable.

—Ni siquiera sus aportaciones habrían podido prepararnos para lo que sucedió en Giedi Prime. Los seres conscientes biológicos son impredecibles y temerarios.

Cuando los centinelas se llevaron a rastras a las gemelas, Erasmo dedicó su atención al ojo espía.

—Entonces, es evidente que tengo más trabajo que hacer.

—No, Erasmo, es evidente que tus investigaciones no dan los frutos deseados. Deberías esforzarte por alcanzar la perfección, en lugar de investigar combinaciones de errores. Recomiendo que sustituyas tu núcleo mental por un subconjunto de mi programa. Conviértete en una máquina perfecta. Una copia de mí.

—¿Serías capaz de sacrificar nuestros fascinantes e interminables debates? —contestó Erasmo, esforzándose por disimular su alarma—. Siempre has expresado interés en mi peculiar manera de pensar. Todas las supermentes desean acceder a tu registro de mis actos.

El zumbido del ojo espía se intensificó, lo cual indicaba que Omnius estaba pensando. La situación era preocupante. Erasmo no quería perder su identidad independiente, que tanto le había costado conseguir.

Una de las gemelas intentó liberarse de los guardias, y corrió en dirección a la dudosa seguridad de los recintos. Como Erasmo había sugerido por anticipado, el guardia alzó a su hermana por un brazo, y dejó que colgara entre chillidos. La otra vaciló, aunque podría haber llegado con facilidad a su refugio provisional. Se detuvo poco a poco, derrotada.

Fascinante, pensó Erasmo. Y el centinela ni siquiera se había visto obligado a infligir daños celulares a la otra niña.

—Tal vez si desviara mi atención hacia temas de importancia militar —se apresuró a continuar—, comprenderías mejor las posibilidades de mi trabajo. Deja que analice por ti la mentalidad de estos humanos salvajes. Qué les impulsa a la autoinmolación, como vimos en Giedi Prime. Si soy capaz de aportar una explicación, tus Planetas Sincronizados nunca más serán vulnerables a ataques impredecibles.

El ojo espía flotó en el aire, mientras millones de posibilidades pasaban por la fértil mente de Omnius. Poco después, el ordenador tomó una decisión.

—Tienes mi permiso para proceder. Pero no sigas poniendo a prueba mi paciencia.

48

La gente necesita continuidad

BOVKO MANRESA,
primer virrey de la Liga de Nobles

En Poritrin, la virulenta fiebre hacía estragos en las tierras bajas y muelles donde los esclavos se hacinaban. Pese a la cuarentena y todos los esfuerzos, la enfermedad había matado a cierto número de funcionarios y mercaderes, e incluso se había propagado a los esclavos que trabajaban en los laboratorios de Tio Holtzman, la cual provocó problemas en los trabajos del científico.

Cuando Holtzman reparó por primera vez en los síntomas de la enfermedad que afectaba a sus calculadores de ecuaciones, ordenó de inmediato que trasladaran a los enfermos a cámaras de aislamiento y confinaran a los demás. El distraído sabio pensó que los esclavos se alegrarían de librarse de sus tareas matemáticas. En cambio, los calculadores gimieron y rezaron, y se preguntaron por qué Dios les castigaba a ellos en lugar de a sus opresores.

Al cabo de dos semanas, la mitad de sus esclavos habían muerto o estaban en cuarentena. El cambio producido en

las rutinas diarias no ayudaba al trabajo mental del sabio.

Se estaban llevando a cabo varios simulacros a gran escala, siguiendo el desarrollo gradual de parámetros establecidos por la brillante Norma Cenva. Holtzman, irritado, sabía que interrumpir el trabajo requeriría nuevos equipos que empezaran de cero. Con el fin de conservar su prestigio, necesitaba un éxito cuanto antes.

En los últimos tiempos, había sido el trabajo de Norma, más que el suyo propio, el que había sustentado su reputación. Por supuesto, se había apropiado todo el mérito de haber transformado los generadores descodificadores en armas ofensivas. Lord Bludd había presentado con orgullo los dos prototipos a la fuerza de liberación de la Armada con destino a Giedi Prime. La verdad era que los proyectores habían prestado un gran servicio a los rescatadores, pero los prototipos habían consumido suficiente energía para dejar en tierra a dos transportes de tropas, y los ingenios se habían averiado, de forma irreparable, después de utilizarlos una sola vez. Para colmo, la pulsación descodificadora había producido resultados inesperados, porque muchos robots habían gozado de la protección de paredes, o no habían sido afectados por el campo destructor. De todos modos, la idea era prometedora, y los nobles animaron a Holtzman a mejorar el invento, ignorantes del papel jugado por Norma.

Al menos, la reputación de Holtzman estaba a salvo. De momento.

Norma era tranquila pero diligente. Como estaba muy poco interesada en diversiones y pasatiempos, trabajaba con ahínco y analizaba sus ideas. Pese a los deseos de Holtzman, insistió en efectuar los cálculos en persona, en lugar de derivarlos a los equipos de calculadores. Norma era demasiado independiente para entender la economía

de delegar tareas. Su dedicación la convertía en una persona aburrida.

Después de rescatar a la joven prodigio de su oscuridad en Rossak, Holtzman había confiado, tal vez sin una base sólida, en que Norma le procuraría inspiración cuando menos lo esperara. Durante una fiesta reciente celebrada en las torres cónicas de lord Bludd, el noble había dicho en broma a Holtzman que concediera unas vacaciones a su brillantez habitual. Aunque el comentario le ofendió, el inventor había reído junto con los demás nobles. Aun así, abundaba en la idea (al menos en su opinión) de que hacía tiempo que no había creado nada original.

Tras una noche inquieta de sueños extravagantes, Holtzman pensó en una idea que debía explorar. Si desarrollaba algunas características electromagnéticas que había utilizado para sus escudos descodificadores, quizá podría crear un *generador de resonancia modificado*. Sintonizado de la manera apropiada, un inductor de campo térmico se conectaría con metales, los cuerpos de los robots, por ejemplo, o incluso las formas de combate adoptadas por los cimeks. Una vez ajustado correctamente, el generador de resonancia podría hacer entrechocar unos contra otros átomos metálicos seleccionados, hasta generar un calor enorme que destruiría las máquinas.

La idea parecía prometedora. Holtzman abrigaba la intención de atacar su desarrollo con entusiasmo y celeridad.

Pero antes necesitaba más matemáticos y ayudantes que construyeran el prototipo. Encima, tenía que desperdiciar un día en la tarea mundana de sustituir a los esclavos que habían muerto a causa de la fiebre. Salió de los laboratorios con un suspiro de frustración y siguió la senda sinuosa que

conducía a la base de los acantilados, donde subió a una lancha motora que cruzó el río.

En la orilla opuesta, en la parte más ancha del delta, visitó un bullicioso mercado. Había balsas y barcazas apretujadas desde hacía tanto tiempo, que ya parecían parte del paisaje. El barrio de los mercaderes no estaba muy lejos del espaciopuerto de Stardi donde numerosos vendedores ofrecían productos de otros planetas: drogas de Rossak, maderas y plantas interesantes de Ecaz, joyas de Hagal, instrumentos musicales de Chusuk.

En tiendas que flanqueaban una estrecha callejuela, había sastres que copiaban la última moda salusana, cortaban y cosían telas exóticas importadas y lino de Poritrin. Holtzman había utilizado a muchos de dichos sastres para mejorar su imagen. Un sabio eminente como él no podía pasar todo el tiempo en los laboratorios Al fin y al cabo, le pedían con frecuencia que apareciera en público para contestar a preguntas de los ciudadanos, y hablaba a menudo ante comités de nobles, con el fin de convencerles de su importancia.

Pero hoy, Holtzman no estaba interesado en esas tiendas. Necesitaba comprar esclavos, no ropa. El científico vio un letrero el muelle de enfrente, escrito en galach: RECURSOS HUMANOS. Acercó a un grupo de balsas donde se amontonaban cautivos. Separados por grupos detrás de vallados, los hoscos prisioneros iban vestidos con uniformes idénticos, aunque no fueran de su talla. Los esclavos eran delgados y angulosos, como si no estuvieran acostumbrados a comer con regularidad. Estos hombres y mujeres procedían de planetas de los que muy pocos ciudadanos libres de Poritrin habían oído hablar, y mucho menos habían visitado.

Los traficantes parecían altivos, como si no tuvieran ganas de exhibir la mercancía o regatear. Después de la reciente plaga, muchos hogares y propiedades necesitaban sustituir su personal, y los vendedores se aprovechaban.

Otros clientes se apretujaban contra los vallados, escudriñaban los rostros abatidos, inspeccionaban la mercancía. Un viejo que aferraba un fajo de créditos llamó a un vendedor y pidió echar un detenido vistazo a cuatro mujeres de edad madura.

Holtzman no era muy exigente, ni tampoco quería perder tiempo. Como necesitaba muchos esclavos, su intención era adquirir todo un lote. En cuanto llegara a su finca, elegiría a los más inteligentes para ocuparse de los cálculos, en tanto el resto cocinaría, limpiaría o cuidaría de su casa.

Detestaba estas tareas mezquinas, pero nunca las había delegado en otra persona. Sonrió, cuando cayó en la cuenta de que había reprendido a Norma por hacer lo mismo, por no querer utilizar matemáticos.

Holtzman, impaciente y ansioso, llamó al traficante más cercano, agitó ante sus narices la autorización crediticia de Niko Bludd y se abrió paso hasta la primera fila.

—Quiero un número elevado de esclavos.

El mercader se acercó, sonrió e hizo una reverencia.

—¡Por supuesto, sabio Holtzman! Os proporcionaré lo que deseéis. Concretad vuestras necesidades, y yo las satisfaré.

—Necesito esclavos que sean inteligentes e independientes —replicó Holtzman, temeroso de que intentara engañarle—, pero capaces de seguir instrucciones. Imagino que con setenta u ochenta tendré suficiente.

Algunos clientes que se apelotonaban contra el vallado gruñeron, pero no se atrevieron a desafiar al célebre inventor.

—Un buen pedido —dijo el vendedor—, sobre todo en estos tiempos de crisis. La plaga ha provocado escasez, hasta que los mercaderes de carne de Tlulaxa entreguen más mercancía.

—Todo el mundo conoce la importancia de mi trabajo —dijo Holtzman, al tiempo que sacaba a propósito un cronómetro de la amplia manga de su manto—. Mis necesidades gozan de prioridad sobre ciudadanos ricos que desean sustituir a la mujer de la limpie. Si así lo deseáis, obtendré un permiso especial de lord Bludd.

—Sé que podéis hacerlo, sabio —dijo el negrero. Gritó a los demás clientes que se amontonaban contra el vallado—. ¡Basta quejas! ¡De no ser por este hombre, ahora estaríamos barriendo los suelos de las máquinas pensantes! —El vendedor sonrió a Holtzman—. La cuestión estriba en qué esclavos os serán de más utilidad. Acaba de llegar una nueva remesa de Harmonthep: todos zensunni. Dóciles, pero temo que merecen una bonificación.

Holtzman frunció el ceño. Prefería gastar su riqueza en otras cosas, sobre todo considerando la gran inversión necesaria para nuevo resonador.

—No intentéis estafarme, señor.

El hombre enrojeció, pero no cejó en su empeño, intuyendo que el sabio tenía prisa.

—Tal vez otro grupo os sería más conveniente. Acaba de llegar uno de Anbus IV. —Indicó una balsa en que esclavos de pelo negro miraban con hostilidad a los clientes—. Son zenshiítas.

—¿Cuál es la diferencia? ¿Son menos caros?

—Una simple cuestión de filosofía religiosa. —El mercader esperó a ver si comprendía sus palabras, y al ver que no, sonrió aliviado—. Además, ¿quién puede comprender a los budislámicos? Son trabajadores, y eso es lo que cuenta, ¿verdad? Os puedo ceder esos zenshiítas a menos precio, pese a que son muy inteligentes. Tal vez más educados que los de Harmonthep. Son sanos, también. Tengo certificados médicos. Ninguno de ellos ha estado expuesto al virus de la plaga.

Holtzman examinó el grupo. Todos se habían subido la manga izquierda, como si fuera una especie de distintivo. En la primera fila, un hombre musculoso de ojos feroces y espesa barba le miró con indiferencia, como si se considerara superior a sus captores.

Después de una inspección superficial, Holtzman no distinguió nada especial en los cautivos de Anbus IV Necesitaba con desesperación sirvientes, así como técnicos de nivel inferior para sus laboratorios. Cada día era una lucha por encontrar trabajadores capaces de calcular ecuaciones progresivamente más complejas.

—Pero ¿por qué son más baratos? —preguntó.

—Abundan más. Es una cuestión de oferta y demanda. El vendedor sostuvo su mirada. Dijo un precio. Demasiado impaciente para regatear, Holtzman asintió.

—Me llevaré ochenta. —Alzó la voz—. Me da igual que de Anbus IV o de Harmonthep. Ahora están en Poritrin, y trabajan para el sabio Tio Holtzman.

El mercader se volvió hacia el grupo de cautivos y gritó:

—¿Lo habéis oído? Deberíais estar orgullosos.

Los cautivos se limitaron a mirar a su nuevo amo, sin decir nada. Holtzman sintió alivio. Debía significar que serían más tratables.

Entregó la cantidad de créditos solicitada.

—Ocupaos de que los laven y envíen a mi residencia.

El sonriente negrero le dio las gracias profusamente.

—No os preocupéis, sabio Holtzman. Os quedaréis satisfecho con este lote.

Cuando el gran hombre se alejó del mercado, otros clientes empezaron a gritar y agitar sus tarjetas de crédito, peleando por los restantes esclavos. Iba a ser un día movido.

49

> Durante el curso de la. historia, la especie más fuerte siempre gana.
>
> TLALOC,
> *La Era de los Titanes*

Después de refugiarse en los desiertos de Arrakis, los zensunni fueron poco más que carroñeros, y no muy valientes. Incluso en sus incursiones más alejadas para procurarse objetos útiles, los nómadas no se apartaban de las rocas, con el fin de evitar el desierto y los gusanos.

Mucho tiempo atrás, después de que el químico imperial Shakkad el Sabio hubiera destacado las propiedades rejuvenecedoras de la misteriosa especia melange, había surgido un pequeño mercado de la sustancia natural entre los forasteros que hacían escala en el espaciopuerto de Arrakis City. Sin embargo, como el planeta se hallaba muy lejos de pistas de aterrizaje más conocidas ello había impedido que la melange se convirtiera en una mercancía valorada. *Una rareza, no una mercancía*, había dicho al Aniv. Dhartha un desabrido mercader. Aun así, la especia constituía un elemento primordial de la alimentación, y

debía ser recolectada..., pero solo en terrenos cercanos a las rocas.

Dhartha, al frente de un grupo de seis hombres, atravesaba una cordillera de arena que retenía las huellas de sus pisadas como fueran besos en el polvo. Llevaban la cabeza cubierta con una tela blanca que solo dejaba al descubierto sus ojos. La brisa agitaba sus capas, y revelaba cinturones con accesorios, herramientas y armas. Dhartha se subió la tela sobre la nariz para no respirar polvo. Se rascó el tatuaje de la mejilla, y después entornó los ojos, siempre alerta al peligro.

Nadie pensó en echar un vistazo al cielo transparente hasta que oyeron un leve silbido, que pronto se transformó en un aullido. Al naib Dhartha se le antojó el chillido de una mujer que acababa de enterarse de la muerte de su marido.

Alzó la vista y vio una bala plateada que rasgaba la atmósfera, a continuación reconoció el zumbido de unos impulsores. Un objeto en forma de burbuja apareció en el cielo, giró sobre sí mismo y osciló en el aire, como si estuviera eligiendo un lugar donde aterrizar. Después, a menos de un kilómetro del grupo, el objeto chocó contra las dunas como un puño que golpeara el estómago de un mercader corrupto. Un chorro de arena y polvo salió disparado hacia lo alto.

El naib se quedó inmóvil y miró, mientras sus hombres empezaban a parlotear entre sí. El joven Ebrahim estaba tan entusiasmado como el hijo de Dhartha, Mahmad. Ambos chicos querían ir corriendo a investigar.

Mahmad era un buen muchacho, respetuoso y prudente, pero Dhartha no tenía muy buena opinión de Ebrahim, al cual le gustaba contar historias y hablar de hazañas imaginarias. Recordó el incidente del robo del agua tribal, un delito imperdonable. Al principio, el naib pensó que

había dos jóvenes implicados, Ebrahim y Selim, pero Ebrahim se había apresurado a negar toda responsabilidad y acusar al otro chico. Selim había parecido asombrado por acusación, pero tampoco la había negado.

Para colmo, el padre de Ebrahim había cerrado un sustancioso trato con Dhartha para salvar a su hijo, de manera que el huérfano había sido condenado a la pena máxima. Tampoco fue una gran pérdida para la tribu. Con frecuencia, un naib se veía obligado a tomar decisiones difíciles.

Mientras los hombres miraban a Dhartha, con los ojos centelleando entre los pliegues de tela, comprendió que no podía desperdiciar la oportunidad de saquear la nave estrellada, fuera lo que fuese.

—Hemos de ir a ver qué es eso —gritó.

Sus seguidores corrieron hacia la columna de humo que señalaba el impacto, con Ebrahim y Mahmad en cabeza. A Dhartha no le hacía la menor gracia aventurarse lejos de las rocas, pero el desierto le atraía hacia un desconocido tesoro.

Los nómadas coronaron una duna, se deslizaron por la pendiente y ascendieron otra. Cuando llegaron al cráter producido por el impacto, todos jadeaban. El naib y sus hombres se detuvieron en el borde del hoyo. Manchas vidriosas de sílice recalentado se habían esparcido sobre la arena como saliva.

En el interior del hoyo había un objeto mecánico del tamaño de dos hombres, con salientes y componentes que zumbaban y se movían, despiertos ahora que el artefacto había aterrizado. El objeto todavía humeaba a causa del calor generado al entrar en la atmósfera. ¿Tal vez una nave espacial?

Uno de los hombres de Dhartha retrocedió e hizo una señal advertencia con los dedos. Sin embargo, el ansioso Ebrahim se inclinó hacia delante. El naib apoyó una mano sobre el brazo izquierdo de Mahmad para evitar que cometiera imprudencias. Que arriesgara el otro.

El módulo era demasiado pequeño para transportar pasajeros. Las luces parpadearon, y los lados de la sonda se abrieron como alas de dragón para dejar al descubierto extremidades mecánicas garras articuladas y una compleja maquinaria interna. Escáner procesadores, aparatos de investigación y destrucción. Convertidores de energía reflectantes se extendieron a la luz del sol.

Ebrahim se deslizó por el borde del pozo.

—¡Imagina lo que valdrá esto en el espaciopuerto, naib! Si llego yo primero, debería recibir una parte mayor.

Dhartha quiso discutir con el entusiasta joven, pero cuando que nadie, excepto su hijo, parecía ansioso por unirse a Ebrahim asintió.

—Si tienes éxito, recibirás una parte extra.

Aunque el objeto se hubiera averiado por completo, los nómadas utilizarían el metal con fines propios.

El atrevido joven se paró a mitad de la pendiente y miró aparato con suspicacia, pues continuaba vibrando y zumbando Componentes flexibles proyectaban brazos y piernas, mientras lentes y espejos extraños giraban en los extremos de tentáculos flexibles de fibra de carbono. Daba la impresión de que la sonda estaba examinando el terreno circundante, como si no supiera dónde había aterrizado.

La máquina no prestaba atención a los humanos, hasta que Ebrahim cogió una piedra de la pared del cráter.

—¡Ai! ¡Ai! —gritó, y lanzó la roca. Chocó contra el material de la sonda con un ruido metálico.

El aparato se inmovilizó, y después sus lentes y escáneres giraron hacia el humano solitario. Ebrahim flexionó las rodillas sobre la arena.

Un rayo de luz incandescente brotó de una lente. Una lengua de fuego envolvió a Ebrahim y le proyectó hacia atrás, una nube de carne y huesos carbonizados. Fragmentos de ropa, manos y pies volaron hacia lo alto del cráter.

Mahmad chilló, y Dhartha ordenó de inmediato a sus hombres que retrocedieran. Huyeron hacia una hondonada entre las dunas. A medio kilómetro de distancia, subieron a una cumbre de arena lo bastante alta para observar sin peligro el cráter. Los hombres rezaron e hicieron gestos supersticiosos, mientras Dhartha levantaba el puño derecho. El temerario Ebrahim había llamado la atención del objeto mecánico y pagado con la vida su osadía.

Los hombres siguieron vigilando el hoyo. La sonda no les prestaba atención. Daba la impresión de que se estaba remodelando, y construía estructuras a su alrededor. Manos mecánicas vertían arena en una tolva de su panza, y proyectaban varillas de vidrio que utilizaba para sostenerse. La máquina añadió nuevos componentes, cada vez más grande, y por fin empezó a salir del pozo, con gran estrépito. Dhartha continuaba perplejo. Aunque era el líder de una tribu, sabía qué hacer. No entendía lo que ocurría. Tal vez se lo contaría a alguien del espaciopuerto, pero detestaba relacionarse con forasteros. Además, el objeto podía ser valioso, y no quería entregar su botín.

—Mira, padre. —Mahmad señaló el desierto—. Esa máquina endemoniada pagará por haber matado a mi amigo.

Dhartha vio la conocida ondulación, el movimiento del monstruo bajo la arena. La sonda continuaba produciendo

sus movimientos rítmicos, ajena a su entorno. El mecanismo se alzó, un compuesto monstruoso de materiales cristalinos y puntales de silicato, reforzados por vigas de fibra de carbono autogeneradas.

El gusano de arena se acercó a toda velocidad, hasta que su cabeza se alzó sobre la arena. La boca era más grande que la circunferencia del cráter.

La sonda robot agitó sus brazos sensores y lentes, presintiendo que estaba sufriendo un ataque, pero sin saber cómo. Varios rayos de fuego taladraron el suelo.

El gusano se tragó el demonio mecánico. Después, el monstruo del desierto se ocultó bajo las dunas como una serpiente de mar en busca de aguas profundas.

El naib Dhartha y sus hombres se quedaron petrificados sobre las dunas. Si se ponían a correr, las vibraciones atraerían al gusano. Al cabo de poco rato, vieron que el gusano se alejaba. El cráter había desaparecido, sin que quedara ni rastro de la construcción mecánica, ni tampoco del cuerpo de Ebrahim.

Dhartha meneó la cabeza y se volvió hacia sus compañeros. —Esto se convertirá en una historia legendaria, una balada que se entonará de noche en nuestras cavernas... —Respiró hondo dio media vuelta—. Aunque dudo que alguien la crea.

50

> ¿El futuro? Lo odio, porque no viviré para verlo.
>
> JUNO,
> *Vidas de los titanes*

Después del inesperado encuentro con la Armada de la Liga en Giedi Prime, el baqueteado *Viajero onírico* tardó un mes más volver a la Tierra para ser reparado. Debido a la lentitud en la navegación provocada por los daños, Seurat envió de inmediato su boya de emergencia, con el fin de transmitir a Omnius la noticia de caída del nuevo planeta sincronizado y la pérdida del titán Barbarroja. A estas alturas, la supermente ya debía de estar enterada de ocurrido.

El capitán robot hizo lo posible por reparar o derivar los sistemas dañados y aislar secciones para proteger a su frágil copiloto humano. Al general Agamenón no le gustaría que su hijo biológico sufriera el menor percance. Además, Seurat había desarrollado cierto afecto por Vorian Atreides...

Vor insistió en ponerse un traje aislante y salir de la nave para examinar el casco. Seurat le aseguró con dos cables,

mientras tres robots de inspección le acompañaban. Cuando el joven vio la herida ennegrecida provocada por los disparos de los humanos, se sintió avergonzado una vez más. Concentrado en entregar las vitales actualizaciones de Omnius, Seurat no había lanzado ninguna agresión contra los hrethgir, pero estos le habían atacado. Los humanos salvajes carecían de honor.

Agamenón y su amigo Barbarroja habían entregado la indisciplinada población de Giedi Prime al dominio de Omnius, pero los hrethgir habían desdeñado la civilización superior de los Planetas Sincronizados, convirtiendo de paso a Barbarroja en un mártir. Su padre estaría muy afectado por la pérdida de un amigo tan íntimo, uno de los últimos titanes supervivientes.

El propio Vor habría podido morir, su blanda y frágil forma humana destruida sin haber gozado de la oportunidad de convertirse en un neocimek. Un solo disparo de la Armada habría podido acabar con todas las posibilidades de Vor, con su futuro trabajo. No podía actualizarse o cargar recuerdos y experiencias, al contrario que las máquinas. Habría desaparecido, al igual que el Omnius de Giedi Prime. Al igual que los otros doce hijos de Agamenón. La idea le estremeció.

Durante su viaje de regreso, Seurat intentó animar a Vor con chistes ridículos, como si no hubiera pasado nada. El robot alabó a su compañero por su rapidez de pensamiento y las innovaciones tácticas que habían permitido burlar al comandante de los hrethgir. La treta de Vor, fingiendo ser un humano rebelde que había capturado una nave de las máquinas pensantes (¡qué astucia!), les había concedido unos segundos preciosos, y las proyecciones falsas les habían permitido escapar. Tal vez la enseñarían en las escuelas de humanos de confianza de la Tierra.

No obstante, Vor estaba preocupado por lo que diría su padre. La aprobación del gran Agamenón era indispensable.

Cuando el *Viajero onírico* aterrizó en el espaciopuerto central de Tierra, Vorian bajó corriendo la rampa, con los ojos encendidos la expresión anhelante, pero luego se quedó decepcionado al no veo ni rastro del general cimek.

Vor tragó saliva. A menos que le ocuparan asuntos importantes, su padre siempre iba a recibirle. Eran escasos los momentos que pasaban juntos, cuando podían intercambiar ideas, hablar de planes y sueños.

Cuadrillas de mantenimiento y máquinas de reparaciones se acercaron a inspeccionar la nave dañada. Una de las máquinas le habló.

—Vorian Atreides, Agamenón ordena que te reúnas con él en la instalación de acondicionamiento. Preséntate allí de inmediato.

El joven sonrió. Dejó que el robot volviera a su trabajo y se alejó a buen paso. Cuando ya no pudo contenerse más, empezó a correr.

Aunque intentaba hacer ejercicio durante los largos trayectos con Seurat, los músculos biológicos de Vor eran más débiles que los una máquina, y no tardó en cansarse. Otro recordatorio de su mortalidad, de su fragilidad, y de la inferioridad de la biología natural. Solo aumentó su deseo de llevar algún día un cuerpo de neocimek y descartar su forma humana imperfecta.

Vor entró en la cámara de cromo y plaz donde pulían y recargaban con electrolíquidos el contenedor cerebral de su padre. En cuanto el joven entró en la estancia fría y bien iluminada, dos guardias robot se situaron detrás de él para impedirle salir. En el centro de la habitación se erguía la forma colosal utilizada por Agamenón en este momento. El

gigante avanzó dos pasos, y el suelo se estremeció bajo sus pies. Tenía tres veces la estatura de Vor.

—Te estaba esperando, hijo mío. Todo está preparado. ¿Por qué has retrasado?

Vor, intimidado, alzó la vista hacia el contenedor.

—He venido corriendo, padre. Mi nave aterrizó hace tan solo a hora.

—Tengo entendido que el *Viajero onírico* sufrió daños en Giedi Prime, atacado por los rebeldes humanos que asesinaron a Barbarroja y reconquistaron el planeta.

—Sí, señor. —Vor sabía que no debía perder el tiempo con talles innecesarios. El general ya habría recibido un informe completo—. Contestaré a todas las preguntas que me hagas, padre.

—Yo no hago preguntas, solo doy órdenes.

En lugar de indicar a su hijo que empezara a limpiar y sacar lo a sus componentes, Agamenón levantó una mano enguantada agarró a Vorian por el pecho y le empujó contra una mesa vertical.

Vor chocó contra la superficie y sintió una oleada de dolor. Su padre era tan fuerte que podía romper huesos o partir la columna vertebral sin querer.

—¿Qué pasa, padre? ¿Qué...?

Agamenón le inmovilizó las muñecas, la cintura y los tobillos. Vor, indefenso, torció la cabeza para ver qué hacia su padre, y reparó en los complicados instrumentos que había reunido en la cámara. Observó, nervioso, cilindros huecos llenos de líquidos azulados, bombeadores neuromecánicos y máquinas ruidosas que agitaban sensores en el aire.

—Por favor, padre. —Los peores temores de Vor cruzaron por su mente, aumentando sus dudas y terrores—. ¿Qué he hecho?

Agamenón, sin mostrar la menor expresión en su torreta, extendió una serie de agujas hacia el cuerpo tembloroso de su hijo. Las puntas perforaron su pecho, se abrieron paso entre las costillas, encontraron por fin los pulmones y el corazón. Dos agujas plateadas se clavaron en su garganta. Brotó sangre por todas partes. Los tendones del cuello de Vor se hincharon cuando apretó la mandíbula y los labios para reprimir un chillido.

Pero el chillido surgió igualmente.

El cimek manipuló la maquinaria conectada con el cuerpo de Vor, y aumentó el dolor hasta niveles inimaginables. Convencido de que había fallado en algo, Vor llegó a la conclusión de que había llegado el momento de su muerte, como los doce hermanos desconocidos que le habían precedido. Por lo visto, no había estado a la altura de las expectativas de Agamenón.

El dolor era insufrible. Su grito se convirtió en un aullido prolongado, mientras líquidos de color ácido eran bombeados en su cuerpo. Al cabo de poco, sus cuerdas vocales se rindieron, y el grito solo continuó en su mente..., aunque grito era. Ya no podía aguantar más. Era incapaz de imaginar la tortura que su cuerpo había padecido ya.

Cuando todo acabó y Vor volvió en sí, no supo cuánto tiempo había permanecido inconsciente, tal vez incluso a las puertas de la muerte. Sentía el cuerpo como si lo hubieran convertido en una bola, para luego estirarlo hasta adoptar forma humana.

La figura gigantesca de Agamenón se cernía sobre él. Una galaxia de fibras ópticas brillaba en su cuerpo. Aunque los restos del dolor todavía resonaban en su cráneo, Vor se negó a gritar. Al fin y al cabo, su padre le había conservado con vida, por el motivo que fuera. Escudriñó el implacable

rostro metálico del titán, y confió en que su padre no le hubiera revivido para infligirle una agonía todavía peor.

¿Qué he hecho?

Sin embargo, el cimek no deseaba matarle.

—Estoy complacido sobremanera por tu comportamiento a bordo del *Viajero onírico*, Vorian. He analizado el informe de Seurat y llegado a la conclusión de que tu proeza táctica, empleada para escapar de la Armada de la Liga, fue innovadora e inesperada.

Vorian no entendía adónde quería llegar su padre. Sus palabras no parecían tener relación con las torturas que el general le había infligido.

—Ninguna máquina pensante habría considerado semejante argucia. Dudo que otro humano de confianza hubiera sido capaz de pensar con tal rapidez. De hecho, el resumen de Omnius concluye que cualquier otra reacción habría resultado en la captura o destrucción del *Viajero onírico*. Seurat nunca habría sido capaz de sobrevivir por sus propios medios. No solo salvaste la nave, sino las actualizaciones de Omnius, y las devolviste intactas. —Agamenón hizo una pausa—. Sí, estoy complacido sobremanera, hijo mío. Algún día, serás, un gran cimek.

La garganta de Vor tembló cuando intentó articular palabras. Le habían quitado las agujas, y Agamenón le liberó ahora de las correas que le sujetaban a la superficie de la mesa. Los músculos atormentados de Vorian no pudieron sostenerle, y se desplomó como un saco, hasta caer de rodillas en el suelo.

—Entonces —preguntó con voz estrangulada—, ¿por qué me has torturado? ¿Por qué me has castigado?

Agamenón imitó una carcajada.

—Cuando quiera castigarte, hijo mío, ya te enterarás. Ha sido una recompensa. Omnius me concedió permiso para

hacerte este singular regalo. De hecho, ningún humano en todos los Planetas Sincronizados ha recibido tal honor.

—Pero ¿qué dices, padre? Haz el favor de explicarte. Mi mente aún está confusa.

Su voz era vacilante.

—¿Qué son unos breves momentos de dolor, comparados con el don que has recibido? —El coloso paseó de un lado a otro, y las paredes se estremecieron—. Por desgracia, no logré convencer a Omnius de que te convirtiera en neocimek (eres demasiado joven), pero estoy seguro de que el momento llegará. Yo quería que sirvieras a mi lado, no como simple humano de confianza, sino como mi sucesor. —Sus fibras ópticas brillaron con mayor intensidad—. En cambio, he hecho lo que he podido por ti.

El general cimek explicó que había sometido a Vorian a un intenso tratamiento biotécnico, un sistema de sustitución celular que prolongaría radicalmente su vida humana.

—Especialistas geriátricos desarrollaron la técnica en el Imperio Antiguo..., aunque ignoro con qué propósito. Esos zoquetes no hicieron nada productivo durante su lapso de vida normal, de modo que ¿para qué querían vivir durante siglos y lograr todavía menos cosas? Mediante proteínas nuevas, rechazo de radicales libres y mecanismos de regeneración celular más eficaces, prolongaron sus inútiles existencias. Casi todos ellos resultaron muertos durante las rebeliones que consolidaron el control de nosotros, los titanes.

Agamenón giró en la articulación de su torso.

—Cuando aún teníamos cuerpo humano, al principio de nuestro dominio, los Veinte Titanes nos sometimos a prolongación de vida biotécnica, al igual que tú, de manera que conozco muy bien el dolor que has soportado. Necesitábamos vivir siglos, porque nos era imprescindible

ese tiempo para imponer un liderazgo competente al Imperio Antiguo. Incluso después de transformarnos en cimeks, el procedimiento contribuyó a impedir que nuestros cerebros biológicos degeneraran, debido a su avanzada edad.

Su cuerpo mecánico se acercó.

—Este proceso de alargar la vida es nuestro pequeño secreto, Vorian. La Liga de Nobles enloquecería si supiera que poseemos dicha tecnología. —Agamenón emitió una especie de suspiro—. Pero ten cuidado, hijo mío: ni siquiera esta técnica puede protegerte de accidentes o intentos de asesinato. Como acaba de descubrir Barbarroja, por desgracia.

Vor logró ponerse en pie al fin. Localizó un dispensador de agua, bebió una jarra del frío líquido y notó que su corazón se calmaba.

—Te aguardan acontecimientos asombrosos, hijo mío. Tu vida ya no es una vela expuesta al viento. Tienes tiempo para experimentar muchas cosas, cosas importantes.

El colosal cimek se acercó a un arnés y utilizó una complicada red de manos artificiales y abrazaderas que sobresalían de la pared metálica para conectar los mentrodos de su contenedor cerebral. Brazos flexibles extrajeron el cilindro del núcleo corporal y lo depositaron sobre un pedestal de cromo.

—Ahora, estás un poco más cerca de alcanzar tus objetivos, Vorian —dijo Agamenón por un altavoz mural, desgajado del cuerpo móvil.

Aunque débil y dolorido, Vorian sabía lo que su padre esperaba de él ahora. Corrió a los aparatos de acondicionamiento y conectó con manos temblorosas los cables eléctricos a los enchufes magnéticos del contenedor

cerebral. El electrolíquido azulino parecía lleno de energía mental.

Con la intención de recuperar cierta sensación de normalidad, pese a la incredulidad producida por lo que acababa de sucederle, Vor se dedicó a cuidar de los sistemas mecánicos de su padre. El joven contempló con ternura la masa arrugada de cerebro, la anciana mente tan llena de ideas profundas y decisiones difíciles, como expresaban las detalladas memorias del general. Cada vez que las leía, Vor esperaba comprender mejor a su complicado padre.

Se preguntó si Agamenón le había mantenido en la inopia para gastarle una broma cruel, o para poner a prueba su fortaleza de carácter. Vor siempre aceptaría lo que ordenara el general, nunca intentaría huir. Ahora que la agonía había terminado, confió en haber superado la prueba a que le había sometido su padre.

Mientras Vor continuaba su tarea, el general Agamenón habló en un susurro.

—Estás muy callado, hijo mío. ¿Qué opinas del gran don que s recibido?

El joven se detuvo un momento, sin saber qué responder. Agamenón solía ser impulsivo, difícil de comprender, pero muy pocas veces actuaba sin tener un propósito definido en mente. Vor solo aspiraba a comprender la idea global, el gran tapiz.

—Gracias, padre —dijo al fin—, por concederme más tiempo para lograr todo cuanto deseas que haga.

51

> ¿Por qué los humanos dedican tanto tiempo a preocuparse por lo que llaman «cuestiones morales»? Es uno de los muchos misterios de su comportamiento.
>
> ERASMO,
> *Reflexiones sobre los seres biológicos sensibles*

Las gemelas idénticas parecían dormidas y tranquilas, tendidas una al lado de la otra, como ángeles en un lecho mullido. Los sinuosos escáneres cerebrales conectados mediante agujeros practicados en sus cráneos apenas se veían.

Inmovilizadas mediante drogas, las niñas inconscientes yacían sobre una mesa de laboratorio de la zona experimental. El rostro pulido como un espejo de Erasmo adoptó un ceño exageradamente fruncido, como si la severidad de su expresión pudiera obligarlas a revelar sus secretos sobre la humanidad.

¡Malditos sean!

No podía comprender a aquellos seres inteligentes que habían creado a Omnius y una asombrosa civilización de

máquinas pensantes. ¿Se trataba de un golpe de suerte milagroso? Cuanto más aprendía Erasmo, más preguntas se acumulaban. El éxito innegable de su caótica civilización le planteaba un verdadero enigma. Había diseccionado los cerebros de más de mil especímenes, jóvenes y viejos, machos y hembras, inteligentes y disminuidos. Había realizado análisis detallados y comparaciones, procesado datos a través de la capacidad ilimitada de Omnius.

Aun así, las respuestas no eran claras.

No había dos cerebros humanos exactamente iguales, ni siquiera cuando los sujetos se habían criado en circunstancias similares, ni que fueran gemelos. *¡Una masa confusa de variables innecesarias!* Ningún aspecto de su fisiología era común a todas las personas.

¡Excepciones irritantes, por todas partes!

No obstante, Erasmo observaba pautas. Los humanos estaban plagados de diferencias y sorpresas, pero como especie, su comportamiento se ceñía a unas reglas generales. Bajo ciertas condiciones, sobre todo hacinados en espacios confinados, la gente reaccionaba con mentalidad tribal, seguían ciegamente a la masa, renunciaban a su individualidad.

A veces, los humanos eran valientes. Otras, eran cobardes. Intrigaba en especial a Erasmo ver qué sucedía cuando llevaba a cabo *experimentos de pánico* en los recintos, matando a unos y perdonando la vida a otros. En tales circunstancias de extrema tensión, surgían siempre líderes, gente que se comportaba con una energía interior superior a la de los demás. A Erasmo le gustaba matar a estos individuos, para luego observar el efecto devastador que causaba en el resto.

Tal vez el grupo de muestra de sujetos experimentales utilizado a lo largo de los siglos era demasiado pequeño.

Quizá necesitaría viviseccionar y diseccionar decenas de miles más, antes de llegar a una conclusión significativa. Una tarea monumental, pero al ser una máquina, Erasmo no tenía limitaciones de energía o paciencia.

Tocó la mejilla de la niña mayor con una de sus sondas personales, y tomó su pulso estable. Daba la impresión de que cada gota de sangre le ocultaba secretos, como si toda la raza humana estuviera viera conspirando contra él. ¿Sería considerado Erasmo el idiota más grande de todos los tiempos? La sonda fibrosa se retrotrajo a las interioridades de su cuerpo, pero no sin que antes arañara intencionadamente la piel de la niña.

Cuando el robot independiente había sacado a estas gemelas idénticas de los recintos, su madre le había maldecido y llamado monstruo. Los humanos podían llegar a ser tan estrechos de miras, sin comprender la importancia de lo que estaba haciendo.

Con un escalpelo de láser autocauterizador, efectuó un corte en el cerebelo de la niña más pequeña (que medía 1,09 centímetros menos y pesaba setecientos gramos menos), y vio que la actividad cerebral de su hermana se desataba: una reacción de simpatía. Fascinante. Pero las niñas no estaban conectadas físicamente entre sí, ni tampoco mediante una máquina. ¿Sentía cada una el dolor de la otra?

Se reprendió por su falta de previsión y planificación. *Tendría que haber puesto a la madre en la misma mesa.*

Omnius, que habló desde un altavoz mural, interrumpió sus pensamientos.

—Tu nueva esclava ha llegado, el último regalo del titán Barbarroja. Te espera en la sala de estar.

Erasmo levantó sus manos ensangrentadas. Había esperado con impaciencia la llegada de la mujer capturada

en Giedi Prime, al parecer la hija del virrey de la liga. Sus vínculos familiares sugerían una superioridad genética, y ansiaba formularle muchas preguntas acerca del gobierno de los humanos salvajes.

—¿También la vas a viviseccionar?

—Prefiero mantener las opciones abiertas.

Erasmo miró a las gemelas, una ya muerta a causa de la incisión. Una oportunidad desperdiciada.

—Analizar esclavos dóciles aporta resultados irrelevantes, Erasmo. Toda idea de rebelarse ha sido extirpada de ellos. Por consiguiente, cualquier información que infieras es de utilidad militar cuestionable.

Erasmo mojó sus manos de plástico orgánico en un disolvente, para eliminar la sangre seca. Tenía acceso a miles de años de estudios compilados de psicología humana, pero incluso con tantos datos no era posible obtener una respuesta clara. Muchos autoproclamados *expertos* ofrecían respuestas muy dispares.

La melliza superviviente continuaba expresando su dolor miedo.

—No estoy de acuerdo, Omnius. El ser humano es rebelde por naturaleza. Es una característica inherente de su especie. Los esclavos nunca nos serán leales por completo, por más generaciones que hayan pasado. De confianza, obreros, da igual.

—Sobrestimas su fuerza de voluntad.

La supermente parecía muy confiada.

—Y pongo a prueba tus deducciones erróneas. —Picado por la curiosidad, seguro de sí mismo, Erasmo se plantó ante la pantalla remolineante—. Con tiempo suficiente y la incitación adecuada, podría volver contra nosotros a cualquier trabajador leal, incluso al humano de confianza más privilegiado.

Omnius le rebatió con una letanía de datos extraídos de sus bancos. La supermente estaba segura de que sus esclavos seguirían siendo dóciles, aunque tal vez había sido demasiado complaciente, incluso indulgente. Quería que el universo funcionara con eficacia, y no le gustaban las sorpresas ni las reacciones imprevisibles los humanos de la liga.

Omnius y Erasmo discutieron con creciente acaloramiento, hasta que el robot independiente puso fin al debate.

—Los dos estamos haciendo conjeturas basadas en ideas preconcebidas. Por lo tanto, propongo un experimento para determinar la respuesta correcta. Tú eliges al azar a un grupo de individuos que parezcan leales, y yo demostraré que puedo volverlos contra las máquinas pensantes.

—¿Qué lograrás con eso?

—Demostrar que es imposible confiar hasta en los humanos más fiables. Es un defecto fundamental de su programación biológica. ¿No te parecería una información útil?

—Sí, y si tu aserción es correcta, Erasmo, nunca más podré confiar en mis esclavos. Tal resultado exigiría el exterminio de toda raza humana.

Erasmo se sintió inquieto. Tal vez había quedado atrapado en propia lógica.

—Puede que... esa no sea la única conclusión razonable.

Deseaba saber la respuesta a una pregunta retórica, pero también la temía. Como era un robot curioso, esto era mucho más que una simple apuesta con su superior. Significaba una investigación de las motivaciones más profundas y los procesos de toma de decisiones de los seres humanos.

Pero las consecuencias de descubrir las respuestas podían ser terribles. Necesitaba ganar la discusión, pero de tal forma que Omnius no cancelara sus experimentos.

—Deja que reflexione en la mecánica del experimento –sugirió Erasmo, y después salió muy contento del laboratorio para ir conocer a su nueva esclava, Serena Butler.

52

> El universo es un patio de recreo donde todo se improvisa. Ninguna pauta externa lo rige.
>
> PENSADOR RETICULUS,
> *Observaciones desde la perspectiva de un milenio*

Cifras e ideas bailaban en sus sueños, pero cada vez que Norma Cenva intentaba manipularlas, se escapaban como copos de nieve que se derritieran en sus dedos. Entró con paso vacilante en su laboratorio, demacrada, y contempló las ecuaciones durante horas, hasta que se convirtieron en líneas fluctuantes ante sus ojos. Borró parte del cálculo con un ademán airado sobre el tablero magnético, y después volvió a empezar.

Ahora que trabajaba bajo la protección del legendario Holtzman, Norma ya no se consideraba un fracaso, una decepción para su madre. Gracias a sus poderes telepáticos, una hechicera había logrado asestar un golpe mortal a las máquinas pensantes de Giedi Prime, pero los descodificadores portátiles de Norma también habían contribuido a la victoria, pese a que el sabio Holtzman no

había destacado su importante papel en la génesis de la idea.

A Norma le importaban un bledo la fama o el prestigio. Lo más importante era su contribución al esfuerzo bélico. Ojalá pudiera extraer algún significado de estas teorías vagas, aunque infinitamente prometedoras...

Norma fantaseaba mientras contemplaba el río Isana desde los laboratorios. A veces, echaba de menos a Aurelius Venport, que siempre la trataba con dulzura y afecto. Sin embargo, casi siempre daba vueltas en su cabeza a ideas descabelladas, cuanto más estrambóticas mejor. En Rossak, su madre nunca la había animado a tener en cuenta las posibilidades irreales, pero Tio Holtzman no las desdeñaba.

Si bien los ordenadores conscientes estaban prohibidos en los planetas de la liga, sobre todo en el bucólico Poritrin, Norma dedicaba gran parte de su tiempo a comprender el funcionamiento de los complicados circuitos gelificados. *Con el fin de destruirlo, primero hay que comprender al objetivo.*

Holtzman y ella cenaban de vez en cuando juntos, comentaban ideas mientras bebían vinos importados y saboreaban platos exóticos. Norma, que apenas probaba la comida, hablaba con apasionamiento, movía sus pequeñas manos, echando de menos un punzón y una tablilla para poder esbozar sus ideas. Terminaba los ágapes a toda prisa con el deseo de regresar cuanto antes a sus aposentos, mientras el gran inventor disfrutaba de un espléndido postre y escuchaba música. *Recargar ideas*, lo llamaba.

A Holtzman le gustaba hablar de sus éxitos y agasajos anteriores, leer las distinciones y premios que lord Bludd le había concedido. Por desgracia, ninguna de esas conversaciones había conducido a ningún descubrimiento importante, en opinión de Norma.

Estaba de pie rodeada de luces brillantes. Contemplaba una pizarra de cristal suspendida del tamaño de un ventanal. Estaba recubierta por una fina película translúcida que conservaba todos sus trazos cuando anotaba pensamientos e ideas. Un artilugio trasnochado, pero para Norma era el mejor método de documentar sus ideas erráticas.

Examinó la ecuación que había escrito, se saltó unos cuantos pasos y dio saltos intuitivos, hasta llegar a una anomalía cuántica que, al parecer, permitía que un objeto estuviera en dos sitios al mismo tiempo. Uno era una simple imagen del otro, pero ningún cálculo podía determinar cuál era real.

Si bien no estaba segura de que este concepto heterodoxo pudiera ser utilizado como arma, Norma recordó que su mentor la había animado a seguir cada sendero hasta su conclusión lógica. Armada con ecuaciones y dispuesta a efectuar un simulacro completo, corrió por los pasillos bien iluminados hasta llegar a la sala de los calculadores supervivientes.

Los técnicos estaban inclinados sobre sus mesas y utilizaban instrumentos de cálculo, incluso a esta hora tardía. Había muchos asientos libres, pues un tercio de los calculadores habían sucumbido a causa de la fiebre mortífera. Holtzman había comprado un nuevo grupo de trabajadores zenshiítas procedentes de los *Recursos Humanos* de Poritrin, pero aún no estaban lo bastante preparados para cálculos complicados.

Después de entregar el nuevo problema al capataz de la cuadrilla, Norma explicó con paciencia sus intenciones, y aclaró que ya había hecho algunos adelantos. Encauzó a los calculadores en la dirección que deseaba, y subrayó la

importancia de su teoría, hasta que alzó los ojos y vio a Tio Holtzman en la puerta.

El hombre condujo a Norma hasta el pasillo con el ceño fruncido.

—Pierdes el tiempo si intentas entablar amistad con ellos. Recuerda que los esclavos calculadores son simple maquinaria orgánica, procesadores que proporcionan resultados. No cuesta nada reemplazarlos, de modo que no les adjudiques personalidades ni temperamentos. Lo único que nos interesa son las soluciones. Una ecuación carece de personalidad.

Norma prefirió evitar discusiones, pero volvió a sus aposentos para continuar a solas sus esfuerzos. Opinaba que los órdenes más esotéricos de las matemáticas sí tenían personalidad, que ciertos teoremas e integrales exigían una delicadeza y consideración que la aritmética vulgar nunca necesitaba.

Paseó hasta situarse detrás de la pizarra de cristal, con el fin de examinar el reverso de sus ecuaciones. Los símbolos parecían absurdos, pero se obligó a contemplar la cuestión desde una perspectiva diferente. Los calculadores habían finalizado el anterior conjunto de tediosos cálculos, y mientras analizaba su trabajo, el resultado la seguía dejando perpleja.

Como sabía en el fondo cuál era la respuesta, desechó el resultado de los esclavos y se colocó delante del cristal. Borró los símbolos y escribió otros, y luego se paseó entre la parte anterior y posterior de la tabla con el fin de descubrir una manera de salir de su aprieto.

Tio Holtzman arrancó a Norma de su universo teórico. Miró sorprendido.

—Estabas en trance.

—Estaba pensando —rectificó ella.

Holtzman lanzó una risita.

—¿Al otro lado de la pizarra?

—Me abría nuevas posibilidades. El hombre se frotó la barbilla.

—Nunca había visto a nadie tan concentrado como tú.

Norma encontró en su mente la solución que había desarrollado, pero no supo verbalizarla.

—Sé cuál debería ser el resultado, pero soy incapaz de reproducirlo. Los calculadores aportan respuestas diferentes a la que yo espero.

—¿Han cometido un error? —preguntó el sabio con aire irritado.

—Si es así, yo no lo he localizado. Su trabajo parece correcto. Sin embargo, presiento que es erróneo.

El científico frunció el ceño.

—Las matemáticas no existen para satisfacer deseos, Norma. Hay que seguir todos los pasos y ceñirse a las leyes del universo.

—Os referís a las leyes conocidas del universo, sabio. Yo solo deseo ampliar nuestro pensamiento, ensancharlo y replegarlo sobre sí mismo. Estoy segura de que hay maneras de solventar el problema. Rodeos intuitivos.

La expresión del sabio parecía paternalista, perpleja pero incrédula.

—Las teorías matemáticas con las que trabajamos suelen ser esotéricas y difíciles de comprender, pero siempre siguen reglas fijas.

Norma se volvió, frustrada por las dudas de Holtzman.

—Para empezar, la obediencia ciega a las reglas permitió la creación de las máquinas pensantes. Ceñirnos a las reglas puede impedirnos derrotar a nuestros enemigos. Vos mismo lo dijisteis, sabio. Hemos de buscar alternativas.

El hombre, al encontrarse con un tema que le interesaba, enlazó manos, y las largas mangas resbalaron sobre sus nudillos. —¡En efecto, Norma! He terminado mi diseño del generador de resonancia, y el prototipo no tardará en ver la luz.

Demasiado preocupada para mostrarse diplomática con él, la muchacha negó con la cabeza.

—Vuestro generador no funcionará. He estudiado a fondo vuestros primeros diseños. Creo que adolecen de un fallo fundamental.

Holtzman la miró como si le hubiera abofeteado.

—¿Perdón? He repasado todo el trabajo. Los calculadores han verificado cada paso.

La joven se encogió de hombros, distraída con su pizarra.

—No obstante, sabio, opino que vuestra idea no es viable. Los cálculos correctos no, siempre son correctos, si se basan en principios imperfectos o suposiciones incorrectas. —Arrugó el entrecejo cuando reparó por fin en la expresión irritada del hombre—. ¿Por qué os enfadáis? Me dijisteis que el propósito de la ciencia es probar ideas y desecharlas si no funcionan.

—Has de demostrar tus objeciones —dijo el sabio en tono encrespado—. Haz el favor de enseñarme los diseños en donde he cometido un error.

—No se trata tanto de un error como de... —Meneó la cabeza—. Es una intuición.

—Yo no confío en la intuición —replicó Holtzman.

Decepcionada por su actitud, la muchacha respiró hondo. Zufa Cenva nunca había sido partidaria de la diplomacia, y Norma tampoco. Había crecido aislada en Rossak, y casi todos sus conocidos la habían dejado de lado, salvo Aurelius Venport.

Daba la impresión de que Holtzman no cumplía lo que predicaba, pero al fin y al cabo era un científico, y Norma creía que un propósito importante les había reunido. Su deber consistía en denunciar los errores que creía detectar. Él habría hecho lo mismo con ella.

—Aún creo que no deberíais dedicar más esfuerzos ni tiempo al generador de resonancia.

—Como los fondos son míos y puedo administrarlos como me plazca —replicó Holtzman—, continuaré haciéndolo, con la esperanza de demostrar que te equivocas.

Salió de la habitación hecho un basilisco.

Norma le llamó, en un intento de aplacar su ánimo.

—Eso espero, sabio, creedme.

53

> Existe una cierta mala voluntad en la formación de los órdenes sociales, una lucha profunda, con despotismo en un extremo y esclavitud en el otro.
>
> TLALOC,
> *Las debilidades del Imperio*

El delta fluvial de Poritrin no se parecía en nada a los tranquilos riachuelos y pantanos de Harmonthep. Más que nada, el niño esclavo Ishmael deseaba volver a casa..., pero ignoraba cuán lejos estaba. Por las noches, se despertaba a menudo chillando en el recinto, torturado por pesadillas. Pocos esclavos se molestaban en consolarle; ya tenían bastante de qué preocuparse.

Habían quemado su aldea, capturado o asesinado a casi todos sus habitantes. El chico recordaba que su abuelo se había enfrentado a los invasores, citado sutras budislámicos para convencerles de la vileza de sus acciones. En respuesta, los malvados negreros habían ridiculizado al anciano Weyop, como si fuera un ser insignificante e ineficaz. Podrían haberle matado.

Mucho tiempo después de que los negreros hubieran dejado inconsciente a Ishmael, había despertado en el interior de un ataúd de plasacero y planchas transparentes, una cámara de éxtasis que le había mantenido inmóvil pero vivo. Ningún esclavo habría podido causar problemas durante el viaje de la nave de Tlulaxa hasta llegar a su extraño destino. Habían despertado a todos los cautivos poco antes de descargarles... y venderles como esclavos en el mercado de Starda.

Algunos prisioneros de Harmonthep habían intentado escapar, sin saber adónde podían huir. Los negreros dejaron sin conocimiento a algunos para que dejaran de gimotear y revolverse. Ishmael tuvo ganas de resistirse, pero intuyó que sería mejor observar y aprender, hasta que descubriera una forma más eficaz de rebelarse. Antes que nada, necesitaba comprender Poritrin. Después, va llegaría a alguna conclusión. Era lo que su sabio abuelo le habría aconsejado.

Weyop había citado sutras que hablaban de una maldad exterior inminente, de invasores desalmados que acabarían con su forma de vida. Debido a estas profecías, los zensunni habían renunciado a la compañía de los demás hombres. En el decadente Imperio Antiguo, la gente se había olvidado de Dios, y sufrido cuando las máquinas pensantes tomaron el poder. El pueblo de Ishmael creía que era su sino, el gran Kralizec, la plaga que acabaría con el universo, tal como había sido predicho desde milenios antes. Los seguidores del credo budislámico habían escapado, pues ya sabían el resultado de la batalla desesperada.

Sin embargo, dicha batalla no había terminado según la profecía. Parte de la raza humana había sobrevivido a los demonios mecánicos, y ahora esa gente se había revuelto

contra los *cobardes* refugiados budislámicos con ánimo de venganza.

Ishmael no creía que las antiguas escrituras estuvieran equivocadas. Tantos sutras, tantas profecías. Su abuelo parecía muy seguro cuando hablaba de las leyendas..., pero su pacífico pueblo de Harmonthep había sido invadido, y tomados como esclavos sus miembros más fuertes y sanos. Ahora, Ishmael y sus vecinos se hallaban en un planeta lejano, con su cuerpo en venta.

Como Ishmael era el cautivo más joven, los negreros esperaban poco de él. Ordenaron a su grupo de trabajo que vigilara al muchacho, que comprobara el cumplimiento de sus tareas, o en caso de fallar, que recogieran los despojos.

Pese a sus músculos doloridos y la piel en carne viva, Ismael trabajaba igual que los demás. Veía a sus desesperados compañeros perder el tiempo con quejas, una actitud que encolerizaba a los propietarios y conducía a castigos innecesarios. Ishmael callaba s protestas.

Pasó semanas metido hasta las rodillas en marismas fangosas donde cuerdas y estacas limitaban los bancos de moluscos. Recogía puñados de los diminutos vívalos y corría a transportarlos a los campos húmedos. Si apretaba con demasiada fuerza, destrozaba las delicadas conchas, y tal descuido le había deparado un azote con un látigo sónico, cuando el capataz vio lo que había hecho. El azote había levantado ampollas en su piel, sin dejar marcas, pero sí una cicatriz indeleble en su cerebro. Ishmael sabía que haría todo lo posible por evitar el castigo en lo sucesivo.

Decidió no conceder otra victoria fácil a sus amos. Pese a que se trataba de un asunto insignificante, intentaría controlarlo en lo posible.

Mientras contemplaba a sus compañeros de fatigas, Ishmael casi se alegró de que sus padres hubieran muerto

en una tormenta, alcanzados por un rayo en el lago contaminado cuando navegaban en un esquife. Al menos, ahora no podían verle, ni tampoco su abuelo...

Después del primer mes en Poritrin, las manos y pies de Ishmael estaban tan impregnadas de barro negro que ni siquiera la higiene constante podía erradicar las manchas. Tenía las uñas rotas e incrustadas de barro.

En Harmonthep, Ishmael se había dedicado a recoger huevos de nidos de qaraa, pescar sabandijas tortuga y arrancar tubérculos osthmir que crecían en las aguas salobres de los marjales. Había trabajado desde muy pequeño, pero no le gustaba trabajar en este planeta, porque no era por la gloria de Budalá, ni por la salud y bienestar de su pueblo, sino para beneficio de otros.

Las mujeres cocinaban en el recinto, utilizando los ingredientes y especias desconocidos que les cedían. Ishmael añoraba el sabor del pescado cocinado sobre hojas de lirio, y de las cañas dulces, cuyo zumo podía emborrachar de placer a un niño.

Por la noche, la mitad de las viviendas estaban vacías, porque muchos esclavos habían muerto a causa de la fiebre. Casi siempre, Ishmael se arrastraba hacia su jergón y caía dormido. Otras veces, se obligaba a permanecer despierto y escuchar las historias que contaban en círculos.

Los hombres hablaban entre sí, discutían sobre la mejor manera de elegir un líder de su grupo. Para algunos, la idea era absurda. No había escapatoria, y un líder solo podría impulsarles a correr riesgos que les condujeran a la muerte. Ishmael se sentía triste cuando recordaba que su abuelo había esperado nombrar algún día a su sucesor. Los mercaderes de carne de Tlulaxa habían cambiado todo.

Incapaz de alcanzar una decisión, los zensunni seguían hablando sin parar. Ishmael quería zambullirse en el olvido del sueño.

Le gustaba más que los hombres contaran cuentos, o recitaran las poéticas *Canciones del largo éxodo*, que loaban a los peregrinos zensunni, el relato de cómo su pueblo había buscado un hogar en el que estuvieran a salvo de las máquinas pensantes y los planetas de la liga. Ishmael no había visto jamás un robot, y se preguntaba si eran monstruos imaginarios utilizados para asustar a niños desobedientes. Pero sí había visto hombres malvados, los invasores que habían asolado su aldea, maltratado a su abuelo y tomado tantos cautivos inocentes.

Sentado al borde de la hoguera, Ishmael escuchaba los relatos de su pueblo. Los zensunni estaban acostumbrados a las tribulaciones, y tendrían que soportar generaciones de esclavismo en este planeta tan alejado de su hogar. Sin embargo, su pueblo aguantaría lo que fuera.

De todas las historias que escuchó, las alianzas y las profecías, se aferró a una por encima de las demás: la promesa de que la desdicha terminaría algún día.

54

No existe una clara división entre dioses y hombres: unos se confunden con otros.

IBLIS GINJO,
Opciones para la liberación total

El pedestal diseñado para sostener la estatua del titán Ajax estaba terminado. El capataz Iblis Ginjo examinó en su libreta electrónica la marcha de las obras y el material necesario para su conclusión. Había abierto los ojos de sus esclavos al peligro real, en el caso de que el brutal cimek perdiera la paciencia. Trabajaban con ahínco, no solo por miedo a perder la vida, sino porque Iblis les había inspirado.

Después, un desastre ocurrió en otra parte del proyecto.

Mientras Iblis supervisaba la estabilización del robusto pedestal desde el andamio de observación, vio que la parte superior de la estatua casi terminada de Ajax empezaba a moverse. El coloso de hierro, polímero y piedra se tambaleó de un lado a otro, como si la gravedad estuviera agitando la enorme obra de arte.

De repente, el gigantesco monumento se derrumbó con gran estrépito, acompañado de gritos y chillidos. Cuando

una nube de polvo se elevó hacia el cielo, Iblis comprendió que los esclavos atrapados bajo la estatua podían considerarse afortunados.

En cuanto Ajax se enterara de la catástrofe, empezaría la auténtica matanza.

Incluso antes de que el polvo y los escombros se asentaran, Iblis corrió a intervenir en la furiosa discusión entre neocimeks y capataces. Él no era responsable de la parte del monumento que se había venido abajo, pero sus cuadrillas sufrirían las consecuencias de los inevitables retrasos. Aun así, Iblis confiaba en que su mediación carismática contribuyera a mitigar el desastre.

Los encolerizados neocimeks consideraban el accidente una afrenta personal a sus reverenciados titanes predecesores. Ajax en persona había descuartizado a un capataz miembro a miembro, y partes ensangrentadas de su cuerpo yacían dispersas entre polvo.

Iblis Ginjo consiguió acallar las quejas de los neocimeks con palabras apasionadas.

—¡Esperad, esperad! ¡Si me dejáis, todo se arreglará!

Ajax se erguía en toda su estatura, más amenazador que cualquier otro titán, pero Iblis continuó con prosa aterciopelada.

—Es cierto, la enorme estatua ha padecido algunos daños, pero tan solo rasguños superficiales. Lord Ajax, este monumento fue pensado para soportar el paso de los siglos. Es muy capaz de aguantar unos golpes sin importancia. Vuestro gran legado es inmune a accidentes de escasa entidad.

Hizo una pausa, mientras los cimeks admitían la verdad de su veredicto. Después, señaló su zona de trabajo y prosiguió su perorata.

—Escuchad, mis cuadrillas casi han terminado el robusto pedestal diseñado para sostener la estatua. ¿Por qué no la erigimos de todos modos, para demostrar al universo que somos capaces de superar impedimentos de nula trascendencia? Mis obreros se encargarán de llevar a cabo las reparaciones necesarias in situ. —Los ojos de Iblis brillaron con entusiasmo artificial—. No existen motivos para más retrasos.

Mientras paseaba de un lado a otro en su cuerpo blindado, Ajax aplastó a un capataz que no cesaba de gimotear su inocencia. Después, el airado titán se volvió hacia Iblis, y sus fibras ópticas brillaron como estrellas incandescentes.

—Has aceptado la responsabilidad de que el trabajo continúe conforme al calendario establecido. Si tu equipo falla, la culpa recaerá sobre ti.

—Por supuesto, lord Ajax.

Iblis no delató la menor alarma. Podía convencer a los esclavos de que cargaran con la responsabilidad. Lo harían por él.

—¡Entonces, limpiad este desastre! —tronó Ajax, con una vez que se oyó hasta en el Foro.

Más tarde, Iblis hizo promesas a sus agotados y explotados esclavos. Hacía tiempo que se mostraban descontentos y rebeldes, pero se los puso en el bolsillo con el recuento de los incalculables beneficios que recibirían: las mejores esclavas sexuales, orgías sin cuento, días de descanso en la campiña.

—Yo no soy como los demás humanos de confianza. ¿Alguna vez os he decepcionado? ¿He prometido recompensas que no he entregado?

Con tales incentivos, para no hablar de una potente dosis de miedo al titán Ajax, los trabajadores reemprendieron el

trabajo con renovadas energías. En el frío de la noche, iluminados por focos que flotaban sobre la obra como supernovas, Iblis consiguió que su cuadrilla trabajara con eficacia. Desde su plataforma de madera, vio que los esclavos alzaban la inmensa estatua sobre su pedestal reforzado y la fijaban en su sitio.

Cuadrillas de artesanos escalaron la superficie curva de hierro piedra, y montaron andamios improvisados para empezar las obras de restauración. El rostro legendario de Ajax tenía la nariz desfigurada y un brazo mellado, así como profundos cortes en el uniforme. En el fondo de su corazón, Iblis sospechaba que el Ajax humano real había sido un individuo feo y deforme.

Durante toda la larga noche, Iblis luchó por permanecer despierto, apoyado contra la barandilla. Se quedó dormido, y luego despertó sobresaltado cuando oyó el zumbido del montacargas que subía.

Pero se llevó una sorpresa al ver que no había nadie. Solo una pequeña hoja de metal enrollado, un cilindro de mensaje. Iblis lo miró con el corazón acelerado, pero el montacargas no se movió, como si esperara. Miró por el borde, pero no vio quién había dejado el mensaje.

¿Cómo iba a desdeñarlo?

Iblis se apoderó del cilindro. Rompió el sello, desenrolló la hoja leyó con creciente estupor.

> *Representamos a un movimiento organizado de humanos insatisfechos. Estamos esperando el momento y el líder adecuados para iniciar una revuelta contra los opresores. Has de decidir si deseas unirte a nuestra causa. Nos volveremos a poner en contacto contigo.*

Mientras Iblis contemplaba con incredulidad el mensaje anónimo, las letras se borraron, se transformaron en gotas de óxido corrosivo que devoraron el metal hasta destruirlo.

¿Era auténtico, o una trampa de los cimeks? Casi todos los humanos odiaban a sus amos mecánicos, pero costaba mucho disimularlo. ¿Y si existía un grupo semejante? En tal caso, necesitaría líderes con talento.

La idea le exaltó. Iblis nunca había pensado en esa posibilidad, e ignoraba qué había dicho o hecho para revelar sus pensamientos y sentimientos más ocultos. ¿Por qué sospechaban? Siempre había sido respetuoso con sus superiores, siempre había sido...

¿Y si he sido demasiado obsequioso? Quizá he exagerado a la hora de aparentar lealtad.

Un poco por debajo de donde se hallaba, los artesanos seguían trabajando en las reparaciones de la estatua de Ajax, como termitas que devoraran un tronco. La aurora iluminó la estatua, e Iblis comprendió que pronto terminarían. Las máquinas recompensarían su esfuerzo.

¡Cómo las detestaba!

Iblis se debatió con su conciencia. Las máquinas pensantes le habían tratado bien, comparado con los demás esclavos, pero tan solo una fina capa de protección le salvaba de la misma suerte. En privado, Iblis reflexionaba a menudo en el valor de la libertad, y en lo que haría si le concedieran una oportunidad.

¿Un grupo rebelde? Apenas podía creerlo. A medida que transcurrían los días, Iblis se descubrió pensando cada vez más en la posibilidad..., y a la espera de que volvieran a ponerse en contacto con él.

55

Nuestro apetito lo abarca todo.

PENSADOR EKLO,
Más allá de la razón humana

Con tanto odio agazapado en su mente, Agamenón tomaba precauciones especiales cuando Omnius estaba en condiciones de espiarle. Esto significaba casi siempre, y en casi todas partes, incluso cuando Agamenón y Juno practicaban el sexo con apasionamiento. Al menos, lo que pasaba por sexo entre los titanes.

Para consumar su cita, cuerpos móviles transportaban a los dos cimeks hasta una cámara de mantenimiento situada en el pabellón de control de la Tierra. Estaban rodeados de tubos llenos de líquidos nutritivos, que serpenteaban hasta depósitos de almacenamiento colgados del techo. Servidores robot se trasladaban desde generadores de mantenimiento vital hasta bancos de análisis, obtenían datos de los mentrodos, vigilaban que todos los sistemas se mantuvieran dentro de los parámetros normales.

Agamenón y Juno conversaban en una banda de onda corta privada, giraban sus respectivos sensores y enviaban descargas a los mutuos mentrodos mediante el

electrolíquido. Una especie de estimulación erótica previa al acto sexual. Aun sin cuerpo físico, las mentes cimek podían experimentar un intenso placer.

Elevadores automáticos desengancharon el contenedor cerebral del cuerpo móvil de Agamenón, y después depositaron el núcleo pensante sobre un pedestal de cromo, al lado del contenedor que albergaba el cerebro de Juno. Gracias a las fibras ópticas y las pautas comparativas electrónicas, reconoció los pliegues y lóbulos de la mente de su amante. *Todavía hermosa después de tantos siglos.*

Agamenón recordó su pasada belleza física: pelo color obsidiana con reflejos azulinos, nariz puntiaguda, cara estrecha, cejas que se arqueaban de una manera misteriosa. Siempre le recordaba a Cleopatra, otro genio militar perdido en la bruma de la historia, como el primer Agamenón de la guerra de Troya.

Mucho tiempo antes, durante el destello de tiempo en que había llevado un frágil cuerpo humano, Agamenón se había enamorado de esta mujer. Aunque Juno era muy deseable desde el punto de vista sexual, le había atraído su mente antes de conocerla en persona. Primero, había reparado en ella en una compleja red virtual, gracias a simulacros tácticos y juegos de guerra que había practicado con él con los dóciles ordenadores del Imperio Antiguo. En aquella época los dos eran adolescentes, cuando la edad importaba.

Agamenón se había criado en la mimada Tierra, con el nombre de Andrew Skouros. Sus padres habían abrazado un estilo de vida hedonista pero desapasionado, como tantos otros ciudadanos. Existían, vegetaban, pero ninguno vivía realmente. Después de transcurrido tanto tiempo, apenas recordaba el rostro de sus padres. Ahora, todos los humanos se le antojaban iguales.

Andrew Skouros siempre había sido inquieto. Formulaba preguntas incómodas que nadie sabía contestar. Mientras los demás se absorbían en juegos de salón frívolos, el joven investigaba en bases de datos, donde descubrió historias y leyendas. Encontró proezas heroicas de gente que había existido en un pasado tan remoto, que parecían míticos como la raza de los titanes, los primitivos dioses destronados por Zeus y un panteón de deidades griegas. Analizó las conquistas militares y llegó a comprender las tácticas, en un momento en que se trataba de una habilidad obsoleta para el pacífico Imperio.

Bajo el alias de Agamenón, se interesó en juegos de estrategia practicados en la red informática que controlaba las actividades de la humanidad esclavizada por el tedio. En ella había encontrado una persona tan experta y dotada como él, un alma gemela compartía sus intereses. Las ideas innovadoras e inesperadas del misterioso jugador provocaron que éxitos y fracasos se equilibraran en las campañas de la joven, pero sus sorprendentes éxitos más que compensaban sus espectaculares fracasos. Su intrigante alias Juno, tomado de la reina de los dioses romanos, esposa de Júpiter.

Atraídos mutuamente por su ambición compartida, su relación fue tempestuosa y desafiante, mucho más que sexo. Se procuraban placer desarrollando experimentos mentales. Al principio, fue un juego, pero luego algo más ambicioso.

Sus vidas dieron un giro radical cuando oyeron hablar a Tlaloc.

El visionario de otro planeta, con sus duras acusaciones contra la humanidad complaciente de la Tierra, reveló a los dos intrigantes que sus planes podían convertirse en algo más que aventuras fantaseadas.

Juno, cuyo nombre auténtico era Julianna Parhi, había reunido a los tres. Andrew Skouros y ella concertaron una cita con Tlaloc, el cual se entusiasmó al descubrir que compartían sus sueños. *Tal vez seamos pocos* —había dicho Tlaloc—*, pero en los bosques de la Tierra llenos de leña seca, tres cerillas bastan para provocar un incendio.*

El trío rebelde se reunía en secreto para derribar el Imperio adormecido. Gracias a la experiencia militar de Andrew, se dieron cuenta de que una modesta inversión en maquinaria electrónica y mano de obra bastaría para conquistar muchos planetas caídos en un estupor apático. Con un poco de suerte y una táctica aceptable, líderes de la misma mentalidad podrían cerrar una mano de hierro alrededor del Imperio Antiguo. De hecho, si los planes se llevaban a la práctica de la forma correcta, los conquistadores lograrían la victoria antes de que nadie se diera cuenta.

—Es por el bien de la humanidad —dijo Tlaloc con ojos centelleantes.

—Y por el nuestro —añadió Juno—. Un poco, al menos. Juno aportó el plan innovador de utilizar la red de máquinas pensantes y sus serviles robots. Se había concedido inteligencia artificial a los dóciles ordenadores para que supervisaran todos los aspectos de la sociedad humana, pero Julianna los consideraba una invasión ya en marcha, siempre que fueran capaces de volverlos a programar para insuflarles ambición humana. Fue entonces cuando sumaron a sus fuerzas un especialista en informática llamado Vilhelm Jayther (autodenominado Barbarroja en las redes informáticas), con el fin de que se ocupara de los detalles técnicos.

Así empezó la Era de los Titanes, durante la cual un puñado de humanos entusiastas controló al populacho

dormido. Tenían trabajo que hacer, un imperio que gobernar.

Durante las fases de planificación, Julianna Parhi pidió opinión con frecuencia a un reticente pensador, Eklo. Durante estas consultas con el anciano, una de las numerosas mentes espirituales que respondían a preguntas esotéricas, había comprendido las posibilidades de vivir como un cerebro incorpóreo. No solo en vistas a la introspección, sino a la acción. Se dio cuenta de las ventajas que un tirano cimek tendría sobre los humanos, capaz de cambiar de cuerpo cuando las circunstancias lo aconsejaran... Como cimeks, los titanes vivirían y gobernarían durante miles de años.

Tal vez sería suficiente.

Agamenón había apoyado de inmediato la idea de Juno, si bien alimentaba un temor primitivo hacia la cirugía. Juno y él sabían que, cuando los titanes experimentaran los peligros del universo y la fragilidad de sus cuerpos humanos, todos accederían.

Para demostrar la fe que depositaba en su amante, Agamenón fue el primero en someterse a la transformación en cimek. Juno y él pasaron una última tórrida noche juntos, con el fin de almacenar recuerdos de sensaciones nerviosas que deberían perdurar durante milenios. Juno se echó hacia atrás su pelo negro como ala da cuervo, le dio un postrer beso de despedida y le condujo hasta el quirófano. Aparatos médicos electrónicos, cirujanos robot y docenas de sistemas de mantenimiento vital le esperaban.

El pensador Eklo había aportado los consejos necesarios, como instrucciones precisas para los cirujanos robot. Juno había seguido el proceso de transformación de su amante. Agamenón temía que ella se arrepintiera y renegara de sus planes, pero en cuanto el cerebro de Agamenón flotó en un

electrolíquido dinámico, en cuanto activaron los mentrodos y pudo *ver* de nuevo mediante una galaxia de fibras ópticas, descubrió a Juno ante él admirando el contenedor cerebral.

Ella tocó la caja transparente con sus dedos. Agamenón lo veía todo, al tiempo que enfocaba y adaptaba sus nuevos sensores, entusiasmado por la posibilidad de observar todo a la vez.

Una semana después, cuando se hubo acostumbrado a sus nuevos sistemas mecánicos, Agamenón le devolvió el favor, y no perdió de vista a Juno mientras los cirujanos robot le abrían el cráneo y extraían su brillante cerebro, desechando para siempre el cuerpo frágil de Julianna Parhi...

Siglos más tarde, pero sin cuerpos biológicos, Juno y él seguían juntos sobre pedestales de cromo, conectados mediante receptores y ajustes estimuladores.

Agamenón sabía muy bien qué partes del cerebro de Juno debía pulsar para activar los centros del placer, y el tiempo de estimulación necesario. Ella respondió del mismo modo, reprodujo los recuerdos almacenados que guardaba Agamenón de cuando hacían el amor como humanos, y luego amplificó las sensaciones recuperadas, hasta asombrarle con nuevas cimas de euforia. El titán replicó con una descarga inesperada, y el cerebro de Juno se estremeció.

Durante todo el rato, los ojos espía de Omnius observaron el intercambio, como un mirón mecánico. Incluso en momentos como este, Agamenón y Juno nunca estaban solos.

Ella le complació dos veces más. Agamenón quería que parara para poder descansar, pero también anhelaba que continuara. Agamenón la correspondió, hasta el extremo de arrancar una leve vibración de los altavoces sujetos a los

contenedores, una extraña música que simbolizaba su orgasmo conjunto. El placer apenas le permitía pensar.

Pero su ira continuaba alimentándose. Aunque Omnius permitía que Juno y él alcanzaran el éxtasis tantas veces como desearan, Agamenón obtendría un placer mucho mayor si podían escapar por fin del dominio de las malditas máquinas pensantes.

56

> Temo que Norma nunca llegará a nada. ¿Qué revela eso de mí y de mi legado a la humanidad?
>
> ZUFA CENVA

Durante el aburrido viaje de un mes por el espacio para visitar a su hija en Poritrin, Zufa Cenva tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre lo que diría cuando llegara. Habría preferido pasar esos días y semanas ocupada en su importante trabajo. La pérdida de la querida Heoma pesaba como una piedra al rojo vivo sobre su pecho. Desde el primer ataque contra los cimeks de Giedi Prime, Zufa había planeado más incursiones con sus hechiceras.

Aunque casi todos los miembros de la liga atribuían todo el mérito de los proyectores de descodificación portátiles al sabio Holtzman, había oído rumores de que Norma había inspirado el diseño. ¿Era posible que su excéntrica hija hubiera hecho algo tan notable? No tan notable como una tormenta psíquica que aniquilara a los cimeks, pero aun así respetable. *Tal vez he estado ciega durante todo este tiempo.* Zufa nunca había deseado que Norma fracasara, pero ya había renunciado a toda esperanza. Tal vez su

relación cambiaría. *¿Debo abrazarla? ¿Merece mi apoyo y aliento, o logrará que me avergüence de ella?*

Corrían tiempos inseguros.

Cuando Zufa bajó del transporte en Starda, una delegación la estaba esperando, escoltada por una guardia de dragones. Lord Niko Bludd se hallaba al frente del grupo, con la barba rizada, ropa perfumada y vistosa.

—Es un honor para Poritrin recibir la visita de una hechicera.

El noble avanzó sobre el suelo embaldosado de mosaico. Budd vestía un colorido atuendo ceremonial con solapas anchas color carmín, puños blancos de encaje y zapatos dorados. Una espada ceremonial colgaba de su cintura, aunque no parecía que hubiera utilizado jamás un arma blanca para algo más peligroso que cortar queso.

Norma nunca había prestado atención a las fruslerías cuando había trabajo de por medio, y la aparición de Bludd la sorprendió. Había esperado concluir su asunto con Norma de manera discreta, para después regresar cuanto antes a Rossak. Ella y sus guerreras psíquicas tenían que preparar otro golpe mental contra los cimeks.

—El capitán de la lanzadera nos avisó de vuestra llegada, madame Cenva —dijo Bludd, mientras la guiaba hacia la salida de la terminal—. Apenas nos dio tiempo de prepararos una recepción. Imagino que habéis venido para ver a vuestra hija. —Lord Bludd sonrió—. Estamos muy orgullosos de su contribución a los trabajos del sabio Holtzman. Él la considera indispensable.

—¿De veras?

Zufa intentó controlar un fruncimiento de cejas escéptico.

—Invitamos a Norma a que se reuniera con nosotros, pero está inmersa en un trabajo muy importante para el

sabio. Por lo visto, pensaba que comprenderíais sus motivos.

Fue como si hubieran asestado una bofetada a la hechicera.

—El viaje ha durado un mes. Si yo puedo encontrar ese tiempo, una simple... ayudante de laboratorio debería ser capaz de venir a recibirme.

Una vez fuera del espaciopuerto, un chófer la condujo hasta un elegante yate aéreo, y los dragones tomaron posiciones en las bandillas.

—Os trasladaremos sin más dilación a los laboratorios de Holtzman.

Cuando Bludd se sentó a su lado, la mujer arrugó la nariz al recibir sus intensos olores corporales. El hombre le ofreció un pequeño paquete, pero Zufa no lo aceptó.

Con un suspiro de exasperación, Zufa se sentó muy tiesa en el asiento cuando la nave se alejó del espaciopuerto. Quitó el papel envolver plateado del paquete y encontró una botella de agua de río, así como una toalla de exquisita confección.

Pese a su falta de interés, el fatuo noble insistió en dar explicaciones.

—Es tradicional que nuestros invitados de honor se laven las manos en agua del Isana y se sequen con nuestro mejor tejido.

Zufa no hizo el menor movimiento por utilizar los regalos. Bajo el yate, los barcos fluviales surcaban el río en dirección a la enorme ciudad del delta, donde se distribuían grano, metales y productos manufacturados a los proveedores de Poritrin. Cientos esclavos trabajaban en las ciénagas para plantar alevines de marisco. La visión la turbó todavía más.

—La residencia del sabio Holtzman está ahí delante. —Bludd señaló un risco elevado—. Estoy seguro de que vuestra hija se alegrará mucho de veros.

¿Alguna vez se ha alegrado de verme?, se preguntó Zufa. Intentó calmarse con ejercicios mentales, pero la angustia se lo impedía.

Bajó del ostentoso yate en cuanto se posó sobre el muelle aterrizaje de Holtzman.

—Lord Bludd, he de hablar de asuntos personales con mi hija. Estoy seguro de que lo comprenderéis.

Sin más despedidas, Zufa subió la escalinata del patio que conducía a la mansión, dejando plantado a un perplejo Bludd. Agitó sus largos brazos para indicarle que se alejara.

Zufa entró en la mansión como si le perteneciera, con sus sentidos telepáticos afinados. El vestíbulo de Holtzman estaba atestado de cajas, libros e instrumentos. O los criados no hacían su trabajo, o el inventor les había prohibido que *organizaran* en exceso.

Zufa se abrió paso entre los obstáculos, se adentró en un largo pasillo, investigó en habitaciones, pidió información a las personas con las que se cruzó y localizó por fin a su hija. La hechicera entró en un laboratorio auxiliar, donde vio un taburete alto ante una mesa llena de cianotipos. Ni rastro de Norma.

Reparó en una puerta abierta que conducía a un balcón, vio una sombra y oyó algo que se movía. Zufa entró en el balcón y se quedó estupefacta cuando vio a su hija subida en la barandilla. Norma sujetaba un contenedor de plaz rojo en sus pequeñas manos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Zufa—. ¡Baja de ahí enseguida!

Norma, sobresaltada, miró a su madre, agarró el objeto con fuerza y saltó al vacío.

—¡No! —gritó Zufa. Pero ya era demasiado tarde.

Corrió al borde y vio con horror que el balcón dominaba un precipicio que caía hasta el río. La joven se precipitaba irremisiblemente hacia su muerte.

De repente, Norma se detuvo en el aire y giró de una forma peculiar.

—¡Funciona, date cuenta! —gritó—. Has llegado a tiempo. Como una pluma en el viento, la muchacha se elevó. El aparato rojo la devolvió al balcón como una mano invisible.

Norma llegó a la altura de la barandilla, y su irritada madre tiró de ella hacia dentro.

—¿Por qué haces experimentos tan peligrosos? ¿No prefiere el sabio Holtzman que utilices ayudantes para este tipo de pruebas? Norma frunció el ceño.

—Aquí hay esclavos, no ayudantes. Además, es un invento mío, y quería probarlo yo misma. Sabía que funcionaría. Zufa no quiso discutir.

—¿Has venido hasta Poritrin y utilizado los mejores laboratorios de la liga para diseñar una especie de... juguete volador?

—No creo, madre. —Norma abrió la tapa del ingenio y ajustó los mandos electrónicos del interior. Es una variación de la teoría del sabio Holtzman, un campo suspensor, o repelente. Espero que le guste.

—¡Ya lo creo, ya lo creo! —El científico apareció como por arte de magia y se inmovilizó detrás de Zufa. Se presentó al instante, y después contempló el nuevo invento de Norma—. Lo enseñaré a lord Bludd, a ver qué piensa de sus posibilidades comerciales. Estoy seguro de que lo patentará a su nombre.

Zufa, que todavía no se había recuperado de la *caída* de su hija, continuaba examinando el objeto, mientras

intentaba imaginar cuáles serían sus aplicaciones prácticas. ¿Podría modificarse para cargar tropas u objetos pesados? Lo dudaba.

Norma dejó el generador sobre una mesa y cruzó la habitación con paso renqueante. Trepó a su taburete para ponerse a la altura de los cianotipos y empezó a pasar páginas.

—También he pensado en la manera de aplicar este principio a aparatos de iluminación. El campo suspensor puede hacer flotar las luces y cargarlas de energía residual. Tengo todos los cálculos... algún sitio.

—¿Luces flotantes? —dijo Zufa en tono desdeñoso—. ¿Para qué, una merienda campestre? Decenas de miles de personas murieron en el ataque cimek contra Zimia, millones fueron esclavizadas en Giedi Prime, y tú vives aislada con todas las comodidades... ¿fabricando luces flotantes?

Norma dirigió a su madre una mirada condescendiente, como si fuera Zufa la estúpida.

—Intenta ir más allá de lo evidente, madre. Una guerra necesita algo más que armas. Los robots son capaces de alterar sus sensores ópticos para ver en la oscuridad, pero los humanos han tener luz para ver. Centenares de luces suspensoras como esta podrían dispersarse de noche en una zona de combate, lo cual neutralizaría toda ventaja de las máquinas pensantes. El sabio Holtzman y yo pensamos en posibilidades similares cada día.

El científico asintió, ansioso por darle la razón.

—O bien, para usos comerciales, podrían diseñarse en diversos estilos, incluso sintonizadas con cualquier color o tono.

Norma estaba sentada en su taburete como un gnomo en un trono. Sus ojos pardos brillaron de entusiasmo.

—Estoy segura de que lord Bludd se sentirá muy complacido.

Zufa frunció el ceño. Había cosas más importantes en esta guerra que satisfacer a un noble presuntuoso.

—He venido desde muy lejos para verte —dijo impaciente.

Norma enarcó las cejas con escepticismo.

—Si te hubieras molestado en ir a despedirme antes de mi partida de Rossak, madre, no habrías necesitado hacer un viaje tan largo para calmar tu culpa. Pero estabas demasiado ocupada para darte cuenta.

Tio Holtzman, algo violento por la situación, se excusó. Las dos mujeres apenas repararon en su desaparición.

No había sido la intención de Zufa iniciar una discusión, pero ahora se puso a la defensiva.

—Mis hechiceras han demostrado sus habilidades en el combate. Podemos ejercer un tremendo poder con nuestras mentes para erradicar a los cimeks. Cierto número de candidatas se están preparando para ofrecer el sacrificio definitivo si nos llaman para liberar otro planeta dominado por las máquinas. —Sus ojos claros centellearon, y luego meneó la cabeza—. Pero no te preocupes por eso, Norma, porque tú no tienes capacidades telepáticas.

—Poseo otros talentos, madre. Yo también estoy haciendo una valiosa contribución.

—Sí, tus ecuaciones incomprensibles. —Zufa movió la cabeza en dirección al generador de campo suspensor que descansaba sobre el suelo—. Tu vida no está en juego. Segura y mimada, pasas los días jugando con estos juguetes. Te has dejado cegar por éxitos imaginarios. —Pero su hija no era la única. Mucha gente vivía rodeada de comodidad y seguridad, mientras Zufa y sus hechiceras llevaban a cabo tareas peligrosas. ¿Cómo podía Norma

comparar su trabajo con eso?—. Cuando te enteraste de que venía, Norma, ¿no pudiste encontrar tiempo para recibirme en el espaciopuerto?

Norma habló en un tono falsamente dócil, con los brazos cruzados sobre su pequeño pecho.

—Yo no te pedí que vinieras, madre, porque sé que tienes cosas más importantes que hacer. Y yo tengo tareas más urgentes que pasear a invitados inesperados. Además, sabía que lord Bludd iba a recibirte.

—¿Los nobles de la liga son tus nuevos chicos de los recados? —Ahora que había abierto las compuertas de su ira, Zufa no pudo reprimir las siguientes palabras—. Solo quería sentirme orgullosa de ti, Norma, pese a tus deformidades. Pero nunca llegarás a nada. *¿Qué sacrificios haces, viviendo aquí rodeada de lujos? Tu visión es demasiado pequeña para que resulte útil a la humanidad.*

Antes, Norma se hubiera desmoronado ante tal andanada, pero el hecho de estar trabajando con Holtzman, y su evidente éxito en los aspectos técnicos, le había proporcionado una nueva perspectiva de sí misma. Miró con frialdad a su madre.

—Solo porque no coincido con la imagen de lo que tú querías que fuera, no significa que mi contribución deje de ser esencial. El sabio Holtzman se da cuenta, y también Aurelius. Tú eres mi madre. ¿Por qué no lo ves?

Zufa resopló al oír el nombre de Venport y empezó a pasear de un lado a otro.

—Aurelius no es más que un hombre presa de alucinaciones provocadas por las drogas que ingiere.

—Había olvidado lo intolerante que llegas a ser, madre —dijo Norma con serenidad—. Gracias por venir a refrescarme la memoria. —La muchacha se volvió en su taburete y siguió con sus planos y ecuaciones—. Estoy

tentada de llamar a algún esclavo para que te acompañe hasta la salida, pero no quiero interrumpir su trabajo, que es más importante.

Furiosa consigo misma y con su hija (y por el tiempo desperdiciado), Zufa regresó al espaciopuerto. No se quedaría ni un momento más en Poritrin. Para alejar sus preocupaciones de la mente, se concentró en ejercicios mentales, y pensó en que sus amadas alumnas de la selva estaban dispuestas a sacrificarlo todo, sin pararse en consideraciones personales.

Zufa esperó todo un día el transporte militar que la devolvería a Rossak. Cuando se rodeó de oleadas de sus poderes de clarividencia, descubrió una debilidad corrupta en Poritrin, que no estaba relacionada con Norma. Era tan evidente que no podía soslayarla.

En Starda, en las zonas de carga cercanas al espaciopuerto, en los almacenes y marismas, Zufa detectó el aura individual y colectiva de los explotados trabajadores. Intuyó una herida psicológica colectiva, un profundo descontento al que parecían ajenos los ciudadanos libres de Poritrin.

Esta carga de resentimiento le dio una razón más para desear alejarse de aquel lugar.

57

> La intuición es una función mediante la cual los humanos ven lo que acecha al doblar una esquina. Es útil para personas que viven expuestas a condiciones naturalespeligrosas.
>
> ERASMO,
> *Diálogos de Erasmo*

Educada como hija del virrey de la liga, Serena Butler estaba acostumbrada a trabajar con todas sus fuerzas al servicio de la humanidad, con la esperanza de encaminarse hacia un futuro brillante, pese al telón de fondo de la guerra constante. Nunca había imaginado que trabajaría como esclava en el hogar de un enemigo robot.

Desde que viera por primera vez a Erasmo en la plaza de entrada a la villa, Serena experimentó una profunda aversión hacia él. Por su parte, la máquina pensante estaba intrigada por ella. Serena sospechaba que dicho interés sería peligroso. El robot se decantaba por vestir prendas de calidad, mantos holgados y esponjosos, pieles adornadas que dotaban a su cuerpo robótico de un aspecto absurdo. Debido a su rostro reflectante parecía alienígena, y su

comportamiento erizaba el vello de la joven. Su insaciable curiosidad por la humanidad se le antojaba perversa y anormal. Cuando cruzó la plaza en dirección a Serena, su máscara metálica se metamorfoseó en una sonrisa complacida.

—Eres Serena Butler —dijo—. ¿Te han informado de que los humanos salvajes han reconquistado Giedi Prime? Qué decepción. ¿Por qué los humanos están dispuestos a sacrificar tantas cosas con tal de mantener su caos ineficaz?

El corazón de Serena se hinchió de júbilo al saber la noticia de la liberación, en parte gracias a su esfuerzo. A la postre, Xavier había acudido con la Armada, y los ingenieros de Brigit Paterson habían logrado activar los transmisores secundarios. Sin embargo Serena seguía siendo una esclava, y estaba embarazada del hijo de Xavier. Nadie sabía dónde estaba o qué había sido de ella. Xavier y su padre debían estar locos de dolor, convencidos de que las máquinas la habían matado.

—Tal vez no sea sorprendente que no comprendas o valores el concepto humano de libertad —contestó la joven —. Pese a tus complicados circuitos gelificados, eres una simple máquina. No te programaron para comprender.

Sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos cuando pensó en lo mucho que anhelaba ayudar al prójimo. En Salusa, nunca había dependido de la fortuna familiar, porque quería ganarse las bendiciones que se le habían concedido. ;

—Por tanto, ¿eres inquisitivo o inquisidor? —preguntó.

—Tal vez ambas cosas. —Se inclinó para examinarla, y observó orgullosa barbilla—. Espero que me ofrezcas muchos datos. —Tocó su mejilla con un dedo frío y flexible —. Una piel adorable.

Serena se obligó a no retroceder. *La resistencia ha de servir para algo más que para demostrar el orgullo de un cautivo*, había dicho su madre en una ocasión. Si Serena se resistía, a Erasmo no le costaría nada sujetarla con su mano poderosa; o reclamar la colaboración de aparatos de tortura mecánicos.

—Mi piel no es más adorable que la tuya —dijo—, salvo que mía no es sintética. Mi piel fue diseñada por la naturaleza, no por la mente de una máquina.

El robot lanzó una risita de timbre metálico. —Espero aprender mucho de ti.

La guió hasta sus exuberantes invernaderos, que la joven observó con reticente placer.

Estaba fascinada por la jardinería desde la edad de diez años, y había entregado plantas, hierbas y frutos exóticos a centros médicos, campos de refugiados y asilos de veteranos, donde también prestaba sus servicios. Serena tenía fama en Zimia de cultivar las flores más hermosas. Gracias a sus tiernos cuidados, florecían exquisitas rosas immianas, al igual que hibiscos de Poritrin y hasta las delicadas violetas matutinas del lejano Kaitain.

—Te asignaré el cuidado de mis valiosos jardines —dijo Erasmo.

—¿Por qué no pueden encargarse máquinas de esas tareas? Estoy segura de que serían mucho más eficientes..., ¿o disfrutas obligando a tus *creadores* a encargarse del trabajo?

—¿No te consideras capacitada para la tarea?

—Haré lo que me ordenes..., por el bien de las plantas. –Tocó la flor roja y anaranjada de forma extraña, sin hacer caso del robot—. Parece un ave del paraíso, una variedad pura procedente de— una antigua estirpe. Según la leyenda, estas plantas eran las favoritas los reyes marinos

de la Vieja Tierra. —Serena se volvió hacia el robot con mirada desafiante—. Acabo de enseñarte algo, ¿ves?

Erasmo rió de nuevo, como si reprodujera una grabación.

Excelente. Bien, ahora dime en qué estás pensando realmente.

Serena recordó las palabras de su padre (*El miedo invita a la agresión. No lo reveles ante un depredador*), y se sintió envalentonada.

—Mientras te hablaba de una hermosa flor, estaba pensando que te desprecio a ti y a toda tu especie. Yo era un ser libre e independiente, hasta que me lo arrebatasteis todo. Las máquinas me despojaron de mi hogar, mi vida y del hombre al que amo.

El robot no se sintió ofendido.

—¡Ah, tu amante! ¿Es el padre de la criatura?

Serena miró a Erasmo, y luego tomó una decisión. Tal vez podría aprovechar la curiosidad de este robot para volverla contra él.

—Cuanto más colabore, más aprenderás de mí. Puedo enseñar cosas que nunca aprenderías por ti mismo.

—Excelente.

El robot parecía muy complacido.

La expresión de Serena se endureció.

—Pero espero algo a cambio. Garantízame la seguridad de mi hijo. Permite que críe al niño en tu casa.

Erasmo sabía que era un imperativo de la especie humana preocuparse por su prole, lo cual le proporcionaba cierta ventaja.

—Eres arrogante, o bien ambiciosa. De todos modos, consideraré tu petición, en función de la satisfacción que derive de nuestras discusiones y debates.

Erasmo divisó un grueso escarabajo en la base de un macetero terracota y lo empujó con el pie. El insecto tenía el caparazón o, con dibujos rojos. La máscara facial de Erasmo pasó por varias fases, hasta adoptar una expresión divertida. Dejó que el escarabajo escapara, pero antes de que lo consiguiera movió el pie para impedirlo. El animal, insistente, huyó en otra dirección.

—Tú y yo tenemos mucho en común, Serena Butler —dijo. Activó con un mando a distancia un cubo musical de Chusuk conseguido de contrabando, con la esperanza de que la melodía pondría al descubierto los sentimientos internos de la joven—. Cada uno posee una mente independiente. Respeto esa característica en ti porque es una parte integral de mi personalidad.

La comparación ofendió a Serena, pero se mordió la lengua.

Erasmo recogió el escarabajo con una mano, pero su principal interés seguía concentrado en Serena. Estaba intrigado por la persistencia de los humanos en ocultar lo que sentían. Tal vez, si aplicaba diversas presiones, conseguiría llegar al núcleo.

Erasmo continuó, con el fondo sonoro de la música.

—Algunos robots conservan su personalidad, en lugar de descargar una parte de la supermente. Yo empecé siendo una máquina pensante en Corrin, pero decidí no aceptar las actualizaciones regulares de Omnius que me sincronizarían con la supermente.

Serena vio que el escarabajo estaba inmóvil en su palma metálica. Se preguntó si lo había matado.

—Pero un evento singular me cambió para siempre —dijo Erasmo con voz plácida, como si describiera un paseo por el bosque—. Me fui a explorar los territorios deshabitados de Corrin. Como era curioso y no quería

aceptar los análisis corrientes compilados por Omnius, me aventuré solo en la región. Era escabrosa, rocosa y salvaje. Yo nunca había visto vegetación, salvo en las zonas donde los terraformadores del Imperio Antiguo habían plantado nuevos ecosistemas. Corrin no era un planeta vivo, excepto donde los humanos lo habían colonizado. Por desgracia, cuidar de campos fértiles y embellecer el paisaje no era una prioridad de mi especie.

Miró a Serena para saber si le gustaba su relato.

—Inesperadamente, lejos de la ciudad y los sistemas de auxilio robóticos, estalló una tormenta solar. El gigante rojo de Corrin es muy inestable, con actividad flamígera frecuente y repentinos huracanes radiactivos. Tales fenómenos son peligrosos para las formas de vida biológicas, pero los colonizadores humanos originales eran resistentes.

»No obstante, mis delicados circuitos neuroeléctricos eran más que sensibles. Tendría que haber enviado analizadores de reconocimiento para vigilar la formación de dichas tormentas, pero estaba demasiado abismado en mis investigaciones. El flujo radiactivo me afectó, y me encontré desorientado y confuso, lejos del complejo central controlado por el Omnius de Corrin. —Dio la impresión de que Erasmo estaba avergonzado—. Me alejé dando tumbos... y caí en una grieta estrecha.

Serena le miró sorprendida.

—Pese a caer hasta el fondo, mi cuerpo apenas sufrió daños. —Alzó un brazo, miró su miembro flexible, la piel de polímero orgánico, la capa de metal líquido—. Estaba atrapado, fuera del campo de transmisión, básicamente inmovilizado. No pude moverme durante un año entero de Corrin..., veinte años estándar terrestres.

»Las sombras profundas de la grieta me protegían de las radiaciones solares, y mis procesos mentales no tardaron en recuperarse. Estaba despierto, pero no podía ir a ningún sitio. No podía moverme..., solo pensar, durante mucho, mucho tiempo. Pasé un verano que se me antojó eterno, atrapado entre las rocas, y luego soporté el correspondiente invierno, entre capas de hielo compacto. Durante todo ese tiempo, dos décadas, no tuve otra cosa que hacer que meditar.

—Solo podías hablar contigo mismo —dijo Serena—. Pobre y solitario robot.

—Tal odisea alteró mi naturaleza fundamental de formas que jamás habría imaginado —dijo Erasmo, sin hacer caso del comentario—. De hecho, Omnius todavía no me comprende.

Cuando por fin otros robots le descubrieron y rescataron, Erasmo ya había desarrollado una personalidad individual. Después de reintegrarse en la sociedad de las máquinas, Omnius había preguntado a Erasmo si deseaba un ascenso que comportara rasgos carácter normales.

—Un ascenso, dijo —comentó Erasmo con ironía—. Rechacé la oferta. Después de alcanzar ese... esclarecimiento, me negaba a borrar mis impulsos e ideas, mis pensamientos y recuerdos. Se me antojaba una pérdida enorme. El Omnius de Corrin no tardó en descubrir que disfrutaba con nuestras pugnas verbales.

Erasmo echó un vistazo al escarabajo inmóvil.

—Soy una celebridad entre las supermentes —dijo—. Arden en deseos de recibir actualizaciones que contengan mis actos y declaraciones, como una publicación periódica. Se conocen como los *Diálogos de Erasmo*.

Serena movió la cabeza en dirección al insecto.

—¿Incluirás una discusión acerca de ese escarabajo? ¿Cómo puedes comprender algo a lo que has matado?

—No está muerto —la tranquilizó Erasmo—. Detecto un tenue pero inconfundible latido de vida. El animal quiere hacerme creer que está muerto, para que lo tire. Pese a su pequeño tamaño, posee una poderosa voluntad de sobrevivir.

Se arrodilló y dejó el escarabajo sobre una baldosa con sorprendente suavidad, y luego retrocedió. Momentos después, el insecto corrió a refugiarse bajo el macetero.

—¿Lo ves? Deseo entender a todos los seres vivos..., incluida tú.

Serena enrojeció. El robot había logrado sorprenderla.

—Omnius piensa que nunca alcanzaré su nivel intelectual —dijo Erasmo—, pero sigue intrigado por mi agilidad mental, por la forma en que mi mente evoluciona sin cesar hacia nuevas e impulsivas direcciones. Al igual que ese escarabajo, soy capaz de cobrar vida y perseverar.

—¿Esperas convertirte en algo más que una máquina?

—Superarse a sí mismo es un rasgo humano, ¿no? —contestó Erasmo sin ofenderse—. Es lo único que intento hacer.

58

Una dirección es tan buena como otra.

Dicho de la Tierra Abierta

A la décima vez que montó un gusano de arena, Selim era lo bastante experto para saborear la experiencia. Ninguna otra emoción podía compararse al poder de un gigante del desierto. Le gustaba correr entre las dunas a lomos de un gusano, cruzar un océano de arena en un solo día.

Selim había extraído agua, ropa, equipo y comida de la estación tánica abandonada. Su colmillo de cristal era una herramienta valiosa, así como un símbolo de orgullo personal. A veces, dentro de la estación vacía, había contemplado la suave curva lechosa de la hoja bajo la débil luz de los paneles de recarga, e imaginado que el objeto poseía un significado religioso. Era una reliquia de la prueba suprema que había superado en el desierto, y un símbolo de que Budalá velaba por él. Tal vez los gusanos estaban relacionados con su destino.

Llegó a creer que los gusanos no eran Shaitan, sino bendiciones de Budalá, tal vez incluso manifestaciones tangibles de Dios.

Después de meses de recuperarse y aburrirse en la antigua instalación, viviendo sin un objetivo definido, Selim supo que debía salir a montar un gusano otra vez. Necesitaba averiguar con exactitud lo que Budalá esperaba de él.

Había señalado con sumo cuidado el emplazamiento de la estación. Por desgracia, como no podía guiar a los gusanos, sabía que constituiría todo un desafío regresar a su refugio secreto. Después salir, había cargado todo lo necesario a su espalda.

Era Selim Montagusanos, elegido y guiado por Budalá. No necesitaba ayuda de los demás.

Después de matar a dos gusanos más, a base de montarlos hasta que se desplomaron de cansancio, Selim descubrió que no era necesario matar a un gusano para poder huir sin peligro. Cabía la posibilidad de desmontar de una bestia cansada saltando desde la cola, para luego correr hacia las rocas. El gusano, demasiado cansado para darle caza se hundía en la arena, enfurruñado.

Lo cual satisfacía a Selim, porque no le parecía justo destruir a los animales que le facilitaban transporte. Si los gusanos eran emisarios de Budalá, y ancianos del desierto, debía tratarlos con respeto.

En su cuarto viaje, descubrió la manera de manipular los bordes sensibles de los anillos del dragón, utilizando una especie pala y la afilada lanza metálica para azuzar a Shaitan en la dirección que Selim deseaba. Era una idea sencilla, pero exigía mucho trabajo. Le dolían los músculos cuando saltó de un gusano agotado y corrió hacia el refugio de las rocas cercanas. Seguía perdido en las profundidades

del desierto, pero en un sentido muy real, ahora desierto le pertenecía. ¡Era invencible! Budalá velaba por él.

Selim aún guardaba una provisión razonable de agua procedente de las unidades de destilación de la estación, y su dieta consistía en grandes cantidades de melange, que le proporcionaba fuerza y energía. En cuanto aprendiera a dominar a los gusanos, podría viajar a donde quisiera y volver a la estación abandonada.

Otros zensunni le habrían llamado loco, asombrados por su audaz intento de domar a los terroríficos gusanos, pero al joven exiliado ya no le importaba nada lo que su pueblo pensara de él. Estaba en contacto con otro reino. Creía en el fondo de su corazón que había nacido para esto.

Bajo la luz de las dos lunas, Selim guió a su montura entre las dunas. Horas antes, el animal había cesado de intentar descabalgar a su jinete, y siguió adelante, resignado a las órdenes del demonio que no dejaba de hacerle daño en la piel sensible que tenía entre los anillos. Selim se guiaba por las estrellas, dibujaba líneas como flechas entre las constelaciones. El implacable paisaje empezaba a parecerle familiar, y pensó que ya estaba cerca de la estación botánica, su refugio. Su hogar.

En aquella soledad, rodeada por el aroma amargo del azufre y la canela, se permitió pensar y soñar. Poco más podía hacer desde su exilio. ¿No habían empezado así los grandes filósofos?

Algún día, quizá utilizaría la estación abandonada como semilla de su propia colonia. Tal vez podría reunir gente insatisfecha de otros pueblos zensunni, exiliados como él y deseosos de vivir sin o normas opresivas, que rigurosos naibs obligaban a cumplir. Gracias al control de los gusanos, la gente de Selim contaría con una fuerza que ningún forajido había poseído jamás.

¿Era eso lo que Budalá quería que hiciera?

El joven sonrió, pero luego entristeció cuando se acordó de Ebrahim, que con tanta facilidad se había vuelto contra él. Para colmo, había lanzado piedras e insultos a Selim, imitando a los demás.

Por fin, el jinete divisó la formación rocosa familiar. Su corazón dio un brinco de alegría. El coloso le había transportado con más celeridad de la que había supuesto. Sonrió, y luego se dio cuenta de que sería todo un desafío desmontar de este demonio, que aún no estaba exhausto. ¿Otra prueba?

Selim desvió el gusano hacia las rocas, con la ayuda de la pala y la lanza, con la idea de varar al animal en los afloramientos, aunque luego podría volver a su refugio de arena. El monstruo sin ojos intuyó las rocas, reconoció una diferencia de viscosidad y vibraciones en la arena, y giró en dirección contraria. Selim le atormentó con la lanza y la pala. El confuso gusano se retorció y disminuyó la velocidad. Cuando pasó cerca de la primera línea rocosa, Selim saltó junto con su equipo. Cuando tocó el suelo, puso a correr a toda la velocidad de sus piernas.

El arrecife de roca se encontraba a menos de cien metros de distancia, y el animal se revolvió de un lado a otro, como si no diera crédito a su repentina liberación. Por fin, percibió el ritmo de los pasos de Selim. El monstruo se precipitó hacia él. Selim corrió a más velocidad, y se desvió en dirección a los peñascos. Saltó sobre una capa de lava rocosa y siguió corriendo. El gusano surgió de la arena, con las cavernosas fauces abiertas. Vaciló como si temiera acercarse más a la barrera rocosa, y luego dejó caer sobre el suelo.

Selim ya había salvado la segunda hilera de peñascos y encontrado o refugio en una pequeña oquedad. El gusano

golpeaba el risco como un martillo gigante, pero no sabía dónde se había ocultado el pequeño humano.

El gusano, enfurecido, se echó hacia atrás, y un potente hedor a melange brotó de su boca. Descargó su enorme cabeza contra 1as rocas una vez más, y después retrocedió. Frustrado y vencido, se alejó por fin, hasta hundirse bajo una duna. Se encaminó hacia 1as profundidades del desierto, lento e indignado.

Selim salió de su refugio con el corazón acelerado. Paseó la vista a su alrededor, asombrado de estar vivo. Rió y dio gracias a Budalá con toda la fuerza de sus pulmones. La antigua estación botánica se alzaba sobre él, esperándole. Pasaría varios días en su hogar reponiendo sus provisiones y bebiendo mucha agua.

Cuando empezó a trepar con brazos y piernas fatigados, Selim vio algo que brillaba a la luz de la luna, perdido en las rocas rotas que el furioso gusano había triturado. Otro diente de cristal, y más largo. Se había roto durante el ataque de la bestia, y resbalado hasta el fondo de una hendidura. Selim se apoderó del arma lechosa. ¡Una recompensa de Budalá! La alzó con aire triunfal antes de regresar hacia la estación abandonada.

Ahora, tenía dos.

59

> El tiempo depende de la posición del observador y la dirección en que mira.
>
> PENSADORA KWYNA,
> archivos de la Ciudad de la Introspección

Todavía furiosa, Zufa Cenva regresó a Rossak, donde tenía la intención de concentrarse en la guerra. Después de bajar en la pista de aterrizaje construida sobre las hojas púrpura y plata, se dirigió de inmediato a la amplia habitación que compartía con Aurelius Venport.

Zufa se había ganado la suntuosa residencia gracias a su habilidad política y sus poderes telepáticos. No podía evitar fruncir el ceño cada vez que veía las ambiciones comerciales de Venport, sus pingües beneficios y sus metas hedonistas. Unas prioridades estúpidas. Todo eso no significaba nada si las máquinas pensantes ganaban la guerra. ¿Acaso no comprendía que se había cegado a la terrible amenaza?

Agotada del largo viaje, y todavía disgustada por la discusión sostenida con su hija, Zufa entró en sus aposentos de paredes blancas, con el único deseo de descansar antes

de planificar la siguiente ronda de ataques contra las máquinas pensantes.

Encontró a Venport solo, pero no la estaba esperando. Se hallaba sentado a una mesa de vetas verdes tallada de los acantilados. Su rostro, cubierto de sudor, seguía siendo hermoso, con las facciones nobles que ella había elegido, un buen complemento de su linaje.

Venport ni siquiera reparó en ella. Su mirada era distante, sumida en las secuelas de alguna nueva droga con la que estaría experimentando.

Había ante él sobre la mesa una caja de malla metálica que contenía avispas escarlata, de aguijón largo y alas ónice. Tenía el brazo desnudo metido en la caja, con la malla metálica cerrada alrededor de su codo. Las irritadas avispas le habían picado en repetidas ocasiones, e inyectado veneno en su torrente sanguíneo.

Más furiosa que horrorizada, Zufa le miró estupefacta.

—¿A esto te dedicas mientras yo intento salvar a la raza humana? —Apoyó las manos sobre el cinturón enjoyado que ceñía su túnica oscura, al tiempo que su boca formaba una línea recta v delgada—. Una hechicera ha muerto en combate, alguien a quien yo adiestré, alguien a quien quería. Heoma dio su vida por nuestra libertad, y aquí estás tú, entregado a orgías alucinógenas.

El hombre no se movió. Su expresión vaga no se alteró.

Las agresivas avispas se lanzaban contra la malla metálica, mientras emitían una especie de zumbido musical. Los insectos aguijonearon su carne hinchada una y otra vez. Zufa se preguntó qué sustancia psicotrópica proporcionaba el veneno, y cómo la había descubierto Venport.

—Me das asco —dijo por fin, incapaz de encontrar palabras que expresaran su furia.

Una vez, después de hacer el amor, Aurelius había afirmado que experimentaba con drogas para algo más que divertirse o conseguir ganancias comerciales. Mientras velas perfumadas ardían en una oquedad rocosa situada sobre su lecho, Venport le había confiado:

—En algún lugar de la selva, espero encontrar una sustancia farmacéutica capaz de despertar el potencial telepático masculino.

De tal forma, confiaba en que los hombres estuvieran a la par que las hechiceras.

Zufa había reído de sus ridículas fantasías. Herido, Aurelius nunca más había vuelto a hablar del tema.

Mucho tiempo antes, los primeros colonos de Rossak habían quedado contaminados por productos químicos de la selva, los cuales habían aumentado su potencia mental. ¿De qué forma, si no, habrían obtenido las mujeres tales poderes extrasensoriales en este planeta concreto, y no en otro? Sin embargo, ya fuera por diferencias hormonales o cromosómicas, los hombres parecían inmunes a tales efectos del entorno.

Zufa le ordenó a gritos que retirara la mano de la jaula, pero Venport no pronunció ni una palabra.

—Tú juegas con drogas, y mi hija lleva a cabo experimentos absurdos con campos suspensorios y lámparas flotantes. ¿Son mis hechiceras las únicas personas de Rossak con sentido de la responsabilidad?

Aunque los ojos de Aurelius se volvieron hacia ella, no pareció verla.

—Menudo patriota estás hecho —dijo por fin Zufa, asqueada—. Espero que la historia te recuerde por esto.

Se marchó en busca de un lugar donde pudiera pensar en formas de continuar luchando contra las máquinas pensantes, mientras otros se divertían ajenos a la amenaza.

Cuando su pareja salió, los ojos vidriosos de Venport empezaron brillar como brasas. Se concentró en la puerta abierta de sus aposentos, y el silencio pareció crecer, como si estuviera absorbiendo sonido y energía del aire. Su mandíbula se tensó, y se concentró más... y más.

La puerta se cerró poco a poco por sí sola.

Satisfecho pero agotado, Venport sacó el brazo de la jaula y cayó al suelo.

60

> Las hipótesis forman una rejilla transparente a través de la cual vemos el universo, y a veces nos engañamos con la falacia de que la rejilla es ese universo.
>
> PENSADOR EKLO, de la Tierra

Como recompensa por terminar la estatua de Ajax en un plazo imposible, concedieron a Iblis Ginjo cuatro días de vacaciones. Hasta los capataces de los trabajadores neocimek se alegraron de que el jefe de las cuadrillas humanas les hubiera salvado de la ira de Ajax. Antes de partir, Iblis se aseguró de que sus esclavos recibieran los premios que había prometido. Se trataba de una inversión, y sabía que trabajarían con mayor ahínco en el siguiente proyecto.

Gracias a un permiso especial de sus amos, Iblis se alejó de la ciudad hasta adentrarse en los páramos rocosos, el escenario de una batalla ocurrida mucho tiempo atrás. Los humanos de confianza gozaban de privilegios y libertades especiales, la posibilidad de recibir premios por un trabajo bien hecho. A las máquinas pensantes no les preocupaba que huyera, en primer lugar porque carecía de la menor

posibilidad de abandonar el planeta, y tampoco podía conseguir comida o refugio.

De hecho, tenía otra cosa en mente: un peregrinaje.

Iblis montaba a horcajadas de un burcaballo, un animal de laboratorio utilizado en el pasado, cuando los humanos gobernaban la Tierra. El desagradable animal tenía una cabeza de gran tamaño, orejas colgantes y patas rechonchas diseñadas para trabajar más que a correr. El animal proyectaba un hedor similar al de un pelle empapado en aguas fecales.

El burcaballo subió por una senda estrecha y serpenteante. Hacía años que Iblis no visitaba el lugar, pero conocía el camino de memoria. Esas cosas no se olvidaban con facilidad. La curiosidad había espoleado sus visitas anteriores al monasterio del pensador Eklo. Esta vez, necesitaba con desesperación guía y consejo.

Después de recibir el anónimo mensaje revolucionario, Iblis había meditado en la posible existencia de otros humanos insatisfechos, gente decidida a desafiar a Omnius. Durante toda su vida, había estado rodeado de esclavos aherrojados por las máquinas. Jamás había imaginado que pudieran existir otras posibilidades. Transcurridos mil años, cualquier perspectiva de cambio o mejora parecía imposible.

Tras muchas deliberaciones internas, Iblis deseaba creer que existían células de humanos rebeldes en la Tierra, tal vez incluso en otros Planetas Sincronizados. Grupos dispersos animados por la idea de la rebelión.

Si somos capaces de construir monumentos tan enormes, ¿por qué no podemos derribarlos?

La idea prendió fuego a su profundo resentimiento hacia Omnius, los robots, y sobre todo los cimeks, que parecían especialmente agresivos contra los humanos. Pero antes de

decidir si el mensaje no era más que una pura fantasía, tenía que llevar a cabo algunas investigaciones. Iblis había sobrevivido durante tanto tiempo porque era cauteloso y obediente. Debía realizar sus investigaciones de manera que las máquinas no sospecharan sus intenciones.

Con el fin de obtener respuestas, no existía mejor fuente que el pensador Eklo.

Años atrás, Iblis había formado parte de un grupo dedicado a perseguir esclavos. Daba caza a los escasos desgraciados que escapaban de la ciudad sin plan forjado, capacidad de supervivencia o provisiones. Rumores falsos habían convencido a estos desesperados de que los pensadores, políticamente neutrales, les concederían asilo. Una idea absurda, teniendo en cuenta que los cerebros incorpóreos solo deseaban aislamiento para abismarse en sus pensamientos esotéricos. A los pensadores se les daba una higa la Era de los Titanes, las Rebeliones Hrethgir o la creación de los Planetas Sincronizados. Los pensadores no deseaban ser molestados, de manera que las máquinas pensantes los toleraban.

Cuando Iblis y su equipo habían rodeado el aislado monasterio, Eklo había ordenado a sus subordinados humanos que expulsaran a los fugitivos de su escondite. Los esclavos habían maldecido y amenazado al pensador, pero Eklo no hizo caso. A continuación, Iblis y sus compañeros habían regresado con los esclavos, destinados a una *enérgica misión*, después de arrojar a su líder desde lo alto de un acantilado.

El robusto burcaballo ascendió el empinado sendero que se desmoronaba bajo sus cascos. Iblis distinguió al punto la alta torre del monasterio, un impresionante edificio de piedras envuelto en parte por la niebla. Sus ventanas

proyectaban un brillo rojizo, que después viraba a azul, según el humor de la gran mente contemplativa.

Cuando le adiestraron para llegar a ser un humano de confianza, Iblis se enteró de la existencia de los pensadores, de los restos primitivos de religión que aún se manifestaban en los grupos más numerosos de esclavos. Omnius había cesado en sus intentos de reprimirla, aunque la supermente no comprendía las supersticiones y los rituales.

Mucho antes de la conquista del Imperio Antiguo, Eklo había abandonado su cuerpo físico y dedicado su mente al análisis y la introspección. Mientras planificaba la conquista de la humanidad, la titán Juno había adoptado a Eklo como asesor personal, a la espera de respuestas. Eklo, indiferente a las repercusiones, sin querer tomar bando en el conflicto, había contestado a las preguntas de Juno, y su consejo había redundado sin querer en la victoria de los titanes. En el milenio transcurrido desde entonces, Eklo había permanecido en la Tierra. La gran pasión de su larga vida era sintetizar una interpretación completa del universo.

Al llegar al final de la pista, en la base de la torre de piedra, Iblis se encontró rodeado de repente por una docena de hombres armados con picas arcaicas y garrotes de púas. Sus mantos eran de un tono marrón oscuro, y ostentaban alzacuellos. Uno de los subordinados agarró las riendas del burcaballo.

—Déjalo aquí. Nosotros no ofrecemos refugio.

—Ni yo lo busco. —Iblis miró a los hombres—. Solo he venido para formular una pregunta al pensador.

Desmontó y, después de seducirles con su bonhomía y sinceridad, se encaminó hacia la torre, mientras los hombres se encargaban de su montura.

—El pensador Eklo está sumido en sus pensamientos y no desea ser molestado —gritó uno de los subordinados. Iblis lanzó una risita.

—El pensador lleva meditando mil años. Seguro que podrá dedicar unos pocos minutos a escucharme; puesto que soy un humano de confianza. Y si le proporciono información que aún no posee, tendrá algo en qué pensar durante otro siglo o más.

Varios subordinados siguieron a Iblis, mientras murmuraban entre sí, confusos. De repente, cuando llegó al arco de entrada, un monje de anchos hombros le cerró el paso. Los músculos de sus brazos y pecho se habían convertido en grasa, y le miró con ojos bovinos.

Iblis infundió un tono persuasivo a su voz.

—Rindo honor a los conocimientos adquiridos por el pensador Eklo. No desperdiciaré su tiempo.

El monje miró con escepticismo a Iblis y se ajustó el alzacuellos.

—Eres muy descarado, y el pensador arde en deseos de escuchar tus preguntas. —Registró al visitante por si portaba armas—. Soy Aquim. Sígueme.

El hombrón guió a Iblis por un estrecho pasillo de piedra, y luego subieron por una escalera de caracol.

—Ya había estado aquí —dijo Iblis—, persiguiendo a esclavos fugitivos...

—Eklo se acuerda —le interrumpió Aquim.

Llegaron a la parte más alta del edificio, una habitación redonda situada en el pináculo de la torre. El contenedor de plexiplaz del pensador descansaba sobre un reborde similar a un altar, bajo una ventana. El viento ululaba en los bordes de la ventana y agitaba la niebla. Una iluminación interna dotaba de un brillo azul a las ventanas.

Aquim dejó atrás a los demás subordinados, se acercó al contenedor cerebral transparente y se detuvo un momento, al tiempo que lo observaba con reverencia. Introdujo una mano en un bolsillo, y sus dedos temblorosos emergieron con una tira de papel incrustada de polvo negro. Introdujo la tira en su boca y dejó que se disolviera. Puso los ojos en blanco, como si hubiera alcanzado el éxtasis.

—Semuta —dijo a Iblis—, un derivado de los residuos incinerados de madera elaca, que nos llega de contrabando. Me ayuda en el cumplimiento de mis deberes. —Apoyó con serenidad ambas manos sobre la tapa del contenedor—. No entiendo nada.

Dio la impresión de que el cerebro desnudo, flotando en su sopa de electrolíquido azul, latía, a la espera.

El monje respiró hondo con una sonrisa beatífica, e introdujo los dedos en el líquido. El medio gelatinoso humedeció su piel, empapó sus poros, se conectó con sus terminaciones nerviosas. La expresión de Aquim cambió.

—Eklo desea saber por qué no formulaste tu pregunta la última vez que estuviste aquí.

Iblis ignoraba si debía hablar al subordinado o directamente al pensador, de modo que dirigió la respuesta al espacio intermedio.

—En aquel momento, no comprendí lo que era importante. Ahora, deseo saber algo de ti. Nadie más podría proporcionarme una respuesta objetiva.

—Nunca hay juicio u opinión completamente objetivos —replicó el monje con serena convicción—. Los absolutos no existen

—Tú eres menos parcial que cualquiera a quien pudiera consultar.

El altar se movió siguiendo unos raíles invisibles, y el pensador se detuvo ante otra ventana, seguido de Aquim,

que no había sacado la mano del contenedor.

—Formula tu pregunta.

—Siempre he trabajado con lealtad para mis amos cimek mecánicos —empezó Iblis, eligiendo sus palabras con suma cautela—. Hace poco, me enteré de que tal vez existan grupos de resistentes humanos en la Tierra. Deseo saber si ese informe es creíble. ¿Hay gente que desea derrocar a sus gobernantes y conseguir la libertad?

Durante un momento de vacilación, el subordinado clavó la vista en el espacio, ya fuera por efecto de la semuta o por estar conectado con el cerebro del filósofo. Iblis confió en que el pensador no se sumiera en un largo período de contemplación. Por fin con voz profunda y sonora, Aquim dijo:

—Nada es imposible.

Iblis probó diversas variaciones de la pregunta, dando rodeos con frases, puliendo su elección de palabras. No quería revelar sus intenciones, aunque al neutral pensador le daría igual que Iblis quisiera localizar a los rebeldes, ya fuera para destruirlos o para unirse a ellos. Cada vez, empero, Iblis recibió la misma respuesta enigmática.

—Si una organización secreta tan extendida existiera —dijo por fin, haciendo acopio de valor—, ¿tendría probabilidades de triunfar? ¿Podría poner fin al reinado de las máquinas pensantes?

Esta vez, el pensador meditó un rato más largo, como si analizara diferentes factores de la pregunta. Cuando llegó la misma respuesta por mediación del monje, las palabras, pronunciadas de una forma más ominosa, dieron la impresión de transmitir un profundo significado.

—Nada es imposible.

A continuación, Aquim retiró su mano goteante del contenedor cerebral de Eklo, dando a entender que la

audiencia había concluido. Iblis hizo una cortés reverencia, expresó su gratitud y partió, asaltado por miles de ideas.

Mientras descendía la empinada senda, el asustado pero exultante capataz decidió que, si no podía localizar a los grupos de resistentes, tenía otra opción.

Iblis formaría una célula rebelde con sus leales trabajadores.

61

> Un conflicto que se prolongue durante un dilatado período de tiempo tiende a autoperpetuarse, y es fácil perder el control.
>
> TLALOC,
> *La Era de los Titanes*

—Después de mil años, solo quedamos cinco.

Pocas veces se reunían los titanes supervivientes, sobre todo en la Tierra, donde los ojos de Omnius les vigilaban en cada momento pero el general Agamenón estaba tan indignado por el desastre de Giedi Prime y el asesinato de su amigo y aliado, que no quería perder tiempo preocupándose por la supermente.

Tenía otras prioridades.

—Los hrethgir cuentan con una nueva arma que han utilizado contra nosotros con devastadoras consecuencias —dijo Agamenón.

Los titanes se hallaban en una cámara de mantenimiento, con sus contenedores sobre pedestales. Agamenón había ordenado con tono severo a Ajax, Juno, Jerjes y Dante que se desprendieran de sus formas móviles.

Los ánimos se encresparían, y era difícil controlar los impulsos individuales cuando estaban instalados en un poderoso cuerpo de combate, en el que los mentrodos podían convertir cualquier impulso irreflexivo en destrucción inmediata. Agamenón confiaba en saber controlar su ira, pero algunos titanes, sobre todo Ajax, destruían primero y reconsideraban después.

—Tras muchas investigaciones y análisis, hemos averiguado que la asesina de Barbarroja procedía de Rossak, y los humanos salvajes la llamaban hechicera —dijo Dante, que se ocupaba de esos asuntos—. Rossak alberga más de estas hechiceras, mujeres que poseen potentes capacidades telepáticas.

—Es evidente —dijo Juno, con sarcasmo evidente en su voz sintética.

Dante continuó en su tono mesurado habitual.

—Hasta ahora, las hechiceras no habían sido utilizadas en ninguna función agresiva a gran escala. Después de su triunfo en Giedi Prime, no obstante, es probable que los hrethgir las empleen para atacar de nuevo.

—Su acción también nos ha recordado que somos muy vulnerables —dijo Agamenón—. Los robots pueden sustituirse. Nuestros cerebros no.

—Pero ¿no es cierto que esa hechicera tuvo que acabar con su vida para eliminar a Barbarroja y un puñado de neocimeks? —preguntó Jerjes—. Fue un suicidio. ¿Crees que estarán dispuestas a repetir la jugada?

—Solo porque tú eres un cobarde, Jerjes, no significa que los humanos salvajes tengan miedo a autosacrificarse —replicó Agamenón—. Una hechicera nos ha costado siete neocimeks y un titán. Una pérdida escandalosa.

Después de mil años de vida, durante los cuales se habían perdido miles de millones de vidas humanas

(muchas a manos de Agamenón o en su presencia), se creía inmune a la contemplación de la muerte. De los primeros titanes, Barbarroja, Juno y Tlaloc habían sido sus amigos más íntimos. Los cuatro habían sembrado la semilla de la rebelión. Los demás titanes habían aparecido más tarde.

Pese al hecho de que sus imágenes mentales eran muy antiguas, el titán todavía recordaba a Barbarroja en su forma humana. Vilhelm Jayther era un hombre de brazos y piernas delgados, hombros anchos y pecho hundido. Algunos decían que su aspecto era desagradable, pero sus ojos poseían la intensidad que gustaba a Agamenón. Además, era un genio programador sin parangón.

Jayther había aceptado el desafío de acabar con el Imperio antiguo, había pasado semanas sin dormir hasta descubrir la manera de solucionar el problema. Se entregó por entero a la tarea, hasta averiguar cómo manipular la sofisticada programación y ponerla al servicio de los rebeldes. Al implantar ambiciones y objetivos humanos en la red informática, logró que las máquinas desearan participar en el derrocamiento.

Sin embargo, Omnius había desarrollado más adelante ambiciones propias.

Jayther, un hombre de tremenda prudencia, había incluido instrucciones que prohibían a las máquinas pensantes hacer daño a cualquier titán. Agamenón y todos sus compañeros estaban vivos gracias a Vilhelm Jayther, *Barbarroja*.

Pero las hechiceras le habían matado. Un hecho que no dejaba de atizar su cólera.

—No podemos permitir que este ultraje quede sin castigo —dijo Ajax—. Yo digo que vayamos a Rossak, matemos a todas las mujeres y convirtamos su planeta en una bola carbonizada.

—Querido Ajax —dijo Juno con dulzura—, ¿debo recordarte que una sola de esas hechiceras destruyó a Barbarroja y a todos los neocimeks que le acompañaban?

—¿Y qué? —contestó con orgullo Ajax—. Yo solo exterminé a la plaga humana de Walgis. Juntos, podemos ocuparnos de unas pocas hechiceras.

—Los rebeldes de Walgis ya estaban derrotados cuando tú empezaste la carnicería, Ajax —dijo Agamenón—. Estas hechiceras son diferentes.

—Omnius nunca autorizará un ataque a gran escala —dijo Dante con voz monótona—. Los gastos serían excesivos. Ya he llevado a cabo un análisis preliminar.

—No obstante —contestó Agamenón—, sería un gran error táctico dejar de vengar esta derrota.

—Como quedamos tan pocos —dijo Jerjes, tras unos segundos de molesto silencio—, los titanes nunca deberían atacar juntos. Pensad en el riesgo.

—Pero si vamos juntos a Rossak y aplastamos a las hechiceras, la amenaza habrá desaparecido —dijo Ajax. Juno emitió un siseo.

—Veo tu cerebro en el contenedor, Ajax —dijo—, pero parece que no lo uses. Quizá deberías cambiar tu electrolíquido. Las hechiceras han demostrado que pueden destruirnos, y tú quieres lanzarte contra la mayor amenaza que han afrontado jamás los titanes como ovejas que van al matadero.

—Podríamos utilizar naves robot que atacaran desde la órbita —propuso Dante—. No hace falta que nos pongamos en peligro.

—Se trata de algo personal —gruñó Ajax—. Uno de los titanes ha sido asesinado. No vamos a lanzar misiles desde el otro extremo del sistema planetario. Es un método de

cobardes, aunque las máquinas pensantes lo llamen eficacia.

—Hay espacio para el compromiso —dijo Agamenón—. Juno, Jerjes y yo podemos reunir voluntarios neocimek y atacar con una flota robot. Sería suficiente para infligir daños inmensos a Rossak.

—Pero yo no puedo ir, Agamenón —dijo Jerjes—. Estoy trabajando con Dante. Nuestros mayores monumentos de la plaza del Foro están a punto de concluirse. Hemos empezado a trabajar en una nueva estatua para Barbarroja.

—En el momento preciso —dijo Juno—. Estoy seguro de que se alegrará, ahora que ha muerto.

Jerjes tiene razón —dijo Dante—. También hemos de pensar en el inmenso friso de la victoria de los titanes, que se está construyendo en la colina cercana al centro metropolitano. Hay capataces de cuadrillas, pero necesitan vigilancia constante. De lo contrario, los gastos se dispararían, y los plazos no...

—Debido al reciente desastre de su estatua, Ajax está familiarizado con tales problemas —dijo Juno—. ¿Por qué no se queda él, en lugar de Jerjes?

—¡No me quedaré aquí mientras los demás obtienen la gloria! —rugió Ajax.

—Jerjes, tú vendrás con nosotros —dijo Agamenón—. Ajax, te quedarás aquí para vigilar el ritmo de los trabajos con Dante. Hazlo en memoria de Barbarroja.

Tanto Jerjes como Ajax protestaron, pero Agamenón era el líder, e impuso el control que había ejercido durante siglos. —¿Podrás convencer a Omnius de que nos dé permiso, amor mío? —preguntó Juno.

—Los hrethgir de Giedi Prime no solo mataron a nuestro amigo, sino que también aniquilaron a la nueva encarnación

de Omnius antes de que fuera actualizada. Hace mucho tiempo, cuando Barbarroja alteró la programación original de la red, introdujo algo en la mente del ordenador, suficiente para que comprendiera la naturaleza de la conquista. Apuesto a que él también sentirá nuestra necesidad de venganza.

Los titanes meditaron sobre este comentario en silencio.

—Iremos a Rossak y le prenderemos fuego —dijo Agamenón.

62

> En la guerra, hay incontables factores imposibles de predecir, y que no dependen de la calidad del mando militar. En el calor de la batalla surgen héroes, en ocasiones de los orígenes más improbables.
>
> VORIAN ATREIDES,
> *Momentos decisivos de la historia*

Era un soldado, no un político. Xavier Harkonnen sabía de tácticas y estrategias militares, había pensado dedicar su vida al servicio de la milicia salusana y la Armada de la Liga. Pero ahora no tenía otra alternativa que hablar ante los representantes de la liga reunidos en el Parlamento.

Después de la victoria agridulce en Giedi Prime, era preciso decir algunas cosas.

Habían reparado y apuntalado el antiguo edificio del Parlamento, mientras que los restos de andamios y muros provisionales indicaban los puntos en que continuaban las obras. Aún se veían grietas y retoques apresurados en la plazpiedra, las columnas y los murales. Cicatrices de guerra, medallas de honor.

Poco antes de la intervención del joven oficial, el virrey Butler había asistido junto con su esposa a unas honras fúnebres en memoria de Serena y los camaradas caídos en Giedi Prime.

—Murió haciendo exactamente lo que se exigía a sí misma, y a nosotros —dijo el virrey—. Una luz se ha apagado en nuestras vidas.

En el año transcurrido desde el ataque cimek contra Salusa, el pueblo había padecido muchos funerales y demasiado dolor. Pero Serena, la joven y apasionada representante, siempre había insistido en que la liga servía al pueblo y ayudaba a los necesitados.

Al lado del virrey, Livia Butler llevaba el hábito de meditación que utilizaba en la Ciudad de la Introspección. Ya había visto morir a su único hijo varón Fredo por causa de una enfermedad de la sangre. Ahora, las máquinas pensantes habían asesinado a su hija mayor. Ya solo le quedaba la etérea Octa.

Los representantes de los planetas de la liga guardaban silencio y compartían la tristeza. Pese a su juventud, Serena Butler había dejado una fuerte impresión por su idealismo e impetuosidad. Después del panegírico oficial, muchos oradores se turnaron en el podio para alabar su generosidad.

Xavier escuchó los tributos. Los representantes le miraban con compasión. Pensó en la vida que Serena y él habían deseado compartir.

Por ella, Xavier no se pondría a llorar en público. Si la raza humana lloraba por los caídos, quedaría paralizada en un estado de dolor permanente. Sus labios temblaron, y su visión se nubló, pero obligó a ser fuerte. Era su deber. Aunque con el corazón destrozado, la mente de Xavier no

cesaba de pensar con furia en el enemigo, y en los traidores humanos que luchaban al lado de los robots.

Su recuerdo de Serena sería fuente constante de energía e inspiración. Aun muerta, le arrastraría a cumbres que nunca habría alcanzado sin ella. Todavía guardaba el collar de diamantes negros e proyectaba su último mensaje, su valiente llamada a las armas a ayudar a Giedi Prime. La adorable Serena cuidaría de él siempre, como en este momento, cuando estaba a punto de reagrupar los recursos y poderío militar de las masas enfurecidas.

Xavier, pálido y tembloroso, entró en la cúpula de proyección, seguido por el virrey Butler. Ambos vestían mantos y capas plateadas y azules, con cintas negras en la cabeza en honor de su ser querido caído en combate.

Había llegado el momento de seguir cuidando de la humanidad. Después de sus recientes victorias militares, necesitaba pocas presentaciones.

—Somos seres humanos, y siempre hemos luchado por nuestros derechos y nuestra dignidad. Formamos la Liga de Nobles para que los hombres libres pudieran oponerse a los titanes, y después a las máquinas pensantes. Solo gracias a estar unidos hemos podido detener la racha de conquistas de nuestros enemigos. —Escudriñó a los representantes sentados en la abarrotada sala—. Pero a veces, la liga es nuestro peor enemigo.

Los asistentes respetaban demasiado a este héroe para discutir, y Xavier se apresuró a continuar.

—Mientras alabamos de boquilla nuestra alianza, los planetas de la liga siguen siendo egocéntricos e independientes. Cuando un planeta acosado pide ayuda, la liga discute durante meses antes de decidir nuestra respuesta..., ¡hasta que es demasiado tarde! Eso ocurrió en Giedi Prime. Tan solo la temeridad de Serena nos obligó a

actuar a toda velocidad. Sabía muy bien lo que hacía, y lo pagó con su vida.

Cuando algunos representantes empezaron a murmurar, Xavier se encrespó y les obligó a callar con voz atronadora.

—La Liga de Nobles ha de formar una coalición más fuerte bajo un liderazgo modernizado. Para luchar con eficacia contra una supermente electrónica altamente organizada, necesitamos un gobierno de humanos unido, en lugar de esta estructura poco rígida.

Agitaba las manos mientras hablaba.

—Como predicaba Serena Butler, hemos de hacer todos los esfuerzos por ganarnos la colaboración de los Planetas No Aliados, con el fin de fortalecer nuestro marco defensivo y añadir una zona de amortiguación a nuestro territorio protegido.

El virrey se acercó al joven y añadió, con voz transida de emoción:

—Ese fue siempre el sueño de mi hija. Ahora, hemos de convertirlo en nuestro.

Varios nobles vacilantes se levantaron en señal de respetuosa disensión.

—Reunir tantos planetas bajo un gobierno fuerte —dijo un hombre delgado de Kirana III—, sobre todo de tipo militar, me recuerda la Era de los Titanes.

—¡No queremos más imperios! —gritó un noble de Hagal. Xavier alzó la voz.

—¿Acaso no es mejor un imperio que la extinción? ¡Mientras vosotros os preocupáis por matices políticos, Omnius va conquistando sistemas estelares!

—Durante siglos —dijo otro representante—, la Liga de Nobles y los Planetas Sincronizados se han mantenido mutuamente a raya, en un precario equilibrio. Omnius nunca ha traspasado las fronteras del Imperio Antiguo.

Siempre dimos por sentado que las máquinas pensantes no lo consideraban eficaz ni digno de valor. ¿Por qué va a cambiar eso ahora?

—¡Por el motivo que sea, ya ha cambiado! Las máquinas pensantes parecen decididas al genocidio. —Xavier apretó los puños. No había esperado tener que discutir por esto, cuando las pruebas eran palpables—. ¿Hemos de parapetarnos tras nuestras defensas de papel reaccionar tan solo cuando Omnius nos pone a prueba? ¿Como hicimos en Salusa hace un año, como hicimos en Giedi Prime?

En un melodramático estallido, alzó el atril y lo lanzó a través de1 cristal de la cúpula. La primera fila de nobles huyó de la lluvia de fragmentos de cristal. Estupefactos representantes gritaron que el comportamiento de Xavier era inaceptable. Otros llamaron a los guardias de seguridad para que expulsaran de la sala al oficial.

Xavier pasó a través del cristal roto y gritó sin necesidad de amplificador.

—¡Bien! ¡Ese es el tipo de espíritu que quiero ver! La liga ha estado postrada durante demasiado tiempo. He hablado con otros comandantes de la Armada, y la mayoría estamos de acuerdo. Hemos de cambiar nuestra táctica y sorprender a las máquinas. Deberíamos gastar el dinero que fuera necesario, acaparar la imaginación de todos nuestros científicos y desarrollar nuevas armas, armas capaces de destruir a Omnius, no solo de protegernos en casa. Un día, creo que hemos de pasar a la ofensiva. Es la única manera de ganar este conflicto.

Poco a poco, los congregados comprendieron que Xavier había provocado a propósito una reacción. Con una bota pulida, apartó fragmentos rotos del estrado.

—La experiencia es nuestro mejor maestro. Las máquinas podrían atacar Salusa de nuevo en cualquier

momento, Poritrin, Rossak, Hagal, Ginaz, Kirana III, Seneca, Colonia Vertree o Relicon... ¿He de continuar? Ninguno de nuestros planetas se encuentra a salvo. —Alzó un dedo admonitorio—. Pero si volvemos las tornas, podemos expulsar a los agresores con movimientos atrevidos e inesperados. —Hizo una pausa—. ¿Tenemos los redaños de hacerlo? ¿Somos capaces de desarrollar las armas necesarias? El tiempo de la complacencia ha pasado.

En la posterior discusión, Zufa Cenva ofreció más ataques telépatas contra los cimeks. Muchas hechiceras ya se habían presentado voluntarias, dijo. Lord Niko Bludd se jactó de los continuos trabajos de Tio Holtzman, que pronto pensaba poner a prueba un nuevo *resonador de aleación*. Otros representantes de la liga ofrecieron sugerencias, objetivos, formas de fortalecer su posición

Xavier, aliviado e inspirado, paseó la vista a su alrededor. Les había avergonzado hasta obligarles a proclamar a gritos su belicoso apoyo, y de momento, las voces de los disidentes no se oían.

Resbalaron lágrimas sobre su rostro, y notó un sabor salado en los labios. Purgado de emociones y energías, observó que el virrey Butler le estaba mirando con orgullo, como si fuera su hijo.

Estoy asumiendo la misión de Serena, comprendió Xavier, *haciendo lo que ella habría hecho.*

63

> Como para equilibrar el dolor y el sufrimiento, la guerra también ha sido la cuna de algunos de nuestros mayores sueños y logros.
>
> TIO HOLTZMAN,
> discurso de aceptación de la
> Medalla del Valor de Poritrin

Tio Holtzman se lanzó al vacío con su nueva idea, de modo que Norma Cenva se sintió como una hoja a merced del viento. Con su generador de resonancia de aleación, el inventor pretendía demostrarle quién era el genio.

Aunque dudaba de que la idea funcionara, Norma no podía demostrar la razón de su inseguridad con pruebas matemáticas. El instinto le hablaba como una voz importuna, pero ella callaba sus preocupaciones. Después de la agria reacción de Holtzman a sus reservas iniciales, no había vuelto a pedir su opinión.

Norma esperaba estar equivocada. Al fin y al cabo, era humana y lejos de ser perfecta.

Mientras el sabio se afanaba en el laboratorio de demostraciones (un edificio del tamaño de un teatro

asentado sobre un risco antiguo), Norma esperaba sin hacer nada. Hasta su más inocente contribución le ponía nervioso, como si concediera más crédito a sus dudas de lo que admitía en voz alta.

Norma se hallaba en el puente que comunicaba las diversas secciones del risco, y se agarró a la barandilla. Mientras escuchaba la brisa que susurraba entre los cables, miró el tráfico fluvial. Oyó a Holtzman dentro del laboratorio, gritando a los esclavos mientras erigían un voluminoso generador que producía un campo de resonancia, cuyo propósito era desmantelar y fundir una forma metálica. El sabio, una presencia imperiosa con su manto blanco púrpura, llevaba las cadenas de su cargo alrededor del cuello, a como diversas medallas que documentaban sus premios y logro científicos. Holtzman fulminaba con la mirada a sus trabajadores, paseaba de un lado a otro, vigilaba cada detalle.

Lord Bludd y un puñado de nobles de Poritrin vendrían a presenciar el experimento, de modo que Norma comprendía la angustia de Holtzman. Ella jamás habría preparado una presentación tan extravagante de un aparato que aún no había sido puesto a prueba, pero el científico no mostraba ni la sombra de una duda.

—Ayúdame aquí, Norma, por favor —llamó Holtzman en tono exasperado. Norma corrió hacia el recinto. El sabio señalo con desagrado a sus esclavos.

—No entienden nada. Ya se lo he dicho. Supervísalos, para que pueda evaluar la calibración.

En el centro de la cámara acorazada, el personal de Holtzman había colocado un maniquí metálico con las facciones de un robot de combate. Norma nunca había visto una máquina pensante auténtica, pero sí muchas imágenes

almacenadas. Contempló el simulacro. Ese era el enemigo contra el que se dirigían todos sus esfuerzos.

Miró a su mentor con más compasión, al comprender su desesperación. Holtzman estaba obligado moralmente a perseguir cualquier idea, a descubrir cualquier método de continuar este noble combate. Era un experto en energías proyectadas, campos de distorsión y armas que no fueran proyectiles. Confió en que su generador de resonancia de aleación funcionara.

Antes de que los esclavos terminaran de conectar los aparatos, se oyó un estrépito ante el edificio principal. Habían aparecido barcazas ceremoniales sobre los picos, donde los balcones de Holtzman dominaban el río. La guardia de honor se erguía en la nave capitana con lord Bludd, además de cinco senadores y un historiador de la corte vestido de negro. Holtzman abandonó su actividad.

—Norma, acaba esto, por favor.

Sin volverse a mirarla, corrió por el puente para recibir a sus prestigiosos visitantes.

Norma animó a los esclavos a que se dieran prisa, mientras ajustaba los calibrados y sintonizaba el aparato según las especificaciones del inventor. La luz se filtraba a través de las claraboyas e iluminaba al simulacro de robot. Vigas metálicas reforzadas se cruzaban en el techo, sujetando poleas y cabrestantes que se habían utilizado para izar el generador de resonancia.

Hoscos esclavos zenshiítas hormigueaban por todas partes con su vestimenta tradicional, monos de trabajo grises adornados con franjas rojas y blancas. Muchos propietarios de esclavos no permitían que sus cautivos exhibieran signos de individualidad, pero a Holtzman le importaba un rábano. Solo deseaba que los esclavos cumplieran su cometido sin quejarse.

Cuando terminaron su trabajo, los esclavos retrocedieron hacia la pared, con la vista apartada. Un hombre de barba negra y ojos tenebrosos les habló en un idioma desconocido para Norma. Momentos después, un sonriente Holtzman entró con sus invitados en zona de demostración.

El sabio efectuó una entrada majestuosa. A su lado, Niko Bludd vestía una túnica azul y un jubón escarlata sujeto sobre el pecho. Se había rizado la barba rojiza. En las comisuras de los párpados destacaban pequeños círculos tatuados, similares a burbujas.

Bludd reparó en Norma y le dedicó una sonrisa condescendiente y paternal. Norma hizo una reverencia y tomó su mano acicalada y perfumada.

—Sabemos que vuestro tiempo es valioso, lord Bludd. Por lo tanto, todo está dispuesto. —Holtzman enlazó las manos—. El nuevo aparato nunca ha sido probado, y en la presentación de hoy seréis el primero en ser testigo de sus posibilidades.

La voz de Bludd era profunda, pero musical.

—Siempre esperamos lo mejor de vos, Tio. Si las máquinas pensantes tienen pesadillas, no me cabe duda de que sois el protagonista de ellas.

El séquito rió, y Holtzman hizo un esfuerzo por ruborizarse. Se volvió hacia los esclavos y empezó a gritar órdenes. Media docena de trabajadores sostenían aparatos para grabar datos, situados en puntos importantes alrededor del simulacro.

Habían trasladado mullidas butacas desde la residencia principal para acomodar a los invitados. Holtzman se sentó al lado de lord Bludd, y Norma tuvo que quedarse junto a la puerta. Su mentor parecía confiado y concentrado, pero ella sabía que estaba muy preocupado. Si hoy fracasaba, su

gloria quedaría empañada a los ojos de los poderosos nobles de Poritrin.

Holtzman contempló el generador y paseó la vista a su alrededor como si estuviera rezando en silencio. Dedicó una mirada tranquilizadora a Norma, y después ordenó que activaran el prototipo.

Un esclavo accionó un interruptor, tal como le habían instruido. El voluminoso generador empezó a zumbar, y dirigió su rayo invisible hacia el simulacro de robot.

—Si se utiliza con fines prácticos —dijo Holtzman, con un temblor en la voz apenas perceptible—, encontraremos formas de hacer el generador más compacto, con el fin de instalarlo más fácilmente en naves pequeñas.

—O bien podemos construir naves más grandes —dijo Bludd con una risa profunda.

El zumbido aumentó de intensidad, una rítmica vibración que hizo castañetear los dientes de Norma. Observó que una fina capa de sudor se formaba sobre la frente de Holtzman.

—Ya se ve —indicó el científico. El robot empezó a temblar—. El efecto continuará aumentando.

Bludd estaba muy complacido.

—Ese robot ya debe estar arrepentido de haberse rebelado contra la raza humana, ¿verdad?

El simulacro empezó a emitir un brillo rojizo, y su metal se recalentó cuando las aleaciones se sintonizaron con el campo destructivo proyectado sobre él. Viró a un tono amarillento, combinado con manchas de un blanco rutilante.

—A estas alturas, la estructura interna de un robot ya habría sido destruida —dijo Holtzman, que parecía contento por fin.

De pronto, las pesadas vigas del techo empezaron a vibrar, una resonancia secundaria transmitida desde el robot al entramado estructural de la cúpula. Las gruesas paredes gimieron y se estremecieron. Un zumbido agudo recorrió la estructura.

—El campo de resonancia está desbordando de sus límites —gritó Norma.

Las vigas del techo se tensaron como serpientes airadas. Una grieta se abrió en la cúpula.

—¡Desconectadlo! —gritó Holtzman, pero los aterrorizados esclavos huyeron despavoridos a un rincón de la sala, lo más lejos posible del generador.

El robot onduló y se retorció, al tiempo que su núcleo corporal se fundía. Los puntales de apoyo que lo sostenían se combaron.

La máquina de combate se precipitó hacia delante, hasta caer al suelo convertida en un amasijo de metal ennegrecido.

Holtzman agarró la manga de Niko Bludd.

—Mi señor, corred por el puente hasta mis aposentos principales. Parece que tenemos un... pequeño problema.

Los demás nobles ya estaban cruzando el puente de alta tensión. Norma se hallaba entre ellos. Miró atrás y se dio cuenta de que los esclavos zenshiítas no sabían qué hacer. Tio Holtzman no les había dado indicaciones.

Desde un lugar seguro, Norma vio que seis esclavos presas del pánico entraban en el puente. Detrás, el hombre del pelo oscuro les animaba a seguir adelante, gritando en su extraño idioma. El puente empezó a ondular, cuando la resonancia del proyector se sintonizó con las conexiones metálicas del puente.

El barbudo líder zenshiíta volvió a gritar. Norma ardía en deseos de ayudar a aquellos desgraciados. ¿Acaso los

dragones no podían hacer algo? Holtzman se había quedado sin habla, paralizado por la sorpresa.

Antes de que el primer grupo de esclavos pudiera cruzarlo, el puente se partió por la mitad, con un chirrido de metal agonizante. Las infortunadas víctimas se precipitaron desde doscientos metros de altura hasta la base del acantilado, y luego fueron a parar al río.

El líder de los esclavos maldijo desde el borde del abismo. Detrás de él, una sección de la cúpula se vino abajo, destruyó el prototipo y detuvo por fin la pulsación incesante.

El polvo se aposentó. Algunas llamas y un hilillo de humo se alzaron en el aire, entre los aullidos de los hombres que seguían atrapados en el interior del edificio.

Norma estaba mareada. A su lado, Holtzman sudaba profusamente y parecía enfermo. Parpadeó repetidas veces, y luego se secó la frente. Su piel se había teñido de un tono grisáceo.

—No se puede considerar uno de vuestros esfuerzos más conseguidos, Tio —dijo Bludd en tono irónico.

—Pero debéis admitir que la idea es prometedora, lord Bludd. Pensad en su potencial destructivo —repuso Holtzman, mientras miraba a los impasibles nobles, sin pensar siquiera en los esclavos muertos y heridos—. Podemos dar gracias de que nadie haya resultado lesionado.

64

Ciencia: la creación de dilemas mediante la solución de misterios.

NORMA CENVA,
notas de laboratorio inéditas

En el interior del centro de experimentos destruido, las manchas de sangre se limpiaban con facilidad, pero cicatrices más profundas se negaban a desaparecer. Mientras un nuevo grupo de esclavos retiraba los escombros, Tio Holtzman cruzó un puente provisional y no demasiado sólido. Contempló con tristeza las ruinas de su laboratorio.

Desde el lugar donde trabajaba, Bel Moulay, el líder de los esclavos zenshiítas, traspasó con la mirada al inventor. Odiaba la piel pálida, el cabello corto y las ropas de colores arrogantes del hombre. Las frívolas medallas de honor del científico no significaban nada para Bel Moulay, y ofendía a todos los cautivos zenshiítas que un hombre tan inútil y despistado se pavoneara de su riqueza al tiempo que pisoteaba a los fieles.

El líder dio instrucciones a sus compañeros y les consoló. Moulay siempre había sido algo más que una figura

carismática. Era también un líder religioso, educado en Anbus IV en las leyes más estrictas de la interpretación zenshiíta del budislam. Había estudiado las verdaderas escrituras y sutras, analizado cada párrafo. Los demás esclavos pedían a Bel Moulay que se las interpretara.

Pese a su fe, estaba tan indefenso como sus compañeros, obligado a obedecer el menor capricho de los infieles, que se negaban a dejar vivir a los zenshiítas según sus normas, y además insistían en arrastrarles a una guerra desesperada contra los demonios mecánicos. Era un castigo terrible, una serie de tribulaciones kármicas que Budalá les había enviado.

Pero las superarían, y a la larga saldrían fortalecidos...

Bajo la guía de Bel Moulay, los esclavos apartaron escombros hasta desenterrar los cadáveres aplastados de compañeros con los que habían trabajado codo con codo, hermanos zenshiítas que habían sido capturados cuando los negreros de Tlulaxa atacaron las ciudades de Anbus IV.

Con el tiempo, Budalá les enseñaría el camino de la libertad. Durante veladas junto a las hogueras, el líder había prometido que los opresores serían castigados..., si no en esta generación, en la siguiente, o en la otra. Pero ocurriría. Un simple hombre como Bel Moulay no podía dar prisas a Dios.

Con gritos de alarma, dos esclavos apartaron la sección derrumbada de una pared y descubrieron a un hombre que todavía se aferraba a la vida, aunque tenía las piernas aplastadas y el torso acuchillado por fragmentos del plaz de las ventanas. Holtzman, preocupado, se acercó y examinó al herido.

—No soy médico, pero creo que hay pocas esperanzas.

Bel Moulay le miró con sus ojos oscuros y penetrantes.

—No obstante, hemos de hacer lo que podamos —dijo en galach.

Tres obreros zenshiítas retiraron los escombros y transportaron al hombre a través del puente. Los médicos se ocuparían de las heridas en los alojamientos de los esclavos.

Después del accidente, Holtzman había proporcionado suministros médicos básicos, aunque un gesto similar no había impedido que la fiebre se extendiera entre la población esclava. El científico supervisaba el trabajo de los obreros que despejaban los cascotes, pero estaba concentrado en sus prioridades.

El sabio hizo un ademán impaciente en dirección a los esclavos que seguían buscando posibles supervivientes.

—Tú y tú, dejad de desenterrar cuerpos y recuperad lo que quede de mi aparato.

Los hoscos cautivos miraron a Moulay en busca de consejo. El hombre meneó la cabeza.

—No vale la pena resistirse ahora —murmuró en su idioma misterioso—. Pero os prometo que el día llegará.

Más tarde, durante su breve rato de sueño, dedicarían a sus muertos los rituales que su religión observaba. Quemar los cuerpos de los fieles era algo que su credo no aceptaba con facilidad, pero era la costumbre de Poritrin. Bel Moulay estaba seguro de que Budalá no podía culparles por desobedecer las normas tradicionales, puesto que no tenían elección.

No obstante, su deidad podía enfurecerse mucho. Moulay confiaba en vivir lo suficiente para ver la venganza abatirse sobre estos opresores, aunque fuera en forma de máquinas pensantes.

Cuando el centro de experimentos se despejó, Holtzman empezó a hablar consigo mismo, planeando nuevos

experimentos y pruebas. Pensaba comprar más esclavos para compensar las pérdidas recientes.

En total, se recuperaron doce esclavos del centro de experimentos, mientras los que habían caído desde el puente ya habían sido recogidos del río y conducidos a los hornos crematorios públicos. Bel Moulay conocía los nombres de todas las víctimas, y se encargaría de que los zenshiítas elevaran continuas plegarias por los fallecidos. Nunca olvidaría lo sucedido aquí.

Ni quién era el responsable: Tio Holtzman.

65

> La mente impone un marco arbitrario llamado «realidad», que es independiente por completo de la información proporcionada por los sentidos.
>
> PENSADORES,
> *Postulados fundamentales*

Nada es imposible, le había dicho el cerebro incorpóreo.

En la quietud gris que precede a la aurora, Iblis Ginjo daba vueltas sin parar en su cama improvisada. Como hacía un calor propio de la época, había sacado la cama plegable al porche de sencilla casa que los neocimeks le habían facilitado. Había permanecido despierto, contemplando las lejanas estrellas y preguntándose cuáles estaban todavía bajo el control de los humanos libres.

Muy lejos, la liga había conseguido mantener a Omnius a raya durante mil años. Prestando oídos, pero siempre temeroso de hacer preguntas o llamar la atención, Iblis se había enterado de que máquinas habían conquistado, y después perdido, Giedi Prime. Los humanos habían expulsado a las máquinas, liquidado al titán Barbarroja y destruido un nuevo Omnius. Un logro increíble. Pero

¿cómo? ¿Qué habían hecho para alcanzar tal victoria? ¿Qué clase de líderes tenían? ¿Cómo iba a hacer lo mismo él aquí?

Cansado y aturdido, Iblis se removió. Una vez más, pasaría el día convenciendo a esclavos de nivel inferior de que terminaran labores absurdas para sus amos mecánicos. Cada día era igual, y las maquinas pensantes podían vivir miles de años. ¿Qué objetivos podría alcanzar durante la mísera duración de su vida humana? Pero Iblis se confortaba con las palabras del pensador: *nada es imposible.*

Abrió los ojos, con la intención de ver salir el sol. En cambio, vio un reflejo distorsionado, una pared curva de plexiplaz, contornos orgánicos rosados suspendidos en un contenedor de líquido cargado de energía.

Se incorporó al instante. El pensador Eklo descansaba sobre el suelo de la terraza. Al lado del contenedor estaba sentado el gigantesco monje, Aquim, que se mecía atrás y adelante con los ojos cerrados, meditando en un trance de semuta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Iblis en voz baja. El miedo atenazaba su garganta—. Si los cimeks os encuentran en el campamento, os...

Aquim abrió sus ojos nublados.

—Los humanos de confianza no son los únicos que mantienen acuerdos con los titanes, y con Omnius. Eklo desea hablar contigo sin intermediarios.

Iblis tragó saliva y paseó la vista entre el cerebro suspendido en el electrolíquido y el monje.

—¿Qué quiere?

—Eklo desea hablarte de anteriores revueltas humanas abortadas. —Apoyó una mano sobre el contenedor y

acarició la lisa superficie, como si captara vibraciones—. ¿Has oído hablar de las Rebeliones Hrethgir?

Iblis miró a su alrededor con aire furtivo. No vio ningún ojo espía de Omnius.

—Ese tipo de historias están prohibidas a los esclavos, incluso a un capataz de mi nivel.

El subordinado se inclinó hacia delante y enarcó las cejas. Habló de cosas que había averiguado, sin necesidad de conectarse mediante el electrolíquido a la mente del pensador.

—Ocurrieron rebeliones sangrientas después de que los titanes se convirtieran en cimeks, pero antes de que Omnius despertara. Al creerse inmortales, los cimeks se fueron volviendo cada vez más brutales, en especial el llamado Ajax, que se mostró tan cruel a la hora de torturar a los humanos supervivientes, que su pareja Hécate le abandonó y desapareció.

—Los siglos no han cambiado mucho a Ajax —comentó Iblis.

Los ojos enrojecidos del monje brillaron. El cerebro de Eklo habló en el interior de su solución nutritiva.

—Debido a la excesiva brutalidad de Ajax, los humanos oprimidos se rebelaron, sobre todo en Walgis, pero luego la llama se extendió a Corrin y Richese. Los esclavos se alzaron y destruyeron a dos de los primeros titanes, Alejandro y Tamerlán.

»Los cimeks respondieron de una forma contundente y decisiva. Ajax se encargó con gran placer de aislar Walgis y exterminar metódicamente a todos los humanos. Miles de millones fueron aniquilados.

Iblis se esforzó por reflexionar. El pensador había bajado desde la Torre para verle. La magnitud del gesto le dejaba atónito.

—¿Me estás diciendo que una revuelta contra las máquinas es posible, o que está condenada al fracaso?

El enorme monje agarró la muñeca de Iblis.

—Eklo te lo dirá.

Iblis experimentó una oleada de inquietud, pero antes de que pudiera oponer resistencia, Aquim hundió los dedos del capataz en el viscoso electrolíquido que rodeaba el cerebro del pensador. Primero, notó la solución helada, y después caliente. La piel de su mano hormigueó, como si miles de diminutas arañas corrieran sobre su carne.

De pronto, percibió pensamientos, palabras e impresiones que Eklo le transmitía a la mente.

—La revuelta fracasó, pero ¡ay, qué glorioso intento!

Iblis recibió otro mensaje, este sin palabras, pero transmitía un significado, como una manifestación divina. Era como si le hubiera sido revelada la majestuosidad del universo revelado, tantas cosas que antes no había comprendido..., tantas cosas que Omnius ocultaba a los esclavos. Poseído de una gran serenidad, hundió más la mano en el líquido. Las yemas de sus dedos acariciaron el tejido del pensador.

—No estás solo. —Las palabras de Eklo resonaron en su alma—. Yo puedo ayudar. Aquim puede ayudar.

Durante unos momentos, Iblis miró hacia el horizonte, donde el sol dorado se alzaba sobre la Tierra esclavizada. Ahora ya no consideraba esta historia de una rebelión fracasada como una advertencia, sino como una señal de esperanza. Una revuelta mejor organizada podría triunfar, contando con la guía y la planificación adecuadas. Y el líder adecuado.

Iblis, que no había tenido otro norte en su vida que disfrutar de la comodidad de su cargo como humano de confianza de las máquinas, notó que la ira empezaba a

bullir en su interior. La revelación enfervorizó su corazón. El monje Aquim parecía compartir la misma pasión tras su expresión aturdida a causa de la semuta.

—Nada es imposible —repitió Eklo.

Iblis, asombrado, sacó la mano del líquido y contempló sus dedos. El monje recogió el contenedor cerebral del pensador y lo cerró. Acunó el cilindro contra el pecho y se dirigió a pie hacia las montañas, dejando a Iblis meditando en las visiones que habían inundado su alma.

66

> Creer en una máquina «inteligente» engendra desinformación e ignorancia. Abundan las suposiciones no analizadas. No se formulan las preguntas cruciales. No comprendí mi arrogancia, o mi error, hasta que fue demasiado tarde para nosotros.
>
> BARBARROJA,
> *Anatomía de una rebelión*

Erasmo deseaba que la sofisticada supermente hubiera dedicado más tiempo a estudiar las emociones humanas. Al fin y al cabo, los planetas Sincronizados tenían acceso a inmensos bancos de datos compilados durante milenios de estudios humanos. Si Omnius se hubiera tomado la molestia, tal vez comprendería ahora la frustración del robot independiente.

—Tu problema, Omnius —dijo el robot a la pantalla de una habitación situada en lo alto de la villa—, es que esperas respuestas específicas y precisas en un sistema fundamentalmente inseguro. Quieres grandes cantidades de sujetos experimentales, todos humanos, que se

comporten de una manera predecible, tan reglamentados como tus robots centinela.

Erasmo paseó ante el visor, hasta que al fin Omnius ordenó a dos ojos espía que le enfocaran desde direcciones diferentes.

—Te he encargado desarrollar un modelo detallado y reproducible que explique y prediga con precisión el comportamiento de los humanos. ¿Cómo convertirlos en seres útiles? Confío en ti para que me expliques esto a mi entera satisfacción. —Omnius adoptó un tono agudo—. Tolero tus incesantes experimentos con la esperanza de recibir una respuesta algún día. Hace mucho que lo intentas. Eres como un niño, que juega con las mismas trivialidades una y otra vez.

—Sirvo a un propósito valioso. Sin mis esfuerzos por comprender a los hrethgir, experimentarías un estado de extrema confusión. Para utilizar la jerga humana, soy tu *abogado del diablo*.

—Algunos humanos te llaman diablo —replicó Omnius—. He meditado largo y tendido sobre el tema de tus experimentos, y debo concluir que, descubras lo que descubras sobre los humanos, no nos revelará nada nuevo. Son completamente impredecibles. Los humanos necesitan mucho mantenimiento. Crean desorden...

—Ellos nos crearon, Omnius. ¿Crees que somos perfectos?

—¿Crees que emular a los humanos nos hará más perfectos?

Aunque la supermente no extrajo ningún significado del gesto, Erasmo frunció el ceño de su cara moldeable.

—Pues... sí —dijo por fin el robot—. Podemos llegar a ser lo mejor de ambos.

Los ojos espía le siguieron cuando cruzó la habitación hasta llegar al balcón, varios pisos por encima de la plaza embaldosada que se abría al centro de la ciudad. Las fuentes y gárgolas eran magníficas, imitaciones de la Edad de Oro del arte y la escultura de la Tierra. Ningún robot apreciaba la belleza tanto como él. En esta tarde soleada, los artesanos decoraban con volutas los marcos de las ventanas, y se estaban abriendo nuevos huecos en la fachada para instalar más estatuas y maceteros, pues a Serena Butler le gustaba mucho cuidarlos.

Desde la altura vigilaba a los dóciles humanos. Algunos obreros alzaron la vista para mirarle, y al instante se dedicaron con más diligencia a sus tareas, como temerosos de que les castigara, o peor aún, les eligiera para alguno de sus horrísonos experimentos de laboratorio.

Erasmo continuó la conversación con la supermente.

—Estoy seguro de que algunos de mis experimentos te intrigan. Omnius, al menos un poco.

—Ya sabes la respuesta.

—Sí, el experimento para poner a prueba la lealtad de tus súbditos humanos sigue su rumbo. He enviado mensajes crípticos a puñado de candidatos elegidos entre los humanos de confianza (prefiero no revelar el número), sugiriendo que se unan a la incipiente rebelión contra ti.

—No hay ninguna rebelión incipiente contra mí.

—Claro que no. Y si los humanos de confianza te son absolutamente leales, nunca pensarán en tal posibilidad. Por otra parte, si fueran leales a tu autoridad, habrían venido a denunciar ante mí tales mensajes incendiarios. Por consiguiente, supongo que habrás recibido informes de mis sujetos, ¿no?

Omnius vaciló durante un largo momento.

—Volveré a comprobar mis registros.

Erasmo observó el trabajo de los artesanos en la plaza, y luego se encaminó al otro lado de la mansión. Echó un vistazo a los miserables recintos vallados de los que extraía sus sujetos experimentales.

Mucho tiempo antes, había criado un subgrupo de cautivos bajo estas condiciones. Les había tratado como animales para ver como afectaba a su tan cacareado *espíritu humano*. Al cabo de una o dos generaciones, habían perdido todo vestigio de comportamiento civilizado, valores morales, noción de familia y dignidad.

—Cuando impusimos un sistema de castas a los humanos en los Planetas Sincronizados —dijo Erasmo—, tú intentaste convertirles en seres más reglamentados, como máquinas. —Escudriñó las sucias y ruidosas masas que se hacinaban en los establos—. Al tiempo que el sistema de castas les compartimentaba en ciertas categorías, perpetuamos un modelo de comportamiento humano que les permitiera apreciar las diferencias con otros miembros de suraza. Es propio de la naturaleza humana luchar por lo que no se posee, apoderarse de las recompensas que podrían ir a parar a otra persona. Envidiar las circunstancias ajenas.

Enfocó sus fibras ópticas hacia el mar, que rielaba al otro lado de los recintos de esclavos, las olas blancoazuladas que rompían al pie de la pendiente. Alzó el rostro para poder ver las gaviotas que volaban. Tales imágenes satisfacían su sentido de la estética programado, mucho más que el recinto vallado.

—Tus seres humanos más privilegiados —continuó Erasmo—, como el hijo actual de Agamenón, gozan de la posición más elevada— entre los de su raza. Son nuestros animalitos domésticos de confianza, y ocupan un peldaño intermedio entre los seres biológicos conscientes y las

máquinas pensantes. De este grupo extraemos candidatos a neocimeks.

El ojo espía se acercó con un zumbido a la pulida cabeza del robot.

—Todo esto ya lo sé —dijo Omnius por mediación del objeto volador.

Erasmo prosiguió como si no le hubiera oído.

—La casta inferior a la de los humanos de confianza incluye humanos civilizados y educados, creadores y pensadores consumados, como los arquitectos que diseñan los interminables monumentos de los titanes. Les adscribimos tareas sofisticadas, como las que llevan a cabo los artesanos y orfebres de mi villa. Luego viene el personal de mi mansión, mis cocineros, mis jardineros.

El robot echó un vistazo a los recintos de esclavos, y se dio cuenta de que su monstruosa fealdad le impelía a volver a sus jardines botánicos para pasear entre las especies cultivadas. Serena Butler ya había hecho maravillas con las plantas. Tenía intuición para la jardinería.

—La verdad, esa bazofia de mis establos sirve para poco más que procrear nuevos sujetos o ser diseccionados en experimentos médicos.

En un aspecto, Erasmo era como Serena: necesitaba con frecuencia podar y escarbar la raza humana en su propio jardín.

—Me apresuro a añadir —dijo el robot— que la humanidad en su conjunto es de supremo valor para nosotros. Irremplazable.

—Ya he oído tus razonamientos en otras ocasiones —musitó Omnius, mientras el ojo espía se elevaba, para disfrutar de una vista más amplia—. Pese a que las máquinas podrían realizar todas las tareas que has

enumerado, he aceptado la lealtad de mis súbditos humanos, y les he concedido algunos privilegios.

—Tus razonamientos no parecen...

Erasmo vaciló, porque la palabra que le había venido a la mente significaría un tremendo insulto para un ordenador. *Lógicos.*

—Todos los humanos —dijo Omnius—, con su extraña inclinación hacia las creencias religiosas y la fe en cosas incomprensibles, deberían rezar para que tus experimentos me den la razón sobre la naturaleza humana, y no a ti. Porque si estás en lo cierto, Erasmo, se producirán consecuencias inevitables y violentas para toda su raza.

67

> La religión, a menudo considerada una fuerza que divide a la gente, también es capaz de unir lo que de otra manera podría separarse.
>
> LIVIA BUTLER,
> diarios privados

Las marismas de Isana se extendían en un amplio abanico, donde río se transformaba en una masa de agua y estiércol. Ishmael, sin camisa, se erguía en el lodo, apenas incapaz de mantener el equilibrio. Cada noche se lavaba sus palmas doloridas y les aplicaba emplastos de hierbas.

Los capataces no mostraban la menor compasión por los padecimientos de los esclavos. Uno de ellos agarró la mano de Ishmael y le dio la vuelta para examinar las llagas, y luego la apartó.

—Sigue trabajando. Así te endurecerás.

Ishmael volvió al trabajo, no sin antes observar en silencio que manos del hombre estaban en mucho mejor estado que las suyas. En cuanto terminara la temporada de plantar moluscos, los propietarios de los esclavos les

buscarían otro trabajo. Quizá les enviarían al norte a cortar caña de azúcar.

Algunos zensunni murmuraban que, si eran trasladados a terrenos agrícolas, escaparían de noche a las tierras despobladas. Pero Ishmael no tenía ni idea de cómo sobrevivir en Poritrin, no conocía la parte comestible de las plantas ni los depredadores nativos, al contrario que en Harmonthep. Cualquier fugitivo se vería privado de herramientas o armas, y si lo capturaran se enfrentaría sin duda a un violento castigo.

Algunos esclavos se pusieron a cantar, pero las canciones folclóricas variaban de planeta en planeta, y los versos cambiaban entre las sectas budislámicas. Ishmael trabajó hasta que le dolieron los músculos y los huesos, y sus ojos solo veían el reflejo del sol en el agua. En los interminables viajes de ida y vuelta a las cuencas de abastecimiento, debía de haber plantado un millón de crías de molusco. Sin duda, le pedirían que plantara otro millón.

Cuando oyó tres silbatos seguidos, alzó la vista y vio al supervisor de labios de rana subido a su plataforma, seco y cómodo. Ishmael sabía que aún no era la hora del breve descanso matutino de los esclavos.

El supervisor paseó la vista sobre la cuadrilla con los ojos entornados, como si estuviera eligiendo. Señaló a un puñado de los plantadores más jóvenes, entre ellos Ishmael, y les ordenó que encaminaran a una zona de espera situada en terreno seco.

—Lavaos. Se os ha asignado a otro lugar.

Ishmael sintió que una mano fría estrujaba su corazón. Si bien odiaba el barro maloliente, estos refugiados de Harmonthep eran su única conexión con su planeta natal y su abuelo.

Algunos *voluntarios* gimieron. Dos que no habían sido seleccionados se aferraron a sus compañeros más afortunados, negándose a que se fueran. El supervisor ladró unas palabras y movió las manos con gestos amenazadores. Un par de dragones armados llegaron para hacer cumplir la orden. Su uniforme dorado se manchó de barro cuando separaron a los esclavos. Aunque triste y aterrorizado, Ishmael no ofreció resistencia. Si plantaba cara, nunca ganaría.

El supervisor estiró los labios en una sonrisa.

—Tenéis suerte. Se ha producido un accidente en los laboratorios del sabio Holtzman, y necesita esclavos de refresco que se encarguen de los cálculos. Chicos listos. Trabajo fácil, comparado con esto.

Ishmael, escéptico, echó un vistazo al grupo de muchachos.

Desarraigado de nuevo, apartado de una existencia espantosa que apenas estaba empezando a parecerle normal, Ishmael caminó con los demás, sin comprender qué esperaban de él. Encontraría alguna forma de sobrevivir. Su abuelo le había enseñado que la supervivencia era la clave del éxito, y que la violencia era el último refugio de un fracasado. Era la tradición zensunni.

Limpio y restregado, con el pelo cortado, Ishmael se removía inquieto con su ropa nueva. Esperaba en una sala grande con una docena de reclutas llegados de todo Starda. Había dragones apostados en las puertas. Sus armaduras de escamas doradas y los trabajados cascos les daban aspecto de aves de presa.

Ishmael se colocó al lado de un niño moreno de su misma edad, que tenía la piel castaño claro y la cara enjuta.

—Me llamo Alud —dijo el niño en voz baja, aunque los guardias les habían ordenado que guardaran silencio. Alud

proyectaba una energía que presagiaba problemas, o tal vez un futuro líder. Un visionario o un criminal.

—Yo soy Ishmael.

Paseó una mirada nerviosa a su alrededor.

Un dragón se volvió hacia los susurros, y ambos chicos formaron plácidas expresiones en su cara. El guardia apartó la vista, y Aliid habló de nuevo.

—Nos capturaron en Anbus IV ¿De dónde vienes tú?

—De Harmonthep.

Un hombre bien vestido entró en la habitación con gran aparato. De piel pálida y mata de pelo gris acero, se comportaba como un gran señor. Llevaba cadenas decorativas alrededor del cuello y un manto blanco de mangas holgadas. Su rostro y sus ojos penetrantes demostraban poco interés por el grupo de esclavos. Examinó a sus jóvenes trabajadores sin gran satisfacción, solo resignación.

—Servirán, si se les prepara bien y se les vigila en todo momento.

Estaba al lado de una diminuta joven de rasgos vulgares que tenía cuerpo de niña, aunque su cara parecía mucho mayor. El hombre del manto blanco, preocupado, murmuró algo en su oído y se fue, como si tuviera cosas más importantes que hacer.

—Era el sabio Holtzman —dijo la joven—. El gran científico es ahora vuestro amo. Nuestro trabajo contribuirá a la derrota de las máquinas pensantes.

Les dedicó una sonrisa esperanzada, pero daba la impresión de que muy pocos reclutas estaban interesados en las intenciones de su nuevo amo.

Confusa por su reacción, la mujer continuó.

—Soy Norma Cenva, y también trabajo con el sabio Holtzman. Se os enseñará a realizar cálculos matemáticos.

La guerra contra las máquinas pensantes nos afecta a todos, y de esta manera podréis contribuir.

Daba la impresión de que había ensayado el discurso muchas veces.

Aliid frunció el ceño.

—¡Soy más alto que ella!

Como si le hubiera oído, Norma se volvió y miró directamente a Aliid.

—Con un solo trazo de vuestra pluma, podéis terminar un cálculo que tal vez logre la victoria sobre Omnius. No lo olvidéis.

Cuando se dio la vuelta, Alud dijo por la comisura de la boca:

—Y si les ayudamos a ganar la guerra, ¿nos dejarán en libertad?

Por la noche, en sus habitaciones comunitarias, nadie molestaba a los esclavos. Aquí, los cautivos budislámicos mantenían viva su cultura.

Ishmael se quedó sorprendido al ver que había sido alojado entre miembros de la secta zenshiíta, una interpretación diferente del budislam que se había separado de los zensunni muchos siglos atrás, antes de la gran huida del Imperio Antiguo.

Conoció al musculoso líder, Bel Moulay, un hombre que había conseguido permiso para que su gente pudiera llevar las tradicionales prendas a rayas sobre los uniformes de trabajo. La vestimenta tribal era un símbolo de su identidad, el blanco de la libertad y el rojo de la sangre. Los amos de Poritrin no sabían nada de simbolismos, y era mejor así.

Aliid, con los ojos brillantes, se sentó al lado de Ishmael.

—Escucha a Bel Moulay. Él nos dará esperanza. Tiene un plan.

Ishmael se acurrucó. Su panza estaba llena de una comida insípida y extraña, pero alimenticia. Pese a que no le caía bien su nuevo amo, el niño prefería trabajar aquí antes que en las horribles marismas.

Bel Moulay les ordenó que rezaran con voz firme, y después entonó sutras sagrados en un idioma que el abuelo de Ishmael había empleado, una lengua arcana comprendida solo por los más devotos. De esa forma, podían conversar sin que sus amos les entendieran.

—Nuestro pueblo ha esperado la venganza —dijo Moulay—. Éramos libres, luego nos capturaron. Algunos somos esclavos desde hace poco, otros han servido a hombres malvados durante generaciones. —Sus ojos eran ardientes, sus dientes muy blancos en contraste con los labios oscuros y la barba negra—. Pero Dios nos dado nuestras mentes y nuestra fe. Nos toca a nosotros encontrar las armas y la resolución necesaria.

Los murmullos inquietaron a Ishmael. Daba la impresión de que Bel Moulay estaba predicando la revuelta, un levantamiento violento contra los amos. Para Ishmael, eso no era lo que Budalá había predicado.

Los esclavos de Anbus IV, que se habían sentado juntos, sisearon amenazas de desquite. Moulay habló de la desastrosa prueba del resonador de aleación que había provocado la muerte de diecisiete esclavos inocentes.

—Hemos padecido indignidades sin cuento —dijo Moulay. Los esclavos expresaron con gruñidos su asentimiento—. Hacemos todo lo que nuestros amos nos exigen. Se quedan los beneficios de lo que obtenemos, pero los zenshiítas —dirigió una rápida mirada a Ishmael y a los nuevos miembros del grupo—, al igual que nuestros hermanos

zensunni, nunca obtienen la libertad. —Se inclinó hacia adelante, como si oscuros pensamientos cruzaran su mente —. La respuesta está en nuestras manos.

Ishmael recordó que su abuelo había predicado métodos filosóficos y no violentos de solucionar los problemas. Aun así, el viejo y Weycop no había podido salvar a sus aldeanos. Las costumbres pacifistas zensunni les habían fallado en un momento crítico.

Bel Moulay alzó un puño encallecido, como si fuera a hundirlo en el fuego chisporroteante.

—Hombres que se autoproclaman *negreros justicieros* nos han dicho que no tienen el menor escrúpulo a la hora de obligar a nuestro pueblo a trabajar. Afirman que estamos en deuda con la humanidad porque nos negamos a participar en su loca guerra contra los demonios mecánicos, demonios que ellos habían creado y creían controlar. Pero tras siglos de opresión, la gente de Poritrin está en deuda con nosotros. Y esa deuda se tiene que pagar con sangre. Aliid prorrumpió en vítores, pero Ishmael se sintió inquieto. No estaba de acuerdo con esta propuesta, pero era incapaz de ofrecer una alternativa. Como solo era un niño, no alzó la voz ni interrumpió la asamblea.

Como sus compañeros, siguió escuchando a Bel Moulay...

68

> Los hombres sedientos no hablan de mujeres, sino de agua.
>
> Poesía de acampada zensunni

Muy lejos de los planetas de la liga, miles de poblados no documentados salpicaban los Planetas No Aliados, lugares donde seres olvidados vivían de lo que encontraban. Nadie se enteraría de que había atacado algunas aldeas.

Por tradición, un buen mercader de carne de Tlulaxa no cosechaba con frecuencia en el mismo planeta, pues prefería sorprender a grupos desprevenidos, sin concederles la posibilidad de defenderse. Un negrero ingenioso encontraba nuevas cepas de vida, recursos todavía no explotados.

Tuk Keedair dejó su transporte en órbita y envió una nave de carga, con una tripulación nueva, a la superficie, junto con créditos suficientes para contratar a algunos nativos codiciosos. Después, se dirigió solo al espaciopuerto de Arrakis City para echar un vistazo, antes de planear un ataque contra alguna comunidad local. Tenía que ser precavido cuando investigaba nuevos objetivos, sobre todo en este mundo desolado situado en los confines del espacio.

Los costes de llegar aquí (combustible, comida, naves y tripulación) eran muy altos, para no hablar del tiempo invertido en el viaje y el gasto de conservar a los esclavos en ataúdes de éxtasis. Keedair dudaba de que la incursión en Arrakis le saliera a cuenta. No era de extrañar que la gente esquivara este planeta.

Arrakis City se aferraba como una costra a la fea piel del planeta. Hacía mucho tiempo, se habían erigido en este lugar cobertizos y viviendas prefabricadas. La escasa población apenas sobrevivía a base de prestar servicios a comerciantes extraviados o naves de reconocimiento, y de vender suministros a fugitivos de la ley. Keedair sospechaba que alguien lo bastante desesperado para huir hasta aquí debía tener problemas muy serios.

Cuando se sentó en el cochambroso bar del espaciopuerto, su pendiente de oro triangular brilló a la tenue luz. Su trenza morena colgaba en el lado izquierdo de su cabeza. Su longitud testimoniaba años de amasar fortuna, que gastaba con prodigalidad pero sin extravagancias.

Inspeccionó a los hoscos nativos, notó su contraste con un grupo de vocingleros forasteros refugiados en un rincón, hombres que debían reunir un montón de créditos, pero se sentían decepcionados por las pocas oportunidades que les deparaba Arrakis de gastar su dinero.

Keedair apoyó un brazo sobre la arañada barra metálica. El camarero era un hombre delgado cuya piel era una masa de arrugas, como si hubiera perdido toda la humedad y la grasa corporal, dejándolo reseco como una uva pasa. Su cabeza calva, similar a la punta de un torpedo, estaba cubierta de manchas típicas de una edad avanzada.

Keedair exhibió su dinero en metálico, créditos de la liga que eran de curso legal incluso en los Planetas No Aliados.

—Hoy me siento contento. ¿Cuál es tu mejor bebida?

El camarero le dedicó una agria sonrisa.

—¿Tienes en mente algo exótico? Crees que Arrakis podría ocultar algo que aplacara tu sed ¿eh?

Keedair empezó a perder la paciencia.

—¿He de pagar un extra por la cháchara, o puedo tomarme mi bebida? La más cara. ¿Cuál es?

El camarero rió.

—Agua señor. El agua es la bebida más valiosa de Arrakis.

El camarero dijo un precio más elevado del que Keedair esperara pagar por el combustible de la nave.

—¿Por agua? No creo.

Paseó la vista a su alrededor, para comprobar si el camarero estaba bromeando a sus expensas, pero dio la impresión de que los demás clientes aceptaban sus palabras a pies juntillas. Había supuesto que el líquido transparente de los vasos era alcohol incoloro, pero la verdad era que parecía agua. Observó a un extravagante mercader local, cuyas ropas coloridas y abultadas, así como 1os chillones adornos, le señalaban como un hombre acaudalado. Hasta había pedido cubitos de hielo para el agua.

—Ridículo —dijo Keedair—. Sé muy bien cuándo me engañan.

El camarero sacudió su cabeza calva.

—Es difícil encontrar agua por estos pagos, señor. Puedo Y venderle alcohol a mejor precio, porque los nativos de Arrakis no quieren nada que les deshidrate más. Y un hombre con demasiado alcohol de graduación elevada en el cuerpo puede cometer errores. En el desierto, si no prestas atención a todo, te estás jugando la vida.

Al final, Keedair aceptó una sustancia fermentada llamada *cerveza de especia*, potente y picante, que dejaba un fuerte sabor a canela al resbalar por la garganta. Encontró la bebida estimulante y pidió una segunda.

Mientras seguía dudando sobre la viabilidad de Arrakis para su negocio, Keedair todavía tenía ganas de celebrar algo. El éxito de su incursión en Harmonthep, cuatro meses antes, le había reportado suficientes créditos para vivir durante un año. Después del ataque, Keedair había contratado un equipo nuevo, pues nunca le gustaba conservar empleados durante un período dilatado de tiempo, no fuera que se ablandaran. Un buen mercader de Tlulaxa sabía que esa no era la forma de llevar un negocio. Keedair supervisaba el trabajo, se encargaba en persona de los detalles y obtenía pingües beneficios, que iban a parar a sus bolsillos.

Bebió cerveza de nuevo, y le gustó todavía más que antes.

—¿Qué lleva? —Como ninguno de los clientes parecía interesado en su conversación, miró al camarero——. ¿La cerveza se fabrica aquí, o es de importación?

—Está hecha en Arrakis, señor. —Cuando el camarero sonrió, sus arrugas se plegaron sobre sí mismas, como una misteriosa escultura origami hecha de cuero—. Nos la trae la gente del desierto, nómadas zensunni.

La atención de Keedair se despertó al oír hablar de la secta budislámica.

—Me han dicho que algunas bandas habitan en el desierto, ¿Cómo puedo localizarlos?

—¿Localizarlos? —El camarero lanzó una risita—. Nadie quiere buscarlos. Son gente sucia y violenta. Matan a los forasteros. Keedair apenas dio crédito a la contestación. Tuvo que formular su pregunta dos veces, porque los

efectos de la cerveza de especia le habían pillado por sorpresa, y arrastraba las palabras.

—Pero los zensunni... Pensaba que eran pacifistas.

El camarero rió.

—Puede que algunos lo sean, pero estos no tienen miedo derramar sangre en caso necesario, ya me entiende.

—¿Son numerosos?

El camarero emitió un bufido.

—Nunca vemos a más de una o dos docenas a la vez. Son tan endogámicos, que no me extrañaría que todos los bebés fueran mutantes.

Keedair se quedó boquiabierto, y se pasó la trenza al otro lado. Sus planes empezaban a desmoronarse. Además de los gastos de haber traído el equipo hasta Arrakis, sus hombres tendrían que explorar el desierto solo para desenterrar unas pocas ratas. Keedair suspiró y tomó un largo trago de cerveza. No valía la pena. Lo mejor sería atacar Harmonthep de nuevo, aunque quedara mal ante los demás negreros.

—Podría haber más de los que creemos, claro está —dijo el camarero—. Envueltos con esos ropajes del desierto, todos se parecen.

Mientras Keedair saboreaba la bebida, un hormigueo recorrió su cuerpo. No se trataba de euforia, pero sí de una oleada de bienestar. Entonces, una idea alumbró en su mente. Al fin y al cabo, un hombre de negocios, siempre a la busca de oportunidades. Daba igual de donde procediera la mercancía.

—¿Qué me dices de esta cerveza de especia? —Tabaleó sobre el vaso casi vacío con una gruesa uña—. ¿Dónde encuentran los ingredientes los zensunni? No creo que en el desierto pueda crecer nada.

—La especia es una sustancia natural del desierto. Se encuentran yacimientos en las dunas, que quedan al descubierto gracias al viento o explosiones de especia. Pero también es el reino de los gusanos gigantes, y estallan tormentas que matan a cualquiera. Si quiere saber mi opinión, que los zensunni se ocupen del asunto. Los nómadas traen cargamentos de especia a Arrakis City para comerciar.

Keedair pensó en llevarse muestras de melange a los planetas de la liga. ¿Encontraría mercado en la rica Salusa, o entre los nobles de Poritrin? Desde luego, la sustancia obraba un efecto inusual en el cuerpo... Era relajante, de una forma que jamás había experimentado. Si podía venderla, quizá compensaría una parte de los gastos de este viaje.

El camarero movió la cabeza en dirección a la puerta.

—No recibo suficiente cerveza de especia para vendérsela como intermediario, pero una banda de nómadas ha llegado esta mañana. Se quedarán dentro de sus tiendas para soportar el calor del día, pero los encontrará en el mercado esta noche, en el extremo este del espaciopuerto. Le venderán lo que tengan. Cuidado con las tomaduras de pelo.

—A mí nadie me toma el pelo —dijo Keedair, y desnudó sus dientes afilados en una cruel sonrisa. No obstante, se dio cuenta de que arrastraba las palabras al hablar de una manera alarmante. Tendría que dejar pasar los efectos de la cerveza antes de encontrarse con los zensunni.

Toldos de tela marrón y blanca ofrecían retazos de sombra. Los nómadas estaban sentados lejos del bullicio del espaciopuerto. Estos zensunni habían construido tiendas y

refugios a base de lonas impermeabilizadas y envoltorios de cargamento. Algunas telas parecían hechas de un tipo diferente de polímero, una especie extraña de plástico que Keedair nunca había visto.

El sol caía tras la barrera de montañas, al tiempo que teñía el cielo de tonos naranja y rojo sangre. Cuando la temperatura descendió, se alzó el viento, que levantó polvo y arena. Los toldos se agitaron y sacudieron con estrépito, pero los nómadas no hicieron caso, como si el ruido fuera música a sus oídos.

Keedair se acercó solo, todavía algo mareado, aunque tenía la cabeza muy despejada después de haber estado tomando únicamente agua durante el resto de la tarde... a un precio exorbitante. Al verle, dos mujeres esperanzadas entraron en sus tiendas y esparcieron objetos sobre una mesa. Había un hombre cerca de ellas, con un símbolo geométrico tatuado en su cara enjuta, los ojos oscuros y suspicaces.

Sin decir palabra, Keedair dejó que las mujeres exhibieran sus telas de colores, junto con rocas de forma extraña, pulidas por tormentas de arena, y algunos irrisorios objetos oxidados de una tecnología ya olvidada, que Keedair no podría vender ni al más crédulo y excéntrico coleccionista de antigüedades. Meneó la cabeza con aire hosco cada vez, hasta que el hombre (una de las mujeres le había llamado naib Dhartha) dijo que no tenía nada más.

Keedair fue al grano.

—He probado cerveza de especia. El hombre que me la vendió sugirió que hablara contigo.

—Cerveza de especia —dijo Dhartha—. Hecha de melange. Sí, se puede conseguir.

—¿Cuánta puedes entregar, y a qué precio?

El naib extendió las manos y sonrió apenas.

—Todo está abierto a la discusión. El precio depende de la cantidad que desees. ¿Lo bastante para un mes de uso personal?

—¿Por qué no toda la bodega de una nave? —replicó Keedair, y vio asombro en la cara de los nómadas. Dhartha se recuperó al punto.

—Tardaremos un tiempo en reunirla. Un mes, quizá dos.

—Puedo esperar..., si llegamos a un acuerdo. He venido con una nave vacía. He de llevarme algo. —Echó un vistazo a los objetos y las rocas—. Y no quiero cargar con nada de eso. Sería el hazmerreír de la liga.

Pese al interés de Tlulaxa por los productos biológicos, Keedair no estaba desposado con el negocio de la esclavitud. En caso necesario, iría a la suya y no regresaría jamás al sistema solar de Thalim. Además, muchos tlulaxa eran fanáticos religiosos, y se había cansado de dogmas y politiqueos. Siempre habría demanda de bebidas y drogas, y si podía introducir algo nuevo y exótico, una droga que los nobles más ricos no hubieran probado todavía, podría llevarse un buen margen de beneficios.

—Pero antes, dime exactamente qué es la melange —continuó Keedair—. ¿De dónde sale?

Dhartha hizo una seña a una de las mujeres, que se agachó bajo el toldo. Se levantó una brisa cálida, y la tela de polímero restalló con más fuerza que antes. El sol se estaba ocultando tras el horizonte, lo cual le obligaba a entrecerrar los ojos si miraba en aquella dirección. Esto le impidió captar matices en la expresión del hombre del desierto.

Al cabo de unos momentos, la mujer trajo dos tacitas humeantes de un líquido espeso y negro que olía a canela

picante. Sirvió primero a Keedair, y este bajó la vista, intrigado pero escéptico.

—Café mezclado con melange pura —explicó Dhartha—. Te gustará.

Keedair recordó el precio exorbitante del agua que había adquirido en el bar, y decidió que el nómada estaba invirtiendo en su conversación. Tomó un sorbo, con cautela al principio, pero no se le ocurrió ningún motivo para que quisieran envenenarle. Saboreó el café caliente en la lengua y experimentó una sensación eléctrica, un delicioso sabor que le recordaba la cerveza de especia, que su sistema aún no había eliminado. Tendría que ser precavido, o perdería su instinto para los negocios.

—Cosechamos melange en el Tanzerouft, el desierto al que van los gusanos diabólicos. Es un lugar muy peligroso. Perdemos a muchos de los nuestros, pero la especia es preciosa.

Keedair tomó otro sorbo de café y tuvo que reprimirse para no aceptar un trato de inmediato. Las posibilidades se estaban incrementando. Mientras los dos hombres cambiaban de posición, Keedair pudo ver bien el rostro enjuto de Dhartha. Los ojos del naib no solo eran oscuros; eran de un azul profundo. Hasta los blancos estaban teñidos de añil. Muy peculiar. Se preguntó si sería un defecto provocado por la endogamia de los zensunni.

El hombre del desierto introdujo la mano en un bolsillo y extrajo una pequeña caja, que al abrirla reveló un polvillo marrón escamoso y comprimido. La extendió hacia Keedair, que removió el contenido con la yema del meñique.

—Melange pura. Muy potente. La utilizamos en nuestras comidas y bebidas.

Keedair se llevó la yema del dedo a la lengua. La melange era fuerte y estimulante, pero también relajaba.

Se sintió pleno de energía y sereno al mismo tiempo. Su mente parecía más afilada, no nublada como cuando tomaba alcohol o drogas en exceso. Se contuvo, para no parecer demasiado ansioso.

—Si consumes melange durante un largo período de tiempo —estaba diciendo Dhartha—, te ayuda a conservar la salud y te mantiene joven.

Keedair no hizo comentarios. Había escuchado similares afirmaciones sobre diversas *fuentes de la eterna juventud*. Por lo que él sabía, ninguna de ellas se había demostrado eficaz.

Cerró la tapa de la cajita y la guardó en el bolsillo, aunque no se la habían regalado. Se levantó.

—Volveré mañana. Seguiremos hablando. He de reflexionar sobre este asunto.

El naib gruñó a modo de afirmación.

Keedair caminó hacia su lanzadera, que se encontraba dentro de los límites del espaciopuerto. Los cálculos preliminares le aturdían. Sus hombres se sentirían decepcionados por no haber llevado a cabo ninguna incursión, pero Keedair les pagaría el mínimo que recogía su contrato. Necesitaba meditar sobre las posibilidades de esta potente especia antes de negociar un precio con los nómadas. Arrakis estaba muy lejos de las rutas comerciales habituales. La idea le entusiasmaba, pero no estaba seguro de poder exportar la sustancia exótica y conseguir ganancias.

Como era realista, dudaba de que la melange fuera algo más que una mera curiosidad.

69

> Los humanos son supervivientes por antonomasia Hacen cosas por egoísmo, y después intentan ocultar sus motivos mediante complicados subterfugios. Regalar cosas es un ejemplo emblemático del comportamiento secretamente egoísta.
>
> ERASMO,
> notas sobre los recintos de esclavos

Poco antes de medianoche, Aurelius Venport estaba sentado a una mesa larga de madera de ópalo, en una reverberante cámara hundida en las profundidades de la cueva que albergaba la ciudad de Rossak. Había amueblado esta habitación para sus reuniones de negocios con prospectores de drogas, bioquímicos y mercaderes de productos farmacéuticos, pero Zufa Cenva la utilizaba de vez en cuando para sus encuentros privados.

Pese a que la oscuridad ya había caído, la hechicera se hallaba en la peligrosa selva, entrenando a sus jóvenes protegidas y preparándolas para ataques suicidas. Venport no sabía muy bien si Zufa, estaba ansiosa o aterrada por la

posibilidad de que volvieran a solicitar la ayuda de sus pupilas.

Confiaba en que su pareja no albergara ideas peregrinas, aunque seguramente le encantaría convertirse en mártir. Zufa pensaba conocerle bien, le culpaba de sus fracasos imaginarios, pero Venport todavía la amaba. No deseaba perderla.

Hacía una hora que Zufa tendría que haber regresado, y él la estaba esperando. No le servía de nada ser impaciente. La altiva hechicera se ceñía a sus propios horarios, y opinaba que las prioridades de Venport carecían de toda importancia.

Pese a la oscuridad, la habitación estaba iluminada por una luz cálida y confortable, procedente de una esfera amarilla que flotaba sobre la mesa como un sol individual portátil. Norma se la había enviado desde Poritrin a modo de regalo, una fuente de luz compacta levitada por un nuevo campo suspensor que ella había desarrollado. Basado en el mismo principio que el panel lumínico, pero mucho más eficaz, el aparato generaba luz como subproducto resultante del propio campo suspensor. Norma lo llamaba globo de luz, y Venport había estado estudiando sus posibilidades comerciales.

Venport tomó un largo trago de cerveza de hierbas amarga. Hizo una mueca, y luego bebió un poco más, con el fin de calmar sus nervios. Zufa debería llegar de un momento a otro, y ardía en deseos de verla. Las hechiceras habían erigido en la selva un altar en honor de la difunta Heoma. Quizá estaban todas allí en este momento, bailando a su alrededor bajo la luz de las estrellas, salmodiando encantamientos como brujas. O tal vez, pese a su lógica v determinación frías y agnósticas, elegían momentos de intimidad para adorar la fuerza vital de Gala, una madre

Tierra que encarnaba el poder femenino. Cualquier cosa con tal de estar lejos de lo que llamaban los *débiles* hombres...

Ejércitos de mosquitos empezaron a invadir la cueva desde los pasillos exteriores, atraídos por la luz. Los insectos nocturnos poseían un voraz apetito de sangre humana, pero solo la de los hombres. Era una de las bromas de Rossak, como si las hechiceras hubieran lanzado un encantamiento sobre los diminutos animales, con el fin de que retuvieran a los hombres en casa por la noche, mientras las mujeres llevaban a cabo sus ritos secretos en la selva.

Transcurrió otro cuarto de hora, y Zufa sin venir. Frustrado, Venport terminó la cerveza y dejó el vaso vacío sobre la mesa, con un suspiro de disgusto. Pocas veces pedía verla, pero esto era importante para él. ¿Acaso no podía concederle unos momentos de su precioso tiempo?

Continuaba luchando por ganarse su comprensión y respeto. Durante años, Venport había exportado con éxito narcóticos destinados a fines médicos y productos farmacéuticos manufacturados en las fábricas de Rossak. El mes pasado, sus hombres habían obtenido espléndidos beneficios por la venta de drogas psicodélicas a Yardin. Eran las drogas favoritas de los místicos budislámicos que gobernaban el planeta. Los místicos utilizaban los alucinógenos de Rossak en rituales religiosos, con la intención de alcanzar el esclarecimiento.

Venport contempló una lechosa piedra soo que había sobre la mesa. Un contrabandista de Buzzell, uno de los Planetas No Aliados, le había vendido la piedra, muy valiosa y rara. El contrabandista había afirmado que algunas de estas piedras, las de pureza extraordinaria, poseían capacidades hipnóticas. Quería que Zufa la llevara con

orgullo, tal vez en un pendiente. La hechicera podría valerse de ella para potenciar sus poderes.

Introdujo una tira enrollada de corteza de alcaloide en su boca y la masticó para relajarse. Disminuyó la luz del globo y ajustó su espectro a un brillo más anaranjado, lo cual causó que la piedra soo bailara con los colores del arco iris. La corteza de alcaloide le calmaba... y distanciaba. La piedra emitía un resplandor hipnótico, v perdió el sentido del tiempo.

Cuando Zufa entró en la habitación, tenía la cara ruborizada y los ojos brillantes. Parecía un ser etéreo a la luz cálida de la habitación. Llevaba un vestido largo y diáfano, con diminutas joyas que brillaban como un campo de flores color rubí.

—Veo que no tienes nada importante que hacer —dijo, ya con el ceño fruncido.

Aurelius procuró recobrar el sentido.

—Nada más importante que esperarte. —Se puso en pie con todo el orgullo que fue capaz de reunir y cogió la piedra —. He encontrado esto, y pensé en ti. Un regalo de Buzzell, donde mis mercaderes obtuvieron extraordinarios beneficios de...

Al ver la expresión de desdén en su rostro, Venport se sintió compungido y calló.

—¿Y qué debo hacer con ella? —Examinó el obsequio sin tocarlo—. ¿Cuándo me han interesado las baratijas?

—Es una piedra soo muy rara, y dijo que puede... potenciar las capacidades telepáticas. Quizá puedas utilizarla con tus pupilas. —Ella estaba inmóvil como una estatua, indiferente, y Venport continuó a toda prisa—. Los budislámicos de Yardin se vuelven locos por nuestras drogas psicodélicas. He ganado un montón créditos estos últimos meses, y pensé que esto te gustaría.

—Estoy cansada y me voy a la cama —contestó Zufa—. Mis hechiceras ya han demostrado sus capacidades. Teniendo en cuenta que las máquinas amenazan todos los planetas de la liga, no tenemos tiempo que perder con piedras soo.

Venport meneó la cabeza. ¿Qué le habría costado aceptar el regalo? ¿Es que no podía ofrecerle ni una palabra de cariño? Herido en lo más hondo, un dolor que ni siquiera la corteza podía calmar, gritó:

—¡Si renunciamos a nuestra humanidad para combatir a las máquinas, Zufa, Omnius ya ha ganado!

La mujer vaciló un momento, pero no se volvió hacia él, sino que se encaminó a sus aposentos y le dejó solo.

70

A1 sobrevivir, ¿perdurará nuestra humanidad? Aquello que hace que la vida resulte dulce para los seres vivos, cálida y llena de belleza, también eso ha de pervivir. Pero no conquistaremos esta humanidad permanente si negamos la totalidad de nuestro ser, si negamos emoción, pensamiento y carne. Si negamos la emoción, perdemos todo contacto con nuestro universo. Si negamos el pensamiento, no podemos interactuar con el mundo palpable. Y si osamos negar la carne, inutilizamos el vehículo que nos transporta a todos.

PRIMERO VORIAN ATREIDES,
Anales del ejército de la Yihad

La Tierra. Vorian viajaba en el interior de una exquisita carroza blanca, bajo una fina llovizna de verano, arrastrada por cuatro espléndidos corceles blancos. Erasmo había ordenado al cochero robot que llevara un uniforme con

anchas solapas militares, abundantes cintas doradas y un tricornio extraído de una antigua imagen histórica.

La extravagancia era ineficaz e innecesaria, aparte de anacrónica, pero el humano había oído que Erasmo solía hacer cosas inexplicables. Vor no podía imaginar por qué un representante tan importante de la supermente quería verle.

Tal vez Erasmo había estudiado algunos de los simulacros y juegos de guerra que Vorian había practicado con Seurat. Sabía que el robot había construido extensos laboratorios para investigar cuestiones sobre la naturaleza humana, que atormentaban su mente inquisitiva. *Pero ¿qué puedo decirle?*

Cuando las ruedas del carruaje resonaron sobre los adoquines de la entrada de la mansión, Vor limpió el vapor de la ventana. Aun bajo la lluvia, la impresionante villa grogipcia era más magnificente que en las ciudades rediseñadas por los robots. Parecía digna de un príncipe.

Con jardines ornamentales y suficientes edificios con techumbre de teja como para formar una pequeña aldea, la propiedad abarcaba muchas hectáreas. La casa principal, adornada con un balcón, contaba con altas columnas aflautadas y gárgolas aladas que dominaban una plaza de recibimiento tan grande como la de una ciudad, llena de fuentes y esculturas retorcidas, zonas de encuentro pavimentadas y edificios anexos con paredes de piedra. *¿Qué estoy haciendo aquí?*

Dos humanos con librea se acercaron, y apartaron los ojos como si Vor fuera un dignatario mecánico. Un hombre abrió la puerta, mientras otro le ayudaba a bajar.

—Erasmo os espera.

Los caballos blancos estaban inquietos, tal vez porque tenían pocas oportunidades de hacer ejercicio.

Uno de los criados sujetaba un paraguas para proteger el pelo de Vor de la lluvia. Se estremeció, pues iba vestido con una túnica sin mangas y unos pantalones de verano. Detestaba mojarse, y la incomodidad le recordó los defectos y debilidades del cuerpo humano. Si fuera un cimek, habría ajustado su temperatura interna, y los mentrodos borrarían respuestas sensoriales irritantes. *Algún día.*

Una joven le recibió en la entrada.

—¿Vorian Atreides? —Tenía unos exóticos ojos lavanda y un aura de independencia que contrastaba con los acobardados criados. Una leve sonrisa desafiante curvó sus labios—. Así que tú eres el hijo del malvado Agamenón.

Vor, confuso, se irguió en toda su estatura.

—Mi padre es un general reverenciado, el primero entre los titanes. Sus hazañas militares son legendarias.

—O infames.

La mujer le miraba con una absoluta falta de respeto.

Vor no sabía cómo reaccionar. Todos los humanos de casta inferior de los Planetas Sincronizados sabían cuál era su lugar, y ella no podía ser una humana de confianza como él. Ningún esclavo le había hablado jamás de esa manera. Después de sus numerosas misiones de actualización, Vor había recibido como recompensa los servicios de esclavas dedicadas al placer, mujeres que le calentaban la cama. Nunca les había preguntado su nombre.

—Quiero saber tu nombre porque deseo recordarlo —dijo por fin. Había algo intrigante en esta mujer de belleza exótica y en su inesperado desafío.

Parecía tan orgullosa de su linaje como el propio Vor.

—Soy Serena Butler.

Le guió por un pasillo flanqueado de estatuas y cuadros, y luego entraron en un jardín botánico protegido de la lluvia por un techo de cristal.

—¿Qué haces aquí? ¿Eres una de las... pupilas privilegiadas de Erasmo?

—Solo soy una esclava, pero al contrario que tú, yo no sirvo a las máquinas pensantes por voluntad propia.

Vorian consideró su comentario una medalla de honor.

—Sí, estoy a su servicio, y con orgullo. Colaboro en conseguir lo mejor posible para nuestra defectuosa especie.

—Al colaborar con Omnius, eres un traidor a tu raza. Para los humanos libres, eres tan malvado como tus amos mecánicos. ¿No se te había ocurrido nunca?

Vor estaba desconcertado. El comandante humano de Giedi Prime también había lanzado acusaciones similares.

—Malvado, ¿en qué sentido? ¿No te das cuenta del bien que nos ha traído Omnius? Es evidente. Piensa en los Planetas Sincronizados. Se controla hasta el último detalle, todo funciona a las mil maravillas. ¿Es concebible que alguien quiera acabar con eso?

Serena le miró, como intentando decidir si hablaba en serio. Por fin, meneó la cabeza.

—Eres un idiota, un esclavo que no ve las cadenas. Es inútil intentar convencerte. —Dio media vuelta y se alejó, dejándole sin habla—. Pese a toda tu educación, no das para más.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta adecuada, Vor reparó en el robot independiente. Ataviado con opulentos ropajes, Erasmo estaba de pie junto a un estanque, y su rostro ovalado reflejaba el agua. Caían gotas de lluvia por una sección abierta del techo de cristal, y le empapaban. De fondo, sonaba algo de música clásica.

Serena se fue sin anunciar la llegada de Vor. Sorprendido por su rudeza, la siguió con la mirada. Admiraba su rostro y su pelo castaño ámbar, así como su porte y su evidente inteligencia. Tenía la cintura algo

abultada, y se preguntó si estaría embarazada. Su arrogancia conseguía que fuera todavía más cautivadora, el deseo de algo inalcanzable.

No cabía duda de que Serena Butler no aceptaba su papel de esclava. Teniendo en cuenta las vidas miserables de los esclavos hacinados en los establos, ¿de qué se quejaba? Era absurdo.

—Deslenguada, ¿verdad? —dijo Erasmo, todavía expuesto a la lluvia. El robot formó una sonrisa simpática en su rostro dúctil.

—Me sorprende que toleres su irritante actitud —dijo Vor, a salvo de la lluvia.

—Las actitudes pueden ser esclarecedoras. —Erasmo continuó estudiando la caída de las gotas de lluvia en el estanque reflectante—. La considero interesante. De una sinceridad refrescante..., como la tuya. —El robot avanzó un paso hacia él—. He llegado a un punto muerto en mi estudio del comportamiento humano, porque casi todos mis sujetos son cautivos dóciles engendrados para la esclavitud. No han conocido otra vida que la de servicio y subyugación, y carecen de la menor chispa. Son ovejas, del mismo modo que tú, Vorian Atreides, eres un lobo. Como Serena Butler..., a su manera.

El visitante hizo una reverencia, muy orgulloso.

—Me alegraré de ayudarte en lo que pueda, Erasmo.

—Confío en que te haya gustado el paseo en carroza. Yo crío los corceles y los tengo preparados para ocasiones importantes. Me diste una excusa para utilizarlos.

—Fue una experiencia poco común —admitió Vor—. Un modo de transporte muy... arcaico.

—Ven bajo la lluvia conmigo. —Erasmo le indicó que se acercara con una mano sintética—. Es agradable, te lo aseguro.

Vor obedeció, intentando disimular su fastidio. La lluvia empapó al instante su túnica, mojó sus brazos desnudos. El agua resbalaba desde su pelo, caía sobre la frente y se le metía en los ojos.

—Sí, Erasmo. Es... agradable.

El robot simuló una carcajada.

—Estás mintiendo.

—Es lo que los humanos hacen mejor —dijo Vor de buen humor. Por suerte, el robot se alejó de la lluvia.

—Vamos a hablar de Serena. Es atractiva, según los cánones humanos de belleza, ¿verdad? —Vor no sabía qué decir, pero Erasmo insistió—. Te vi con ella. Te gustaría copular con esa humana salvaje, ¿no es cierto? Ahora está embarazada de un amante hrethgir, pero tenemos mucho tiempo. No se parece a ninguna esclava sexual que hayas poseído, ¿verdad?

Vor meditó en las preguntas, intrigado por el propósito del robot.

—Bien, es hermosa... y seductora.

Erasmo emitió un sonido artificial similar a un suspiro.

—Por desgracia, pese a mis numerosas mejoras sensitivas, soy incapaz de experimentar la actividad sexual, al menos no como un varón biológico. He dedicado siglos a diseñar mejoras y modificaciones que pudieran reproducir las sensaciones de éxtasis que hasta los humanos más inferiores son capaces de experimentar. Hasta el momento, mis progresos han sido limitados. Mis intentos con esclavas se han saldado con fracasos alarmantes.

Erasmo indicó a Vor que le siguiera hasta el invernadero. Mientras paseaban por los senderos del jardín, la majestuosa máquina identificó diversas plantas por su nombre y origen, como si estuviera dando clase a un niño o presumiendo de sus conocimientos.

—Serena sabe mucho de plantas. Era algo así como horticultora en Salusa Secundus.

Vor devolvía respuestas corteses, sin saber en qué podía ayudar al robot. Se secó el agua de los ojos. Las ropas mojadas se le pegaban al cuerpo, una sensación desagradable.

Por fin, Erasmo explicó por qué había hecho venir al joven.

—Vorian Atreides, tu padre te sometió hace poco a un tratamiento para prolongar la vida biológica. —El rostro mecánico se convirtió en un espejo, para que Vor no pudiera adivinar lo que deseaba—. Dime, ¿cómo te sientes, ahora que has añadido siglos a tu ciclo normal de vida? Es un gran regalo de Agamenón, tan significativo como su donación de esperma original.

Antes de que Vor pudiera pensar en la pregunta, Serena entró en el invernadero con un juego de té plateado. Dejó la bandeja con estrépito sobre una mesa de piedra pulida y sirvió un líquido oscuro en dos tazas. Tendió una a Vor y otra al robot. Erasmo introdujo una sonda fibrosa en el té, como si lo probara. Su máscara reflectante cambió a una expresión de supremo placer.

—Excelente, Serena. ¡Un sabor notable e interesante!

A Vor no le gustó el sabor. El té le recordaba chocolate amargo mezclado con zumo de fruta en malas condiciones. Serena parecía divertida por su expresión.

—¿Es bueno? —preguntó Erasmo—. Serena lo ha preparado especialmente para ti. Dejé que eligiera una receta apropiada.

—El sabor es... único.

El robot rió.

—Estás mintiendo otra vez.

—No, Erasmo. Estoy evitando una respuesta directa.

Vor vio hostilidad en los ojos de Serena cuando le miró, y se preguntó si habría agriado el té a propósito. La joven dejó la bandeja sobre la mesa de piedra.

—Quizá debería asistir a una escuela de humanos de confianza para aprender a ser una criada boba mejor.

Vor miró a Serena, sorprendido de que Erasmo hiciera caso omiso de su grosería.

—Me divierte presenciar sus intentos de resistencia, Vorian. Un desafío inofensivo. Sabe que no puede escapar. —Durante un momento de silencio, el robot continuó estudiándole—. No has contestado a mi pregunta sobre la prolongación de la vida.

—La verdad —contestó Vor, que había tenido tiempo de pensar—, no estoy muy seguro de lo que siento. Mi cuerpo humano es frágil, y se avería con facilidad. Si bien aún soy proclive a accidentes o enfermedades, al menos no me haré viejo y débil. —Vor pensó en todos los años que le quedaban, como créditos para gastar. Viviría el equivalente a varias vidas humanas, pero convertirse en cimek sería mucho más importante—. Aun así, mis años suplementarios no son más que el parpadeo de un ojo, comparados con la vida de una máquina pensante como tú.

—Sí, el parpadeo de un ojo, un reflejo humano involuntario que soy capaz de comprender física y conceptualmente. Lo utilizas como una metáfora inexacta para indicar un breve período de tiempo.

Al observar pantallas en las paredes del invernadero, Vor comprendió que la supermente debía estar escuchando. —¿Siempre eres tan curioso?

—Se aprende gracias a la curiosidad —dijo Erasmo—. Pregunto porque soy curioso. Es lógico, ¿verdad? Ilumíname. Me gustaría volver a hablar contigo. Tú, y Serena, podéis facilitarme una perspectiva interesante.

Vor hizo una reverencia.

—Como desees, Erasmo. Sin embargo, debo combinar estas visitas con mi importante trabajo para Omnius. El *Viajero onírico* no tardará en estar reparado y preparado para partir en otra gira de actualización.

—Sí, todos trabajamos para Omnius. —Erasmo hizo una pausa. La lluvia había parado, y se habían abierto brechas entre las nubes—. Piensa más sobre la mortalidad y la longevidad. Ven a hablar conmigo antes de partir en tu siguiente viaje.

—Pediré permiso para ello, Erasmo.

Intrigado por el fascinante diálogo entre los dos humanos, Erasmo volvió a llamar a Serena y le ordenó que acompañara a su invitado hasta el carruaje. Se había mostrado francamente hostil contra el hijo de Agamenón, cuando este parecía interesado en ella... ¿física, mentalmente? ¿Cómo podía discernir la diferencia? ¿Otro experimento, tal vez?

Si bien habían intercambiado pocas palabras, la joven contaminaba la imaginación de Vorian. Nunca había conocido a una mujer como ella, de tal belleza, inteligencia y sinceridad. Era obvio que habían educado a Serena Butler para que valorara su individualidad, del mismo modo que Erasmo se esforzaba por perfeccionar su independencia.

—¿Cuándo nacerá el niño? —le espetó el joven cuando llegaron ron a la puerta exterior de la villa. Los caballos parecían ansiosos por partir al galope. El cochero robot estaba inmóvil como una estatua.

Los ojos de Serena se abrieron de par en par. Estuvo a punto de contestar que no era asunto suyo, pero luego lo pensó mejor. Tal vez Vorian Atreides era la oportunidad que había estado esperando. Poseía información que podría ayudarla a escapar, y gozaba de la confianza de las

máquinas. Sería una estupidez enemistarse con él desde un principio. Si trababa amistad con él, igual podría enseñarle qué era un ser humano libre.

Respiró hondo y sonrió, vacilante.

—No estoy preparada para hablar de mi hijo con un completo desconocido. Pero tal vez la próxima vez que vengas podamos hablar. Sería un buen principio.

Ya lo había hecho.

Entró en la villa y cerró la puerta a su espalda.

Mientras observaba el carruaje desde el pórtico de la villa, Serena Butler se sintió insegura y confusa acerca de este hombre engañado que servía con tanto orgullo a las máquinas. No le gustaba, no estaba segura de poder confiar en él, pero tal vez le fuera de ayuda.

Corrió al interior para secarse y cambiarse de ropa. Embarazada ya de seis meses, pensó en su amado Xavier. ¿Podría Vorian ayudarla a volver con él, o su hijo crecería en cautividad, sin conocer jamás a su padre?

71

De todos los aspectos del comportamiento humano, dos han sido muy estudiados: la guerra y el amor.

PENSADOR EKLO,
Reflexiones sobre cosas perdidas

La trágica pérdida de Serena Butler había descentrado a Xavier, que se esforzaba por continuar su vida. Tres meses antes, había visto los restos del forzador de bloqueos en los mares de Giedi Prime, y había leído los irrefutables análisis del ADN de la sangre encontrada en el interior.

No pretendía comprender sus sentimientos, y se absorbía en su trabajo. Al principio, había deseado atacar sin más otro feudo de los robots, pero Serena le habría reprendido. Pensar en su desaprobación fue lo único que le detuvo.

Serena había muerto luchando contra el enemigo inhumano. Xavier necesitaba aferrarse a algo, alguna forma de estabilidad, antes de continuar adelante. Para honrar su recuerdo, la lucha debía continuar hasta la destrucción de la última máquina pensante.

Los pensamientos de Xavier derivaron hacia Octa, que tanto le recordaba a su hermana. Ya de por sí hermosa, era sensible y reservada, muy diferente de Serena. Aun así, de una manera sutil, la muchacha le recordaba a Serena por la forma de la boca y la sonrisa dulce. Era como el eco de un recuerdo agradable. Xavier estaba desgarrado entre el deseo de mirarla sin cesar y evitarla por completo.

Estaba a su lado cuando necesitaba consuelo, le dejaba solo si se sentía agobiado, le alegraba cuando así lo deseaba. Octa estaba llenando un vacío en su vida, silenciosa y mansamente. Aunque su relación era tranquila y plácida, ella le demostraba un amor atento. Si Serena había sido un huracán de emociones, su hermana era firme y predecible.

Un día, impulsado más por el dolor y el anhelo que por el sentido común, Xavier pidió a Octa que fuera su esposa. Ella le había mirado con ojos desorbitados, estupefacta.

—Tengo miedo de moverme, Xavier, de emitir un sonido, porque debo estar soñando.

Él llevaba su uniforme de la Armada, limpio y planchado, con la nueva insignia de segundo. Xavier se erguía muy tieso, con las manos enlazadas, como si se dirigiera a un oficial superior, en lugar de pedir a Octa que fuera la compañera de su vida. Siempre había sabido que la hermana de Serena estaba enamorada de él como una colegiala, y ahora confiaba en que sus sentimientos se convirtieran en verdadero amor.

—Al optar por casarme contigo, querida Octa, no se me ocurre una manera más valiente de avanzar hacia el futuro. Es la mejor manera de honrar la memoria de Serena.

Las palabras sonaron como un discurso oficial, pero Octa enrojeció como si fueran un encantamiento mágico. Consciente de que no era el motivo ideal para casarse con

ella, Xavier intentó calmar sus inquietudes. Había tomado una decisión, y esperaba que pudieran curarse mutuamente las heridas.

Tanto Manion como Livia Butler aceptaron y alentaron el cambio de afectos de Xavier. Incluso apresuraron las nupcias. Creían que la unión con Octa beneficiaría a todos.

El día de la boda, Xavier buscó la paz interior, hizo lo posible por aislar la parte de su corazón que siempre pertenecería a Serena. Todavía anhelaba el campanilleo de su risa, su lenguaje descarado, el tacto eléctrico de su piel. Pasó revista a sus recuerdos favoritos, y después, entre lágrimas, los desechó.

A partir de aquel momento, la dulce Octa sería su esposa. No haría daño a la muchacha, ya frágil de por sí, con ataques de nostalgia o comparándola con su hermana. Sería injusto con ella.

Cierto número de representantes de la liga se habían congregado en la propiedad de los Butler, donde siete meses antes Xavier y Serena habían participado en la cacería. Cerca, en el patio, habían celebrado la noticia de los esponsales inminentes con música y baile, para luego recibir la terrible noticia de la caída de Giedi Prime.

A insistencia de Xavier, la boda tuvo lugar en un nuevo pabellón con vistas a los viñedos y olivares. El material era tan luminoso y trabajado que costaba más que una casa modesta. En la fachada, tres banderas ondeaban al viento, simbolizando las casas Butler y Harkonnen, además de la de Tantor, la familia adoptiva de Xavier. En el valle, los edificios blancos de Zimia brillaban a la luz del sol, con amplias avenidas y enormes complejos administrativos, remozados durante los catorce meses transcurridos desde el ataque cimek.

La ceremonia fue breve y triste, pese a la falsa alegría de los invitados y el insistente júbilo de Manion Butler. Nuevos recuerdos sustituirían a los antiguos. El virrey, sonriente como no se le veía desde hacía meses, se paseaba ufano de invitado en invitado, probaba los diversos ponches y degustaba las variedades de queso y vinos.

Los silenciosos novios esperaban junto a un pequeño altar erigido delante del pabellón, cogidos de las manos. Octa, con un vestido de novia tradicional salusano azul claro, tenía un aspecto etéreo, adorable y frágil al lado de Xavier. Llevaba el pelo rubio rojizo sujeto con alfileres.

Algunos decían que este matrimonio precipitado con la hermana de Serena era una reacción de Xavier a su dolor, pero él sabía que estaba haciendo lo que el honor le dictaba. Se recordó mil veces que Serena le hubiera dado su aprobación. Octa y él pondrían fin, juntos, a tanto dolor y tristeza.

La abadesa Livia Butler estaba dentro del pabellón. Hebras doradas resaltaban su color castaño ámbar. Había venido de la Ciudad de la Introspección para celebrar la ceremonia. Segura y orgullosa, como si hubiera purgado toda duda y pena de su mente, Livia miró a los novios, y después sonrió a su marido. Manion Butler apenas cabía en su esmoquin rojo y dorado. Piel fofa sobresalía del cuello y los extremos de las mangas.

Un grupo de músicos empezó a pulsar sus balisets. Un muchacho con voz de tenor cantó una lenta balada. Al lado de Xavier,

Octa parecía refugiada en su mundo onírico particular, sin saber muy bien cómo reaccionar a las circunstancias. Apretó la mano Xavier, y él se la llevó a los labios y la besó.

Desde la muerte de su hermano gemelo Fredo, Octa había desarrollado la capacidad de sustraerse a los

problemas, de no agobiarse con grandes preocupaciones. Tal vez eso le permitiría ser feliz, y también a Xavier.

El virrey Butler, en cuyos ojos expresivos brillaban lágrimas, avanzó para rodear las manos de la pareja. Al cabo de un largo momento, se volvió con solemnidad hacia su esposa y asintió. La abadesa Livia inició la ceremonia.

—Estamos aquí para cantar una canción de amor, una canción que ha unido a hombres y mujeres desde los primeros días de la civilización.

Cuando Octa sonrió a Xavier, este casi imaginó que era Serena, pero alejó la inquietante imagen. Octa y él se querían de una manera diferente. Su vínculo se fortalecería cada vez que la rodeara en sus brazos. Xavier solo tenía que aceptar la ternura que ella le ofrecía de buen grado.

Livia pronunció las palabras tradicionales, cuyas raíces se remontaban a los textos pancristianos y budislámicos de la antigüedad. Las melodiosas frases eran hermosas, y la mente de Xavier seguía expandiéndose, pensando en el futuro y en el pasado. Las palabras transmitían una serenidad infinita, mientras la abadesa Livia les hacía pronunciar sus votos.

Pronto, todo lo necesario estuvo dicho. Mientras compartía el ritual del amor y deslizaba un anillo en el dedo de Octa, Xavier Harkonnen le prometió eterna devoción. Ni siquiera las máquinas pensantes podrían destruir su relación.

72

> Hablar se basa en la presunción de que puedes llegar a algún sitio si continúas colocando una palabra detrás de otra.
>
> IBLIS GINJO,
> notas al margen de un
> cuaderno de notas robado

Ajax entró en la plaza del Forum con su aterradora forma móvil, inspeccionó cada fase de las obras en busca de defectos. Con su despliegue de fibras ópticas, el titán examinó el coloso que reproducía su antigua forma humana. Ajax estaba frustrado por el hecho de que Iblis Ginjo hubiera supervisado hasta tal punto la ejecución de la obra, pues no podía encontrar ninguna excusa para imponer castigos divertidos...

Iblis, por su parte, también buscaba una oportunidad. Su imaginación regresaba una y otra vez a las notables cosas que había aprendido del pensador Eklo, sobre todo los detalles del glorioso fracaso de las Rebeliones Hrethgir. Ajax personificaba la brutalidad y el dolor de aquellas arcaicas batallas.

¿Podría el pensador ayudar a Iblis a propagar la llama de la revolución? Aprenderían de los errores del pasado. ¿Habría existido un rebelde con el mismo rango de Iblis? ¿Cómo podía ayudarle el subalterno Aquim?

Pese a sus sutiles investigaciones, su habilidad para manipular conversaciones y conseguir que los demás divulgaran sin querer sus secretos, Iblis aún no había encontrado pruebas de que existieran otros grupos de resistentes. Tal vez su liderazgo estaba disperso, desorganizado, debilitado. ¿Quién le había enviado los mensajes secretos, cinco en los últimos tres meses?

La falta de pruebas frustraba a Iblis, porque quería acelerar el levantamiento, ahora que había tomado la decisión. Por otra parte si los disidentes podían ser localizados con excesiva facilidad, no tendrían ninguna oportunidad contra las organizadas máquinas pensantes.

Después de exigir el máximo a sus esclavos para que terminaran las obras a tiempo, Iblis pidió permiso para otro peregrinaje a la torre de piedra de Eklo. Solo el pensador le proporcionaría las respuestas que necesitaba. Cuando habló con Dante, el cimek administrativo, exhibiendo documentos que demostraban su productividad y eficacia, el titán burócrata le dio permiso para salir de la ciudad. Sin embargo, Dante dejó claro que no entendía por qué un simple capataz estaba tan interesado en temas filosóficos improductivos. Pensaba que no era propio de los humanos de confianza.

—No te reportará el menor beneficio.

—Estoy seguro de que estáis en lo cierto, lord Dante..., pero me divierte.

Iblis partió antes de la aurora y espoleó a su burcaballo en dirección a las pendientes del monasterio. Aquim le esperaba en la escalinata circular que conducía a la torre,

con aspecto desastrado una vez más y algo aturdido por la semuta. Desde la primera vez que Iblis había hundido la mano en el electrolíquido y tocado los pensamientos del pensador, no conseguía entender por qué Aquim quería embotar sus percepciones. Tal vez los complicados pensamientos de Eklo eran tan inmensos y abrumadores que el subordinado necesitaba moderar el flujo de revelaciones confusas.

—Veo que me miras con desaprobación —dijo Aquim con los ojos entornados.

—Oh, no —dijo Iblis, y añadió, porque sabía que la mentira era demasiado evidente—: Solo me estaba fijando en que te gusta mucho la semuta.

El hombretón sonrió y habló, arrastrando un poco las palabras.

—Un forastero quizá crea que he puesto trabas a mis sentidos, pero la semuta me permite olvidar mi pasado destructivo, antes de que recibiera la inspiración de unirme al pensador Eklo. También permite que me concentre en lo más importante, haciendo caso omiso de las distracciones sensuales de la carne.

—No puedo imaginarte como un hombre destructivo.

—Pues lo era. Mi padre luchó contra el esclavismo y murió en el intento. Después, busqué vengarme de las máquinas, y lo logré con bastante éxito. Estaba al frente de un pequeño grupo de hombres y... destruimos algunos robots. Lamento decir que también matamos a cierto número de esclavos de confianza que se interpusieron en nuestro camino, hombres como tú. Más tarde, Eklo se encargó de facilitarme el rescate y la rehabilitación. Nunca explicó por qué me había elegido, o cómo llevó a cabo los trámites. Hay muchas cosas que el pensador no revela a nadie, ni siquiera a mí.

El monje dio media vuelta con brusquedad y subió con paso inseguro la escalera, guiando a Iblis hasta la cámara donde el pensador vivía en un estado de contemplación sempiterna.

—Eklo ha meditado largo y tendido sobre tu situación —dijo Aquim—. Hace mucho tiempo presenció los cambios ocurridos en la humanidad, después de que los titanes aplastaran el Imperio Antiguo, pero no hizo nada. Eklo pensó que el reto y la adversidad mejorarían la raza humana mediante la potenciación de su mente, les obligaría a abandonar su existencia de sonámbulos.

El monje se secó una mancha de la comisura de la boca.

—Al separar la mente del cuerpo, los titanes cimek habrían podido acceder al esclarecimiento, como los pensadores. Esa era la esperanza de Eklo cuando ayudó a Juno. Pero los titanes nunca superaron sus defectos animales. Esta debilidad permitió a Omnius conquistarles, y con ellos a la humanidad. —Aquim avanzó hacia el contenedor cerebral que descansaba sobre el antepecho de una ventana—. Eklo cree que tal vez tú puedas instigar un cambio.

El corazón de Iblis saltó en su pecho.

—Nada es imposible.

Pero sabía que no podía luchar solo contra las máquinas, tendría que encontrar a otros que le ayudaran. Muchos otros.

El contenedor de plexiplaz brillaba ante la ventana transparente, bañado por el sol dorado de la mañana. A lo lejos, divisó la interminable línea del cielo de megalitos y monumentos diseñados por los cimeks y construidos por los humanos con sudor y sangre. *¿De veras quiero verlos convertidos en polvo?*

El supervisor vaciló cuando pensó en las consecuencias, y recordó los miles de millones de víctimas de las Rebeliones Hrethgir, en Walgis y otros planetas. Entonces, sintió una intrusión en pensamientos.

Aquim quitó la tapa protectora del contenedor y dejó al descubierto el líquido nutritivo que alimentaba la anciana mente.

—Ven, Eklo desea establecer contacto directo contigo.

La solución nutritiva era como líquido amniótico, cargado de una energía mental inconmensurable. Iblis hundió los dedos en el electrolíquido poco a poco, reprimiendo su ansiedad por saber y aprender, tocó la superficie resbaladiza del cerebro de Eklo y liberó todos los pensamientos que el pensador deseaba transmitirle.

Aquim se apartó a un lado con una expresión extraña en el rostro, en parte complacencia beatífica, en parte envidia.

—La neutralidad es un acto de equilibrio delicadísimo —dijo Eklo en la mente de Iblis, mediante el contacto neuroeléctrico facilitado por el circuito orgánico—. Hace mucho tiempo, contesté muchas preguntas de Juno acerca de cómo derrocar al Imperio Antiguo. Mis respuestas y consejos objetivos permitieron a los titanes trazar planes definitivos, y el futuro de la raza humana cambió para siempre. Durante muchos siglos reflexioné sobre lo que había hecho. —Daba la impresión de que el cerebro se apretujaba contra las yemas de los dedos de Iblis—. Es esencial que los pensadores observen una escrupulosa neutralidad. Hemos de ser objetivos.

—En ese caso —preguntó Iblis, perplejo—, ¿por qué estás hablando conmigo? ¿Por qué has mencionado la posibilidad de que las máquinas pueden ser derrotadas?

—Con el fin de restablecer el equilibrio de la neutralidad. En una ocasión, ayudé sin darme cuenta a los

titanes, de manera que ahora debo contestar a tus preguntas con la misma objetividad. En el análisis definitivo, habré mantenido el equilibrio.

Iblis tragó saliva.

—Entonces, ¿has visto la conclusión?

La mente de Iblis daba vueltas en busca de preguntas útiles sobre debilidades y puntos vulnerables de las máquinas.

—No puedo proporcionar detalles militares o políticos concretos —dijo Eklo—, pero si verbalizas tus preguntas con inteligencia, como hizo Juno, obtendrás lo que necesitas. El arte de la inteligencia es una lección primordial de la vida. Has de ser más listo que las máquinas, Iblis Ginjo.

Eklo guió a Iblis durante más de una hora.

—He meditado sobre este problema durante siglos, mucho antes de que vinieras a verme. Si tú no triunfas, seguiré reflexionando.

—Pero no puedo fracasar. He de triunfar.

—Hará falta algo más que deseo por tu parte. Has de conectar con los sentimientos más profundos de las masas. Eklo guardó silencio varios segundos. Iblis se esforzó por comprender.

—¿Amor, odio, miedo? ¿Te refieres a eso?

—Son componentes, sí.

—¿Componentes?

—De la religión. Las máquinas son muy poderosas, y hará falta algo más que un levantamiento político o social para derrotarlas. La gente ha de aglutinarse alrededor de una idea poderosa que penetre en la misma esencia de su existencia, de lo que significa ser humano. Has de ser algo más que un humano de confianza: un líder visionario. Los

esclavos necesitan alzarse en una gran guerra santa contra las máquinas, una yihad imparable que derribe a sus amos.

—¿Una guerra santa? ¿Una yihad? Pero ¿cómo puedo hacer eso?

—Solo te digo lo que intuyo, Iblis Ginjo, lo que he pensado e imaginado. Tú has de descubrir las restantes respuestas. Pero recuerda: de todas las guerras humanas de la historia, la yihad es la más apasionada, conquistar planetas y civilizaciones, arrasarlo todo a su paso.

—La gente que me envía los mensajes..., ¿cómo encaja en todo esto?

—No sé nada de ellos —dijo Eklo—, y no los veo en mis visiones. Tal vez has sido elegido especialmente, o también podría ser una argucia o una trampa de las máquinas. —El pensador guardó silencio un momento—. Ahora he de pedirte que te marches, porque mi mente está fatigada y necesito descansar.

Cuando Iblis partió de la torre, experimentó una extraña mezcla de júbilo y confusión. Necesitaba organizar la información en un amplio plan. Aunque no era un hombre santo ni un militar, sabía manipular a grupos de personas, canalizar sus lealtades con el fin de lograr sus propósitos. Sus cuadrillas harían casi cualquier cosa por él. Su talento para el liderazgo constituiría su arma más importante. Pero no podía conformarse con un grupo reducido de fieles. Para triunfar, necesitaba algo más que unos pocos cientos de personas.

Y tenía que ser muy precavido, por si las máquinas pensantes le estaban tendiendo una trampa.

Como tenía acceso a los ojos espía y los equipos de vigilancia de Omnius, Erasmo controlaba las actividades de

sus sujetos experimentales. Muchos humanos de confianza leales habían hecho caso omiso de las insinuaciones que les había enviado. Otros se habían asustado demasiado para reaccionar. Pero algunos habían demostrado una divertida capacidad de iniciativa.

Sí. Erasmo creía que Iblis Ginjo era el candidato perfecto para demostrar que él tenía razón y ganar la apuesta a Omnius.

73

> «Sistemático» es una palabra peligrosa, un concepto peligroso. Los sistemas son obra de sus creadores humanos. Los sistemas asumen el mando.
>
> TIO HOLTZMAN,
> discurso de aceptación de la
> Medalla de la Gloria de Poritrin

Sentado en la abarrotada sala de los calculadores, Ishmael examinaba los muebles del sabio Holtzman, percibía el olor de los aceites utilizados para sacarles brillo, de los ramos de flores, de las velas perfumadas. Era un lugar limpio, confortable y acogedor..., mucho más agradable que los barracones de los esclavos hacinados en el delta del río fangoso.

El niño tendría que haberse sentido afortunado.

Pero este lugar no era Harmonthep. Echaba de menos su barquita, navegar por los riachuelos entre cañas altas. Añoraba en especial las noches, cuando los zensunni se congregaban en la cabaña central para contar cuentos, recitar poesía o escuchar a su abuelo leer los consoladores sutras.

—Odio este lugar —dijo Alud a su lado, en voz lo bastante alta para que Tio Holtzman le dirigiera una mirada de reproche.

—Quizá preferirías volver a las marismas o a los campos de labranza, ¿eh?

Aliid frunció el ceño, pero sostuvo la mirada del científico.

—También odiaba esos lugares —murmuró, pero no a modo de disculpa.

El trabajo cesó. Todos los ojos se clavaron en él.

Holtzman sacudió la cabeza, incrédulo.

—No entiendo por qué os quejáis de todo. Os alimento y os visto, os doy tareas sencillas que sirven a la causa de la humanidad, y aún deseáis volver a vuestras miserables aldeas para revolcaros en la enfermedad y la suciedad.

El inventor parecía muy furioso.

—¿No os dais cuenta de que las máquinas pensantes intentan lastar a todos los seres vivos? Pensad en todos los humanos que exterminaron en Giedi Prime, y nadie pudo detenerlas. A Omnius le es indiferente vuestra religión o vuestra estúpida política anticivilización. Si descubre vuestras cabañas, las destruirá y quemará.

Lo mismo que hicieron los negreros de Tlulaxa en mi pueblo, Ishmael pensó. Vio que los ojos oscuros de Aliid destellaban y comprendió que su amigo estaba pensando lo mismo. Holtzman meneó la cabeza.

—Los fanáticos no tenéis ningún sentido de la responsabilidad. Por suerte, mi trabajo es imponéroslo por la fuerza. —Volvió a su tablilla de escribir y señaló los símbolos—. Esto son segmentos de ecuaciones. Necesito que los resolváis. Cálculos sencillos. Intentad seguir los pasos que os enseñé. —Entornó los ojos—. Cada respuesta correcta equivaldrá a una ración alimenticia diaria

completa. Si cometéis errores, pasaréis hambre. Ishmael volvió a sus papeles y aparatos de cálculo, y se esforzó por resolver las ecuaciones.

En Harmonthep, todos los niños del pueblo habían recibido educación básica de matemáticas, ciencia e ingeniería. Los ancianos pensaban que esos conocimientos eran importantes para ellos, cuando su civilización floreciera de nuevo y los creyentes construyeran grandes ciudades como las nombradas en las enseñanzas zensunni. El abuelo de Ishmael, como muchos ancianos del pueblo, también dedicaba parte de su tiempo a instruir a los jóvenes en los sutras, en acertijos lógicos y filosóficos que solo podían resolver los principios del budislam.

En el planeta de Aliid, Anbus IV, las lunas, que orbitaban muy cerca, cambiaban las estaciones de manera radical, y provocaban que el planeta oscilara. Por ello, habían enseñado al niño ramas diferentes de matemáticas y astronomía, porque el calendario, siempre variable, afectaba a las mareas que rugían entre gargantas de roca roja, donde habían sido erigidas las ciudades zenshiítas. Los trabajadores encargados de controlar las mareas necesitaban cálculos sofisticados para comprender las variaciones. Alud había aprendido las técnicas con el fin de ayudar a su pueblo. Aquí, no obstante, estaba obligado a ayudar a los amos que le habían esclavizado, y detestaba la idea.

El primer trabajo de Alud en Poritrin había sido recolectar caña de azúcar. Durante semanas había cortado cañas altas, cuyo dulce zumo se convertía en azúcar o se destilaba para producir ron de Poritrin. El residuo fibroso de la caña se utilizaba para fabricar ropa. Le habían entregado una guadaña afilada, para cortar tallos que derramaban un líquido pegajoso. Los tallos se recogían

después de los monzones, cuando estaban cargados de zumo y pesaban más.

Hacia finales de la temporada, su amo les había entregado a los mercados de esclavos de Starda, después de acusarles de provocar un incendio sospechoso en los silos de caña y destruir la mitad de la cosecha. Alud lo había contado a Ishmael con una alegre sonrisa, pero nunca había confesado su participación en ningún sabotaje.

Ishmael, inclinado sobre sus cálculos, los comprobaba una y otra vez mediante barras deslizantes y contadores móviles del aparato de cálculo. Su estómago ya estaba gruñendo, pues Holtzman, irritado por las numerosas equivocaciones del día anterior, había jurado que no daría de comer a los calculadores hasta que demostraran su idoneidad para el trabajo. Casi todos los esclavos habían terminado el trabajo como era debido.

Pasados unos días, después de que los nuevos calculadores hubieran realizado a la perfección sus ejercicios, Holtzman les dio trabajo de verdad. Al principio, el inventor les dejó creer que era una prueba más. Sin embargo, Ishmael dedujo por su expresión y nerviosismo que estaba muy interesado en aquellos resultados.

Alud trabajó con diligencia, pero Ishmael notó por su expresión que algo tramaba. Ishmael no estaba seguro de querer saber qué era.

Después de trabajar en sus cálculos durante varios días más, Alud se acercó por fin a Ishmael.

—Es el momento de efectuar unos pocos cambios sutiles —dijo sonriente—. Lo bastante pequeños para que nadie se dé cuenta.

—No podemos hacer eso —protestó Ishmael—. Nos descubrirán.

El otro niño frunció el ceño, impaciente.

—Holtzman ya ha verificado nuestro trabajo, y no lo volverá a hacer. Ahora que confía en nosotros, puede concentrarse en algún otro objetivo. Es nuestra única oportunidad de vengarnos. Piensa en todo lo que hemos sufrido.

Ishmael no pudo contradecirle, y después de haber oído hablar a Bel Moulay de sangrientos desquites, le parecía una forma mejor de expresar su insatisfacción.

—Mira. —Aliid señaló una ristra de ecuaciones, y con su punzón hizo una marca diminuta, cambiando un signo de menos por uno de más, y luego desplazó la coma de los decimales a una parte diferente de la ecuación.

—Errores muy sencillos, fácilmente excusables, pero que producirán resultados muy diferentes.

Ishmael no estaba muy tranquilo.

—Entiendo que perjudicará a las invenciones de Holtzman, pero no veo en qué nos va a ayudar. Me preocupa más la manera de volver a casa.

Alud le miró.

—Ishmael, conoces los sutras tan bien como yo, tal vez mejor. ¿Has olvidado el que dice *Cuando ayudas a tu enemigo, perjudicas a los creyentes*?

Ishmael había oído a su abuelo pronunciar la frase, pero nunca había significado gran cosa para él.

—De acuerdo. Pero nada que pueda parecer deliberado.

—Si entiendo algo de este trabajo —dijo Aliid—, hasta el error más ínfimo causará tremendos daños.

74

Psicología: la ciencia de inventar palabras para cosas que no existen.

ERASMO,
Reflexiones sobre los seres biológicos sensibles

En el soleado jardín botánico de la grandiosa villa del robot, Serena Butler recogía flores y hojas muertas, cuidaba las plantas en sus lechos y maceteros. Serena se ocupaba de sus tareas cotidianas como cualquier otra esclava, pero Erasmo la vigilaba siempre como si fuera un animal doméstico. Era su amo y carcelero.

Serena vestía un mono negro, y llevaba el pelo ámbar recogido en una cola de caballo. El trabajo le permitía pensar en Xavier, en las promesas que habían intercambiado, en la vez que habían hecho el amor después del ataque del erizón, y en la noche anterior a su escapada a Giedi Prime.

Cada mañana, Serena iba a cuidar las flores del robot, contenta de poder pensar, sin que nadie la molestara, sobre las posibilidades de huir de la Tierra. Día tras día, buscaba una vía de escape (los obstáculos parecían insuperables), o

un medio de causar daños significativos a las máquinas pensantes, pese al hecho de que el sabotaje le costaría la vida, y también a su hijo nonato. ¿Podía hacer eso a Xavier?

Era incapaz de imaginar el dolor que padecería. Encontraría una forma de volver a su lado. Se lo debía a él, a ella y a su bebé. Había alimentado la esperanza de que Xavier sujetaría su mano cuando diera a luz. A estas alturas ya tendría que ser su esposo, sus vidas entrelazadas en una unión más fuerte que la suma de sus individualidades, un bastión contra las máquinas pensantes. Él ni siquiera sabía que aún estaba viva.

Acarició su estómago curvo. Serena sentía crecer al niño en su interior y temía lo peor. Dos meses más, y el bebé nacería. ¿Cuáles eran las intenciones de Erasmo respecto al niño? Había visto las puertas cerradas con llave de los ominosos laboratorios, había contemplado con horror y asco los sucios recintos de esclavos.

Y aun así, el robot la mantenía ocupada con las flores.

Erasmo solía quedarse inmóvil a su lado mientras trabajaba, con su rostro oval impenetrable cuando la retaba a discutir.

—La comprensión empieza por el principio —había dicho—. Debo construir unos cimientos antes de poder comprender algo.

—Pero ¿cómo utilizarás ese conocimiento? —Serena arrancó mala hierba—. ¿Pensarás en formas más extravagantes de infligir desdicha y dolor?

El robot hizo una pausa, su rostro convertido en un espejo que reflejaba una imagen distorsionada de Serena.

—Ese no es... mi objetivo.

—Entonces, ¿por qué tienes a los esclavos encerrados en unas condiciones tan terribles? Si no pretendes causar desdicha, ¿por qué no les das un sitio limpio donde vivir?

¿Por qué no les proporcionas mejor comida, educación y atenciones?

—No es necesario.

—Para ti quizá no —dijo, sorprendida por su audacia—, pero serían más felices y trabajarían mejor.

Serena era testigo de que Erasmo vivía rodeado de lujos (una afectación, puesto que ningún robot necesitaba tales cosas), pero los esclavos de la mansión, sobre todo los que se hacinaban en los recintos comunales, vivían en la mugre y el miedo. Siguiera cautiva o no, tal vez podría mejorar sus condiciones. Al menos, lo consideraría una victoria sobre las máquinas.

—Haría falta una máquina pensante verdaderamente... sofisticada —continuó— para comprender que la mejora de la calidad de vida de los esclavos aumentaría su productividad, beneficiando paso a su amo. Los esclavos limpiarían y cuidarían de sus viviendas si contaran con un mínimo de recursos.

—Lo pensaré. Entrégame una lista detallada.

Después de darle sus sugerencias, habían transcurrido dos días sin que Serena viera al robot. Centinelas mecánicos se encargaban de los trabajadores de la villa, con Erasmo desaparecido en sus laboratorios.

Las paredes insonorizadas le impedían oír nada, aunque los olores nauseabundos y la desaparición de algunas personas la dejaron intrigada.

—No te gustaría saber lo que pasa ahí adentro —le dijo por fin otra esclava—. Considérate afortunada si no te piden que vayas a limpiar después.

Serena trabajaba la tierra margosa mientras escuchaba la música clásica que Erasmo siempre ponía. Le dolía la espalda y tenía las articulaciones hinchadas a causa de su

avanzado estado de gestación, pero no cejaba en sus esfuerzos.

Erasmo se acercó con tal sigilo que ella no reparó en él hasta que alzó la vista y vio su rostro reflectante embutido en un cuello de volantes. Se levantó al instante para disimular el susto y se secó las manos en el mono.

—¿Aprendes más espiándome?

—Puedo espiarte siempre que me plazca. Aprendo mucho de las preguntas que hago. —La capa de polímero metálico transformó su rostro en una expresión petrificada de regocijo—. Bien, me gustaría que eligieras la flor que consideres más hermosa. Siento curiosidad por tu respuesta.

Erasmo ya la había puesto a prueba en otras ocasiones. Parecía incapaz de comprender las decisiones subjetivas, en su deseo de cuantificar cuestiones de opinión y gusto personal.

—Cada planta es hermosa a su manera —contestó la joven.

—Pese a todo, elige una. Después, explícame por qué. Serena paseó por los senderos de tierra, mirando de un lado otro. Erasmo la siguió, grabando cada momento de vacilación. —Hay características visibles, como color, forma y delicadeza —dijo el robot—, y variables más esotéricas, como el perfume.

—No olvides el componente emocional. —La voz de Serena se tiñó de nostalgia—. Algunas de estas plantas me recuerdan mi hogar de Salusa Secundus. Ciertas flores podrían tener un valor mayor para mí, aunque no necesariamente para nadie más. Tal vez recuerdo una ocasión en que el hombre al que amo regaló un ramo. Pero tú no comprenderías tales asociaciones.

—No me vengas con excusas. Elige.

Serena señaló una inmensa flor elefante con franjas de un naja y rojo brillantes, realzadas por un estigma en forma de cuerno en el centro.

—En este momento, esta es la más hermosa.

—¿Por qué?

—Mi madre las cultivaba en casa. De niña, nunca pensé que fueran muy bonitas, pero ahora me recuerdan días más felices..., antes de conocerte.

Se arrepintió de inmediato de su sinceridad, porque revelaba demasiado sobre sus pensamientos íntimos.

—Muy bien, muy bien.

El robot no hizo caso del insulto y contempló la flor elefante, como si analizara todos sus aspectos con sus capacidades sensoras. Como un experto en vinos, intentó describir los méritos de su perfume, pero a Serena sus análisis le sonaron clínicos, faltos de las sutilezas y componentes emocionales que habían motivado su elección.

Lo más extraño era que Erasmo parecía consciente de sus deficiencias.

—Sé que los humanos son, en algunos aspectos, más sensibles que las máquinas..., de momento. Sin embargo, las máquinas cuentan con más posibilidades de llegar a ser superiores en todas las parcelas. Por eso deseo comprender todos los aspectos de la vida biológica consciente.

Con un estremecimiento involuntario, Serena pensó en los laboratorios cerrados, convencida de que las actividades secretas de Erasmo abarcaban algo más que el estudio de las flores hermosas.

Erasmo supuso que estaba interesada en sus observaciones.

—Bien desarrollada, una máquina pensante podría ser más perfecta intelectual, creativa y espiritualmente que cualquier humano, con una capacidad y libertad mentales

sin paralelo. Me inspiran las maravillas que podríamos lograr, si Omnius no ejerciera tanta presión sobre las demás máquinas para que se conformen con lo que hay.

Serena escuchaba, con la esperanza de obtener información. ¿Captaba un conflicto en potencia entre Erasmo y la supermente?

—La capacidad de recabar información es la clave —continuó el robot—. Las máquinas absorberán no solo más datos, sino más sentimientos, en cuanto los comprendamos. Cuando eso ocurra, podremos amar y odiar con más pasión que los humanos. Nuestra música será más sublime, nuestros cuadros más exquisitos. Una vez adquiramos un conocimiento total de nosotros mismos, las máquinas pensantes crearán el mayor renacimiento de la historia.

Serena frunció el ceño.

—Podéis seguir mejorando, Erasmo, pero los seres humanos solo utilizamos una ínfima parte del cerebro. Poseemos un enorme potencial de desarrollar nuevas aptitudes. Vuestra capacidad de aprendizaje no es mayor que la nuestra.

El robot se quedó petrificado, como sorprendido.

—Muy cierto. ¿Cómo he podido pasar por alto un detalle tan importante? —Su rostro se convirtió en una máscara pasiva y contemplativa, y luego se metamorfoseó en una amplia sonrisa—. El camino de la perfección será largo. Harán falta más investigaciones.

Cambió bruscamente de tema, como para subrayar la vulnerabilidad de Serena.

—¿Cómo va tu bebé? Háblame de las emociones que sientes por su padre y descríbeme el acto físico de la copulación.

Serena guardó silencio, mientras intentaba detener la marea de recuerdos dolorosos. Erasmo consideró

fascinante su reticencia.

—¿Te sientes atraída físicamente hacia Vorian Atreides? He sometido a todo tipo de análisis a ese joven apuesto. Es de una casta excelente. Cuando haya terminado tu embarazo, ¿te gustaría copular con él?

La respiración de Serena se aceleró, y concentró su mente en recuerdos de Xavier.

—¿Copular? Pese a tus numerosos estudios, hay muchas cosas de la naturaleza humana que tu cerebro mecánico nunca comprenderá.

—Eso ya lo veremos —repuso con calma Erasmo.

75

> La conciencia y la lógica no son criterios fiables.
>
> PENSADORES,
> *Postulados fundamentales*

Un grupo conectado de robots obrero correteó sobre el casco del *Viajero onírico* cuando la nave se posó sobre una estructura que abarcaba un cráter artificial en los terrenos del espaciopuerto. Diminutas máquinas reptaron en el interior de las lumbreras de escape y restregaron las cámaras del reactor, un ejército coordinado de unidades de mantenimiento que reparaban los daños infligidos por la Armada de la Liga.

Vor y Seurat contemplaban a los obreros desde lo alto de una plataforma, confiados en que las reparaciones se ejecutarían según las especificaciones programadas.

—Pronto podremos partir —dijo el capitán robot—. Debes de estar ansioso por derrotarme de nuevo en tus juegos de guerra.

—Y tú por contarme chistes que yo no considero divertidos —replicó Vor.

Ansiaba volver a bordo del *Viajero onírico*, pero también le asediaba otra clase de impaciencia, un dolor en el pecho que empeoraba cada vez que pensaba en la hermosa esclava de Erasmo. Pese al desprecio de Serena Butler, no podía dejar de pensar en ella.

Lo peor era que no entendía el motivo. Debido a sus vínculos paternos, Vor Atreides había gozado de numerosas esclavas sexuales, algunas tan adorables como esta. Habían sido criadas y educadas para estas tareas, y vivían en cautividad entre las máquinas pensantes. Pero la esclava de Erasmo, pese a haber sido llevada a la villa contra su voluntad, no parecía sentirse derrotada.

Vor recreaba en la mente su rostro, sus labios sensuales, la mirada penetrante de sus ojos lavanda cuando le miraba con desagrado. Aunque su embarazo era evidente, aun así se sentía atraído hacia ella, y experimentaba unos extraños celos. ¿Dónde estaba su amante? ¿Quién era?

Cuando Vor regresara a la villa de Erasmo, ella no le haría caso o volvería a insultarle. No obstante, ansiaba verla antes de que Seurat y él partieran en otra larga gira de actualización. Ensayaba lo que iba a decirle, pero aun en su imaginación ella siempre se mostraba más ingeniosa que él.

Vor subió una escalerilla y se internó en un estrecho espacio interior, donde vio que un obrero de mantenimiento disponía nuevas redes de circuitos líquidos en el panel de navegación principal. El obrero escarlata trabajaba con sus herramientas incorporadas. Vor avanzó unos centímetros y lanzó un vistazo al panel abierto. Observó la pauta mareante de componentes de colores.

—Te llevarás una decepción si esperas pillarlo cometiendo un error —dijo Seurat desde atrás—. ¿O intentas llevar a cabo tu tantas veces anunciado sabotaje?

—Soy un sucio hrethgir. Nunca sabes lo que podría hacer, vieja Mentemetálica.

—El hecho de que no rías mis chistes indica que careces de inteligencia para trazar un plan tan tortuoso, Vorian Atreides.

—Tal vez todo se reduzca a que no eres divertido.

Por desgracia, las chanzas y los trabajos de reparación no impedían que siguiera pensando en Serena. Se sentía como un adolescente, excitado y confuso al mismo tiempo. Quería hablar con alguien de sus sentimientos, pero no a su amigo robot, que aún comprendía menos a las mujeres que Vor.

La verdad era que necesitaba hablar con Serena. Tal vez con su perspicacia e inteligencia, ella había leído en su interior, pero lo que vio no le agradó. Le había llamado *esclavo incapaz de ver las cadenas*. Un insulto desconcertante, teniendo en cuenta todos los privilegios de su vida. No tenía ni idea de a qué se refería.

El obrero cambió de herramientas para poner a punto un puesto de recogida de datos. El brazo esbelto de la máquina se extendió más para manipular un botón de ajuste del interior del panel.

Seurat, que se hallaba de pie en la cabina del *Viajero onírico*, activó los controles principales de la nave, utilizando métodos de diagnóstico incorporados para verificar los sistemas de navegación.

—He descubierto un atajo a nuestra segunda escala de la ruta. Por desgracia, exige atravesar una estrella azul gigante.

—En ese caso, aconsejo una ruta diferente —dijo Vor.

—Estoy de acuerdo, aunque me molesta perder el tiempo.

Se preguntó qué sería de Serena cuando el niño naciera. ¿Lo destinaría Erasmo a los recintos de esclavos para que no interfiriera en las tareas de Serena? Por primera vez en su vida, Vor sintió compasión por un cautivo humano.

Como hombre de confianza, siempre se había considerado súbdito de los Planetas Sincronizados, y ansiaba convertirse en neocimek algún día. Creía que Omnius gobernaba a los humanos por su bien. De lo contrario, la galaxia se sumergiría en el caos.

Estaba acostumbrado a situaciones en que una parte dominaba y la otra se sometía. Por primera vez, se preguntó si existirían otro tipo de relaciones, basadas en la igualdad. Estaba claro que el capitán robot del *Viajero onírico* era el jefe de Vorian, pero habían llegado a un acuerdo positivo para ambos.

Vor se preguntó si Serena y él serían capaces de forjar una relación en que ambos se trataran con absoluta igualdad. Se trataba de un concepto radical, que hería su sensibilidad. Aun así, creía que ella no aceptaría menos.

El obrero de mantenimiento, encajado en un estrecho espacio detrás del mamparo y el panel de navegación, emitía extraños sonidos y repetía conexiones de prueba una y otra vez.

—Deja que pruebe esa herramienta —dijo Vor al robot con un suspiro.

El obrero giró hacia él y le entregó la sonda de diagnóstico, pero parte de sus extremidades recubiertas de metal interfirieron con una conexión del campo de circuitos expuesto, y se produjo un cortocircuito. El robot chilló. Del panel averiado surgió un hedor a circuitos y sistemas hidráulicos fundidos.

Vorian salió como pudo del estrecho espacio, y luego se pasó la mano por la frente. Seurat examinó el robot y los

componentes ennegrecidos del sistema de navegación.

—Mi conclusión de experto es que hace falta un poco más de mantenimiento.

Cuando Vor rió del comentario, Seurat se quedó sorprendido.

—¿Por qué te parece divertido?

—Nunca pidas a nadie que te explique lo que es el humor, Seurat. Confórmate con las carcajadas.

Después de interrumpir el suministro eléctrico, Vor sacó el robot averiado y lo tiró sobre la cubierta. Se trataba de unidades fáciles de sustituir. Seurat envió la solicitud de un nuevo obrero.

Mientras esperaban a que continuaran las reparaciones, Vor habló de sus sentimientos contradictorios. Tal vez encontraría algo útil en la base de datos del robot.

Las fibras ópticas del robot centelleaban como soles diminutos.

—No entiendo tu problema —dijo Seurat, mientras descargaba un resumen de diagnósticos de un banco de datos de la nave—. Gozas de una situación privilegiada entre las máquinas pensantes. Presenta una solicitud a Erasmo.

Vor estaba exasperado.

—No es eso, Seurat. Aunque Erasmo me cediera a Serena... ¿qué pasaría si ella me rechazara?

—Amplía tu búsqueda. Te planteas dificultades innecesarias. Entre las candidatas humanas de la Tierra, encontrarás con facilidad una hembra compatible, incluso con facciones similares a las de esta esclava en particular, si tanto valoras sus atributos físicos. Vor se arrepintió de haber sacado el tema a colación.

—Las máquinas pensantes pueden ser tan estúpidas a veces.

—Nunca me habías hablado de tales emociones.

—Porque nunca había sentido esto.

Seurat se quedó petrificado.

—Soy consciente intelectualmente del imperativo biológico humano de copular y reproducirse. Estoy familiarizado con 1as diferencias físicas entre hombres y mujeres, y con vuestras urgencias hormonales. Siempre que la herencia genética sea aceptable, la mayoría de sistemas reproductores femeninos son iguales. ¿Por qué es más deseable esta tal Serena que cualquier otra?

—Nunca podría explicártelo, vieja Mentemetálica —dijo Vor mientras miraba por una ventanilla y veía que otro obrero se acercaba a la nave—. Ni siquiera puedo explicármelo a mí mismo.

—Espero que lo consigas pronto. No puedo permitirme el lujo de ir cargándome robots de mantenimiento.

76

> Con frecuencia, la gente muere porque es demasiado cobarde para vivir.
>
> TLALOC,
> *La Era de los Titanes*

El sol abrasador de Arrakis creaba escasas sombras alrededor del monstruo y su confiado jinete. Para su travesura de hoy, Selim estaba muy contento de haber llamado al gusano más grande que había visto hasta el momento.

El naib Dhartha se quedaría aterrorizado, o al menos impresionado. Tal vez Budalá aniquilaría al traicionero naib cono castigo por lo que había hecho al inocente Selim. O quizá concedería al joven la oportunidad de vengarse a su manera. De hecho, Selim prefería esto último...

Después de más de un año de vivir de su ingenio, estaba bien alimentado, sano y feliz. Dios continuaba sonriéndole. El adolescente consumía más melange que nunca.

Selim había establecido seis puestos de suministro más por todo desierto, ocho en total, incluyendo otra estación botánica abandonada que había descubierto, aún más lejos de las montañas colonizadas. Había reunido más material

del que creía posible, lo cual había convertido en un hombre rico, según los criterios de su pueblo.

Por las noches, reía solo del naib Dhartha y los demás aldeanos, que habían querido castigarle con el exilio. En cambio, Selim había renacido en el desierto. Budalá le había salvado, le había protegido. Las arenas le habían purificado, convertido en una nueva persona. Audaz, ingenioso y desafiante, se convertiría en una leyenda entre los nómadas del desierto. ¡Selim Montagusanos!

Pero eso solo sucedería si los zensunni se enteraban de su existencia. Solo entonces accedería al destino que se había fijado, un hombre reverenciado por su pueblo. Les mostraría en qué se había convertido.

Selim espoleó al monstruo hasta las montañas que conocía como la palma de su mano. Después de tanto tiempo viviendo solo sin nadie con quien hablar salvo él mismo, regresaba al único lugar al que podía llamar su hogar, pese a sus deficiencias y los desafíos que planteaba.

Distinguió a lo lejos líneas de roca verticales, como una fortaleza que protegía los valles de los gusanos. Los peregrinos zensunni habían construido sus hogares en aquellas cuevas, ocultando la entrada a ojos extraños. Selim conocía el camino.

El gusano se debatía bajo las piernas doloridas del muchacho reticente a acercarse a las rocas. Selim le obligó a pasar por delante de los altos riscos.

Mantuvo los segmentos abiertos con la lanza metálica, se irguió en toda su estatura y conservó el equilibrio. Su sucia capa blanca ondeaba al viento. Cuando el gusano desfiló ante la entrada de las cavernas, divisó diminutas figuras que parecían mirarle con asombro. Los gusanos nunca se acercaban tanto a las murallas rocosas pero él había guiado

a este, como un monstruo a través de un océano inmenso. Lo controlaba a la perfección.

Selim vio más figuras en las rocas y oyó tenues chillidos, gente que llamaba a los demás. Al poco, estupefactos aldeanos zensunni invadieron los salientes. Le gustó ver sus ojos desorbitados, todos boquiabiertos.

Selim gritó al viento y les dedicó ademanes insolentes. Obligó al demonio a dar media vuelta. El monstruo retorció su cabeza de reptil y se revolvió delante del risco, como un animal amaestrado.

Nadie se movió.

Selim rió y profirió insultos contra el malvado naib Dhartha y el traidor Ebrahim. Con su ropa del desierto y la cara tapada, Selim dudaba de que alguien adivinara quién era. Se llevarían una sorpresa si descubrían que era el presunto ladrón de agua, el exiliado.

Habría obtenido más satisfacción si les hubiera revelado quién era y escuchado sus exclamaciones entrecortadas, pero de momento jugaría un poco con ellos, tejería una leyenda. Un día, se reiría de su incredulidad, tal vez se acercaría lo bastante para invitar al naib Dhartha a montar con él. Rió para sí.

Al cabo de un rato, Selim dirigió el gusano hacia el desierto. El monstruo corrió hacia las dunas con un siseo debido a la fricción. Selim no paró de reír en todo el camino, dando gracias a Budalá por una experiencia tan divertida.

Slahmad, el hijo del naib Dhartha, vio con incredulidad que el enorme gusano giraba en redondo como un animal doméstico y luego se alejaba. Un solo hombre había guiado

al monstruo, una persona diminuta que se erguía sin miedo sobre el lomo.

Increíble. Mis ojos han visto más que la mayoría de zensunni en toda su vida. Y solo tenía doce años.

Mahmad oyó a niños entusiasmados que hablaban de lo emocionante que sería montar en un gusano. Algunos intentaban adivinar la identidad del forastero loco que guiaba al demonio. Otros refugiados zensunni habían fundado pueblos y ciudades en cavernas de las montañas de Arrakis, de modo que podía ser miembro cualquier tribu.

Mahmad levantó la vista, ansioso por formular todo tipo de preguntas, y entonces vio a su padre de pie junto a él, con expresión impenetrable.

—Menudo idiota —gruñó el naib Dhartha—. ¿Quién podría ser tan temerario e indiferente a su supervivencia? Merece ser devorado por las bestias.

—Sí, padre —asintió Mahmad por la fuerza de la costumbre, pero interesantes posibilidades habían desfilado por su mente.

77

El dios de la ciencia puede ser una deidad cruel

TIO HOLTZMAN,
diario codificado (destruido en parte)

Cuando Tio Holtzman descubrió un error de cálculo en el diseño de su fallido generador de resonancia de aleación, montó en cólera. Estaba sentado en su estudio privado, rodeado por los nuevos globos de luz que Norma había diseñado, repasando las tediosas ristras de cifras.

No había pedido a la joven que estudiara los detalles del catastrófico accidente, porque tenía miedo de que localizara un defecto de diseño, y eso sería demasiado violento. Norma había dicho desde el principio que el aparato no funcionaría tal como se esperaba, y había tenido razón. ¡Maldita fuera!

Como consecuencia, el inventor había dedicado horas a repasar el trabajo de sus esclavos calculadores. Y descubrió tres errores de menor importancia. Desde un punto de vista objetivo, aunque los cálculos hubieran sido correctos, su diseño original tampoco habría funcionado..., pero eso no venía al caso, decidió.

Los calculadores habían cometido errores imperdonables, con independencia de la importancia que tuvieran para el problema global. Pero bastaban para sacudirse la culpa de encima.

Holtzman entró como una tromba en la silenciosa sala donde los calculadores estaban sentados a sus mesas, intentando resolver los fragmentos de ecuaciones que Norma les había entregado. Se detuvo en la puerta y les miró de hito en hito.

—¡Cesad toda actividad! A partir de este momento, todo vuestro trabajo será controlado y verificado, pese al tiempo que exija. —pasaré cada papel, estudiaré cada solución. Vuestros errores han retrasado la defensa de la humanidad meses, tal vez años, y no estoy contento.

Los esclavos inclinaron la cabeza, sin establecer contacto visual.

Pero Holtzman no había hecho más que empezar.

—¿Es que no he sido un buen amo para vosotros? ¿No os he dado una vida mejor que la que padecíais en los campos de caña de azúcar o en las marismas? ¿Así me lo pagáis? Los calculadores nuevos le miraron, aterrorizados. Los antiguos, aquellos que no habían muerto de la fiebre, se hundieron en la tristeza más atroz.

—¿Cuántos errores más habéis cometido? ¿Cuántos experimentos más arruinará vuestra incompetencia? —Miró echando chispas a los esclavos, y luego agarró un papel al azar—. De ahora en adelante, si descubro errores intencionados, seréis ejecutados. ¡No lo olvidéis! Como estáis trabajando en un programa de guerra se os acusará de sabotaje y sedición.

Norma entró corriendo en la sala sobre sus cortas piernas.

—¿Qué sucede, sabio Holtzman?

El sabio alzó un papel escrito por él.

—He descubierto graves equivocaciones en mis cálculos del generador de resonancia. Ya no podemos confiar en su trabajo. Tú y yo, Norma, lo repasaremos todo. A partir de ya.

La joven parecía alarmada. Se inclinó apenas.

—Como gustéis.

—En el ínterin —dijo Holtzman, al tiempo que recogía papeles—, voy a reducir vuestras raciones a la mitad. ¿Para qué voy a llenar vuestra panza, si saboteáis nuestros esfuerzos por derrotar al enemigo? —Los esclavos gimieron. Holtzman llamó a los dragones para que se los llevaran—. No toleraré tamaña estulticia. Hay demasiado en juego.

Cuando estuvieron solos en la sala, Norma y él se sentaron y empezaron a estudiar los cálculos nuevos, hoja por hoja. La mujer de Rossak miró al científico como si estuviera sobreactuando, pero el hombre se inclinó sobre una mesa llena de papeles.

Al cabo de un rato, localizaron un error matemático cometido por uno de los nuevos esclavos, el llamado Aliid. Peor aún, el error no había sido percibido por su compañero, un niño llamado Ishmael.

—¡Mira, habría significado otro desastre económico! Estarán conspirando contra nosotros.

—Son solo niños, sabio —dijo Norma—. Me sorprende que sean capaces de efectuar cálculos matemáticos.

Holtzman, sin hacerle caso, ordenó a los dragones que trajeran a los dos muchachos, y luego, como si se lo hubiera pensado mejor, convocó de nuevo a todos los calculadores. Cuando los aterrorizados jóvenes fueron arrastrados a su presencia, el sabio les lanzó una acusación tras otra,

aunque no parecían capaces de sofisticados sabotajes matemáticos.

—¿Pensáis que esto es una broma, un juego? Omnius podría destruirnos en cualquier momento. ¡Este invento podría habernos salvado!

Norma miraba al inventor, sin saber si conocía gran cosa de su proyecto, pero ahora estaba furioso.

—Cuando se plantan moluscos o se corta caña, un error de unos cuantos centímetros no importa. Pero esto... —agitó los cálculos ante sus rostros—, ¡esto podría significar la destrucción de toda una flota de combate!

Paseó su mirada encolerizada por el grupo de calculadores.

—Medias raciones deberían enderezaros. Tal vez cuando vuestros estómagos gruñan, os concentréis mejor en el trabajo. —Se volvió hacia los niños, que se encogieron de miedo—. En cuanto a vosotros dos, habéis perdido la oportunidad de trabajar conmigo. Pediré a lord Bludd que os asigne a los trabajos más duros. Tal vez así podáis demostrar vuestra valía, porque a mí no me servís de nada.

Se volvió hacia Norma, mascullando.

—Los echaría a todos, pero aún perdería más tiempo enseñando a los nuevos.

Sordo a los gruñidos de decepción, sin ningún deseo de escuchar la menor queja, el encolerizado científico salió de la sala, seguido por la mirada de Norma.

Un par de fornidos dragones se llevaron a Aliid e Ishmael.

78

Aprended del pasado. No lo llevéis como un yugo alrededor del cuello.

PENSADOR RETICULUS,
Observaciones desde la perspectiva de un milenio

Agamenón iba al frente de la flota de naves blindadas preparada para atacar a las hechiceras de Rossak. Las naves principales transportaban al general cimek y a los dos titanes que le acompañaban, así como a docenas de ambiciosos neocimeks. Los ojos espía de Omnius controlaban sus movimientos.

Detrás de los cimeks, una flota de naves de guerra robóticas aceleró y les adelantó para llegar antes, esbeltos proyectiles de motores enormes y cargados de artillería. Eran unidades perecederas, que no regresarían a su base. Sus motores no ahorraban combustible para el viaje de vuelta. Llegaron con tal celeridad que, cuando las estaciones sensoras en órbita alrededor de Rossak las detectaron, las máquinas pensantes ya habían abierto fuego. Las naves de vigilancia destacadas en el perímetro del sistema no pudieron lanzar ni un disparo.

Mientras las naves robot atacaban las estaciones orbitales, los cimeks planeaban vengarse en la superficie.

Cuando su fuerza de choque se acercó a Rossak, los cimeks prepararon sus formas de combate blindadas. Servoasas instalaron los contenedores cerebrales en cavidades protegidas, conectaron los mentrodos con los sistemas de control y cargaron las armas. Los tres titanes utilizarían poderosas formas deslizantes, cuerpos voladores armados. Por contra, los neocimeks llevaban cuerpos de combate destructivos parecidos a cangrejos, con los cuales podrían abrirse paso sin problemas a través de la selva.

Agamenón y sus cimeks aceleraron. Instalado en su cuerpo volador, el general probó sus armas integradas. Estaba ansioso por notar el tacto de roca, metal y carne en la presa de sus garras cortantes.

Estudió diagramas tácticos y vio que las primeras salvas alcanzaban las estaciones defensivas que orbitaban sobre Rossak. Este puesto de avanzada de la liga era un planeta menor, de población relativamente escasa concentrada en los valles asfixiados por la selva, mientras el resto de la superficie y los océanos continuaban deshabitados. Rossak aún no había instalado los costosos escudos descodificadores Holtzman que protegían planetas humanos de mayor importancia, como Salusa Secundus y Giedi Prime.

Pero las mortíferas hechiceras, con sus siniestros poderes mentales, habían despertado la ira de los cimeks. Sin hacer caso de la batalla espacial, las naves de Agamenón se precipitaron hacia la turbia atmósfera. En las ciudades de las cavernas encontrarían a las hechiceras, sus familias y amigos. Víctimas, todos.

Abrió un vínculo mental con su fuerza de ataque cimek.

—Jerjes, toma el mando de la vanguardia, tal como hiciste e Salusa Secundus. Quiero tu nave al frente de todas.

La respuesta de Jerjes no pudo disimular su miedo.

—Deberíamos ser precavidos con esas mujeres telépatas, Agamenón. Mataron a Barbarroja, destruyeron todo lo que encontraron en Giedi Prime...

—Y nos dieron ejemplo. Enorgullécete de ser el primero en intervenir. Demuestra tu valía, y agradece la oportunidad.

—Yo... ya he demostrado mi valía muchas veces a lo largo de los siglos —dijo Jerjes en tono petulante—. ¿Por qué no enviamos primero robots de combate? No hemos visto la menor indicación de que Rossak cuente con una red descodificadora...

—Sea como sea, tú dirigirás el ataque. ¿Es que no tienes orgullo..., o vergüenza?

Jerjes cesó en sus excusas. Hiciera lo que hiciese por redimirse, no podría compensar jamás la equivocación que había cometido un milenio antes...

Cuando los primeros titanes todavía conservaban la forma humana, Jerjes era un joven adulador y servil, ansioso por tomar parte en los grandes acontecimientos, pero jamás había albergado la ambición o el impulso de convertirse en un revolucionario indispensable. En cuanto finalizó la conquista, gobernó el subconjunto de planetas que le cedieron los demás titanes. Jerjes había sido el más hedonista de los veinte, y se entregaba a los placeres del cuerpo físico. Había sido el último en someterse a cirugía cimek, pues no deseaba desprenderse de sus maravillosas sensaciones.

Pero después de más de un siglo de mandato, el descarriado Jerjes delegó excesivas tareas en las máquinas

inteligentes programadas por Barbarroja. Hasta dejó que la red informática tomara decisiones por él. Durante las Rebeliones Hrethgir de Corrin, Richese y Walgis, Jerjes había confiado el mantenimiento del orden en sus planetas a las máquinas pensantes. Con su falta de atención a los detalles y su confianza ciega en la red de inteligencia artificial, había concedido manga ancha a las máquinas para reprimir el descontento. Ordenó a la red que se ocupara de todos los problemas que surgieran.

El ordenador consciente utilizó este acceso sin precedentes al núcleo de la información, aisló a Jerjes y se apoderó del planeta al instante. Para derrocar al Imperio Antiguo, Barbarroja había programado las máquinas pensantes con la posibilidad de ser agresivas, y así tener un incentivo para la conquista. Con su nuevo poder, la recién creada entidad, después de autobautizarse Omnius, conquistó a los titanes y tomó el mando, tanto de cimeks como de humanos, en teoría por su bien.

Agamenón se había maldecido por no vigilar con más constancia a Jerjes, y por no ejecutarle sumariamente cuando se conoció su negligencia.

La conquista se había esparcido como una reacción nuclear, antes de que los titanes pudieran avisarse entre sí. En un abrir y cerrar de ojos, los planetas dominados por los titanes se convirtieron en Planetas Sincronizados. Nuevas encarnaciones de la supermente brotaron como malas hierbas electrónicas, y el dominio de las máquinas pensantes fue una realidad.

Los sofisticados ordenadores habían descubierto ínfimos defectos en la programación de Barbarroja, lo cual les permitió poner trabas a los antiguos gobernantes. Todo porque Jerjes les había abierto la puerta. Un acto imperdonable, en opinión de Agamenón.

Las naves cimek dejaron atrás las estaciones orbitales, que estaban siendo atacadas con proyectiles explosivos por naves de guerra robóticas.

El planeta les aguardaba desprotegido, una bola gigantesca sembrada de nubes con continentes ennegrecidos, volcanes activos, mares ponzoñosos y exuberantes extensiones de selva púrpura y viviendas humanas.

—Buena suerte, amor mío —dijo la voz sensual de Juno por su frecuencia privada. Sus palabras provocaron un hormigueo en los contornos del cerebro de Agamenón.

—No necesito suerte, Juno. Necesito la victoria.

Cuando empezó el inesperado ataque, un puñado de naves de guerra y kindjals blindados despegaron del dosel selvático polimerizado para colaborar en la defensa espacial. Las plataformas orbitales ya estaban padeciendo graves daños.

Al tiempo que convocaba a su grupo de pupilas, Zufa Cenva agarró a Aurelius Venport, consciente de que podía realizar una serie de tareas.

—Demuéstrame tu capacidad de liderazgo. Evacua a la gente. No tenemos mucho tiempo.

Venport asintió.

—Los hombres hemos desarrollado un plan de emergencia, Zufa. Vosotras no erais las únicas que pensabais en el futuro.

Si esperaba algún tipo de alabanza o felicitación por parte de ella, se llevó una decepción.

—Adelante, pues —dijo la hechicera—. El ataque contra nuestras estaciones orbitales es solo el principio, una

simple maniobra de distracción. Los cimeks aterrizarán de un momento a otro.

—¿Cimeks? ¿Alguna de las naves de reconocimiento...?

—¡Piensa, Aurelius! Heoma mató a un titán en Giedi Prime. Saben que poseemos un arma telepática secreta. Este ataque no es casual. ¿Qué les interesa de Rossak? Quieren destruir a las hechiceras.

Venport sabía que Zufa tenía razón. ¿Por qué se preocuparían las máquinas pensantes por las plataformas orbitales? Intuyó que muchos otros presentían también el peligro. Percibió el pánico que se estaba propagando entre los habitantes de las cavernas.

La mayoría de nativos de Rossak carecían de poderes especiales, y muchos padecían defectos o debilidades congénitas causadas por las toxinas ambientales. Pero una hechicera había causado graves daños a los cimeks en Giedi Prime, y ese era el motivo del ataque de las máquinas.

—Mis hechiceras ofrecerán resistencia..., y ya sabes lo que eso significa. —Zufa se irguió en toda su estatura, y le miró con incertidumbre y compasión—. Ponte a salvo, Aurelius. No eres importante para los cimeks.

Una repentina determinación se instaló en el rostro de Aurelius.

—Organizaré la evacuación. Podemos escondernos en la selva, ocuparnos de cualquiera que necesite ayuda especial para huir. Mis hombres cuentan con provisiones ocultas, refugios, cabañas de procesamiento...

Zufa parecía agradablemente sorprendida por su energía.

—Bien. Dejo en tus manos a los torpes.

¿Los torpes? No era el momento de discutir con ella. Venport sus escudriñó sus ojos, por si traicionaban miedo.

—¿Vas a sacrificarte? —preguntó, en un intento de disimular sus sentimientos.

—No puedo —admitió con dolor Zufa—. ¿Quién entrenaría a las hechiceras?

Aurelius no acabó de creerla.

La mujer vaciló, como si esperara algo más de él, y luego se alejó corriendo por el pasillo.

—Cuídate —gritó Venport.

Después, recorrió a toda prisa los pasillos, llamando a las familias.

—¡Hemos de refugiarnos en la selva! Propagad el mensaje. —Alzó la voz y dio órdenes sin vacilar—. ¡Los cimeks atacan!

Venport indicó a media docena de jóvenes que pasaran de vivienda en vivienda, hasta asegurarse de que el mensaje había llegado a todo el mundo. Mientras los jóvenes corrían a terminar su tarea, se dedicó a recorrer las cámaras aisladas. Hombres, mujeres, una mescolanza de formas corporales. Pese al alboroto, una pareja de ancianos se habían quedado sentados en su cubículo, a la espera de que la emergencia terminara. Venport les acompañó hasta una plataforma de carga que les transportó hasta el nivel del suelo.

Vio que los cables elevadores bajaban a más gente. Sus exploradores y recolectores de drogas controlaban la situación al pie de los riscos. Conocían los atajos, sabían dónde se hallaban los refugios.

Señales enviadas por las naves de la Armada indicaron que la batalla trabada alrededor de las plataformas orbitales no iba bien. Una nave de reconocimiento superviviente transmitió la advertencia de que docenas de naves cimek habían iniciado el descenso.

—¡Deprisa! —gritó Venport—. ¡Evacuad la ciudad! Las hechiceras están preparando la defensa.

Otro grupo descendió a bordo de una plataforma sobrecargada. De pronto, proyectiles al rojo vivo perforaron la atmósfera dejando una estela de humo negro.

—¡Más deprisa! —gritó Venport, y luego se internó en los túneles para buscar a los últimos rezagados, consciente de que quedaban pocos segundos para salvarles.

79

> Tenemos nuestras vidas, pero también nuestras prioridades. Demasiada gente no reconoce la diferencia.
>
> ZUFA CENVA,
> discurso a las hechiceras

Las naves cimek aterrizaron sobre la vegetación púrpura y plateada. Las armas dispararon chorros de lava desde los cascos y prendieron fuego al espeso follaje. El incendio se esparció con toda celeridad.

Las naves se abrieron con un estruendo que estremeció el aire, y los cuerpos mecánicos emergieron. Tres naves descargaron formas deslizantes blindadas, mientras el resto escupía formas móviles similares a cangrejos erizadas de armas.

Jerjes voló sobre la selva en dirección al enclave de las hechiceras telépatas. Extendió las alas y se dejó llevar por las corrientes de aire.

—Voy hacia allí —anunció.

—Mata a esas zorras por nosotros, Jerjes —dijo Juno, mientras Agamenón y ella preparaban sus cuerpos deslizantes.

—Mátalas por Barbarroja —añadió Agamenón con voz airada.

Jerjes voló hacia los riscos. Las máquinas de combate de los ansiosos neocimeks penetraban en la selva, volaban obstáculos, destruían todo cuanto aparecía ante su vista.

Cuando vio las madrigueras de los riscos, Jerjes sobrevoló unos instantes el dosel polimerizado que formaba una pequeña pista de aterrizaje para naves hrethgir, y después lanzó quince proyectiles,

La mitad se estrellaron contra las paredes de roca, y otros penetraron en los túneles donde los humanos vivían como gusanos.

Jerjes efectuó una veloz retirada y se elevó en el cielo.

—¡Nuestro primer golpe! —graznó cuando vio venir hacia él a Agamenón y Juno—. Que los neocimeks continúen la tarea.

Los neocimeks de infantería avanzaban entre la maleza con sus piernas extensibles. Lanzaron granadas de plasma que les abrieron un sendero hasta las ciudades de los túneles. El follaje púrpura ardía a su alrededor, los árboles cubiertos de hongos estallaban en columnas de llamas que asustaban a los animales. Aves majestuosas alzaban el vuelo, y los cimeks las desintegraban en nubes de plumas chisporroteantes.

Aunque complacido por la buena marcha del ataque, Agamenón no felicitó a nadie. Juno y él avanzaron para efectuar el segundo ataque aéreo desde posiciones diferentes. Abajo, los neocimek en forma de cangrejo habían llegado a los riscos para completar la destrucción.

Zufa Cenva y sus hechiceras se prepararon en una habitación interior que Aurelius Venport había destinado a

sus reuniones de negocios. Ninguna manifestaba miedo, solo furia y determinación. Durante el último año, estas mujeres habían aceptado su principal propósito en la vida, aunque el resultado fuera la muerte.

—Para esto hemos sido entrenadas —dijo Zufa—. Pero no os engañaré sobre nuestras posibilidades.

Intentaba aparentar confianza en sí misma, aunque no sabía muy bien qué decir.

—Estamos preparadas, maestra Cenva —dijeron las mujeres a unísono.

Respiró hondo, se calmó, utilizó el control mental que tanto se había esforzado por transmitir a sus estudiantes.

Las paredes de piedra de la cámara temblaron cuando las primeras bombas encontraron sus objetivos y dispersaron nubes venenosas en los túneles. Aurelius Venport se había adelantado a los acontecimientos y tomado la precaución de que cada mujer tuviera una máscara para respirar, mientras él evacuaba al resto de la población. Zufa se sorprendió de no haberlo pensado ella misma Confió en que Aurelius se hubiera puesto a salvo, en que no hubiera perdido el tiempo intentando proteger sus reservas de drogas.

Miró a las devotas mujeres erguidas ante ella. Conocía sus nombres y posibilidades. Tirbes, que podría convertirse en la mejor si era capaz de controlar su potencial; la impulsiva Silin; la creativa e impredecible Camio; Rucia, que obedecía a su propio código de honor... y más.

—Camio —dijo—. Te elijo para que asestes el siguiente golpe.

Camio se puso la mascarilla sobre la cara y salió de la cámara protegida. Avanzó sin vacilar y empezó la meditación necesaria para convocar el poder encerrado en su cerebro. No vio cadáveres en los pasillos de piedra, lo

cual significaba que la población había sido evacuada con éxito. Ahora, nada retendría a las hechiceras.

El suelo estaba sembrado de escombros, resultado de las explosiones. Hilillos de vapor verdoso introducían veneno en las cavernas. Camio no temía por su vida, pero tenía que apresurarse.

Oyó el silbido de un proyectil y se apretó contra la pared del túnel. Una potente explosión se produjo en la cara del risco, y la onda de choque invadió los pasillos y las viviendas. Camio recuperó el equilibrio y siguió adelante. Una enorme energía contenida cantaba en su mente. No miró los tapices ni los muebles, las habitaciones y salas de reuniones donde había transcurrido su vida.

Rossak era su hogar. Las máquinas eran sus enemigos. Camio era un arma.

Cuando llegó a la entrada y miró la selva en llamas, vio tres formas de cangrejo provistas de contenedores cerebrales blindados, que colgaban como sacos de huevos justo encima de las piernas. Cada una era un humano que había vendido su alma y jurado lealtad a las máquinas pensantes.

Camio oyó el tronar de continuas explosiones en la jungla, el rugido del plasma que carbonizaba el follaje púrpura. Formas aéreas se preparaban para un nuevo ataque, descargaban veneno y esparcían llamas. Docenas de neocimeks corrían hacia los riscos protegidos, destruyendo todo cuanto encontraban a su paso.

Debía esperar hasta el último momento para eliminar el mayor número posible de enemigos.

Camio percibió el sonido de tres formas móviles que estaban escalando el risco, utilizando soportes y garras con borde de diamante para aferrarse a la pared rocosa.

Sonrió al trío de neocimeks similares a cangrejos. Piernas flexibles blindadas izaron el núcleo corporal erizado de armas hasta las cuevas principales. Camio se erguía sola en la puerta, plantando cara a sus enemigos.

El primer invasor se enderezó, y la joven vio las centelleante fibras ópticas que rodeaban sus torretas cargadas de armas. El cimek la detectó y giró los lanzallamas en dirección al nuevo objetivo.

Justo antes de que pudiera disparar, Camio liberó la energía concentrada en su mente y en su cuerpo. Descargó una tormenta mental que derritió los cerebros de los tres neocimeks más cercanos y dañó a otros dos que empezaban a trepar por el risco. Cinco cimeks eliminados de la batalla.

Su último pensamiento fue que había vendido cara su vida.

Después de Camio, cuatro hechiceras más fueron saliendo, de una, en una. Cada vez que elegía a una de las mujeres, Zufa Cenva experimentaba la atroz pérdida. Eran como verdaderas hijas, y perderlas era como engullir tragos de ácido. Pero sus voluntarias sacrificaban la vida de buen grado para aplastar la ofensiva cimek,

—Las máquinas pensantes no deben vencer jamás.

Por fin, la sexta voluntaria de Zufa, Silin, regresó viva pero desorientada, con su piel lechosa enrojecida. Se había preparado mentalmente para morir. En cambio, no había encontrado nada que destruir.

—Han retrocedido lejos de nuestro alcance, maestra Cenva —informó—. Los cimeks están regresando a sus naves. Las formas caminadoras y volantes han vuelto a la zona de aterrizaje.

Zufa corrió hacia la ventana. Vio los restos carbonizados de sus cinco comandos caídos, cada mujer abrasada por su propio fuego mental. Vio que las terribles máquinas de cerebro humano subían a sus naves y se elevaban.

Con el tiempo, los refugiados regresarían. Aurelius Venport les traería de vuelta. Bajo su supervisión, la gente de Rossak reconstruiría y repararía las ciudades de los riscos con orgullo y confianza, conscientes de que habían resistido el asalto de las máquinas pensantes.

Zufa Cenva tenía que aferrarse a eso.

—Definimos las victorias a nuestra manera —dijo en voz alta.

Cuando los tres titanes sumaron sus naves a la flota robótica, Agamenón dio un resumen antes de que Juno o el idiota de Jerjes proporcionaran a las máquinas pensantes información que no deseaba entregar. El general cimek maquillaría la verdad en función de sus propósitos.

—Hemos causado daños significativos —declaró Agamenón a los ojos espía que grababan—. Aunque perdimos varios neocimeks en nuestro ataque directo contra Rossak, infligimos daños celulares mortales a cinco hechiceras, como mínimo.

Por un canal privado, Juno transmitió su sorpresa y placer por el informe sesgado del general. Jerjes tuvo la prudencia de callar.

—Hemos asestado un golpe trascendental a la nueva arma telepática hrethgir —continuó Agamenón, fingiendo orgullo pese al desastre—. Debería significar una drástica merma de sus capacidades.

De forma similar, había adornado acontecimientos del pasado cuando escribía sus memorias, para adaptarlos a su

visión de los lechos. Omnius nunca cuestionaría el resumen, porque encajaba técnicamente con los datos objetivos.

—Lo mejor de todo —añadió Juno—, es que no hemos perdido ningún titán en la ofensiva. Los neocimeks pueden sustituirse.

Con las dos estaciones orbitales de Rossak seriamente dañadas por las naves de guerra robot, y miles de humanos muertos a bordo, la flota de las máquinas pensantes se alejó de los restos de naves y plataformas. Abajo, las selvas de los cañones habitables seguían ardiendo.

—En mi opinión, Omnius puede calificar el ataque contra Rossak como una victoria sin precedentes —dijo Agamenón.

—Estamos de acuerdo —corearon Juno y Jerjes.

80

> Es como si un brujo perverso se hubiera dedicado a emporcar un planeta lo máximo posible..., y luego lo hubiera sembrado de melange para rematar la jugada
>
> TUK KEEDAIR,
> correspondencia con Aurelius Venport

Mendigos de ojos endurecidos se apostaban en lugares estratégicos de las calles polvorientas de Arrakis City. Miraban a través de estrechas rendijas practicadas en la tela sucia que cubría sus rostros, y extendían las manos o agitaban campanillas para suplicar agua. Tuk Keedair nunca había visto algo semejante.

Se había visto obligado a quedarse un mes, mientras los nómadas del naib Dhartha recogían melange suficiente para llenar la nave de carga tlulaxa. Keedair había pagado por alojarse en Arrakis City; pero al cabo de una semana decidió que en su lanzadera privada se dormía mejor. Prefería estar lejos de los ojos inquisitivos de los demás huéspedes, de las peleas en los pasillos, de buhoneros y

mendigos. Cuando estaba solo, un hombre nunca tenía que preocuparse por confiar en sus acompañantes.

Arrakis planteaba muchos problemas para establecer un sencillo negocio. Se sentía como un nadador que avanzara contra corriente..., aunque ningún nativo del desierto entendería la comparación. Los hombres de Keedair estaban perdiendo la paciencia a bordo del carguero en órbita, de modo que tuvo que subir para resolver las disputas y evitar estallidos de violencia. Un tlulaxa sabía cómo acabar con las pérdidas. En dos ocasiones, disgustado por tripulantes indisciplinados que se aburrían demasiado para saber comportarse, había vendido sus contratos de trabajo a equipos de investigación geológica enviados a las profundidades del desierto. Si aquellos tipos conseguían regresar a Arrakis City antes de que el transporte partiera con su carga de especia, se arrastrarían de rodillas y le suplicarían que les llevara de vuelta al sistema de Thalim.

Otro problema. Aunque el naib Dhartha era el teórico socio de Keedair en este negocio, el líder zensunni no confiaba en nadie más. Con el fin de aumentar la velocidad y la eficacia, Keedair se había ofrecido a presentarse con su lanzadera en el lugar donde los nómadas recolectaban la especia, pero el naib no quiso ni oír hablar de ello. A continuación, Keedair se ofreció a trasladar a Dhartha y su grupo de zensunni hasta su poblado, con el fin de evitar el largo viaje desde un escondite de las montañas, pero esa idea también fue rechazada.

De modo que Keedair tuvo que esperar en el espaciopuerto, semana tras semana, mientras grupos de ratas del desierto desfilaban por la ciudad con la espalda encorvada bajo pesados paquetes llenos de especia. Les pagaba a plazos y regateaba cuando descubría cantidades anormales de arena mezcladas con la melange, con fin de

aumentar el peso artificialmente. El naib clamó su inocencia voz en grito, pero Keedair detectó cierto respeto reticente por un forastero que no se dejaba tomar el pelo. La bodega de Keedair se iba llenando con tal lentitud, que temió perder la razón de un momento a otro.

Keedair calmaba los nervios con ingestas cada vez más repetidas del producto. Se convirtió en un adicto a la cerveza de especia, al café especiado y a cualquier cosa que contuviera el ingrediente.

En sus momentos de mayor lucidez, Keedair cuestionaba su decisión de quedarse en el planeta, y se preguntaba si habría sido más prudente aceptar las pérdidas de su fallida incursión y regresar a los civilizados planetas de la liga. Allí podría volver a empezar, tomar posesión de otro cargamento de esclavos, destinados a la venta en Poritrin o Zanbar, o transportar nuevos órganos a las granjas de Thulaxa.

Sentado en su camarote, Keedair juró que seguiría hasta el final, mientras se acariciaba su larga trenza. Regresar en este momento le obligaría a aceptar enormes pérdidas para el resto del año, y el honor exigiría que se afeitara su hermoso pelo. El orgullo le impulsaba a permanecer en Arrakis el mayor tiempo posible.

Le desagradaba el árido entorno, el olor a rocas quemadas del aire, las tormentas que azotaban las montañas y barrían el espaciopuerto. Pero ¡cómo le gustaba la melange! Día tras día, Keedair se sentaba solo en su lanzadera y consumía enormes cantidades. Incluso añadía especia a sus provisiones de comida empaquetadas, lo cual conseguía que hasta los alimentos más sosos le supieran a ambrosía.

Envuelto en una neblina inducida por las drogas, imaginaba vender el producto a nobles ricos, a hedonistas

de Salusa Secundus, Kirana III y Pincknon, tal vez incluso a los fanáticos bioinvestigadores de Tlulax. Se sentía vibrante y pletórico de vida desde que añadía melange a su dieta, y cada día veía su cara más relajada y joven. Clavó la vista en un espejo iluminado y estudió sus facciones. Los blancos de sus ojos habían empezado a teñirse de un añil anormal, como tinta diluida en la esclerótica.

Los miembros de la tribu del naib Dhartha tenían esos peculiares ojos azules. ¿Un contaminante ambiental? ¿Tal vez una manifestación del consumo desaforado de melange? Se sentía demasiado bien para pensar que fuera un efecto colateral debilitador. Debía tratarse de una pérdida de pigmentación temporal.

Se preparó otra taza de potente café especiado.

A la mañana siguiente, cuando el cielo tachonado de estrellas daba paso a una aurora de colores pastel, un grupo de nómadas se presentó en el espaciopuerto, al mando del naib Dhartha. Cargaban abultados paquetes de especia a sus espaldas.

Keedair se apresuró a recibirlos, mientras parpadeaba debido a la luz brillante del amanecer. Dhartha, envuelto en polvorientas ropas de viaje, parecía satisfecho consigo mismo.

—Aquí está el resto de la melange que habías solicitado, mercader Keedair.

Para mantener las formas, inspeccionó cuatro paquetes al azar, y comprobó que contuvieran melange sin añadidos de arena.

—Como antes, tu producto es aceptable. Es todo cuanto necesitaba para completar mi cargamento. Ahora, regresaré a la civilización.

Pero a Keedair no le gustó la expresión de Dhartha. Se preguntó si obtendría algún provecho en caso de que atacara algunos poblados del desierto y convirtiera en esclavos a las ratas del desierto.

—¿Volverás, comerciante Keedair? —Un brillo de codicia iluminó los ojos añil del naib—. Si pides más melange, será un placer a mí proporcionártela. Podríamos llegar a un amplio acuerdo.

Keedair emitió un gruñido con el que no se comprometía a nada, ya que no deseaba dar demasiadas esperanzas al hombre sobre una futura relación comercial.

—Depende de si obtengo beneficios de este cargamento. La especia es un producto desconocido en la liga, y voy a correr un gran riesgo. —Se irguió en toda su estatura—. Pero llegamos a acuerdo respecto a este cargamento, y yo siempre soy fiel a mi palabra.

Pagó a Dhartha la cantidad restante.

—Si vuelvo, será dentro de muchos meses, tal vez un año. Si pierdo dinero, no volveré jamás. —Echó un vistazo despectivo al mugriento aeropuerto, el desierto y las escarpadas montañas—. Poca cosa más podría conseguir que regresara a Arrakis. Dhartha le miró a los ojos.

—Nadie conoce el futuro, comerciante Keedair.

Una vez cerrado el trato, el líder del desierto hizo una reverencia y retrocedió. Los nómadas vestidos de blanco miraban a Keedair como buitres que acecharan a un animal moribundo, a la espera de despedazar el cuerpo.

Volvió a su lanzadera sin más despedidas, pensando en que, pese todo, esta aventura le reportaría beneficios. Keedair intentó imaginar cómo convertir la especia en un negocio viable a largo plazo, menos problemático que el de capturar y vender esclavos.

Por desgracia, las operaciones que tenía en mente exigirían una importante inversión de capital, y no contaba con tanto dinero. Pero sí pensó en un inversor concreto. Justo la persona que necesitaba, un experto en drogas exóticas, un hombre de gran riqueza y visión..., un empresario capaz de juzgar con objetividad el potencial de dicha operación.

Aurelius Venport, de Rossak.

81

«Yo no soy malo —dijo Shaitan—. No trates de poner etiquetas a lo que no comprendes.»

Sutra budislámico

Mientras Serena se ocupaba de las flores plantadas en delicados tiestos de terracota, Erasmo la observaba con incesante fascinación.

Ella levantó la vista, sin saber hasta qué punto podía (o debía) provocar a la máquina pensante.

—Con el fin de comprender a la humanidad, Erasmo, no es necesario infligir tanta crueldad.

El robot volvió la cara hacia ella y formó una expresión de perplejidad.

—¿Crueldad? Nunca ha sido esa mi intención.

—Eres malvado, Erasmo. Veo cómo tratas a los esclavos humanos, cómo los atormentas, los torturas, les obligas a vivir en terribles condiciones.

—Yo no soy malvado, Serena, solo curioso. Me enorgullezco de la objetividad de mis investigaciones.

La joven se hallaba detrás de un tiesto en el que crecía un grupo de geranios rojos, como para protegerse en caso

de que el robot se pusiera violento.

—Ah, ¿sí? ¿Qué me dices de las torturas que perpetras en tus laboratorios?

Erasmo le dedicó su expresión más indescifrable.

—Se trata de mis investigaciones particulares, realizadas bajo los controles más estrictos y delicados. No debes entrar en los laboratorios. Te prohíbo verlos. No quiero que te entrometas en mis experimentos.

—Tus experimentos con ellos... ¿o conmigo?

El robot le dedicó una sonrisa de una placidez enloquecedora y no contestó.

Irritada con él, consciente del daño que Erasmo estaba haciendo y muy preocupada por el hijo que llevaba en las entrañas, Serena propinó un empujón al tiesto, que quedó destrozado sobre las baldosas vidriadas del invernadero.

Erasmo contempló los fragmentos de arcilla, la tierra diseminada, las flores rojas pisoteadas.

—Al contrario que los humanos, yo nunca destruyo de manera indiscriminada, sin motivo.

Serena alzó la barbilla.

—Tampoco te muestras bondadoso. ¿Por qué no haces buenas obras, para variar?

—¿Buenas obras? —Erasmo parecía realmente interesado—. ¿Por ejemplo?

Aspersores automáticos regaron las plantas con un suave siseo.

—Alimenta mejor a tus esclavos —dijo Serena, que no quería dejar pasar la oportunidad—, para empezar. No solo a los privilegiados de confianza, sino también a los criados de la casa y a los pobres desdichados que tienes hacinados como animales en tus recintos.

—¿Una alimentación mejor equivaldrá a una buena obra? —Preguntó Erasmo.

—Eliminará uno de los aspectos de su desdicha. ¿Qué puedes perder, Erasmo? ¿Tienes miedo?

El robot no mordió el anzuelo.

—Lo pensaré —se limitó a contestar.

Cuatro centinelas robot interceptaron a Serena cuando iba a pasear por la villa. La escoltaron hasta el patio abierto encarado al mar. Los robots estaban bien blindados y portaban proyectiles integrados pero no eran aficionados a conversar. Avanzaron sin vacilar, con Serena entre ellos.

La joven intentó reprimir un miedo inexplicable. Nunca sabía que brutales experimentos podía imaginar Erasmo.

Bajo el inmenso cielo azul, vio aves que volaban en círculos sobre los acantilados. Olió la sal marina, oyó el lejano susurro del oleaje. Entre las extensiones de césped verde y los arbustos bien podados que dominaban los recintos de esclavos, se quedó estupefacta al ver largas mesas rodeadas de cientos de sillas. Los robots habían dispuesto un sofisticado banquete bajo el sol, las mesas preparadas con cubiertos centelleantes, vasos llenos de líquidos coloreados, y bandejas rebosantes de carnes humeantes, frutas exóticas y postres dulces. Había ramos de flores en cada mesa, lo cual contribuía a destacar la fastuosidad de la escena.

Multitudes de nerviosos esclavos se hallaban inmóviles detrás de unas barreras, contemplando con anhelo y temor al mismo tiempo los platos de las mesas. Aromas sabrosos y perfumes afrutados impregnaban el aire, tentadores e incitadores.

Serena paró en seco, asombrada.

—¿Qué es todo esto?

Los cuatro robots que la escoltaban avanzaron un paso, y luego también se detuvieron.

Erasmo se acercó a ella con expresión satisfecha.

—Es una fiesta, Serena. ¿No te parece maravilloso? Tendría que alegrarte.

—Estoy... intrigada —contestó ella.

Erasmo alzó sus manos metálicas, y los robots centinela apartaron las barreras, indicando a los esclavos que entraran. Los esclavos elegidos corrieron a las mesas, con aspecto intimidado.

—He seleccionado el grupo con todo cuidado —explicó Erasmo—, con representantes de todas las diferentes castas: humano, de confianza, obreros, artesanos, incluso los esclavos más groseros

Los cautivos tomaron asiento muy tiesos, contemplaron la comida y removieron las manos en su regazo. Su expresión era de confusión mezclada con miedo. Muchos de los invitados tenían aspecto de desear estar en cualquier sitio menos aquí, porque nadie confiaba en el dueño de la casa. Lo más probable era que la comida estuviera envenenada, y todos los invitados morirían de una manera espantosa, mientras Erasmo tomaba notas.

—¡Comed! —dijo el robot—. Os he preparado este banquete Es mi buena obra.

Ahora, Serena comprendió lo que estaba haciendo.

—No me refería a esto, Erasmo. Yo quería que les dieras mejores raciones, que mejoraras su nutrición diaria, que fortalecieras salud. Un solo banquete no consigue nada.

—Les predispone en mi favor. —Algunos invitados sirvieron comida en sus platos, pero nadie se atrevió a dar un bocado—. ¿Por qué no comen? He sido generoso.

El robot miró a Serena en busca de una respuesta.

—¿Cómo lo saben? ¿Cómo pueden confiar en ti? Dime la verdad, ¿has envenenado la comida? ¿Algún plato al azar?

—Una idea interesante, pero no forma parte del experimento. Erasmo seguía perplejo—. Sin embargo, la mirada del observador suele afectar al resultado de un experimento. No veo la forma solucionar este problema. —Entonces, su rostro formó una amplia sonrisa—. A menos que yo también participe en el experimento.

Extendió su sonda sensora, dio la vuelta a la mesa más cercana y hundió el extremo en diferentes salsas y platos, al tiempo que analizaba cada especia o sabor. La gente le miraba vacilante. Serena vio que muchos rostros se volvían hacia ella, esperanza. Tomó una decisión, formó una sonrisa tranquilizadora y alzó la voz.

—Escuchadme. Comed y disfrutad del festín. Erasmo no tiene malas intenciones hoy. —Miró al robot—. A menos que me haya mentido.

—No sé mentir.

—Estoy segura de que podrías aprender, si te esforzaras. Serena caminó hasta la mesa más cercana, pinchó un trozo carne y lo introdujo en su boca. Después, escogió una tajada de fruta y probó un postre.

La gente sonrió, con ojos brillantes. La joven tenía un aspecto angelical mientras iba probando platos, esforzándose por demostrar que el banquete era lo que aparentaba.

—Venid, amigos míos, e imitadme. Aunque no pueda daros la libertad, al menos compartiremos una tarde de felicidad.

Como hombres famélicos, los cautivos se precipitaron sobre las bandejas, se sirvieron raciones abundantes, gruñendo de placer, derramando salsa, chupándose los dedos para no desperdiciar nada. La miraban con gratitud y

admiración, y Serena sintió un calor interior, satisfecha de haber conseguido algo para aquellos desdichados.

Por primera vez, Erasmo había intentado hacer una buena obra Serena confiaba en animarle a continuar.

Una mujer se acercó y tiró de la manga de Serena. Esta examinó los grandes ojos oscuros, el rostro demacrado pero lleno esperanza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la esclava—. Hemos de saberlo. Contaremos a los demás lo que has hecho.

—Soy Serena. Serena Butler. He pedido a Erasmo que mejore vuestras condiciones de vida. Se encargará de que recibáis mejores raciones cada día. —Se volvió para mirar al robot y entornó los ojos—. ¿No es cierto?

El robot le dedicó una plácida sonrisa, como satisfecho, no de lo que había hecho, sino de las cosas interesantes que había observado.

—Como gustes, Serena Butler.

82

> Debido a la naturaleza seductora de las máquinas, suponemos que los avances tecnológicos comportan siempre mejoras y siempre benefician a los humanos.
>
> PRIMERO FAYKAN BUTLER,
> *Memorias de la Yihad*

Tras culpar del fracaso de su resonador a calculadores incompetentes, Tio Holtzman abandonó el proyecto sin más. En privado, era consciente de que el generador nunca sería lo bastante selectivo para dañar a un enemigo robot sin daños colaterales significativos.

Lord Bludd, algo mortificado, había insinuado sin ambages que su gran inventor trabajara en otros conceptos. Aun así, la idea había sido prometedora...

El científico volvió a su campo descodificador original, capaz de desorganizar los sofisticados circuitos gelificados de las máquinas pensantes. Otros ingenieros continuaban modificando los descodificadores portátiles para utilizarlos en ataques terrestres, pero Holtzman pensaba que ahí no acababa la cosa, que el diseño del descodificador podía

transformarse en una potente barrera contra un tipo diferente de armas.

Absorto en su trabajo, procurando esquivar a Norma (debido a su irritante tendencia a señalar sus errores), contempló sus cálculos. Con el objetivo de aumentar la potencia y distribución del campo, forcejeó con las ecuaciones como si fueran cosas vivas. Necesitaba corregir el defecto que había permitido a los cimeks penetrar en Salusa Secundus.

Pensó en armas ofensivas y defensivas al mismo tiempo, las movió en su mente como juguetes. En general, Holtzman sabía que la destrucción total del enemigo se produciría más o menos sin problemas en cuanto la liga burlara las defensas de Omnius. Un simple bombardeo con un número abrumador de cabezas atómicas anticuadas desintegraría los Planetas Sincronizados, pero también mataría a miles de millones de seres humanos esclavizados. No era una solución viable.

En un planetario situado al final de una estrecha escalera, Holtzman activó el holograma de una enorme luna que orbitaba alrededor de un planeta cubierto de agua. La luna describía una larga elipse, escapaba de la atracción gravitatoria de su planeta y cruzaba el sistema solar imaginario hasta estrellarse contra otro planeta, de manera que los dos cuerpos estelares quedaban destruidos. Frunció el ceño y apagó la imagen.

Sí, la destrucción era sencilla. La protección planteaba muchas más dificultades.

Holtzman había pensado en solicitar la colaboración de Norma para su nuevo proyecto, pero se sentía intimidado por la joven. Pese a sus anteriores éxitos, estaba avergonzado por el hecho de que su intuición matemática fuera inferior a la de ella. A Norma le habría gustado

trabajar con él, desde luego, pero Holtzman se sentía propietario exclusivo de la idea. Por una vez, quería lograr algo sin ayuda, ciñéndose a los resultados de los cálculos.

Pero ¿para qué había hecho venir a Norma desde Rossak, sino para aprovechar su talento? Irritado por sus vacilaciones, Holtzman devolvió el proyector planetario a su estante. Había llegado el momento de volver al trabajo.

Entró un dragón con su uniforme de escamas doradas y entregó un fajo de hojas de cálculo, la última serie de modelos teóricos.

Holtzman estudió las cifras finales. Había trabajado una y otra vez en su teoría fundamental, y sus calculadores habían encontrado por fin las respuestas que necesitaba. Entusiasmado, dio uno palmada sobre la mesa, haciendo saltar los documentos amontonados. ¡Sí!

El inventor, satisfecho, organizó sus papeles, apiló con pulcritud las notas, bocetos y fotocopias. Después, esparció las hojas de cálculo como si fueran un tesoro, y llamó a Norma Cenva. Cuando la joven entró, le explicó con orgullo lo que había logrado.

—Te invito a estudiar mis resultados. —Será un placer, sabio Holtzman.

Norma no era competitiva, no anhelaba la fama. Eso complacía a Holtzman. Pero respiró hondo, nervioso.

Le tengo miedo. Odiaba el pensamiento, y trató de alejarlo de mente.

La muchacha subió a un taburete y se dio golpecitos con el dedo en la barbilla, mientras repasaba las ecuaciones. Holtzman paseaba por su laboratorio, miraba de vez en cuando hacia atrás, pero nada distraía a Norma, ni siquiera cuando el sabio movió una pila de prismas tonales resonantes.

Norma asimiló los nuevos conceptos como si estuviera en trance hipnótico. El sabio no estaba seguro de cómo funcionaban sus procesos mentales, solo de que lo hacían. Por fin, Norma emergió de su mundo alternativo y dejó los papeles a un lado.

—Se trata, en efecto, de una nueva forma de campo protector, sabio. Vuestra manipulación de las ecuaciones básicas es innovadora, y hasta yo encuentro dificultades para comprenderlas con todo detalle.

Sonrió como una niña pequeña, y Holtzman tuvo que reprimir una expresión de orgullo y alivio.

Entonces, para su decepción, el tono de Norma cambió.

—Sin embargo, no estoy segura de que la aplicación que intentáis sea viable.

Sus palabras cayeron como gotas de plomo al rojo vivo sobre la piel del sabio.

—¿Qué quieres decir? El campo es capaz de desorganizar tanto los circuitos gelificados de los ordenadores como una intrusión física.

Norma recorrió con los dedos una sección de cálculos de la tercera página.

—Vuestro principal factor de limitación es el radio de la proyección efectiva, aquí y aquí. Por más energía que bombeéis en el generador de campo, no podéis expandirla más allá de un determinado valor constante. Un campo de estas características podría proteger naves y edificios de gran tamaño, con una eficacia maravillosa, en realidad, pero nunca abarcará el diámetro de un planeta.

—En ese caso, ¿podemos utilizar múltiples? —preguntó Holtzman con ansiedad—. ¿Sobreponerlos?

—Quizá —asintió Norma, pero sin mucho entusiasmo—. Pero lo que más me sorprende es esta velocidad variable. —Rodeó otra parte de una ecuación con el dedo—. Si repasáis

los cálculos aquí —cogió una caja de cálculos, oprimió con un punzón diversas aberturas con el fin de poner en movimiento mecanismos internos, y deslizó de un lado a otro estrechas placas—, la velocidad incidental adquiere relevancia cuando la separa como función de la eficacia del campo. De esta manera, con un valor mínimo de la velocidad, el factor de protección es absolutamente insignificante.

Holtzman la miró, incapaz de seguir sus razonamientos.

—¿Qué quieres decir?

Norma era muy paciente con él.

—En otras palabras, si un proyectil se mueve muy despacio podrá penetrar vuestros escudos. El escudo detendrá una bala rápida, pero algo más lento de un cierto valor crítico lo atravesará.

—¿Qué clase de enemigo dispara balas lentas? —dijo Holtzman, al tiempo que recuperaba los papeles—. ¿Tienes miedo de que alguien resulte herido si le arrojan una manzana?

—Solo estoy explicando las ramificaciones de las matemáticas, sabio.

—De modo que mis escudos solo pueden proteger zonas pequeñas, y solo de proyectiles rápidos. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Yo no, sabio Holtzman. Es lo que dicen vuestras ecuaciones

—Bien, tiene que haber una aplicación práctica. Solo quería enseñarte los progresos de mi trabajo. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo mucho más impresionante.

Dio la impresión de que Norma no percibía la petulancia de su voz.

—¿Puedo quedarme una copia?

Holtzman se reprendió por ser roñoso, incluso poco productivo.

—Sí, sí, ordenaré a los calculadores que te hagan una, mientras yo voy a meditar. Puede que me ausente unos días.

—Yo me quedaré aquí —dijo Norma, sin dejar de mirar los cálculos—. Seguiré trabajando.

Holtzman, a bordo de una lujosa barcaza tradicional que surcaba el río, paseaba por cubierta y meditaba sobre las posibilidades. Las corrientes de agua que acariciaban los costados de la embarcación transportaban un olor a metal y barro.

En la sección de popa cubierta, un grupo de turistas bebía vinos espumosos y cantaba canciones, lo cual le distraía. Cuando una mujer reconoció al famoso científico, todo el grupo le invitó a sentarse a su mesa, y aceptó. Tras una cena excelente, compartieron bebidas caras y una conversación razonablemente inteligente. Le encantaban los halagos.

Pero en plena noche, incapaz de dormir, reanudó su trabajo.

Aferrado a sus antiguos éxitos, recordando con qué facilidad fluían las ideas en el pasado, se negó a renunciar a la nueva idea. Sus escudos innovadores poseían un potencial notable, pero tal vez se le escapaba algo. Su lienzo era grande, vaga su misión, pero las pinceladas demasiado gruesas.

¿Por qué debía preocuparse por blindar todo un planeta en un momento dado? ¿Era necesario?

Había otras formas de guerra: combate personal con tropas terrestres, luchas cuerpo a cuerpo en las que los humanos podían liberar a sus hermanos cautivos de los

Planetas Sincronizados. Los ataques a escala planetaria sacrificaban demasiadas vidas. Como una inteligencia artificial podía copiarse indefinidamente, Omnius nunca se rendiría, ni siquiera enfrentado a fuerzas militares abrumadoras. La supermente sería casi invencible..., a menos que comandos especiales invadieran un centro de control, como había sucedido en Giedi Prime.

Mientras paseaba por la cubierta, las estrellas brillaban en el cielo. Holtzman clavó la vista en las paredes rocosas del cañón del Isana, una profunda garganta formada por el río torrencial. Oyó el rugido de los rápidos que se acercaban, pero sabía que la embarcación se desviaría por un canal. Dejó vagar su mente.

Escudos más pequeños... Escudos personales. Tal vez la armadura invisible no detendría proyectiles lentos, pero resistiría a casi todos los ataques militares. Y no era preciso que las máquinas conocieran este punto vulnerable.

Escudos personales.

Si bien el éxito y los elogios serían menos gloriosos, el nuevo concepto defensivo sería muy útil. De hecho, salvaría miles de millones de vidas. La gente podría llevar los escudos como protección personal. Los individuos, como diminutas fortalezas, serían casi inmunes al ataque.

Falto de aliento, volvió a su lujoso camarote de la cubierta superior, cuyo interior estaba iluminado por un globo de luz facetado de Norma. Escribió y reescribió sus ecuaciones hasta bien entrada la madrugada. Por fin, estudió sus resultados con ojos cansados, y escribió con orgullo *Efecto Holtzman*.

Sí, esto funcionará de maravilla.

Pediría un transporte rápido y regresaría a Starda, río abajo. Ardía en deseos de ver la expresión de perplejidad y admiración en la cara de Norma cuando reconociera su

auténtico genio y comprendiera que nunca lo había perdido.

83

No es mi problema.

Dicho de la Vieja Tierra

En las paredes de granito del estrecho cañón fluvial, los esclavos (en su mayoría niños, como Ishmael y Aliid) colgaban de arneses sobre el abismo. Los muchachos trabajaban lejos de los supervisores, sin posibilidad de escape. Solo podían descender por la pared rosa hasta las aguas espumeantes del fondo.

El cuchillo abrasivo del Isana había abierto una empinada garganta, dejando las paredes de piedra tan pulidas y lisas que ninguna hierba o arbusto podía arraigar. Aunque el río era rápido y las aguas traicioneras, este cuello de botella formaba parte de la ruta comercial del río. Las barcazas procedentes de las llanuras continentales (cargadas de grano, zumos de hierbas fermentados, flores especias locales) pasaban por la garganta.

Lord Bludd había decidido colocar un gigantesco mosaico en una pared del cañón, un mural colosal que conmemoraría los triunfos de su noble familia. El extremo norte de la obra empezaba con retrato el idealizado de su

antepasado Sajak Bludd, en tanto la parte sur quedaría virgen para los logros de los futuros señores de Poritrin.

Ishmael, Aliid y sus compañeros fueron obligados a construir mosaico. Los artistas de la corte ya habían grabado con láser en pared el dibujo, y los muchachos colocaban metódicamente los mosaicos sobre la ilustración, cada pieza como un diminuto pixel de lo que, a la larga, sería la obra definitiva. Los andamios colgaban cargados de baldosas geométricas, cortadas de arcilla del río cocida y vidriada con tintes importados de Hagal.

Visto desde la cubierta de los barcos, el mural sería impresionante. Pero suspendido de un arnés y desde tan cerca, Ishmael no podía distinguir detalles. Solo veía un panal de baldosas borroso, un color tras otro pegado con resinas epoxi malolientes.

Aliid, que colgaba a su lado, fijaba ruidosamente las baldosas en su sitio. El ruido de las herramientas resonaba en el cañón: sierras, martillos puntiagudos, escoplos eléctricos. Aliid, que añoraba su vida robada, cantó una canción de Anbus IV mientras trabajaba. Ishmael le secundó con una balada similar de Harmonthep.

Diez metros más abajo, colgado de su arnés, un niño llamado Ebbin compuso una melodía improvisada que describía su hogar de Souci, una luna habitada tan aislada que ni Aliid ni Ishmael, habían oído hablar de ella. Por lo visto, los negreros de Tlulaxa eran expertos en localizar refugios budislámicos, y perseguían a zensunni y zenshiítas por igual.

Los niños hacían gala de más agilidad y energía que hombres o mujeres adultos. Eran capaces de gatear sobre el granito para colocar las baldosas de colores, mientras fríos vientos silbaban en el cañón. Los supervisores no esperaban problemas.

Se equivocaban.

Aliid solía repetir con frecuencia las palabras desafiantes de Bel Moulay. El vehemente líder zenshiíta soñaba con una época en que los esclavos se desprenderían de sus cadenas y volverían a ser libres, regresarían a Anbus IV, Harmonthep, o incluso al misterioso Souci. Ishmael escuchaba aquellas tonterías, pero no quería azuzar más a Aliid.

Ishmael recordaba a su abuelo, y continuaba siendo un paciente pacifista. Sabía que tal vez no vería nunca la caída de los negreros. Aliid no quería esperar. Creía que los esclavos merecían vengarse, tal como Bel Moulay había prometido en sus soflamas incendiarias...

El ostentoso lord Bludd llegó a la plataforma de observación con su séquito. Los artistas de la corte habían adaptado las ideas y bocetos del lord a la pared del cañón, y venía con frecuencia a inspeccionar los trabajos. Cada semana, la plataforma de observación descendía un poco más, a medida que el inmenso mosaico crecía con lentitud sobre los riscos de granito. Flanqueado por sus dragones, el noble felicitó a los encargados del proyecto.

En esta fase, el mural plasmaba la forma en que su bisabuelo, Favo Bludd, había creado una obra de arte única en las grandes praderas, diseños geométricos de flores y malas hierbas que brotaban en estaciones diferentes. Vistas desde el aire, estas obras de arte efímeras cambiaban como imágenes caleidoscópicas. Cada estación, las flores crecían formando dibujos, después granaban, y poco a poco formaban más grupos fortuitos, cuando los vientos alteraban la paleta del plantador.

Desde donde Bludd miraba, rodeado por mezquinos aduladores, los esclavos parecían insectos que gatearan

sobre la pared opuesta. Oyó el ruido de los aparatos y el tono agudo de las jóvenes voces.

Los trabajos progresaban de manera satisfactoria. Figuras, rostros y naves gigantes cubrían el granito: una épica descripción de la colonización de Poritrin y la destrucción intencionada de todos los ordenadores, lo cual devolvió el planeta a una existencia bucólica, dependiente de la mano de obra esclava.

Bludd, un hombre muy orgulloso, conocía bien los rostros de sus antepasados. Por desgracia, mientras estudiaba el juego de la luz y los colores sobre el mosaico inacabado, descubrió que no le satisfacía la cara del viejo Favo. Aunque el dibujo del mosaico seguía con precisión la imagen grabada a láser en el granito, ahora que veía el resultado, no le gustó.

—Fijaos en la cara de lord Favo. ¿No os parece poco acertada?

Todo el séquito se apresuró a darle la razón. Llamó al supervisor del proyecto, explicó el problema y ordenó que retiraran las baldosas de la cara de Favo Bludd, hasta que modelaran de nuevo sus rasgos.

El capataz vaciló un instante, y luego asintió.

Ishmael y Aliid gruñeron al unísono cuando les llegaron las insultantes instrucciones. Se acercaron a la superficie ya terminada. Ishmael colgaba ante el inmenso dibujo geométrico que formaba el ojo del noble.

Aliid, enfurecido, se puso sus gafas protectoras, y después utilizó un martillo de roca para destrozar las baldosas, tal como les habían ordenado. Ishmael le imitó. No dejaba de ser irónico que quitar las baldosas fuera más difícil que colocarlas. La resina epoxi era más dura que el

granito, de modo que no tenían otra alternativa que destrozar el mosaico y dejar que los pedazos cayeran al río.

Aliid estaba furioso por lo absurdo de sus tareas. Ser esclavo ya era bastante malo, pero le encolerizaba repetir un trabajo abrumador porque algún amo arrogante había cambiado de opinión. Descargó su martillo con más fuerza de la necesaria, como si imaginara las cabezas de sus enemigos, y el rebote bastó para que la herramienta se soltara de su presa. El martillo cayó.

—¡Cuidado ahí abajo! —gritó.

El pequeño Ebbin intentó apartarse. Sus pies y manos resbalaron cuando se desplazó sobre la roca pulida. El martillo le alcanzó en el hombro y cortó la correa del torso.

Ebbin resbaló, sin la mitad de su apoyo y con la clavícula rota. Gritó y agarró el lazo del arnés restante, que se clavaba en su brazo derecho.

Ishmael intentó desplazarse de costado para alcanzar el cable que sujetaba a Ebbin. Aliid se esforzaba por descender hasta el muchacho de Souci.

Ebbin sacudía los brazos y las piernas. Dejó caer el martillo. Ishmael aferró la cuerda restante del muchacho y la sujetó, pero no sabía qué hacer.

Los esclavos que se hallaban al borde del cañón empezaron a tirar del cable para subir al muchacho, pero el brazo izquierdo de Ebbin colgaba inerte, y con una clavícula rota poco podía hacer para ayudarse. El cable se atoró con una roca. Ishmael tiró de la cuerda con la intención de soltarla, con los dientes apretados. El chico se encontraba a muy poca distancia por debajo de él.

Ebbin, desesperado, extendió una mano y arañó el aire. Ishmael, sin dejar de asir el cable, intentó alargar su brazo libre para apoderarse de la mano del niño.

De pronto, los trabajadores del borde lanzaron gritos de decepción. Ishmael oyó el chasquido de la cuerda al romperse.

Ishmael se agarró a su arnés. La cuerda fibrosa que sujetaba a Ebbin se deslizó en su mano cerrada y le abrasó la piel. Pese a fractura, Ebbin extendió la mano hacia arriba, y sus dedos rozar los de Ishmael. Después, el niño se precipitó al abismo, con la boca abierta de par en par, los ojos brillantes de incredulidad. El extremo deshilachado del cable de sujeción resbaló por las manos abrasadas de Ishmael.

Ebbin caía dando vueltas hacia el Isana. El agua estaba tan lejos que Ishmael ni siquiera vio al niño hundirse en el río...

Aliid e Ishmael fueron izados hasta el borde del acantilado, donde el responsable del proyecto curó de mala gana sus quemaduras y contusiones.

Ishmael estuvo a punto de vomitar. Aliid estaba silencioso y taciturno, y se echaba la culpa de lo ocurrido. Pero el responsable del proyecto no demostró la menor compasión y gritó a los demás muchachos que volvieran a trabajar.

84

> ¿Existe un límite superior para la inteligencia de las máquinas, y un límite inferior para la estupidez de los humanos?
>
> BOVKO MANRESA,
> primer virrey de la Liga de Nobles

De todas las molestias provocadas por los viles humanos de la Tierra, Ajax consideraba que la sedición era la más imperdonable.

La víctima gemía y sollozaba, intentaba liberarse sin éxito de sus ataduras, mientras el cruel titán paseaba arriba y abajo de la inmensa cámara vacía sobre sus piernas esbeltas. Después de sorprender al capataz en plena traición, Ajax había cerrado una mano artificial alrededor del bíceps derecho del hombre y le había alejado a rastras de sus trabajadores, entre chillidos y tropezones.

Los esclavos habían interrumpido sus tareas, y contemplado con horror y compasión a su capataz, víctima de la ira de Ajax. El cimek desfiló con su aterrorizado cautivo por las calles, y le arrastró por fin al interior de un edificio hueco, llamado Palacio de Justicia.

Lo cual se le antojaba muy apropiado a Ajax.

Como muchos edificios de la capital de la Tierra, el palacio de Justicia no era más que un escenario destinado a transmitir una apariencia de majestuosidad. Por dentro, estaba vacío por completo

Ajax y el traidor podrían celebrar una larga reunión a solas. La idea de que los esclavos se rebelaran le divertía por su falta de lógica, sobre todo si un humano de confianza prestaba su apoyo a tal estupidez.

Enfocó sus numerosas fibras ópticas en el cautivo sollozante. El hombre se había ensuciado encima y sollozaba de una manera patética, balbuciendo más excusas que negativas. No había prisa. Se lo iba a pasar en grande.

—Conspiraste para derrocar a las máquinas pensantes —habló Ajax con voz profunda y firme—. Inventaste historias sobre una extensa resistencia clandestina, con el disparatado propósito de conseguir que los esclavos se rebelaran y lograran la independencia de Omnius.

—¡No es verdad! —aulló el hombre—. Juro que no sabía lo que estaba haciendo. Estaba siguiendo instrucciones. Recibí mensajes...

—¿Recibiste mensajes que te alentaban a la sedición, y no me informaste? —La carcajada ominosa de Ajax provocó que el pobre hombre se meara encima—. Para colmo, pasaste la voz subrepticiamente entre tus cuadrillas de obreros.

Las pruebas eran incontrovertibles, y Ajax esperaba una recompensa por solucionar el problema. Al fin y al cabo, Omnius estaba observando. Tal vez, pensó el cimek, si arrancaba el corazón de la rebelión en ciernes, podría solicitar una recompensa, incluso exigir la oportunidad de luchar en un espectacular combate de gladiadores, como habían hecho Agamenón y Barbarroja.

—Hemos de grabar la sesión. —Ajax avanzó sobre sus piernas blindadas flexibles, al tiempo que agitaba juegos de brazos parecidos a patas de insecto. Agarró la muñeca izquierda del cautivo y la inmovilizó con una presa de polímero metálico—. Dinos tu nombre.

El hombre babeó y suplicó, pero Ajax, iracundo, aumentó su presa y le cortó la mano por la muñeca. El hombre chilló, y el chorro de sangre cubrió el juego delantero de fibras ópticas del cimek. Ajax se maldijo. No había querido infligir tanto dolor antes de que el hombre pudiera contestar a preguntas sencillas.

Mientras el capataz aullaba y se revolvía, Ajax activó un lanzallamas y chamuscó el muñón.

—Ya está cauterizado. —Ajax esperó a que el hombre le mostrara cierta gratitud—. Contesta a la pregunta. ¿Cómo te llamas?

Ajax asió la otra mano del hombre con una garra de aspecto amenazador. El capataz se puso a chillar, pero tuvo suficiente presencia de ánimo para decir:

—Ohan. ¡Ohan Freer! Ese es mi nombre. No me hagas más daño, por favor.

—Empezamos bien.

De todos modos, Ajax sabía que el daño no había hecho más que empezar. Le gustaba mucho esta parte del trabajo, cuando podía improvisar los tormentos e infligir dolor como un maestro.

Otros titanes consideraban a Ajax un demente. Pero si un líder no podía demostrar su poder sobre los vencidos, ¿de qué había servido conquistar el Imperio Antiguo? Incluso en sus días de gloria, Ajax nunca se había interesado, como Jerjes, por comidas o bebidas extravagantes, o en la vida muelle y abúlica, como su caprichosa pareja, Hécate.

No, Ajax se había unido al grupo por el puro placer del desafío. Al principio, cuando Tlaloc había trazado planes con sus compañeros de conspiración, la seductora Juno había reclutado a Ajax para la causa. Un guerrero duro y agresivo, Ajax había aportado el músculo que los titanes necesitaban, no solo fuerza física, sino la mente de un guerrero, de un conquistador insaciable. Tras la derrota de los humanos, había hecho lo posible por mantener el orden, indiferente al precio pagado en sangre por los no combatientes.

Las sabandijas siempre estaban tramando una rebelión u otra, pero Ajax extinguía con facilidad aquellos pequeños incendios. Cuando las Rebeliones Hrethgir, más organizadas, amenazaron a los titanes, Ajax había reaccionado con asombrosa crueldad. Había ido a Walgis, el lugar donde había prendido la chispa de la rebelión, y aislado el planeta por completo. Había dejado las comunicaciones abiertas a propósito para que la población condenada pudiera pedir auxilio. De esa forma, los esclavos ingobernables de otros planetas controlados por los titanes experimentarían el castigo de manera vicaria.

Después, puso manos a la obra.

El trabajo esencial le había ocupado años, pero Ajax logró por fin exterminar a todos los seres humanos de Walgis, con la ayuda de armas atómicas, nubes de gas venenoso y enfermedades personalizadas. Para aniquilar a los supervivientes, Ajax había instalado su contenedor cerebral dentro de un cuerpo monstruoso y aterrador, y cazaba a los humanos como si fueran animales salvajes. Acompañado por escuadrones de robots programados de Barbarroja, había quemado ciudades, derruido edificios, extirpado toda presencia humana. Mató hasta al último de los hrethgir, y se lo pasó en grande.

¡Aquellos sí que habían sido días gloriosos para los titanes!

Esta violencia, aunque justificada, había conturbado a su compañera Hécate, la más débil y escrupulosa de los veinte primeros titanes. Si bien se había sumado a la rebelión de Tlaloc con ánimo de lucro, nunca había comprendido las necesidades de la tarea, y había ido languideciendo poco a poco. Después de que los titanes sacrificaran sus cuerpos humanos en favor de una existencia inmortal tal como cimeks, Hécate se había quedado con Ajax, al tiempo que intentaba, sin éxito, cambiar su personalidad. Pese a sus desacuerdos, Ajax la había querido, si bien su necesidad de una amante había desaparecido junto con su forma física.

Consternada por la sangrienta reacción de Ajax a las Rebeliones Hrethgir, Hécate había renunciado a su *posición* entre los titanes. No deseaba participar en el gobierno de la humanidad. Encerrada en un cuerpo cimek de diseño propio, una nave espacial de largo alcance, Hécate se había marchado y abandonado a los demás titanes.

Por una ironía, Hécate había elegido el momento oportuno para desaparecer. Poco después del exterminio de los humanos de Walgis, el fatal error de Jerjes había permitido que la supermente de Omnius se liberara...

En el interior del ensangrentado Palacio de Justicia, Ajax se irguió en toda su estatura. Transmitió energía a sus sistemas para que el fuego neuroeléctrico recorriera sus extremidades de insecto. El traidor chilló al pensar en lo que iba a sucederle.

—Bien, Ohan Freer —dijo Ajax—, voy a formularte más preguntas. Quiero que prestes mucha atención.

Por orden de Omnius, el supervisor Iblis Ginjo condujo a sus trabajadores a la plaza de la Edad de Oro. Ajax estaba a punto de sentenciar (a muerte, sin duda) a un hombre al que había capturado, un supervisor de otra cuadrilla, Ohan Freer.

Iblis había estudiado con el acusado en las escuelas especiales, pero nunca había visto que su colega hiciera nada ilegal. Sin embargo, Ajax nunca necesitaba demasiadas excusas. Él mismo había experimentado la desaprobación del titán en más de una ocasión, pero hasta el momento había logrado sobrevivir. Dudaba de que su colega saliera bien librado hoy.

Una columna de metal trabajado se alzaba en el centro de la plaza. Una llama naranja ardía en el extremo, como una chimenea ornamental. Elegantes fachadas de inmensos edificios, todos vacíos, rodeaban la plaza como muros del patio central de una prisión. Los centinelas robot de Omnius estaban formados en el perímetro de la plaza, preparados para castigar cualquier teórica infracción de los esclavos humanos.

Iblis guió a su cuadrilla hasta entrar en las áreas de observación separadas. Les dirigió unas palabras para tranquilizarlos, un parlamento breve que no pudiera molestar a los cimeks. Ajax era muy aficionado a montar el espectáculo, quería asegurarse de que cada ojo aterrorizado fuera testigo de sus actos. Cuando Iblis y otros capataces soplaron sus silbatos para indicar que estaban preparados, apareció Ajax con su prisionero mutilado.

El titán llevaba un cuerpo parecido al de una hormiga con un impresionante núcleo elipsoidal, pesadas patas para caminar y cuatro brazos en los que sujetaba a Ohan Freer.

Ojos espía captaban las imágenes y transmitían un chorro de datos a la supermente.

Bajo la columna de fuego, Ajax asió a la víctima como una gigantesca hormiga a un escarabajo indefenso. El desdichado Ohan estaba quemado, ensangrentado y herido. Su mano izquierda no era más que un muñón carbonizado. Diversos moratones manchaban su piel. Un reguero de saliva manaba de su boca.

Un murmullo de consternación se elevó de los cautivos. Iblis se dio cuenta de que aquellos obreros no habían podido constituir el origen de la rebelión, pese a los mensajes misteriosos y provocadores que había recibido. ¿Y si se estaba engañando, y la llamada secreta a la libertad era una simple sugerencia anhelante lanzada por otra persona desesperada?

Ajax alzó en el aire al cautivo y amplificó sus sintetizadores vocales para que sus palabras resonaran como un cañonazo en la plaza.

—Algunos de vosotros habéis oído hablar a este criminal. Algunos tal vez hayáis tenido la desventurada idea de escuchar sus estúpidas fantasías de libertad y rebelión. Sería mejor que os cortarais las orejas antes que prestar oídos a tales necedades.

La multitud contuvo el aliento. Iblis se mordió el labio inferior, pues no quería mirar, pero estaba como fascinado por el inminente horror. Si desviaba la vista, tal vez los ojos espía lo detectaran, más tarde padecería las consecuencias. Por consiguiente, Iblis continuó contemplando la escena.

—Este pobre iluso ya no es necesario para la perpetua gloria de Omnius en el reino de las máquinas pensantes.

Ohan chilló y se revolvió sin apenas fuerzas. Ajax sujetaba la mano intacta del hombre en una garra y cada

pierna en otras dos. Con la última garra, Ajax rodeaba el pecho de Ohan por debajo de las axilas.

—Ya no es un trabajador. Ni siquiera es un hrethgir, uno de los humanos indisciplinados que sobreviven a costa de nuestros sufrimientos. Es basura. —Ajax hizo una pausa—. Y hay que deshacerse de la basura.

Después, sin el menor esfuerzo o sonido, Ajax extendió sus miembros artificiales en diferentes direcciones y descuartizó al indefenso Ohan. Los brazos y las piernas se desgajaron, el pecho se abrió por la mitad y los huesos rotos perforaron la piel. Sangre y entrañas se derramaron sobre las baldosas de la plaza.

Ajax arrojó las partes ensangrentadas a la encolerizada multitud.

—¡Basta de tonterías! Esto no es una rebelión. Volved al trabajo.

Los obreros parecían ansiosos por regresar a sus tareas. Miraron a Iblis cuando se fueron, como si pudiera protegerlos. Pero Iblis seguía contemplando la carnicería con asombro e incredulidad. ¡Ohan Freer había sido un miembro de la rebelión! El capataz había esparcido la disensión, forjado planes, tal vez enviado y recibido mensajes.

¡Otro rebelde!

Iblis, consternado, sabía que, si continuaba actuando, se expondría a un peligro todavía mayor. No obstante, la ejecución de hoy le había enseñado una cosa con meridiana claridad: la rebelión humana no solo era cosa de su imaginación.

¡Es real!

Si Ohan había participado en ella, tenía que haber otros, muchos más. Esta red clandestina de luchadores, que

incluía a Iblis, estaba dividida en células para que no pudieran traicionarse entre sí. Ahora comprendía.

Empezó a hacer planes con mayor convicción que antes.

85

> Los humanos niegan un sinfín de posibilidades, un número infinito de reinos donde su especie podría entrar.
>
> ERASMO,
> notas sobre la naturaleza humana

Era una sala de conciertos improvisada, en el interior de un edificio con paredes de mármol construido en la propiedad del robot. Erasmo había ordenado a sus obreros que modificaran el interior, instalaran asientos y alteraran las paredes, con el fin de crear una acústica perfecta para esta única actuación. Erasmo había estudiado discos de la mejor música clásica humana, sabía con exactitud qué se esperaba de las grandes sinfonías, desde el público hasta la puesta en escena. Albergaba una elevada opinión de sus empeños artísticos.

El robot invitó a Serena Butler, ahora en su octavo mes de embarazo, a ocupar la silla central de la sala.

—El resto del público tal vez obtenga placer de la melodía y los sonidos, pero tus expectativas son diferentes. En Salusa Secundus, la música sofisticada formaba parte de tu existencia.

Serena pensó en su hermano y sus aspiraciones musicales con una punzada de dolor. Había aprendido a apreciar las obras de compositores humanos desaparecidos muchos milenios antes.

—La música no es lo único que añoro, Erasmo.

—Tú y yo hablamos el mismo lenguaje culto —dijo el robot, sin reparar en su comentario—. Me dirás si te gusta esta composición. Pensaba en ti cuando la escribí.

Llenó la sala con esclavos elegidos de diversas especialidades laborales. Iban limpios y vestidos según la idea que tenía Erasmo, de un público de clase alta.

Retratos electrónicos de grandes compositores humanos colgaban de las paredes, como si el robot quisiera contarse entre ellos. Alrededor del perímetro, se exhibían instrumentos musicales dentro de vitrinas: un laúd, un rabel, un tambor dorado y un antiguo baliset de quince cuerdas con conchas de vabalone incrustadas en la caja.

En el centro del escenario, Erasmo estaba sentado ante un piano de cola, rodeado de sintetizadores musicales, altavoces y una mesa de mezclas. Vestido con un traje negro cortado como un esmoquin, pero diseñado para acomodar su cuerpo robótico, Erasmo se hallaba inmóvil, con el rostro convertido en un espejo ovalado, sin la menor expresión.

Serena se acomodó en el asiento y contempló al robot. Apoyó una mano sobre su enorme abdomen, sintió los movimientos del feto. Dentro de escasas semanas daría a luz.

El público se removía inquieto en su asiento, sin saber qué esperar, o qué se esperaba de ellos. Erasmo volvió la cara hacia los espectadores, que se reflejaron en el espejo mientras esperaba. Por fin, se hizo el silencio.

—Gracias por vuestra atención.

Se volvió hacia un aparato plateado que había a su lado, un sintetizador con ágiles dedos de polímero que producían riffs y acordes familiares. La música de fondo aumentó de volumen, entrelazada con instrumentos de cuerda y pesarosas cornetas de Chusuk.

El robot escuchó unos momentos, y luego continuó.

—Estáis a punto de experimentar algo notable. Para demostrar mi respeto por el espíritu creativo, he compuesto una nueva sinfonía especialmente para vosotros, mis esforzados trabajadores. Ningún humano la ha escuchado antes.

Tocó una rápida mezcla de melodías al piano, tres pasajes breves, en un aparente esfuerzo por confirmar que el instrumento estaba bien afinado.

—Después de un análisis detallado del género, he escrito una sinfonía comparable a las obras de los grandes compositores humanos Johannes Brahms y Emi Chusuk. He desarrollado mi pieza siguiendo estrictos principios matemáticos y de orden.

Serena paseó la vista por el público, dudando de que cualquier humano criado en cautividad conociera la música clásica de la que hablaba el robot. Educada en Salusa Secundus, donde la música y el arte estaban integrados en la cultura, Serena había escuchado las obras de muchos compositores famosos, incluso las había comentado en profundidad con Fredo.

Erasmo conectó su mente con el sintetizador, hasta producir una melodía extraña y repetitiva. Después, sus dedos mecánicos bailaron sobre el teclado, haciendo gestos exuberantes como si estuviera imitando a algún famoso concertista de piano.

La composición agradó a Serena, pero le pareció trillada. Aunque no reconoció la melodía exacta, había algo

familiar en ella, como si el robot hubiera analizado matemáticamente una pieza existente y seguido la pauta, cambiando un ritmo aquí, un pasaje polifónico allí. Era una música sin brillo, carente de fuerza.

Por lo visto, Erasmo creía que apreciar una obra nueva era algo instintivo en los humanos, que su público captaría los matices y complejidades de su composición, perfecta desde el punto de vista de la estructura. Los esclavos se removían en sus asientos y escuchaban. Para ellos, era una diversión agradable, pero también una tarea más. Daba la impresión de que las notas tranquilizadoras de la melodía gustaban al público, pero no le conmovía como el robot pretendía.

Cuando terminó su actuación, Erasmo se echó hacia atrás, desactivó el equipo de apoyo sinfónico y dejó que el silencio cayera sobre la sala. Los tonos reverberantes se desvanecieron.

Por un momento, los esclavos vacilaron como si aguardaran instrucciones.

—Podéis dedicarme una ovación si os ha gustado la pieza. —Dio la impresión de que los obreros no entendían la frase—. Significa que podéis aplaudir —aclaró el robot.

Se produjo una primera salva de aplausos, dispersa como gotas de lluvia, y luego aumentaron de volumen y cantidad, tal como se esperaba de ellos. Serena se unió al resto del público en un gesto de cortesía, pero sin entusiasmo. Un pequeño acto de sinceridad del que sin duda Erasmo tomaría nota.

La máscara del robot se había transformado en una sonrisa de orgullo. Bajó del escenario al suelo por una escalerilla. Los esclavos continuaron aplaudiendo, y el robot disfrutó de la adulación. Cuando las aclamaciones cesaron,

ordenó a los guardias que acompañaran al público a sus puestos de trabajo.

Serena comprendió que Erasmo pensaba haber creado una obra meritoria, que tal vez superara otros logros humanos, pero no quería hablar de eso con él, y trató de escabullirse a su invernadero. Sin embargo, como se movía con lentitud debido a su embarazo. Erasmo la alcanzó.

—Serena Butler, escribí esta sinfonía para ti. ¿No te ha impresionado?

La joven eligió sus palabras con cautela y evitó una respuesta sincera.

—Tal vez solo estoy triste porque tu sinfonía me recuerda otras actuaciones que presencié en Salusa Secundus. Mi difunto hermano quería ser músico. Fueron tiempos más felices para mí.

El robot la miró con atención, y sus fibras ópticas destellaron.

—Matices del comportamiento humano me revelan que mi sinfonía te ha decepcionado. Explícame por qué.

—No querrás una opinión sincera.

—Me juzgas mal, porque yo siempre busco la verdad. Lo demás son datos erróneos. —Su expresión angelical causó que bajara la guardia—. ¿Falla en algo la acústica del local?

—No tiene nada que ver con la acústica. Estoy segura de que comprobaste hasta el último detalle. —El público seguía desfilando hacia las salidas, y algunas personas miraban a Serena, compadecidas del interés que el robot le deparaba—. Es la sinfonía en sí.

—Continúa —dijo Erasmo con voz inexpresiva.

—Tú ensamblaste la pieza, no la creaste. Estaba basada en modelos precisos desarrollados hace miles de años por compositores humanos. La única creatividad que capté procedía de sus mentes, no de la tuya. Tu música era una

extrapolación matemática, pero ningún aspecto de ella me inspiró. La melodía que... diseñaste no me evocaba imágenes ni sentimientos. No contribuiste con ningún elemento innovador, no había nada que apelara a las emociones.

—¿Cómo puedo cuantificar ese componente?

Serena forzó una sonrisa y meneó la cabeza.

—Ese es tu error, Erasmo. Es imposible cuantificar la creatividad. ¿Cómo escucha una persona una tormenta y utiliza esa experiencia para escribir la obertura de *Guillermo Tell*? Tú te limitarías a imitar los sonidos del trueno y de la lluvia, Erasmo, pero no evocarías la impresión de una tormenta. ¿Cómo contempló Beethoven un prado apacible y adaptó esa experiencia en su *Pastoral*? La música debería elevar el espíritu, robarte el aliento, tocar el alma. Tu obra no era más que... sonidos agradables, ejecutados con corrección.

La expresión del robot tardó varios segundos en cambiar, y por fin la miró con perplejidad, incluso a la defensiva.

—Parece que tu opinión está en minoría. El resto del público disfrutó con la obra. ¿No escuchaste los aplausos? La joven suspiró.

—Para empezar, esos esclavos no entienden de música, no pueden comparar. Podrías haber robado cualquier sinfonía de cualquier compositor clásico, nota a nota, y afirmado que era producto de tu inspiración. No habrían notado la diferencia.

»En segundo lugar, acomodarse en una sala de conciertos, confortables, limpios y bien vestidos, debe ser el mejor trabajo que les hayas encargado jamás. Solo por eso ya habrían podido aplaudir.

Serena le miró.

—Y por fin, aunque es lo más importante, tú les dijiste que aplaudieran. ¿Cómo iban a reaccionar, cuando podrías haberles matado en cualquier momento? En tales circunstancias, Erasmo, jamás obtendrás una respuesta sincera.

—No entiendo, no puedo entender —repitió Erasmo varias veces. De repente, giró en redondo y propinó un puñetazo en la cara a un hombre que pasaba a su lado. El inesperado golpe provocó que la víctima cayera sobre las sillas, cubierto de sangre.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Serena, mientras corría para ayudar al hombre.

—Temperamento artístico —repuso con calma Erasmo—. ¿No lo llaman así los humanos? Me engañó sobre sus sentimientos.

La joven intentó calmar al hombre, pero cuando este vio al robot, intentó alejarse, con una mano sobre la nariz para intentar detener la hemorragia. Serena plantó cara a Erasmo.

—Los artistas de verdad son sensibles y compasivos. No se dedican a hacer daño a la gente.

—¿No tienes miedo de expresar tu opinión, aun a sabiendas de que podría desagradarme?

Serena clavó la vista en su rostro inhumano.

—Me retienes prisionera, Erasmo. Afirmas querer saber mi opinión, así que yo te la doy. Puedes hacerme daño, incluso asesinarme, pero ya me has arrebatado la vida y al hombre que amo. Cualquier otro dolor palidece en comparación.

Erasmo la examinó, mientras analizaba sus palabras.

—Los humanos me desconciertan, y tú más que nadie, Serena Butler. —Adoptó una expresión sonriente—. Pero

seguiré esforzándome por comprender. Gracias por tu opinión.

Cuando Serena salió de la sala, Erasmo volvió al piano y se puso a practicar.

86

> Por encima de todo, soy un hombre de honor. Así es como deseo que se me recuerde.
>
> XAVIER HARKONNEN,
> comentario a sus hombres

El tiempo que había pasado con Serena se le antojaba ahora un sueño escurridizo.

Xavier no recordaba con exactitud los senderos que habían tomado para internarse en los bosques de la propiedad Butler, que ahora era su hogar, y el de Octa. Su esposa. No podía recordar a su amor perdido con más precisión de la que era capaz de saborear las especias exóticas de un plato bien preparado, o percibir los delicados olores de un campo de flores. Sus nuevos pulmones habían curado lo máximo posible. Ahora, le tocaba el turno a su corazón.

Muchas veces se había dicho que no haría esto, que se entregaría a la nueva vida que había prometido a Octa. Pero aquí estaba, intentando capturar el pasado una vez más, o acaso despidiéndose de él.

Eligió el mismo corcel color chocolate que había montado en la cacería del erizón, casi nueve meses antes. Trató de localizar durante horas el prado mágico donde Serena y él habían hecho el amor, pero daba la impresión de haberse desvanecido..., como la propia Serena. Como su felicidad..., y su futuro.

Mientras intentaba recuperar recuerdos de las colinas y bosques circundantes, todo cuanto podía recordar de aquella tarde era la belleza del rostro de Serena y el goce de estar con ella de nuevo.

Todo lo demás parecía una fantasía confusa, un mero telón de fondo.

La propiedad de los Butler era tan extensa que ni el virrey la había explorado por completo. Después del matrimonio de Xavier con Octa, Manion había insistido en que su yerno fuera a residir la mansión de los Butler. Ahora que Fredo y Serena habían muerto, y con Livia ausente, la enorme casa parecía demasiado silenciosa solitaria. Xavier siempre había considerado la casa de Tantor su hogar, pero la tristeza de los ojos de Manion Butler y la esperanza que brillaba en los de Octa le habían convencido de mudarse con los Butler.

Algún día, todo dejaría de recordarle a Serena.

Al llegar a un claro, desmontó y clavó la vista en la lejanía, en colinas verdes que asomaban entre la bruma. Se sentía atrapado en una espantosa pesadilla, pero sabía muy bien que el responsable era él, por haber acudido a este lugar.

Serena está muerta.

Había dejado a la dulce Octa en casa, con la excusa de que quería ejercitar al corcel. A la joven le gustaba cabalgar con él, pero había intuido que Xavier deseaba estar solo. Aunque llevaban casados menos de dos meses,

se mostraba reservado sobre determinados asuntos. Octa se había dado cuenta, sin admitirlo, de que nunca sería la dueña del corazón de su marido.

Serena y él habían compartido grandes sueños. Su vida con ella habría sido complicada, y a veces tormentosa, pero siempre interesante. En contraste, el apresurado matrimonio de Xavier con Octa era plácido, pero vulgar. Los temas que la preocupaban parecían insignificantes en comparación con las visiones humanitarias de Serena. Costaba creer que eran hermanas. Sabía que dichas comparaciones eran injustas con Octa (quien le trataba mejor de lo que merecía) y con el recuerdo de Serena, pero no podía evitarlo.

El caballo de Xavier relinchó, y el hombre tiró del ronzal. Olfateó la brisa y buscó con sus sentidos amortiguados algún rastro del perfume de Serena.

Muerta. Estás muerta, amor mío, y debo dejarte marchar.

Volvió a montar y siguió por el sendero, pero no reconoció ningún árbol o colina. El prado podía estar en cualquier sitio. Xavier se frotó la comisura del ojo. Recreó por última vez en su mente a su amor, y la imagen estalló como el sol del verano, sonriente, y le dijo sin palabras que debía continuar su vida.

Se despidió de ella, aunque ya lo había hecho antes, pero ella nunca terminaba de alejarse. No podía hablar de su dolor con nadie, porque no le entenderían. Tenía que sufrir solo. Siempre había ocultado sus sentimientos.

Xavier pensaba en todo esto con expresión distante. Momentos después, cuando la luz del sol se abrió paso entre la niebla matinal y bañó su cara, empezó a sentirse mejor. El brillo dorado del sol era como Serena, que le

observaba. Cada vez que sentía su calor pensaba en ella, y en el amor que habían compartido.

Xavier hizo dar media vuelta al caballo y lo puso al trote, en dirección a la mansión de los Butler... y a Octa, su esposa.

87

> El fuego carece de forma, pero se aferra al objeto que arde. La luz se aferra a la oscuridad.
>
> Filosofía de los pensadores

Después de un mes de reparaciones, el *Viajero onírico* estaba preparado por fin para partir de la Tierra en otra gira de actualización, pero Vorian Atreides tenía que realizar una tarea importante antes de marchar, visitar a Erasmo tal como el robot había solicitado.

Una vez más, el extravagante carruaje le condujo a la villa. El tiempo soleado era mucho más agradable que la lluvia de su visita anterior, y solo algunas nubes delgadas flotaban sobre el mar.

De inmediato, como atraída su mirada hacia ella, vio a Serena Butler de pie en la entrada principal. Llevaba un vestido suelto de criada, y su estómago estaba tan redondo que no entendió cómo podía continuar trabajando. La fecha del parto debía estar muy próxima.

La joven esperó a Vor como si estuviera ejecutando una tarea más, con los brazos cruzados y expresión neutra. Hasta aquel momento, Vor no sabía qué esperar, pero al ver

su expresión indescifrable se quedó abatido. Teniendo en cuenta el tono que Serena había empleado al final de su última visita, Vor había confiado en que se alegraría de verle.

Tal vez estaba relacionado con el bebé y el baile de hormonas que afectaba a su organismo. Quizá estaba preocupada por lo que sería del niño después del parto, por lo que haría Erasmo con él.

Aunque Serena era hija de un miembro importante de la Liga de Nobles, aquí era una simple esclava, ni siquiera una humana de confianza. Tal vez arrojarían su bebé a los recintos donde se ha hacinaban los humanos de casta inferior..., a menos que Vor utilizara su influencia para mejorar la situación de madre e hijo. Y aunque tuviera éxito, ¿le agradecería ella el gesto?

Vor bajó del carruaje ante la entrada que se abría entre columnas grogipcias talladas.

—Me disculpo por haberte ofendido la última vez, Serena Butler —barbotó antes de que ella pudiera decir algo—. Fuera lo que fuese.

Había anhelado este momento mucho tiempo, y ensayado que diría.

—Tu linaje me ofende.

La brusca réplica de Serena le pilló por sorpresa. Como hijo de Agamenón, Vor gozaba de libertad para leer las memorias de su padre y conocer todas las gloriosas conquistas de los titanes. Había tenido la suerte de experimentar muchas cosas en sus viajes, de ver muchos lugares interesantes. Ser hijo de un titán siempre había parecido una ventaja..., hasta ahora.

Al ver su expresión abatida, Serena recordó que debía atraerlo a su causa, y decidió ofrecerle una sonrisa.

—Pero a mí me pesa tanto como a ti.

Mientras pasaban ante estatuas y jarrones ornamentales, Vor dijo, como si ella necesitara una explicación:

—Me voy pronto en el *Viajero onírico*, y tu amo me pidió que viniera a hablar con él. Por eso he venido.

Ella enarcó las cejas.

—En tal caso, estoy segura de que Erasmo se alegrará de verte.

Llegaron ante una puerta.

—¿Alguna vez aceptas disculpas, o consideras que todas las afrentas son permanentes? —preguntó Vor.

El comentario pareció sorprenderla.

—Pero tú no lo sientes en realidad, ¿verdad? Sirves de buen grado a las máquinas pensantes, que han esclavizado y torturado a la humanidad. Supongo que lo reconocerás, al menos. También presumes de tu padre, como si pudieras estar orgulloso de sus actos. ¿Sabes algo de los horrores acaecidos durante la Era de los Titanes, o las Rebeliones Hrethgir?

—He leído a fondo las memorias de mi padre...

No me refiero a la propaganda de Agamenón. ¿Has descubierto cuál es la historia verdadera?

El joven frunció el ceño.

—La verdad es la verdad, ¿no? ¿Cómo puede haber versiones diferentes de un mismo acontecimiento?

Serena suspiró como si Vor fuera un niño pequeño y le costara comprender.

—En algunos aspectos, eres menos consciente que una máquina Vorian Atreides, porque no te das cuenta de que puedes elegir, y crees que no estás haciendo nada malo. —El joven captó el atisbo de una sonrisa de resignación en sus labios—. ¿De qué sirve enfurecerse con alguien tan ciego? —Adoptó de nuevo un tono brusco—. Tal vez

Agamenón esté demasiado avergonzado para permitir que conozcas la historia verdadera. ¿Te has molestado alguna vez en verificar los datos, o aceptas tal cual las historias bélicas de tu padre?

Vor alzó la barbilla, sin saber muy bien cómo interpretar el de ánimo de Serena.

—Soy un humano de confianza. Puedo acceder a los archivos históricos que me plazca.

Miles de ideas acudían a su mente.

—Entonces, investiga un poco por tu cuenta. Tendrás mucho tiempo para pensar mientras viajes en tu nave.

Cuando llegaron a la austera sala de estar, las paredes de plaz transparente arrojaban un brillante resplandor amarillo. Las superficies reflectantes cambiaban de un momento a otro, pasando por diversos tonos de color, cada vez más suaves. Ella le indicó un sofá marrón metálico.

Erasmo ordenó que esperáramos aquí. —Se sentó a su lado con alguna dificultad—. Los dos.

Vor sentía su cercanía, muy consciente de la curva de su estómago el vestido. No quedaba mucho espacio entre ellos, tal como era la intención de Erasmo, sin duda. No había más muebles en la sala. El pulso de Vor se aceleró mientras esperaba al robot, en un silencio incómodo. Se le antojaba absurdo sentirse tan atraído por ella.

Mientras observaba a los dos humanos a través de pantallas murales remolineantes, Erasmo se sintió intrigado por su lenguaje corporal, la forma en que se miraban y luego desviaban la vista. Pese a la evidente actitud contradictoria de Serena, debía sentir cierta atracción por el apuesto joven. Sin duda, Vorian Atreides estaba prendado de ella.

Erasmo había estudiado el comportamiento sexual de los humanos, pero no veía aquí el típico toma y daca. Era más complicado que todo lo que había observado entre los esclavos criados en cautividad.

—Parece mentira que un robot sea tan poco puntual —dijo Serena para aliviar el tedioso silencio.

Vor sonrió.

—A mí no me importa esperar.

Serena parecía incómoda, pero recordó devolverle la sonrisa.

Fascinante. En la poesía y la literatura clásicas, Erasmo había leído sobre los misterios del amor romántico, pero nunca lo había visto florecer. En una ocasión, setenta y tres años antes, había descubierto a una pareja de jóvenes amantes que habían escapado de su trabajo para pasar un rato a solas en un escondite secreto. Los había prendido, por supuesto (los humanos eran muy torpes cuando intentaban desaparecer a hurtadillas), y castigado con la separación permanente. Le había parecido la reacción apropiada. Si les hubiera perdonado tal demostración de independencia, quizá se habría contagiado a los demás esclavos.

Después, sin embargo, había lamentado su decisión, pues habría deseado seguir observando el galanteo humano.

Para estos dos tenía un plan más elaborado. Su relación era otro laboratorio, otro experimento, muy diferente de las *células rebeldes* imaginarias que había empezado a fomentar, gracias al reto de Omnius. Era importante observar a los humanos en su estado natural de comportamiento.

Y a veces es necesario engañarles.

Mientras la pareja esperaba y se removía inquieta, Erasmo tomó nota de cada gesto, cada parpadeo, cada movimiento de los labios, cada palabra y tono. El macho y la hembra estaban inquietos, desconcertados por la situación forzada, sin saber muy bien qué hacer.

Daba la impresión de que Vorian Atreides disfrutaba más de las circunstancias que Serena.

—Erasmo te trata bien —dijo, como si intentara convencerla—. Tienes suerte de que se interese tanto por ti.

Pese a su abultado estómago, Serena se levantó al punto del sofá como sulfurada por la insinuación. Se volvió hacia él, y el robot saboreó la expresión indignada de su rostro y la mirada estupefacta de Vor.

—Soy un ser humano —dijo la mujer—. He perdido mi libertad, mi hogar, mi vida..., ¿y crees que debería estar agradecida a mi carcelero? Tal vez te convendría dedicar cierto tiempo durante tus viajes a repensar esa opinión. —El joven parecía perplejo por su estallido, y Serena continuó—. Te compadezco por tu ignorancia, Vorian Atreides.

—No he experimentado tu tipo de vida, Serena —dijo al cabo de un momento—. No he estado en tu planeta, así que ignoro qué echas de menos, pero haría cualquier cosa con tal de procurarte felicidad.

—Solo puedo ser feliz si gozo de libertad para volver a casa. —Exhaló un profundo suspiro y volvió a acomodarse en el sofá—. Pero me gustaría que fuéramos amigos, Vorian.

El robot decidió que ya les había concedido bastante tiempo de intimidad. Dejó la pantalla y entró en la sala de estar.

Más tarde, Vorian se preguntó por qué le habían convocado en la villa. Erasmo le había llevado al jardín botánico, donde

charlaron, pero el robot le había formulado pocas preguntas importantes.

Mientras volvía en el carruaje al espaciopuerto y el *Viajero onírico*, Vor se sentía desconcertado y confuso. Le frustraba ser incapaz de aportar alegría a la vida de Serena. Sorprendido, se dio cuenta de que la idea de conseguir su aprobación o gratitud le entusiasmaba tanto como la perspectiva de complacer a su padre. Daban vueltas en su cabeza las cosas que ella había dicho sobre historia, propaganda y la vida en los planetas de la liga.

Le había retado. Nunca había sentido curiosidad por leer otra cosa que las memorias de Agamenón, pero nunca había imaginado que existiría una perspectiva diferente de los mismos acontecimientos. No había pensado en la vida al margen de los Planetas Sincronizados, dando siempre por sentado que los humanos salvajes vivían una existencia miserable y absurda.

Pero ¿cómo había podido producir una civilización tan caótica una mujer como Serena Butler? Tal vez había pasado algo por alto.

88

> Ciencia: perdida en su propio mito, redobla sus esfuerzos cuando ha olvidado su objetivo.
>
> NORMA CENVA,
> notas de laboratorio inéditas

Satisfecho con su nuevo escudo protector, Tio Holtzman se hallaba en el interior de su cúpula de demostraciones medio reconstruida. Se burló de su adversaria, rió de las armas mortíferas. ¡Nada podía herirle! El generador latía a sus pies, y proyectaba una barrera personal alrededor de su cuerpo.

Impenetrable..., al menos eso esperaba.

Esta prueba debía demostrar que el concepto funcionaba. Hasta Norma creía en él esta vez. ¿Cómo iba a fallar?

La diminuta joven se encontraba al otro lado del edificio reforzado, y se dedicaba a lanzarle objetos: piedras, herramientas y, a instancias de Holtzman, un pesado garrote. Cada objeto rebotaba en el campo de fuerza y caía, su aceleración anulada por la energía del escudo.

El hombre agitó los brazos.

—No pone trabas a mi movilidad. Es maravilloso.

Norma cogió un cuchillo kindjal, preocupada por herirle. Había repasado las ecuaciones y determinado que el sabio no había cometido errores. Según sus análisis e instintos, el escudo funcionaría con las velocidades de impacto que estaban utilizando en la prueba.

Pero aun así, vacilaba.

—Venga, Norma. La ciencia no es para los débiles de corazón. —La joven arrojó el puñal con todas sus fuerzas, y Holtzman hizo un esfuerzo por no encogerse. El arma se estrelló contra la capa exterior de la barrera. Holtzman sonrió y movió los dedos—. Este invento cambiará el concepto de protección personal a lo largo y ancho de la liga. Ya no habrá nadie vulnerable a asesinos o criminales.

Norma lanzó una lanza improvisada con un gruñido de esfuerzo. Se estrelló ante los ojos de Holtzman, que retrocedió con un parpadeo de sorpresa. Cuando el arma cayó al suelo, emitió una risita.

—No puedo por menos que daros la razón, sabio Holtzman. —Norma sonrió a su vez, y terminó arrojándole un sinfín de objetos, como una esposa encolerizada—. Felicidades por vuestro notable descubrimiento.

La muchacha de Rossak parecía complacida de verdad, sin sentir nada de celos. Al menos, podría presentar un triunfo personal a Niko Bludd, como en sus días de gloria. ¡Qué alivio!

Cuando Norma se quedó sin objetos para lanzar, el sabio mandó venir a los dragones que montaban guardia en el puente provisional.

—Traed al líder de los esclavos zenshiítas. El hombre de pelo y barba oscuros.

Cuando un guardia se marchó en busca del esclavo, Holtzman dedicó una sonrisa traviesa a Norma.

—Le tomaremos un poco el pelo. Es un tipo arisco, y estoy seguro de que me odia.

Bel Moulay entró en la cúpula. Su barba era como humo de carbón que brotara de su barbilla. Desviaba la vista siempre que Holtzman le miraba fijamente.

Daba la impresión de que los dos dragones se fiaban muy poco del líder de los esclavos, pero Holtzman desechó con un ademán sus preocupaciones, pues se sentía muy seguro detrás de su escudo corporal.

—Entregadle vuestra pistola Chandler, sargento.

—¡Pero, señor, es un esclavo!

El rostro del guardia no cambió de expresión. Moulay pareció sorprendido por la sugerencia.

—No estoy preocupado, sargento. Vuestro compañero le vigilará. Disparadle en la cabeza si no sigue mis instrucciones al pie de la letra.

—Tal vez deberíamos prolongar las pruebas, sabio Holtzman —dijo Norma—. Podríamos colocar un maniquí dentro del escudo y ver qué pasa.

—Estoy de acuerdo, sabio —asintió el sargento—. Nuestro deber es protegeros, y no puedo permitir...

Holtzman le interrumpió, irritado.

—Tonterías, solo se puede controlar el sistema desde dentro. Mi trabajo, encargado por lord Bludd en persona, y por la Liga de Nobles, es desarrollar y probar un medio de protegernos de las máquinas pensantes. A menos que deseemos ser capturados por atacantes robot y convertirnos en esclavos de Omnius, sugiero que me dejéis hacer mi trabajo. Ya hemos perdido bastante tiempo.

El sargento, todavía inquieto, desenfundó la pistola de agujas y la depositó en las manos encallecidas del esclavo. Bel Moulay asió el arma, mientras miraba de un lado a otro como si no diera crédito a su buena suerte.

—Bien, tú..., ¿te llamas Moulay? Apúntame con ese arma y dispárame en el pecho. Adelante, no puedes fallar.

Moulay ni se inmutó. Todo el mundo había oído la orden. Apretó el botón de disparo. Los dragones gritaron. Norma se encogió.

Fragmentos de cristal lanzados a gran velocidad se estrellaron contra el escudo que rodeaba a Holtzman, y luego cayeron al suelo como cristales rotos. El científico exhaló un silencioso suspiro, y notó que las rodillas le fallaban.

Sin apenas disimular su cólera y odio, Bel Moulay apretó el botón una y otra vez. Una lluvia de cristales afilados se estrellaron contra el escudo corporal. Disparó hasta vaciar la pistola Chandler.

Dos cautos dragones aparecieron en la puerta, con las armas alzadas para abatir al esclavo en caso necesario, pero al ver a Holtzman ileso y riendo, Moulay bajó la pistola con mirada llameante. Los guardias le arrebataron la pistola.

Por todas partes había restos de agujas cristalinas. El sabio esperaba que le concedieran otra Medalla del Valor de Poritrin por su invención.

Sin pensar en las consecuencias, el científico se volvió hacia los dragones.

—Ahora, sargento, entregadle vuestro explosivo manual, la pequeña granada que cuelga de vuestro cinturón. El dragón se puso rígido.

—Con todos los respetos, sabio, me niego.

—Vuestra pistola Chandler fue ineficaz, y pasará lo mismo con la granada. Imaginad lo útiles que serán estos escudos para vos y vuestros hombres una vez hayamos demostrado su eficacia. Norma intervino.

—Está bien, sargento. El sabio sabe lo que hace.

Moulay giró en redondo como un perro de presa y extendió la mano para recibir la granada.

—En primer lugar —dijo el sargento—, quiero que todo el mundo vaya al otro lado del puente.

Los demás guardias se llevaron a Norma obedeciendo las órdenes.

Por fin, el sargento entregó la granada al zenshiíta. Sin esperar que se lo dijeran dos veces, Bel Moulay apretó el botón y lanzó la granada contra Holtzman, pero sin imprimirle excesiva velocidad.

Norma tuvo miedo de que la granada se desplazara con la lentitud suficiente para atravesar el escudo antes de estallar.

Bel Moulay, consciente de que se hallaba dentro de la zona que abarcaría la onda expansiva, corrió por el puente. Al otro lado, o Norma vio que la esfera parpadeante rebotaba en la barrera como fruta podrida.

Una ruidosa flor de fuego estalló en la cúpula de demostraciones. La onda expansiva bastó para derribar a Norma. Cayó de rodillas, echó un vistazo al río por encima del borde del puente, pensó que tendría que haber traído su nuevo ingenio suspensor, y recordó también a los esclavos que se habían precipitado a la muerte durante el anterior experimento de Holtzman.

Dos de las ventanas recién instaladas estallaron en una nube de cristales, y los fragmentos centellearon cuando la luz del sol se reflejó en ellos. Una nube de humo se alzó hacia el cielo. Norma se puso en pie.

Bel Moulay, ileso, se erguía con las manos engarfiadas. Los guardias se pusieron en tensión, dispuestos a abatir al líder de esclavos si se mostraba agresivo.

Norma corrió hacia el edificio. Su mente le decía que el escudo había funcionado, pero en el fondo de su corazón

temía haber pasado por alto algún sutil defecto en el trabajo del científico.

Holtzman, como un soldado victorioso, salió contoneándose, parpadeando y apartando el humo de su cara. Había desconectado el generador del escudo y abandonado el aparato en el centro de la sala. Tenía un aspecto algo desaliñado, pero estaba ileso.

—¡Funciona! Protección total. Ni un rasguño. —Se volvió hacia la cúpula de demostraciones—. No obstante, temo que hemos estropeado un equipo bastante caro.

Frunció el ceño en señal de consternación, y luego estalló en carcajadas.

89

> Todo cuanto posee forma, sea humano o mecánico, se halla afectado por la mortalidad. Es una simple cuestión de tiempo.
>
> PENSADOR EKLO, de la Tierra

Incluso con recuerdos perfectos basados en los principios informáticos más fiables, las máquinas conscientes tenían limitaciones. La precisión dependía del método de recoger información, así como de los circuitos gelificados, los sistemas neuroelectrónicos y los materiales utilizados en su construcción.

Por lo tanto, Erasmo prefería verlo todo en persona, antes que confiar en observadores mecánicos o grabaciones almacenadas en los bancos de datos de la supermente. El robot quería estar presente. Quería vivir la experiencia.

Sobre todo cuando tuvo lugar la memorable experiencia del parto de Serena.

Erasmo perfeccionó su sistema de observación a base de disponer una red detallada de fibras ópticas que grabaran sin cesar cada instante desde cada perspectiva. Había sido testigo de otros partos de esclavas reproductoras; que

consideró meras funciones biológicas normales. Pero Serena le impulsaba a pensar que se le escapaba algo. Erasmo abrigaba la intención de seguir paso a paso el proceso.

Lástima que no fuera a parir gemelos...

Serena estaba tendida sobre la cama, atormentada por las contracciones, aunque de vez en cuando se acordaba de maldecirle, y en otras se concentraba en el proceso biológico o llamaba a gritos a Xavier. Aparatos de diagnóstico implantados y artefactos que se deslizaban sobre su piel transmitían todo tipo de datos, catalogaban los elementos químicos de su sudoración, analizaban su pulso, respiración y otros ritmos corporales.

Mientras el robot sondeaba y estudiaba, fascinado por el dolor de Serena y sus diversas reacciones, ella le chillaba. Los insultos no le ofendían. Era interesante, incluso divertido, que la mujer exhibiera una ira tan imaginativa, cuando tendría que estar concentrada en el parto.

Por consideración hacia ella, y para reducir al mínimo las variables del entorno de observación, mantenía la temperatura de la sala en un nivel óptimo. Los esclavos habían desnudado por completo a Serena.

Gracias a sus analizadores murales y ojos espía ocultos, Erasmo había visto desnuda a Serena muchas veces. El robot no albergaba el menor interés erótico por su cuerpo despojado de vestiduras. Solo deseaba recoger los detalles clínicos de los que obtendría conclusiones más amplias.

Recorrió todo el cuerpo de la mujer con su sonda personal, absorbió el olor almizclado que proyectaba, las intrigantes interacciones químicas. El conjunto le resultó muy estimulante.

Serena yacía en la cama, aterrorizada por su hijo y por ella. Seis comadronas humanas, procedentes de los recintos

de esclavos, la atendían.

Erasmo la observaba desde muy cerca. Su obsesivo escrutinio asustaba a Serena, sobre todo porque la sonda no dejaba de entrar y salir del compartimiento de su cuerpo. Sabía que Erasmo no podía estar preocupado por el bienestar de una simple esclava y de su hijo.

Repentinos accesos de dolor abdominal alejaron tales pensamientos, y solo pudo concentrarse en el esfuerzo más básico de cualquier mujer. En un instante de euforia, Serena se maravilló de que la biología posibilitara la creación de la vida, combinando los genes de hombres y mujeres. Cuánto deseaba que Xavier estuviera a su lado.

Apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió. Resbalaron lágrimas sobre sus mejillas. El rostro de Xavier flotó ante ella, una alucinación nacida de su anhelo desesperado. Después, fue presa de un espasmo más violento todavía, y ya no pudo concentrarse en nada más.

Llevaba diez horas de parto, y las comadronas utilizaban diverso procedimientos para atenuar el dolor, clavaban delgadas agujas en puntos de compresión, masajeaban centros nerviosos, inyectaban drogas. Erasmo proporcionaba a las comadronas todo cuanto necesitaban.

Incluso dentro del quirófano, el robot llevaba un manto dorado ribeteado de azul cobalto.

—Descríbeme tus sensaciones. ¿Qué se siente al dar a luz? Tengo mucha curiosidad.

—¡Bastardo! —jadeó Serena—. ¡Mirón! ¡Déjame en paz!

Las comadronas hablaban entre ellas, como si su paciente no estuviera delante.

—Dilatada por completo...

—Las contracciones son cada vez más frecuentes...

—Casi ha llegado el momento...

Serena oyó las voces femeninas como desde muy lejos, esta vez dirigidas a ella.

—Empuja.

Obedeció, pero paró cuando el dolor se hizo insoportable y pensó que no podría continuar.

—Más fuerte.

Superó el dolor por pura fuerza de voluntad, redobló sus esfuerzos y sintió que el bebé salía. Su cuerpo sabía lo que debía hacer.

—Empuja otra vez. Tú puedes hacerlo.

—Así. Bien, bien. ¡Ya veo la cabeza!

Como si un embalse se hubiera partido, Serena sintió una disminución de la presión en el canal del parto. Casi se desmayó de debido al esfuerzo.

Cuando levantó la cabeza unos momentos después, vio que las comadronas limpiaban la placenta. *¡Un hijo!* Volvieron el bebé hacia ella, y la cara era exactamente como la había imaginado.

Erasmo continuaba mirando. La imagen del niño se reflejaba en su rostro.

Serena ya había decidido el nombre de su hijo.

—Hola, Manion. Querido Manion.

El bebé lloraba a pleno pulmón, y no cesaba de engullir bocanadas de aire. Apretó al niño contra su pecho, pero siguió agitándose. Erasmo observaba al bebé sin reaccionar.

Serena se negaba a reconocer la presencia del robot, con la esperanza de que se marchara y la dejara con un recuerdo especial. Incapaz de apartar los ojos del bebé, pensó en Xavier, en su padre, en Salusa Secundus..., y en todas las cosas de las que este niño no gozaría en su vida. Sí, el niño tenía buenos motivos para llorar.

De pronto, Erasmo entró en su campo de visión. Con fuertes manos sintéticas hechas de componentes plasticorgánicos, alzó al recién nacido en el aire y lo estudió desde todos los ángulos.

—¡Déjale en paz! —chilló Serena, bañada en sudor, completamente agotada—. Devuélveme mi bebé.

Erasmo dio vuelta al niño. El rostro dúctil del robot formó una expresión de curiosidad. El niño se puso a llorar y agitarse, pero Erasmo se limitó a sujetarlo con más fuerza, indiferente. Alzó al niño para poder examinar su cara, sus dedos, su pene. El pequeño Manion orinó en el manto del robot.

Una de las alarmadas comadronas intentó secar la cara y el cuello del robot con un paño, pero Erasmo la empujó a un lado. Quería reunir la mayor cantidad de datos posible sobre la experiencia, para luego analizarlos en profundidad.

El recién nacido seguía llorando.

Serena se levantó de la cama, indiferente al dolor y el agotamiento.

—Dámelo.

Sorprendido por la vehemencia de su voz, Erasmo se volvió hacia ella.

—En conjunto, este proceso de reproducción biológica parece de lo más chapucero e ineficaz.

Con algo parecido a la repulsión, devolvió el niño a su madre.

El pequeño Manion dejó de llorar por fin, y una de las comadronas lo envolvió en una manta azul. El niño se acurrucó en los brazos de su madre. Pese al poder que Erasmo detentaba sobre su vida, Serena se esforzó por ignorarle. No demostró el menor temor.

—He decidido dejarte conservar el niño, en lugar de procesarlo en mis recintos de esclavos —dijo el robot en

tono inexpresivo—. La interacción de madre e hijo me intriga. De momento.

90

> El fanatismo es siempre una señal de duda reprimida.
>
> IBLIS GINJO,
> *El paisaje de la humanidad*

Cuando Ajax atravesó las obras del Foro en su inmensa forma andadora, el suelo tembló y los esclavos se quedaron petrificados, muertos de miedo, para saber qué deseaba el titán. Desde su plataforma elevada, Iblis Ginjo vio acercarse al cimek, pero intentó ocultar su nerviosismo. Apretó una agenda electrónica en sus manos sudorosas.

Desde la horripilante ejecución del capataz Ohan Freer, Iblis había sido muy cauteloso. Creía que podía confiar en todos sus leales esclavos, que tanto le debían. Era imposible que Ajax estuviera enterado de los planes que Iblis había puesto en marcha, o de las armas secretas que había instalado, a la espera de una señal.

Durante seis días, Iblis había supervisado una cuadrilla numerosa que trabajaba en la *Victoria de los titanes*, un descomunal friso de piedra que plasmaba a los veinte visionarios originales. Con doscientos metros de largo y cincuenta de altura, las losas combinadas mostraban a los

cimeks en poses heroicas, avanzando sobre una masa de humanidad, quebrando huesos y convirtiendo cuerpos en carne picada.

Como una versión moderna de su plasmación en el friso, el cuerpo cimek de Ajax se abrió paso hacia la plataforma de observación, al tiempo que apartaba obreros a un lado y pisoteaba a un anciano hasta matarlo. El corazón le dio un vuelco a Iblis, pero no intentó escapar. Ajax se dirigía hacia él, y el capataz necesitaría de todas sus dotes de persuasión para sobrevivir a la furia del Titán. *¿Qué cree que he hecho?*

La plataforma y el cimek se alzaban más o menos a la misma altura. Iblis se irguió ante el juego de sensores y fibras ópticas frontales montadas en la cabeza del Titán, con aspecto obediente y servil, pero no atemorizado. Hizo una profunda reverencia.

—Saludos, lord Ajax. ¿En qué puedo serviros? —Señaló las cuadrillas de esclavos temblorosos—. Los trabajos de este último monumento proceden de acuerdo con los plazos pactados.

—Sí, siempre tienes motivos para mostrarte ufano de tus logros. Tus esclavos te hacen caso en todo, ¿verdad?

—Obedecen mis instrucciones. Trabajamos en equipo por la gloria de Omnius.

—No cabe duda de que creerán a pie juntillas en cada idea ridícula que sugieras —dijo con voz grave Ajax—. ¿Conocías bien al traidor Ohan Freer?

—No me relaciono con ese tipo de hombres. —Confió en que el cimek pensara que el sudor de su frente era debido al esfuerzo desplegado en el trabajo, en lugar de al miedo —. Con el debido respeto, lord Ajax, echad un vistazo a las hojas de rendimiento. Mi cuadrilla ha trabajado para

construir este mural siguiendo vuestras instrucciones exactas.

Señaló la réplica de Ajax en el friso.

—Ya he comprobado las hojas de rendimiento, Iblis Ginjo. —El cimek se removió en su inmenso cuerpo robótico. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Iblis. *¿Qué ha visto?*—. En dos ocasiones, Dante te ha concedido un permiso especial para abandonar la ciudad. ¿Adónde vas?

Hizo un esfuerzo sobrehumano por mantener una expresión inocente. Si Ajax estaba enterado de sus desplazamientos, sabría la respuesta a su pregunta.

—He hablado con el pensador Eklo, en un intento de perfeccionarme.

—Muy pocas veces los hrethgir aspiran a tanto —dijo el titán—. Si me hubieran dejado, hace mucho tiempo que habría exterminado al resto de la humanidad. Nos habríamos ahorrado problemas.

—Hasta los titanes fueron humanos en un tiempo, lord Ajax. —Iblis intentó hablar en tono serio y conspiratorio—. Y Omnius todavía permite que ciertos humanos leales y trabajadores se conviertan en neocimeks. ¿Acaso no puedo soñar?

Las fibras ópticas de la cabeza de Ajax destellaron. Su extremidad delantera artificial se elevó, y dedos de metal líquido formaron una garra con piel de diamante que habría podido triturar con suma facilidad a Iblis. El altavoz del titán emitió una profunda carcajada. *¡He conseguido distraer su atención!* Iblis se apresuró a prolongar su farsa.

—Ajax, ya sabéis que salvé del desastre vuestra estatua de la plaza del Foro. De manera similar, he coordinado los esfuerzos de muchos artistas y constructores para alcanzar la perfección en este mural, hasta el último detalle. No

habría confiado la tarea a ningún o supervisor. *¡Me necesitas!*, tuvo ganas de gritar—. Pocos hay capaces de tal eficacia... Lo sabéis muy bien.

—Lo que sé es que hay traidores e insurgentes entre los esclavos. —Ajax paseó de un lado a otro, lo cual provocó que los obreros se dispersaran—. Tal vez tú eres uno de ellos.

Ahora, Iblis comprendió que el cimek carecía de pruebas, y estaba tendiéndole una trampa. Si el monstruo hubiera sabido algo con certeza, habría ejecutado a Iblis sin la menor vacilación. El capataz intentó disimular su miedo con desdén.

—Los rumores son falsos, lord Ajax. Mis obreros han trabajado con especial dedicación para lograr que vuestra imagen del friso ocupara una posición privilegiada y quedara realzada. Iblis habló con la mayor firmeza posible. Ya tenía una sorpresa preparada para Ajax, que desvelaría en el momento apropiado. El titán volvió su enorme cabeza, como para ver mejor.

—¿Realzada?

—Sois un guerrero, señor, el más grande y feroz de todos los cimeks. Vuestra apariencia está pensada para sembrar el terror en corazón de los enemigos.

—Eso es cierto. —Ajax pareció calmarse un poco—. Hablaremos de tus indiscreciones en otro momento. —Amplificó su voz para que resonara entre los esclavos—. ¡Basta de molicie! ¡Volved trabajar!

Ajax se alejó en su cuerpo artificial. La plataforma de supervisión tembló, de forma que Iblis tuvo que agarrarse a la barandilla para no perder el equilibrio. Una oleada de alivio se abatió sobre él.

Durante toda su conversación con el veleidoso titán, Iblis había tenido la mano hundida en un bolsillo, que contenía

un tosco transmisor electrónico. Con una simple señal de activación, el friso habría revelado su mortífero secreto, una secuencia integrada de lanzacohetes anticuados que sus cómplices de la cuadrilla habían, incorporado en la obra.

A estas alturas, Iblis había completado suficientes proyectos a gran escala para que las máquinas pensantes no analizaran los detalles de los planes ya aprobados. Los cimeks nunca repararían en el sistema de destrucción.

Pero había que elegir el momento con suma precisión. En primer lugar, necesitaba reclutar más soldados para su causa.

Mientras veía al cimek alejarse hacia el centro de la ciudad, Iblis pintó mentalmente un blanco en su contenedor cerebral. Si se producía una revuelta violenta, este anciano y brutal cimek sería de los primeros en caer.

Al llegar al perímetro de la obra, Ajax extendió uno de sus brazos en un gesto petulante que alcanzó a un grupo de esclavos, encargados de limpiar los escombros. Decapitó a uno de ellos, y la cabeza ensangrentada fue a parar contra el mural casi terminado.

Aunque el titán parecía más nervioso que de costumbre, Iblis confiaba en haber cubierto su rastro.

91

> La oscuridad del pasado de la humanidad amenaza con eclipsar la luminosidad de su futuro.
>
> VORIAN ATREIDES,
> *Momentos decisivos de la historia*

El Viajero onírico recorría de nuevo la ruta de los Planetas Sincronizados, cargado con diversas actualizaciones de Omnius. Todo había vuelto a la normalidad, la rutina habitual. Mientras la nave negra y plateada parecía la de siempre, Vor había cambiado.

—¿Cómo es posible que no te interese practicar nuestros habituales juegos militares, Vorian Atreides? —preguntó Seurat—. Ni siquiera te has molestado en insultarme por mis chistes. ¿Te encuentras mal?

—Gozo de una salud excepcional, puesto que mi padre me sometió a un tratamiento prolongador de la vida.

Vor miró las estrellas por la ventanilla.

—Estás obsesionado con esa esclava —dijo por fin el capitán robot—. Te encuentro mucho menos interesante cuando estás enamorado.

Vor frunció el ceño y se sentó ante una pantalla ovalada de la base de datos.

—Por fin has dicho algo divertido, vieja Mentemetálica. Una máquina hablándome de amor.

—No es difícil comprender el impulso reproductor básico de una especie. Subestimas mis capacidades analíticas.

—El amor es una fuerza indescriptible. Ni siquiera la máquina pensante más sofisticada puede sentirlo. No vale la pena que lo intentes.

—En tal caso, ¿te gustaría distraerte con otro desafío competitivo?

Vor miró la pantalla, donde repasaba con frecuencia las memorias de Agamenón. Pero contenía mucha más información que no se había molestado en examinar.

—Ahora no. Quiero investigar en algunas bases de datos. ¿Me autorizas a entrar en los archivos?

—Por supuesto. Agamenón me pidió que te facilitara tus investigaciones siempre que fuera posible, sobre todo en lo relativo a la planificación militar. Al fin y al cabo, nos salvaste cuando nuestra nave fue atacada en Giedi Prime.

—Exacto. Me interesa ver los registros de Omnius de la caída del Imperio Antiguo, la Era de los Titanes y las Rebeliones Hrethgir, no solo las memorias de mi padre.

—Ah, una exhibición de ambición interesante.

—¿Tienes miedo de que te gane demasiado si aprendo más?

Vor echó un vistazo a la lista de archivos y se alegró de tener tanto tiempo disponible durante el largo viaje.

—No tengo nada que temer de un simple humano.

Vor estuvo sentado durante horas ante la consola, asimilando información. No había estudiado mucho desde los días de la escuela para humanos de confianza. Con su mente sensibilizada por las ideas de Serena, Vor esperaba

encontrar algunas discrepancias de escasa importancia en los registros históricos, comparados con los recuerdos de Agamenón. Hasta un cimek tenía derecho a embellecer sus hazañas bélicas. Pero Vor se llevó una gran sorpresa al descubrir que existían diferencias sustanciales entre los registros objetivos de la supermente y lo que Agamenón describía.

Examinó febrilmente los registros de Salusa Secundus, la Era de los Titanes y el Imperio Antiguo, asombrado por lo que averiguaba. Vorian nunca se había tomado la molestia de mirar antes, pero tenía la información delante de sus ojos.

¡Mi padre me mintió! Deformó los acontecimientos, se atribuyó los méritos, ocultó el grado de brutalidad y sufrimiento... Hasta Omnius lo sabía.

Serena, en cambio, le había dicho la verdad.

Por primera vez en su vida sintió rabia contra sus amos mecánicos y su propio padre, y un ápice de compasión por la raza humana. ¡Con qué valentía había luchado!

Desde el punto de vista físico, soy humano. Pero ¿qué significa eso?

Agamenón había provocado horrendas matanzas y devastación durante la Era de los Titanes, contra gente que solo intentaba proteger su libertad. Juno y él eran responsables de la muerte de miles de millones de personas y de la esclavitud de los supervivientes. Los humanos no se lo merecían, solo habían intentado defenderse.

No es de extrañar que Serena me odie, si soy el hijo de un asesino tan horrible.

Vor continuó leyendo. Toda la historia estaba a su disposición, un registro desapasionado acumulado por máquinas eficientes, y no podía dudar de ella. Las máquinas nunca maquillarían sus registros. Los datos eran sagrados.

La información debía ser exacta. El engaño deliberado era anatema para ellas.

Se necesitaba una mente humana para deformar la información..., o una mente humana en un cuerpo cimek. La voz de Seurat le sobresaltó.

—¿Qué estás investigando? Llevas horas estudiando.

—Estoy aprendiendo más sobre mí —admitió Vor.

—Para eso no hace falta estudiar tanto —dijo Seurat en un intento de ser ingenioso—. ¿Por qué te tomas molestias innecesarias?

—A veces, es necesario afrontar la verdad.

Vor cerró la base de datos y apagó el monitor.

El capitán robot volvió a la consola central y se conectó con los sistemas de la nave, a fin de iniciar las maniobras de aproximación al planeta.

—Ven, hemos llegado a Corrin. Es hora de entregar nuestra siguiente actualización.

92

> La ciencia, so pretexto de beneficiar a la humanidad, es una fuerza peligrosa que manipula con frecuencia los procesos naturales sin admitir las consecuencias. En tales circunstancias, la destrucción masiva es inevitable.
>
> PENSADOR RETICULUS,
> *Observaciones del milenio*

Después de finalizar los experimentos con todo tipo de explosivos y proyectiles, Tio Holtzman estaba ansioso por iniciar la producción comercial de su escudo personal. Ya había hablado con los administradores de los centros de fabricación situados en el cinturón minero de Poritrin, al noroeste del planeta, y las plantas de montaje de Starda. Gracias a los esclavos, obtendría pingües beneficios. Tan solo las patentes le colocarían, y también a su protector lord Bludd, entre los hombres más ricos de la Liga de Nobles.

Por desgracia, mientras analizaba las proyecciones de existencias y suministros, pensando como un hombre de negocios antes que como científico, llegó a una conclusión

inevitable: Poritrin, un planeta bucólico, jamás estaría a la altura del nivel de demanda que su invención produciría. A lord Bludd no le haría ninguna gracia perder los beneficios que irían a pasar a fabricantes de otros planetas, pero Holtzman no tenía otro remedio que buscar otros centros industriales de la liga.

Antes de enviar las unidades de fabricación a Colonia Vertree, o a las restauradas y hambrientas industrias de Giedi Prime, decidió probar su escudo personal contra un arma que no fuera un proyectil, sino un rayo de energía. Las armas láser casi nunca se utilizaban en combate, pues no eran tan eficaces como explosivos sencillos fusiles de proyectiles. Aun así, quería estar seguro.

Para la prueba definitiva, ordenó a sus guardias que localizaran un fusil láser en alguna armería militar antigua. Tras buscar mucho llenar numerosos formularios, el arma fue localizada y trasladada a los laboratorios. Como sus escudos habían demostrado ser eficaces en todas las pruebas anteriores, las demostraciones habían dejado de interesar al científico, pues no significaban más que otro paso en el proceso. Pronto, los beneficios empezarían a manar.

Norma Cenva había vuelto a sus análisis continuados de las ecuaciones de Holtzman. El científico había dejado que se absorbiera en sus cálculos, mientras él disfrutaba de su éxito.

Para la prueba con el láser, colocó a un esclavo dentro del escudo, con la intención de disparar el arma en persona. Se llevó a un solo estudiante a la cúpula de demostraciones reforzada para que tomara notas del experimento, como habían hecho tantas veces. Holtzman forcejeó con los anticuados controles del fusil, sin saber muy bien cómo se disparaba.

Norma entró corriendo como una niña torpe. Tenía la cara enrojecida y agitaba sus cortos brazos.

—¡Esperad! ¡Sabio Holtzman, corréis un terrible peligro!

El hombre frunció el ceño, como un padre severo que intentara persuadir a una hija traviesa.

—También te mostraste escéptica durante mi primera prueba del escudo. Ni siquiera estoy en la línea de fuego, tranquila.

La expresión de Norma era muy seria y preocupada.

—La interacción de vuestro campo de fuerza con un rayo láser tendrá extraordinarias consecuencias: destrucción masiva. Alzó los papeles cubiertos de ecuaciones y sus incomprensibles anotaciones manuales.

El sabio, impaciente, bajó el fusil y exhaló un profundo suspiro.

—Supongo que no puedes proporcionarme ninguna base científica de tu alarma. —El esclavo zenshiíta miraba nervioso a través del escudo—. ¿O es otra de tus misteriosas intuiciones? Ella le entregó los cálculos.

—Sabio, he sido incapaz de extraer una base específica de la anomalía cuando introduzco un factor de energía láser coherente en la interfaz del campo. Pero no cabe la menor duda de que existe un potencial singular extraordinario.

Holtzman echó un vistazo a los cálculos, pero no significaban nada para él. Extrañas anotaciones simbolizaban factores que nunca había visto. Frunció el ceño, sin querer admitir que no entendía nada.

—No son pruebas muy rigurosas, Norma..., ni convincentes.

—¿Podéis refutarlas? ¿Os atrevéis a correr el riesgo? Este desastre podría ser aún peor que el del generador de resonancia, una enorme catástrofe.

La expresión de Holtzman no cambió, aunque la duda empezó a germinar en su mente. No podía negar la inteligencia de la mujer. Siempre había sospechado que Norma comprendía los conceptos de su campo mejor que él.

—Muy bien. Si insistes, tomaré una o dos precauciones más. ¿Alguna sugerencia?

—Realizad la prueba lejos, en una luna, o mejor aún, en un asteroide.

—¡En un asteroide! ¿Sabes los gastos que supondría?

—Sería menos caro que reconstruir toda la ciudad de Starda. El sabio lanzó una risita, y después comprendió que la joven no bromeaba.

—Aplazaré la prueba para meditar sobre esto, pero insisto en que aportes pruebas antes de que me tome tantas molestias. No basta tu intuición. No puedo justificar un dispendio tan desorbitado solo porque te haya entrado miedo.

Norma Cenva era una científica y una fanática de las matemáticas, pero nunca había aprendido política. Como una niña ingenua, fue a ver a lord Niko Bludd a su residencia, en lo alto de los acantilados que dominaban el Isana.

En lo alto de la torre cónica, las tejas esmaltadas del tejado eran diferentes del azul metálico que predominaba en casi todos los edificios de Starda. Los pasillos estaban flanqueados por dragones; como reptiles de piel dorada adornados con cascos, capas escarlata y guantes segmentados.

Bludd parecía de buen humor. Se tiró de su barba rizada.

—Bienvenida, joven dama. ¿Sabíais que, en un reciente encuentro en Salusa, tuve la oportunidad de hablar con vuestra madre? Sus hechiceras acababan de repeler otro ataque cimek, esta vez en Rosak. Ya veo que habéis heredado su talento especial.

Los ojos azules del noble destellaron.

Norma, avergonzada, clavó la vista en el suelo.

—En efecto, lord Bludd. Mi madre ha... depositado grandes esperanzas en mí. Como veis, no obstante —indicó su cuerpo deforme—, nunca estaré a la altura de su belleza física.

—La belleza exterior no significa nada —dijo Bludd, sin mirar en ningún momento a las cinco atractivas mujeres que revoloteaban a su alrededor—. El sabio Holtzman cree que vuestra mente está llena de ideas notables. ¿Os ha enviado él? ¿Va a ofrecernos la demostración de otro proyecto?

Una esclava muy bien vestida apareció con una bandeja de plata sobre la que descansaban dos vasos de un líquido transparente y burbujeante. Ofreció uno a Norma, que lo sostuvo con torpeza en sus pequeñas manos. Lord Bludd bebió de su copa, y Norma le imitó.

—Ha planeado otra demostración, lord Bludd. —Norma vaciló—. Pero debo pediros que intervengáis. El hombre arrugó la frente.

—¿Por qué?

—El sabio Holtzman quiere probar su nuevo escudo con un arma láser, pero hay peligro, señor. Yo... temo que se produzca una violenta interacción. Extremadamente violenta.

Empezó a hablar en términos matemáticos, defendiendo sus convicciones como pudo, pero esto solo consiguió que el noble levantara las manos, confuso.

—¿Qué opina el sabio de vuestras preocupaciones?

—Él... confía en mis capacidades, pero temo que quiera llevar a cabo la prueba a toda prisa y de la forma más barata posible, pues tiene miedo de disgustaros si incurre en grandes gastos. —Tragó saliva, asombrada por su audacia—. No obstante, si estoy en lo cierto, los efectos secundarios podrían destruir todo un distrito de Starda, tal vez más.

—¿Como una explosión atómica, queréis decir? —Bludd estaba estupefacto—. ¿Cómo es posible? Un escudo es un arma defensiva. Los ingenios atómicos son destructivos en...

—Es difícil predecir las interacciones de segundo y tercer orden, lord Bludd. ¿No sería más prudente tomar precauciones, pese al coste adicional? Pensad en los beneficios que Poritrin obtendrá de esta invención. Cada persona importante y cada nave privada necesitará un escudo personal, y vos recibiréis derechos de patente por cada uno.

Buscó un lugar donde dejar la pesada copa.

—Por otra parte, imaginad qué desgracia si se descubre ese defecto después de que el producto haya empezado a utilizarse. Pensad en las pérdidas que padeceríais.

El noble se rascó la barba y jugueteó con las cadenas que colgaban sobre su pecho.

—Muy bien, pensaré en la posibilidad de llevar a cabo esta inversión. El sabio Holtzman nos ha hecho ganar dinero suficiente para financiar sus excéntricas ideas cien veces.

Norma hizo una profunda reverencia.

—Gracias, lord Bludd.

Mientras corría a hablar con su mentor, Norma no pensó en el error que había cometido al puentear su autoridad. Esperaba que un hombre como Tio Holtzman decidiera las

cosas de manera racional, no emocional, indiferente a preocupaciones mezquinas y conflictos personales.

Después de crecer bajo los frecuentes reproches de su madre, los insultos no afectaban a Norma. ¿Cómo podría enfadarse el eminente científico?

La prueba tuvo lugar en un asteroide desierto que orbitaba lejos de Poritrin. Una cuadrilla de construcción excavó una zona en un cráter liso, erigió algunos aparatos de grabación y colocó un aparato generador de escudo en el polvo del suelo del cráter. Después, partieron del asteroide para subir a bordo de una fragata con destino a Poritrin.

Con el fin de observar el experimento, Norma y Holtzman estaban sentados en una pequeña lanzadera militar, de cuyos controles se encargaba un piloto de la Armada en la reserva. El sabio había esperado montar una serie de armas láser sofisticadas, activadas por control remoto, en el cráter, alrededor de la zona elegida como objetivo. Consciente de sus preocupaciones presupuestarias, Norma había sugerido que sería suficiente con volar sobre el objetivo y disparar sobre él con una antigua arma láser instalada en la nave.

Mientras el piloto les guiaba sobre la zona de prueba, el mal humorado científico apenas respondía a los intentos de Norma por entablar conversación. Holtzman vio que se acercaban al cráter. Parecía irritado, ansioso por demostrar que la joven se equivocaba. Norma contempló por las ventanillas el torturado paisaje, los montículos de peñascos en precario equilibrio, las profundas fisuras causadas por la presión de las mareas. Daba la impresión de que el lugar ya había sido destruido.

—Acabemos de una vez —dijo Holtzman—. Piloto, dispara el arma láser cuando estés preparado.

Norma vio por la ventanilla que la lanzadera volaba a escasa altura, hasta que tuvieron la zona de prueba justo debajo de ellos.

—Preparado para disparar, sabio.

—Ya verás que has imaginado excesivos... —empezó Holtzman.

El piloto disparó un rayo cegador desde el láser de la lanzadera. El destello de luz y energía le dejó sin palabras. Aun en el silencio del espacio, la onda de choque pareció más violenta que un trueno.

La pulsación aumentó de intensidad, y el piloto tiró de los controles de la nave.

—¡Sujetaos fuerte!

Poderosos motores les alejaron del lugar del impacto. La aceleración estuvo a punto de dejar inconsciente a Norma. Entonces, un martillo les golpeó por atrás, y sacudió la nave como si fuera un juguete. La lanzadera giró sin control, y el asteroide se fragmentó en piedras fundidas al rojo vivo que irradiaban del centro del estallido, como radios de una rueda.

Holtzman, aterrado, apartó la vista de la luz cegadora, mientras el piloto intentaba recuperar el control de la nave militar. La respiración del científico era entrecortada.

A su lado, incluso Norma estaba estupefacta. Miró a su mentor y sus labios se movieron sin formar palabras. No eran necesarias. Si Holtzman hubiera conducido el experimento en su laboratorio, habría desintegrado el laboratorio, su residencia, parte de la ciudad, y tal vez desviado el cauce del río Isana.

Miró a Norma, primero furioso, y después asombrado. Nunca más volvería a dudar de su intuición o sus

capacidades científicas.

Aun así, sentía como una puñalada en el costado, un golpe a su confianza en sí mismo y a su imagen pública. Su benefactor, Niko Bludd, sabría ahora la verdad. Norma había desafiado públicamente la opinión de Holtzman, y sus dudas se habían demostrado justificadas.

No veía forma de evitar que todo Poritrin (los lores, los dragones, hasta los esclavos) se enterara de que la deforme matemática de Rossak le había superado. La noticia de este experimento se propagaría como reguero de pólvora.

Tio Holtzman había cometido un error espectacular, y la herida nunca cicatrizaría.

93

> Los animales han de cruzar la tierra para sobrevivir, en busca de agua, comida, minerales. La existencia depende de algún tipo de movimiento. O te mueves, o la tierra te mata donde estás.
>
> Exploración ecológica imperial
> de Arrakis, documentos antiguos

La noche del desierto era silenciosa y tranquila. La primera luna ya se había puesto, en tanto la segunda, más apagada, colgaba sobre el horizonte como un ojo dormido, amarillo de cansancio.

Apenas una sombra, Selim se acuclilló sobre un peñasco y observó el panal de cuevas negras que se alzaba sobre él. No conocía a los aldeanos, ni sus tesoros, pero Budalá le había guiado hasta este lugar aislado. El desierto y todos sus habitantes formaban parte del misterioso destino de Selim, y no cuestionaba, ni se molestaba en justificar, sus acciones.

Esta gente tenía escasos contactos con la tribu del naib Dhartha, pero como todos los zensunni, enviaban expediciones regulares a Arrakis City para obtener las

provisiones necesarias. Aun con métodos agrícolas protegidos y una cuidadosa conservación del agua, ninguna tribu del desierto podía ser autosuficiente por completo.

Ni tampoco él, pese a sus esfuerzos. Los aparatos de condensación del aire de sus dos estaciones botánicas abandonadas le suministraban agua. Las provisiones almacenadas le proporcionaban casi toda la comida que necesitaba, pero las reservas habían disminuido durante el pasado año y medio, junto con sus paquetes de energía, y una de sus herramientas se había roto. Necesitaba más pertrechos para mantener su existencia solitaria.

Dios había otorgado a Selim muchas bendiciones, muchas ventajas..., pero había cosas que debía obtener sin ayuda. No era preciso que comprendiera cómo encajaban todas las piezas en el plan general de Budalá. Tenía que existir un motivo, y algún día lo descubriría.

Selim había espiado durante varios días este poblado, así como los movimientos de los nativos. Las mujeres guardaban colmenas en el interior de las cavernas, donde los insectos podían buscar pequeñas flores del desierto que crecían a duras penas en las grietas protegidas. A Selim se le hizo la boca agua. Había probado la miel una única vez en su vida, después de que el naib Dhartha hubiera adquirido un enorme pote del producto y entregado a cada miembro de la tribu una pizca. El sabor era delicioso, pero cruel, porque recordaba a los pobres zensunni los pocos lujos de que podían disfrutar.

En cuanto Selim cumpliera su destino, fuera cual fuese, estaba seguro de que tendría miel cada día.

Aunque Selim necesitaba algunos artículos del poblado, también quería dar una lección. Budalá le había insuflado una nueva energía mediante la independencia y la autosuficiencia, antes que la ciega obediencia a las antiguas

leyes. Le disgustaban las rígidas normas de los zensunni. De todos los zensunni. Tal vez ahora Selim sería un miembro satisfecho y trabajador de la comunidad, si el naib Dhartha no hubiera aceptado las falsas acusaciones de Ebrahim y expulsado a Selim para que muriera en el desierto.

Gateó con una mochila vacía sobre los hombros. Había memorizado la ruta e identificado la cueva en que los aldeanos guardaban sus provisiones, un lugar vigilado de día, pero apenas de noche. Confiados en su aislamiento, los sistemas de seguridad de estos aldeanos era muy deficientes. Entraría a hurtadillas, tomaría lo que necesitaba y desaparecería, sin hacer daño a nadie. Sería un bandido. Selim Montagusanos... Selim el forajido.

Subió en silencio la pendiente, hasta encontrar una senda que la gente tomaba cuando salía a recolectar especia. Ascendió hasta llegar al borde del saliente, luego se izó y escudriñó la oscuridad.

Tal como esperaba, el almacén estaba lleno de alimentos empaquetados de otros planetas, sin duda comprados a precios desmesurados en el espaciopuerto. Verdaderas golosinas, pero ¿para qué necesitaba la gente del desierto esas cosas? Selim sonrió. Los aldeanos no necesitaban todo lo que contenía el almacén, de modo que les aliviaría de ciertos lujos inútiles. Selim llenaría su mochila de discos de energía y complementos nutritivos.

Selim embutió comida y células de energía en los compartimientos de la mochila. También encontró semillas, muestras botánicas vitales que utilizaría para montar un pequeño invernadero en una de las estaciones abandonadas. Los productos frescos constituirían un magnífico complemento de su dieta.

De un banco de trabajo cogió una herramienta para medir y un martillo sónico, diseñado para romper roca siguiendo pautas específicas. Le sería útil si necesitaba improvisar escondites, tal vez ensanchando cuevas naturales en afloramientos deshabitados.

Selim intentó buscar sitio para las dos herramientas en su atestada mochila. Manoteó en la oscuridad y dejó caer el martillo sónico al suelo de piedra. Debido al impacto, el aparato disparó una vibración que creó una fractura en el suelo de la caverna, y resonó como un cañonazo en el pueblo dormido.

Selim, sobresaltado, recogió lo que pudo, amontonó cosas en la mochila con ambas manos. La colgó de los hombros y pasó por el borde del saliente. Ya oía gritos suspicaces, preguntas. Bastones de luz iluminaron la cara del risco, de forma que las aberturas de las cuevas semejaron los ojos de un demonio despertado de repente.

Intentó bajar por el sendero con sigilo, pero golpeó piedrecitas, que cayeron pendiente abajo.

Alguien proyectó un rayo de luz en su dirección y le descubrió. Otro aldeano gritó. Al cabo de poco, hombres, mujeres y niños salieron corriendo de las cavernas, señalaron al ladrón, gritaron que se detuviera.

Selim no tenía dónde esconderse, y la pesada mochila le estorbaba.

Los zensunni corrieron tras él, bajaron por escalerillas y peldaños de piedra cortados en la roca. Selim, aterrorizado pero jubiloso, corrió a toda la velocidad de sus piernas y con un salto final llegó a la llanura. Sus pies se hundieron en la superficie polvorienta, mientras los nómadas gritaban a su espalda. Siguió corriendo, con la esperanza de que los hombres vacilarían si se internaba demasiado entre las dunas. Sin embargo, lo más probable era que le alcanzaran

pronto, debido al peso que cargaba. Todo dependía de si su indignación era superior al miedo que les provocaba Shaitan.

De repente, se le ocurrió una idea. Disminuyó el paso y buscó en la mochila hasta encontrar el martillo sónico robado. Se arrodilló a un lado de una duna, comprobó que la potencia estuviera al máximo y alzó la herramienta. Cuando la descargó, la explosión de sonido resonó como una carga de profundidad, y levantó columnas de arena.

Los zensunni siguieron persiguiéndole, sin dejar de gritar. Selim se puso a correr otra vez y descendió por una duna. Cayó dando tumbos, sin soltar el martillo sónico. Por fin, se detuvo entre las dunas. Se puso de rodillas, sin aliento, y después en pie, para luego coronar la siguiente cima.

—¡Ven, viejo Reptador! ¡Te estoy llamando!

Descargó el martillo de nuevo, como un enjuto sacerdote budislámico que tocara el gong. En la siguiente duna golpeó por tercera vez, lanzando señales insistentes. Los hombres de la aldea estaban cerca, pero él seguía corriendo, con mayor rapidez todavía. Los hombres parecieron vacilar, y distinguió menos voces detrás de él.

Por fin, Selim oyó el ruido siseante, la señal lejana de que se acercaba un gusano gigantesco. Sus perseguidores se dieron cuenta al mismo tiempo y gritaron entre sí. Se detuvieron, vacilantes. Todos contemplaron la ondulación de la arena bajo la luz de la luna, y después volvieron corriendo hacia el risco, como si la visión del monstruo del desierto les hubiera hecho crecer alas en los pies.

Selim, sonriente, sabiendo que Budalá le protegería, se acuclilló sobre la duna, petrificado mientras veía a sus perseguidores desaparecer. El gusano se estaba acercando con celeridad, y sin duda perseguiría a los hombres de la

tribu, atraído por sus pisadas. Si se quedaba muy quieto, el gusano pasaría de largo.

Pero la idea de que el monstruo devorara a los hombres le molestaba. Le habían perseguido para defenderse. Selim no quería que murieran por su culpa. Eso no podía formar parte del plan de Budalá, pero el desafío moral sí.

Cuando el gusano estuvo más cerca, disminuyó la potencia del martillo sónico y dejó que resonara con suavidad, tump, tump, tump. Como era de esperar, el gusano se volvió hacia él. Selim se liberó de su carga y se acurrucó.

A lo lejos, a mitad de camino de su aldea, los zensunni se volvieron para mirarle, y vieron su figura recortada contra la luz de la luna. Selim se alzaba en toda su estatura, plantando cara al gusano...

Montado sobre la bestia, Selim sujetaba su lanza y las cuerdas, contento de no haber perdido ningún elemento de su botín y de que nadie hubiera resultado muerto. Se volvió y vio a los hombres asombrados iluminados por la luz de la luna. Le habían visto montar a lomos del demonio del desierto, y ahora se alejaba hacia las profundidades del desierto, controlando a la bestia.

—¡Como pago por lo que me he llevado, os entrego una historia que se hará legendaria en los fuegos de acampada! —gritó—. ¡Soy Selim Montagusanos!

Estaba demasiado lejos para que le oyeran, pero a Selim le daba igual. Era el momento adecuado de plantar semillas, pero no de revelar su identidad. De ahora en adelante, en lugar de recitar poesías y lamentos melancólicos de peregrinaciones ancestrales, los aldeanos

hablarían del hombre solitario que controlaba los gusanos de arena.

La leyenda de Selim continuaría creciendo..., como un árbol que brotara en mitad de la arena, donde no habría podido sobrevivir.

94

> Madre e hijo: una duradera, pero a la postre misteriosa imagen de la humanidad.
>
> ERASMO,
> *Reflexiones sobre los seres biológicos sensibles*

El pequeño Manion alegró la vida de Serena, como una vela que brillara en un pozo de oscuridad.

—Tu hijo es un ser irritante y absorbente. No entiendo por qué exige tantas atenciones.

Serena estaba contemplando los grandes e inquisitivos ojos de Manion, pero volvió la cabeza hacia la cara reflectante del robot.

—Mañana cumplirá tres meses. A esa edad, no puede hacer nada sin ayuda. Ha de crecer y aprender. Es preciso educar a los bebés humanos.

—Las máquinas funcionan desde el primer día que son programadas —dijo Erasmo en tono presuntuoso.

—Eso explica muchas cosas. Para nosotros, la vida es un proceso de desarrollo gradual. Sin educación, somos incapaces de sobrevivir. Tú no has sido educado. Creo que

deberías introducir mejoras en la educación de tus esclavos. Enséñales a ser más bondadosos, fomenta su curiosidad.

—¿Sugieres otras mejoras? ¿Cuántos cambios traumáticos esperas que haga?

—Tantos como se me ocurran. Habrás percibido un cambio en la gente. Ahora parecen más llenos de vida, después de experimentar un poco de compasión.

—Tu compasión, no la mía. Y los esclavos lo saben. —El robot compuso una expresión de perplejidad—. Tu mente es un caos de contradicciones, me sorprende que consigas sobrevivir cada día sin sufrir un cortocircuito mental. Sobre todo con ese niño.

—La mente humana es más resistente de lo que imaginas, Erasmo.

Serena abrazó al bebé. Cada vez que el robot se quejaba de los problemas que Manion causaba, temía que se llevara al niño. Había visto los jardines de infancia llenos de niños de casta inferior. Si bien había logrado mejorar las condiciones de vida de los esclavos, no soportaría que se criara entre aquellos seres bestiales.

Erasmo se erguía junto a la estatua de un pez espada, y miraba a Serena jugar con el niño bajo el sol de la tarde. Los dos chapoteaban en un estanque de la villa, situado en una terraza elevada que ofrecía vistas espectaculares del mar. Serena oía el rugir de las olas, así como los graznidos de los gansos que se acercaban.

Desnudo en los brazos de su madre, Manion chapoteaba y chillaba como un poseso. El robot había sugerido que Serena nadara desnuda también, pero ella insistió en cubrirse con un sencillo traje de baño blanco.

Como siempre, Erasmo les observaba fijamente. Serena intentó hacer caso omiso del escrutinio del robot, con tal de

pasar una hora en paz con Manion. Ya se había dado cuenta de que su hijo se parecería a Xavier, pero ¿gozaría algún día el niño de la libertad, la personalidad y el deseo de luchar contra las máquinas pensantes?

Si antes solo pensaba en asuntos militares y políticos relacionados con la liga, lo único que preocupaba ahora a Serena era el bienestar de su hijo. Con renovadas energías, trabajaba sin tregua para disponer de más tiempo libre con Manion, sin conceder excusas a Erasmo para castigarla.

El robot debía ser consciente de que la tenía más dominada que nunca. Daba la impresión de que disfrutaba cuando ella se enzarzaba en duelos verbales con él, pero Serena también demostraba gratitud a regañadientes por las pequeñas libertades que Erasmo le concedía. Aunque nunca había dejado de odiar a su carcelero, Serena sabía que su destino, y el de Manion, dependían del robot.

Cuando miraba la barbilla pronunciada y la forma decidida con que apretaba la boca, pensó en Xavier y en su tozuda devoción al deber. *¿Por qué no me quedé con él? ¿Por qué me obcequé en salvar Giedi Prime? Por una vez, ¿no pude ser una mujer normal?*

Los graznidos de los gansos aumentaron de intensidad cuando sobrevolaron la villa, indiferentes a que humanos o máquinas gobernaran la Tierra. Excrementos blancuzcos cayeron en el patio, incluso en la estatua cercana al robot, lo cual no pareció molestar a Erasmo. Todo formaba parte del orden natural de las cosas, en su opinión.

Manion lanzó una risotada cuando vio a los gansos. Aunque solo tenía tres meses, demostraba curiosidad por todo. A veces, intentaba tirar del broche con el que Serena se ceñía el pelo, o de las joyas que Erasmo la animaba a llevar. Daba la impresión de que el robot la consideraba un adorno más de la villa.

Erasmo avanzó un paso hacia el estanque y miró al bebé que chapoteaba en el agua, mientras su madre lo sujetaba.

—Nunca me había dado cuenta del caos y la distracción que un niño es capaz de provocar en una casa tranquila y ordenada. Lo considero muy... perturbador.

—Los humanos aman el caos y la distracción —dijo Serena, en tono relajado, aunque sintió un escalofrío—. Así aprendemos a innovar, a ser flexibles y a sobrevivir. —Salió del estanque con el niño y le envolvió en una toalla blanca —. Piensa en todas las ocasiones que el ingenio de los humanos ha frustrado los planes de Omnius.

—No obstante, las máquinas pensantes os han conquistado.

—¿Nos habéis conquistado, en un sentido real, Erasmo? —La joven enarcó las cejas, uno de los gestos que resultaban enloquecedoramente enigmáticos para Erasmo —. Muchos planetas siguen libres de las máquinas pensantes. Si sois superiores, ¿por qué os esforzáis tanto en imitarnos?

El robot no entendía el vínculo emocional entre madre e hijo. Pese al tono de firmeza de Serena, estaba muy sorprendido por los cambios obrados en esta mujer, antes tan rabiosa e independiente. Después de ser madre, parecía una persona diferente. Nunca le había servido con la mitad de la atención que concedía a este estúpido, ruidoso e inútil niño.

Si bien sus investigaciones sobre las relaciones humanas le habían proporcionado datos interesantes, Erasmo no podía permitir tales alteraciones en la tranquilidad de su hogar. Quería que Serena le prestara toda su atención. Un importante trabajo común les aguardaba. Cuidar del niño provocaba que no se concentrara por completo.

Mientras Erasmo miraba al pequeño Manion, la máscara del robot se transformó en una mirada de odio, que viró al instante a una sonrisa bondadosa cuando Serena volvió los ojos en su dirección.

Esta fase del experimento finalizaría pronto. Pensó en el mejor método de conseguirlo.

95

> La paciencia es un arma que maneja mejor quien conoce su objetivo concreto.
>
> IBLIS GINJO,
> *Opciones para la liberación total*

Durante ocho tensos meses, Iblis Ginjo había trabajado en solitario, tomando decisiones y dejando a su imaginación juzgar la amplitud de la intranquilidad que reinaba entre los esclavos. Como humano de confianza, había recibido ciertos privilegios, pero nunca había tomado conciencia de lo horripilantes que eran sus vidas, pues asumía que las ínfimas recompensas y alabanzas hacían sus días tolerables. ¿Cómo habían aguantado durante tantos siglos?

Iblis estaba convencido de que había otros líderes y miembros de la resistencia. El pensador Eklo y su subordinado Aquim le habían prometido ayuda, pero no sabía muy bien con qué medios contaban. Sin embargo, aparte de las constantes sospechas de Ajax y la ejecución de Ohan Freer, daba la impresión de que las máquinas pensantes no sospechaban la increíble rebelión que estaban a punto de afrontar.

Pronto, eso cambiaría.

Durante semanas, Iblis había trabajado con sigilo pero sin desmayo, susurrando en los oídos de sus trabajadores fieles, formando poco a poco un círculo de disidentes. Les había preparado para la posibilidad de una revuelta, y pese al peligro, se habían ido transmitiendo el mensaje. Iblis juró que la rebelión no sería otra causa perdida como las primeras Rebeliones Hrethgir.

Durante los últimos dos meses, un decidido Iblis había doblado casi las filas de su organización secreta, a la que mucha más gente intentaba sumarse. Notaba que la ola estaba creciendo. Para entrar a formar parte de la resistencia, cada converso tenía que pasar por una serie de pruebas recomendadas por el monje Aquim.

Los cientos de miembros de la organización estaban divididos en pequeñas células que no superaban los diez militantes, de forma que cada miembro solo conocía la identidad de unos pocos. Al mismo tiempo, continuaban esparciendo la noticia, como si hubieran estado esperando mil años para esto.

El pensador Eklo había aportado una explicación bastante esotérica sobre cómo el movimiento alcanzaría un ritmo de crecimiento exponencial, siguiendo el modelo básico de la biología: las células se multiplicarían por mitosis. Miembros de cada célula rebelde crecerían, se separarían y formarían otras nuevas, que continuarían de la misma manera. Tarde o temprano, encontrarían otros grupos y se fundirían, sumarían fuerzas. Por fin, los disidentes alcanzarían la masa crítica, y se produciría un estallido de energía, como una carga electroquímica...

Nada es imposible.

Iblis había recibido más comunicaciones secretas en momentos impredecibles. Las misteriosas notas eran muy vagas, no aportaban datos sobre otras células rebeldes ni

sobre lo que se esperaba de él. Cuando ocurriera, la revuelta sería amplia pero falta de coordinación, de modo que Iblis temía que la desorganización condenaría el movimiento al fracaso. Por otra parte, el hecho de que los seres humanos fueran tan impredecibles podía suponer una gran ventaja.

Cuando Iblis regresó a casa después de tres días de trabajar sin descanso en el friso de la Victoria de los titanes, vio que un esclavo anciano salía con sigilo de su casa. Corrió al interior y descubrió otro mensaje encima de la cama. Salió en busca del esclavo.

—¡Alto! Quiero hablar contigo.

El esclavo se quedó petrificado, como un conejo a punto de huir, condicionado para no resistirse jamás a las órdenes de un capataz. Iblis corrió hacia él, sudando debido al calor.

—¿Quién te ha enviado? ¡Dímelo!

El esclavo meneó su cabeza arrugada. Una peculiar expresión vidriosa recorrió su cara. Abrió la boca y la señaló con el dedo. Le habían cortado la lengua.

Iblis, impasible, le entregó una libreta electrónica, después de limpiar la pantalla en la que reflejaba las actividades de su cuadrilla. El hombre se encogió de hombros, como indicando que no sabía leer ni escribir. Iblis comprendió que era una forma eficaz de impedir la contaminación entre las células rebeldes. Le dejó marchar, decepcionado.

—No cejéis en la resistencia —murmuró—. Nada es imposible.

El esclavo no pareció entenderle, y se fue a toda prisa.

Iblis volvió a la casa y leyó el breve mensaje: *Pronto estaremos unidos. Nada nos detendrá. Habéis hecho grandes progresos, pero de momento debéis continuar sin nuestra ayuda.* Las letras ya estaban empezando a

desvanecerse. *Acelerad vuestros planes y esperad una señal.*

A lo lejos, al otro lado de los enormes monumentos, el sol amarillo se estaba ocultando tras el horizonte. *Esperad una señal.*

Iblis entornó los ojos. Si Omnius o uno de los titanes descubría el plan en sus primeras fases, la revuelta fracasaría. El capataz nunca se había considerado un héroe. Estaba trabajando para liberar a los humanos, pero también lo hacía por su propio bien. Debía aprovechar su habilidad para influir en las opiniones y actos de los esclavos.

Era fácil animar a los esclavos a soñar con la libertad, pero cuando se paraban a pensar temían represalias de las máquinas pensantes. En esos momentos de duda, Iblis hablaba con gran convicción a sus seguidores y les persuadía del éxito imparable de su movimiento. Les tenía bajo su control físico y psíquico absoluto. Su talento para el liderazgo nunca le había fallado, y hacía poco había descubierto nuevos aspectos hipnóticos de su personalidad...

Las cuadrillas de Iblis cumplían los rígidos plazos del friso. La gente elegida por él trabajaba con tan solo unos cuantos guardias robot y neocimeks a la vista, lo cual les permitía incorporar subrepticiamente los componentes mortíferos sugeridos por el pensador Eklo. De forma similar, Iblis había instalado armas ocultas en otras cuatro obras de la ciudad. Hasta el robot Erasmo había pedido trabajadores expertos para efectuar modificaciones en su villa..., una circunstancia que Iblis había considerado muy interesante.

Iblis sostenía la hoja metálica del mensaje, ahora en blanco. La tiró a una pila de chatarra que sería entregada al

reciclador. Las máquinas eran muy eficientes a la hora de utilizar materiales y minimizar gastos de energía industrial.

Pese a la escasa información de que disponía, Iblis se juró juntar todas las piezas del rompecabezas. Su núcleo de obreros insatisfechos estaba preparado para levantarse y atacar a las máquinas pensantes. La necesidad de descargar su ira aumentaba día a día.

Iblis no podía esperar eternamente. En algún momento, tendría que tomar una decisión trascendental. Confió en que la señal prometida llegaría pronto.

96

> Uno de los mayores problemas de nuestro universo es el control de la procreación, y la energía que contiene. Es posible arrastrar a los humanos gracias a dicha energía, obligarles a hacer cosas inimaginables. Esa energía (llámese amor, concupiscencia o como se quiera) ha de liberarse. Si se la reprime, puede ser muy peligrosa.
>
> IBLIS GINJO,
> *Opciones para la liberación total*

Erasmo toleró durante meses al irritante bebé, pero cuando Manion cumplió medio año, el robot se sentía frustrado por la falta de progresos en su investigación. Quería dedicarse a otras, pero este bebe, ingobernable se interponía en su camino. Tenía que hacer algo.

Serena se mostraba cada vez más protectora con su hijo. Dedicaba más tiempo y energías a este niño inútil que a Erasmo. Inaceptable. No debía ocurrir otra vez.

Como le intrigaba, había concedido a Serena más libertad de la que un esclavo merecía. El bebé no le daba

nada a cambio, pero ella estaba pendiente de cada movimiento y sollozo de la criatura. A Erasmo se le antojaba una pobre inversión en tiempo y recursos.

Erasmo la encontró paseando en el jardín posterior, con Manion en brazos. El niño, siempre curioso, demostraba con ruidos ininteligibles lo mucho que le gustaban las coloridas flores. Serena hablaba con él, utilizaba palabras estúpidas y un tono zalamero. La maternidad había transformado a la inteligente y vehemente Serena en un bufón.

Un día, Erasmo llegaría a comprender estos rasgos de la personalidad humana. Ya había averiguado cosas importantes, pero quería acelerar el trabajo.

Por su parte, Serena pensaba que su amo robot se estaba comportando de una forma más extraña que nunca. La seguía como una sombra deforme, creyendo que ella no se daba cuenta. Su reacción ante Manion, cada vez más hostil, la asustaba y angustiaba.

A los seis meses de edad, el niño podía gatear con rapidez, aunque de forma torpe, y tenía la propensión de los bebés a meterse en líos si no se le vigilaba de cerca. A Serena la preocupaba que rompiera objetos frágiles y ensuciara todo, cuando sus deberes la obligaban a dejarlo al cuidado de otros esclavos.

Erasmo parecía indiferente a la seguridad del niño. En dos ocasiones, cuando Serena realizaba tareas que le habían asignado, el robot había permitido que gateara por la villa a sus anchas, como comprobando que Manion era capaz de sobrevivir a los numerosos peligros de la casa.

Unos días antes, Serena había descubierto a su hijo al borde del balcón que daba a la plaza situada ante el edificio principal. Se apoderó de él y gritó a Erasmo.

—No espero que una máquina se preocupe, pero no parece que tengas el menor sentido común.

El comentario le había divertido.

En otra ocasión, ella había interceptado a Manion en la puerta exterior de los laboratorios de vivisección del robot, a los que tenía prohibido el acceso. Erasmo la había advertido de que no espiara. Aunque preocupada por los tormentos que Erasmo debía infligir a esclavos indefensos, no se atrevió a insistir por el bien de su hijo.

Erasmo parecía intrigado por los sentimientos, al tiempo que os despreciaba. Serena le había sorprendido practicando expresiones faciales exageradas cuando miraba a Manion. Su piel sintética desplegaba un desfile de máscaras teatrales que oscilaban entre el asco y la maldad, pasando por la perplejidad.

Serena esperaba convencer a Erasmo de que todavía no comprendía la naturaleza humana, y de que debía mantenerla viva con el fin de descubrir las respuestas que tanto ansiaba...

Paseaba con Manion por un jardín de helechos, fingiendo indiferencia. Observó una puerta al otro extremo del invernadero, y recordó que contaba con una llave que permitía el acceso a la casa principal. Erasmo la observaba obsesivamente, como de costumbre.

Mientras estudiaba las plantas, no miró al robot. Después, como si se lo hubiera pensado mejor, pasó como una flecha por la puerta con el bebé y la cerró con llave. Solo conseguiría un momento de respiro de la intensa vigilancia, y pillaría desprevenido a su amo. Eso esperaba, al menos.

Mientras recorría a toda prisa el pasillo, Manion se removía en sus brazos y lanzaba chillidos de disgusto. Estaba atrapado como ella, condenado injustamente a

pasar el resto de su vida como esclavo. Xavier nunca vería a su hijo.

Se arrepintió una vez más de su temeraria decisión de ir a Giedi Prime. Impulsada por su idealismo, solo había pensado en términos de grandes cifras, en el bienestar de miles de millones de personas. No había pensado en sus seres queridos, sus padres, Xavier. ¿Por qué debía cargar con el peso del sufrimiento humano?

Ahora, Xavier y Manion estaban pagando el precio como ella.

Erasmo apareció por otra puerta delante de ella y le cerró el paso. Una expresión malhumorada ocupaba su rostro surrealista.

—¿Por qué intentas escapar, cuando sabes que es imposible? Este juego no me divierte.

—No intentaba escapar —protestó ella, al tiempo que protegía al niño con sus brazos.

—A estas alturas ya deberías comprender que existen consecuencias de tus actos. —Demasiado tarde, la joven reparó en que llevaba algo brillante en la mano. Apuntó el aparato en su dirección—. Ha llegado el momento de cambiar los parámetros.

—Espera...

Serena vio un estallido de luz blanca, y un profundo entumecimiento se apoderó de su cuerpo. No pudo sostenerse en pie. Las piernas le fallaron como si se hubieran convertido en agua. Mientras caía, intentó proteger a Manion, que lanzó un aullido de miedo cuando su madre y él se desplomaron.

Serena, a punto de perder el conocimiento, no pudo impedir que Erasmo se apoderara del bebé indefenso.

En su centro de disecciones y cirugía general, Erasmo estudiaba a Serena. Su piel desnuda se veía suave y blanca, pues se había recuperado del molesto parto con sorprendente celeridad.

Mientras yacía inconsciente en la plataforma blanca, Erasmo llevó a cabo una delicada operación. Para él era una cuestión de rutina, pues había practicado muchas veces con esclavas durante los últimos dos meses, y solo habían muerto tres.

No quería hacer daño a Serena, pues creía que aún podía enseñarle muchas cosas. El procedimiento era por su bien...

Serena despertó por fin, desnuda pero empapada en sudor. Tenía las piernas y los brazos sujetos, y sentía cierta incomodidad en el abdomen.

Alzó la cabeza y descubrió que estaba en una sala amplia y atestada de cosas, al parecer sola. ¿Dónde estaba Manion? Sus ojos se dilataron de miedo y alarma. Cuando intentó sentarse, sintió una punzada de dolor en la región abdominal. Vio una incisión y una cicatriz en la parte inferior del estómago.

Erasmo entró en la sala con estruendo, cargado con una bandeja que contenía objetos metálicos y cristalinos.

—Buenos días, esclava. Has dormido más de lo que había previsto. —Dejó la bandeja y procedió a liberar las muñecas de Serena—. Estaba limpiando mis instrumentos médicos.

Furiosa con él, y muerta de miedo, la joven tocó las marcas de la operación, palpó su abdomen dolorido.

—¿Qué me has hecho?

—Una simple precaución para solucionar un problema que nos concierne a los dos —respondió con calma el robot

—. Te he extraído el útero. Ya no tendrás que preocuparte por la distracción de tener más hijos.

97

> La codicia, la ira y la ignorancia envenenan la vida
>
> PENSADOR EKLO, de la Tierra,
> *Más allá de la mente humana*

Cuatro meses después del ataque de las máquinas pensantes contra Rossak, Zufa Cenva dedicaba su tiempo y energías a entrenar nuevas candidatas. Habían perdido muchas en la batalla psíquica contra los cimeks.

Aurelius Venport se había comportado con eficacia durante la crisis, evacuando a la gente a los refugios de la selva mientras los cimeks destruían todo cuanto encontraban a su paso. Pero Zufa apenas se había dado cuenta. Mientras Venport sufría por la tensión y responsabilidad que la hechicera cargaba sobre sus hombros, la mujer no pensaba casi nunca en su amante. Siempre había sido así y Venport se estaba cansando.

Zufa nunca se había molestado en comprobar de qué eran capaces los hombres de Rossak. Pese a sus proezas telepáticas, Zufa no entendía el funcionamiento práctico de su mundo protegido. No sabía casi nada de cómo el patriota Venport mantenía fuerte la economía de Rossak.

Durante años, sus equipos de químicos habían estudiado d potencial médico y recreativo de las plantas, cortezas, líquidos y hongos de la selva. Cirujanos militares e investigadores médicos de toda la liga dependían del suministro continuado de drogas procedentes de las junglas de Rossak.

Además, había empezado la producción de los innovadores y eficaces globos de luz que Norma había inventado y compartido con él. Los beneficios de este negocio pagarían la reparación y reconstrucción de las plataformas orbitales dañadas, la reconstrucción de las ciudades cavernarias y también la presencia de más naves exploradoras y vigías de la Armada.

Por lo visto, Zufa pensaba que esas cosas eran gratis. Los negocios de Venport sufragaban todos los gastos.

En cualquier momento que así lo deseara, podría recoger sus créditos y vivir como un rey en otro planeta, pero se sentía hijo de Rossak. Aunque la hechicera le trataba con escaso cariño y afecto, la amaba.

Venport sonrió para sí mientras subía a la sección ondulante de pavimento que cubría las copas polimerizadas de los árboles. Las naves pequeñas podían aterrizar allí, pero las barcazas de carga tenían que permanecer en el espacio, atracar en las estaciones orbitales y descargar las cajas de una en una. En la selva, enredaderas y hierbas altas ya habían empezado a cubrir las zonas quemadas por los cimeks. La naturaleza sabía curarse a sí misma.

Alzó la vista y buscó la lanzadera esperada, complacido de ver que era puntual. La vio descender, una pequeña nave privada propiedad de un mercader de carne tlulaxa llamado Tuk Keedair, un hombre que atacaba Planetas No Aliados en busca de esclavos. Keedair también vendía

órganos biológicos, cultivados al parecer en sofisticados tanques de Tlulax.

También él comerciante, Venport nunca había considerado la esclavitud un negocio lucrativo o sensato. Tan solo un puñado de planetas de la liga permitían la práctica, pero Keedair gozaba de buena fama entre sus clientes. Hoy, el hombre deseaba hacer una propuesta diferente a Aurelius Venport, no relacionada con la esclavitud. Venport, picado por la curiosidad, había accedido a reunirse con él.

Después de que la pequeña lanzadera tlulaxa aterrizara, Keedair bajó. Se detuvo con los brazos en jarras, vestido con una blusa azul embutida en unos pantalones negros ceñidos. Una trenza oscura veteada de gris colgaba sobre su hombro como una medalla de honor.

Venport extendió una mano a modo de saludo. Para esta ocasión, llevaba un justillo ceñido en la cintura y botas hechas de la piel verdenegruzca de un reptil arbóreo. Keedair alzó una mano encallecida.

—He traído unas muestras que quiero enseñarte —dijo el mercader—, e ideas que te engolosinarán.

—Vienes a mí con fama de visionario y hombre prudente, Tuk Keedair. Cuéntame tus ideas.

Mientras las hechiceras estaban ocupadas en sus interminables consejos de guerra, Venport condujo a su invitado a una sala de recepciones. Los dos hombres se quedaron solos, bebiendo un potente té de hierbas selváticas para observar los ritos sociales.

Por fin, Keedair sacó una muestra de polvo marrón y se la entregó.

—Hace nueve meses, encontré esto en Arrakis.

Venport olió, y a instancias de su invitado, probó la sustancia.

Apenas oyó las palabras posteriores del tlulaxa, tan concentrado estaba en la notable experiencia que exigía toda su atención. Si bien estaba muy familiarizado con los estimulantes recreativos y sustancias que alteraban el estado de ánimo, procedentes de las selvas de Rossak, nunca había imaginado que algo así existiera.

La melange parecía impregnar cada célula de su cuerpo, transmitir energía y vitalidad directamente a su cerebro, pero sin las habituales distorsiones sensoriales. Era un placer..., pero mucho más que eso. Venport se reclinó en su silla y sintió que la sustancia le seducía y relajaba, le controlaba sin controlarle. Era una paradoja. Sentía su mente más agudizada que nunca en su vida. Hasta el futuro parecía claro.

—Me gusta mucho. —Venport exhaló un suspiro de satisfacción y probó otra muestra del polvo—. Puede que me convierta en nuestro mejor cliente.

Ya sospechaba que encontraría muchos compradores en la liga. Muchos, muchos más.

Los dos hombres se pusieron de acuerdo sobre los detalles y se estrecharon las manos. Luego, tomaron otra taza de té de Rossak... mezclado con melange.

Aurelius Venport accedió a viajar con el mercader de carne a los confines del territorio explorado. Sería un largo viaje de ida y vuelta, puesto que Arrakis se hallaba muy lejos, pero el hombre de Rossak quería ver con sus propios ojos la fuente de la melange, y ver cómo podría convertir el cultivo de especia en un negocio ventajoso.

Tal vez Zufa se fijaría en él después de esto.

98

> Los gobiernos más tradicionales dividen al pueblo, lo enfrentan entre sí para debilitar la sociedad y hacerla gobernable.
>
> TLALOC,
> *Debilidades del Imperio*

En un magnífico despliegue militar, un grupo de ballestas y jabalinas de la liga sobrevolaban Poritrin. En el puente de la nave insignia, un orgulloso e inexpresivo segundo Xavier Harkonnen se erguía con el uniforme de gala, estudiando el planeta de aspecto plácido.

Lord Bludd se había ofrecido a equipar las naves de la Armada con los nuevos escudos de Tio Holtzman. En el espaciopuerto de Starda se habían montado instalaciones provisionales para acomodar a las numerosas naves. Todas las naves comerciales habían sido enviadas a otros lugares para convertir el espaciopuerto en base militar y astillero provisionales. Cuadrillas de esclavos especializados habían sido apartados de sus ocupaciones habituales y destinados a la instalación.

Xavier no estaba muy convencido de depositar tanta confianza en una tecnología tan reciente, pero el equilibrio de poder tendría que cambiar de manera significativa antes de que la humanidad pudiera conquistar otros Planetas Sincronizados. Había que correr riesgos.

Las inmensas naves de guerra de tipo ballesta descendieron con majestuosidad. Además de su armamento reglamentario, cada nave transportaba mil quinientos tripulantes, veinte transportes de tropas, quince lanzaderas de carga y equipo, veinte lanzaderas de pasajeros más pequeñas, cincuenta patrulleras de largo alcance y doscientos kindjals para combate espacial o atmosférico. Esas naves tan enormes pocas veces aterrizaban en superficies planetarias, pero las ballestas relucían ahora a la luz del sol.

Después de las ballestas llegaron los destructores de clase jabalina, más pequeños, capaces de superarlas en velocidad, si bien, en proporción, transportaban mayor cantidad de armas para respuestas rápidas y decisivas.

Nobles y ciudadanos libres de Poritrin, separados de los esclavos, saludaban y silbaban. Las barcazas que surcaban el Isana tocaban las bocinas. Como parte de la exhibición, escuadrones de kindjals y naves patrulleras volaban alrededor de las naves de mayor tamaño como avispas protectoras.

En cuanto la nave insignia aterrizó, Xavier salió y fue recibido por un coro de vítores. La enorme ballesta se cernía sobre él, y se sintió minúsculo.

Pero todo el mundo dependía de él, y tenía un trabajo que hacer. Tras una breve pausa para orientarse, avanzó sin vacilar, flanqueado por sus oficiales y seguido por la primera línea de sus tropas, que formaban una hilera perfecta. Les había preparado bien.

Acompañado por cuatro asesores y once dragones, lord Niko Bludd se acercó a él. El noble se tiró la capa hacia atrás y estrechó la mano de Xavier.

—Bienvenido a Poritrin, segundo Harkonnen. Si bien esperamos terminar nuestras tareas cuanto antes, durante vuestra estancia mi pueblo descansará mejor de noche, sabiendo que goza de vuestra magnífica protección.

Más tarde, mientras Bludd les obsequiaba con un lujoso banquete, Xavier delegó responsabilidades en sus oficiales de confianza. Sus subcomandantes supervisaron la organización de las cuadrillas de trabajadores en el espaciopuerto, así como la instalación de los generadores Holtzman. Bajo el cauteloso mando del segundo, los nuevos sistemas se incorporarían a un escuadrón de patrulleras, con el fin de que pudiera inspeccionar las obras y poner a prueba la tecnología.

A continuación, los mecánicos de Poritrin equilibrarían los sistemas y dispondrían múltiples escudos para cubrir puntos vulnerables de las jabalinas y las ballestas. Si los escudos funcionaban como era de esperar durante las rigurosas demostraciones de prueba, Xavier ordenaría que otros grupos de combate quedaran estacionados de manera provisional en Poritrin para someterse a mejoras similares. No quería que demasiadas naves de la Armada estuvieran en dique seco a la vez, no fuera que algunos planetas de la liga quedaran indefensos, ni tampoco deseaba que los espías de Omnius se enteraran de lo que se estaba fraguando.

Casi todas las armas de los robots consistían en proyectiles y explosivos, bombas inteligentes programadas que perseguían a sus objetivos hasta hacer impacto.

Mientras los proyectiles de inteligencia artificial no aprendieran a disminuir su velocidad y penetrar en los escudos, la protección sería suficiente y decisiva.

Gracias a un informe confidencial, Xavier había sido informado del defecto más importante del escudo, su violenta interacción con los láseres. Sin embargo, como tales armas casi nunca se utilizaban en combate debido a que se habían demostrado ineficaces para la destrucción a gran escala, consideró que se trataba de un riesgo aceptable. Siempre que la Armada pudiera ocultar ese secreto a Omnius...

En las torres cónicas del salón de la residencia de lord Bludd, Xavier escuchó a los juglares que cantaban himnos y canciones inspiradas por una fiesta navacristiana semiolvidada que aún se celebraba de vez en cuando en Poritrin. No tenía hambre, y sus sentidos del olfato y el gusto estaban muy disminuidos. Bebió un poco del ron local, pero controló su ingesta de alcohol. No deseaba disminuir la velocidad de sus reacciones o embotar sus sentidos. *Siempre a punto.*

Mientras la fiesta continuaba a su alrededor, miró por las ventanas curvas de la torre y vio las luces del espaciopuerto, manchas amarillas y blancas que permitían a las cuadrillas de esclavos continuar instalando los escudos día y noche. Nunca le había gustado la esclavitud, sobre todo desde que Serena se había pronunciado en su contra, pero así eran las cosas en Poritrin.

Xavier habría preferido estar en casa con Octa. Hacía menos de un año que estaban casados, y pronto sería padre por primera vez. De momento, su deber le exigía estar aquí. Resignado, levantó la copa y brindó una vez más con lord Bludd.

Acompañado por su ayudante, el cuarto Jaymes Powder, Xavier paseó ante las primeras filas de kindjals alineados en el campo de aterrizaje. Habían instalado pequeños generadores de escudo en cada unidad, conectados a los motores de las naves. Con los hombros cuadrados, la espalda muy tiesa y el uniforme inmaculado, prestó mucha atención a los detalles. Jamás permitiría que un error como el de Giedi Prime volviera a repetirse.

Vio al otro lado del delta barcazas y buques de pasajeros procedentes del norte. Los asuntos de Poritrin procedían como de costumbre, y el ataque de las máquinas pensantes parecía muy lejano. Sin embargo, Xavier nunca se sentiría en paz. Aunque había encontrado la felicidad con Octa, no era la vida que había planeado. Las máquinas pensantes habían matado a Serena. En su lucha por la libertad, sabía que sus motivaciones eran personales.

Vigilados por capataces, cuadrillas de esclavos letárgicos trabajaban con la energía suficiente para evitar castigos, al tiempo que demostraban escaso entusiasmo por el trabajo, pese a que beneficiaría a la humanidad, ellos incluidos.

Si bien despreciaba la práctica del esclavismo, Xavier meneó la cabeza, decepcionado y furioso por la actitud derrotista de los esclavos.

—La decisión de lord Bludd de asignar esclavos a este trabajo... no me inspira confianza.

El cuarto Powder examinó a los prisioneros.

—Aquí es normal, señor.

Xavier se humedeció los labios. La Liga de Nobles insistía en que cada planeta se gobernara por sus propias leyes.

—De todos modos, no creo que un cautivo sea el trabajador más adecuado. No quiero errores, Jaymes... La flota depende de ello.

Paseó la vista por las cuadrillas de obreros, inquieto al ver a tantos esclavos encargados de un trabajo tan delicado. Un hombre de barba negra, con ojos que parecían albergar los sentimientos más negros, guiaba a su cuadrilla con órdenes terminantes, en un idioma que Xavier no entendía.

Xavier examinó a los esclavos con aire pensativo. Echó un vistazo a los kindjals que brillaban a la luz del sol. La sensación de peligro provocó que se le erizara el vello de la nuca.

Guiado por un impulso, golpeó con los nudillos el casco de un patrullero. Dos esclavos manchados de grasa salieron corriendo de la nave, una vez terminado su trabajo, y se encaminaron a la nave siguiente, evitando la mirada de Xavier.

Se alejó cuatro pasos del patrullero y luego dio media vuelta.

—Cuarto, creo que deberíamos probar un kindjal al azar.

Subió a la cabina de la nave. Comprobó los controles del panel con dedos experimentados, observó los componentes y multiplicadores de energía recién instalados que proyectaban los escudos Holtzman. Accionó interruptores, esperó a que los motores cobraran vida, y luego encendió el escudo.

Fuera, el ayudante retrocedió. Powder se protegió los ojos cuando el aire brilló alrededor del aparato.

—¡Parece que funciona bien, señor!

Xavier aumentó la energía de los motores, preparado para el despegue. Los gases de escape quedaron atrapados por el escudo, hasta que se filtraron poco a poco a través de la barrera. La nave zumbó y vibró bajo él. Estudió las lecturas del panel, con el ceño fruncido.

Pero cuando intentó despegar, el generador del escudo echó chispas y humo. Los motores se desconectaron automáticamente. Xavier cerró todos los sistemas antes de que más cortocircuitos dañaran los delicados componentes.

Bajó del patrullero, con la cara congestionada de furia.

—¡Tráeme de inmediato a los capataces! Y avisa a lord Bludd de que quiero hablar con él.

Los esclavos asignados a ese kindjal en particular habían desaparecido entre la multitud, y pese a las furiosas pesquisas del segundo, ninguno de los cautivos alineados ante él confesó estar al corriente de las equivocaciones. Como consideraban intercambiables a todos los esclavos, los capataces no habían conservado registros de los individuos destinados a naves concretas.

La noticia había encolerizado a Bludd, que luego se deshizo en disculpas. Se mesó su barba rizada.

—No hay excusa posible, segundo. No obstante, descubriremos y castigaremos a los trabajadores negligentes.

Xavier guardó silencio casi todo el rato, a la espera del análisis definitivo de los equipos de inspección. Su ayudante regresó por fin, flanqueado por dragones. El cuarto Powder venía cargado con informes detallados.

—Hemos terminado la inspección de control de calidad, segundo. En todas las naves investigadas, uno de cada cinco generadores de escudo han sido mal instalados.

—¡Una ineptitud criminal! —exclamó Bludd, desolado—. Les obligaremos a reparar sus errores. Mis más sinceras disculpas, segundo.

Xavier miró sin pestañear al noble.

—Un porcentaje de error del veinte por ciento no supone tan solo mera incompetencia, lord Bludd. Tanto si vuestros cautivos son traidores porque están conchabados con nuestros enemigos, como si están furiosos con sus amos, no podemos tolerarlo. ¡Si mi flota hubiera entrado en combate con estas naves, nos habrían masacrado!

Se volvió hacia su ayudante.

—Cuarto Powder, cargaremos todos los generadores de escudo a bordo de nuestras jabalinas y las conduciremos al muelle de la Armada más próximo. —Dedicó una reverencia al preocupado noble—. Os damos las gracias, lord Bludd, por vuestras buenas intenciones. No obstante, teniendo en cuenta las circunstancias, prefiero que personal militar preparado instale y pruebe los escudos.

Dio media vuelta para marcharse.

—Me ocuparé de ello ahora mismo, señor.

Powder salió al punto de la sala, seguido de los dragones. Bludd parecía muy avergonzado, pero no podía contradecir al severo comandante.

—Os comprendo muy bien, segundo. Me aseguraré de que los esclavos sean castigados.

Xavier, disgustado, declinó la invitación del noble de asistir a otro banquete. Como para disculparse, Bludd mandó enviar una docena de cajas del mejor ron de Poritrin a la nave insignia. Tal vez Xavier y Octa compartirían una, para celebrar su regreso a casa. O quizá esperarían al nacimiento de su primer hijo.

Xavier salió de la sala de recepción de lord Bludd. Intercambiaron unas breves pero tensas palabras, y después el oficial se dirigió a su ballesta, aliviado de abandonar aquel lugar.

99

> La vida es la suma de fuerzas que se oponen a la muerte.
>
> SERENA BUTLER

Serena había sido violada, le habían arrancado una parte de su cuerpo, y una inmensa desolación la embargaba. Al cometer tamaña atrocidad, Erasmo la había arrastrado al borde de la desesperación, destruido la tozuda esperanza a la que siempre se había aferrado.

Después de presentarse al Parlamento de la Liga, Serena había imaginado que realizaría importantes tareas en beneficio de la humanidad. Había dedicado su tiempo, energías y entusiasmo, sin arrepentirse ni un momento. Cuando su padre le había tomado juramento como representante de la liga, apenas tenía diecinueve años, con un brillante porvenir por delante.

El joven Xavier Harkonnen había conmovido su corazón, y juntos habían soñado fundar una familia feliz y numerosa. Habían planeado su boda, hablado de su futuro compartido. Aun en las garras de Erasmo, se había aferrado a sus sueños de huida, y de una vida normal posterior, al lado de Xavier.

Pero por conveniencia propia, el malvado robot la había esterilizado como a un animal, le había robado la posibilidad de tener más hijos. Siempre que veía a la despiadada máquina, quería chillarle improperios. Más que nunca, echaba de menos la compañía de seres humanos civilizados que la habrían podido ayudar en estas difíciles circunstancias, incluso el mal aconsejado Vorian Atreides. Pese a su supuesta fascinación por el estudio de la humanidad, Erasmo era incapaz de comprender por qué se había indignado por *una intervención quirúrgica de escasa importancia*.

Su furia y dolor se impusieron a la inteligencia necesaria para enfrentarse a él. Era incapaz de entusiasmarse por los temas esotéricos que Erasmo deseaba comentar con ella. Como consecuencia, el robot se sintió cada vez más decepcionado con su cautiva.

Peor aún, Serena ni se dio cuenta.

Cuando el pequeño Manion cumplió once meses, se había convertido en su único salvavidas, un doloroso recordatorio de todo cuanto había perdido, tanto en el pasado como en el futuro. Había empezado a andar, y era un manojo de energía concentrada que deambulaba por todas partes con paso torpe, empeñado en explorar todos los rincones de la villa.

Los demás esclavos intentaban ayudar, al ver el dolor de Serena y sabedores de lo que había hecho para mejorar su calidad de vida. Pero Serena no deseaba nada de ellos. Se hallaba al borde de la desesperación. Pese a todo, Erasmo mantenía los cambios v mejoras que había aceptado llevar a cabo.

Serena todavía trabajaba en el jardín y en la cocina, vigilaba a Manion cuando el niño examinaba utensilios y jugaba con las ollas relucientes. Como estaban al corriente

de su peculiar relación con Erasmo, los demás esclavos la observaban con curiosidad y respeto, y se preguntaban qué haría después. Los cocineros y pinches jugaban con el niño, divertidos por sus intentos de hablar.

Manion estaba poseído por una sed insaciable de ver y tocar todo, desde las flores y plantas de los jardines de la villa hasta los peces exóticos de los estanques, pasando por una pluma que encontró en la plaza. Estudiaba todo con sus vivaces ojos azules.

Serena renovó su determinación de intentar escapar o atentar contra Erasmo. A tal fin, necesitaba averiguar todo cuanto pudiera sobre el robot independiente. Para solucionar ese enigma, decidió descubrir qué ocurría con exactitud en los ominosos laboratorios precintados. El robot le había prohibido que entrara en ellos, y la había advertido de que no *se entrometiera* en sus experimentos. Había ordenado a los demás criados de la casa que no le contaran nada acerca de ellos. ¿De qué tenía miedo el robot? Aquellos laboratorios debían de ser importantes.

Tenía que entrar como fuera.

Se presentó una oportunidad cuando Serena habló con dos pinches de cocina que preparaban comidas para humanos encerrados en el bloque de los laboratorios. Erasmo insistía en platos energéticos para que sus víctimas sobrevivieran lo máximo posible, pero prefería una cantidad ínfima para *minimizar las deyecciones* cuando infligía excesivo dolor.

El personal de la cocina había aceptado con alivio los sangrientos gustos de Erasmo, satisfechos de no haber sido elegidos para los experimentos. Aún no, en cualquier caso.

—¿Qué importa la vida de un esclavo? —preguntó una de las mujeres, Amia Yo. Era la esclava que había tocado la

manga de Serena durante el festín de *buena voluntad* del robot, y Serena la había visto trabajar en las cocinas.

—Toda vida humana posee valor —dijo Serena, al tiempo que miraba al pequeño Manion—, aunque solo sea para soñar. He de ver ese lugar con mis propios ojos.

Entonces, reveló su impetuoso plan entre susurros conspiratorios.

Amia Yo, reticente, pero con expresión decidida, se ofreció a colaborar.

—Solo por ti, Serena Butler.

Como las dos mujeres eran más o menos de la misma estatura y peso, Serena se puso su bata y delantal blancos, y luego se cubrió el pelo con un pañuelo oscuro. Confiaba en que los ojos espía no advertirían las diferencias.

Serena dejó a Manion al cuidado de los pinches y acompañó a una esclava esbelta de piel oscura. Entraron empujando un carrito de comida en una serie de dependencias anexas que Serena nunca había visitado. El pasillo de entrada olía a productos químicos, fármacos y enfermedad. Serena temía lo que iba a ver. Su corazón se aceleró y el sudor empapó su piel, pero apresuró el paso.

Su compañera parecía nerviosa, y sus ojos se movían de un lado a otro cuando atravesaron una barrera codificada. Entraron juntas en una cámara interior. Un intenso hedor hacía el aire casi irrespirable. Nada se movía en la sala. Serena sintió náuseas.

Nada habría podido prepararla para esto.

Había restos humanos amontonados sobre mesas, en tanques burbujeantes y en el suelo, como juguetes desordenados por un niño aburrido. Sangre fresca había salpicado las paredes y el techo, como si Erasmo se hubiera dedicado al arte abstracto. Todo parecía reciente y húmedo, como si la horrenda matanza hubiera tenido lugar una hora

antes. Serena, consternada, solo experimentó asco y rabia. ¿Por qué había hecho esto el robot? ¿Para satisfacer alguna curiosidad macabra? ¿Había encontrado las respuestas que buscaba? ¡A qué precio!

—Pasemos a la siguiente sala —dijo su compañera con voz temblorosa, mientras intentaba apartar la vista del horror—. Aquí ya no queda nadie a quien dar de comer.

Serena avanzó tambaleante detrás de la otra mujer, que empujaba el carrito, hasta entrar en otra cámara, donde prisioneros de aspecto demacrado estaban encerrados en celdas de aislamiento. Por lo que fuera, el hecho de que aquellos conejillos de Indias continuaran con vida se le antojó todavía peor. Reprimió las ansias de vomitar.

Hacía mucho tiempo que soñaba con escapar de su vida de esclava. Al ver estos horrores, comprendió que huir no sería suficiente. Necesitaba detener a Erasmo, destruirle, no por ella, sino por todas sus víctimas.

Pero Serena había caído en la trampa.

Gracias a aparatos de vigilancia ocultos, Erasmo la vigilaba. Consideró su repugnancia agradablemente predecible. Durante días había esperado que se colara a escondidas en sus laboratorios, pese a su estricta prohibición. Sabía que Serena no conseguiría resistir esa tentación demasiado tiempo.

Sí que comprendía algunos aspectos de la naturaleza humana, y muy bien.

Ahora que su acompañante y ella habían terminado sus tareas, regresarían a la seguridad de la villa, donde Serena había dejado a su impertinente bebé. Erasmo pensó en la mejor manera de manipularla.

Había llegado el momento de introducir cambios. De añadir tensión al sistema experimental y observar las

transformaciones de los sujetos. Conocía el punto más vulnerable de Serena.

Mientras se preparaba para el drama que iba a crear, Erasmo convirtió su rostro en un óvalo inexpresivo. Recorrió los pasillos, y el eco de sus pasos anunció su llegada. Antes de que Serena pudiera recuperar a su hijo, el robot encontró a Amia Yo jugando con el niño en el suelo de la cocina.

El amo de la casa no pronunció ni una palabra cuando entró en la habitación. Amia Yo, sobresaltada, alzó los ojos y vio al ominoso robot. A su lado, el pequeño Manion contempló el familiar rostro reflectante y rió.

La reacción del niño provocó que el robot se detuviera un momento. Después, con un veloz revés de su brazo sintético, rompió el cuello de Amia Yo y agarró al niño. La cocinera cayó muerta sin exhalar ni un suspiro. Manion se retorció y chilló.

Justo cuando Erasmo alzaba al niño en el aire, Serena apareció en la puerta, con expresión horrorizada.

—¡Suéltale!

Erasmo la apartó de un empujón, y Serena cayó sobre el cadáver de la mujer asesinada. Sin mirar atrás, el robot se alejó de la cocina y subió una escalera que conducía a los niveles y balcones superiores de la villa. Manion colgaba de su mano como un pez capturado, sin dejar de llorar y vociferar.

Serena se puso en pie y corrió tras ellos, mientras suplicaba a Erasmo que no hiciera daño a su hijo.

—¡Castígame a mí, si así lo deseas, pero a él no! El robot volvió su rostro indescifrable hacia ella.

—¿No puedo hacer ambas cosas? Subió al segundo piso.

Al llegar al rellano de la tercera planta, Serena intentó asir una pierna del robot. Erasmo nunca había visto tamaña

exhibición de desesperación, y se arrepintió de no haber aplicado sondas de control para escuchar su corazón y saborear el sudor inducido por su pánico. El pequeño Manion agitaba los brazos y las piernas.

Serena tocó los deditos de su hijo, consiguió sujetarle un instante. Entonces, Erasmo le dio una patada en el abdomen, y la joven cayó rodando medio tramo de escalera.

Logró ponerse en pie, sin hacer caso de las contusiones, y prosiguió la persecución. Interesante. Una señal de resistencia notable, o bien de tozudez suicida. A partir de sus estudios sobre Serena Butler, Erasmo decidió que era un poco de todo.

Cuando llegó al último nivel, Erasmo se encaminó al amplio balcón que daba a la plaza, cuatro pisos más abajo. Había un robot centinela en el balcón, observando las cuadrillas de esclavos que instalaban nuevas fuentes y erigían estatuas. El sonido de la maquinaria y de sus voces se alzaba en el aire inmóvil. El robot se volvió hacia su perseguidora.

—¡Alto! —gritó Serena con una severidad que le recordó su antigua personalidad—. ¡Basta, Erasmo! Has ganado. Haré lo que desees.

El robot se detuvo ante la barandilla del balcón, asió a Manion por el tobillo izquierdo y lo alzó sobre el borde. Serena chilló. Erasmo dio una breve orden al centinela.

—Impide que se entrometa.

Sujetó al niño cabeza abajo sobre la plaza pavimentada, como un gato que jugara con un ratón indefenso.

Serena se precipitó hacia delante, pero el robot centinela le cerró el paso. Ella le golpeó con tal fuerza que el robot fue a parar contra la barandilla, antes de recuperar el equilibrio y apoderarse del brazo de Serena.

Abajo, los esclavos humanos alzaron la vista y señalaron el balcón. Una exclamación colectiva se alzó, seguida de un susurro.

—¡No! —gritó Serena mientras intentaba liberarse de la presa del robot—. ¡Por favor!

—Debo continuar mi importante trabajo. Este niño es un factor perturbador.

Erasmo balanceó al niño sobre el abismo. La brisa agitó su manto. Manion se retorcía y chillaba, llamaba a su madre.

Serena miró el rostro reflectante, pero no vio compasión ni preocupación. *¡Mi* precioso bebé!

—¡No, por favor! Haré lo que...

Los esclavos no daban crédito a sus ojos.

—Serena... Tu nombre se deriva de *serenidad*. —Erasmo alzó la voz para hacerse oír sobre los aullidos del niño—. ¿Lo entiendes?

La joven se lanzó contra el robot centinela, estuvo a punto de soltarse y extendió la mano, desesperada por apoderarse de su hijo.

De repente, los dedos de Erasmo se abrieron. Manion cayó a la plaza.

—Bien. Ya podemos volver al trabajo.

Serena lanzó un grito tan estruendoso que no oyó el terrible sonido del cuerpo al estrellarse contra el pavimento.

Indiferente al peligro que corría, Serena se soltó por fin, desgarrándose la piel, y empujó al robot centinela contra la barandilla. Cuando el robot recuperó el equilibrio, ella le empujó de nuevo, esta vez con más fuerza. El robot rompió la balaustrada y se precipitó al vacío.

Sin prestar atención a la máquina, Serena atacó a Erasmo y le golpeó con sus puños. Intentó mellar o arañar

su cara de metal líquido, pero solo consiguió hacerse sangre en los dedos y romperse las uñas. En su frenesí, Serena desgarró el manto nuevo del robot. Después, agarró un jarrón de terracota del borde del balcón y lo rompió contra el cuerpo de Erasmo.

—Deja de portarte como un animal —dijo Erasmo. La envió de un manotazo al suelo.

Iblis Ginjo, que supervisaba a la cuadrilla de la plaza, contemplaba la escena con absoluta incredulidad. *¡Es Serena!*, gritó uno de los trabajadores de la villa, que la había reconocido. Su nombre fue coreado por los demás, como si la reverenciaran. Iblis recordaba a Serena Butler de cuando la había visto con los nuevos esclavos llegados de Giedi Prime.

Entonces, el robot soltó al niño.

Sin preocuparse por las consecuencias, Iblis corrió en un desesperado e infructuoso intento por atrapar al niño. Al ver la valiente reacción del capataz, muchos esclavos se precipitaron hacia delante.

Iblis se detuvo ante el cuerpo ensangrentado y comprendió que no podía hacer nada. Incluso después de todas las atrocidades que había visto cometer a cimeks y máquinas pensantes, este ultraje parecía inconcebible. Sostuvo el cuerpecillo destrozado en sus brazos y alzó la vista.

Serena estaba luchando contra sus amos. Los obreros lanzaron una exclamación ahogada y retrocedieron cuando lanzó por encima de la barandilla a un centinela robot. Como un destello metálico, la máquina pensante se estrelló contra las losas de piedra, no lejos de la mancha de sangre que había dejado el niño muerto. Quedó hecho añicos, sus

componentes metálicos y fibrosos rotos, el líquido de los circuitos gelificados rezumando por las grietas...

Mortificados y consternados, los esclavos contemplaban la escena. *Como leña preparada para arder*, pensó Iblis. ¡Una cautiva humana se había enfrentado a las máquinas! ¡Había destruido a un robot con sus propias manos! Gritaron su nombre, asombrados.

En el balcón, una desafiante Serena seguía increpando a Erasmo, mientras él la empujaba hacia atrás con su fuerza superior. El coraje apasionado de la mujer sorprendió a todos. *¿Podía ser más claro el mensaje?*

Un grito de cólera se elevó de las gargantas de los obreros cautivos. Ya habían sido aleccionados durante meses por las instrucciones y manipulaciones sutiles de Iblis. Había llegado el momento.

Con una sonrisa de triste satisfacción, dio la orden. Y los rebeldes se precipitaron hacia delante, en un acto que sería recordado durante diez mil años.

100

> Los monolitos son vulnerables. Para perdurar, hay que poseer movilidad, resistencia y diversidad.
>
> BOVKO MANRESA,
> primer virrey de la Liga de Nobles

Cuando el grupo de combate de la Armada partió de Poritrin, las multitudes de Starda no eran tan numerosas, y los vítores eran mucho más tímidos. Se había propagado a gran velocidad la noticia de que los esclavos habían saboteado un trabajo vital. Era una vergüenza para todo el planeta.

Niko Bludd, muy decepcionado, vio desaparecer las estelas jónicas de las naves. Después, flotó en su plataforma ceremonial sobre los esclavos reunidos. Había ordenado que los supervisores congregaran a todos los esclavos para una inspección.

Lord Bludd habló por un proyector vocal que tronó sobre los esclavos.

—¡Habéis decepcionado a Poritrin! Habéis deshonrado a la humanidad. Vuestro sabotaje ha malogrado el esfuerzo

bélico dirigido contra nuestros enemigos. ¡Esto se llama traición!

Les miró con ojos llameantes, esperando ver señales de remordimiento, abyectas súplicas de perdón, cabezas gachas en señal de culpa. En cambio, los esclavos parecían desafiantes, como orgullosos de lo que habían hecho.

Dado que los esclavos no eran ciudadanos de la liga, no podían ser, culpables de traición, pero le gustaba el sonido ominoso de la palabra. Esta gente ignorante no captaría las sutiles diferencias.

Sorbió por la nariz, y recordó un antiguo castigo navacristiano, cuya intención era asestar un golpe psicológico no violento.

—Declaro un Día de Vergüenza. Dad gracias a que el segundo Harkonnen detectara vuestra incompetencia antes de que se perdieran valiosas vidas. Pero vuestras acciones han perjudicado nuestra lucha constante contra Omnius. No podréis lavaros la sangre de vuestras manos.

Sabiendo que eran supersticiosos, les maldijo.

—¡Que esta vergüenza recaiga sobre vuestros descendientes! ¡Que los cobardes budislámicos nunca se vean libres de su deuda con la humanidad!

Enfurecido, ordenó a los dragones que la plataforma se alejara del espaciopuerto.

Bel Moulay había estado esperando una situación explosiva como esta. Nunca más habría tantos esclavos congregados al mismo tiempo. El líder zenshiíta ordenó a sus hermanos que entraran en acción.

Los supervisores y dragones tenían órdenes de devolver los esclavos a sus amos. Casi todo el trabajo rutinario de Poritrin había quedado paralizado mientras las naves de la

Armada estaban aparcadas en el espaciopuerto, y algunos nobles habían expresado su impaciencia por volver a la normalidad.

Pero ahora, los cautivos se negaban a moverse, se negaban a trabajar.

Bel Moulay gritó a los que estaban cerca de él, despertó las semillas que había plantado durante mítines secretos, mes tras mes. Habló en galach, para que todos los nobles le entendieran.

—¡No trabajamos para negreros! ¿Qué más da ser oprimidos por las máquinas pensantes o por vosotros? —Alzó un puño—. ¡Bien sabe Dios que la razón está de nuestra parte! ¡Nunca cejaremos en nuestra lucha!

Un aullido resonó al unísono. La rabia contenida se esparció como fuego sobre combustible, antes de que los dragones o los nobles fueran capaces de reaccionar.

Moulay gritó en dirección a la plataforma que se alejaba.

—¡Niko Bludd, eres peor que las máquinas pensantes, porque esclavizas a los de tu misma especie!

Una masa de zenshiítas y zensunnis rodearon de repente a los estupefactos supervisores y les desarmaron. Un supervisor que llevaba un pañuelo negro alrededor de la calva alzó los puños y gritó órdenes, pero no supo qué hacer cuando los esclavos hicieron caso omiso. Los insurgentes aferraron las mangas del hombre, tiraron de su mono de trabajo y le arrastraron hacia sus recintos, donde tantos infortunados compañeros habían quedado aprisionados después de la fiebre mortífera.

Bel Moulay había enseñado a los esclavos a ser eficaces. Debían tomar rehenes, no masacrar a los nobles. Solo de esta manera conseguirían negociar su libertad.

El barbudo líder zenshiíta señaló varios cobertizos destinados a guardar maquinaria, así como cuatro barcos

viejos que habían quedado varados en la marea baja. Sus seguidores les prendieron fuego. Las llamas se alzaron como flores naranja, y su polen de humo cubrió el espaciopuerto. Los esclavos, liberados repentinamente de toda restricción, saltaron a las pistas de aterrizaje, donde diseminaron obstáculos para impedir que aterrizaran naves comerciales.

Algunos jóvenes insurgentes se abrieron paso entre la primera fila de espectadores atónitos. Los dragones abrieron fuego, y varios rebeldes cayeron, pero los demás esclavos invadieron las calles de Starda y desaparecieron como peces entre cañas. Se internaron en callejuelas, saltaron sobre barcazas flotantes y techos de almacenes, hasta encontrarse con otros niños esclavos que habían estado esperando esta oportunidad.

Los niños transmitieron la buena nueva en el antiguo idioma de caza chakobsa, que todos entendían. Y la rebelión se propagó...

Tio Holtzman estaba malhumorado y confuso, avergonzado de que la primera exhibición a escala militar de sus innovadores escudos se hubiera saldado con el fracaso. Preocupado mientras Norma Cenva trabajaba en sus diseños, tardó en darse cuenta de que la comida no había llegado, de que su taza de té de clavo se había enfriado. Burlado por una complicada integral, tiró la toalla, disgustado.

Reinaba un silencio extraño en la casa y los laboratorios.

Frustrado, tocó el timbre para llamar a los criados, y luego volvió a su trabajo. Minutos después, como no había obtenido respuesta, llamó de nuevo, y luego vociferó en los pasillos. Cuando vio a una mujer zenshiíta que se alejaba

por el corredor, la llamó, pero ella se limitó a mirarle con una expresión peculiar y se volvió en dirección contraria.

No dio crédito a sus ojos.

Después de llamar a Norma, los dos entraron en la sala llena de calculadores. Encontraron a los esclavos charlando en su idioma, con los papeles y los aparatos de cálculo delante de ellos.

—¿Por qué no termináis vuestros deberes? —tronó Holtzman—. Hay que concluir proyectos. ¡Un trabajo importante!

Los esclavos arrojaron al suelo lo que había sobre las mesas como un solo hombre.

El sabio se quedó patidifuso. A su lado, Norma parecía comprender la situación mejor que él.

Holtzman llamó a los guardias de la casa, pero solo respondió uno, un sudoroso sargento que se aferraba a sus armas como si fueran anclas.

—Mis disculpas, sabio Holtzman. Los demás dragones han sido llamados por lord Bludd para sofocar los disturbios del espaciopuerto.

Holtzman y Norma corrieron a la plataforma de observación, donde divisaron por un telescopio los incendios que rodeaban el espaciopuerto. Había grandes multitudes congregadas, y aun desde aquella distancia oyó el sabio el ruido de la chusma.

—¡Ya estamos hartos de ser esclavos! —gritó un calculador cuando su amo le dio la espalda—. ¡No volveremos a trabajar para ti!

Holtzman giró en redondo, pero no pudo identificar al que había hablado.

—¿Estáis locos? ¿Creéis que me reclino en un diván mientras vosotros trabajáis? ¿No habéis visto los globos de

luz que alumbran mi despacho hasta bien entrada la noche? Esta interrupción perjudica a toda la humanidad.

Norma intentó razonar con ellos.

—Os alimentamos y vestimos, os proporcionamos una vivienda decente, y lo único que os pedimos a cambio es vuestra colaboración en unos simples cálculos. Hemos de luchar contra nuestro enemigo común.

—Sí —intervino Holtzman—, ¿preferís volver a vuestros planetas malolientes e incivilizados?

—Sí —gritaron al unísono los esclavos.

—Idiotas egoístas —murmuró el sabio, y miró de nuevo por la ventana los incendios y los grupos de esclavos—. ¡Inconcebible!

No se consideraba un mal amo. Trabajaba tanto como estos hombres.

Desde la plataforma donde estaban Holtzman y Norma, el río parecía de un tono grisáceo, pues reflejaba el color de las espesas nubes.

—Si esta rebelión se extiende a los campos de cultivo y las minas —especuló Norma—, cabe la posibilidad de que las fuerzas militares de lord Bludd no puedan sofocarla.

Holtzman negó con la cabeza.

—Estos arrogantes budislámicos solo piensan en ellos mismos, como cuando huyeron de los titanes. Jamás serán capaces de ver más allá de sus estrechos horizontes. —Dirigió una última mirada a una sala llena de indignados calculadores—. Ahora, tú y yo tendremos que perder tiempo enfrentándonos con esta gente, en lugar de luchar contra el auténtico enemigo. —Escupió en el suelo, pues no se le ocurrió otra manera de expresar su disgusto—. Será un milagro si logramos sobrevivir.

Ordenó que cerraran a cal y canto la sala de los calculadores y no se les entregaran raciones alimenticias

hasta que volvieran a trabajar. Norma, inquieta, trotó a su lado.

Aquella tarde, lord Bludd recibió una lista de exigencias del líder de la insurrección. Protegido por sus seguidores, Bel Moulay exigía la liberación de todos los zenshiítas y zensunnis, y salvoconductos para regresar a sus planetas.

En el aeropuerto asediado, los rebeldes retenían como rehenes a muchos nobles y supervisores. Los edificios ardían, en tanto Bel Moulay pronunciaba apasionados discursos desde el corazón de las turbas, alimentando las llamas...

101

> ¿Es real una religión si no cuesta nada y no comporta riesgos?
>
> IBLIS GINJO,
> notas al margen de una agenda robada

Lo fundamental era elegir el momento. Durante meses, Iblis había aleccionado a sus cuadrillas y esperado la señal prometida que lanzaría una revuelta violenta y coordinada. Pero había intervenido algo más, un acontecimiento de proporciones incalculables. El asesinato de un niño humano perpetrado por una máquina, y la escena increíble de la madre atacando y destruyendo a un robot.

Si utilizaba este crimen horrible como trampolín, Iblis casi no necesitaría sus capacidades de persuasión innatas. Oyó a su alrededor gritos, el ruido de cristales al romperse, pies que corrían. No era preciso manipular a los enfurecidos esclavos. Ardían en deseos de rebelarse.

La rebelión floreció y se extendió por la villa de Erasmo. Tres hombres arrojaron al suelo la estatua de un águila. Otros se ensañaron con una fuente de piedra. La gente arrancó enredaderas que trepaban por los lados del edificio principal, destrozaron ventanas. Irrumpieron en el

vestíbulo, arrollaron a dos confusos centinelas robot que nunca habían presenciado tal reacción procedente de unos prisioneros en teoría acobardados. Arrebataron las armas a los robots destruidos y abrieron fuego de forma indiscriminada.

La rebelión ha de propagarse.

Iblis temía que si los disturbios quedaban demasiado localizados, los centinelas de Omnius intervendrían y exterminarían a todos los insurgentes, pero si podía ponerse en contacto con sus demás grupos y enviar la señal, la revuelta continuaría fortaleciéndose y se extendería de población en población. Por suerte, el pensador y su subordinado les habían ayudado en sus planes secretos.

El verdadero trabajo de la insurrección debía correr como reguero de pólvora. Cuando vio lo que sucedía a su alrededor, los gritos y la destrucción, Iblis decidió que esta gente ya no le necesitaba.

Con la ciudad iluminada por una fantasmal luna amarilla, Iblis dio la orden tan esperada a sus grupos principales. Avisó a los líderes, quienes a su vez enviaron hombres y mujeres a las calles, armados con garrotes, herramientas pesadas, cuchillos, cualquier arma que pudiera ser eficaz contra las máquinas pensantes.

Después de mil años de dominación, Omnius no estaba preparado para esto.

Como una avalancha, los enardecidos rebeldes arrastraron a otros, incluso a los que habían dudado de sumarse al movimiento clandestino. Al vislumbrar una llama de esperanza, los esclavos destruían todos los objetos tecnológicos que encontraban a su paso.

En la oscuridad iluminada por los incendios, Iblis se subió al friso de la Victoria de los titanes, desde el que

activó su tosco transmisor. Sistemas ocultos empotrados en la pared tallada cobraron vida. Todas las estatuas del mural se abrieron y revelaron su mortífero arsenal.

En la plaza del museo, vio a varios neocimeks que se desplazaban en sus formas móviles. Guiados por cerebros incorpóreos, los neocimeks se agrupaban para atacar a los humanos rebeldes. No tardarían en llegar otras máquinas híbridas, provistas de cuerpos erizados de armas. Iblis no podía permitir que eso sucediera.

Apuntó las armas. Tubos empotrados en el friso lanzaron contra el enemigo cohetes fabricados a base de explosivos utilizados en la construcción. Segaron las piernas de dos neocimeks. Mientras se retorcían en el suelo y se esforzaban por continuar caminando, Iblis disparó dos cohetes más contra sus contenedores cerebrales.

Aunque los seguidores de Iblis derrotaran a los neocimeks y a los centinelas robot, la revolución debería enfrentarse a la poderosa supermente de Omnius. Iblis, no obstante, experimentó una oleada de confianza y optimismo.

Bañados por la luz de luna irreal, los humanos prorrumpieron en vítores. Las llamas se extendieron por los edificios vacíos de la capital. Cerca del espaciopuerto, un arsenal estalló en una tremenda explosión. Llamas de cientos de metros se alzaron en el aire.

Iblis vio que el número de sus seguidores crecía ante sus ojos y su corazón se hinchió de esperanza. Aún no podía creer lo que estaba ocurriendo. ¿Habían respondido las células rebeldes dispersas a su llamada, o había iniciado la conflagración sin ayuda de nadie?

Como una reacción en cadena imparable, las turbas invadieron las calles, sedientas de venganza.

102

> La precisión, sin comprender sus limitaciones inherentes, es inútil.
>
> PENSADORA KWYNA,
> Archivos de la Ciudad de la Introspección

Los habitantes de Poritrin tenían esclavos desde hacía tanto tiempo que se habían acostumbrado a su cómodo estilo de vida. Cuando la restricción impuesta al comercio por los insurgentes se endureció, la noticia de la rebelión llegó a oídos de todos los zensunni y zenshiítas de Starda. El trabajo había cesado en toda la ciudad, y en otros lugares. Los esclavos habían dejado de cosechar. Algunos habían prendido fuego a campos de caña de azúcar. Otros saboteaban la maquinaria agrícola.

Acampados con los demás artesanos sobre el cañón del Isana, Ishmael y sus agotados compañeros pasaban la noche en el interior de tiendas zarandeadas por la brisa nocturna.

De pronto, Ishmael despertó. Aliid le estaba sacudiendo.

—Salí a escondidas y escuché a los capataces. ¡Los esclavos se han rebelado en el delta! Escucha esto...

Los dos niños volvieron junto a la hoguera del campamento, que aún ardía, y tomaron asiento. Los ojos de Aliid centellearon a la tenue luz.

—Sabía que no tendríamos que esperar siglos para volver a ser libres. —Su aliento olía a las gachas especiadas que habían constituido su cena—. Bel Moulay hará justicia. Lord Bludd tendrá que aceptar nuestras demandas.

Ishmael frunció el ceño, pues no compartía el entusiasmo de su amigo.

—No esperarás que los nobles se encojan de hombros y cambien las costumbres centenarias de Poritrin de un día para otro.

—No tendrán otro remedio. —Aliid apretó el puño—. Ay, ojalá estuviéramos en Starda para unirnos a los rebeldes. No quiero esconderme aquí. Quiero participar en la batalla. —Resopló—. Nos pasamos los días haciendo bonitos dibujos en la pared del acantilado a mayor gloria de nuestros opresores. ¿Te parece lógico? —Cuando el niño se apoyó en las manos, una sonrisa iluminó su cara—. Podríamos hacer algo para colaborar. Incluso aquí.

Ishmael temía lo que Aliid iba a sugerir.

En plena noche, después de que los capataces hubieran ido a dormir a sus pabellones aislados, Aliid reclutó a Ishmael para la causa con la promesa de que no habría derramamiento de sangre.

—Solo vamos a dejar las cosas claras —dijo Aliid, con una sonrisa carente de humor.

La pareja fue de tienda en tienda, sumando adeptos. Pese a la rebelión acaecida en la lejana Starda, los guardias no estaban demasiado preocupados por un puñado de

muchachos agotados tras horas de trabajar en las paredes del cañón.

Los niños robaron arneses de la caseta de equipamiento. Se sujetaron por la cintura y el pecho, pasaron lazos bajo los brazos y sujetaron cables a las poleas del acantilado.

Cuatro jóvenes esclavos se descolgaron por el acantilado donde estaba dibujada la saga de la dinastía Bludd. Los niños habían sudado para crear cada minúscula ilustración, siguiendo los dibujos grabados a láser que lord Bludd había diseñado.

Los jóvenes descendieron subrepticiamente en sus cables, corrieron sobre la suave pared con los pies descalzos. Mientras colgaba como un péndulo, Aliid iba golpeando con un martillo los azulejos de colores, deformando la imagen. El estruendo lejano de los rápidos y el silbido del viento alrededor de las formaciones rocosas apagaba el ruido del martillo contra la roca.

Ishmael bajó un poco más que su amigo y golpeó una sección de azulejos azules que, vistos desde lejos, habrían formado el ojo soñador de un antiguo noble llamado Drigo Bludd.

Aliid no tenía ningún plan en su mente. Martilleaba al azar, se desplazaba lateralmente y golpeaba otra vez. Los fragmentos caían en la oscuridad insondable. Los demás esclavos participaban en la destrucción, como si así pudieran reescribir la historia.

Trabajaron durante horas. Aunque solo eran vagas siluetas a la luz de las estrellas, Ishmael y Alud sonrieron con alegría, y luego volvieron a su tarea vandálica.

Por fin, cuando los primeros rayos de luz empezaron a pintar el horizonte, los niños se izaron en sus arneses, devolvieron el equipo a la caseta y entraron en sus tiendas.

Ishmael confiaba en dormir una hora antes de que los capataces les levantaran.

Regresaron sin que nadie se diera cuenta. Al amanecer, sonaron gritos de alarma y los hombres vociferaron, llamaron a los esclavos y les ordenaron alinearse al borde del acantilado. Los congestionados capataces querían respuestas, saber la identidad de los culpables. Azotaron a los muchachos, uno tras otro, con tal saña que tardarían días en poder volver al trabajo. Les negaron agua y comida.

Pero ninguno sabía nada, por supuesto. Insistieron en que habían dormido en sus tiendas toda la noche.

La destrucción del magnífico mural significó el golpe definitivo para lord Bludd. Había intentado ser razonable y paciente durante la revuelta. A lo largo de aquellas semanas había tratado de utilizar medios civilizados para meter en cintura a Bel Moulay y sus seguidores.

Cuando había declarado el día de la Vergüenza, no había influido en el ánimo de los cautivos incivilizados (les daba igual), y al final comprendió que se había engañado. Los zensunni y los zenshiítas eran la escoria de la raza humana, casi una especie diferente en la práctica. Incapaces de trabajar por el bien común, estos desagradecidos disfrutaban con el sufrimiento de la gente culta. A juzgar por lo que habían hecho, estaba claro que los fanáticos budislámicos carecían de conciencia moral.

Los esclavos habían saboteado la instalación de escudos en las naves de guerra de la Armada, y se negaban a seguir trabajando en los nuevos inventos de Tio Holtzman. El líder de los sublevados había tomado a nobles como rehenes, y les retenía en los recintos de esclavos. Moulay había cerrado el espaciopuerto de Starda, paralizando el

comercio. Sus criminales seguidores habían quemado edificios, destruido instalaciones vitales y arruinado propiedades agrícolas. Aún peor, Bel Moulay había exigido la emancipación de todos los esclavos, como si la libertad fuera algo que un ser humano pudiera conseguir sin ganársela. Tal idea era una bofetada en la cara a los miles de millones de seres humanos que habían luchado y fenecido para mantener a raya a las máquinas pensantes.

Bludd pensaba en los ciudadanos masacrados de Giedi Prime, en las víctimas del ataque cimek contra Salusa Secundus, en las hechiceras de Rossak que habían sacrificado su vida con tal de destruir cimeks. Le disgustaba que el tal Bel Moulay azuzara a los esclavos descontentos para frustrar todos los esfuerzos de la raza humana. ¡Arrogancia egoísta la de esos miserables budislamistas!

Lord Bludd intentó comunicarse con ellos. Había esperado que atendieran a razones, que comprenderían lo que estaba en juego y compensarían la cobardía pasada de su pueblo. Se dio cuenta por fin de que era una esperanza vana.

Cuando se enteró del sabotaje del mosaico, voló a la garganta y contempló el desastre desde la plataforma de observación. Vio los espantosos daños infligidos a su hermoso mural. ¡La orgullosa historia de la familia Bludd deshonrada! Era un insulto que lord Niko Bludd no podía tolerar.

Sus nudillos se pusieron blancos cuando aferró la barandilla. Su séquito se quedó aterrado al ver su expresión, por la determinación que se transparentaba bajo las facciones perfumadas y maquilladas.

—Hay que detener esta locura. —Sus frías palabras iban dirigidas a los dragones. Se volvió hacia el soldado que

tenía a su lado—. Ya sabéis lo que debéis hacer, comandante.

Ya irritado por el inexplicable comportamiento de sus esclavos, Tio Holtzman se alegró de recibir la invitación para acompañar a lord Bludd. Estaba ansioso por ver la primera demostración práctica a gran escala de sus nuevos escudos.

—Un sencillo simulacro de defensa civil, Tio, pero ay, necesario —dijo Bludd—. No obstante, veremos tu invento en acción.

El científico se erguía junto al noble en la plataforma de observación. Norma Cenva y un puñado de nobles vestidos con elegancia esperaban detrás de ellos, contemplaban desde la plataforma a la multitud de esclavos sublevados. El olor a humo impregnaba el aire. Gritos y cánticos airados se elevaban del espaciopuerto aislado.

Un pelotón de dragones avanzó, protegido por escudos corporales, armados con garrotes y lanzas. Algunos portaban pistolas Chandler, preparados para abatir a los insurgentes, llegado el caso.

Holtzman miró a los dragones, asido a la barandilla.

—Mira, los esclavos no pueden detenernos.

Norma notó que un escalofrío recorría su espina dorsal. Intuyó la matanza que iba a presenciar, pero no tuvo fuerzas para oponerse.

Los guardias avanzaron como una marea inexorable, aunque los encolerizados esclavos intentaron cortarles el paso. Los hombres se precipitaron contra los escudos de los dragones. Las primeras filas de soldados de lord Bludd levantaron sus garrotes y rompieron huesos, repelieron a quienes les oponían resistencia. Los esclavos gritaron, se

reagruparon y se abalanzaron en masa, pero no pudieron con los escudos. Los dragones se abrieron paso entre los esclavos.

La multitud retrocedió y trató de formar una barrera para proteger al líder de la insurrección. Bel Moulay habló con voz alta y clara en chakobsa.

—¡No flaqueéis! Aferraos a vuestros sueños. Es nuestra única posibilidad. ¡Hemos de permanecer unidos!

Cuando la presión de los esclavos logró contener a los dragones, el comandante gritó para hacerse oír sobre el estruendo.

—Tengo órdenes de detener al traidor Bel Moulay. Entregadle de inmediato.

Ninguno de los insurgentes se movió. Momentos después, los dragones desenfundaron sus pistolas Chandler, desactivaron sus escudos y abrieron fuego. Las agujas de cristal produjeron nubes de sangre y carne desgarrada. Los esclavos chillaron y se esforzaron por escapar, pero estaban demasiado apretujados alrededor de Bel Moulay para poder moverse.

El líder barbudo vociferó órdenes en su lenguaje críptico, pero el pánico se apoderó de los esclavos, que empezaron a dispersarse. La lluvia de dardos de cristal continuó. Cientos de rebeldes cayeron muertos o mutilados.

—No os preocupéis —dijo Bludd—. Tienen órdenes de capturar vivo a Bel Moulay.

Norma apartó la vista, respiró hondo, con miedo de ir a vomitar, pero cerró la boca y se obligó a recuperar el control.

Mientras los esclavos se desplomaban sin vida o se dispersaban alrededor de Bel Moulay, el líder agarró un bastón y trató de infundirles ánimos, pero los dragones vieron que se abría un camino en dirección a su objetivo y

cargaron sin vacilar. Un gran grito de desolación se elevó cuando los esclavos vieron caer a su líder bajo una lluvia de puñetazos.

Los supervivientes se reagruparon e hicieron de tripas corazón, pero los guardias volvieron a disparar, y la resistencia se derrumbó.

Los dragones se llevaron a rastras a Bel Moulay, mientras vehículos blindados y soldados de infantería invadían el espaciopuerto, con el fin de rescatar a los nobles de los recintos de esclavos.

Desde la plataforma de observación, Niko Bludd miró con tristeza las manchas de sangre y los cuerpos destrozados que sembraban las pistas de aterrizaje.

—Había abrigado la esperanza de no tener que llegar a esto. Di a los esclavos todas las oportunidades de rendirse, pero no me dejaron otra alternativa.

Pese a la carnicería, Holtzman se sentía satisfecho por el buen funcionamiento de sus escudos.

—Habéis procedido de manera honorable, señor.

Contemplaron durante un rato más las operaciones dirigidas a restaurar el orden. Después, Bludd les invitó a su lujosa residencia para celebrar la liberación de Poritrin.

103

> Todo movimiento de masas, sea político, religioso o militar, gira alrededor de acontecimientos puntuales.
>
> PITCAIRN NARAKOBE,
> *Estudio de conflictos en los planetas de la liga*

Cuando las sabandijas humanas iniciaron su rebelión en la Tierra, el titán Ajax dio por sentado que se había abierto la veda. Para él, volvían los días de gloria, y esta vez no tendría que soportar el asco de su amante, Hécate, por el exceso de violencia.

Seleccionó su mejor forma de gladiador, que había diseñado con la esperanza de desafiar a Omnius en el circo. Ajax prefería una forma que infundiera terror y pavor, indiferente a la estética y la eficacia. Le encantaba aplastar docenas de víctimas a la vez.

Sería como en las Rebeliones Hrethgir de Walgis.

Desde un pabellón de fabricación de cuerpos cimek situado en la cumbre de una de las siete colinas de la ciudad, los sensores de Ajax captaron los ruidos de una

multitud, apagados al principio, y luego más intensos. No tenía tiempo que perder.

Utilizó delicados aparatos hidráulicos para izar su contenedor cerebral y se instaló en la forma de combate. El electrolíquido transportó airados pensamientos, mientras los mentrodos se conectaban. Cargó todas las armas. Flexionó sus poderosas extremidades. *Preparado.*

El titán salió a un balcón que rodeaba el pabellón de fabricación. Vio los incendios que asolaban la ciudad. El humo se elevaba hacia el cielo, y vio turbas de esclavos que corrían como cucarachas. Oyó el ruido del plaz al romperse y de los vehículos al colisionar. Los hrethgir habían enloquecido.

Una explosión sacudió la plaza del Foro. Los rebeldes habían robado algunas armas pesadas, tal vez las habían arrebatado a los robots averiados. Ajax conectó sus sistemas de seguimiento, y después subió a un ascensor que le dejó a la altura de la calle. Si los rebeldes habían dañado su magnífica estatua, se iba a enfadar muchísimo.

En la base de la colina, un grupo de neocimeks y centinelas robot habían dispuesto un círculo defensivo. Lanzaban proyectiles contra las masas vociferantes que se precipitaban hacia ellos como animales en estampida. Los cuerpos de los esclavos refulgían cuando eran alcanzados, y caían convertidos en montones de carne quemada, pero seguían acudiendo más, en oleadas, aun a sabiendas de que iban a morir.

—¡No os quedéis ahí quietos! —rugió Ajax—. ¿Preferís que carguen contra vosotros o perseguirles?

Era una pregunta retórica. La línea de neocimeks defensores se lanzó hacia delante, con sus miembros erizados de armas. Los cimeks repelieron la primera carga

de rebeldes, mientras los centinelas retrocedían y tomaban posiciones colina arriba.

Ajax subió a una plataforma de construcción volante. Sobrevoló las multitudes, esquivó explosiones e incendios. Se dirigió hacia la plaza del Foro, tan furioso que le costaba controlar los sofisticados sistemas de su forma de gladiador.

Ajax vio que máquinas pensantes erigían perímetros defensivos en otras instalaciones de la ciudad. Había supuesto que la desorganizada rebelión se vendría abajo enseguida. Miles de humanos habían muerto ya. Tal vez la diversión no había hecho más que empezar.

Columnas de fuego, cohetes lanzados desde el friso de la victoria de los titanes. Ajax combinó y optimizó la resolución de sus fibras ópticas, y reconoció al humano que se erguía sobre el muro de piedra, disparando las armas ocultas: el traidor Iblis Ginjo. ¡Aja había sospechado de él desde el primer momento!

Vio enjambres de aquellos seres desagradecidos que utilizaba cables y pequeños explosivos para derribar las poderosas columna, que sostenían las majestuosas estatuas de los titanes. Cuando avanzó en la plataforma de carga, Ajax vio que su forma colosal se destrozaba contra las losas. La escoria lanzó un grito de júbilo. Otro proyectil surgió del friso.

Ajax aceleró la plataforma, rodeó el enorme mural de piedra y se acercó por detrás, lejos del alcance de los cohetes. La gigantesca estatua que representaba su forma humana yacía destrozada sobre el suelo, como un rey caído.

Ajax iba a descuartizar lenta y minuciosamente a Iblis Ginjo, y disfrutaría con cada uno de sus gritos.

De repente, toda una sección del monumento giró sobre sí misma, y el cielo se iluminó cuando una tremenda andanada de proyectiles salieron disparados contra Ajax.

Uno de ellos alcanzó el bastidor de la plataforma volante, y el aparato se precipitó dando vueltas hacia el suelo.

El titán se desplomó con un tremendo estrépito. La plataforma estalló en pedazos, derribó el gigantesco mural y dañó los lanzacohetes.

El impacto de la forma de gladiador de Ajax pulverizó las baldosas. Sus sistemas integrados padecieron las consecuencias. Los mentrodos averiados enviaron un chorro de datos falsos e impresiones distorsionadas al cerebro incorpóreo. Estaba rodeado de monumentos destrozados por los ingratos humanos.

Oyó que Iblis arengaba a las masas, animándolas a terminar con el titán herido. Ajax conectó de nuevo los sistemas de su cuerpo de combate mediante un impulso mental enviado por los mentrodos. Si era capaz de ponerse en pie, aún podría luchar.

Las turbas se abalanzaron sobre él, pero las rechazó con sus extremidades artificiales, y por fin pudo erguirse sobre sus poderosas pero dañadas piernas, que se negaban a sostenerle con seguridad. Se inclinó a un lado y disparó de forma indiscriminada sus lanzallamas, que tendrían que haber bastado para disuadir a los rebeldes.

En cambio, gatearon sobre los cadáveres de sus camaradas caídos y siguieron avanzando...

Antes de que Ajax pudiera recuperar el equilibrio, o acabar de graduar sus fibras ópticas para ver con claridad qué estaba ocurriendo, Iblis extrajo un cohete intacto del friso y lo lanzó manualmente. Ajax intentó esquivarlo, pese a que solo funcionaban la mitad de sus sistemas, pero el proyectil destrozó una de sus seis patas y le hizo perder el equilibrio.

El guerrero emitió un aullido por su sintetizador de voz y se volvió hacia Iblis. Los esclavos enfurecidos se arrojaron

sobre el cimek como ratones que intentaran derribar a un toro enloquecido.

Ajax se agitó frenéticamente en su cuerpo voluminoso y torpe, pisoteó y aplastó a las sabandijas, derribó a todos cuantos se interpusieron en su camino, pero más rebeldes le atacaron con armas primitivas y le dispararon con fusiles robados. Ajax mató o mutiló a cientos de seres humanos sin sufrir excesivos daños, pero la presión de los cuerpos, además de su pata destrozada, le entorpecía.

—¡Ha matado a miles de millones de personas! —gritó Iblis desde el friso—. ¡Destruidle!

¿Solo miles de millones? ¡Han de ser muchas más!

Con un supremo esfuerzo de energía mecánica, Ajax se alzó sobre la masa de humanos encolerizados y empezó a escalar el mural, gracias a una serie de soportes que surgían de las extremidades todavía funcionales. Iblis daba órdenes a sus ilusos rebeldes desde lo alto del mural.

Mientras Ajax trepaba, docenas de esclavos se aferraban a su cuerpo segmentado. Los repelía con una de sus cinco patas intactas y utilizaba las otras cuatro para escalar.

Un esclavo situado en lo alto del friso lanzó un pequeño explosivo que detonó en la pared, resquebrajó la piedra y provocó que las patas del cimek perdieran apoyo. Una docena de esclavos enloquecidos se desprendieron de su forma de gladiador, expulsados por la onda expansiva, pero muchos otros siguieron sujetos a él.

El cuerpo mecánico del titán se ladeó de manera precaria, y más humanos treparon sobre su espalda y dañaron sus componentes, le atacaron con cuchillos y bastones de calor.

Segundos después, los rebeldes cercenaron los conductos neuroeléctricos y seccionaron las fibras que surgían de su contenedor cerebral, de forma que

paralizaron el gigantesco cuerpo del titán. Ajax tomó conciencia de que se precipitaba hacia el suelo.

Oyó los chillidos cuando cayó sobre cientos de hrethgir, que murieron aplastados al instante. Los gritos de dolor le deleitaron. Pero no podía moverse, estaba paralizado en su forma de combate como un inmenso insecto envenenado.

—¡Soy un titán! —rugió.

Ajax vio, gracias a sus fibras ópticas dispersas, que el capataz era aupado a hombros de los esclavos, y le señalaba con un dedo acusador.

—¡Arrancadle el blindaje!

Los mentrodos de Ajax detectaron que estaban dejando al descubierto su contenedor cerebral.

Con una sonrisa de triunfo, Iblis trepó sobre la forma de combate del titán, empuñando un garrote improvisado. El capataz, sonriente, destrozó con el bastón metálico las paredes de plaz del contenedor cerebral.

Golpeó una y otra vez, y sus seguidores se apresuraron a ayudarle, hasta reducir a pedazos el contenedor y convertir en pulpa el cerebro orgánico.

Eufórico por su hazaña, Iblis se irguió sobre el cadáver del titán y lanzó un grito de victoria. Su mensaje se alzó sobre las llamas que devoraban la ciudad.

Tras presenciar la muerte de uno de los cimeks más poderosos, el furor de las masas arreció. La noticia se propagó por las calles, y los indignados rebeldes se revolvieron contra todas las manifestaciones y símbolos de las máquinas. Los neocimeks y centinelas robot de las líneas defensivas salieron huyendo cuando los sublevados les persiguieron.

La supermente de Omnius no tuvo otra alternativa que tomar contramedidas radicales.

104

> Nosotros no somos como Moisés... No podemos extraer agua de las piedras..., al menos a un coste económico.
>
> Exploración ecológica imperial de Arrakis, antiguos archivos (investigador no acreditado)

Bajo el calor de la tarde de Arrakis, los nómadas zensunni vendaron los ojos a Aurelius Venport con un trapo manchado.

La gente del desierto tampoco confiaba en Keedair, y le depararon el mismo trato indigno. Venport consideró la circunstancia parte de su inversión. Le había costado casi cinco meses de tedioso viaje hasta llegar aquí, con varias escalas en planetas alejados. Les seguiría la corriente.

—Nos vamos —dijo el naib Dhartha—. Podéis hablar entre sí, pero sería mejor que redujerais vuestra conversación al mínimo. Desperdiciar palabras es desperdiciar agua.

Venport notaba la presencia de gente a su alrededor, que le guiaba hacia delante. Tardó un poco en acostumbrarse, y tropezaba con frecuencia porque levantaba los pies más de lo normal, con el fin de tantear la

superficie arenosa. El terreno era irregular, pero poco a poco se fue acostumbrando.

—¿Qué me dices de los gusanos de arena? —preguntó Keedair—. ¿No hemos de preocuparnos de...?

—Las cordilleras nos separan de la Gran Extensión, donde habitan los demonios.

—No estoy convencido de que esto sea absolutamente necesario —dijo Venport mientras avanzaba.

Dhartha replicó con firmeza, pues no estaba acostumbrado a que discutieran sus órdenes.

—Es necesario porque yo lo digo. Nunca un forastero, ni siquiera de este planeta, ha visto nuestras comunidades ocultas. No repartimos planos.

—Por supuesto. Me plegaré a vuestras normas —murmuró Venport—. Siempre que estéis dispuestos a ofrecernos especia.

Aunque en las selvas de Rossak abundaban fármacos misteriosos y alucinógenos exóticos, ninguno parecía provocar los notables efectos de la melange. Venport intuía que valía la pena investigar la sustancia, pese a la distancia que había recorrido y las incomodidades padecidas.

Durante los últimos meses, Venport había vendido con suma facilidad el cargamento de Keedair a buscadores de curiosidades a los que no importaba pagar un precio exorbitante. Aunque Venport se había quedado con la mitad de los beneficios, Tuk Keedair había obtenido una suma sustancial, más de la que habría conseguido por un cargamento de esclavos en buenas condiciones. Puesto que no había perdido dinero, no se había visto obligado a cortarse su querida trenza.

Venport tropezó con algo duro. Maldijo y casi cayó de rodillas, pero alguien le agarró del brazo y le sostuvo.

—Cuando tu gente me trajo melange de paquete en paquete, tardé una eternidad en llenar mi bodega —se quejó Keedair, cuya voz sonó a varios pasos de distancia por delante de él.

—Naib Dhartha —dijo Venport—, espero que se nos ocurra otro sistema de cara al futuro.

Si no, tendría que aumentar los precios, pero estaba seguro de que el mercado lo aceptaría.

Después de caminar durante horas a paso de ciego, los zensunni se detuvieron. A juzgar por los ruidos metálicos, Venport dedujo que estaban destapando un vehículo terrestre camuflado.

—Sentaos —dijo el naib Dhartha—, pero no os quitéis las vendas.

Keedair y él subieron al vehículo, que se puso en marcha a paso traqueteante. Después de muchos kilómetros, Venport supuso que se estaban acercando a una cordillera, pues hacía más fresco a la sombra. Habría formas de localizar esta aldea aislada, en el caso de que deseara tomarse la molestia. Habría podido coser un rastreador en la tela de su chaleco o en la suela de la bota.

Pero en aquel momento, Venport tenía otras prioridades. Albergaba la sospecha de que no había forma de burlar los deseos de aquella gente endurecida, de que controlaban por completo a sus visitantes, e incluso decidían quién salía vivo del desierto.

Cuando empezaron a ascender un camino empinado, el vehículo disminuyó la velocidad. Los zensunni volvieron a esconderlo y obligaron a caminar a sus invitados vendados. Los nómadas les guiaron entre peñascos y piedras rotas. Por fin, Dhartha les quitó las vendas, y vieron la entrada de una cueva, apenas iluminada. El grupo se encontraba al principio de un túnel. Venport parpadeó para adaptar su

vista a la escasa luz proyectada por lámparas llameantes montadas en las paredes.

Después de tanto rato vendado, tuvo la impresión de que su oído y olfato se habían vuelto más precisos y delicados. Cuando paseó la vista a su alrededor, detectó señales de muchos habitantes, el hedor de cuerpos sin lavar, el sonido de gente que se movía.

Dhartha les condujo a unos aposentos situados en lo alto de una pared, y les dieron de comer pan crujiente con un poco de miel, y delgadas láminas de carne seca marinada en una salsa especiada. Después, escucharon música zensunni sentados alrededor de hogueras, así como relatos contados en un idioma que Venport desconocía.

Más tarde, el naib guió a los dos impacientes visitantes hasta un reborde rocoso que dominaba un mar interminable de dunas.

—Quiero enseñaros algo —dijo, con su rostro enjuto envuelto en las sombras, el tatuaje geométrico de su mejilla más oscuro que nunca. Los hombres estaban sentados con los pies colgando sobre el borde. Keedair paseó la vista entre Dhartha y Venport, ansioso por iniciar las negociaciones.

El naib tocó una campanilla, y un anciano apareció al cabo de poco, nervudo y de piel correosa. Tenía el pelo largo y blanco, y aún conservaba casi todos sus dientes. Como toda la gente del desierto, sus ojos eran de un azul intenso. Venport creía que era debido a la adicción a la melange. Los ojos de Keedair ya habían adquirido un tono anormal.

El anciano sostenía una bandeja con obleas oscuras, perfectamente cuadradas y cubiertas de un jarabe pegajoso. Ofreció las pastas a Venport, que tomó una.

Keedair cogió otra, y el naib Dhartha una tercera. El hombre de pelo gris siguió de pie a su lado, observando.

Por lo que Venport había visto, en esta cultura las mujeres siempre servían a los hombres, al contrario que en Rossak. Tal vez los ancianos eran relegados a tareas domésticas.

Venport estudió la galleta, y después mordió una esquina. La comida que habían tomado antes había estado aderezada con cantidades significativas de melange, pero la galleta fue como una explosión de canela en su boca. Dio un buen mordisco, sintió que la energía y el bienestar se propagaban por todo su cuerpo.

—¡Delicioso!

Sin darse cuenta, devoró casi toda la galleta.

—Especia recogida en la arena esta misma tarde —explicó Dhartha—. Más potente que cualquier cosa que hayas tomado en cerveza o comida especiada.

—Excelente —dijo Venport. Las posibilidades desfilaron por su mente como regalos sin abrir. Keedair también consumió su galleta y exhaló un suspiro de satisfacción.

Venport intuía que el comercio de especia produciría pingües beneficios, y esperaba vender cantidades importantes a los nobles de la liga. Para lanzar la empresa, tenía previsto acompañar a Zufa Cenva en su siguiente viaje a Salusa Secundus. Mientras ella pronunciaba ardientes discursos en el Parlamento reconstruido, Venport haría contactos, dejaría caer insinuaciones y distribuiría pequeñas muestras. Exigiría tiempo, pero la demanda aumentaría. Alzó su último trozo de galleta.

—¿Es esto lo que querías enseñarnos, naib Dhartha?

El líder aferró el brazo delgado pero musculoso del anciano.

—Este hombre es lo que quiero que veáis. Se llama Abdel.

—El naib hizo una breve reverencia, que el anciano le devolvió a su vez, y luego se inclinó ante los dos invitados, ahora que había sido presentado—. Abdel, dile tu edad a los visitantes.

El hombre habló con voz tenue pero fuerte.

—He visto la constelación del escarabajo cruzar la Roca del Centinela trescientas catorce veces.

Venport, confuso, miró a Keedair, que se encogió de hombros.

—Un diminuto asteroide de nuestro cielo —explicó el naib—. Va y viene con las estaciones y cruza una delgada aguja de roca cercana al horizonte. Lo utilizamos como calendario.

—Va y viene —dijo Keedair—. ¿Quieres decir dos veces al año? El naib asintió.

Venport efectuó un rápido cálculo mental.

—Está diciendo que tiene ciento cincuenta y siete años de edad.

—Casi —dijo Dhartha—. Los niños no empiezan a contar hasta después de los tres años, de modo que en teoría tiene ciento sesenta años. Abdel ha consumido melange toda su vida. Observad lo sano que está..., con ojos brillantes y la mente despierta. Es muy probable que viva unas cuantas décadas más, siempre que siga consumiendo especia con regularidad.

Venport estaba asombrado. Todo el mundo había oído historias sobre drogas que prolongaban la vida, de tratamientos desarrollados en el Imperio Antiguo, para luego caer en el olvido cuando el régimen se derrumbó. Casi todas las historias no eran más que leyendas. Pero si el viejo estaba diciendo la verdad...

—¿Tienes alguna prueba de esto? —preguntó Keedair.

Un destello de ira alumbró en los ojos del naib.

—Os ofrezco mi palabra. No hacen falta más pruebas.

Venport indicó con un gesto a Keedair que no insistiera. Por el efecto que le había causado la melange, estaba dispuesto a creerlo todo.

—Realizaremos análisis para asegurarnos de que no hay más secuelas que el cambio de color en los ojos. Puede que añada la melange a mi catálogo de productos. ¿Podríais proporcionar cantidades suficientes para usos comerciales?

—Las reservas son inmensas —contestó el naib.

Ya solo quedaba negociar los detalles de la transacción comercial. En parte, Venport tenía la intención de ofrecer algo inusual como pago. ¿Agua? ¿O tal vez estos nómadas querrían algunos globos de luz de Norma, para iluminar sus túneles y cuevas? De hecho, los globos tal vez serían más útiles a los zensunni que créditos de la liga. Tenía algunas muestras en el transporte que le esperaba en Arrakis City.

Cogió la última galleta de la bandeja. Venport observó que el anciano sostenía la bandeja inmóvil, sin el menor temblor en los dedos. Otra buena señal, de la que Tuk Keedair también tomó buena nota. Los socios asintieron.

105

> Mi copiloto piensa en las hembras humanas sin cesar, pero hasta el momento no parece que eso le haya distraído de sus deberes. Le vigilaré con atención, por si acaso.
>
> SEURAT,
> observación entregada a Omnius

El *Viajero onírico* entró en la atmósfera de la Tierra, de regreso de su largo viaje. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Vor había visto a Serena Butler..., y necesitaba discutir con su padre las discrepancias históricas que había descubierto.

A bordo de la nave negra y plateada, Seurat y él controlaban la maniobra de acercamiento y observaban las lecturas de la temperatura exterior. El cronómetro de la nave se ajustó automáticamente a la hora de la Tierra.

Eso recordó a Vor que Agamenón había adaptado sus memorias a una versión de la historia más de su gusto. Los titanes no eran los héroes gloriosos y bondadosos que su padre había retratado.

Serena Butler había obligado a Vor a descubrir la verdad sobre Agamenón. Vor se preguntó si habría pensado en él en su ausencia. ¿Le respetaría ahora Serena, o seguiría prendada de su amante perdido, el padre de su hijo? Vor sintió un nudo en el estómago debido a la impaciencia. Durante toda su estructurada vida nunca se había enfrentado a tanta incertidumbre como en los últimos meses.

Tal vez Agamenón le estaría esperando en el espaciopuerto. Todas las grandes promesas del titán, la oferta de abandonar un cuerpo frágil y transformarse en neocimek, ya no emocionaban a Vor. Todo había cambiado.

Vor desafiaría a su padre, acusaría al general de falsificar la historia y deformar los hechos, de engañar a su propio hijo. En parte, deseaba que el titán tuviera una historia preparada, una explicación tranquilizadora, para que Vor pudiera volver a su vida habitual.

No obstante, en el fondo de su corazón sabía que Serena no le había engañado. Había visto pruebas suficientes con sus propios ojos, sabía cómo trataban las máquinas a los seres humanos. Vor no podía seguir fingiendo..., pero tampoco sabía qué hacer. Tenía mucho miedo de volver a la Tierra, aunque era consciente de que debía hacerlo.

Agamenón se daría cuenta del cambio de actitud de su hijo, y Vor ya sabía que el titán había matado a los doce hijos anteriores que le habían decepcionado.

—¿Qué deduces de esto, Vorian? —Seurat interrumpió sus pensamientos al acercarse al espaciopuerto de la capital—. Detecto inconsistencias en los datos y un nivel alarmante de caos físico.

El capitán robot buscó imágenes más cercanas.

Vor se quedó estupefacto al ver fuego, humo y edificios destruidos, además de tropas robot y cimeks. Grupos de

humanos corrían por las calles. Sintió una mezcla de emociones que nunca había experimentado.

—¿Habrá atacado la Armada de la Liga?

Pese a sus recientes descubrimientos, no podía creer que restos dispersos de humanos libres fueran capaces de infligir tal destrucción a la capital del planeta. Omnius nunca lo habría permitido.

—Las pantallas no muestran naves humanas en las cercanías, Vorian. No obstante, el conflicto continúa.

Seurat parecía perplejo, pero no demasiado preocupado. Al menos, procuró no bromear sobre la situación.

Vor ajustó los controles ópticos, enfocó la orilla del mar y localizó la villa de Erasmo. Vio más incendios, edificios y monumentos dañados, batallas en las calles. ¿Dónde estaba Serena?

Poco a poco, a regañadientes, empezó a comprender lo que estaba sucediendo. ¡Los humanos estaban luchando contra las máquinas! La sola idea despertó pensamientos que habría preferido evitar, porque se le antojaban desleales a Omnius. ¿Cómo podía ser esto posible?

El *Viajero onírico* detectó una señal de emergencia utilizada por la supermente para conectar con sus fuerzas subsidiarias.

—Que todas las máquinas pensantes se dirijan a los perímetros defensivos y los puestos de batalla... La revuelta humana se extiende... El núcleo de Omnius sigue defendido... Cortes de energía en muchos sectores...

Vor miró el rostro reflectante del capitán robot. Las fibras ópticas brillaban como estrellas.

—Una situación inesperada. Nuestra ayuda es obligatoria. —Estoy de acuerdo —dijo Vor. *Pero ¿a qué bando he de apoyar?* Nunca había esperado sentirse así, desgarrado entre sus lealtades.

El *Viajero onírico* se dirigió hacia la ciudad en llamas. Cerca de la villa de Erasmo, las máquinas pensantes habían formado un cordón contra las turbas. Se habían levantado barricadas en la plaza embaldosada donde Vorian había llegado en carruaje durante sus visitas anteriores. Parte de la fachada había sufrido daños, pero la villa parecía intacta.

Espero que ella esté a salvo.

Seurat sobrevoló el espaciopuerto de la ciudad, preparado para aterrizar. Reaccionó de repente y ganó altura.

—Nuestras instalaciones y naves ya han sido asaltadas por los rebeldes.

Vor continuó estudiando el caos. —¿Adónde podemos ir?

—Mis instrucciones de aterrizaje sugieren un antiguo espaciopuerto en el borde sur de la ciudad. La pista de aterrizaje todavía funciona, y sigue bajo el control de Omnius.

Cuando la nave aterrizó, Vor vio cadáveres humanos ennegrecidos y máquinas despedazadas alrededor del perímetro. En las pistas de la parte norte tenía lugar una violenta batalla entre neocimeks y rebeldes suicidas que habrían arrebatado las armas a robots centinela destruidos.

Seurat puso en modo de espera los motores y sistemas electrónicos de la nave. Media docena de robots armados corrieron a la pista de aterrizaje, como para defender la nave y las valiosas actualizaciones de Omnius que transportaba.

—¿Qué quieres que haga, Seurat? —preguntó Vor, con el corazón acelerado.

Seurat respondió con sorprendente intuición.

—Ofreceré la nave para transportar robots a donde Omnius quiera. Permanecer a bordo es tu mejor opción, Vorian Atreides. Creo que será el lugar más seguro.

Vor ardía en deseos de localizar a Serena Butler.

—No, vieja Mentemetálica. Podría entrometerme en tu trabajo. Déjame en el espaciopuerto y no te preocupes por mí.

El robot meditó sobre la petición de Vor.

—Como desees. Sin embargo, debido a la situación, lo mejor sería que permanecieras oculto. Aléjate de los combates. Eres un elemento valioso, el hijo de Agamenón, pero también eres un humano. Ambos bandos suponen un peligro para ti.

—Entiendo.

Seurat le miró con expresión indescifrable.

—Cuídate, Vorian Atreides.

—Tú también, vieja Mentemetálica.

Mientras Vor bajaba corriendo la rampa, las máquinas pensantes transmitieron alarmas y mensajes a otras unidades militares. Las plataformas de aterrizaje del norte habían caído en poder de los rebeldes. Cientos de personas estaban invadiendo la pista. Una docena de robots tomó posiciones alrededor del *Viajero onírico* para protegerlo.

Amparado tras un vehículo terrestre aparcado, y sintiéndose más vulnerable que nunca, Vor vio que la nave de actualizaciones despegaba. Tan solo un día antes, Seurat y él se habían distraído practicando juegos de estrategia. Unas horas después, todo había cambiado de manera radical.

Los humanos invadieron los edificios del espaciopuerto. Omnius había decidido minimizar las pérdidas, dejando a unas pocas máquinas pensantes para resistir a los hrethgir. Vor buscó un lugar donde protegerse, consciente de que llevaba el uniforme oficial de un humano de confianza, un servidor de los Planetas Sincronizados. Pocos humanos

ocupaban altos cargos en el sistema de las máquinas pensantes, y si los sublevados le veían, sería su fin.

La pista estaba sembrada de cadáveres. Vor agarró por los brazos a un hombre de su tamaño y le arrastró hasta el espacio en sombras que separaba dos edificios humeantes. Renunció a una parte de su pasado, se quitó el traje de vuelo que había utilizado tantas veces en el *Viajero onírico* y se vistió con las ropas del rebelde.

Cubierto con una camisa raída y unos pantalones sucios, esperó su oportunidad y se unió a las masas. Gritaban *¡Victoria!* y *¡Libertad!* mientras entraban en los edificios del espaciopuerto. Pocos centinelas robot oponían resistencia.

Vor confió en que las turbas no destruyeran todas las instalaciones y naves robot. Si se habían tomado la molestia de trazar planes por adelantado, los líderes de la revuelta sabrían que sería preciso escapar a cualquier precio de los Planetas Sincronizados.

Vor se sorprendió al comprender que sus convicciones estaban cambiando rápidamente. Se sintió entusiasmado y aterrorizado al mismo tiempo, apartado de la seguridad de su vida cotidiana en la sociedad de las máquinas y empujado hacia el caos de lo desconocido y sus raíces biológicas salvajes. Pero sabía que debía hacerlo. Sabía demasiadas cosas ahora, veía la situación con ojos diferentes.

A su alrededor, los frenéticos esclavos no se preocupaban por las consecuencias de sus actos. Portaban toda clase de armas, desde primitivos garrotes hasta sofisticadas pistolas de desplazamiento celular, arrebatadas a los centinelas robot. Los rebeldes activaron artefactos incendiarios en el edificio de control del espaciopuerto y mataron a un neocimek que intentaba escapar.

Cuando se consideró a salvo, Vor se separó de la multitud y vagó con otros humanos por las calles mojadas, hasta adentrarse en la ciudad. Parecía un pordiosero, pero tenía un objetivo claro.

Tenía que llegar a la villa de Erasmo. La oscuridad empezaba a imponerse en los cañones que separaban los edificios, intensificada porque el Omnius de la Tierra había interrumpido la corriente eléctrica en los sectores invadidos por esclavos. Se acercaban nubes de tormenta, cargadas de humo y lluvia. Un viento frío se coló por entre las ropas delgadas de Vor, y el joven se estremeció.

Esperaba que Serena siguiera con vida.

Un grupo de esclavos de aspecto rudo derribó una puerta metálica y entró en un edificio. Había restos de máquinas pensantes por todas partes. Se comentaba con entusiasmo que hasta el titán Ajax había muerto. *¡Ajax!* Al principio no pudo creerlo, pero después no dudó de lo que había oído. A una manzana de distancia, un edificio estalló en llamas, arrojando una luz espectral sobre la calle.

Pese a lo que había descubierto sobre los crímenes y abusos de los primeros titanes, Vor experimentó una punzada de preocupación por su padre. Si Agamenón se encontraba en la Tierra, el general cimek estaría intentando aplastar la revuelta. Pese a todas las mentiras que Agamenón le había contado, todavía era su padre.

Vor aceleró el paso. Estaba cansado y preocupado. En la plaza situada frente a la mansión, una multitud de airados rebeldes se apretujaba contra una barricada improvisada. Los combates más encarnizados se habían trasladado a los centros principales de la capital, pero aquí daba la impresión de que los esclavos liberados estaban montando vigilancia, por motivos que Vor no comprendía. Hizo preguntas con cautela.

—Estamos esperando a Iblis Ginjo —contestó un hombre barbudo—. Quiere dirigir el asalto en persona. Erasmo sigue ahí dentro. —El hombre escupió sobre las piedras—. Y también la mujer.

Vor experimentó una sacudida. ¿A qué mujer se refería? ¿Podía ser Serena?

Antes de que pudiera preguntar, las instalaciones defensivas robotizadas de las almenas ornamentales lanzaron disparos aislados, con el propósito de dispersar a la multitud. Un grupo vestido con ropas de trabajo manchadas tomó posiciones estratégicas y disparó dos proyectiles explosivos, que destruyeron los emplazamientos de artillería del tejado.

Una pequeña sección de la plaza, resbaladiza a causa de la lluvia, había sido acordonada con postes y cables de plaz, y los humanos la rodeaban como guardianes..., o más bien como peregrinos, aunque pareciera extraño. Vor vio flores y cintas de colores diseminadas por la plaza. Intrigado, se acercó y preguntó a una anciana enjuta.

—Tierra sagrada —dijo la mujer—. Un niño fue asesinado aquí, y su madre luchó contra el monstruo Erasmo. Serena, que nos ayudó, cambió nuestras vidas, mejoró nuestras condiciones. Al oponer resistencia a las máquinas pensantes, Serena nos demostró que era posible.

Vor pidió más detalles, se enteró de que el robot había arrojado el niño al abismo.

El hijo de Serena. Asesinado.

—¿Serena está bien? —preguntó.

La mujer encogió sus hombros huesudos.

—Erasmo se ha atrincherado en la villa, y no la hemos visto desde entonces. Tres días. ¿Quién sabe lo que sucede al otro lado de esos muros?

La muchedumbre dejó pasó a un hombre de aspecto cansado, que llevaba una túnica negra y una cinta de capataz en el pelo. Una docena de hombres armados hasta los dientes le custodiaba como si fuera un líder importante. Alzó las manos, mientras los esclavos le vitoreaban y coreaban su nombre.

—¡Iblis! ¡Iblis Ginjo!

—Os prometí que podríamos lograrlo —gritó—. ¡Os lo prometí! —Su voz resonó en la plaza, sin necesidad de amplificación mecánica—. Mirad lo que hemos conseguido. Ahora, hemos de luchar por otra victoria. El robot Erasmo cometió el crimen que encendió la llama de nuestra gloriosa revuelta. Ya no puede esconderse detrás de esas paredes. ¡Ha llegado el momento de su castigo!

La voz apasionada del hombre fue como combustible arrojado a las llamas de la rebelión. La gente prorrumpió en gritos de venganza, y Vor no pudo contenerse. Alzó la voz para hacerse oír.

—¡Hay que salvar a la madre! ¡Hemos de rescatarla!

Iblis le miró, y los ojos de ambos hombres se encontraron. El carismático líder vaciló una fracción de segundo.

—¡Sí, salvemos a Serena! —gritó después.

A una orden de Iblis, la muchedumbre se convirtió en un arma organizada, un martillo descargado sobre el yunque de la villa asediada. Utilizaron las armas arrebatadas a los robots caídos para derribar las paredes de la villa, hasta que las células de energía se agotaron. Con un ariete improvisado, los hombres corrieron hacia la puerta principal y doblaron el pesado metal. Golpearon una y otra vez, y la puerta se combó. Una lluvia aceitosa empezó a caer.

Los guardias de la mansión intentaron defender la entrada. Vor supuso que la mayoría de estos defensores habían sido reprogramados, y no tenían capacidad para resistir mucho tiempo.

El ariete golpeó otra vez, y el hueco de las puertas se ensanchó más. Las máquinas estaban cediendo terreno.

Aunque no estaba muy seguro de sus nuevos sentimientos hacia las máquinas, Vor tampoco confiaba en la masa enloquecida. Les era indiferente la suerte de Serena, aunque hubiera sido la inspiración de la revuelta. Si la joven seguía aquí, se convertiría en objetivo de la venganza de Omnius.

Se juró que rescataría a Serena. Robaría una nave y huirían de los Planetas Sincronizados.

Sí, la devolvería a su amado Salusa Secundus..., aunque eso significara arrojarla en brazos de su amor perdido.

106

> Hemos de aportar nueva información al equilibrio, y con ello modificar nuestro comportamiento. Es una cualidad humana sobrevivir gracias a la inteligencia, como individuos y como especie.
>
> NAIB ISHMAEL,
> *Un lamento zensunni*

Citando la más antigua de las leyes de Poritrin, lord Bludd decretó el terrible castigo que merecían los crímenes de Bel Moulay. La mayoría de los esclavos serían amnistiados, puesto que Poritrin necesitaba mano de obra, pero el líder de la insurrección no podía ser perdonado.

Ishmael se apretó contra Aliid en silencio. Los jóvenes cautivos del cañón habían sido trasladados a Starda y confinados en una celda desde la cual podrían presenciar la ejecución. Como castigo por los daños infligidos al mural, Niko Bludd les había alargado los turnos de trabajo, pero antes debían contemplar las consecuencias de la locura de Bel Moulay. Todos los esclavos tenían que estar presentes.

Los niños estaban cansados y hambrientos, con la ropa sucia y el cuerpo maloliente, porque hacía días que no se bañaban.

—Si os portáis como perros —gruñeron los capataces—, se os tratará como a perros. Cuando empecéis a comportaros como humanos, tal vez nos volvamos a plantear la situación.

Aliid masculló por lo bajo.

En la plaza central de Starda, los dragones arrastraron a un Bel Moulay cubierto de cadenas hasta una plataforma elevada que había sido erigida a propósito. La multitud se sumió en un inquieto silencio. Habían afeitado el pelo y la barba de Bel Moulay, pero sus ojos brillaban de rabia y determinación, como si se negara a aceptar que su rebelión había fracasado.

Los guardias arrancaron las vestiduras del líder zenshiíta hasta dejarle desnudo por completo para humillarle. Los esclavos gruñeron, pero su líder no dio muestras de desfallecimiento.

La voz de lord Bludd resonó en la plaza.

—Bel Moulay, has cometido crímenes ignominiosos contra todos los ciudadanos de Poritrin. Tengo derecho a castigar a todos los hombres, mujeres y niños que participaron en esta insurrección, pero voy a ser compasivo. Solo tú sufrirás las consecuencias de tus transgresiones.

La multitud gimió. Aliid se dio un puñetazo en la palma de la mano. Bel Moulay no dijo nada, pero su expresión no dejaba lugar a dudas.

Niko Bludd intentó adoptar un tono benévolo.

—Si aprendéis de esto, quizá os ganéis a la larga el derecho a una vida normal de servidumbre, para pagar vuestra deuda con la humanidad.

Ahora, los esclavos aullaron. Los guardias golpearon contra el suelo sus lanzas. Ishmael intuyó que, pese a su reacción, los esclavos estaban derrotados, al menos de momento. Habían visto a su líder humillado en público, encadenado, afeitado y despojado de sus vestiduras. Si bien no daba señales de sentirse derrotado, sus seguidores habían perdido el entusiasmo.

—Las leyes antiguas son violentas —dijo Bludd—, algunos dirían brutales, pero como tus actos han sido incivilizados y bárbaros, exigen la misma respuesta.

No concedieron a Bel Moulay la oportunidad de hablar. Antes bien, los guardias rompieron sus dientes a martillazos, y luego introdujeron en su boca unas largas tenazas metálicas, con las cuales procedieron a cortarle la lengua, que luego lanzaron a la muchedumbre.

A continuación, utilizaron hachas con hoja de diamante para cortarle las manos y arrojarlas a la multitud horrorizada. Chorros de sangre saltaron por los aires. Después, le quemaron los ojos con hierros al rojo vivo. Solo al final emitió el condenado unos leves gemidos, que logró reprimir.

Ciego, el líder de la insurrección no podía ver lo que estaban haciendo sus torturadores, hasta que pasaron el lazo alrededor de su cuello. Se debatió cuando el nudo se tensó alrededor de su tráquea, estrangulándole lentamente, pero sin llegar a romperle el cuello. Incluso después de sus horribles mutilaciones, parecía dispuesto a luchar contra los guardias si le daban la menor oportunidad.

Ishmael vomitó sobre el suelo. Varios niños cayeron de rodillas y empezaron a llorar. Alud apretó los dientes, como para reprimir mil gritos.

Después de la ejecución, Norma Cenva sintió frío en la boca del estómago. Apenas habló, con Tio Holtzman a su lado, que contemplaba la escena con semblante sombrío, vestido con su mejor traje.

—Bien, él se lo ha buscado, ¿no? —dijo el sabio—. Nunca hemos tratado mal a nuestros esclavos. ¿Por qué nos hizo esto Bel Moulay, por qué saboteó nuestra guerra contra las máquinas pensantes? —Holtzman respiró hondo varias veces y miró a la diminuta mujer—. Ahora tal vez podamos volver al trabajo. Sospecho que los esclavos se portarán como es debido a partir de ahora.

Norma sacudió la cabeza.

—Esta represión es imprudente. —Miró el cuerpo que todavía se agitaba en la horca—. Lord Bludd solo ha logrado convertir a ese hombre en un mártir. Temo que aún no hemos visto el final de esto.

107

Las máquinas poseen algo que los humanos nunca tendrán: infinita paciencia y la longevidad que la sustenta.

Archivo de una actualización
del Omnius de Corrin

Aunque Erasmo había enviado a sus últimos robots a defender la villa, sabía que se trataba de una mera maniobra dilatoria. La energía y violencia de la rebelión le asombraban, sobrepasaban todas sus proyecciones.

Los humanos poseen una infinita capacidad de sorprender a la mente más racional.

Los esclavos de los recintos habían sido liberados por sus hermanos hrethgir, y se habían sumado a las filas de los insurgentes. La revuelta se había extendido a toda la capital y a otros complejos urbanos de la Tierra. Su villa estaba rodeada, y no tardaría en caer.

A veces, los experimentos producen resultados inesperados.

Ataviado con su apariencia más feroz, con la intención de provocar pesadillas en los humanos, Erasmo se erguía en el balcón desde el que había arrojado al niño. Su rostro de

metal líquido era tan aterrador como el de las gárgolas de la plaza, y su mente mecánica analizaba toda la información disponible, procesaba y reprocesaba. ¿Había sido un error matar al niño? ¿Quién habría pensado que la muerte de un ser tan trivial crearía semejante agitación?

Calculé mal su reacción.

La multitud de la plaza le maldijo y disparó contra el balcón numerosas armas de fuego, que no le alcanzaron. Lo más preocupante era que estaban atacando la pesada puerta de metal con un ariete, y los centinelas robot tenían dificultades para proteger la entrada. Si invadían la villa, destruirían a Erasmo, del mismo modo que habían matado al titán Ajax y destruido multitud de neocimeks y robots. Erasmo se convertiría en su objetivo principal.

En medio de las turbas, un corpulento hombre carismático estaba incitando a los rebeldes. El líder agitaba las manos, hablaba con pasión, daba la impresión de poseer un poder hipnótico sobre las masas. Apostrofó a Erasmo, y la multitud rugió.

El robot hizo una pausa para analizar sus datos nuevos, y reconoció al líder rebelde como uno de sus sujetos del experimento sobre la lealtad. Iblis Ginjo.

Iblis era un capataz de cuadrilla, bien tratado, bien recompensado, uno de los humanos de confianza. No obstante, había dado apoyo a la revuelta, tal vez incluso había sido uno de sus inspiradores. Mediante unos pocos comunicados, vagos y experimentales, Erasmo había animado a entrar en acción a este líder. Pero nunca había esperado una respuesta tan masiva e incomprensible.

En cualquier caso, Erasmo había demostrado que tenía razón. Uno de los ojos espía de la supermente flotó cerca de él. El robot no intentó disimular su satisfacción.

—Omnius, ha sucedido lo que había predicho: hasta los humanos más leales se revuelven contra nosotros.

—Así que has ganado la apuesta —dijo Omnius—. Qué mala suerte.

Erasmo examinó las llamas que devoraban la ciudad. Si analizaba la situación de manera objetiva, se trataba de un estudio fascinante de la naturaleza humana. La psicología de los grupos sometidos a tensión era intrigante, aunque peligrosa.

—Pues sí, qué mala suerte.

El ariete reventó por fin la puerta principal. Iblis hizo un gesto a sus fanáticos seguidores, y las masas arrollaron a los robots supervivientes.

Había llegado el momento de que Erasmo se marchara.

Como conocía el valor de sus pensamientos y conjeturas independientes, el robot no deseaba ser destruido. Él representaba el individualismo, el orgullo por el triunfo personal, la posible existencia de un alma. Quería continuar su trabajo, integrar las lecciones que había aprendido de esta revuelta fascinante.

Pero para eso, tenía que escapar.

Los sublevados se iban acercando poco a poco. Oyó el sonido de la destrucción que arrasaba su espléndida mansión. Le quedaba el tiempo justo para descender varios niveles en una plataforma, hasta llegar a un sistema de túneles que horadaba las colinas elevadas sobre el mar.

Titubeó, consciente de que debía abandonar a Serena Butler, pero decidió que ya había conservado a la mujer durante demasiado tiempo. Después de matar a su bebé, aún le había sido de menos utilidad, pues se negaba a proporcionarle más datos.

La muerte de su hijo la había convertido en un animal salvaje, que ya no se preocupaba por su propia existencia.

Le había atacado en repetidas ocasiones, pese a sus generosas propuestas. Al final, aunque Erasmo se había sentido tentado de matarla sin más, no se había decidido. Muy interesante. Se había decantado por drogarla hasta sumirla en un sopor constante. Ahora, Serena se hallaba en uno de sus laboratorios, casi catatónica, puesto que Erasmo no había imaginado otra manera de contener sus esfuerzos por atacarle cada vez que recuperaba el conocimiento. Ahora ya no tenía tiempo de salvarla.

Erasmo subió a una cápsula oculta en una cueva de las cumbres nevadas. Acompañado por un ojo espía de Omnius, se elevó y voló en círculos sobre la ciudad en llamas.

—Te estás comportando como un necio, Erasmo —dijo la voz de Omnius desde una pantalla—. Tendrías que haber esperado a que la batalla se decantara en favor de mis máquinas pensantes. Como sucederá, inevitablemente.

—Tal vez, Omnius, pero he llevado a cabo un análisis de los riesgos que corría. Preferiría regresar a mi propiedad de Corrin, con el fin de continuar mis experimentos. Con tu permiso, por supuesto.

—Solo lograrás provocar más problemas —dijo Omnius. La cápsula llegó a uno de los espaciopuertos secundarios que todavía controlaban las máquinas pensantes—. Pero ahora, más que nunca, es fundamental que comprendamos al enemigo.

Erasmo buscó en la base de datos una nave pequeña que pudiera transportarle a Corrin. Gracias a su trabajo, había aprendido ya una lección importante: los humanos solo eran predecibles en un aspecto: en lo imprevisible de sus reacciones.

108

> La vida es un banquete de sabores inesperados. A veces te gusta el sabor, otras no.
>
> IBLIS GINJO,
> *Opciones para la liberación total*

Los esclavos invadieron la villa del malvado robot, y celebraron su triunfo con una orgía de destrucción. Atrapado en el fuego de su entusiasmo, Iblis guió a un pequeño grupo por el laberinto de habitaciones y pasillos. Le siguieron como una cuadrilla de trabajo, aunque esta tarea en particular era mucho más satisfactoria.

—¡Por Serena! —aulló las palabras que los rebeldes querían oír. Corearon el grito.

Confiaba en encontrar al desprevenido Erasmo, que había asesinado con tanta sangre fría a un niño indefenso. También quería localizar a la valiente madre que había luchado contra las máquinas pensantes. Si pudiera liberar a Serena Butler, la convertiría en la punta de lanza del movimiento antiOmnius. Tenía que estar en algún rincón de la mansión..., si seguía con vida...

Cuando los sublevados irrumpieron en el edificio principal, Vorian Atreides se abrió paso hasta las primeras filas. Los rebeldes pisotearon los tapices decorativos y derribaron costosas estatuas. Vor corrió con ellos.

—¡Serena! —El tumulto ahogó su voz. Mientras sus compañeros arrasaban los símbolos de riqueza que Erasmo había amasado, Vor se dirigió hacia los invernaderos—. ¡Serena! ¡Serena!

Saltó sobre las formas metálicas de los robots caídos en los pasillos. Los invasores abrieron a golpes la pesada puerta que permitía el acceso a los almacenes de equipo de la mansión, y empezaron a apoderarse de herramientas susceptibles de convertirse en armas. Vor cogió un cuchillo (un arma más eficaz contra humanos que contra máquinas), volvió al pasillo y corrió hacia los laboratorios. Temía que el diabólico robot hubiera practicado una disección definitiva a su amada...

Dejó que el resto de la muchedumbre se diseminara por la propiedad. Entró en los recintos que habían albergado sujetos humanos experimentales. Víctimas liberadas, de mejillas hundidas y ojos alucinados, avanzaban tambaleantes por los corredores.

Vor llegó a un grupo de celdas de cuarentena. Intentó abrir las puertas, sin éxito. A través de pequeñas ventanas redondas vio a prisioneros apelotonados en el interior, algunos con la cara apretada contra el plaz, otros tumbados sobre el suelo de piedra. No vio a Serena entre ellos.

Tras un ojo de Omnius desactivado descubrió el mecanismo de apertura y abrió las celdas. Cuando los desesperados cautivos salieron en tromba, Vor gritó el nombre de Serena. Los prisioneros se aferraron a Vor, parpadeando a causa de la brillante luz. No podía dedicarles más tiempo, de modo que continuó su búsqueda.

Al fondo del recinto, en una zona esterilizada que contenía un ominoso instrumental quirúrgico, encontró por fin a Serena caída sobre el sucio suelo de plazmento con los ojos cerrados, como si hubiera despertado de un sueño inducido por drogas. Su vestido blanco y dorado estaba manchado y roto, y presentaba contusiones en la cara y los brazos. Estaba derrumbada como si estuviera muerta, o como una persona ansiosa por morir.

—¿Serena? —Tocó su mejilla—. Serena, soy Vorian Atreides.

La joven abrió los ojos, le miró como si no le reconociera. Vor vio su mirada desenfocada, sospechó que nadaba en las aguas profundas y desconocidas de drogas tranquilizantes. Erasmo habría intentado mantenerla controlada.

—No esperaba volver a verte —susurró ella por fin.

Ayudó a Serena a ponerse en pie y la sostuvo cuando las piernas le fallaron, todavía sonámbula. En los jardines posteriores, los jarrones volcados estaban llenos de sangre, pero Vor descubrió una fuente intacta, rodeada de gruesos helechos. Formó una copa con las manos para que Serena bebiera agua fresca y reconfortante. Después, mojó un trozo de tela y le lavó la cara y los brazos

Daba la impresión de que la joven solo deseaba sumirse en la más negra inconsciencia, pero combatió la sensación y apoyé la espalda contra la pared para no caerse.

—¿Por qué estás aquí?

—He venido para llevarte a Salusa Secundus.

Los adorables ojos de Serena, vidriosos a causa del dolor y las drogas, cobraron repentina vida.

—¿Podrías hacerlo?

Vor asintió, con la intención de contagiarle confianza, pero se preguntó cómo iba a encontrar el *Viajero onírico*.

—Nuestra oportunidad durará poco.

Un destello de esperanza y energía alumbró en el rostro de Serena.

—Salusa... Mi Xavier...

Vor frunció el ceño cuando oyó el nombre, pero se concentró en la difícil tarea que les aguardaba.

—Hemos de irnos de aquí. Las calles son peligrosas, sobre todo para nosotros.

Ahora que tenía un objetivo, Serena apeló a toda su fuerza de voluntad para reunir energías. Cuando dieron media vuelta para salir, se toparon con Iblis Ginjo. El capataz sonrió, congestionado.

—¡Aquí estás! Bendita mujer, la gente ha roto sus cadenas para vengar el asesinato de tu hijo.

Vor sostuvo el brazo de Serena con aire protector, y su rostro se ensombreció.

—He de sacarla de aquí.

No estaba acostumbrado a que un humano le llevara la contraria, pero el líder de la revuelta no se apartó ni un centímetro.

Por lo visto, Iblis parecía más confiado en sus poderes de persuasión que en cualquier otra arma.

—Esta mujer es vital para la continuidad de la revolución. Piensa en lo mucho que ha sufrido. Tú y yo no somos enemigos. Hemos de unirnos para derrocar a...

Mientras la voz de Iblis resonaba como si estuviera pronunciando un discurso, Vor alzó con gesto amenazante el largo cuchillo que había cogido.

—Puede que en otro tiempo haya sido tu enemigo, pero eso se acabó. Soy Vorian Atreides.

Iblis pareció desconcertado.

—¿Atreides? ¿El hijo de Agamenón?

Un cúmulo de emociones se reflejó en el rostro de Vor, pero su mano no tembló.

—He de cargar con ese peso. Con el fin de redimirme, pondré a salvo a Serena. Omnius no tardará en traer refuerzos, aunque procedan de otros Planetas Sincronizados. No permitas que unos cuantos días de éxito te cieguen. La revuelta está condenada al fracaso.

Iblis explicó a toda prisa cuáles eran sus propósitos: convertir a Serena en la inspiración de la revuelta que acabaría con Omnius en la Tierra.

—Tú puedes fortalecer nuestro movimiento. Serena Butler y el recuerdo de su hijo asesinado sumarán partidarios a nuestro bando. ¡Piensa en lo que podemos conseguir!

En cualquier otro momento, Serena habría escuchado la llamada y sacrificado todo por el bienestar de tanta gente que sufría. Estaba impreso en su carácter, en su personalidad, pero el asesinato del inocente Marion había aplacado sus ansias de justicia, aniquilado una parte de su corazón.

—Tu causa es justa, Iblis —dijo Serena—, pero estoy exhausta a causa de todos los horrores padecidos. Vorian va a conducirme de vuelta a Salusa. He de ver a mi padre..., y contar a Xavier la suerte de su hijo.

Iblis sostuvo su mirada como si estuvieran conectados por un rayo electrónico. No quería enemistarse con ella, porque la necesitaba. Durante meses había ido construyendo una organización secreta de rebeldes, pero ahora intuía que jamás alcanzaría todo su potencial sin esta joven y todo cuanto ella representaba. Nunca despertaría el fervor religioso necesario.

Los ojos oscuros de Iblis destellaron.

—¿Un planeta de la liga? Dime, Atreides, ¿cómo vas a escapar de la Tierra?

—Creo que tengo un medio: mi nave, el *Viajero onírico*. Pero no puedo retrasar más la partida.

Iblis tomó la decisión al instante. Sabía que la rebelión podía esparcirse de planeta en planeta, pero desde otro centro.

—En tal caso, iremos juntos. Hablaré a la liga, convenceré a los nobles de que envíen refuerzos a la Tierra. ¡Han de ayudar a nuestra causa!

Oyeron ruidos de destrucción y gritos de violencia en una estancia contigua.

—Os protegeré de mis seguidores. No nos impedirán el paso. —Iblis hablaba en un tono muy convincente—. No escaparéis del recinto a menos que os ayude.

Vor le miró con sus ojos grises, ansioso por llevarse a Serena y alejarse de aquel sucio revolucionario. La joven apoyó la mano sobre su brazo, como si de pronto hubiera recuperado toda su energía.

—Déjanos marchar, por favor. Quiero huir de la Tierra y de esta pesadilla.

Dos hombres de Iblis salieron de un pasillo, seguidos de otros tres. Le miraron, a la espera de recibir órdenes. El líder rebelde necesitaba dejar a alguien en su lugar, mientras él intentaba reagrupar a todos, los humanos libres. Alguien de confianza.

Pensó en el subordinado de Eklo, y en la red de contactos e información del pensador.

—Traedme a Aquim de inmediato.

Aquim, desgarrado entre su herencia genética humana y el juramento de lealtad a los pensadores, miró a Iblis, mientras reflexionaba sobre su petición.

—Ya no eres neutral —dijo Iblis—. Ni tampoco Eklo. Tendréis que ayudarnos hasta el final. Necesito a alguien en quien pueda confiar para mantener viva la revuelta aquí, mientras yo voy a pedir apoyo a la liga.

Aquim parecía desbordado.

—Podrías tardar meses.

—Eso es lo mínimo que tardará en llegar la nave. —Aferró al monje por los hombros—. Amigo mío, una vez me dijiste que te pusiste al mando de un escuadrón de hombres contra las máquinas, y que cosechaste algunos éxitos. Recuerda lo que me dijo el pensador: nada es imposible.

El monje hizo acopio de valor.

—Existe una gran diferencia entre mandar un escuadrón y ponerse al frente de miles de personas.

—Cuando aún no te habías aficionado a la semuta, no habrías hecho esa distinción.

—¡La semuta no me embota! ¡Afila mis sentidos!

Iblis sonrió.

—Soy un experto a la hora de seleccionar gente, y reconozco tus dotes. Podría haber elegido otros hombres, pero confío en ti más que en nadie. Además de tu experiencia en el combate, posees una gran sabiduría, gracias a tu relación con el pensador. Eres el hombre perfecto para el trabajo, Aquim.

El hombretón asintió lentamente.

—Sí. Eklo me daría su bendición.

Antes de partir, Iblis condujo a Serena al lugar donde había ocultado y protegido el cadáver de su hijo. Había depositado la forma destrozada del pequeño Manion en un edificio anexo, nada más comenzar la revuelta.

Serena, inmóvil como la estatua de una diosa encolerizada, tocó la capa de polímero transparente que protegía el rostro cerúleo. Una película resistente envolvía al niño, al igual que las consecuencias del asesinato de este pequeño inocente envolvería a las máquinas pensantes.

—¿Le has... conservado incólume?

—Es una bolsa hermética, utilizada para procesar a los esclavos que mueren en el trabajo. —Iblis se esforzaba en que Serena comprendiera lo que había hecho—. Hay que pasar la voz de lo sucedido aquí, Serena. Se acordarán de tu hijo y de lo que representó. Construiremos un magnífico monumento en su memoria, le conservaremos en un sarcófago de plaz para que todos los humanos libres vayan a verle. —Miró a Vorian Atreides—. Nunca hay que subestimar el valor de un símbolo.

—¿Un altar? ¿No te estás adelantando a los acontecimientos, Iblis? —preguntó Vor, impaciente—. La revuelta todavía no ha triunfado.

Serena cogió al niño en brazos. Apenas pesaba.

—Si vamos a volver a Salusa Secundus, he de llevármelo. Su padre... se merece verlo una vez, al menos.

Antes de que Vor pudiera protestar, Iblis intervino.

—¡Todo el mundo ha de verlo! Esto nos ayudará a conseguir la ayuda de la liga. Has de convencerles de que vayan en auxilio de los esclavos de la Tierra, antes de que sea demasiado tarde. De lo contrario, habrá muchas más víctimas.

Vor, al darse cuenta de lo mucho que significaba aquello para Serena, cuadró los hombros y no protestó.

—Si no nos damos prisa, será demasiado tarde para todos nosotros.

Serena se irguió en toda su estatura, sin dejar de sostener la forma rígida de Manion.

—Estoy dispuesta. Vamos en busca del *Viajero onírico*.

109

Existe una infinita variedad de relaciones mecánicas y biológicas.

Entrada de los bancos
de datos de Omnius

Vor, Serena y el entrometido Iblis localizaron y robaron una lanzadera de pasajeros en una pista de aterrizaje de la propiedad de Erasmo. No llevaban provisiones o posesiones con ellos, excepto el cuerpo conservado del pequeño Manion. Mientras los esclavos continuaban saqueando la villa, Vor y sus compañeros huyeron del tumulto. No vieron robots centinela ni neocimeks. Ni tampoco titanes.

La pequeña nave sobrevoló el borde de la ciudad, lejos de los disturbios. En los días del Imperio Antiguo, esta colina había sido un barrio exclusivo de casas y jardines terraplenados. Las residencias habían sido abandonadas después de la conquista de las máquinas pensantes, y estaban casi en ruinas. Solo quedaban piedras y armazones de aleación.

Las memorias de Agamenón habían desdeñado la vida cotidiana de la gente en el Imperio Antiguo, pero ahora Vorian necesitaba dudar de todo. Se sentía triste y

avergonzado. Gracias a Serena, se fijaba en cosas por primera vez, experimentaba pensamientos turbadores. Era como si un nuevo universo se hubiera abierto para él, y estuviera abandonando el antiguo.

¿Cómo le habían ocultado tantas cosas las máquinas pensantes? ¿O se había negado a ver lo evidente? El *Viajero onírico* albergaba extensos archivos históricos, pero nunca se había molestado en mirar. Había tomado al pie de la letra las crónicas de su padre.

Cuando contó a Serena lo que había descubierto, una sonrisa amarga curvó su boca.

—Tal vez todavía haya esperanzas para ti, Vorian Atreides. Tienes mucho que aprender... como ser humano.

Aparecieron ante su vista los edificios blancos del espaciopuerto, así como búnkeres militares, sensores y artillería pesada. Vor transmitió los códigos de acceso que siempre había utilizado en el *Viajero onírico*, y los robots centinela permitieron el paso de la veloz nave.

Con la mayor rapidez posible, Vor condujo la lanzadera a un hangar y desconectó todos los sistemas. Diversas naves estaban aparcadas entre muelles de carga, torres de lanzamiento y cisternas de reabastecimiento de combustibles. Cuadrillas de robot trabajaban en las naves de larga distancia, preparándolas para su partida.

El *Viajero onírico* se encontraba entre ellas, tal como Vor había esperado.

—Deprisa —dijo, y cogió a Serena de la mano. Iblis corrió detrás, armado con una pistola de grandes dimensiones, escasa protección si los soldados robot decidían atacar.

Vor tecleó el código de acceso en un panel y la escotilla de entrada se abrió.

—Esperadme. Si esto funciona, volveré enseguida.

Tenía que ocuparse de Seurat en persona.

Vor oyó el ruido de los robots de mantenimiento que instalaban una célula de combustible supletoria. Cuando llegó al puente de mando, no se molestó en disimular sus pasos. Seurat ya le habría detectado.

—¿Has estropeado tu nave, vieja Mentemetálica? —preguntó Vor—. ¿No pudiste pilotarla sin mí?

—Los rebeldes dispararon contra mi nave cuando entregué robots de combate para una reorganización táctica. Un motor sufrió una avería sin importancia. Daños superficiales en el casco.

El capitán robot movió su cuerpo para ajustar parámetros en sistemas abiertos. Sus fibras ópticas enfocaron un visor que le permitía controlar los trabajos minuto a minuto.

—Me será útil tu ayuda, Vorian Atreides —dijo por fin—. Parece que uno de los robots de mantenimiento no funciona muy bien. Todos los buenos están haciendo reparaciones de emergencia en robots de combate.

Vor sabía que debía proceder con rapidez. —Deja que eche un vistazo.

—Observo que has cambiado de vestimenta —dijo Seurat—. Con esos esclavos sueltos por las calles, ¿ya no estaba de moda tu uniforme de Omnius?

Vor no pudo reprimir una carcajada, pese a la tensión.

—Los humanos entienden más de moda que las máquinas.

Se acercó más a su amigo mecánico, y su mirada se clavó en la diminuta derivación de acceso a un panel desprotegido del cuerpo del robot. Aunque estaba cubierto de metal líquido y protegido por fibras interconectadas, Vor sabía que sería sencillo bloquear el acceso al impulsor de energía, cortocircuitar el convertidor de potencia y aturdir al capitán robot.

Metió la mano en un bolsillo, como si buscara algo, y extrajo una herramienta.

—Efectuaré un diagnóstico de ese robot de mantenimiento.

Fingió perder el equilibrio, se inclinó y hundió la herramienta en la derivación de acceso. Un impulso de la sonda desconectó la energía del robot.

El capitán mecánico se agitó, y luego se inmovilizó por completo. Si bien sabía que no había infligido a Seurat daños irreparables, Vor sintió una punzada de culpa y dolor.

—Lo siento, vieja Mentemetálica. —Oyó ruidos a su espalda, giró en redondo y vio a Serena e Iblis en el puente—. Dije que me esperarais.

Iblis avanzó, seguro de sí mismo una vez más, como si hubiera tomado el mando.

—Termina el trabajo. Destruye a la máquina pensante.

Se acercó al capitán, empuñando una herramienta pesada.

—No. —Vor, irritado, se interpuso entre el capataz y el robot—. He dicho que no. Seurat no. Si quieres que te saque de aquí, ayúdame a bajarle de la nave. Ya no causará problemas a nadie.

—Dejad de perder el tiempo, los dos —dijo Serena.

Iblis ayudó a Vor de mala gana a cargar el pesado robot hasta una escotilla lateral, que se abría a un muelle vacío situado junto a un dispensador de píldoras de combustible. Dejaron al capitán entre escombros y maquinaria.

Vor contempló un momento sus facciones en el rostro reflectante, y recordó alguno de los estúpidos chistes que su amigo le había contado, así como los innovadores juegos militares en los que se habían enzarzado. Seurat nunca le había hecho daño.

Pero Vorian Atreides, renacido, prefería estar con Serena Butler entre los humanos libres, pese a lo que debiera dejar atrás.

—Algún día volveré —susurró—, pero desconozco en qué circunstancias, vieja Mentemetálica.

Mientras Vor pilotaba la nave de actualizaciones, Iblis contemplaba desde una ventanilla la Tierra, que poco a poco iba disminuyendo de tamaño. Pensó en la revuelta que había inspirado, confió en que Aquim actuaría bien y la revolución se vería coronada con el éxito. Tal vez con la sabiduría del pensador Eklo, el monje pondría orden en la locura y plantaría cara con eficacia a Omnius.

Pero Iblis no lo creía. Las máquinas eran demasiado poderosas, y los Planetas Sincronizados demasiado numerosos. Pese a todo su trabajo, sospechaba que la revuelta inicial estaba condenada al fracaso, a menos que consiguiera ayuda inmediata de la Liga de Nobles.

110

> Los humanos cometieron la estupidez de dotar a sus competidores de una inteligencia igual a la suya. Pero no pudieron evitarlo.
>
> BARBARROJA,
> *Anatomía de una rebelión*

Se elevaban llamas de los gloriosos edificios vacíos, una afrenta para la edad de oro de los titanes. Las sabandijas humanas, embriagadas por su liberación, corrían chillando por las calles, arrojaban piedras y explosivos improvisados.

Agamenón hirvió de ira al ver los terribles daños que los rebeldes habían infligido ya a los monumentos y plazas. Incluso habían matado a Ajax, aunque era muy probable que el tozudo titán se lo hubiera buscado. De todos modos, era una pérdida grave, como la de Barbarroja.

¡Escoria! Los bárbaros no sabían lo que era libertad ni el libre albedrío. Eran incapaces de controlarse o de portarse como seres civilizados. Solo merecían ser esclavos. Incluso eso era demasiado bueno para ellos.

El general cimek recorrió las calles con su voluminosa forma de combate. Dispersó humanos, los lanzó al aire, los

aplastó contra las paredes. Algunos de los más valientes le arrojaron objetos puntiagudos, que rebotaron en su cuerpo blindado. Por desgracia, no podía perder tiempo exterminándolos a todos.

Agamenón se encaminó hacia el cercano espaciopuerto, con la esperanza de encontrar a su hijo entre el caos. Si los rebeldes habían herido a Vorian (el mejor de los trece hijos del general hasta el momento), haría una buena escabechina. Había verificado las últimas informaciones, averiguado que el *Viajero onírico* estaba aparcado en el espaciopuerto y que los códigos de acceso de Vor habían sido utilizados, pero los informes eran confusos.

El titán aún no entendía la magnitud de la rebelión. Durante siglos, nadie había desafiado el gobierno de las máquinas pensantes. ¿Cómo era posible que los dóciles humanos se hubieran enfurecido hasta tal punto? Daba igual. Dejaría que Omnius y sus guardias robot se encargaran de los revoltosos.

De momento, Agamenón quería encontrar a su hijo. Él también tenía sus prioridades. Esperaba que Vor no se hubiera metido en líos.

Cuando el cimek cruzó el espaciopuerto, vio tres naves de carga en llamas, obra de saboteadores. Máquinas de apagar incendios intentaban extinguir las llamas antes de que los daños se propagaran.

El furioso titán buscó el muelle que albergaba al *Viajero onírico*. Se llevó una decepción al ver que la nave había desaparecido. Mediante rayos infrarrojos, vio que la pista todavía brillaba debido a las llamas de propulsión. Con la ayuda de sensores térmicos distinguió la estela que la nave había dejado en la atmósfera.

Cada vez más frustrado y sorprendido, descubrió al desactivado Seurat en un muelle abandonado. El robot

yacía inmóvil, una estatua de polímeros metálicos y circuitos neuroeléctricos. Los rebeldes habían atacado a Seurat, le habían desconectado..., pero no destruido.

Impaciente, preocupado por Vorian, Agamenón volvió a conectar los sistemas del robot. Cuando Seurat recobró la conciencia, examinó el espaciopuerto con sus fibras ópticas para orientarse.

—¿Dónde está el *Viajero onírico*? —preguntó Agamenón —. ¿Dónde está mi hijo? ¿Está vivo?

—Con su típica impetuosidad, tu hijo me sorprendió. Me desactivó. —Seurat inspeccionó la zona de lanzamiento y extrajo conclusiones—. Vorian se habrá llevado la nave. Sabe pilotarla.

—¿Mi hijo es un cobarde?

—No, Agamenón. Creo que se ha unido a los rebeldes y huye con otros humanos. —Vio que el cimek se estremecía de ira—. Es un chiste muy malo —añadió.

Agamenón, enfurecido, dio media vuelta y se alejó a toda prisa. Había una nave de guerra abandonada en las cercanías, cargada de armas y perfecta para perseguir a alguien. Humanos salvajes estaban corriendo hacia ella, ansiosos por hacerse cargo de los controles, como si algún ignorante hrethgir fuera capaz de pilotar un vehículo tan sofisticado.

El cimek apuntó sus brazos provistos de cañones y lanzó una andanada de llamas que convirtió a los rebeldes en montoncitos de carne carbonizada. Pasó sobre los cuerpos ennegrecidos y se conectó con la nave de guerra. A una orden de Agamenón, los brazos prensiles de la nave se extendieron para desmontar el contenedor cerebral y prescindir de la forma de combate. Los sistemas de la nave elevaron el contenedor e instalaron el cerebro de Agamenón dentro del hueco de control.

La nave era veloz, sus armas estaban cargadas y preparadas para entrar en combate. Vorian le llevaba ventaja, pero el *Viajero onírico* era un vehículo más lento, diseñado para trayectos largos. Agamenón le alcanzaría sin problemas.

El cerebro, sumergido en el electrolíquido, se ajustó a los sensores de la nave y conectó los mentrodos, hasta que la nave se convirtió en su nuevo cuerpo. Agamenón despegó del espaciopuerto sobre piernas imaginarias.

Hiper aceleró en dirección a su presa.

Vor Atreides conocía las tácticas del combate espacial y las maniobras de evasión, porque Seurat le había dejado tomar los controles de la nave muchas veces, pero pilotaba el *Viajero onírico solo* por primera vez, sin Seurat.

Al salir de la Tierra adoptó un vector recto que les alejaría del sistema solar. Confiaba en que las provisiones y sistemas de apoyo vital de la nave bastarían para mantenerles vivos el mes que tardarían en llegar a Salusa Secundus. En ningún momento de su frenética huida se había parado a pensar en cuántos humanos podía alimentar el *Viajero onírico*, pero ahora ya no tenía alternativa.

Iblis Ginjo, nervioso, miraba por las ventanillas, estudiaba la inmensidad del espacio. Nunca había presenciado aquel espectáculo. Quedó boquiabierto al ver la inmensidad sembrada de hoyos de la luna.

—Cuando estemos cerca de Salusa —dijo Serena, ceñida a su asiento con el cinturón de seguridad—, la Liga de Nobles nos protegerá. Xavier vendrá a buscarme. Como... siempre.

El *Viajero onírico* cruzó la órbita de Marte, y luego atravesó el cinturón de asteroides. Vor siguió acelerando,

mientras se dirigían en línea recta hacia el inmenso pozo de gravedad de Júpiter. Utilizaría la gravedad del gigante gaseoso para ajustar su rumbo.

Vor vio por los sensores posteriores una solitaria nave de guerra que se precipitaba hacia ellos a una velocidad tan desmesurada que las lecturas daban una indicación alterada de su posición. Ningún ser humano podría sobrevivir a tal aceleración.

—Esto no va a ser fácil —dijo Vor.

Serena le miró estupefacta.

—De momento, nada nos ha resultado fácil.

Vor no dejaba de vigilar la nave de guerra. Conocía las capacidades del *Viajero onírico*. Meses antes, cuando había utilizado maniobras tácticas desesperadas para eludir a la Armada de la Liga en Giedi Prime, Vor jamás había soñado que necesitaría todas sus dotes de piloto para huir de las máquinas pensantes, que le habían educado, entrenado... y engañado.

En un combate directo, la nave de actualizaciones no podría imponerse ni a un interceptor pequeño. El casco blindado del *Viajero onírico* aguantaría un rato, pero Vor no conseguiría esquivar a la nave de guerra mucho tiempo.

Júpiter se cernía ante ellos, una esfera difusa de colores pastel, con nubes remolineantes y tormentas lo bastante grandes para engullir toda la Tierra. Después de analizar los sensores, Vor obtuvo información sobre la capacidad de la nave perseguidora. Aunque no contaba con armas poderosas, el *Viajero onírico* tenía mucho más combustible y motores, y mejor blindaje, además de la inteligencia de Vor. Tal vez podría utilizar las ventajas que poseía.

El interceptor lanzó cuatro proyectiles, pero tan solo uno alcanzó el casco de la nave. Las ondas de choque se propagaron a lo largo del *Viajero onírico* como si fuera un

gong inmenso. Aun así, los instrumentos no informaron de daños significativos.

—Hemos de huir —dijo Iblis, presa del pánico—. Está intentando inutilizar la nave.

—Qué optimista —contestó Vorian—. Yo pensaba que intentaba destruirla.

—Déjale pilotar —dijo Serena al nervioso líder rebelde.

Una voz sintética familiar resonó en los altavoces del *Viajero onírico*. Vor sintió un escalofrío.

—Vorian Atreides, has quebrantado tu juramento de lealtad. Eres un traidor, no solo a Omnius, sino a mí. Ya no te considero hijo mío.

Vor tragó saliva antes de responder.

—Me enseñaste a utilizar mi mente, padre, a tomar decisiones sin dejarme influir y a ejercer mis talentos. Descubrí la verdad. Descubrí lo que había sucedido en realidad durante la Era de los Titanes, y se parece muy poco a los cuentos de hadas que escribiste en tus memorias. Me mentiste desde el primer momento.

En respuesta, Agamenón lanzó más proyectiles, pero salieron desviados. Vor disparó a su vez. Sus proyectiles formaron una barrera de explosiones que obligó a la nave perseguidora a desviarse de su rumbo. Vor no desperdició tiempo ni energía en intentar engañar a su padre con falsas maniobras.

Alteró su curso para que el *Viajero onírico* burlara la fuerza de la gravedad de Júpiter. Puso los motores al máximo, sin preocuparse por la tensión o las posibles averías. Si no podía escapar ahora, la cautela excesiva no serviría de nada.

El gigante gaseoso aumentaba de tamaño ante sus ojos. Agamenón lanzó otra andanada de explosivos, uno de los cuales detonó muy cerca de los motores del *Viajero onírico*.

Vor se concentró en lo que estaba haciendo, sereno y confiado. Iblis, sentado a su lado, estaba pálido y cubierto de sudor. El líder rebelde debía estar preguntándose si habría tenido más probabilidades de sobrevivir de haberse quedado en la Tierra.

—Le basta con inutilizarnos —dijo con frialdad Vor—. Si consigue desfasar nuestros motores, aunque solo sea por unos minutos, no podremos escapar de esta órbita hiperbólica. Entonces, Agamenón se rezagaría y nos vería precipitarnos hacia la atmósfera de Júpiter. Le encantaría.

Serena aferró los apoyabrazos del asiento.

—Pues no dejes que inutilice nuestros motores —dijo, como si la respuesta fuera obvia.

Mientras el general cimek continuaba su acoso, Vor efectuó unos rápidos cálculos. Utilizando los subsistemas informáticos del *Viajero onírico*, reprogramó a toda prisa los trazadores de gráficos de navegación. La nave salió disparada hacia delante, un proyectil poco agraciado que aceleró al tiempo que rozaba la tenue atmósfera de Júpiter, un rehén de la mecánica orbital.

—¿Es que no vas a hacer nada? —preguntó Iblis.

—Las leyes de la física lo están haciendo por nosotros. Si Agamenón se toma la molestia de efectuar los cálculos, se dará cuenta de lo que ha de hacer. El *Viajero onírico* cuenta con suficiente combustible y velocidad para rodear Júpiter y escapar de la fuerza de la gravedad. Sin embargo, en ese pequeño interceptor, a menos que mi padre desista de perseguirnos, dentro de... —consultó el panel—... cincuenta y cuatro segundos no podrá escapar de la atracción. Se precipitará hacia Júpiter.

El interceptor continuaba acercándose, disparaba sus armas sin producir los daños que el piloto quería.

—¿Él lo sabe? —preguntó Serena.

—Mi padre se dará cuenta. —Vor echó un vistazo al trazador de gráficos—. En este momento... apenas le queda combustible para volver a la Tierra. Si espera diez segundos más, dudo que sobreviva al aterrizaje.

Iblis resopló.

—Eso sería aún más absurdo que dejarse engullir por las nubes de Júpiter.

De pronto, la nave perseguidora se alejó del gigante gaseoso en una curva pronunciada. El *Viajero onírico* se lanzó hacia delante, y rozó las nubes hasta que la parte inferior del casco se puso al rojo vivo debido a la fricción. Momentos después, Vor les condujo hasta el otro lado del planeta y aceleró, liberado de la gravedad, y voló hacia el espacio interestelar.

Vor comprobó que el interceptor había logrado burlar la atracción de Júpiter. Vio que su perseguidor volvía hacia la Tierra, en un curso que conservaba la aceleración y ahorraba combustible.

Entonces, Vor se dirigió hacia el precario refugio de los planetas de la liga.

Ahora que había perdido el envite, y consciente de que Vorian prestaría su ayuda a los humanos asilvestrados en su continua resistencia, el furioso Agamenón meditó. Con escaso combustible para acelerar, el viaje de vuelta a la Tierra sería tedioso y frustrante.

No obstante, una vez regresara, calmaría su humillación aniquilando al resto de los esclavos rebeldes. Se arrepentirían del día en que prestaron oídos a las insensatas palabras de rebelión.

111

> Aristóteles violó la razón. Impuso en las escuelas dominantes de filosofía la atractiva creencia de que puede existir una discreta separación entre cuerpo y mente. Esto condujo de una forma natural al fatal error de pensar que el poder puede ser comprendido sin aplicarlo, el goce es totalmente independiente de la desdicha, la paz puede existir en la ausencia absoluta de guerra, o la vida puede comprenderse sin la muerte.
>
> ERASMO,
> *Notas de Corrin*

Nueve siglos atrás, después de transformarse en una inteligencia transgaláctica, la supermente había establecido un control eficaz sobre todos los cimeks, robots y humanos de los Planetas Sincronizados. Omnius había continuado evolucionando y extendiendo su influencia, creando redes cada vez más complejas.

Mientras la sorprendente rebelión seguía expandiéndose por las ciudades de la Tierra, Omnius observaba todo a través de su legión de ojos transmisores. Mientras veía a los rebeldes quemar edificios y destruir instalaciones, la supermente descubrió que tenía un punto débil.

No se podía confiar ni en los humanos más leales. Erasmo había tenido razón desde el primer momento. Y ahora, el irritante robot había huido de la Tierra, abandonando su villa antes de que fuera saqueada por las masas.

Omnius lanzó miles de millones de órdenes a sus fuerzas mecánicas, con el fin de que atacaran a los hrethgir sublevados. Hasta el momento, cientos de miles de esclavos habían sido aniquila dos. Cuando sus robots aplastaran por fin la rebelión, sería necesario un gran esfuerzo de limpieza.

Impulsados por su vandalismo, los rebeldes habían concentrado su odio en los cimeks. En opinión de Omnius, las máquinas con mentes humanas eran problemáticas, y el vínculo más débil con los Planetas Sincronizados. Aun así, los agresivos cerebros humanos eran útiles en circunstancias que exigían crueldad y violencia extremas, a un nivel que las máquinas racionales no podían alcanzar. Ahora, por ejemplo.

Omnius envió órdenes urgentes a los restantes titanes que se hallaban en las cercanías de la Tierra, Juno, Dante y Jerjes, además de Agamenón, que regresaba de perseguir sin éxito a su hijo Vorian. Con el fin de aplastar la rebelión, podían tomar las medidas que consideraran necesarias.

A juzgar por pasadas experiencias, la misión iba a ser del agrado de los titanes.

En un desierto rocoso situado en un continente alejado de la revuelta, Juno estaba dando una demostración de técnicas de tortura e interrogación aplicadas a sujetos humanos vivos. Jerjes y Dante controlaban los progresos, pero no participaban de manera directa.

Mientras una multitud de neocimeks estudiaban cada movimiento, la titán observaba a sus víctimas, un joven delgado y una mujer de edad madura atados a unas mesas, y que no paraban de retorcerse.

De repente, el mensaje de Omnius llegó a los sistemas de recepción con tal fuerza que la delicada mano quirúrgica de Juno tembló, de manera que hundió la aguja en el tejido cerebral. El joven enmudeció, muerto o en estado de coma. Juno no se preocupó de averiguar qué sucedía. La demanda de Omnius exigía toda su atención.

—Hemos de partir al punto —anunció.

Con un veloz movimiento, Jerjes clavó un puñado de agujas en el pecho de la mujer. Cuando dejó de agitarse, los neocimeks ya habían salido a toda prisa de la fosa de demostraciones.

Los tres titanes, con movimientos precisos y eficientes, cambiaron sus cuerpos de torturadores por las formas de combate más espléndidas, y se precipitaron al corazón de la revuelta...

Volaron a través de un cielo oscurecido por humo negro, y aterrizaron en un cuadrado sembrado de escombros e invadido por rebeldes vociferantes. Mientras la muchedumbre intentaba dispersarse, Juno aplastó a once sublevados bajo el casco de la nave.

—Empezamos bien —dijo Dante.

Cuando el trío de titanes salió, seguidos por un cortejo de neocimeks, los rebeldes les arrojaron piedras. Juno se precipitó hacia delante a gran velocidad y los descuartizó. Jerjes y Dante se separaron para atacar a otros grupos de resistentes. Enjambres de rebeldes intentaron rodear a los cimeks, pero las máquinas híbridas los abatieron.

Ni las armas de los esclavos ni la masa combinada de sus cuerpos lograron detener el avance decidido de los monstruos mecánicos. Las calles se tiñeron de rojo, y los gritos de los moribundos estremecieron el aire. Los sensores olfativos de Juno percibieron el intenso olor de la sangre, lo cual provocó que elevara al máximo su umbral sensorial.

Jerjes se precipitó en la refriega como si le fuera la vida en ello.

Cuando los humanos tomaron conciencia de la inutilidad de sus esfuerzos, Aquim ordenó que se replegaran. Los rebeldes corrieron a sus escondites, y las calles quedaron desiertas antes de que los cimeks las invadieran.

Agamenón regresó del espacio cuando aún no había anochecido, justo a tiempo de participar en la matanza...

Omnius, que seguía los acontecimientos desde multitud de ojos espía, estaba seguro de que podría controlar la situación, siempre que utilizara la fuerza necesaria. En este aspecto, los titanes habían estado en lo cierto desde el primer momento.

Confianza y violencia. Una relación curiosa e intrigante entre ambas. Un día, hablaría de sus descubrimientos con Erasmo.

Ahora que había aprendido nuevas lecciones, la supermente tenía motivos suficientes para exterminar a los humanos de los Planetas Sincronizados. Exterminaría a esos frágiles seres de una vez por todas.

Según sus proyecciones, la tarea no exigiría mucho tiempo.

112

> Si la vida no es más que un sueño, ¿solo imaginamos la verdad? ¡No! Al seguir nuestros sueños, creamos nuestras verdades.
>
> *La leyenda de Selim Montagusanos*

El aire y la arena olían a especia, su cuerpo olía a especia... ¡El mundo era especia!

Selim apenas podía respirar o moverse, a medida que la melange impregnaba sus poros, su nariz, sus ojos. Ascendió a duras penas por la arena rojiza, como si nadara entre vidrio. Aspiró una profunda bocanada de aire, con la esperanza de que fuera fresco, pero olía a canela. Se estaba ahogando en la especia.

El desierto trataba a su melange como un secreto, pocas veces la expulsaba en forma de explosiones y esparcía el polvillo rojizo sobre las dunas. La especia era la vida. Los gusanos apestaban a melange.

El joven se movía como si estuviera asfixiado por visiones. Se detuvo en el fondo de la hoya, tosiendo, pero las imágenes oníricas continuaban sacudiéndole como un huracán...

Hacía mucho rato que el gusano se había ido, abandonando a Selim donde había caído. El anciano del desierto habría podido devorar a su jinete, pero no le había hecho caso. No era por casualidad. Budalá había traído a Selim hasta aquí, y confiaba en descubrir el motivo.

Había montado el gigantesco gusano durante horas, le había guiado durante la noche sin ningún destino en particular. Se había descuidado, cayendo en la imprudencia.

De repente, el gusano había llegado al lugar donde se había producido una explosión de especia. Reacciones químicas misteriosas y presiones tremendas ocurridas bajo las dunas habían llegado a un punto crítico, agitado y fermentado la melange hasta que las capas superiores ya no pudieron aguantar la presión. La especia había estallado hacia la superficie, en una columna de arena, gases y melange fresca.

En la oscuridad, Selim no había visto la columna, no había estado preparado...

Un frenesí incontenible se había apoderado del gusano. Enloquecido, al parecer, por la presencia de tanta melange, el animal se había revuelto y encabritado.

Pillado por sorpresa, Selim había aferrado sus lanzas y cuerdas. El gusano se hundió en la arena, golpeó las dunas como si la arena manchada fuera su enemigo. El jinete soltó la lanza que había mantenido los segmentos separados.

Selim había caído, demasiado estupefacto para gritar. Vio que la bestia rodaba bajo él, se alzaba sobre la arena y después se desplomaba sobre el suelo húmedo y rodaba para suavizar la fuerza del impacto.

Liberado por fin, el gusano se sumergió bajo la arena, como si buscara la fuente de la melange. Selim intentó mantenerse sobre la superficie de la duna. El gusano cargó

hacia delante como un proyectil. Dejó una estela de arena y especia, que cubrió todo de una espesa capa de color rojizo.

Selim se levantó, jadeante. El intenso olor le mareaba, y escupió saliva con sabor a canela. Tenía la ropa cubierta de especia pegajosa. Se frotó los ojos, pero solo consiguió que el polvo se hundiera más dentro de las órbitas.

Se puso en pie por fin, tambaleante, examinó sus brazos, hombros y costillas para comprobar que no se había roto ningún hueso. Parecía milagrosamente ileso. Un milagro más en su ya larga lista.

Y otra lección críptica que Budalá quería enseñarle.

Bajo la luz de la luna, las dunas cremosas parecían manchadas de sangre, con la especia esparcida en todas direcciones como por el capricho de un demonio enfurecido. Nunca había visto tanta en su vida.

Lejos de su refugio, Selim empezó a caminar por la arena. Registró el suelo hasta encontrar su equipo, una lanza de metal y un extensor medio enterrado en la arena. Si aparecía otro gusano, tenía que estar preparado para montarlo.

Mientras andaba, experimentó la sensación de que la especia impregnaba su cuerpo a cada paso que daba. Sus ojos ya se habían teñido del azul de la adicción (lo había visto en los paneles reflectantes de la estación botánica), pero ahora la melange le envolvía. Su cabeza empezó a dar vueltas.

Selim llegó por fin a la cumbre de la duna, pero ni siquiera se dio cuenta hasta que resbaló pendiente abajo. El mundo que le rodeaba cambió, se abrió... y reveló sus asombrosos misterios.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz alta, y las palabras resonaron en su mente.

Las dunas cambiaban de forma como olas en un mar olvidado, que se alzaban hasta transformarse en polvo. Nadaban gusanos por el océano reseco, enormes habitantes similares a gigantescos peces depredadores. Venas de especia flotaban con la sangre del desierto, ocultas bajo la superficie, enriqueciendo los estratos, al cuidado de un complejo ecosistema: plancton de arena, truchas de arena gelatinosas..., y por supuesto gusanos, conocidos colectivamente como *Shai—Hulud*. El nombre martilleaba dentro de su cráneo, y le pareció adecuado. No Shaitan, sino Shai—Hulud. No era un término que designara a un animal, ni una descripción, sino el nombre de un ser. Un dios. Una manifestación de Budalá.

¡Shai—Hulud!

Entonces, en su alucinación vio que la especia se agotaba, desaparecía, era robada por parásitos que parecían... las naves que había visto en el espaciopuerto de Arrakis City. Obreros (forasteros e incluso zensunni) peinaban las dunas, robaban la melange, se apoderaban del tesoro de Shai—Hulud y dejaban que se ahogara en un mar seco y sin vida. Despegaban naves cargadas hasta los topes, se llevaban los últimos granos de especia, dejaban a la gente del desierto con las manos extendidas, suplicantes. Al poco, inmensos gusanos recorrían la tierra, arrojaban arena al cielo que se desplomaba como una inundación sobre la gente y los cadáveres de los gusanos. Ya nada vivía en el planeta. Arrakis se convertía en un cuenco de arena, muerto y estéril

Sin gusanos, sin gente..., sin melange...

Selim se descubrió sentado con las piernas cruzadas sobre una duna, bajo el sol abrasador del mediodía. Tenía la piel roja y quemada a causa de la insolación. Sus labios estaban agrietados. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Experimentó la terrible sospecha de que había transcurrido más de un día.

Se puso en pie con un gran esfuerzo. Tenía los brazos y piernas entumecidos como goznes oxidados. Todavía había polvo de especia pegado a su ropa y cara, pero ya no parecía afectarle. Había visto demasiadas cosas en su alucinación, y las espantosas posibilidades habían eliminado casi toda la melange de su sistema.

Selim se tambaleó, pero conservó el equilibrio. El viento susurraba a su alrededor, levantaba nubes de arena de las cumbres de las dunas. Vacío y silencioso..., pero no muerto. Al contrario que en su visión.

La melange contenía la clave de Arrakis, de los gusanos, de la propia vida. Ni siquiera los zensunni conocían todas las redes interconectadas, pero Budalá había revelado el secreto a Selim. ¿Era este su destino?

Había visto a forasteros que se llevaban la especia, lejos de Arrakis, y secaban el desierto. Tal vez había tenido una verdadera visión del futuro, o tan solo una advertencia. El naib Dhartha le había expulsado a las arenas para que muriera, pero Budalá le había salvado por algún motivo... ¿Por esto?

¿Para proteger el desierto y los gusanos? ¿Para servir a Shai—Hulud? ¿Para encontrar a los forasteros que querían robar la melange de Arrakis?

No tenía alternativa, ahora que Dios le había tocado. Debía encontrar a esa gente..., y detenerles.

113

> No existe lugar en el universo más invitador que el hogar y las confortables relaciones que se viven en él.
>
> SERENA BUTLER

Cuando el *Viajero onírico* se acercó al sistema de Gamma Waiping y a Salusa Secundus, Serena estaba ansiosa y aliviada al mismo tiempo por regresar a casa, desgarrada entre su profundo deseo de volver a ver a Xavier y su temor a lo que debía decirle.

De repente, un robot de mantenimiento preprogramado salió de su nicho para realizar comprobaciones rutinarias y se agachó bajo los paneles de control, indiferente a los nuevos amos de la nave. Serena vio al pequeño robot y concentró su ira en él. Agarró a la máquina por una pierna y la arrojó contra la cubierta metálica.

El robot rojo se revolvió para evitar más daños, pero Serena lo golpeó hasta que su revestimiento se partió y derramó el líquido de los circuitos gelificados. Sus componentes se inmovilizaron con un estertor final.

—Ojalá fuera tan sencillo destruir a todas las máquinas pensantes —dijo con aire sombrío, imaginando que había

destruido a Erasmo, en lugar del pequeño robot.

—Será fácil, si conseguimos movilizar a la raza humana —dijo Iblis Ginjo.

Aunque Iblis había intentado consolarla durante el largo periplo, Serena confiaba más en Vorian. Hacía varias semanas que intentaba curar su dolor, y sus conversaciones con el joven habían contribuido en cierta manera. Vor sabía escuchar. Iblis hacía muchas preguntas sobre los nobles, los planetas de la liga, los políticos, en tanto Vor prestaba más atención a la gente de la que Serena deseaba hablar: su hijo, sus padres, su hermana Octa, y en especial Xavier.

Cuando Serena habló de Xavier Harkonnen, Vor comprendió que Xavier había sido el oficial de la liga que había atacado al *Viajero onírico* cuando Seurat y él intentaron volcar la actualización de Omnius en Giedi Prime.

—Ardo en deseos de... conocerle —dijo Vor sin el menor entusiasmo.

Serena le había hablado de su impetuoso e imprudente plan para poner en funcionamiento las torres de transmisión de Giedi Prime, cuando la política de la liga había provocado retrasos y excusas.

—Al menos, las máquinas pensantes desconocen la burocracia —dijo Iblis—. Corriste un gran riesgo, sabiendo lo conservador que debe ser tu gobierno.

Serena sonrió con nostalgia, y mostró una insinuación de su energía perdida.

—Sabía que Xavier vendría.

Si bien era doloroso para Vor, escuchaba mientras ella hablaba de lo mucho que amaba a Xavier, describía la celebración de su compromiso en la propiedad de los Butler, la caza del erizón, su trabajo humanitario en la liga. Le contó historias acerca de las proezas militares de Xavier,

su trabajo de fortalecimiento de las defensas humanas en otros planetas humanos, y su acción desesperada durante el ataque cimek contra Zimia, que había salvado a Salusa Secundus.

Vor, incómodo, recordó las versiones tan diferentes de las mismas historias que había oído de labios de su padre. Agamenón no recordaba la derrota de la misma manera, pero ahora Vor sabía que el cimek era proclive a la mentira, o al menos a la exageración. Ya no podía creer en las palabras de su padre.

—De todos modos —dijo Serena, al tiempo que inclinaba la cabeza—, dejé que Barbarroja me capturara y matara a mi tripulación. Soy la única culpable de haberme expuesto al peligro en Giedi Prime, sin saber que estaba embarazada de Xavier. Tampoco tendría que haber desafiado a Erasmo. —Se estremeció—. Subestimé su capacidad de crueldad. No sé si Xavier podrá perdonarme algún día. Nuestro hijo ha muerto.

Iblis intentó consolarla.

—Vorian Atreides y yo contaremos a la Liga de Nobles cómo tratan las máquinas a sus esclavos. Nadie te echará la culpa.

—Yo sí —replicó ella—. Es inútil negarlo.

Vor quería ayudarla, pero no sabía muy bien qué decir o hacer. Cuando tocó su brazo con suavidad, la joven volvió la cabeza. Al fin y al cabo, Vor no era el hombre que ella deseaba tener a su lado en este momento.

Envidiaba al misterioso Xavier Harkonnen y quería conquistar un lugar en el corazón de Serena. Había abandonado a su padre, dado la espalda a todo cuanto había conocido en los Planetas Sincronizados, traicionado a los titanes y a Omnius. Aun así, no tenía derecho a pedir ninguna recompensa que se tradujera en sentimientos.

—Si tu Xavier es el hombre que crees, te dará la bienvenida con compasión y perdón.

—Sí —dijo Serena, al ver la expresión de Vor—, es capaz de eso, pero ¿soy yo la persona que él creía?

Sí, y más, pensó Vor, pero no lo dijo en voz alta.

—Pronto estarás en casa —dijo, y vio que el rostro de Serena se iluminaba—. Estoy seguro de que todo irá bien, en cuanto te reúnas con él. Y si alguna vez necesitas hablar con alguien, yo...

Calló, y se produjo un incómodo silencio.

Cuando la nave se acercó a Salusa Secundus, el planeta que simbolizaba a la humanidad libre, Vor contempló los continentes verdes, los mares azules, las tenues nubes de la atmósfera... Sus dudas se desvanecieron, y pese al dolor de su corazón, se sintió más esperanzado. Parecía un paraíso.

Iblis Ginjo miró por una ventanilla. Daba la impresión de que las ideas se agolpaban en su mente, pero se incorporó de repente, alarmado.

—¡Nos espera un comité de recepción! ¡Naves de combate ligeras!

—La línea defensiva nos habrá detectado cuando entramos en el sistema —dijo Serena—. Son kindjals con base terrestre en Zimia.

Mientras los cazas de la Armada rodeaban el *Viajero onírico*, bombardearon a la nave con amenazas e instrucciones.

—Nave enemiga, ríndete y prepárate para ser abordada.

Varias explosiones de advertencia rozaron su proa.

Vor no hizo el menor gesto amenazador, cuando recordó que naves similares habían dañado al *Viajero onírico* en Giedi Prime.

—Somos humanos que escapamos de Omnius, y deseamos aterrizar en paz —transmitió—. Hemos robado

esta nave en la Tierra.

—Cuéntanos otra —replicó un piloto. Vor se dio cuenta de que él había utilizado la misma estratagema—. ¿Qué nos impide convertiros en una nube de polvo?

Los kindjals se acercaron más y apuntaron sus armas.

—Tal vez os interese saber que Serena Butler, la hija del virrey de la liga, viaja a bordo. —Vor sonrió sin humor—. A su padre no le gustaría descubrir que la convertisteis en una nube de polvo. Ni tampoco a Xavier Harkonnen, teniendo en cuenta lo mucho que ha sufrido su prometida para volver con él.

Serena tomó los controles de comunicación con determinación.

—Es cierto. Soy Serena Butler. Como esto es una nave robot, haced el favor de desactivar los escudos de descodificación para que podamos pasar, y después escoltadnos hasta Zimia. Avisad al virrey y al tercero Harkonnen de que nos reciban en el espaciopuerto.

El largo silencio que siguió informó a Vor de que un furioso debate se debía estar desarrollando entre las líneas privadas.

—El segundo Harkonnen ha salido a patrullar y no volverá hasta dentro de dos días —dijo por fin el comandante del escuadrón—. El virrey Butler ya va de camino con una guardia de honor. Seguidme, y no se os ocurra desviaros.

Vor obedeció, y luego respiró hondo. Ahora, tenía que volar sin la ayuda de los ordenadores. Los sistemas automáticos de la nave siempre le habían ayudado en caso de emergencia.

—Serena, Iblis, abrochaos los cinturones de seguridad.

—¿Algún problema? —preguntó Iblis, al percibir la inquietud de Vor.

—Solo que nunca había hecho esto.

El *Viajero onírico* se estremeció violentamente hasta que atravesó una capa de nubes delgadas y salió a cielo abierto. Los kindjals les seguían muy de cerca. La luz del sol se filtró por las ventanillas del techo, y proyectó sombras distorsionadas sobre las cubiertas y mamparos.

Vor condujo el *Viajero onírico* hacia la zona designada del abarrotado espaciopuerto. Pese a la dificultad de la maniobra, se posó con absoluta perfección. Seurat se habría sentido orgulloso de él.

Iblis Ginjo, emocionado, se puso en pie de un salto cuando los motores enmudecieron.

—¡Por fin! Salusa Secundus. —Miró a Vor—. Por rescatar a la hija del virrey, nos darán la bienvenida con alfombras rojas y flores.

Cuando abrió la escotilla y respiró el aire salusano por primera vez, Vor Atreides intentó identificar la diferencia, se preguntó si podría percibir un tenue aroma a libertad.

—Aún no esperes alfombras o similares —dijo.

Vio que un escuadrón militar se acercaba a la nave con las armas desenfundadas. Los soldados, vestidos con los uniformes oro y plata de la liga, formaron filas al pie de la rampa. Detrás de ellos venían dos mujeres de aspecto intimidante, de pelo blanco, piel pálida y largo hábito negro.

Serena se irguió entre los dos antiguos servidores de las máquinas pensantes, cuyos brazos enlazaba con aire protector. Los tres salieron al sol cegador.

Los soldados de la milicia, con las armas dispuestas, dejaron paso a las mujeres. La hechicera miró a los recién llegados con unos ojos tan intensos y aterradores que Vorian se acordó de los titanes.

—¿Sois espías de Omnius? —preguntó la mujer, al tiempo que se aproximaba aún más.

Serena reconoció a la hechicera de Rossak, pero era consciente de que debía de haber cambiado mucho durante su año y medio de cautividad.

—Zufa Cenva, éramos camaradas. —Casi le costaba hablar—. He vuelto a casa. ¿No me reconoces?

La hechicera la miró con escepticismo, y después una expresión de estupefacción se dibujó en su cara de alabastro.

—¡En verdad eres tú, Serena Butler! Pensábamos que habías muerto en Giedi Prime, junto con Ort Wibsen y Pinquer Jibb. Analizamos el ADN de las muestras de sangre encontradas en los restos de tu forzador de bloqueos.

Zufa examinaba a la joven sin hacer caso de los dos hombres. Serena se esforzó con valentía en dejar a un lado su tristeza.

—Wibsen y Jibb murieron luchando contra los cimeks. Yo fui herida... y capturada.

Vor, conmovido, habló por ella.

—Fue retenida en la Tierra como prisionera de un robot llamado Erasmo.

La expresión eléctrica de la hechicera se concentró en él. —¿Y tú quién eres?

Vor sabía que no podía mentir.

—Soy el hijo del titán Agamenón. —Los soldados de la milicia se revolvieron inquietos. Las dos hechiceras reaccionaron con alarma y renovado nerviosismo—. Utilicé mi influencia para burlar las defensas del Omnius de la Tierra.

Iblis Ginjo se abrió paso hacia delante, con los ojos brillantes de entusiasmo.

—¡Toda la Tierra se ha levantado en armas! Los humanos se han liberado de sus amos mecánicos. Los rebeldes han acabado con titanes y neocimeks, destruido robots,

arrasado instalaciones. Pero necesitamos la ayuda de la liga...

De pronto, la voz de Iblis se quebró. Vorian también sintió una terrible presión alrededor de su garganta. Los ojos de las hechiceras destellaban como si estuvieran sondeando las mentes de los recién llegados. La suspicacia impregnaba la atmósfera como si fuera humedad, cierta reticencia a confiar en los dos humanos renegados y en Serena Butler, a quien Omnius tal vez había lavado el cerebro.

Un súbito alboroto interrumpió la concentración de las hechiceras. Vor descubrió que podía respirar con facilidad otra vez. El virrey Manion Butler, que aparentaba diez años más que la última vez que Serena le había visto, apartó a los soldados y se abalanzó sobre ella como un toro salusano.

—¡Serena! ¡Mi querida hija! ¡Estás viva!

Las dos hechiceras se apartaron, al ver que nada podía impedir que el noble abrazara a su hija.

—Mi niña, mi niña... ¡No puedo creerlo! —Meció a Serena entre sus brazos. La joven empezó a llorar sobre su pecho, contra su voluntad—. ¿Qué te han hecho? ¿Qué te han hecho?

Serena descubrió que no podía contestar.

114

> Los seres humanos confían en sus semejantes, que con frecuencia les decepcionan. La ventaja de las máquinas consiste en que son fiables y carecen de astucia Eso también puede convertirse en una desventaja.
>
> ERASMO,
> *Reflexiones sobre los seres biológicos sensibles*

El padre de Serena se la llevó cuanto antes del espaciopuerto con una multitud de atentos criados.

—El mejor lugar en que puedes estar ahora es la Ciudad de la Introspección, con tu madre. Allí podrás descansar y curar tus heridas, en paz y tranquilidad.

—Nunca volveré a tener paz —dijo la joven, esforzándose por controlar el temblor de su voz—. ¿Dónde está Xavier? He de...

Manion, con aspecto preocupado, palmeó su hombro.

—Se encuentra inspeccionando las defensas periféricas, y he dado orden de que regrese. En este momento vuela de camino a casa, y debería llegar mañana a primera hora.

La joven tragó saliva.

—He de verle en cuanto vuelva. En la nave..., nuestro hijo..., hay tantas cosas que...

Manion asintió, y dio la impresión de que no había oído la referencia a *su* hijo.

—No te preocupes por eso ahora. Muchas cosas han cambiado, pero estás de nuevo en casa, sana y salva. Eso es lo único que importa. Tu madre te está esperando, y descansarás con ella. Todo lo demás puede esperar a mañana.

Serena vio que oficiales de la milicia se llevaban a Iblis Ginjo y Vorian Atreides. Pensó que debería acompañarles y presentar el nuevo mundo a los antiguos servidores de Omnius.

—No seas duro con ellos —dijo Serena, cuando recordó el escepticismo de las hechiceras—. Nunca habían conocido a humanos libres. Ambos poseen información interesante.

Manion Butler asintió.

—Solo van a ser interrogados. La liga podrá obtener gran cantidad de información gracias a ellos.

—Yo también puedo colaborar —dijo Serena—. vi. muchas cosas terribles durante mi cautividad en la Tierra. Tal vez esta noche pueda volver y...

El virrey la acalló.

—Todo a su tiempo, Serena. Estoy seguro de que nuestras preguntas acabarán con tu paciencia, pero hoy no has de salvar el mundo. —Lanzó una risita—. La misma Serena de siempre.

Subieron a un vehículo terrestre de alta velocidad que les depositó al cabo de una hora en el retiro de las afueras de Zimia. Pese a sus ansias de volver a ver su planeta natal, todo se le antojaba borroso a Serena, y se fijó en escasos detalles.

Livia Butler les recibió a las puertas del tranquilo complejo, vestida con su sencillo hábito de abadesa. Saludó con un cabeceo a su marido, al borde de las lágrimas, dio la bienvenida a Serena a la Ciudad de la Introspección y les guió a través de una zona ajardinada hasta una acogedora y bien amueblada habitación, de colores apagados y sillas acolchadas. Acunó a Serena contra su pecho como si fuera una niña pequeña. Los grandes ojos de Livia se llenaron de lágrimas.

Ahora que Serena estaba con sus padres, sana y salva, se liberó del peso opresivo del cansancio y el miedo, y se sintió más capaz de hacer lo que era necesario. Con voz débil y temblorosa les habló del dulce Manion, de que había sido asesinado por Erasmo..., lo cual había encendido la llama de la rebelión en la Tierra.

—He de ver a Xavier, por favor. —Su rostro se iluminó—. ¿Y Octa? ¿Dónde está mi hermana?

Livia miró a su marido, y las palabras murieron en su garganta.

—Pronto, querida —dijo por fin—. Ahora has de descansar y recuperar fuerzas. Ya estás en casa. Tienes todo el tiempo del mundo.

Serena quiso protestar, pero el sueño la venció.

Cuando Xavier volvió de patrullar las fronteras del sistema salusano, la noticia ya le había llegado mediante una docena de mensajes de alegría y pena, cada uno un martillazo de dolor. La mezcla de felicidad, confusión y desesperación le dio ganas de estallar.

Como había viajado solo en su kindjal, Xavier tuvo tiempo de reflexionar sobre lo que había averiguado. Cuando su nave llegó al espaciopuerto de Zimia a una hora avanzada, se sintió increíblemente solo. Desembarcó en la

pista de aterrizaje, iluminada por focos. Pasaba de la medianoche.

¿Cómo era posible que Serena estuviera con vida? Había visto los restos de su forzador de bloqueos en los mares grises de Giedi Prime. Las manchas de sangre coincidían con su ADN. Ni en sus sueños más delirantes había imaginado que Serena viviera todavía. ¡Viva! Y embarazada de él.

Y ahora, Serena había escapado. Había vuelto a casa. Pero su hijo, el hijo de ambos, había sido asesinado por las monstruosas máquinas.

Cuando Xavier bajó del kindjal, apenas percibió el olor a ozono y oxidación que desprendía el casco a causa del rápido descenso a través de los escudos descodificadores Holtzman. Vio a un hombre que le esperaba en la pista de aterrizaje, al parecer taciturno, las facciones demacradas bajo las luces del espaciopuerto, pero Xavier reconoció a Manion Butler, virrey de la Liga de Nobles.

—Me alegro mucho de que... hayas podido...

Manion Butler fue incapaz de terminar la frase. Avanzó y abrazó a su yerno, el joven oficial que no se había casado con Serena, sino con Octa.

—Serena está descansando en la Ciudad de la Introspección —dijo Manion—. No sabe... lo de Octa y tú. Es una situación delicada, desde todos los ángulos.

El virrey parecía al borde de la muerte. Estaba muy contento por el regreso de su hija, pero se le había partido el corazón al saber lo que había sufrido, lo que las máquinas habían hecho a su hijo...

—Serena querrá saber la verdad —dijo Xavier—. Mañana la veré. Dejemos que duerma bien esta noche. Los dos hombres, prestándose mutuo apoyo, se alejaron del kindjal. El virrey guió a Xavier hasta una nave que una

cuadrilla de mantenimiento estaba inspeccionando con la ayuda de potentes focos. La nave negra y plateada era de una forma que Xavier solo había visto en una ocasión, una nave de actualización como la que había encontrado en Giedi Prime, cuando el traidor piloto humano había eludido los intentos de Xavier por capturarle.

—Serena encontró aliados entre los humanos de la Tierra —explicó Manion—. Dos hombres educados por las máquinas. Les convenció de que huyeran con ella.

Xavier frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que no son espías? Manion se encogió de hombros.

—Serena confía en ellos.

—Con eso me basta.

Entraron en el *Viajero onírico*, y Xavier sintió una opresión en el pecho. Sabía adónde le conducía Manion. Reparó en extrañas configuraciones dentro de la nave de actualización, las curvas suaves, las pulcras líneas metálicas que denotaban eficacia y proponían una belleza inconsciente.

—No hemos movido al niño —dijo Manion—. Les dije que te esperaran.

—No sé si debería darte las gracias.

Cuando el virrey abrió un compartimiento cerrado y un delgado chorro de vapor frío se elevó en el aire, Xavier superó su reticencia y se inclinó hacia delante.

El cuerpo del niño estaba envuelto en un sudario oscuro y compacto que ocultaba los detalles específicos, y tan solo revelaba la pequeña forma de lo que había sido un niño pletórico de vida. Xavier tocó el envoltorio con suavidad, como si no quisiera perturbar el sueño de su hijo.

Manion respiraba con dificultad a su espalda.

—Serena dijo..., dijo que puso mi nombre al niño.

Cuando su voz se quebró, Xavier levantó los restos del niño que nunca había conocido, cuya existencia desconocía hasta que fue demasiado tarde. El niño parecía absurdamente liviano.

Xavier descubrió que no tenía nada que decir, pero cuando sacó a su hijo al aire nocturno de Salusa Secundus, para llevar a casa a Manion por primera y última vez, lloró sin disimulos.

115

> Las máquinas pueden ser predecibles, pero también dignas de confianza. A la inversa, los humanos cambian de lealtades y creencias con notable e inquietante facilidad.
>
> ERASMO,
> *Diálogos de Erasmo*

Vorian Atreides estaba sentado a la mesa larga y pulida de una sala de interrogatorios, dispuesto a plantar cara a una multitud de líderes políticos, todos los cuales albergaban sospechas y preguntas. Confiaba en tener respuestas para todos.

Iblis Ginjo iba a ser interrogado por separado. La liga ya había enviado su nave exploradora más veloz a la Tierra para verificar su historia y conocer el estado actual de la revuelta.

El aspecto de la capital había asombrado a Vor. Los edificios de Zimia carecían de la majestuosidad indignante de la Tierra, y las calles parecían... desorganizadas. Pero la gente que veía, los colores, las ropas, la expresión de los rostros... Era como si hubiera despertado de un sueño. Vor

decidió colaborar con los humanos libres lo máximo posible. Si le dejaban.

Para una sesión de interrogatorios como esta, Agamenón habría utilizado estimuladores del dolor y aparatos de tortura exóticos. Sin duda, la liga consideraba que tenía una oportunidad inmejorable de obtener información fidedigna sobre Omnius. Sentados alrededor de la mesa los representantes le contemplaban con curiosidad, algunos con odio o resentimiento, como mínimo.

Vor siempre se había sentido orgulloso de su linaje, engañado por las glorias teóricas de Agamenón y los titanes. No obstante, los humanos libres tenían una visión diferente de la historia. Una visión más exacta, esperó.

Vor, incómodo entre tanta gente nerviosa, se sentía abandonado, echaba de menos a Serena, confiaba en que estuviera bien. ¿Se había reunido ya con Xavier? ¿Querría ver a Vor de nuevo?

Antes de que el murmullo de conversaciones se apagara, Vor habló, eligiendo sus palabras con la máxima cautela.

—No me excusaré por mi conducta. Mi colaboración con las máquinas ha causado perjuicios y dolor a la gente gobernada por la Liga de Nobles. —Paseó la vista por la sala, y sostuvo la mirada de cada espectador intrigado—. Sí, he trabajado como hombre de confianza en una nave de actualizaciones, entregando copias de Omnius a los Planetas Sincronizados. Fui educado por las máquinas pensantes, me enseñaron su versión de la historia. Y reverencio a mi padre, el general Agamenón. Creía que era un gran cimek.

Una oleada de murmullos se elevó en la sala.

—No obstante, Serena Butler me abrió los ojos. Me retó a cuestionar lo aprendido, y comprendí que me habían engañado.

Le costaba verbalizar su ofrecimiento. Se le antojaba la traición definitiva a su pasado.

Así sea. Respiró hondo y continuó.

—Deseo con todas mis fuerzas utilizar mis conocimientos y habilidades, así como mi precisa información sobre el funcionamiento de las máquinas pensantes, para ayudar a mis hermanos humanos, que se han rebelado contra Omnius en la Tierra.

Los representantes hablaron entre murmullos, cuando empezaron a darse cuenta del significado de sus palabras.

—Desconfío de cualquier hombre capaz de traicionar a su padre —dijo uno de los representantes—. ¿Cómo sabemos que no va a entregarnos información falsa?

Vor frunció el ceño. Para su sorpresa, la hermosa Zufa Cenva habló en su favor.

—Está diciendo la verdad. —Sus ojos oscuros le taladraron, y no pudo sostener su mirada más de un momento—. Si osara mentir, yo lo sabría.

Uno de los interrogadores examinó sus notas.

—Y ahora, Vorian Atreides, queremos hacerte muchas preguntas.

116

> ¿Existe mayor alegría que volver a casa? ¿Hay recuerdos más vívidos, esperanzas más radiantes?
>
> SERENA BUTLER

Cuando Serena despertó con las primeras luces del alba, se encontró sola en una cama blanda, rodeada de sonidos, colores y olores tranquilizadores. Después de la muerte de Fredo, había visitado muchas veces a su madre en la Ciudad de la Introspección, y disfrutado de la atmósfera contemplativa, pero al cabo de un tiempo se hartó de tanta meditación y reflexión, y prefirió hacer algo más activo.

Se vistió a toda prisa, mientras la luz aumentaba de intensidad. Xavier ya habría regresado a Salusa. El breve sueño le había sentado bien, pero notaba una terrible opresión en el pecho, y sabía que no se libraría de ella hasta que anunciara a Xavier la terrible noticia concerniente a su hijo. Pese a su corazón y alma heridas, nunca había renegado de sus responsabilidades.

Antes de que la Casa de la Introspección despertara por completo, Serena salió a los edificios anexos y encontró un pequeño vehículo terrestre. No quería molestar a su madre.

Alzó la barbilla con determinación, decidida a no permitir que transcurriera más tiempo.

Subió al vehículo y puso en marcha los motores. Sabía adónde tenía que ir. Serena pasó entre las puertas abiertas y tomó la carretera que conducía a la propiedad de Tantor, donde Xavier había establecido su hogar. Esperaba encontrarle allí...

Emil Tantor abrió la pesada puerta de madera y la miró con estupor.

—Nos alegramos mucho cuando nos enteramos de tu regreso. Sus ojos castaños eran tan afectuosos y bondadosos como recordaba.

Sabuesos grises ladraron dentro del vestíbulo y corrieron a dar vueltas alrededor de Serena, como dándole la bienvenida. Pese a la tristeza de su corazón, sonrió. Un niño de ojos abiertos de par en par salió a verla.

—¡Vergyl! ¡Cuánto has crecido!

Sintió una oleada de tristeza al pensar en lo dilatado de su ausencia.

Antes de que el niño pudiera contestar, Emil le indicó que pasara con un gesto.

—Vergyl, haz el favor de llevarte a los perros para que esta pobre mujer tenga un poco de tranquilidad, después de lo que ha padecido. —Le dedicó una sonrisa de compasión—. No esperaba que vinieras. ¿Te apetece tomar una taza de té conmigo? Lucille siempre lo prepara bien cargado.

La joven vaciló.

—De hecho, necesito ver a Xavier. ¿Ha vuelto ya? He de... —La expresión sorprendida del hombre la enmudeció —. ¿Qué pasa? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, Xavier se encuentra bien, pero... no está aquí. Fue directamente a la propiedad de tu padre.

Dio la impresión de que Emil Tantor quería decirle algo más, pero en cambio calló.

Preocupada por su reacción, Serena le dio las gracias y corrió a su coche. El anciano se quedó inmóvil en la puerta.

—Le veré allí.

Xavier tendría que despachar asuntos con su padre. Tal vez estaban planeando ayudar a los rebeldes de la Tierra.

Se dirigió hacia la mansión situada en lo alto de una colina, rodeada de olivos y viñedos: Su corazón latió acelerado cuando se detuvo ante la entrada principal. *Mi casa.* Y Xavier estaba aquí.

Había aparcado cerca de la fuente, y corrió sin aliento hacia la puerta. Le escocían los ojos, sus piernas temblaban. Oyó la sangre que latía en sus oídos. Más que nada en el mundo, deseaba volver a ver a su amante.

Xavier abrió la puerta antes de que ella llegara. Al principio, su cara se le antojó un amanecer, casi cegador. Parecía más viejo, más fuerte, más apuesto de lo que aparecía en sus fantasías. Tuvo ganas de derretirse.

—¡Serena! —exclamó él, sonrió y la tomó en sus brazos. Al cabo de un momento, la apartó con torpeza—. Sabía que estabas en la Ciudad de la Introspección, pero ignoraba que ya te habías recuperado. Regresé en plena noche, y...

Dio la impresión de que no encontraba las palabras.

—¡Oh, Xavier, da igual! Ardía en deseos de estar contigo. Tengo tantas cosas que decirte...

Al instante, la magnitud de lo que debía contar pareció rendir sus hombros. Perdió la voz.

Xavier acarició su mejilla.

—Ya me he enterado de la terrible noticia, Serena. Sé lo de... nuestro hijo.

La miró con tristeza y dolor, pero también con firmeza.

Cuando entraron en el vestíbulo, Xavier se mantuvo a una prudente distancia, como si Serena fuera un contrincante más temible que todas las fuerzas enemigas.

—Ha pasado mucho tiempo, Serena, y todo el mundo pensaba que habías muerto. Encontramos los restos de tu nave, analizamos las muestras de sangre, confirmamos tu ADN.

Ella asió su mano.

—¡Pero he sobrevivido, amor mío! Pensaba en ti día y noche. —Sus ojos escudriñaron el rostro de Xavier en busca de respuestas—. Tus recuerdos me sostenían.

—Me he casado, Serena —dijo por fin Xavier, y sus palabras cayeron como peñascos.

Serena tuvo la sensación de que su corazón dejaba de latir. Retrocedió un paso y tropezó con una mesita, que volcó con su jarrón de rosas rojas, como sangre sobre el suelo de baldosas.

Oyó pasos apresurados procedentes de la sala de estar principal. Apareció la figura esbelta de una joven, de pelo largo y grandes ojos, que corría hacia ella.

—¡Serena! ¡Oh, Serena!

Octa llevaba un bulto en los brazos, apretado contra su pecho, pero aun así consiguió dar a su hermana un fuerte abrazo. Octa, loca de alegría, se quedó junto a su esposo y su hermana, pero cuando paseó la vista entre uno y otro, su expresión de felicidad dio paso a otra de vergüenza y malestar.

El bulto se agitó en los brazos de Octa, y emitió un leve sonido.

—Es nuestra hija, Roella —dijo, casi como disculpándose, y apartó la tela para que Serena pudiera ver la hermosa cara de la niña.

Una imagen se formó en la mente de Serena: su hijo aterrorizado, tan solo segundos antes de que Erasmo le dejara caer del balcón. La niña que Octa sostenía se parecía mucho al pequeño Manion, que también había sido hijo de Xavier.

Serena, sin dar crédito a lo que ocurría, se tambaleó hacia la puerta, mientras todo su mundo se derrumbaba alrededor. Dio media vuelta y salió corriendo como un ciervo herido.

117

> La Yihad Butleriana se inició por culpa de una estupidez. Un niño fue asesinado. La desolada madre atacó a la máquina no humana que había provocado la absurda muerte. Al poco, las masas se entregaron a la violencia más desenfrenada, que llegó a ser conocida como Yihad.
>
> PRIMERO FAYKAN BUTLER,
> *Memorias de la Yihad*

La Tierra continuó siendo la llama de la rebelión, aun sin la presencia del carismático Iblis Ginjo. En el corazón de la lucha, el subordinado del pensador, Aquim, intentaba conservar viva la resistencia y organizar el mal planeado combate contra el desquite cada vez más violento de Omnius.

Aquim siempre había sido un hombre entregado a la contemplación, que meditaba sobre las esotéricas revelaciones de Eklo en las altas torres del monasterio. Había olvidado la manera de afrontar la sangre y la destrucción. Si bien tenía una red de contactos gracias a su relación con Eklo, muy pocos eran gente de armas, sino

pensadores desgarrados entre tantas opciones que no podían reaccionar con celeridad. La situación les estaba desbordando.

Las masas gobernaban con muy poco liderazgo.

Los rebeldes, sorprendidos y superados por el descubrimiento de que se habían liberado tras siglos de opresión, carecían de objetivo. Solo les movía una sed de venganza desmesurada. Una vez rotas sus cadenas, no podían volver atrás. Ni siquiera Iblis había hecho planes a largo plazo. Numerosos incendios arrasaban la ciudad. Fábricas y edificios de mantenimiento eran objeto de sabotajes para limitar la capacidad de fabricación y autodefensa de Omnius. Saqueos y actos vandálicos se repetían en todos los continentes, desde los centros industriales a las poblaciones humanas.

La supermente concedió libertad de acción a sus cimeks, activó su ejército de guerreros robot. Todo el planeta se convirtió en un campo de batalla..., y poco después, en un osario. Las máquinas pensantes no estaban programadas para perdonar.

Sin trabas de nuevo, Agamenón y sus cimeks arrasaron sin piedad poblaciones enteras. Por primera vez desde que los titanes habían sido derrotados por la supermente, los diversos soldados de Omnius estaban unidos por un deseo voraz de venganza. Los cimeks lanzaban gases venenosos, chorros de ácido y lenguas de fuego líquido.

Escuadrones de exterminio se trasladaron desde edificios destripados a refugios y aldeas miserables. Quemaron cosechas, destruyeron centros de distribución de alimentos. Hasta los supervivientes de la matanza morirían de hambre al cabo de pocos meses.

Diez mil esclavos pagaron con sangre por cada robot o cimek destruido. Ningún humano podría escapar con vida.

En las montañas, la torre del pensador temblaba como un ser vivo. Se desprendieron pedazos de piedra. En el nivel superior, donde el cerebro de Eklo descansaba dentro de su contenedor, las ventanas exteriores viraron del amarillo al naranja.

Un inquieto Aquim hundió sus dedos en el electrolíquido, para conectar sus pensamientos con los del pensador.

—Les he entregado tu mensaje, Eklo. La titán Juno va a venir. Desea hablar contigo.

Con la intención de poner fin al derramamiento de sangre, Eklo había pedido ver a los titanes, con la esperanza de razonar con ellos. Mucho tiempo antes, el pensador había ayudado sin querer a Juno y sus compañeros en el derrocamiento del Imperio Antiguo, y el cerebro incorpóreo de Eklo había inspirado a los titanes la idea de convertirse en cimeks.

En aquellos días, era un humano espiritual llamado Arn Eklo, filósofo y orador que se había entregado a los placeres de la carne. Avergonzado y desasosegado, había conocido a Kwyna y sus expertos en metafísica, que deseaban eliminar todas las distracciones con el fin de desarrollar sus poderes mentales. La forma física de Eklo, los deseos caprichosos de su cuerpo, habían perdido toda importancia para él, en comparación con la tarea de desentrañar los misterios del universo.

Su forma de construir las frases cambió desde aquel momento, de modo que mucha gente no le entendía. Sus seguidores empezaron a abandonarle, y los inversores económicos de su congregación, al ver la drástica disminución de ingresos, le cuestionaron. Ellos tampoco le entendían.

Un día, Arn Eklo desapareció sin más ni más. Como grupo, él y los demás pensadores tenían la intención de

embarcarse en un épico viaje a las profundidades más recónditas del reino espiritual. Mucho más allá de los límites de la carne.

Desde que se había sometido a la increíble cirugía, su mente había vivido más de dos mil años separada de las debilidades y limitaciones del cuerpo humano. Por fin, Kwyna, los demás pensadores y él tenían todo el tiempo del mundo. Era el mayor don que habrían podido recibir. *Tiempo.*

Aquim interrumpió sus pensamientos.

—Juno ha llegado.

Con el contenedor apoyado sobre un saliente de la torre, Eklo vio que una enorme forma de combate subía con facilidad por el empinado sendero.

—Transmite a Juno este mensaje —dijo Eklo a Aquim. Numerosos subordinados corrían frenéticamente hacia la escalera que subía a lo alto de la torre—. Dile que nada es imposible. Dile que el amor es lo que diferencia a los humanos de los demás seres vivos, no el odio. Ni la violencia...

Las ventanas se tiñeron de rojo, y poderosas explosiones sacudieron la torre. Juno alzó los cañones de sus extremidades delanteras y lanzó una lluvia de proyectiles, que golpearon la estructura reforzada del monasterio hasta que la torre se derrumbó.

El techo se vino abajo, y Aquim se precipitó hacia delante con la intención de proteger el contenedor y el brillante cerebro del anciano pensador. Pero la avalancha se lo llevó todo por delante...

Después de que la torre se convirtiera en un montón de polvo, Juno utilizó sus brazos mecánicos para buscar entre los escombros, apartando piedras y vigas. Avanzó sobre los restos, desechó los cuerpos destrozados de los

subordinados hasta encontrar el contenedor. El monje Aquim, ya fallecido, y el contenedor curvo de plexiplaz habían impedido que el cerebro del pensador resultara pulverizado, pero el contenedor estaba roto. El electrolíquido azulino se derramaba poco a poco entre los cascotes.

Juno arrojó a un lado el cadáver de Aquim como si fuera un muñeco. Después, extendió una mano de metal líquido e introdujo unos dedos largos y afilados en el contenedor agrietado para recuperar la masa gris del pensador Eklo. Percibió leves destellos de energía procedentes del cerebro tembloroso.

Decidió enviarle a otro viaje, aún más lejos del reino de la carne. Su mano se cerró y convirtió la materia gris esponjosa en pulpa goteante.

—Nada es imposible —dijo, para luego dar media vuelta y regresar a la ciudad y a su importante tarea.

Sin la menor emoción (tan solo con el deseo de solucionar un problema), Omnius decretó la aniquilación total de la vida humana en la Tierra.

Sus fuerzas robóticas procedieron sin tregua, y se dedicaron a su sangrienta tarea con pocos impedimentos. La sangre derramada por Ajax en Walgis no había sido más que un breve preludio.

Después de que la supermente decidiera que los humanos ya no le servían de nada en este planeta, llegó a conclusiones similares para los demás Planetas Sincronizados. Pese al hecho de que, en un principio, los humanos habían creado a las máquinas pensantes, los indisciplinados seres biológicos siempre habían causado excesivos problemas. Por fin le daba la razón a Agamenón,

que llevaba siglos exigiendo una solución final. Omnius extinguiría la especie humana.

Los cuatro titanes supervivientes, con la ayuda de neocimeks y soldados robot modificados, dedicaron meses a perseguir y exterminar a la población del planeta. Ni una sola persona sobrevivió en la Tierra.

El derramamiento de sangre fue inenarrable, y fue grabado casi en su totalidad por los ojos espía de la supermente.

118

Defiende a tu hermano, tanto si es justo como si no.

Dicho zensunni

Pese al inmenso odio que sentía hacia el naib Dhartha, Selim tenía curiosidad por saber cómo vivía la gente de su antigua aldea. Se preguntó si ya le habrían borrado de su memoria. A veces, recordaba sus actos y se enfurecía, pero luego sonreía. Budalá había preservado la vida de Selim, le había concedido una visión misteriosa y un sagrado propósito.

Generaciones anteriores de zensunni habían adaptado su vida al desierto. En un entorno tan hostil había poco espacio para el cambio o la flexibilidad, de modo que la existencia cotidiana de los nómadas no cambiaba mucho de año en año.

Sin embargo, mientras Selim observaba a sus antiguos camaradas, reparó en que el naib Dhartha había encontrado una nueva prioridad en su vida. El rígido líder había forjado un plan extraño que exigía la presencia de grandes cuadrillas de obreros en el desierto. Ya no peinaban las dunas en busca de chatarra o aparatos

abandonados. Ahora, los zensunni se adentraban en la arena con un único propósito: ¡recoger especia!

¡Igual que en su visión! La pesadilla empezó a cobrar sentido: misteriosos forasteros se llevaban la especia, lo cual provocaría una tormenta que acabaría con la serenidad del gran desierto. Selim miró y comprendió..., y después decidió lo que debía hacerse.

Los aldeanos se adentraban entre las dunas con paso cauteloso, efectuaban veloces incursiones en las manchas rojizas de melange, salpicadas de ocasionales explosiones de especia. Hundieron estacas metálicas en la arena, y erigieron tiendas con toldos para protegerse de la arena levantada por el viento y el ardiente sol. Apostaron un vigía para que avisara en el caso de que se acercara algún gusano.

Después, empezaron a recoger la especia, en grandes cantidades, más de las necesarias para el consumo de la tribu. Si la visión de Selim era cierta, el naib Dhartha estaba transportando la melange a Arrakis City para su exportación a otros planetas.

En su visión, las compuertas se abrían, y la arena se derramaba como una ola que ahogaba a los zensunni y se llevaba los restos de los gusanos de arena. ¡Shai—Hulud! El ambicioso naib Dhartha no comprendía las consecuencias de sus actos para su pueblo, para todo el planeta.

Selim se acercó con sigilo para observarle con un visor de alta intensidad que se había llevado de la estación botánica. Forzó la vista, reconoció gente con la que había crecido, aldeanos que le habían brindado su amistad, para luego rechazarle.

Selim no vio a Ebrahim entre ellos. Tal vez había sido encarcelado por sus delitos, ahora que ya no podía echar

las culpas a Selim... Shai—Hulud haría justicia, de una manera u otra.

El malvado naib gritaba órdenes a su gente. Los trabajadores apenas podían cargar las cantidades que recogían. Dhartha habría encontrado un cliente.

Al principio, Selim se sintió fascinado, y después furioso. Por fin, decidió obedecer a su visión, al tiempo que se vengaba.

Llamó a Shai—Hulud con su martillo sónico. La bestia que acudió era relativamente pequeña, pero a Selim no le importó. Los animales más pequeños también eran más manejables.

Selim montó sobre la cabeza gacha del monstruo, para que todo el mundo le viera. Azuzó con la lanza al gusano para que corriera a mayor velocidad, y atravesó el océano de arena con un siseo constante.

Los zensunni habían sido muy cautos a la hora de montar el campamento, con el fin de que los gusanos no repararan en ellos. Al anochecer, la gente salía de sus refugios provisionales, donde se había guarecido del calor del día, y marchaba a recoger especia.

Mientras recordaba su visión y contestaba a la llamada, que ahora consideraba muy clara, Selim guió al gusano hacia el campamento.

Los zensunni siempre estaban en estado de alerta. Los vigías dieron la alarma en cuanto vieron acercarse al gusano, pero no pudieron hacer nada. El naib Dhartha ordenó con su voz profunda a los trabajadores que se dispersaran y pusieran a salvo. Corrieron sobre las dunas, abandonando sus tiendas y los contenedores de especia amontonados.

Selim controlaba el rumbo de Shai—Hulud con bastones y lanzas. El gusano se retorcía, frustrado por estar montado, con ganas de atacar algo. Selim tuvo que aguijonear su carne expuesta para impedir que devorara a todos los aldeanos.

No quería matar a ninguno..., aunque habría sido agradable ver al naib Dhartha devorado por un monstruo. Esto era más que suficiente. Selim cumpliría los deseos de Budalá, y frustraría los planes del naib de exportar enormes cantidades de especia.

Los aldeanos se dispersaron con paso sigiloso, para que el gusano no captara el ritmo de sus pasos. El monstruo atacó el campamento, levantando una nube de arena. Las tiendas desaparecieron o fueron engullidas en un abrir y cerrar de ojos.

Después, el gusano volvió su cabeza redonda y se acercó a devorar la melange recolectada. Destrozó los contenedores, tragó paquetes enteros, destruyó toda señal del trabajo realizado.

Desde lejos, los aterrorizados aldeanos, tal vez incluido el propio naib Dhartha, miraban desde las dunas, dispuestos a salir corriendo pero hipnotizados por el espectáculo. Selim, vestido con un manto blanco, cabalgaba a lomos del gusano. Tenían que distinguir forzosamente la silueta humana erguida sobre el demonio del desierto.

Selim rió con tanta fuerza que estuvo a punto de perder el equilibrio, y luego alzó las manos en un gesto de desafío. Había cumplido la voluntad de Budalá. La especia estaba a salvo, de momento.

Después, azuzó al gusano en otra dirección, lejos de los zensunni y los restos de su campamento.

De regreso, Selim dejó dos litrojones de agua entre los restos del campamento. Ya los sustituiría en su estación botánica, y bastarían para que los zensunni sobrevivieran. Podrían volver a su ciudad de las cavernas, si caminaban de noche y conservaban la humedad.

Como si fuera una profecía, encontró un saco de melange intacto. Lo aceptó como un regalo de Shai—Hulud. Había más especia de la que había transportado de una sola vez, pero no la consumiría, ni la vendería. Escribiría un mensaje con el polvo rojizo sobre la arena. Cuando regresó a la estación, hizo planes durante dos días, y después volvió a marchar.

Selim viajó a lomos de un gusano toda la noche, en dirección al pueblo del naib Dhartha. Durmió todo el día siguiente a la sombra de una escarpa rocosa, y luego continuó su viaje a pie, sin alejarse de las rocas. Conocía bien estos senderos y atajos, pues los había explorado de niño. Se ocultó en una hondonada y esperó en la oscuridad, cargado con su saco de melange...

Cuando se hizo de noche y las estrellas brillaron en el firmamento como millones de ojos helados, salió corriendo a la arena. Lo haría a gran escala, lo mejor que supiera. Corrió con pasos irregulares sobre la arena, derramó la melange formando líneas, enormes letras que parecerían sangre seca sobre las dunas.

La vieja Glyffa le había enseñado a leer y escribir en una época en que se sintió benévola con él, sin hacer caso de los demás aldeanos, incluyendo al padre de Ebrahim y al propio naib Dhartha, el cual se preguntaba de qué servía educarle tan bien.

Selim tomó la precaución de terminar antes de que se alzara la segunda luna. Tardó más de una hora en escribir aquellas sencillas dos palabras, y al final casi no le quedaba especia. Una vez terminado el mensaje, volvió corriendo a su refugio. En lugar de llamar a un gusano para regresar a casa, esperó al amanecer.

Al alba, vio docenas de rostros boquiabiertos y ojos desorbitados que miraban desde la entrada de las cuevas. Contemplaban el desierto con incredulidad y se llamaban entre sí. Oyó sus gritos ahogados de sorpresa y no pudo reprimir una sonrisa. Una pizca de melange en sus labios le hizo sentir todavía mejor.

Entre los nerviosos observadores, apenas pudo distinguir la silueta del naib Dhartha, que miraba con ojos rabiosos las dos palabras escritas por el exiliado en la arena.

SOY SELIM.

Podría haber dicho más, explicado más, pero Selim prefería el misterio. El naib sabría que era él la persona que había montado el gusano, tanto la primera vez, cuando había demostrado su habilidad, como cuando había destrozado el campamento. Budalá le había elegido, y ahora el naib tendría que vivir atemorizado. El joven se aplastó contra la roca, rió para sí y paladeó el sabor de la melange.

Después de hoy, todos sabrían que estaba vivo..., y el naib Dhartha comprendería que se había ganado un enemigo para toda la vida.

119

> Las trascendentales exigencias de la religión han de estar en consonancia con las exigencias macrocósmicas de la comunidad más pequeña.
>
> IBLIS GINJO,
> *El paisaje de la humanidad*

Durante las semanas posteriores a su desdichado regreso, Serena Butler había declinado con delicadeza la sugerencia de su padre de que recuperara su papel en el Parlamento de la liga. De momento, prefería la Ciudad de la Introspección, los silenciosos y plácidos jardines. Los estudiantes de filosofía eran celosos de su privacidad, y la dejaban en paz.

Su opinión sobre la guerra, la liga y la vida había sufrido un cambio drástico, y necesitaba tiempo para analizar su nuevo papel en el universo y encontrar maneras de volver a ser útil. Incluso pensaba que podría ser más valiosa que antes...

La historia de la cautividad de Serena, el asesinato de su hijo y la rebelión de la Tierra se había propagado con celeridad. A instancias de Iblis Ginjo, el cuerpo conservado

del pequeño Manion había sido instalado en una pequeña tumba con paredes de plaz en Zimia, un memorial que simbolizaba una de las miles de millones de víctimas de las máquinas pensantes.

Iblis, un orador incansable, había dormido poco desde su llegada a la capital, y pasaba cada hora con delegados, describiendo los horrores padecidos por los humanos a manos de los crueles cimeks y de Omnius, con el fin de reunir una fuerza numerosa de naves de guerra de la liga que fuera al rescate de los humanos de la Tierra. El líder rebelde quería que los salusanos le aceptaran como un héroe.

Iblis, que se había autoproclamado portavoz de Serena, hablaba con conocimiento de causa de los Planetas Sincronizados, y refería la espeluznante historia del asesinato del inocente Manion y de cómo Serena había atacado con las manos desnudas a las máquinas pensantes. Gracias a su valentía, había encendido la llama de una rebelión que había paralizado al Omnius de la Tierra.

Iblis aprovechó su talento para la oratoria y convenció a mucha gente de su sinceridad. Tenía en mente una estrategia dirigida al populacho que incluía enardecidos mítines presididos por la propia Serena. Era la persona perfecta para convertirse en el corazón de una rebelión a gran escala. Pero Serena continuaba recluida, ignorante del mar de fondo provocado en su nombre.

Aun sin ella, Iblis decidió defender la causa de la libertad humana, aunque se viera obligado a tomar todas las decisiones. No podía permitir que una oportunidad tal se le escapara de las manos. Intuía el poder de la opinión pública de Zimia, un arma que le sería muy útil. Hasta los políticos de la liga querían ir al rescate de los heroicos combatientes de la Tierra, pero tal como Serena le había advertido, no

hacían más que enzarzarse en estériles e interminables discusiones en el Parlamento.

A petición del oficial, Iblis fue a reunirse con el segundo Harkonnen. Se sintió cohibido en la atestada habitación del cuartel general de la Armada. Al parecer, estas dependencias pertenecían a una antigua prisión militar, donde interrogaban en otro tiempo a los desertores. La habitación estaba rodeada de ventanas rectangulares, y Xavier paseaba de un lado a otro. Su silueta eclipsaba la escasa luz de día que se filtraba.

—Cuéntame cómo llegaste a convertirte en líder de las cuadrillas de trabajadores humanos —preguntó el oficial—. Un privilegiado como Vorian Atreides, que servía a las máquinas pensantes y obtenía beneficios mientras los demás humanos sufrían.

Iblis desechó sus acusaciones con un ademán, fingiendo que el segundo estaba bromeando.

—Trabajé con ahínco para conseguir beneficios y recompensas para mis trabajadores leales —dijo con voz resonante—. Todos salimos beneficiados.

—Algunos de nosotros sospechamos que tu entusiasmo es muy interesado.

Iblis sonrió y extendió las manos.

—Ni Vorian Atreides ni yo hemos intentado ocultar nuestro pasado. Recuerda que, para obtener información desde dentro, hay que estar dentro. No encontrarás mejores fuentes informativas que nosotros dos. Serena Butler también posee muchos conocimientos.

No perdió la calma. Iblis había plantado cara, y engañado, al titán Ajax, un interrogador mucho más aterrador y experto que el segundo Harkonnen.

—La Liga cometería una estupidez si dejara pasar esta oportunidad —añadió Iblis—. Contamos con los medios de

ayudar a los rebeldes de la Tierra.

—Demasiado tarde. —Xavier se acercó más, con expresión severa—. Tú prendiste la llama de la revuelta, y después abandonaste a tus seguidores para que fueran masacrados.

—Vine aquí para pedir ayuda a la liga. No tenemos mucho tiempo si queremos rescatar a los supervivientes.

—No hay supervivientes —replicó Xavier sin mover un músculo de la cara—. No queda ninguno en todo el planeta.

Iblis, estupefacto, tardó en contestar.

—¿Cómo es posible? Antes de que partiéramos en el *Viajero onírico*, dejé al mando a un hombre leal y competente. Supuse que él...

—Basta, Xavier —dijo alguien desde un altavoz invisible—. La culpa y la sangre son tan abundantes que bastan para manchar las manos de todos nosotros. Vamos a decidir lo que debemos hacer a continuación, en lugar de intentar volver contra nosotros a uno de nuestros colaboradores en potencia más importantes.

—Como gustéis, virrey —respondió Xavier, tirante.

Las paredes de la sala de interrogatorios se iluminaron y apagaron, para revelar una sala de observación oculta, en la cual había una docena de hombres y mujeres sentados, a la manera de un tribunal. Iblis, aturdido, reconoció al virrey Butler en el centro del grupo, y a Vorian Atreides a un lado, con expresión satisfecha.

El virrey se levantó de su asiento.

—Iblis Ginjo, somos un comité especial del Parlamento enviado para investigar esta terrible noticia procedente de la Tierra.

Iblis fue incapaz de contenerse.

—¿El exterminio de toda la población de la Tierra? ¿Cómo es posible?

—En cuanto tu nave llegó aquí —dijo Xavier Harkonnen con voz sombría—, la Armada envió su nave de exploración más veloz. Al cabo de varias semanas, el piloto ha regresado con este espantoso informe. En la Tierra solo quedan máquinas pensantes. Todos los rebeldes han muerto. Todos los esclavos, todos los niños, todos los humanos traidores. Es muy probable que fueran exterminados antes de que el *Viajero onírico* llegara a Salusa Secundus.

El virrey Butler activó varias pantallas de gran tamaño empotradas en las paredes, las cuales mostraron escenas horrendas, montones de cadáveres mutilados, robots y cimeks que masacraban a multitudes de humanos que habían sido rodeados. Imagen tras imagen, con todo detalle.

—La Tierra, cuna de la humanidad, es ahora un inmenso cementerio.

—Demasiado tarde —murmuró Iblis, como atontado—. Toda esa gente...

La conversación se interrumpió cuando oyeron gritos de *¡Serena! ¡Serena!* en el exterior. Iblis se quedó asombrado al oír el nombre.

—Iblis Ginjo, no tengo palabras para expresar mi gratitud por devolverme a mi hija —dijo el virrey Butler—. Por desgracia, el hombre que dejaste al mando de la revuelta no estaba a la altura del desafío.

—Nadie habría podido triunfar, virrey —dijo Vorian Atreides con semblante sombrío—. Ni Iblis ni yo. Era solo cuestión de tiempo.

—¿Estás diciendo que es inútil luchar contra Omnius —replicó irritado el segundo Harkonnen—, y que cualquier revuelta está condenada al fracaso? Demostramos que esa idea es errónea en Giedi Prime...

—Yo también estuve en Giedi Prime, segundo. ¿Te acuerdas? Disparaste contra mí y provocaste graves daños en mi nave.

Los ojos castaños de Xavier destellaron de ira.

—Sí, me acuerdo, hijo de Agamenón.

—La rebelión de la Tierra fue un gran ejemplo —siguió Vor—, pero los protagonistas eran simples esclavos, armados con poco más que su odio a las máquinas pensantes. No tenían la menor oportunidad. —Se volvió hacia los miembros del comité especial—. Pero la Armada de la Liga es otra historia.

—Sí —intervino Iblis con voz sonora, aprovechando la oportunidad de insistir en sus planteamientos—, fijaos en lo que es capaz de conseguir una turba de esclavos inexpertos. Imaginad, pues, lo que podría lograr una respuesta militar coordinada. —Las voces de los manifestantes congregados en el exterior aumentaron de volumen. Iblis continuó—. La masacre de la Tierra será vengada. La muerte del nieto del virrey Butler, tu hijo, segundo Harkonnen, ha de ser castigada.

Vor no podía apartar la vista de Xavier, intentaba imaginar al hombre valiente que había conquistado el corazón de Serena, para luego casarse con su hermana. *Yo la habría esperado siempre.*

Por fin, se concentró en Iblis Ginjo. A Vor no le gustaba demasiado el líder rebelde, porque no acababa de ver claras sus intenciones. Iblis parecía fascinado por Serena, pero no se trataba de amor. No obstante, Vor estaba de acuerdo con el análisis del hombre.

Iblis continuó hablando, como si le hubieran convocado para dirigirse a los miembros del tribunal y no para contestar preguntas.

—Lo ocurrido en la Tierra no es más que un simple revés. ¡Podremos superarlo, si tenemos la fuerza de voluntad suficiente!

El entusiasmo se contagió a algunos representantes. En el exterior, los manifestantes empezaban a desmandarse, y se oyó a las fuerzas de seguridad hablar por el sistema de megafonía, en un intento de mantener el orden.

Iblis paseó la vista de rostro en rostro, y después clavó la vista en la distancia, como si pudiera ver algo invisible para los demás. ¿El futuro? Movió las manos mientras hablaba.

—La población de la Tierra fue aniquilada porque yo la azucé a levantarse contra las máquinas pensantes, pero no me siento culpable por eso. Una guerra ha de empezar por algo. Su sacrificio ha demostrado la profundidad del espíritu humano. Pensad en el ejemplo de Serena Butler y su hijo inocente, y que pese a sus sufrimientos, ha sobrevivido.

Vor percibió cierta agitación en el rostro de Xavier Harkonnen, pero el oficial no dijo nada.

Iblis sonrió y extendió las manos.

—Serena podría jugar un papel importante en la nueva fuerza que se impondrá a las máquinas, si toma conciencia de sus posibilidades. —Habló directamente a Manion Butler, con voz cada vez más enfervorizada—. Puede que otros intenten atribuirse el mérito, pero Serena fue la verdadera chispa de la gran revolución en la Tierra. Su hijo fue asesinado, y ella se alzó contra las máquinas pensantes, y todo el mundo lo vio. ¡Pensad en ello! Serena es un ejemplo para toda la raza humana.

Iblis se acercó más a los miembros del tribunal.

—Todos los planetas de la liga se enterarán de su valor y compartirán su dolor. Defenderán su causa, en su nombre, si se lo pedimos. Se alzarán en una lucha épica por la

libertad, una cruzada santa..., una *yihad*. Escuchad a los que gritan fuera. ¿No oís que corean su nombre?

Eso es, pensó Iblis. Había establecido la relación religiosa recomendada por el pensador Eklo. Daba igual a qué credo o teología particular se encomendaran. Lo más importante era el fervor que solo el fanatismo podía producir. Si el movimiento iba a propagarse, era preciso que conmoviera los corazones de la gente, que les arrastrara a una batalla sin que pensaran en el fracaso, sin que se preocuparan por su seguridad.

—Ya estoy propagando la buena nueva —siguió Iblis, después de una larga pausa—. Damas y caballeros, aquí se está gestando algo más que una revuelta, algo que marca la diferencia entre el alma de la humanidad y las máquinas pensantes carentes de alma. Con vuestra ayuda, podría convertirse en una tremenda victoria impulsada por la pasión humana..., y la esperanza.

120

> Sin darse cuenta, la humanidad creó un arma de destrucción masiva, que solo se manifestó después de que las máquinas se apoderaran de todos los aspectos de sus vidas.
>
> BARBARROJA,
> *Anatomía de una rebelión*

Los acalorados delegados de la liga discutían a pleno pulmón sobre las consecuencias del genocidio en la Tierra. Serena estaba sentada inmóvil e inexpresiva, la primera vez que entraba en el Parlamento desde que había regresado a casa, pero su presencia no reprimía las habituales discusiones inútiles.

—¡Hace siglos que luchamos contra Omnius! —vociferó el patriarca de Balut—. No es necesario tomar medidas drásticas, de las que quizá nos arrepintamos más tarde. Lamento el derramamiento de sangre, pero tampoco albergábamos esperanzas realistas de salvar a los esclavos de la Tierra.

—¿Os referís a esclavos... como Serena Butler? —le interrumpió Vorian Atreides desde su asiento de invitado,

indiferente al protocolo o a las tradiciones políticas, al tiempo que miraba a la joven—. Me alegro de que no nos rindiéramos tan fácilmente.

Xavier le miró con el ceño fruncido, aunque opinaba lo mismo. Consideraba al hijo de Agamenón un bala perdida, sin el menor respeto por el orden, pero él también se sentía frustrado a menudo por la lentitud de los debates políticos. Si Serena hubiera confiado en el Parlamento, nunca habría cometido el disparate de ir a Giedi Prime, para forzar la intervención de la liga.

—Solo porque la situación se ha prolongado durante mil años —dijo con voz atronadora el magno provisional del restaurado Giedi Prime—, ¿es excusa suficiente para que nos acostumbremos a ella? Las máquinas pensantes ya han provocado una escalada en la guerra con sus ataques a Zimia y Rossak, además de la invasión de Giedi Prime. El desastre de la Tierra es un reto más.

—Un reto que no podemos pasar por alto —dijo el virrey Butler.

Siguiendo el orden del día, Xavier entró en la cúpula de proyección que rodeaba el estrado de los oradores. Las pantallas proyectaron imágenes ampliadas del oficial. Profundas arrugas surcaban su frente.

En las hileras de asientos que se elevaban sobre el foso, Iblis Ginjo ocupaba un palco reservado para los visitantes distinguidos. Vestía lujosas ropas proporcionadas por sastres salusanos.

La voz de Xavier resonó en la sala, con el tono autoritario que utilizaba cuando estaba al mando de sus naves.

—Ya no podemos resignarnos a una guerra reactiva. Hemos de plantar cara a las máquinas pensantes, por nuestra supervivencia.

—¿Estáis sugiriendo que seamos tan agresivos como Omnius? —gritó lord Niko Bludd desde la cuarta fila de asientos.

—¡No! —Xavier miró al noble y respondió con voz firme y serena—: ¡Estoy diciendo que hemos de ser más agresivos que las máquinas, más destructivos, concentrarnos más en la victoria!

—Eso solo provocará que reaccionen con algo peor —vociferó el mariscal de Hagal, un hombre obeso vestido con una túnica roja—. No podemos correr ese riesgo. Muchos Planetas Sincronizados cuentan con extensas poblaciones humanas, más numerosas que la de la Tierra, y no creo...

Zufa Cenva le interrumpió con voz fría y despectiva.

—En tal caso, ¿por qué no entregáis Hagal a los Planetas Sincronizados, mariscal, si tanto tembláis de solo pensar en el combate? Ahorraríais problemas a Omnius.

Serena Butler se levantó, y el silencio se hizo en la sala. Habló con voz clara y firme, espoleada por su pasión.

—Las máquinas pensantes nunca nos dejarán en paz. Os engañáis si creéis lo contrario.

Paseó la mirada por las filas de asientos.

—Todos habéis visto el altar de mi hijo, asesinado por las máquinas pensantes. Tal vez sea más fácil comprender la tragedia de una sola víctima que la de miles de millones. Pero ese niño solo simboliza los horrores que Omnius y los Planetas Sincronizados desean infligirnos. —Alzó el puño—. Hemos de lanzar una cruzada contra las máquinas, una guerra santa, una yihad, en nombre de mi hijo sacrificado. Ha de ser... la yihad de Manion Butler.

—Nunca estaremos a salvo hasta que las destruyamos —añadió Xavier, para atizar el fuego de la indignación.

—Si supiéramos cómo conseguirlo —se quejó lord Bludd—, habríamos ganado la guerra hace mucho tiempo.

—Pero sí sabemos cómo conseguirlo —insistió Xavier desde el estrado, al tiempo que movía la cabeza en dirección a Serena—. Hace mil años que lo sabemos.

Bajó la voz para que todos los congregados le escucharan con atención. Paseó la vista de rostro en rostro.

—Cegados por las nuevas defensas de Tio Holtzman, hemos olvidado la solución definitiva que siempre hemos tenido a nuestro alcance.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó el patriarca de Balut.

Iblis Ginjo estaba sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, y asintió como si supiera lo que se avecinaba.

—Armas atómicas —dijo Xavier. Las palabras resonaron como la detonación de una cabeza nuclear prohibida—. Un bombardeo masivo con armas atómicas. Podemos arrasar la Tierra, desintegrar todos los robots, todas las máquinas pensantes, todos los circuitos gelificados.

El tumulto tardó segundos en alcanzar su clímax, y Xavier gritó para imponerse al clamor.

—Durante más de mil años hemos guardado nuestras armas atómicas, pero siempre las hemos considerado un último recurso, armas mortíferas que destruyen planetas y aniquilan la vida. —Apuntó con un dedo a los representantes—. Tenemos suficientes cabezas nucleares en nuestros depósitos planetarios, pero Omnius las considera una amenaza simbólica, porque nunca hemos osado utilizarlas. Ha llegado el momento de sorprender a las máquinas pensantes y hacer que se arrepientan de su autocomplacencia.

Manion Butler, usando su prerrogativa de virrey, intervino.

—Las máquinas capturaron y torturaron a mi hija. Asesinaron a un nieto que llevaba mi nombre, un niño al que ni su padre ni yo llegamos a conocer. —El hombre, orondo en otros tiempos, había adelgazado mucho, y estaba encorvado a causa del cansancio. Su cabello colgaba lacio y desaliñado, como si durmiera mal—. Las malditas máquinas merecen el castigo más terrible que podamos imaginar.

El clamor continuó, y al final, de manera sorprendente, Serena Butler subió al estrado y se quedó parada al lado de Xavier.

—La Tierra ya no es otra cosa que un cementerio, hollado por las máquinas pensantes. Todos sus habitantes han sido asesinados. —Respiró hondo, y sus ojos lavanda destellaron—. ¿Qué queda ya? ¿Qué podemos perder?

Imágenes proyectadas destellaron en la cámara, mientras Serena continuaba.

—Los esclavos de la Tierra se rebelaron, y fueron exterminados por ello. ¡Todos! —Su voz retumbó en todos los altavoces de la sala—. ¿Vamos a permitir que ese sacrificio sea estéril? ¿Es que las máquinas pensantes van a salirse con la suya? —Emitió un bufido de desagrado—. Omnius debería pagar por ello.

—¡Pero la Tierra es la cuna de la humanidad! —gritó el magno de Giedi Prime—. ¿Cómo podemos ni siquiera pensar en tamaña destrucción?

—La rebelión ocurrida en la Tierra ha engendrado esta yihad —dijo Serena—. Hemos de propagar la noticia de esta gloriosa rebelión a los demás Planetas Sincronizados, con el propósito de que imiten su ejemplo. Pero antes, hemos de exterminar al Omnius de la Tierra..., cueste lo que cueste.

—¿Podemos permitirnos el lujo de desaprovechar esta oportunidad? —preguntó Xavier Harkonnen—. Tenemos las armas atómicas. Tenemos los nuevos escudos protectores de Tio Holtzman. Tenemos la voluntad del pueblo, que gritaba el nombre de Serena por las calles. Hemos de hacer algo ya, por Dios.

—Sí —dijo Iblis con una voz serena que, no obstante, se impuso a los murmullos—. Es por Dios que hemos de hacer esto.

Los representantes estaban estupefactos y aterrados, pero no hubo disensiones. Por fin, tras un largo y agitado silencio, el virrey Manion Butler pidió que la Liga de Nobles tomara una decisión oficial.

La votación fue unánime.

—Está decidido. La Tierra, cuna de la humanidad, se convertirá en el primer sepulcro de las máquinas pensantes.

121

La creatividad sigue sus propias normas.

NORMA CENVA,
notas de laboratorio inéditas

En la torre del laboratorio que dominaba el ancho Isana, Norma Cenva estaba de pie ante su desordenada estación de trabajo. Nuevos globos de luz flotaban en el aire como adornos sobre su cabeza. No se había molestado en desactivarlos, pese a que ya había amanecido. No quería interrumpir su línea de pensamiento.

Apuntó un mecanismo de proyección del tamaño de una pluma hacia una mesa inclinada. Hojas escritas magnéticamente pasaron en el aire, filmaciones de una nave insignia de tipo ballesta, la nave de guerra más grande de la Armada.

Norma cambió el ajuste del proyector y movió la imagen hacia el centro de la habitación. Separó una cubierta de la nave, y luego entró en la holoimagen ampliada, un paseo durante el cual efectuó cálculos mentales para la instalación del generador de campo, de manera que el pequeño radio de campo protegiera toda la nave.

El sabio Holtzman había acudido a otro acto público, donde sin duda celebraría sus éxitos con falsa modestia. En los últimos tiempos solo había trabajado con Norma una hora por las mañanas, más o menos, antes de ir a vestirse para comidas oficiales, seguidas de banquetes nocturnos en la mansión de lord Bludd. De vez en cuando, iba a hablar con ella de los nobles y políticos que había conocido, como si experimentara la necesidad de impresionarla.

A Norma no le importaba estar sola, y trataba de hacer su trabajo sin protestar. Holtzman la dejaba en paz casi siempre, con el fin de que realizara los cálculos precisos para instalar escudos protectores en las naves más grandes de la Armada. El sabio afirmaba que no tenía tiempo para hacerlo él, y ya no confiaba en su grupo de calculadores.

Norma sentía el peso de la responsabilidad, pues sabía que la Armada de la Liga se aprestaba a atacar la Tierra con armas atómicas. Una enorme fuerza de diversas naves de guerra ya estaba reunida en Salusa Secundus, en preparación para el ataque.

Holtzman se ufanaba de su importancia repentina. En opinión de Norma, el trabajo del laboratorio debía hablar por sí mismo, sin toda aquella frivolidad promocional, pero no confiaba en llegar a comprender los círculos políticos en que se movía el sabio, y quería creer que estaba haciendo lo mejor por el esfuerzo bélico gracias a sus contactos con gente importante.

En el ínterin, su mente pensaba en muchas cosas tangenciales, prestando atención hasta al mínimo detalle, y se interrogaba en busca de respuestas. Aun si eliminaban a la supermente de la Tierra, seguirían quedando copias de Omnius en los Planetas Sincronizados. ¿Era posible que las máquinas pensantes sufrieran algo similar a un golpe psicológico? Teniendo en cuenta la magnitud de los

Planetas Sincronizados, un solo planeta no parecía un objetivo sustancial, y su preocupación le dificultaba concentrarse en los cálculos. Como rayos que saltaran de nube en nube, sus pensamientos se desviaban a nuevas posibilidades, nuevas ideas.

Bajo la ley marcial que lord Bludd había decretado tras la rebelión de Bel Moulay y sus esclavos, Norma se sentía cada vez más aislada de su mentor. Dos años antes, cuando había recibido la invitación para ir a Poritrin, Tio Holtzman era un ídolo y un modelo para ella. Solo poco a poco había llegado a comprender que, en lugar de apreciar su talento y emplearlo como un medio de alcanzar sus propósitos mutuos, el científico se sentía cada día más resentido. En parte por culpa de Norma. Sus advertencias insistentes sobre el generador de resonancia y la prueba del escudo antiláser le habían vuelto en su contra. Pero no le parecía justo que el sabio se disgustara con ella porque había estado en lo cierto. Daba la impresión de que Tio Holtzman anteponía su orgullo herido al avance de la ciencia.

Se mesó su pelo castaño. ¿Qué papel jugaba el ego en su trabajo? En casi un año, ninguno de los nuevos conceptos de Holtzman se había materializado.

Por contra, cierto proyecto tenía obsesionada a Norma desde hacía mucho tiempo. Veía encajar en su imaginación las diversas piezas, un gran invento que sacudiría los cimientos del universo, teorías y ecuaciones que casi se le escapaban de las manos. Exigiría toda su energía y atención, y los beneficios en potencia influirían en la liga todavía más que el desarrollo de los escudos personales.

Norma dejó a un lado el diagrama de la ballesta y salió de la nave proyectada, después de utilizar un holomarcador para señalar el punto en que había interrumpido sus cálculos. Ahora que había liberado su concentración, podía

dedicar sus esfuerzos a asuntos de verdadera importancia. Su nueva idea la entusiasmaba mucho más que los cálculos relativos al escudo.

La inspiración, siempre misteriosa, la había dirigido hacia una posibilidad revolucionaria. Casi podía verla funcionando a una escala inmensa, estremecedora. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

Si bien era incapaz todavía de resolver los problemas asociados a su idea, intuía que la ecuación de campo de Holtzman podía ser utilizada para algo mucho más significativo. Mientras el científico se dormía en sus laureles y disfrutaba de su éxito, Norma quería tomar un nuevo rumbo.

Tras haber visto que el Efecto Holtzman curvaba el espacio con el fin de crear un escudo, estaba convencida de que el tejido del espacio podía plegarse, y así abrir un atajo en el universo. En caso de lograr tal prodigio, sería posible recorrer distancias inmensas en un abrir y cerrar de ojos, comunicar dos puntos con independencia de la distancia que los separara.

Plegar el espacio.

Pero nunca podría desarrollar una idea tan revolucionaria si Tio Holtzman la reprimía en cada momento. Norma Cenva tendría que trabajar en secreto...

122

> Es evidente que nuestros problemas no proceden de lo que inventamos, sino de cómo utilizamos nuestros juguetes sofisticados. Las dificultades no nacen del software ni del hardware, sino de nosotros.
>
> BARBARROJA,
> *Anatomía de una rebelión*

En mil años, la humanidad jamás había reunido una fuerza militar tan numerosa y concentrada. Desde sus diferentes armadas espaciales, cada planeta de la liga envió naves grandes y pequeñas: naves de combate, cruceros de tamaño medio, destructores, naves de escolta, cientos de lanzaderas grandes y pequeñas, miles de kindjals y patrulleros. Muchas iban armadas con ingenios nucleares, suficientes para esterilizar tres veces la Tierra.

El segundo Xavier Harkonnen se hallaba al mando de la operación que había fraguado. La Armada unificada, formada por naves, armas e incontables comandantes de los sistemas defensivos planetarios, así como milicias locales, se fue concentrando en el punto de partida situado

sobre Salusa Secundus durante los tres meses siguientes. Cuadrillas de pintores reprodujeron sobre cada casco el símbolo de la mano abierta de la Liga de Nobles.

Las fábricas de municiones de Colonia Vertree, Komider y Giedi Prime habían trabajado noche y día sin descanso, y el implacable calendario se prolongaría durante el largo viaje de la Armada, puesto que la flota sufriría enormes pérdidas cuando atacara al Omnius de la Tierra. Se necesitarían repuestos hasta que la guerra terminara.

Antes de la partida de la Armada unificada, todas las restantes fuerzas planetarias de todos los planetas de la liga se pusieron en estado de alerta. Aunque el ataque nuclear consiguiera destruir las máquinas pensantes de la Tierra, las demás encarnaciones de la supermente desearían vengarse.

Aniquilar al Omnius de la Tierra significaría una victoria muy necesaria para la humanidad, que además señalaría un nuevo giro en la guerra. Mucho tiempo antes, la humanidad libre había almacenado armas atómicas como una amenaza para las máquinas pensantes, pero Omnius y sus generales cimek habían pensado que se trataba de un farol de la liga. Tanto en Giedi Prime como en otros planetas, los humanos se habían demostrado incapaces de utilizar los ingenios nucleares, de modo que la amenaza era estéril.

Eso iba a cambiar.

Ahora, la vengativa Armada demostraría que los humanos se habían liberado de todas las ataduras. Las explosiones nucleares provocarían descargas electromagnéticas que vaporizarían los circuitos gelificados de las máquinas pensantes. A partir de aquel momento, todos los Omnius temerían una oleada de holocaustos atómicos en el resto de los Planetas Sincronizados.

La lluvia radiactiva, un demonio de las pesadillas de la civilización humana, seguiría emponzoñando el planeta mucho después de que la batalla terminara, pero se desvanecería con el tiempo, y la vida regresaría por fin a la Tierra, libre de máquinas pensantes.

A la máxima velocidad posible, el viaje de la Armada duró un mes. Xavier deseaba que existiera una forma de desplazamiento más veloz. Aunque superaban la velocidad de los fotones, recorrer grandes distancias entre sistemas exigía tiempo, demasiado.

Cuando la fuerza atacante se acercó al sistema solar de la Tierra, el segundo Harkonnen se desplazó en lanzadera de una nave a otra, pasó revista a las tropas y el equipo. Habló a los soldados desde el puente de cada nave, para darles instrucciones e inspirarles.

La espera estaba a punto de concluir.

Casi la mitad de las naves de la Armada habían sido equipadas ya con los generadores de escudo Holtzman, y las armas atómicas se habían distribuido entre naves protegidas y desprotegidas. Xavier había considerado la posibilidad de aguardar a que se instalaran más, pero al final decidió que cualquier retraso sería perjudicial para el éxito de la misión. Además, algunos nobles conservadores de flotas planetarias individuales habían expresado su escepticismo sobre la nueva tecnología. Como aquellos nobles utilizaban escudos descodificadores planetarios para proteger sus lunas y ciudades principales, preferían utilizar una tecnología ya experimentada en sus naves de guerra. Conocían los riesgos y los aceptaban.

Xavier se concentró en no desfallecer hasta el final de la horrible batalla. Después del ataque a la Tierra, su nombre

siempre suscitaría controversia, pero no permitiría que eso le apartara de su objetivo. Conseguir la victoria le exigía que destruyera por completo la cuna de la raza humana.

Con esa terrible medalla prendida en su pecho, ¿cómo no iba a maldecir la historia el nombre de Xavier Harkonnen? Aunque las máquinas fueran destruidas, ningún humano querría vivir en la Tierra nunca más.

El día antes de que la poderosa armada llegara a la Tierra, Xavier ordenó que Vorian Atreides se presentara en el puente de la nave insignia. Xavier no confiaba del todo en el antiguo colaborador de Omnius, pero tampoco deseaba que sus sentimientos personales perjudicaran las necesidades de la humanidad.

Vor había defendido a capa y espada que sus conocimientos tecnológicos de las capacidades del Omnius de la Tierra le convertían en un elemento valioso.

—Nadie sabe más sobre las fuerzas robóticas. Ni siquiera Iblis Ginjo posee mis conocimientos, puesto que no era más que un simple capataz. Además, prefiere quedarse en Salusa.

Pese a que las hechiceras de Rossak habían dado su bendición a Vorian, Xavier desconfiaba del hijo de Agamenón porque había pasado la vida al servicio de las máquinas. ¿Era un hábil infiltrado enviado por Omnius, o sería capaz Vor de proporcionar información que permitiera a la Armada aprovechar los puntos débiles de los Planetas Sincronizados?

Vorian había sido interrogado a fondo (incluso examinado por médicos expertos en aparatos de espionaje implantados), y todo el mundo había afirmado que era sincero. No obstante, Xavier se preguntaba si las máquinas

se habían anticipado a todas esas precauciones y ocultado algo en su cerebro, un diminuto pero potente artilugio que se dispararía en el momento oportuno y le empujaría a cometer un acto de singular gravedad para la Liga de Nobles.

Serena había afirmado que todos los humanos debían liberarse de la opresión de las máquinas pensantes. Quería que Xavier empezara con este hombre en concreto, que le concediera una oportunidad. En el fondo de su corazón, la joven deseaba creer que cualquier persona, una vez familiarizada con los conceptos de libertad e individualismo, rechazaría a los robots y lucharía por la independencia. Y cuando Serena se lo pidió, Xavier no pudo negarse.

—De acuerdo, Vorian Atreides —había dicho—. Te concederé la oportunidad de demostrar tu valía, pero bajo un control estricto. Serás confinado en zonas concretas, y vigilado en todo momento.

Vor le había dedicado una sonrisa irónica.

—Ya estoy acostumbrado a que me vigilen.

Los dos hombres se hallaban en el puente de mando. Xavier paseaba de un lado a otro, con las manos enlazadas a la espalda y los hombros rectos. Clavó la vista en la estrella amarilla que aumentaba de tamaño a cada hora que transcurría.

Vor guardaba silencio, mientras contemplaba la negrura tachonada de estrellas.

—Nunca pensé que volvería tan pronto. Y así, sobre todo.

—¿Tienes miedo de que tu padre esté allí? —preguntó Xavier.

El joven se acercó al ventanal y miró el planeta.

—Si no ha sobrevivido ningún humano en la Tierra, los titanes carecen de motivos para quedarse. Lo más probable es que hayan sido enviados a otros Planetas Sincronizados.

—Se humedeció los labios—. Espero que el Omnius de la Tierra no haya conservado una fuerza neocimek numerosa.

—¿Por qué? Nuestra capacidad armamentística podría destruirlos con facilidad.

Vor le miró con ironía.

—Porque, segundo Harkonnen, las máquinas pensantes y las naves robóticas son predecibles, de costumbres fijas. Sabemos cómo reaccionarán. Los cimeks, por su parte, son caprichosos e innovadores. Máquinas con mentes humanas. ¿Quién sabe de qué serían capaces?

—Igual que los humanos —dijo Xavier.

—Sí, pero con poder para causar mucha más destrucción.

El segundo se volvió hacia su compañero con una sonrisa sombría.

—No por mucho tiempo, Vorian. —Eran hombres de la misma edad, pero con la experiencia de veteranos—. Después de hoy, nada en el universo igualará nuestra capacidad de causar destrucción.

La Armada unificada convergió sobre la Tierra como una tormenta. Los pilotos corrieron por las cubiertas interiores a sus naves individuales, preparados para despegar. Naves de batalla y destructores escupieron enjambres de kindjals, bombarderos y naves de reconocimiento. Patrulleros veloces efectuaron vuelos de espionaje, con el fin de verificar y actualizar los datos proporcionados por Vor Atreides.

La cuna de la humanidad era una esfera verde moteada de nubes blancas. Xavier Harkonnen contempló el planeta. Aun infestado por la plaga de las máquinas, su aspecto era prístino, frágil y vulnerable.

Pronto, no obstante, la Tierra no sería más que una bola ennegrecida, carente de vida. Pese a todo cuanto había dicho para convencer a escépticos y detractores, Xavier se preguntó si algún día podría considerar aceptable la victoria.

Respiró hondo, sin apartar los ojos del planeta, que rielaba a través de un tenue velo de lágrimas. Le esperaba un amargo deber.

Xavier transmitió la orden a su flota.

—Iniciad el bombardeo atómico masivo.

123

> La tecnología tendría que haber liberado a la humanidad de las cargas de la vida. En cambio, creó otras.
>
> TLALOC,
> *La Era de los Titanes*

En la Tierra, los sensores periféricos de Omnius detectaron la fuerza invasora. La supermente se quedó estupefacta por la increíble audacia de los humanos salvajes, así como por el número y capacidad ofensiva de las naves atacantes. Durante siglos, los hrethgir se habían escondido tras barreras defensivas, temerosos de aventurarse en el espacio controlado por las máquinas. ¿Por qué ninguna proyección o hipótesis había anticipado este osado ataque contra los Planetas Sincronizados?

Gracias a pantallas y terminales de contacto dispersas por toda la ciudad, Omnius habló a los robots que estaban trabajando en la reparación de los daños causados por la reciente rebelión abortada de los esclavos. Le habría gustado comentar la estrategia con Erasmo, el cual, pese a sus numerosos defectos, parecía comprender hasta cierto

punto la irracionalidad humana, pero el robot había huido al lejano Corrin.

Hasta sus restantes titanes, los cuales habrían podido explicar las reacciones humanas, habían sido enviados a planetas menos estables, con el fin de impedir que la revuelta se extendiera. De esta forma, la supermente se sentía aislada y pillada por sorpresa.

Tras revisar las lecturas de los analizadores, Omnius concluyó que las naves humanas debían ir cargadas con armas nucleares.

¡Algo totalmente inesperado, una vez más! Calculó y rehizo los cálculos, y todas las posibilidades le eran desfavorables. Sintió el germen de lo que los humanos habrían llamado *incrédulo estupor*.

Como no podía desechar sus propias proyecciones, el Omnius de la Tierra reaccionó en consecuencia. Formó un cordón defensivo de naves robóticas para impedir el paso a la Armada de la Liga. Puso en órbita un enjambre de ojos espía, con el fin de observar la batalla desde todas direcciones. Gracias a subrutinas diferentes, efectuó más de cinco mil simulacros alternativos, hasta elegir la táctica correcta de la flota robótica.

Pero Omnius no estaba enterado de los escudos Holtzman. Cuando las máquinas pensantes dispararon explosivos y proyectiles cinéticos, la avanzadilla de naves de la Armada ni siquiera se enteró del ataque, y continuó su avance.

Las naves robóticas se reagruparon y esperaron nuevas órdenes, mientras los circuitos gelificados de Omnius se esforzaban por comprender qué pasaba.

Los primeros bombarderos hrethgir penetraron en la atmósfera; cientos y cientos de naves lanzadas hacia la superficie. Cada una iba cargada con una cabeza nuclear.

Omnius efectuó nuevas proyecciones. Por primera vez, consideró la muy realista posibilidad de su propia destrucción.

Vorian Atreides pilotaba una pequeña nave equipada con escudo protector, uno de los kindjals salusanos con armas más potentes. No llevaba armas atómicas (el segundo Harkonnen no confiaba en él hasta esos extremos), pero Vor podía colaborar en atacar a las naves enemigas y facilitar la tarea de los bombarderos.

Esto era muy diferente de lo que hacía en el *Viajero onírico.*

El segundo Harkonnen había querido que se quedara a salvo en la nave insignia, donde Vor podría proporcionar consejos tácticos para derrotar a las máquinas, pero el joven había explicado que quería participar en la derrota de Omnius. Como hijo de Agamenón, Vor ya había aportado valiosa información sobre las naves de guerra enemigas, su blindaje, sus armas integradas. Ahora era el momento de aplicar esos conocimientos a la práctica.

—Por favor —había dicho a Xavier—. Te he devuelto a Serena. Aunque solo sea por eso, ¿no vas a satisfacer mi petición?

La expresión dolida del segundo reveló a Vor que Xavier todavía la amaba. El oficial dio la espalda a Vor, como para ocultar sus sentimientos.

—Toma una nave, pues. Sumérgete en el corazón de la batalla..., pero vuelve vivo. Creo que Serena no soportaría perderte, después de todo lo que ha sufrido.

Eran las primeras palabras amables que aquel hombre enigmático le dirigía, la primera vez que alguien insinuaba que Serena le tenía afecto.

Xavier miró por fin hacia atrás y le dedicó una sonrisa cautelosa.

—No traiciones mi confianza.

Vor había corrido a las hileras de ballestas y elegido un kindjal.

La fuerza atacante se dirigió hacia el complejo informático central de Omnius. Las máquinas pensantes se precipitaron contra las naves de la Armada con determinación suicida, destruyendo cientos de bombarderos, patrulleros y kindjals carentes de protección. Algunos de los escudos fallaron, sobrecalentados o mal instalados, y la batalla entró en una fase de mayor crueldad.

En pleno combate, Vor vio que una nave más lenta de las máquinas pensantes se acercaba, escoltada por un numeroso grupo de naves automáticas. El solitario vehículo se abrió paso entre el enjambre de naves de la Armada, y evitó cualquier confrontación directa.

Intentaba huir.

Vor entornó los ojos. En un momento como este, ¿por qué escapaba al espacio una sola nave robot? Omnius tendría que haber empleado todos sus recursos. El instinto del joven le dijo que no debía permitir que aquella nave solitaria escapara.

Vor intentó concentrarse en la batalla que rugía a su alrededor, y disparó sus armas. Proyectiles de energía desintegraron varias naves robóticas y desorientaron a otras, lo cual permitió que cuatro bombarderos más de la Armada se abrieran paso.

Mientras tanto, la nave misteriosa continuaba huyendo de la batalla. ¿Qué estaría tramando Omnius? ¿Qué llevaba a bordo la nave? Ninguna otra nave de la Armada se había fijado en ella.

Vor sabía que debía hacer algo. Era vital, lo presentía.

El segundo Harkonnen le había dado órdenes estrictas de acompañar a las naves cargadas de bombas nucleares hasta que arrojaran su mortífero cargamento, pero las cosas podían cambiar en el fragor de la batalla. Además, él no era una máquina, que seguía órdenes ciegamente. Era capaz de innovar.

Mientras continuaba vigilando la trayectoria de la nave, comprendió de repente lo que estaba pasando. Era una nave de actualización, que portaba una copia completa del Omnius de la Tierra, los pensamientos y datos de la supermente hasta el mismo momento del ataque. Incluiría una grabación y un análisis completos del alzamiento de los esclavos y las órdenes de exterminar a todos los humanos.

Si tal información se cargaba en otras encarnaciones de Omnius, todos los Planetas Sincronizados quedarían advertidos. Podrían preparar la defensa contra futuros ataques de la liga.

Vor no podía permitir que eso sucediera.

—Tengo algo que hacer —transmitió a sus camaradas cercanos—. No puedo dejar que esa nave escape.

Abandonó a los bombarderos que se hallaban bajo su protección y desvió su curso.

Vor oyó los gritos de indignación de los capitanes humanos a los que debía proteger.

—¿Qué estás haciendo?

Un defensor robótico se precipitó hacia el hueco y disparó sobre las naves de la Armada.

—¡Es una nave de actualización! Lleva una copia de Omnius.

Se alejó a más velocidad, justo cuando dos naves robóticas convergían sobre los bombarderos asignados a Vor. Sus compañeros le maldijeron cuando los robots abrieron fuego y detuvieron el avance de sus naves, pero

Vor apretó la mandíbula, convencido de que su decisión era moral y tácticamente correcta.

Al ver que se marchaba, otras naves de la Armada le apostrofaron.

—¡Cobarde!

—¡Traidor!

—Ya os lo explicaré después —dijo Vor, resignado.

Cerró el sistema de comunicaciones para poder concentrarse en su tarea. Su pasado siempre provocaría que los humanos pensaran mal de él. La perspectiva de las censuras y la inquina no le molestaba. Tenía un trabajo que hacer.

Al cabo de unos momentos, los combatientes de Omnius habían derribado a uno de los bombarderos abandonados, pero nuevos escoltas de la Armada llegaron y abatieron a dos naves robóticas. Los restantes bombarderos continuaron su rumbo.

El cielo de la Tierra estaba surcado por estelas de iones pertenecientes a las naves de la Armada, grandes y pequeñas, que arrojaban armas nucleares como si fueran granos de trigo. Defensores robóticos hacían estallar las bombas en el aire, entre nubes de metralla radiactiva, lo cual inutilizaba los delicados detonadores e impedía reacciones nucleares en cadena.

Aun así, algunas bombas llegaban a su destino.

En el momento álgido de la batalla, el Omnius de la Tierra se quedó sin alternativas viables. Con la flota de la Armada dispersa como un enjambre de insectos asesinos, los defensores robóticos se sacrificaron lanzándose contra grupos de kindjals.

Para el segundo Harkonnen, era dolorosamente evidente que solo las naves protegidas por los escudos Holtzman tenían probabilidades de sobrevivir. Algunos sistemas habían fallado, lo cual había provocado la destrucción de varias naves protegidas. Pero ahora ya no había marcha atrás.

Las veinte naves de la Armada más grandes flotaban en órbita estacionaria, eliminando oleada tras oleada de naves atacantes, al tiempo que vaciaban los depósitos de armas atómicas. Cinco destructores descendieron para lanzar misiles nucleares guiados. El ataque bastó para destruir todas las subestaciones de Omnius.

En un último ataque vengativo, proyectiles de inteligencia artificial convergieron sobre las gigantescas ballestas. Bombas con mentes electrónicas, los proyectiles iban dirigidos contra sus blancos programados. Sin hacer caso de los bombarderos y kindjals, más pequeños, maniobraron para impedir trayectorias evasivas de las naves de guerra, y no hicieron caso de señuelos defensivos lanzados para engañar a los robots.

Xavier Harkonnen se encontraba en el puente de la nave insignia, aferrado a la barandilla de control, al tiempo que rezaba en silencio por el genio de Tio Holtzman.

—¡Esperemos que esos escudos aguanten! ¡Preparaos!

Seis proyectiles autoguiados colisionaron a velocidades casi relativistas con las barreras Holtzman y estallaron, pero los escudos resistieron.

Xavier sintió que le fallaban las rodillas a causa del alivio. La tripulación prorrumpió en vítores.

Pero a su alrededor, otras naves de la Armada, carentes de escudo, no tuvieron tanta suerte. Aunque las naves de la liga disparaban sin cesar, varios proyectiles de inteligencia artificial desintegraron naves humanas desprotegidas.

Incluso una de las ballestas protegidas quedó vulnerable cuando dos de los escudos pequeños fluctuaron, creando una grieta en el blindaje. Debido al fuego constante de las máquinas pensantes, varios misiles robot se abrieron paso.

Once de las naves más grandes se desintegraron, junto con todos sus tripulantes. Solo continuaban intactas ocho, todas con escudos Holtzman. Un elevado porcentaje de la flota ya había sido aniquilada.

Xavier, agotado y tembloroso, veía el continuo gotear de pérdidas. Cerró los puños cuando dio nuevas órdenes con voz fría. Sintió los dedos pegajosos cuando imaginó la sangre de los cientos de miles de soldados sacrificados en aquel día terrible.

Observó con furia que Vorian Atreides huía de la batalla. Al menos, el hijo de Agamenón se había llevado un solo kindjal, y el segundo no perdió el tiempo en perseguirle. Cuando regresara a Salusa, ya acusaría al desertor. Si alguien regresaba. ¡Maldita fuera su traición! Xavier había tenido razón desde el primer momento.

Las máquinas pensantes eliminaban una nave de la liga tras otra, pero Xavier seguía lanzando a su flota hacia delante. Después de tanto esfuerzo y pérdidas, no podía retroceder. El fracaso doblegaría el alma humana y conduciría a la pérdida de la libertad en toda la galaxia.

Por un momento, pareció que la batalla se decantaba a favor de las máquinas. Tan solo una ínfima parte de la fuerza atacante había logrado alcanzar sus objetivos y arrojar armas atómicas sobre todos los continentes de la Tierra.

Entonces, se produjeron las primeras detonaciones atómicas.

Vor aumentó la velocidad, sin perder de vista ni un momento a la nave que huía. La aceleración le aplastó contra el asiento y deformó sus labios. Sus ojos se llenaron de lágrimas, sus músculos se tensaron. Pero no cedió. La solitaria nave de Omnius ya había abandonado la atmósfera, cada vez más lejos de las fuerzas de la Armada.

Múltiples armas atómicas empezaron a estallar en una sucesión de flores nucleares cegadoras que iluminaron el cielo, arrasaron los continentes y destruyeron todos los circuitos gelificados...

Vor aceleró y pensó en tácticas de sorpresa, a sabiendas de que la nave de actualización estaría pilotada por un robot inflexible. Pero él era un serio rival para la imaginación de cualquier máquina pensante.

En la esfera verdeazulada que iban dejando atrás, estallaron nubes blancas y amarillas que lastimaron los ojos de Vor. La tormenta nuclear habría distraído la atención de la Armada, que ya no estaría pendiente de él. Nadie sabía la importancia vital de lo que intentaba hacer.

La nave de actualización ascendió sobre el plano de la eclíptica, sin dejar de aumentar la velocidad. El capitán robot podía soportar aceleraciones a las que ningún humano sobreviviría. No obstante, Vor continuó la persecución, al borde de la inconsciencia, casi sin poder respirar. El kindjal era más veloz que su presa, y fue acortando distancias. Con manos que parecían pesar cientos de kilos, cargó las armas de su nave.

Durante la batalla había desintegrado una docena de enemigos, pero en este caso Vor solo quería incapacitar a su presa. Al ser una nave de actualización, su blindaje sería

mínimo, como el del *Viajero onírico*. Su intención era cortar el paso a la nave y abordarla.

En cuanto tuvo el blanco a su alcance, al borde del difuso halo planetario, el capitán robot efectuó una serie de maniobras predecibles.

Vor abrió fuego. Sus disparos dañaron los tubos de escape, para que los motores empezaran a sobrecargarse. Incapaz de eliminar el calor, la nave estallaría o se desconectaría.

Cuando la nave herida deceleró, Vor lanzó dos proyectiles de advertencia hacia su proa. Las ondas de choque desviaron de su ruta a la nave.

—¡Ríndete y prepárate a ser abordado!

El robot respondió con sorprendente sarcasmo.

—Sé que los humanos poseen varios orificios corporales. Por lo tanto, te invito a que cojas una herramienta eléctrica y la insertes donde...

—¿Vieja Mentemetálica? —gritó Vor—. Déjame subir a bordo. Soy Vorian Atreides.

—Eso no puede ser verdad. Vorian Atreides nunca dispararía contra mí.

Vor transmitió su imagen. No le sorprendía que Seurat pilotara otra nave de actualización, puesto que Omnius no variaba sus rutinas. La cara ovalada de Seurat emitió una florida maldición que Vor utilizaba con frecuencia cuando era derrotado en algún juego de estrategia.

Vor ensambló su nave con la otra. A sabiendas del peligro, entró por la escotilla principal y se encaminó al puente de mando.

124

> ¿Mi definición de un ejército? ¡Unos asesinos domesticados, por supuesto!
>
> GENERAL AGAMENÓN,
> *Memorias*

Desde las profundidades de sus ciudadelas de energía, Omnius observaba la Tierra. Sus ojos espía grababan cada fase del audaz ataque humano. Vio que las tornas cambiaban.

Omnius estudió las trayectorias de las miles de naves que llegaban, contó las que destruían sus defensores robóticos.

Aun así, algunas bombas atómicas llegaron a su destino.

Con un subconjunto independiente de rutinas de cálculo, Omnius llevaba la cuenta de las naves que había perdido. Eran fáciles de sustituir. Por suerte, la nave de actualización de Seurat había huido. Sus importantes pensamientos y decisiones serían distribuidos entre los Planetas Sincronizados.

Pese a la cantidad de memoria dedicada al problema, Omnius aún no había encontrado solución a la crisis cuando las primeras bombas atómicas detonaron sobre él. Las

explosiones enviaron ondas electromagnéticas que barrieron el aire y la superficie de la Tierra. Oleadas de energía salieron disparadas en todas direcciones, y en un abrir y cerrar de ojos destruyeron toda la red de circuitos gelificados y mentes mecánicas, como un papel empapado en gasolina alcanzado por una chispa.

El Omnius de la Tierra se encontraba en mitad de un pensamiento importante cuando la onda de choque le consumió.

En el pasado, el capitán robot no había portado armas individuales. Sin embargo, Vor llevaba un descodificador electrónico, un aparato de corto alcance diseñado para combates cuerpo a cuerpo contra las máquinas pensantes.

—Así que al final has venido a reunirte conmigo —dijo Seurat—. ¿Tus humanos ya han acabado por aburrirte? No son tan fascinantes como yo, ¿verdad? —Simuló una carcajada ronca que Vor había oído muchas veces—. ¿Sabes que tu padre te considera un traidor? Tal vez ahora te sentirás culpable por desactivarme, robar el *Viajero onírico* y...

—De eso nada, monada —dijo Vor—. Has perdido otra partida. No puedo permitir que entregues esta actualización. Seurat volvió a reír.

—Ay, los humanos y sus tontas fantasías.

—Pese a todo, nos volcamos en nuestras causas perdidas. —Vor alzó el descodificador electrónico—. Y a veces ganamos.

—Eres amigo mío, Vorian Atreides —dijo Seurat—. Acuérdate de todos los chistes que te he contado. De hecho, tengo uno nuevo. Si fabricas un cimek con el cerebro de una mula, ¿qué obtienes...?

Vor disparó el descodificador electrónico. Arcos de estática envolvieron el cuerpo de Seurat como delgadas

cuerdas. El robot se estremeció, como si hubiera sufrido una apoplejía. Vor había ajustado los controles para desconectar los sistemas de Seurat, sin destruir su cerebro. Eso habría equivalido a asesinarle.

—La broma te la he gastado yo, viejo amigo —dijo—. Lo siento.

Mientras Seurat continuaba petrificado en el puesto del capitán, Vor registró la nave hasta encontrar la esfera gelificada sellada, una reproducción completa de todos los pensamientos que el Omnius de la Tierra había grabado antes del ataque de la Armada.

Vor dirigió una última mirada a su amigo paralizado y salió de la nave. No pudo decidirse a destruirla. En cualquier caso, la nave ya no representaba una amenaza para la humanidad.

Vor se alejó en su kindjal, dejando abandonada la nave de las máquinas pensantes, vacía de energía. Su ruta la conduciría lejos de la Tierra, hasta perderse en las profundidades del sistema solar.

Mientras los incendios atómicos ardían en la Tierra, el segundo Harkonnen reunió los restos dispersos de su fuerza de ataque. Habían sufrido pérdidas tremendas, muchas más de las que habían calculado.

—Tardaremos meses en escribir los nombres de los que sacrificaron su vida aquí, cuarto Powder —dijo Xavier a su ayudante—. Y muchos más en llorar su desaparición.

—Todas las naves e instalaciones enemigas han sido destruidas, señor —contestó Powder—. Hemos logrado nuestro objetivo.

—Sí, Jaymes.

No sentía la menor alegría por la victoria, solo tristeza. Y odio por Vorian Atreides.

Cuando el hijo de Agamenón regresó por fin de las profundidades del espacio, el segundo envió un escuadrón de kindjals para escoltarle. Desconectó los escudos Holtzman para que los kindjals pudieran entregarle la nave de Vorian. Muchos pilotos expresaron el deseo de abatir la nave en cuanto estuviera a tiro, pero Xavier lo prohibió.

—Ese bastardo será juzgado por deserción, tal vez por traición.

El segundo Harkonnen entró en el muelle de amarre de la ballesta. Vorian salió con audacia de su nave baqueteada, con una expresión de triunfo en su rostro. ¡Qué cara más dura! Pilotos uniformados rodearon a Vor y le registraron con brusquedad. Dio la impresión de que sus malos modales irritaban al traidor, y encima protestó cuando le arrebataron un paquete, junto con su arma de fuego.

Su cara se iluminó cuando vio a Xavier.

—¿Así que el Omnius de la Tierra ha sido destruido? ¿El ataque ha sido un éxito?

—Pero no gracias a ti —replicó Xavier—. Vorian Atreides, ordeno que permanezcas detenido hasta que regresemos a Salusa Secundus. Allí, un tribunal de la liga te juzgará por tus cobardes actos.

Pero el joven no parecía aterrorizado. Señaló el paquete que sostenían los guardias con expresión de incredulidad.

—Tal vez deberíamos enseñar eso al tribunal.

Vor sonrió cuando Xavier desenvolvió el envoltorio de plaz y dejó al descubierto una bola metálica que parecía hecha de plata gelatinosa.

—Es una copia completa de Omnius —explicó Vor—. Intercepté y neutralicé una nave de actualización que estaba a punto de escapar. —Se encogió de hombros—. Si hubiera permitido que huyera, todas las demás supermentes habrían recibido información sobre este

ataque. A cambio de todos nuestros muertos, Omnius no habría perdido nada, y los demás Planetas Sincronizados conocerían la existencia de nuestros escudos Holtzman y aprenderían nuestras tácticas. La operación no habría servido de nada. Pero yo detuve a la nave de actualización.

Xavier miró a Vor, estupefacto. La superficie de la esfera cedía a la presión de sus dedos, como si estuviera hecha de tejido vivo. La liga no había imaginado tal botín en ningún momento. Aquel objeto justificaba el gigantesco ataque a la Tierra, la horrenda pérdida de vidas. Siempre en el caso de que Vor dijera la verdad.

—Estoy seguro de que los oficiales de inteligencia de la liga se lo pasarán muy bien con esto —dijo Vor, sonriente—. Aparte de que Omnius será un rehén muy valioso para nosotros —añadió, enarcando las cejas.

Las naves de la Armada partieron del sistema solar, liberado por fin de máquinas pensantes.

Vor dirigió una última mirada a la Tierra herida, mientras recordaba el exuberante paisaje verdeazulado y los jirones de nubes. Había sido un planeta de una belleza fabulosa, la cuna de la raza humana, un ejemplo relevante de maravillas naturales.

Pero cuando Xavier ordenó a la flota que pusiera rumbo a casa, el planeta no era más que un montón de escoria radiactiva. La vida tardaría mucho tiempo en volver a aparecer.

125

> La lógica correcta para un sistema finito no es necesariamente correcta para un sistema infinito. Las teorías, como las cosas vivas, no siempre son certeras.
>
> ERASMO,
> registros secretos
> (del banco de datos de Omnius)

En Corrin, la villa del robot era muy parecida a la de la Tierra, con complejos de laboratorios diseñados por la mente creativa de Erasmo. Los recintos de los esclavos, construidos detrás de la casa, estaban rodeados por altos muros de piedra arenisca y puertas de hierro forjado, todos ellos coronados por púas eléctricas y campos energéticos.

Era como estar en casa de nuevo. Erasmo ardía en deseos de empezar a trabajar.

Los recintos albergaban casi mil cuerpos sudorosos que realizaban tareas rutinarias bajo un gigantesco sol rojo, el cual llenaba el cielo como una enorme mancha de sangre. La tarde era bochornosa, pero los esclavos no se quejaban ni descansaban, pues sabían que los robots les castigarían si lo hacían.

La máquina pensante observaba su rutina cotidiana desde un campanario que se alzaba en el cuadrante sur de su propiedad, su lugar favorito. En un recinto, dos ancianos se desplomaron a causa del calor, y uno de sus compañeros corrió a ayudarles. Erasmo tomó nota de tres infracciones punibles: los dos que habían flaqueado y el buen samaritano. Los motivos carecían de importancia.

Erasmo había reparado en que los esclavos mostraban más agitación cuando no reaccionaba a sus transgresiones con disciplina inmediata. Consideraba divertido dejar que la impaciencia y el miedo se apoderaran de ellos, para que luego el nerviosismo provocara que cometieran más equivocaciones. Los humanos se comportaban igual en Corrin que en la Tierra, y estaba contento de continuar sus experimentos y estudios sin interrupciones.

Apretó un botón, y armas automáticas dispararon al azar dentro de un recinto, matando o hiriendo a docenas de esclavos. Los supervivientes, confusos y empavorecidos, intentaron huir, pero no existía escapatoria. Las verjas estaban electrificadas. Algunos cautivos empujaron a los que tenían delante para protegerse, mientras otros fingían estar muertos o se escondían debajo de cadáveres. Siguió disparando, pero esta vez afinó la puntería para no abatir a más.

Sí, era muy gratificante proseguir sus experimentos. Aún tenía mucho que aprender.

Transcurrió una hora sin más disparos, y la gente empezó a moverse de nuevo, con más cautela que antes. Apartaron a un lado los cadáveres y se acurrucaron unos contra otros, sin comprender qué estaba pasando. Algunos adoptaron actitudes desafiantes, gritaron en dirección a las armas automáticas y agitaron los puños. Erasmo les fue mutilando los brazos de uno en uno, y vio retorcerse sus

cuerpos en el suelo. Hasta los humanos más valientes podían ser convertidos en idiotas babeantes e incoherentes.

—Veo que estás jugando otra vez con tus juguetes —dijo el Omnius de Corrin desde una pantalla situada a la izquierda de Erasmo.

—Todo lo que hago es por un motivo —dijo Erasmo—. Cada vez aprendo más.

El Omnius de Corrin no sabía el resultado de la apuesta que su duplicado de la Tierra había hecho con el robot. Erasmo había aprendido una lección significativa de la rebelión que él mismo había alimentado sin querer, pero los datos suscitaban un montón de preguntas nuevas. No quería que la supermente exterminara a los humanos de todos los Planetas Sincronizados, aunque tuviera que ocultar determinada información.

Aunque tuviera que mentir.

Una perspectiva fascinante. Erasmo no estaba acostumbrado a pensar en esos términos.

La puerta principal se abrió, y guardias robóticos se llevaron los cuerpos de los muertos y heridos, para luego empujar a un nuevo grupo de esclavos en dirección a los recintos. Uno de los recién llegados, un hombretón de piel cetrina, giró en redondo de repente y atacó al robot más cercano, agarró las fibras estructurales y trató de destrozar los circuitos neuroeléctricos protegidos. Pese a desgarrarse los dedos, el esclavo se apoderó de un puñado de componentes de movilidad, lo cual provocó que el robot trastabillara. Otros dos robots cayeron sobre el hombre, y en una burla macabra de lo que el esclavo había hecho, uno de ellos le hundió sus dedos de acero en el pecho, desgarró la piel, el cartílago y el esternón, y le arrancó el corazón.

—No son más que animales estúpidos —manifestó Omnius con desdén.

—Los animales son incapaces de conspirar, maquinar y engañar —dijo Erasmo—. Estos esclavos ya no parecen tan dóciles. Detecto semillas de rebelión, incluso aquí.

—Ninguna revuelta triunfaría en Corrin —dijo la voz de Omnius.

—Nadie puede saberlo todo, querido Omnius, ni siquiera tú. Por eso, jamás hemos de perder la curiosidad. Si bien puedo predecir el comportamiento de las masas hasta ciertos límites, no sucede lo mismo con el de un humano en concreto. Se trata de un reto supremo.

—Es evidente que los humanos son una masa de contradicciones. Ningún modelo puede explicar su comportamiento.

Erasmo contempló los recintos de esclavos.

—Aun así, son nuestros enemigos, y hemos de comprenderles. Aunque solo sea para asegurar nuestro dominio.

El robot experimentó una extraña sensación en sus simuladores sensoriales. ¿Ira? ¿Frustración? Obedeciendo a un impulso, arrancó una campana de la torre y la estrelló contra el suelo. El sonido le resultó... inquietante.

—¿Por qué has destruido esa campana? —preguntó Omnius—. Nunca te había visto cometer un acto tan inusual.

Erasmo analizó sus sentimientos. Había visto que los humanos hacían cosas parecidas, liberaban sentimientos reprimidos en forma de berrinches. Desde su perspectiva, sin embargo, no sentía satisfacción.

—Ha sido... uno de mis experimentos.

Erasmo aún tenía que aprender muchas cosas de la naturaleza humana, que pensaba utilizar como trampolín desde el que la sofisticación mecánica alcanzara el cenit de

la existencia. Asió la barandilla de la torre con dedos de acero, rompió un trozo y dejó que cayera al pavimento.

—Te lo explicaré más adelante.

Después de observar a sus esclavos un momento más, se volvió hacia la pantalla.

—No sería prudente exterminar a todos los humanos. Podríamos acabar con su capacidad de resistencia utilizando métodos de dominación más extremos.

La supermente, a la que siempre agradaba discutir con Erasmo, se alegró de detectar un error.

—Pero si hacemos eso, Erasmo, ¿no alteraremos la característica humana fundamental que deseas estudiar? ¿El observador no afectará al experimento?

—El observador siempre afecta al experimento, pero yo prefiero cambiar a los sujetos antes que destruirlos. Yo decidiré lo que hago con mis esclavos.

—Te comprendo tan poco como a los humanos —dijo por fin Omnius.

—Lo sé. Ese siempre será tu punto flaco.

El robot miró con afecto a sus esclavos humanos, mientras los guardias se llevaban a los muertos y heridos. Erasmo pensó en todas las cosas maravillosas que había aprendido de la especie..., y en cuántas más podría descubrir, si se le concedía la oportunidad. Sus vidas colgaban de una cuerda floja sobre un oscuro abismo sin fondo, y Erasmo les acompañaba. No los cedería así como así.

La buena noticia era que, durante su ausencia, habían nacido dos pares de mellizos más. Como siempre, las posibilidades eran infinitas.

126

La vida humana no es negociable.

SERENA BUTLER

En honor a la victoria agridulce conseguida en la Tierra, los planetas de la liga dedicaron una gran celebración a sus héroes y una emotiva despedida a los caídos en combate.

Las naves habían regresado con lentitud, en tanto naves correo y de reconocimiento volaban a toda velocidad a Salusa Secundus para dar la noticia e informar a la liga de lo que cabía esperar cuando la Armada llegara, herida y disminuida en número.

Pero el Omnius de la Tierra había sido destruido, y las máquinas pensantes habían sufrido un golpe terrible. Los supervivientes se aferraban a su triunfo.

En el caluroso y húmedo estadio, Vorian Atreides estaba empapado de sudor en su uniforme militar. Pese a la temperatura, la gente quería verle a él y al segundo Harkonnen vestidos de gala. Xavier se erguía a su lado en el estrado, mientras el virrey Butler y Serena acallaban a la multitud para que les dedicaran su atención.

Los dos hombres (que habían hecho las paces durante el largo viaje de regreso a Salusa Secundus) se hallaban a la

sombra de una plataforma cubierta, junto con otros dignatarios. Iblis Ginjo, vestido con elegancia y orgulloso de su posición cada vez más influyente, también estaba sentado en la zona reservada a las autoridades.

—Por guiar nuestras fuerzas en su misión a la Tierra, y conseguir una victoria aplastante sobre las máquinas pensantes —dijo el virrey Butler, alzando una cinta y una medalla—, por tomar decisiones difíciles y aceptar los peligros necesarios, concedo la Medalla de Honor del Parlamento al soldado más distinguido de la liga, el segundo Xavier Harkonnen. Es la mayor recompensa que podemos entregar, y lo hacemos con nuestra más profunda gratitud.

Trescientos mil espectadores gritaron de júbilo. Muchas de aquellas personas habían perdido hijos, amigos y padres en la batalla de la Tierra. En silencio, Vor recordó a los numerosos soldados de la Armada que habían caído en el ataque atómico contra el planeta. Vio que los ojos de Xavier Harkonnen brillaban de emoción cuando el virrey pasó la cinta sobre su cabeza inclinada. Pronto vendrían más batallas, más enemigos a los que plantar cara.

Serena extrajo una segunda medalla, de diseño diferente.

—A continuación, vamos a honrar a un héroe inesperado, un hombre educado por las máquinas pensantes de forma que no se enterara de sus crímenes. Pero ha visto la verdad y tomado partido por la humanidad libre. La vital información táctica que proporcionó sobre las defensas de la Tierra contribuyó a asegurar nuestra victoria. En plena batalla, consiguió frustrar la huida de Omnius y entregó a la liga una herramienta de incalculable valor para la lucha de la humanidad. —Serena sonrió y avanzó hacia él—. Concedemos a Vorian Atreides no solo la Medalla de

Servicios Ejemplares, sino que también le ascendemos al empleo de tercero en la Armada de la Liga.

En aquel momento, un escuadrón de aviones y naves antiguos pasó volando sobre sus cabezas. Orgullosos mecánicos e historiadores habían acondicionado los vehículos para el espectáculo aéreo. Xavier y Vor se pusieron firmes cuando los pilotos inclinaron las alas, y la muchedumbre expresó a voz en grito su aprobación.

Iblis Ginjo, que saboreaba las mieles de su popularidad ante tantos espectadores, se acercó al sistema de megafonía y gritó:

—Estos pilotos son nuestros futuros guerreros de la yihad. ¡Las máquinas pensantes no pasarán!

Serena Butler prendió medallas en el pecho de otros héroes, con una sonrisa de preocupación. Parecía sumida en pensamientos acerca del pasado y los retos insuperables que la humanidad aún debía afrontar. Parecía más fuerte que nunca, pero distante.

Vor miró de reojo a Xavier, leyó el amor que sentía por ella en su rostro rubicundo, así como el dolor de la certeza de que nunca podrían estar juntos. Ni siquiera el matrimonio de Xavier con Octa proporcionaba a Vor grandes posibilidades de conquistar el corazón de Serena. Recordó la primera vez que la había visto en la villa de Erasmo, su energía y altivez. Ahora, daba la impresión de haber superado aquella fase de su vida, para concentrarse en crisis inminentes que pocas personas eran capaces de prever. Parecía que una nueva energía se estaba gestando en su interior.

Una vez concluido su papel en la celebración de la victoria, Serena bajó del estrado. Se acercó a Vor y Xavier antes de marchar, ya concentrada en los planes que ocupaban sus pensamientos.

—He de hablar con vosotros dos. —Tenía los ojos brillantes, pero inflexibles. Su voz no concedía espacio a la menor objeción—. Venid a la Ciudad de la Introspección al caer el sol.

Vor y Xavier intercambiaron una mirada de sorpresa, y después asintieron al unísono.

Los dos antiguos adversarios cenaron juntos, compartieron una botella de shiraz salusano y soslayaron el tema que tanto pesaba en sus mentes y corazones. Ninguno tenía idea de lo que iba a decirles Serena.

Una gama de tonos naranja y rosa teñía el cielo del ocaso, cuando los dos oficiales de la liga entraron por las altas puertas del silencioso complejo. Los residentes se desplazaban de edificio en edificio, activando iluminadores en las paredes exteriores.

Serena les esperaba dentro, y Vor pensó que parecía rejuvenecida, con mejor color de tez. Su corazón se aceleró.

—Gracias por venir. —Cogió a los dos de la mano y les condujo hasta un jardín—. Aquí podremos hablar sin que nos interrumpan. He descubierto que este lugar está lleno de posibilidades..., y aislado de la política. Aquí puedo hacer lo que es necesario.

En una zona central, rodeada de setos tallados de boj, manaba agua de una fuente ornamental, saltaba sobre un reborde rocoso y caía en otro estanque. Insectos y anfibios nocturnos ya habían empezado a practicar su sinfonía nocturna.

Al borde del estanque, tres sillas de madera estaban encaradas a una pequeña cascada. Vor se preguntó cuánta gente iba allí a meditar, o si Serena había llevado las sillas para aquel encuentro en concreto. Serena cruzó las manos

sobre el regazo y sonrió cuando sus invitados se sentaron con torpeza.

Primero miró a Vor. Daba la impresión de que había pasado mucho tiempo desde su primer encuentro en la villa, con Vor arrogante y orgulloso de su posición entre las máquinas pensantes. Su apariencia juvenil no había cambiado un ápice.

Sin embargo, observó finas arrugas en el rostro de Xavier Harkonnen. Aunque era joven, había sido golpeado por la tragedia, y sintió compasión por él. Habían transcurrido años desde que hicieran el amor en el prado, como si hubiera sido en otra vida. Ya no eran los mismos.

Habían ocurrido muchas cosas. Se habían perdido muchos millones de vidas. Pero estos hombres y ella eran unos supervivientes.

Había llegado el momento de decírselo.

—Conozco vuestros sentimientos, pero los dos debéis olvidar vuestro amor por mí —dijo—. Estamos a punto de embarcarnos en una guerra sin parangón con ninguna anterior. —Se levantó de la silla y se detuvo al borde del estanque, sin apartar la mirada de ellos—. Pero tenéis que hacer algo por mí. Cada uno a su manera.

Sus ojos lanzaron chispas de determinación.

—Id a la Sala de Guerra de la liga y estudiad los mapas estelares de los Planetas Sincronizados, los Planetas No Aliados y los planetas de la liga. En esa inmensa extensión solo encontraréis dos planetas que hayamos arrebatado a Omnius: Giedi Prime y la Tierra. No han de ser los últimos.

Pese a que la oscuridad caía y la luz de los proyectores iluminaba el perímetro del recinto, la zona en que se hallaban seguía sumida en las sombras. Hasta las ranas y los insectos habían callado, como si estuvieran escuchando los ruidos de la noche, siempre alertas al peligro.

—Xavier, Vorian, debéis dedicaros por entero a la lucha —dijo Serena—. Hacedlo por mí. —Su voz era como un viento frío que surcara la galaxia. Vor comprendió que su pasión no había muerto, sino que la había derivado con mayor intensidad hacia un empeño mucho más grande—. Nuestra yihad es justa, y las máquinas perversas han de caer, cueste la sangre que nos cueste. Reconquistad todos los planetas, uno tras otro. Por la humanidad, y por mí.

Xavier asintió con solemnidad y repitió algo que Iblis Ginjo le había dicho.

—Nada es imposible.

—Para ninguno de nosotros —dijo Vor. Parpadeó para repeler las lágrimas y sonrió a la mujer—. Y sobre todo para ti, Serena Butler.

GLOSARIO DE LA YIHAD BUTLERIANA

el: zensunni anciano de Arrakis.
menón: uno de los Veinte Titanes originales, general cimek, padre de Vorian.
k: cimek, considerado el más brutal de los titanes originales.
andro: uno de los Veinte Titanes originales.
ovidrio: material transparente, extremadamente fuerte, usado con frecuencia como blindaje.
d: joven esclavo de Poritrin, amigo de Ishmael
us IV: planeta no aliado.
im: cuidador humano del pensador Eklo.
ov, Rell: miembro de la Liga de Nobles.
ada: véase Armada de la Liga.
ada de la Liga: ejército espacial destinado a proteger los planetas de la liga.
akis: planeta no aliado desierto.
akis City: principal espaciopuerto y ciudad de Arrakis.
údes de éxtasis: sistema de animación suspendida utilizado para transportar esclavos por los mercaderes de carne tlulaxa.
eides, Vorian: hijo de Agamenón, educado en la Tierra por las máquinas pensantes.

arra: sistema de transporte lento por zepelín, típico de Poritrin.

ıdas de la Larga Marcha: antiguas leyendas y canciones que hablan del éxodo y la resistencia humanas durante los primeros tiempos de la Era de los Titanes.

set: antiguo instrumento musical desarrollado durante el apogeo del Imperio Antiguo.

barroja: uno de los titanes originales, programador de sistemas informáticos agresivos.

ca la Finita: hermana de la Ciudad de la Introspección.

dd, Favo: antepasado de Niko Bludd.

dd, Frigo: antepasado de Niko Bludd.

dd, lord Niko: líder de Poritrin.

dd, Sajak: primer líder de Poritrin que defendió la esclavitud.

alá: misteriosa deidad de la religión zensunni.

islam: religión de los zensunni y zenshiítas.

caballo: animal de carga de la Tierra.

ler, Faykan: primero de la yihad.

ler, Fredo: hermano menor de Serena, fallecido a causa de una enfermedad de la sangre.

ler, Livia: madre de Serena, abadesa de la Ciudad de la Introspección.

ler, Manion: virrey de la Liga de Nobles.

ler, Manion: hijo de Serena Butler y Xavier Harkonnen, nieto del virrey Manion Butler.

ler, Octa: hermana menor de Serena Butler.

ler, Serena: hija del virrey Manion Butler.

zell: planeta no aliado, origen de las piedras soo.

ıdan: planeta marítimo, no aliado.

ıio: hechicera de Rossak, discípula de Zufa.

ciones de la Larga Marcha: historia oral zensunni.

va, Norma: hija enana de Zufa Cenva, genio de las matemáticas.
va, Zufa: poderosa hechicera de Rossak.
nche de leche: arácnido comestible de Harmonthep.
ry, cuarto: miembro de la milicia salusana.
suk: planeta de la liga, conocido por sus instrumentos musicales.
suk, Emi: gran compositor de los últimos tiempos del Imperio Antiguo.
ek: *máquinas con mentes humanas*, cerebros incorpóreos albergados en cuerpos mecánicos.
uito gelificado: sofisticado sistema electrónico a base de líquido cristalino que forma la base de las redes neurales de una máquina pensante.
dad de la Introspección: retiro religioso y filosófico de Salusa, similar a un monasterio.
onia Vertree: planeta de la liga, muy industrializado.
sejo de Nobles: cuerpo gubernamental de Poritrin.
rin: Planeta Sincronizado.
rto: cuarto rango de la Armada de la Liga.

te: uno de los titanes originales, experto en manipulaciones burocráticas.
rtha, naib: líder de la tribu zensunni de Arrakis.
gones: guardia de élite de Poritrin.

in: niño esclavo de Poritrin.
ahim: traicionero ex amigo de Selim.
z: planeta no aliado.
o: pensador de la Tierra.
ctrolíquido: líquido de mantenimiento vital azulino para pensadores y cimeks, que también actúa como circuito líquido.

de los Titanes: el siglo de los gobernadores tiranos que derrocaron el Imperio Antiguo, viviendo primero como humanos y después como cimeks. La Era de los Titanes concluyó cuando el recién nacido Omnius se apoderó de todos los sistemas e impuso su ley.

ón: jabalí nativo de Salusa Secundus.

arabajo: constelación vista desde Arrakis.

ırpón: animal escamoso de las selvas de Rossak

rocalabaza: calabaza de Rossak.

ras ópticas: sofisticados sensores oculares utilizados por robots. ***Fibrohelechos:*** tela de Rossak.

ometal: especie de piel metálica provista de sensores utilizada por robots.

er, Ohan: capataz humano que servía a las máquinas pensantes en la Tierra.

di City: capital y centro industrial de Giedi Prime.

di Prime: planeta de la Liga de Nobles, rico en recursos y capacidad industrial, gobernado por un magno.

az: planeta de la Liga de Nobles, formado por agua en su mayor parte. La población vive en las islas dispersas de un archipiélago.

jo, Iblis: carismático líder humano de la Tierra.

bo de luz: fuente de iluminación móvil alimentada mediante energía residual de su campo suspensor. Desarrollado por Norma Cenva en Poritrin.

fa: anciana de Arrakis, madre adoptiva de Selim

gipcio: estilo arquitectónico extravagante del Imperio Antiguo.

itación del Sol Invernal: estancia de la mansión Butler.

al: planeta de la Liga de Nobles, conocido por sus recursos minerales, gobernado por un mariscal de campo.

no: cargo político de Giedi Prime.
mad: hijo del naib Dhartha.
resa, Bovko: primer virrey de la liga.
quina pensante: término global para los robots, ordenadores y cimeks alzados contra la humanidad.
ch, primero Vannibal: comandante de la milicia salusana.
trodos: sensores utilizados por los cimeks.
cia local de Giedi Prime: fuerza militar defensiva de Giedi Prime.
cia salusana: fuerza militar de Salusa Secundus.
tagusanos: seudónimo adoptado por Selim.
lay, Bel: líder religioso zenshiíta.

akobe, Pitcairn: filósofo y militar de la liga.
cimek: generaciones posteriores de cimeks, creadas a partir de humanos que desean servir a Omnius.
roelectrónicos: delicados circuitos utilizados en robots.
z hueca: nuez de Rossak, usada para tallar.

s espía: ojos electrónicos móviles utilizados por Omnius.
nius: supermente electrónica que controla a las máquinas pensantes.
ura, Nivny: uno de los fundadores de la Liga de Nobles.

el luminoso: fuente de luz fija de larga duración.
hi, Julianna: nombre verdadero de la titán Juno.
acero: aleación de polímero metálico utilizado en construcciones pesadas.
amento: edificio gubernamental de Zimia.
amento de la liga: cuerpo gubernamental de la Liga de Nobles.

mentier: Planeta Sincronizado.
erson, Brigit: ingeniero del comando de Serena.
sador: cerebro incorpóreo, similar a los cimeks, dedicado a la meditación de temas esotéricos.
cknon: planeta de la liga.
ola Chandler: arma que dispara fragmentos de cristal afilados.
netas de la liga: planetas signatarios de la carta constitucional de la Liga de Nobles.
netas Sincronizados: planetas bajo el control de Omnius.
smento: material de construcción.
itrin: planeta de la liga, cuna de Tio Holtzman.
der, Jaymes: miembro de la milicia salusana; más tarde, ayudante de Xavier Harkonnen.
nero: rango más elevado de la Armada de la Liga.

eliones Hrethgir: primeros levantamientos de los humanos esclavizados contra las máquinas pensantes, en particular los cimeks. La más importante tuvo lugar en Walgis, y fue brutalmente aplastada por Ajax.
con: planeta de la liga.
iculus: pensador.
hese: planeta de la liga.
o: miembro de la milicia salusana.
Platino: río de Parmentier, origen del preciado salmón.
a Centinela: formación rocosa de Arrakis.
sak: planeta de la Liga de Nobles, hogar de las hechiceras, origen de numerosas drogas.
ia: hechicera de Rossak, alumna de Zufa.

ón de sesiones: edificio gubernamental de Zimia.
ısa Secundus: planeta capital de la Liga de Nobles.
m: joven exiliado de Arrakis.

eca: planeta de la liga, de atmósfera corrosiva, regido por un patriarca.
rat: robot independiente, capitán del ***Viajero onírico.***
to: sexto y último rango de la Armada de la Liga.
itan: Satán.
kkad: antiguo químico imperial, conocido como *el Sabio*, primero en estudiar la especia de Arrakis.
ol: el dominio de la condenación eterna en la tradición zensunni, una espantosa región subterránea de horrores inimaginables.
n: hechicera de Rossak, alumna de Zufa.
uros, Andrew: nombre verdadero de Agamenón en el Imperio Antiguo.
ci: planeta no aliado, fuente de esclavos, hogar de Ebbin.
rda: puerto fluvial, capital de Poritrin.
ordinado: uno de los monjes que sirven a los pensadores.
, doctor Rajid: innovador médico militar que participó en la Yihad Butleriana.
ni, magno: líder elegido de Giedi Prime.
ermente: sistema electrónico inteligente y omnipresente.
pensor: efecto de anulación de la gravedad basado en el diseño original del escudo Holtzman, modificado por Norma Cenva en Poritrin.

na: prima de Ishmael que habitaba en Harmonthep.
erlán: uno de los Veinte Titanes originales.
tor, Emil: padre adoptivo de Xavier.
tor, Lucille: madre adoptiva de Xavier.
tor, Vergyl: hermanastro menor de Xavier.
zerouft: desierto de Arrakis.
cero: rango de tercer nivel en la Armada de la Liga.
es: hechicera de Rossak, alumna de Zufa.
nes: los tiranos que conquistaron el Imperio Antiguo.

oc: uno de los titanes originales, el visionario que inspiró la revuelta.
ax: planeta no aliado del sistema de Thalim, conocido por proporcionar esclavos y material biológico.
érculos osthmir: raíces comestibles de Poritrin.

rda: Planeta Sincronizado.

alone: concha de colores nativa de Buzzell.
nte Titanes: el grupo de señores de la guerra que acabó con el Imperio Antiguo.
port, Aurelius: comerciante de Rossak, pareja de Zufa Cenva.
ero onírico: nave de actualización capitaneada por Seurat.
a Mentemetálica: mote inventado por Vorian Atreides para Seurat.
ey: líder de la Liga de Nobles.

gis: un planeta sincronizado, origen de las Primeras Rebeliones Hrethgir.
op: abuelo de Ishmael.
sen, Ort: comandante de la liga retirado, líder de la misión de Serena a Giedi Prime.
by, quinto Vaughn: miembro de la milicia salusana.

lin: planeta no aliado.
Amia: esclava de Erasmo.
ng, cuarta Steff oficial de la milicia salusana.

bar: planeta de la liga, importante mercado de esclavos.
shiíta: secta budislámica, por lo general más violenta que la zensunni.
sunni: secta budislámica, por lo general dócil.
ia: centro cultural y gubernamental de Salusa Secundus.

PLANETAS MAYORES

Planetas de la Liga	Planetas Sincronizados	Planetas No Aliados
Balut	Alpha Corvus	Anbus IV
Chusuk	Bela Tegeuse	Arrakis
Colonia Vertree	Corrin	Buzzell
Empalme	Ix	Caladan
Giedi Prime	Parmentier	Ecaz
Ginaz	Quadra	Harmonthep
Hagal	Richese	Souci
Kaitain	Tierra	Tlulax
Kirana III	Ularda	Yardin
Komider	Walgis	
Pincknon	Wallach IX, VII y VI	
Poritrin	Yondair	
Relicon		
Ros-Jal		
Rossak		
Salusa Secundus		
Seneca		
Zanbar		